ROSARIO TEY

Elemental, querida Gabi

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1. Mi madre es hater
2. Comienza la fiesta
3. Opciones
4. Lafuentes
5. Una cita con Asunción
6. En la boca del pollo
7. La prueba
8. Portaos bien
9. A solas
10. El burofax
11. Hablamos de mi libro
12. Rescate
13. Romances y embrollos
14. Nada de besos
15. Un almuerzo profesional
16. Un pajarito
17. Reloj de arena
18. Pastelito
19. Thor
20. El Rey
21. Un acuerdo
22. Otra condición
23. Tú mandas
24. En la habitación de Anderson
25. Cumpleaños ¿feliz?
26. Confianza
27. Wanöpo
28. El plan
29. Tic, tac
30. Liberación

Epílogo
Agradecimientos
Referencias a las canciones
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Gabi, aspirante a escritora de novela negra, decide abandonar su trabajo en una cafetería en Madrid y regresar a su Cádiz natal cuando su novio, Josema, rompe con ella utilizando una estúpida canción que él mismo ha compuesto.

El primer problema es que su ya exnovio le debe quince mil euros y no piensa pagárselos.

El segundo, que la única persona que puede ayudarla a recuperar su dinero es el abogado Aníbal Lafuentes, un error de la adolescencia y el mejor amigo de su cuñado.

Y el tercero, aunque no el último, es que su vida pronto va a transformarse en una maraña de dificultades y desafortunados sucesos que pondrán en peligro todo cuanto ama.

¿Será Gabi capaz de salir ilesa de la peor trama que jamás hubiera imaginado?

¿Conseguirá Aníbal poner a salvo el futuro de Gabi?

Elemental, querida Gabi

Rosario Tey

Esencia/Planeta

A mis hermanas: Laura, Irene y María.
Por recomponerme cuando me rompo
e iluminar mis días.
Siempre seremos un vientre
y cuatro vidas

Solo un hombre que ha sentido desesperación
es capaz de sentir la máxima felicidad.

ALEXANDRE DUMAS

1

Mi madre es hater

La inspectora Miller no tiene escapatoria. Sabe que quizá no salga de ese reducido habitáculo nunca más. Sus ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad. Aun así, ha decidido mantenerlos cerrados. De ese modo es capaz de controlar su respiración y, mejor aún, sus pensamientos. Es fundamental que no pierda la calma. Permanece sentada en el suelo con las manos atadas a la espalda por una brida que le ha provocado cortes en las muñecas debido a su desesperado intento de deshacerse de ella. El escozor se extiende hasta sus codos y también le duelen muchísimo los hombros, pero en esos instantes lo que más la perturba es la sed. Su cuerpo está empapado en sudor y orina. No ha podido controlar la vejiga un segundo más. Sus olores corporales inundan el estrecho espacio; sin embargo, lo que le produce arcadas es el hedor a muerte que desprenden esas cuatro paredes.

Ni siquiera sabe si le queda oxígeno suficiente, e intenta racionarlo como puede. Es consciente de que tal vez no salga de ahí, no obstante, y a pesar de todo, está preparada. Su agudizado instinto la alerta de que de un momento a otro su captor volverá. Y entonces, solo entonces, tendrá una oportunidad para acabar con él.

Unos jadeos lejanos me obligaron a apartar los ojos de la pantalla del ordenador. La señora Astor, nuestra vecina del piso de arriba, una ancianita de origen alemán, solía quedarse dormida viendo películas pornográficas. No era ningún secreto para los inquilinos de la escalera. Según su autodiagnóstico, el cine porno estimulaba la producción de endorfinas en su cerebro y al mismo tiempo aliviaba sus dolores en las articulaciones. El problema radicaba en su sordera de un oído, lo que provocaba que el volumen de su televisión superase los decibelios permitidos por la ley. Y, para colmo, la mayoría de las veces, las películas eran alemanas. Por fortuna, los guionistas no se extendían demasiado con los diálogos.

En fin, leí aquellos dos párrafos por última vez esa noche y suspiré. Ya los puliría mañana. El reloj marcaba la una y media de la

madrugada y sabía que debía dejar el capítulo para el día siguiente e intentar dormirme si los sonidos que escapaban de casa de la señora Astor lo permitían.

Todavía no había encontrado la manera de sacar a la inspectora Miller de ese agujero. Esa era la tercera novela que escribía con ella como protagonista. Mi intención nunca había sido escribir una trilogía; sin embargo, Miller era un personaje muy potente que se había instalado en mi cerebro desde hacía varios años y del cual no podía desprenderme.

Guardé los cambios y decidí cerrar el documento. Solté el ordenador portátil en el suelo, casi debajo de la cama. Luego alcancé mi móvil, que descansaba en la mesilla de noche, con la intención de poner la alarma. Era bastante tarde y, a pesar de que mi lado racional me gritaba que no ojeara las redes sociales, lo hice.

Cuando pinché el icono de Instagram, lo primero que me apareció en la pantalla fue una fotografía que me resultó familiar. Mi madre había vuelto a publicar otro de sus platos acompañado de un presuntuoso texto con varias faltas de ortografía imperdonables. Puse los ojos en blanco y decidí echar un vistazo a su actividad. La revelación, por desgracia, no me sorprendió.

—María, María… —cuchicheé tratando de despertar a mi hermana.

—¿Qué quieres? —respondió ella al darse cuenta de que no me rendiría.

—Ha vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—Continúa acosando a los famosos.

—¿Qué? ¿Quién? —murmuró removiéndose entre las sábanas.

—Mamá. Tenemos que quitarle el móvil.

—Sí, hombre. Pero ¿a ti qué más te da? ¿Quieres dejarla en paz? Ella se entretiene de esa manera. No le hace daño a nadie.

—¿Que no le hace daño a nadie? —reproché incorporándome un poco más—. ¿Te parece normal este comentario a la hija de Isabel Pantoja? «Isabelita, eres una desagradecida. Tu madre hizo contigo una lavor humanitaria.» Labor con «v» —recalqué—. «Deberías estar besando el suelo por donde pisa. De no ser por ella, ahora mismo estarías vendiendo tamales en un pueblo de Perú. Además, hija mía, eres más fea que mi nevera de espaldas.»

—¿En serio ha escrito eso? —inquirió mi hermana aún con los ojos cerrados, descojonándose.

—Muy en serio.

—Déjame ver —rio alargando el brazo, más espabilada.

Aumentó la publicación en la pantalla para cerciorarse.

Por entonces me había sentado al borde la cama.

A pesar de que mi hermana se lo estaba tomando con un humor, a mi parecer, desproporcionado, sabía que el asunto era más grave de lo que pensábamos.

Mi madre hacía dos años que tenía móvil. Al principio no sabía ni introducir su pin sin equivocarse y ahora se descargaba aplicaciones que ni siquiera yo sabía para qué demonios servían.

—¿Por qué te preocupa tanto que les escriba a los famosos? Probablemente no la leerán.

—María, esto no está bien. He tratado de explicárselo muchas veces. Estas personas son famosas, pero tienen familias. A ella no le gustaría que a ninguna de nosotras nos dijeran estas cosas por Instagram.

—El bañador es de Asos.

—¿Qué?

—El bañador, que me encanta.

Le arrebaté el móvil de las manos.

—¿De verdad crees que te he despertado para hablar de bañadores? ¡Te estoy diciendo que nuestra madre acosa a los famosos! Maldita sea, María. Mamá es *hater*.

—Pero ¿por qué lo exageras todo? A Chabelita o a Isa P, o como se llame, le importa un pimiento lo que mamá le diga. A ella solo le interesa que la gente le comente sus fotos y multiplicar sus *followers*.

—Muy bien, y ¿qué me dices de este otro comentario? «Chicote, te crees muy buen cocinero porque sales en la tele, pero el día que pruebes mis lentejas te darás cuenta de que a mi lado eres un puto aficionado. Payaso.»

—Bueno, eso es cierto —declaró ella tras otra carcajada—. Sabes de sobra que sus lentejas son las mejores del mundo.

—Hablo en serio. Todos los comentarios son insultantes y despectivos. No tiene una palabra bonita para nadie. Y a mí no me hace caso. Parece que a la única que escucha es a ti. Tienes que sentarte con ella y decirle que esto no está bien.

—Vaaaaaaaleeeee. ¿Ahora vas a dejarme dormir? Mañana tengo clases.

—Sí, pero prométeme que hablarás con ella mañana mismo.

—Lo promeeeetooo.

—Bien.

Apagué la lámpara de la mesilla y continué ojeando el teléfono.

Mi hermana se incorporó y encendió de nuevo la luz.

—Hablaré con mamá con una condición.

—¿Cuál?

—Que tú dejes de cotillear el perfil de Cecilia Rock.

Mi cuerpo se tensó en cuanto María pronunció en alto el nombre de la interpelada.

¿Quién demonios era Cecilia Rock?

Quizá la inductora de mi situación en esos momentos. La causante de que hubiese tenido que dejar mi apartamento madrileño, volver a casa de mi madre con treinta y dos años y convivir con un montón de vecinos raros. Aunque, pensándolo bien, el único culpable era Josema, el miserable de mi exnovio. Cecilia solo constituía un daño colateral.

Supongo que es el momento de contar que Josema Rugama me dejó con una canción. Y resultó curioso, más bien humillante, porque le presté todos mis ahorros, que no eran demasiados pero eran míos, para grabar su bodrio de maqueta. La misma en la que más adelante incluyó una canción con la que me mandaba a paseo.

—Siéntate un momento, Gabi. Me gustaría decirte algo —me dijo un domingo, meses atrás, sujetando su guitarra.

¡Cuánto me arrepentí de no habérsela partido en la cabeza antes de que empezara a acariciar las cuerdas!

—¿Ocurre algo?

Él asintió despacio.

—Ya sabes que mi lenguaje es la música, por eso quiero que escuches esta canción. No sé si seré capaz de decírtelo de otro modo.

Sonreí como una imbécil pensando que tal vez era su proceder para pedirme matrimonio. Un par de días antes habíamos estado en casa de unos amigos y habíamos presenciado una declaración muy romántica y emotiva.

Josema carraspeó un poco antes del primer acorde y luego empezó a cantar.

La letra hablaba de sueños por cumplir, de noches en vela y de

palabras no dichas. Hablaba de un futuro incierto y de sábanas vacías. Claro que él solía repetir muchas palabras en todas sus canciones. Y por ese motivo no entendí demasiado bien lo que pretendía decirme. No hasta que llegó al estribillo y empezó a cantarlo en bucle:

Te dejo porque me temo que contigo me estoy haciendo viejo.

Te dejo, corazón, esta es mi manera de salir de esta prisión.

Sé que el tiempo curará tus heridas, a pesar de lo mucho que te dolerá mi partida.

Sé que el tiempo me compensará por la huida, pues nuestra relación ya estaba podrida.

Te dejo, corazón, seguir con lo nuestro sería una batalla suicida…

La última frase la repitió como tres o cuatro veces. Enmudecí durante unos largos y tensos minutos, hasta que al fin decidí ponerme en pie e irme a la calle.

Aquella mañana ni siquiera el terrible frío de Madrid evitó que me sudaran las axilas. Porque solo sudo cuando estoy estresada. Puedo correr tres horas y no sudar más que unas gotas, pero en cambio una situación estresante puede hacer que mis glándulas sudoríparas se irriten hasta unos límites incalculables.

Caminé por el centro de Malasaña, mucho rato. Analizando qué era aquello que había hecho tan mal para verme adentrada en la treintena viviendo en un piso cutre en Madrid, trabajando en un Starbucks y soportando a un encargado friqui y apestoso por unos míseros euros.

Analicé mi vida desde que había conocido a Josema. Me había alejado de mi casa, de mi madre y mis hermanas, pensando que en la capital española haría realidad mi sueño de convertirme en una gran escritora. Había seguido los consejos de mi novio, de ese músico de pacotilla del que un día me había enamorado inexplicablemente:

—En Madrid puedes asistir a encuentros con otros autores. Puedes introducirte en el mundillo editorial, hacer contactos… De ese modo conseguirás que alguien lea tus novelas.

Sin embargo, lo único que había logrado en esa ciudad hasta entonces eran un montón de emails rechazando mis escritos. Y a los contados encuentros a los que había asistido me había llevado Josema con sus amigos músicos, escritores de poemas y algún que otro librero en quiebra, en los que se hablaba de todo menos de literatura de

verdad. En aquellas reuniones, yo solo veía a un puñado de fracasados intercambiando agoreros pensamientos políticos y criticando el trabajo de autores que merecían admiración por sus trayectorias. Obviamente, mis intervenciones no causaban buenas impresiones. A veces me daba la sensación de que no encajaba en ese ambiente a pesar de lo mucho que me gustaba la escritura.

—Quizá lo tuyo no sea esto, Gabi —me dijo una noche Josema tras leerle un email de una editorial en la que volvían a rechazar otra de mis propuestas. Se refería por supuesto al hecho de escribir, aunque en ese instante la frase tuvo otro sentido para mí.

Y era curioso que justo él dijera eso, cuando jamás había leído nada de lo que yo escribía salvo la lista de la compra. Unas compras que hacía con mi dinero, todo hay que decirlo.

Según él, no lo apasionaba la novela negra. Prefería los poemarios y leer letras de otros cantautores.

—¿Por qué no te planteas estudiar alguna oposición? —me decía a menudo cuando me oía quejarme de mi encargado, al que con énfasis le deseaba unas vacaciones eternas.

Durante ese largo paseo recapacité acerca de las últimas palabras que me había dicho mi hermana mayor. Desde nuestra última conversación, ella y yo apenas nos hablábamos.

—Tu novio no es un artista, Gabi. Va de músico bohemio haciéndote creer que un día no muy lejano triunfará con sus canciones de mierda, pero en realidad solo es un vago que se aprovecha de ti. Espero que en algún momento abras los ojos y te des cuenta.

Mientras paseaba por las callejuelas del barrio de Malasaña, solo podía pensar en Raquel, en lo mucho que echaba de menos oír su voz. En cuánto odiaba enfadarme con alguna de mis hermanas o con mi madre. Pero ahora comprendía que llevaban razón. Que no se equivocaban con respecto a Josema.

Aquel día hice algo que debería haber hecho mucho tiempo antes: volví al piso dos horas más tarde y recogí mi ropa para marcharme. Él no lo impidió.

Llené una maleta grande con casi todas las prendas de mi armario y guardé mi ordenador portátil entre ellas. Al fin y al cabo, era mi bien más preciado.

Mis libros, aquel montón de libros que cubría una pared de nuestro anodino salón y que yo consideraba más valioso que a muchas de las

personas que había conocido en esa ciudad, tendrían que quedarse en esa casa de momento. Quería salir huyendo de allí, y desde luego no podía cargar con ellos.

Fue por lo único por lo que lloré en esos momentos.

No lloré por Josema, en realidad le agradecía su estúpida canción, cuya melodía me parecía absurda. No lloré por Malasaña, a pesar de que al principio la idea de vivir en un barrio alternativo avivó mis esperanzas de convertirme en una afamada escritora.

Mis lágrimas no las causaron las personas que había conocido en esos encuentros literarios en los que me sentía como un soldado sin armas en primera línea de batalla. No lloré por dejar sin avisar mi precario trabajo en Starbucks. No lloré por perder de vista para siempre a mi encargado con halitosis.

Solo lloré por aquel valioso montón de libros. Lloré por *Cumbres borrascosas*, por *Orgullo y prejuicio*, lloré por las obras de Shakespeare, Truman Capote, Agatha Christie y Virginia Woolf. Lloré por ejemplares anónimos y de autores desconocidos que eran auténticas joyas. Lloré por mi colección de novelas de segunda mano adquirida en librerías de viejo. Lloré por aquellas letras que yo debía abandonar y que aún no sabía si más adelante tendría el valor suficiente para volver a por ellas. Juro por Dios que se me partía el corazón sabiendo que debía dejarlas allí.

—Lo siento, Gabi —musitó él cuando ya arrastraba mi equipaje hacia el rellano.

—Me debes quince mil euros. ¿Cuándo piensas devolvérmelos? —lo increpé mientras esperaba el ascensor.

—¿En serio estás pensando ahora en el dinero?

—Bueno, a decir verdad, es en lo único que pienso.

—Te devolveré hasta el último euro. No te preocupes.

—Sí, ya. Pero ¿cuándo?

—En cuanto pueda.

—Seguro que sí.

—Me haré grande, Gabi. En el fondo sé que nunca has creído en mí, pero me haré grande.

El tintineo del elevador me anunció que ya estaba disponible.

Abrí la puerta y la sujeté con el *trolley* para meter un par de mochilas en las que había guardado otras pertenencias. Él permanecía estático, con la guitarra a su espalda y las manos en los bolsillos de su

desgastado pantalón de pana marrón. Sin hacer el más mínimo intento de ayudarme.

—Ya eres grande, Josema. —Obviamente, no me refería a la grandeza de ser artista—. Tienes cuarenta y un años. Y creo que has cotizado treinta minutos como mucho en tu mísera vida.

—¿Ves? Por eso tú y yo no podemos estar juntos, Gabi.

—Claro que no podemos. Yo vivo en el mundo real, Josema. En el que hay que pagar alquiler, comida y facturas, entre las que se encuentra el wifi que tú utilizas para poder subir tus tristes canciones a tu canal de YouTube con quince suscriptores —dije todo aquello empujando con el pie una de las asas que se había quedado enganchada en la ranura del minúsculo y arcaico montacargas.

—¿Sabes? No todo es el dinero en esta vida.

—Qué frase tan curiosa.

Me pregunté cómo demonios iba a continuar pagando el piso y de qué viviría el muy lerdo una vez que yo me fuera. Pero supuse que ya tendría un plan B, porque entonces no me habría dejado.

—Estás dolida. Y lo entiendo. Pero no voy a recurrir al insulto para defenderme. Solo te diré que al menos yo tengo el valor de dedicarme a lo que me apasiona.

Me reí. Sí, a carcajadas.

En ese instante pude parecer una auténtica chiflada. Y me reí porque lo que de verdad quería hacer era pegarle. Muy fuerte. Yo, que jamás le había pegado a nadie. Raquel le habría partido los dientes antes de acabar esa última frase, pero yo solo me reí.

Arrastré la maleta al interior del ascensor y descendí, sin saberlo, a un desconocido abismo.

Fui hasta la estación de Atocha a pie para coger el primer tren a Cádiz. Cinco horas más tarde, ya de noche, aparecí en casa de mi hermana. Rendida. Agotada. Insignificante. Fue el viaje más mustio que había hecho en mi vida.

Llevaba tres meses sin hablarme con Raquel. Tres meses desde nuestra última conversación.

Las piernas me temblaban cuando llamé al timbre. Oí voces en el interior. Me abrió mi cuñado sujetando a la pequeña Carmen en brazos.

La nostalgia me invadió. David mostraba un aspecto fabuloso, a pesar de sus canas de más. Conocía a ese hombre desde mi niñez.

Raquel y él comenzaron su romance en el instituto. Cuando ella lo llevó a casa por primera vez siendo una adolescente, recuerdo que pensé que era el chico más guapo que había visto en mi vida. O tal vez el segundo más guapo.

—Gabi —exhaló.

—Hola, David.

Sus ojos fueron directos a las maletas.

Yo me mordí el labio superior conteniendo mis ganas de echarme a llorar.

Mi sobrina exhibió una preciosa sonrisa tras su chupete. Alcancé su manita.

—Pasa, anda —murmuró él tras plantarme un beso en la cabeza y entregarme a continuación a la pequeña para hacerse cargo de mi equipaje.

Avancé hacia el interior despacio.

La voz de Raquel se filtró a través del pasillo. Venía secándose el pelo con una toalla y ataviada con ropa cómoda. Le hablaba a mi otro sobrino, que se hallaba con seguridad jugando a la videoconsola.

—Mario, recoge tu habitación. No quiero volver a repetírtelo. ¿Quién era, David?

La pregunta quedó flotando en el aire cuando su mirada y la mía se encontraron a una distancia de tres metros.

—Gabi —susurró ella sorprendida.

Permanecimos en silencio unos segundos hasta que reuní el valor suficiente para decirle lo que pensaba.

—Tenías razón. Siempre la tienes. Lo siento. He sido una imbécil.

Las lágrimas brotaron de mis ojos a pesar de lo mucho que intentaba contenerlas.

Mi sobrina se quitó el chupete e intentó ponérmelo. Más tarde descubrí que eso era lo que hacía con otros niños en la guardería cuando trataba de calmarlos.

Raquel avanzó hasta mí y me abrazó.

—No eres imbécil. Solo la mejor persona que conozco en el mundo.

Y sé que lo dijo de verdad, pues, a diferencia de muchas personas, Raquel siempre decía la verdad.

Así fue como por fin me reconcilié con mi hermana mayor y decidí que mi vida consistía en estar cerca de mi familia. Aquella noche

dormí en casa de Raquel, pero al día siguiente ella me acompañó a darle la noticia de mi vuelta a mamá.

—Tu sitio está aquí con nosotras, Gabi. ¿Qué se te ha perdido a ti en Madrid? Además, tesoro, nunca te lo he dicho por respeto, pero Josema es muy feo y canta fatal. Todavía recuerdo aquel día que me pediste que te acompañara a verlo actuar en El Pelícano. Y yo con la esperanza de tener un yerno como Alejandro Sanz o Pablo López. Cuando llegué a casa tuve que tomarme dos paracetamoles de lo mucho que me dolía la cabeza. ¿Y sabes a quién se parece?

—Vale, mamá. No es necesario.

—No, en serio. Es clavadito a la hormiga Z, la de esa película que tanto le gustaba a Mario cuando era pequeño. ¿Te acuerdas, Raquel? La de la hormiga obrera. Aunque ya me gustaría a mí ver a ese trabajando en una obra. Maldito desgraciado.

*

—Gabi —susurró mi hermanita pequeña trayéndome de nuevo al presente—. Tienes que dejar de pensar en ello.

Y se refería al hecho de que Josema no me dejó porque lo nuestro estuviese acabado, que lo estaba. Me dejó por otra chica. Y nada más y nada menos que Cecilia Rock, una bloguera de moda con más de trescientos mil seguidores en Instagram. Pero eso lo descubrí al mes de estar en Cádiz, cuando la joven Cecilia, en su intentona de ser cantante además de *instagrammer*, cantó en un vídeo en directo la canción con la que Josema rompía conmigo y este se hizo viral. Ella había variado la melodía, aunque la letra continuaba intacta.

Aún recuerdo la acidez en mi estómago y la sensación de impotencia que me invadió cuando de pura casualidad vi por primera vez el vídeo en mi teléfono mientras curioseaba las redes sociales. Pensé que se trataba de una broma pesada. El caso era que yo ya había oído hablar de esa chica antes en reuniones con los amigos de Josema. De hecho, ella solía asistir a un pequeño teatro de Malasaña donde Josema había actuado en alguna ocasión.

Tras el descubrimiento, indagué en el perfil de Cecilia y, debajo de un millar de filtros, revelé que Josema y ella se conocían desde hacía varios meses antes de romper conmigo. En las fotos en que aparecían juntos él siempre se situaba tras ella con su guitarra y ella lo

etiquetaba con el *hashtag* #Miángel.

Tan solo dos días después de marcharme de Madrid, él colgó una foto en su perfil con ella bajo el título: «Al fin te encontré».

Aunque yo la descubrí bastante más tarde.

Me repetí mentalmente las palabras que acababa de decir mi hermana pequeña: «Tienes que dejar de pensar en ello».

Y aunque en el fondo sabía que llevaba razón, en esos momentos vivía tratando de canalizar la rabia que sentía. Porque, claro, Cecilia y él parecían muy felices y guapos en sus retocadas fotos, a pesar de que ninguno de los dos poseía un rostro bonito.

La canción continuó compartiéndose en Facebook e Instagram, deduje que, más que por la letra, por la popularidad de Cecilia. Mientras tanto, yo me hallaba a punto de cumplir treinta y tres años. No tenía trabajo, ni siquiera paro porque abandoné de manera voluntaria mi último empleo en Starbucks. Tampoco contaba con ahorros porque se los había prestado a mi exnovio para que grabara su mierda de maqueta y se tocara los huevos mientras a mí me explotaban haciendo café.

Pero lo que más me dolía de todo era el hecho de que ellos vivían juntos en Malasaña. En el que era mi apartamento, cuya fianza también había perdido, para más inri. Vivían juntitos y Cecilia lo estaba decorando y publicaba cada cambio en sus historias de Instagram. Y, claro, como no podía ser de otro modo, mis libros continuaban allí, a pesar de que le había pedido a Josema que me los mandara por correo aun pagándole el porte. Sin embargo, no me los envió. Parecía ser que a Cecilia le encajaban a la perfección con la decoración *boho chic*, con un montón de plantas artificiales y cientos de cuadros con la cara de ella.

Y sin ahorros. Escribir, al menos, me mantenía cuerda. Solía despertarme muy temprano y continuaba dándole forma al proyecto que tenía entre manos: el tercer y último volumen de una novela negra de atmósfera asfixiante en la que la violencia, el odio y la injusticia eran el móvil de los crímenes. A veces me daba la sensación de que me pasaba con la crueldad de según qué personaje, pero, aunque no quería admitirlo, encontraba consuelo en ello. Escapaba a los sentimientos que me embargaban.

Además, daba clases de literatura a mi sobrino Mario y a dos de sus amigos quinceañeros. Una experiencia catastrófica, pero ese era

otro asunto. Debía buscarme otro empleo aparte de las clases, y de hecho me hallaba en la búsqueda. Sin embargo, nada de lo que me ocurría últimamente resultaba fácil.

«Tienes que dejar de pensar en ello.»

La señora Astor continuaba con su lujuriosa fiesta a las dos de la madrugada. Acababa de prometerle a mi hermana que no volvería a cotillear el perfil de Cecilia Rock, pero aún sostenía el teléfono. Antes de apagar el móvil e incorporar a mi lista de problemas que mi madre era *hater*, entré en Facebook y me di cuenta de que acababan de añadirme a un grupo de antiguos alumnos del instituto. Raquel y David también formaban parte de ese grupo, aunque ellos me sacaban tres años. Leí por encima los mensajes. Había mucha gente de diferentes cursos, todos con la finalidad de hacer un encuentro en el patio del colegio con motivo de su centenario. Por supuesto, no pensaba ir.

La idea de encontrarme con mis antiguos compañeros de clase me parecía deprimente. Sobre todo teniendo en cuenta que la gran mayoría estarían casados, tendrían profesiones de verdad y, con seguridad, hasta hijos.

Asistir a ese encuentro agravaría mi condición de fracasada.

De ninguna manera iría.

Bloqueé el teléfono y me di la vuelta abrazando la almohada.

Mi vida era una mierda.

Y quería que cambiase.

2

Comienza la fiesta

Me sentía muy incómoda con el vestido prestado por Raquel. Hacía tanto tiempo que no me arreglaba para salir de noche que temí que mi criterio hubiera sido manipulado.

¿Cómo demonios me había dejado convencer?

—Me sobran tres kilos, como mínimo. No puedo ponerme esto. Marca demasiado, ¿no crees? —le había dicho un par de horas antes en casa a mi hermana María.

—Pues claro que marca. Es un vestido que realza la figura. Tienes unas curvas de infarto, Gabi. Deberías vestirte así más a menudo.

—Me siento más cómoda con el otro conjunto.

—¿Te refieres a la falda y la blusa de *Un tiempo entre costuras*?

—Te odio, ¿lo sabes?

—Vale, pero ponte ese vestido —aseveró ella aproximándose a mí y peinándome mi media melena trigueña con los dedos—. Además, vestida de esa manera sí que pareces una escritora. Una de éxito. Como J. K. Rowling.

—Sí, claro.

Como ya he dicho, la mayor de mis hermanas es Raquel. Tres años después vine al mundo yo. Luego mamá y papá estuvieron intentando tener un tercer hijo durante bastante tiempo, pero no fue hasta doce años más tarde cuando nació María. A pesar de ser la más joven, a veces era la única que imponía cordura en mi familia.

Mi padre siempre deseó un hijo varón, aunque su anhelo quedó un poco mitigado cuando Raquel, en su adolescencia, empezó a salir con David. El susodicho se convirtió pronto en uno más de la familia. David perdió a su padre siendo muy pequeño. Sé que siempre quiso al mío como si fuese el suyo. Los últimos días de mi padre en el hospital, él no se apartó ni un segundo de su lado.

*

Aún no había anochecido cuando visualicé la fachada del que fue mi instituto. No me podía creer que estuviese allí. Mientras calculaba

las desastrosas consecuencias del reencuentro con mis amigos, me fijé en la hilera de coches que permanecían estacionados justo en la entrada. Me llamó mucho la atención un vehículo en concreto: un reluciente Ford Mustang 55 color ceniza que de inmediato asocié con la protagonista de mi novela, la inspectora Miller. Ella poseía un coche igual. Aunque el de Miller era de color ámbar.

Fruncí el cejo pensando en la desmesurada casualidad. Esa misma mañana había decidido, tras investigar un poco, que la inspectora debía cambiar su antiguo Chevrolet Camaro por ese coche, ya que la transmisión de diez velocidades del Mustang le permitía una aceleración más rápida y un rendimiento más fluido. Características imprescindibles, pues en la historia sucedían varias persecuciones.

Aproveché para echar un vistazo con disimulo a su interior con el fin de aportar los detalles a las descripciones, y luego me dispuse a apartar de mi cabeza la novela y aferrarme a la idea de que divertirme esa noche no sería tan difícil.

Una vez dentro, intenté caminar con naturalidad, pero con ese vestido me sentía desnuda. Sin ser escotado ni demasiado corto, la luz de esos enormes focos que iluminaban la explanada me amedrentaron.

A mi alrededor había varios grupos de personas. En principio, no fui capaz de reconocer a nadie. Supuse que era normal. La gente cambia y yo tampoco llevaba las gafas. Sin embargo, lo demás permanecía igual: la pintura de los edificios donde se encontraban las aulas, un par de porterías de fútbol colocadas a la derecha junto a aquella vieja fuente de agua que nunca llegaron a arreglar. Al fondo habían situado una barra de bar provisional decorada con farolillos de feria y varias personas se agolpaban pidiendo sus bebidas. Justo en la parte superior de la barra pendía un cartel publicitando el centenario del centro.

Los recuerdos de esa etapa de mi vida me asaltaron con una sorprendente melancolía. De pronto volví a ser aquella niña menuda y con gafas, la que nunca tuvo el valor de confesar abiertamente que quería ser escritora. Aquí gané varios concursos de redacción, y en todas las fiestas de fin de curso me seleccionaban para leer el discurso final. Mis profesores solían decirme que mi futuro residiría en el periodismo o, mejor aún, en la docencia. Pero jamás me atreví a revelar que yo no quería enseñar. Siempre deseé escribir historias: *thrillers* apasionantes, sangrientos, terroríficos, donde la corrupción

política y moral, los crímenes organizados y la debilidad humana dirigieran el argumento principal. Y no, no resultó fácil explicarles eso a mis profesores.

Creo que en aquella época fui mucho más escritora que en mi nefasto presente. Había recibido tantas negativas por parte de las editoriales que quizá tanto Josema como mis docentes llevaban razón. Quizá debía dedicarme a dar clases y olvidarme de publicar libros.

Suspiré y ojeé el reloj de mi muñeca. Raquel y David, los culpables de que hubiera asistido a ese maldito encuentro, no aparecían por ninguna parte.

—Gabriela Solari, eres tú, ¿verdad?

Volví ligeramente la cabeza y avisté a una chica aproximarse. No la reconocí hasta que la tuve delante.

—¿Lidia?

—Joder, Gabi. Estás preciosa —exclamó ella dándome un eufórico abrazo.

Lidia Lafuentes, mi mejor amiga durante la secundaria. Cayó en mi curso tras repetir un año. Luego a su padre lo destinaron a trabajar a Andorra y, aunque estuvimos algún tiempo en contacto, nos perdimos la pista.

Tardé unos segundos en recuperarme de la conmoción.

Cuando conseguí poner en línea el pasado y el presente conversé con Lidia, solo que ahora con muchísima más intensidad.

De mi amiga Lidia, al menos de la que yo recordaba, había muy poco en la chica que tenía delante. Su pelo había dejado de ser rubio y ahora lo lucía de un tono verde, corto y trasquilado en la parte de la coronilla. Iba vestida de un modo informal comparada conmigo, vaqueros rajados y camiseta negra roquera, y sus brazos estaban repletos de unos llamativos tatuajes florales que me parecieron alucinantes a pesar de no gustarme los tatuajes.

Admito que el contraste con la Lidia adolescente me dejó abrumada. Pero deduje tras unos minutos de cháchara que su noble espíritu salvaje continuaba ahí.

—Pero bueno, qué alegría verte. Me encontré con tu madre hace un par de meses. ¿No te lo dijo?

Negué con la cabeza. Mi madre solía estar muy ocupada con Instagram, y de todas maneras jamás le gustó que Lidia y yo fuésemos amigas. Decía que era una mala influencia para mí.

—¿Y… qué tal estás?

—Pues aquí me ves —exclamó mostrándome sus antebrazos—. Soy tatuadora. Estudié Bellas Artes en Barcelona y luego estuve dando tumbos por el extranjero. Ahora he abierto un estudio de tatuajes en el centro de Cádiz. Quiero quedarme aquí. Y tú, ¿a qué te dedicas?

La pregunta me provocó malestar. ¿Qué le podía decir?

—Bueno, yo…

—Gabi —vociferó entonces mi hermana.

Raquel y David se aproximaron apresurados. Últimamente vivían de ese modo. Parecían siempre estresados.

—Perdona la tardanza, pero Carmen no quería dormirse.

Raquel afiló la mirada con curiosidad.

—Eres Lidia Lafuentes, ¿verdad? Joder, no te había reconocido. Estás… increíble.

—Gracias. Tú también.

—David, es Lidia. ¿No la recuerdas? La prima de Aníbal.

En cuanto ese nombre salió de la boca de Raquel, una violenta sensación de repulsa me sacudió.

—Es verdad. La pequeña Lidia —dijo mi cuñado acercándose a ella para saludarla con dos besos—. Tu primo me dijo que habías vuelto de Ámsterdam y que has abierto un estudio de tatuajes, ¿no es así?

—Así es —sonrió ella.

—Qué bien. ¿Y Aníbal? ¿No ha venido?

—Está por ahí. Ya sabes, conquistando a alguna.

David soltó una risita. ¡Puaj!

Antes de regresar a mí, Lidia indagó en las profesiones de mi hermana y mi cuñado. Raquel le contó que era inspectora de policía y que desde que había nacido Carmen se dedicaba más al trabajo administrativo en la unidad de violencia de género. David habló sobre sus tediosos horarios en la empresa de aeronaves para la que trabajaba como ingeniero.

Mi incomodidad crecía por minutos, pues eso era justo lo que sabía que pasaría. Todos tenían una profesión remunerada. Todos menos yo, que ni siquiera cobraba la prestación por desempleo. Y, por si fuera poco, me habían impuesto una sanción porque mi encargado en Starbucks alegó en mi contra abandono del puesto. Así que jamás volverían a contratarme en ningún sitio. Tendría que pasarme la vida dándoles clases de literatura a una panda de adolescentes

descerebrados y cobrando en negro.

—Bueno, Gabi. ¿Y tú qué haces en la actualidad? —insistió Lidia.

—Es escritora —anunció orgulloso mi cuñado—. Y de las buenas. Por cierto, anoche terminé tu segunda novela. Es alucinante, Gabi. Estaba esperando a verte para decírtelo en persona. Tienes que presentarlas a algún concurso.

—¿En serio? ¿Eres escritora? ¡Lo sabía! Sabía que lo lograrías. ¿Y dónde puedo comprar tus libros?

Sonreí nerviosa. ¡Qué graciosa! ¿Que dónde podía comprar mis libros?

¡¡En ninguna parte!!

David había leído en las últimas semanas mis dos novelas. Las dos reposaban en la carpeta de documentos de mi ordenador. Era el único hombre, al margen de mi padre, que había leído alguno de mis escritos y, al parecer, mi fan número uno. Mis hermanas también los habían leído. Y aunque siempre dirigían palabras halagadoras hacia mi trabajo, lo cierto es que era difícil saber si realmente decían la verdad o no querían hundirme más de lo que ya estaba.

—En realidad solo escribo para ellos —le aclaré a Lidia encogiéndome de hombros—. Ninguna editorial quiere publicarlos. Así que no soy escritora. Solo una chica en paro que escribe.

—Oh, vaya… Bueno, estoy segura de que no tardarán mucho en apreciar tu talento —afirmó ella con un remarcado e indulgente tono.

No me apetecía ser el centro de atención de esa conversación. Me incomodaba demasiado, y Raquel lo percibió de inmediato.

—¿Os apetece una cerveza? —propuso.

Cuando nos adelantamos hacia la barra, eché un vistazo rápido a mi alrededor. Reconocimos algunos rostros. Raquel y David se pararon a saludar a viejos amigos. A mi derecha identifiqué a Elisabeth Troncoso. Lidia me dio un codazo con disimulo porque intuyó que las dos habíamos pensado lo mismo. Que ni siquiera la cirugía y tanta silicona podían ocultar la fealdad que residía en su interior.

Elisabeth había sido en nuestros años de instituto algo así como la pedante reina del baile, solo que el nuestro no era uno de esos colegios americanos con reyes del baile, taquillas y estrellas de rugby paseando por los pasillos. De haberlo sido, Elisabeth habría ido colgada del brazo de alguno, y no precisamente por su belleza. Tampoco por su inteligencia. De hecho, su expediente académico

mentía más que su actual delantera. Pero su padre, un empresario con bastantes contactos, siempre puso especial interés en resaltar cualidades de las que su hija carecía a golpe de talonario.

En esos instantes Elisabeth coqueteaba con un chico alto y de anchos hombros.

—Ese es Aníbal, ¿no? —le preguntó David a Lidia.

—Sí. Por favor, sácalo de ahí.

—Aníbal —vociferó mi cuñado atrayendo su atención.

El interpelado se dio la vuelta y nuestras miradas se encontraron.

Maldito Aníbal Lafuentes.

Si hubiese sido un personaje de alguna de mis novelas, estoy segura de que lo habría retratado como el abogado frío, calculador y despreciable que en realidad aparentaba ser. El malo de la historia con el que no tendría piedad en el capítulo final.

Lo admito, odio a los abogados. Pero a ese que se dirigía hacia nosotros, muchísimo más. Y lo odiaba porque era un gilipollas en potencia. O al menos lo fue hasta que le perdí la pista.

David y él conservaban la amistad desde que fueron compañeros de clase y camaradas en el equipo de fútbol. Sin embargo, no me parecía que tuviese nada en común con mi cuñado. Además, el muy imbécil poseía un físico agradecido. «Dios le da pan al que no tiene dientes.» No sé si ese refrán venía al caso, pero es lo único que se me ocurrió mientras veía a Aníbal avanzar con aquellos andares chulescos. Continuaba siendo tan alto, robusto y petulante como aquel adolescente que me robó el primer beso. Sí, Aníbal fue el primer chico al que besé. Puede resultar una cursilada, pero en realidad aún lo recordaba como un desagradable episodio. Por su culpa, jamás conseguí olvidarme del Loncha.

David y él se dieron un abrazo. Luego se aproximó a Raquel y le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

Respiré hondo antes de que abriera la boca y soltara alguna perla.

—Vaya, vaya, si es Gabi Gafitas… —recitó con una sonrisa seductora.

Sus ojos me repasaron de la cabeza a los pies.

Detestaba ese mote. Aunque nadie salvo él me llamaba así.

—Aníbal *el Carnival* —murmuré con un ligero gesto de la cabeza, invocándole aquel apodo que tanto lo fastidiaba y que se ganó con creces.

Sus amigos comenzaron a llamarlo de ese modo después de que en unos carnavales se pusiera hasta el culo de calimocho en la fiesta de disfraces que organizaba el instituto, en la que se enrolló con más de diez chicas. Me pregunté qué habría sucedido si eso mismo lo hubiese hecho yo, por ejemplo.

Los presentes sabían que no nos soportábamos. Y no fue solo por lo que me hizo, sino porque Aníbal siempre me pareció un gallito egoísta, inmaduro y vanidoso.

La tensión creció cuando él fue a saludarme con dos besos y yo lo detuve alargando la mano. No pareció sentarle muy bien mi desplante.

David miró a Raquel y se sonrieron cómplices. Hubo una época en la que pretendían emparejarme con Aníbal. Fue poco antes de conocer a Josema. Pero prefería pasarme la vida escuchando las absurdas canciones de mi exnovio a tener una sola cita con ese tipo.

Lo que sucedió a continuación fue más o menos lo esperado. Mi cuñado, Aníbal y Raquel conversaron animados. Y yo continué poniéndome al día con Lidia, aunque mi estado de reciente distensión se esfumó por completo. Sobre todo cuando él se aproximó a Lidia tratando de establecer un diálogo amigable en el que me vi obligada a intervenir.

—Cuéntanos, ¿de qué hablabas con la arpía de Elisabeth Troncoso? —cuchicheó Lidia con divertida malicia.

Él se pasó una mano por el pelo y la dejó quieta en la nuca. Me pregunté cómo demonios conseguía tener siempre tanto brillo en el cabello. La mayoría de mis antiguos compañeros mostraban unas considerables entradas. El Carnival, sin embargo, se vanagloriaba de conservar su pelazo azabache al más puro estilo Alain Delon. Si me hubiesen dicho que ese tipejo pertenecía a la familia Kennedy, me lo habría creído sin dudas. Y no me refería al cenizo, sino al físico.

—¿Con Eli? Ah, nada, estoy ocupándome de su divorcio. Ya sabes.

—¿Se divorcia? Pero si hasta hace poco presumía de su felicidad en Facebook.

—Por eso nunca es bueno creerse lo que la gente cuenta en las redes sociales.

—Gabi, ¿sabías que mi primo es el mejor abogado de la provincia? —alardeó Lidia risueña, colgándose de su brazo.

—¿Solo de la provincia? —presumió él.

—Dinos, ¿a cuántos de estos has divorciado?

Él lanzó un vistazo rápido a su alrededor.

—¿Más o menos?

David soltó una carcajada. ¿Por qué a todo el mundo le hacía tanta gracia las cosas que decía ese engendro?

—Haciendo un cálculo rápido…, aproximadamente a un sesenta por ciento.

Resultaba curioso que dijera eso cuando todas las parejas que nos rodeaban sonreían como si fuesen muy felices.

—Tiene que ser triste, ¿no? —declaré lacónica, sin el menor remordimiento de empañar la concordia del grupo.

—Triste, ¿a qué te refieres? —inquirió él centrando la atención en mí.

—Me refiero a tu trabajo. A eso del divorcio. Suele ser algo traumático.

—¿Por qué lo dices? ¿Te has divorciado alguna vez?

—No. Nunca me he casado. Y nunca lo haré.

—Ni te imaginas a la de gente que he oído decir eso. Por fortuna, la gran mayoría se casa —alegó él con una sonrisita insolente.

—Y tú luego te ocupas de divorciarlos.

—Así es.

—Pues tiene que ser desagradable, ¿no? Suele haber hijos de por medio, recuerdos… Pero supongo que a vosotros, los abogados, eso es lo que menos os preocupa.

Aníbal me repasó de la cabeza a los pies.

—En realidad me parece que no entiendes mi trabajo. No soy yo quien decide que la gente se divorcie, Gabi Gafitas. Yo solo me encargo de que sea feliz el que primero me contrate.

Lidia, Raquel y David rieron el comentario. Pero a mí no me hacía ni puta gracia. Y mucho menos que siguiera llamándome Gabi Gafitas.

Bebió de su cerveza sin apartar los ojos de mí.

—¿Y qué hay de tu trabajo? ¿A qué te dedicas en estos momentos? —preguntó tras el sorbo.

Si ya de por sí me molestaba esa preguntita, que saliese de los carnosos labios de Aníbal Lafuentes me enervó mucho más.

—Doy clases particulares.

—Es escritora —respondieron mi hermana, Lidia y David al unísono pisando mi respuesta.

—¡Ah, es cierto! —contestó él mirando a Raquel como si esta

alguna vez se lo hubiese mencionado—. Eres escritora, mmmm, qué interesante. ¿Y qué es lo que escribes? ¿Poesía? Seguro que sí.

—Escribe unos *thrillers* alucinantes, Aníbal —anunció David entusiasmado.

—¿En serio? Pues nunca lo habría dicho.

—¿Por qué no? —repliqué a la defensiva.

—Porque tienes pinta de poetisa. Ya sabes, por eso que has dicho del sufrimiento de los hijos y lo del trauma. Percibo que eres una de esas personas que no entienden que en la vida se gana o se pierde. Pero bueno, no te ofendas, es solo una percepción. Ahora que sé que eres escritora, puedo entender tu comentario. Vosotros, los escritores, vivís confundiendo lo real con lo ficticio.

Sentí una irrefrenable necesidad de mandarlo a la mierda, pero apenas me dio tiempo a responder cuando Raquel intervino:

—Será mejor que dejemos de hablar de nuestros trabajos y nos divirtamos un poco, ¿no creéis?

—Estoy de acuerdo. Hay mucha gente por aquí con cara de no divertirse a menudo.

—Aníbal, no seas malo —lo regañó Lidia.

—Voy a por unas cervezas. ¿Alguien quiere algo? —preguntó, yo diría que enojado.

David y Raquel aún tenían sus vasos llenos.

Lidia alzó el suyo.

—Yo sí. Gabi, ¿una cerveza?

—No, gracias. Me iré en breve.

—¡Pero ¿qué dices?! Aún tienes muchas cosas que contarme. Aníbal, que sean dos, por favor. Una para mí y otra para Gabi.

—Claro, cómo no —respondió él escrutándome.

Luego se alejó y mis músculos se relajaron.

Elisabeth Troncoso aprovechó de nuevo la coyuntura para abordarlo. Deduje que había muchas posibilidades de que esa noche ambos terminaran juntos en la cama. Pero, en fin, no me pareció algo extraño. Elisabeth nunca fue precisamente una monja. Y Aníbal…, bueno, era Aníbal.

—No entiendo cómo a los hombres les gustan ese tipo de mujeres —murmuró Lidia cuando percibió dónde se hallaba mi atención.

Yo me encogí de hombros fingiendo desinterés.

—Supongo que porque también hay un determinado tipo de

hombres —añadí viendo cómo Elisabeth reía sin parar y le pasaba el dedo índice por el antebrazo a Aníbal.

Giré la cabeza intentando apartarlo de mi visión y continué charlando con Lidia y poniéndonos al día. Fue entonces cuando me di cuenta de que Raquel se hallaba un poco abstraída. David le hablaba, pero ella apuntaba su interés al fondo del patio, a un grupo de personas entre las cuales se encontraba Sebastián Pacheco, al que todos llamábamos Pacheco, sin más.

¿Y quién era ese individuo? Pues se podría decir que una copia *made in China* de Brad Pitt en *Leyendas de pasión*. Rememoré que, en nuestros años, entre esas paredes, Raquel y sus amigas idolatraban a Pacheco por el simple hecho de tener una melena rubia y presumir de ese aire de guaperas hippie. Nunca entendí por qué a mi hermana le impresionaba tanto ese chico cuando mi cuñado era diez millones de veces más guapo, listo y masculino que él. Por fortuna, ganó el sentido común, porque de lo contrario Raquel en esos momentos habría estado viajando en una caravana mugrienta de un lado a otro y fabricando a mano bolsos de cuero. Que no digo que fuera un oficio indecente, ni mucho menos. De hecho, Pacheco desprendía un aire de felicidad desproporcionado. Aunque eso quizá fuese un efecto del cannabis.

Mientras Lidia seguía con su perorata, le hice un gesto con los ojos a Raquel para que disimulara un poco. Si yo me había percatado de que observaba con descaro a Pacheco, mi cuñado, que era ingeniero, tarde o temprano también lo haría.

A pesar de que Aníbal regresó con nosotros y me ofreció la cerveza con forzada simpatía, decidí que ni siquiera él iba a impedir que esa velada fuese entretenida. Al fin y al cabo, allí, rodeada de mis antiguos compañeros, empecé a sentirme joven y optimista. Me apetecía relacionarme y olvidar por unas horas las dificultades económicas que me acechaban.

Quizá ese había sido el problema desde que empecé a salir con Josema. Apartarme de toda la gente que conocía. Y la única culpable era yo. Me había centrado tanto en escribir y trabajar que me había olvidado de que el mundo era mucho más que eso.

Las horas transcurrieron a una velocidad de vértigo. Bajo ese cielo irrigado de estrellas, y arropada por la agradable temperatura primaveral de principios de junio, aquella sensación de temor hacia lo

que muchos pudieran pensar de mí se diluyó conforme avanzaba el tiempo. En el patio de ese colegio volví a ser Gabi, la chica gentil, pacífica y optimista que soñaba con escribir. Sí, mis compañeros me preguntaron por mi situación actual, pero al menos fue tranquilizador saber que no era la única que continuaba persiguiendo sus sueños. Las cervezas, no voy a negarlo, también mitigaron mi desasosiego.

—¿Me acompañas al baño? —dijo Raquel al cabo de un rato tomándome por el codo.

—Claro.

—¿Has visto a Pacheco? —bisbiseó a medida que avanzábamos.

—Como para no verlo. Podrías disimular un poco, ¿no crees? No sé si recuerdas que has venido con tu marido.

—No seas mojigata, Gabi. Solo estoy alegrándome la vista. Joder, míralo. Sigue tan guapo como siempre —suspiró.

—Jamás he visto guapo a ese tipo. A decir verdad, nunca entendí por qué tú y tus amigas os pasabais los días hablando de él. Además —añadí mirando a Pacheco, que en ese instante se estaba metiendo un dedo en el oído para luego hacer una especie de pelotilla—, siempre me ha parecido que no se aseaba demasiado. ¿Nadie le ha dicho que debería cortarse las puntas cada tres meses?

Ella ignoró mi comentario mientras accedíamos a los aseos.

—Por cierto, has estado un poco borde con Aníbal, ¿no te parece? —voceó desde el interior del baño.

Me miré al espejo. El vestido me favorecía, pensé colocándome el sujetador en su sitio.

—No soporto a Aníbal, Raquel. No es ningún secreto.

—¿Sabes? Creo que siempre le has guardado rencor por lo que te hizo —bromeó ella tirando de la cisterna.

—Pero ¿qué dices? Anda, sigamos hablando de Pacheco. Creo que se hace mechas —murmuré cavilando sobre esa melena de tres pelos.

—Gabi, Aníbal es uno de los mejores amigos de David. Me gustaría que te llevaras bien con él.

—Me encanta complacerte, hermanita, pero eso no va a ser posible.

Ella salió del habitáculo y se acercó al lavabo para lavarse las manos.

—Anoche David y yo estuvimos hablando del dinero que te debe Josema. No puedes dejar que ese caradura se quede con tus quince mil

euros. Son tuyos.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Ya se lo he pedido.

—Y para colmo ni siquiera te ha enviado tus libros aún. Esta mañana estuve curioseando el perfil de Instagram de esa tal Cecilia de los cojones. ¡Se hace fotos con tus libros, Gabi! Presume de que tiene una gran biblioteca y me parece que esa lo último que leyó fue el *Micho*, a juzgar por las faltas de ortografía que hay en sus *posts*.

Me apoyé en la desgastada encimera de mármol mientras ella se secaba las manos con unas servilletas de papel.

—Raquel, a pesar de que no quería venir a este encuentro, me lo estaba pasando bien hasta que te he acompañado al baño. ¿Adónde pretendes llegar?

—Pues lo que intento decirte es que deberías ser amable con Aníbal. Él puede ayudarte.

—¿Ayudarme?

Se aproximó a una papelera para tirar la servilleta.

—Puedo hablar con él para que le interponga una demanda a Josema. Te aseguro que si Aníbal acepta llevar tu caso, Josema te pagará tu dinero. Es el mejor abogado que conozco. Sé que accederá si David y yo se lo pedimos.

Admito que por unos instantes la idea me pareció tentadora. Sin embargo, sabía de sobra que la situación financiera de Josema era aún más triste que sus propias canciones. En mi mente, los sucesos se anticiparon.

—Raquel, Josema no tiene ni un pavo. Se declarará insolvente en cuanto comience el proceso y, aunque no tengo mucha idea de lo que sucede en esos casos, seguro que me toca pagar a mí las costas del juicio y los honorarios de Aníbal. Como comprenderás, con mi sueldo de diez euros la hora dándoles clases de literatura a tu hijo y a sus amigos, no soportaría semejante estacazo.

Mi hermana volvió a situarse delante del espejo y sacó una barra de labios del bolso para retocarse. Luego se atusó su larga melena cobriza con los dedos.

—Estás muy negativa últimamente, Gabi. Deberías pensar en tu actitud. Hace ya seis meses que volviste de Madrid y solo oigo lamentos por tu parte.

Puse los ojos en blanco. Ahí estaba la versión más sincera y delicada de mi hermanita mayor.

—No estoy lamentándome. Soy realista. No tengo trabajo, Raquel. Y nadie quiere contratarme desde que el apestoso de mi encargado hizo lo posible porque me sancionaran. ¿Cómo demonios iba a pagar un abogado tan caro como Aníbal?

Ella no respondió. Guardó el cosmético de nuevo y me instó a salir al exterior. Volvimos a mezclarnos con la multitud de antiguos compañeros.

—Míralo —mascullé visualizando en la barra a Aníbal, que continuaba charlando distendido con la odiosa de Elisabeth—, ahí, con su camisa Armani y su reloj carísimo. ¿Crees que un abogado barato llevaría un reloj como ese?

—¿Cómo sabes que es caro? ¿Acaso ahora entiendes de relojes?

—No, pero es grande y no se parece en absoluto a este —respondí mostrándole mi Casio de cronógrafo cuyo valor rondaba los veinticinco euros—. Además, no lo soporto. Se supone que un abogado y su cliente deben tener buena relación, ¿no?

—¿De qué habláis? —preguntó David.

Raquel suspiró con irritación.

—De nada. Le estoy diciendo a Gabi lo mismo que le has dicho tú antes. Que debería enviar su última novela a algún concurso.

—Sí, Gabi. En serio, es buenísima.

—Muchas gracias, David. Lo pensaré.

*

A continuación conversé con Lidia y otras chicas de nuestro círculo de amigas durante esos años. Lo cierto es que fue enriquecedor asistir al encuentro. La noche avanzó mostrándonos un cielo cada vez más oscuro. Mi mirada y la de Aníbal se cruzaron en un par de ocasiones. La propuesta de Raquel me parecía una solución a mi bochornosa situación, pero sabía que contratar a Aníbal era una locura. Sus ojos me decían que él tampoco me soportaba. Ese tipo siempre me había inspirado rechazo. Bueno, siempre excepto cuando nos besamos, pero ese episodio deseaba con todas mis fuerzas desecharlo de mi mente. Aún no lograba entender cómo en el pasado me había sentido atraída por él.

Miré mi reloj de veinticinco euros y me di cuenta de lo tarde que era. Al día siguiente quería madrugar y acabar el capítulo que tenía

entre manos. Mis horas más lúcidas para escribir transcurrían entre las siete y las once de la mañana, así que decidí que había llegado el momento de marcharme. Además, pensaba considerar el consejo de mi cuñado y estudiar la posibilidad de presentar mis novelas a algún concurso. Aunque quizá semejante optimismo fuera consecuencia del alcohol ingerido.

Lidia intentó retenerme un poco más, pero la decisión de marcharme ya estaba tomada. Le prometí que iría a visitar su estudio de tatuajes y ella aceptó mi retirada complacida.

Me despedí de mis antiguas compañeras, de mi hermana y de David, y justo cuando me dirigía hacia la salida me crucé con Aníbal, que se distanciaba de un grupo de personas.

Se interpuso en mi camino antes de que me diera tiempo a esquivarlo.

—¿Te vas ya, Gabi Gafitas?

—Sí, mañana madrugo.

—¿Madrugas los domingos?

—Sí —respondí cortante sin la menor intención de darle explicaciones.

Él hizo un gesto con las cejas que no entendí muy bien.

—Hacía mucho tiempo que no te veía. Estás… —su mirada se deslizó curiosa por mi vestido— distinta.

—¿Distinta? ¿En qué sentido?

—No lo sé. ¿Más delgada?

—¿Nadie te ha dicho alguna vez que hablarles a las personas sobre su aspecto físico es desagradable? Sobre todo si no te han preguntado tu opinión.

—Que yo sepa, no te he dicho nada ofensivo.

—Has dicho que ahora estoy más delgada. ¿Eso quiere decir que antes estaba gorda?

—Guau. Sigues siendo la misma repipi de siempre —sonrió él cruzándose de brazos.

—¿Repipi? Perdóneme usted, letrado. Pero no estoy preparada para semejante riqueza de vocabulario. Venga, hasta luego —protesté dando un paso hacia la derecha para salir de su espacio.

Él me retuvo por el codo. Apenas me dio tiempo a percibir que su boca se había situado muy cerca del lóbulo de mi oreja.

—Solo pretendía decirte que estás muy guapa. Adiós, Gabi Gafitas.

Luego se marchó.

«Gilipollas», farfullé repudiando la sensación que me produjo su perfume. Olía bien, para qué mentir en eso. Quizá esos numeritos de hacerse el interesante le funcionaban con otras chicas, pero desde luego yo era inmune a tipos como Aníbal Lafuentes. En realidad, desde que Josema me había dejado, me sentía asexual.

Salí de allí intentando desprenderme de la cercanía de Aníbal y su sonrisita petulante. Ni siquiera entendía por qué me había comportado de ese modo tan grosero con él. Yo era una chica muy tranquila. La chica elefante, como solía llamarme mi padre. Me llamaba así porque decía que era la más pacífica y la que poseía el cerebro más grande de sus tres hijas. «Ahí dentro caben muchas historias. Espero que algún día te atrevas a contarlas todas», me aseguraba de pequeña. Según él, los elefantes transmitían paz, fuerza y poder, características que él siempre encontró en mí. Yo aún continuaba buscando las dos últimas. Y la primera desaparecía en el instante en que me cruzaba con Aníbal.

Reflexionaba sobre estas cuestiones cuando crucé la puerta del instituto y una brisa fresca acarició la piel de mis brazos provocándome un escalofrío. Me ajusté el bolso al hombro dispuesta a caminar hacia mi casa. La posibilidad de coger un taxi quedaba excluida de mi presupuesto.

Un ruido a mi izquierda me obligó a girarme. Todo sucedió muy rápido. Dos tipos con unos pañuelos atados en la cabeza a la altura de la nariz se hallaban junto al coche de la inspectora Miller. Aquel Ford Mustang 55. Tardé unos segundos en comprender sus intenciones. Uno de ellos se encontraba agachado rajándole una rueda y el otro retorcía los limpiaparabrisas.

—¡Ehhh! ¡Pero ¿qué demonios hacéis?! —vociferé sin pensar en las consecuencias.

Los dos gamberros salieron huyendo en cuanto se percataron de mi presencia. No obstante, el daño ya estaba hecho, pues habían destrozado el reluciente Mustang de la inspectora Miller.

—¡Sinvergüenzas! —grité a pesar de que ya estaban al otro lado de la acera.

—¡Métete en tus asuntos, puta! —respondió uno de ellos con un acento raro haciéndome un corte de mangas.

La impotencia y la rabia me invadieron en la misma proporción. Miré a un lado y al otro buscando a algún otro testigo, cuando de

repente atisbé que en la lejanía un coche de la policía local patrullaba por la avenida.

Me lancé a la carretera poseída por una furia incontrolable y levanté los brazos para detener a los agentes. Aquellos incivilizados, al intuir mis intenciones, echaron a correr hasta desaparecer de mi vista.

—¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó el policía que conducía deteniendo el vehículo en doble fila, muy cerca del Mustang.

—Agentes —carraspeé extenuada—, acabo de ver a dos tipos destrozando este coche. Llevaban unos pañuelos en la cara y se han ido por allí. Para colmo, me han insultado.

Los dos policías no tenían pinta de justicieros. Ni siquiera eran atléticos, a decir verdad. Se bajaron del vehículo con una pasmosa tranquilidad y comprobaron la veracidad de mi acusación.

—Un momento —dijo uno de ellos, el que iba en el asiento del pasajero—. Este es el coche de Lafuentes.

Me pareció que sonreía al mencionar ese apellido que tanto me sonaba.

—¿Te refieres al abogado de Lucía? ¿A ese cabrón que ha hecho lo posible porque te embargaran la nómina?

Permanecí en silencio asegurándome de sus palabras.

¿El coche de la inspectora Miller pertenecía a Aníbal?

—Exacto. Ni me lo recuerdes. Mi exmujer me pone los cuernos con su catequista y encima se busca a un abogado que me ha dejado sin blanca. Un hijo de puta sin escrúpulos.

—Pues, a juzgar por cómo le han tuneado el carro, no eres el único que lo aprecia.

—No sabes cuánto me alegro. Creo que deberíamos buscar a esos vándalos e invitarlos a unas birras.

Ambos policías se carcajearon delante de mí. Más bien ignoraron por completo mi presencia. Sin embargo, no me gustó lo que oía. Tosí con la intención de recordarles que me hallaba tras ellos.

—Puede marcharse, señorita. Conocemos al propietario de este vehículo. Nos pondremos en contacto con él ahora mismo.

Miré a ambos policías con semblante impasible. A pesar de que yo también odiaba a Aníbal, no me pareció correcto el comportamiento de esos agentes.

—¿No necesitan una descripción más detallada de las personas que han hecho esto? Los he visto. Podría describirlos. Tengo memoria

fotográfica.

Lo de la memoria me lo acababa de inventar, pero supuse que los impresionaría.

—No será necesario —me cortó el de la nómina embargada.

Suspiré, cruzándome de brazos y evidenciando mi disconformidad.

—No se preocupe, daremos con ellos —mintió el otro tratando de tranquilizarme.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Por arte de magia?

—Que tenga buena noche, señorita —añadió el policía divorciado y en bancarrota instándome a marcharme con un ligero movimiento de la cabeza.

—Sí, ya.

Me alejé varios metros de ellos y me detuve en la siguiente esquina. Allí, saqué mi móvil del bolso y me planteé si llamar o no a Raquel para contarle lo sucedido. Al fin y al cabo, ellos aún estaban en la fiesta de antiguos alumnos y podrían comentárselo a Aníbal. Pensé en las rudas palabras de aquel policía: «Un hijo de puta sin escrúpulos», así lo había calificado. Y quizá llevara razón.

De repente, me vinieron a la cabeza sus últimas palabras. Sus dedos sosteniendo mi codo y sus labios tan cerca de mi oído. Sacudí mis confusos pensamientos.

¿Por qué demonios me planteaba ayudar a Aníbal?

A pesar de todo, yo estaba en contra de las injusticias. Y esos policías no habían obrado de la manera correcta.

Me dispuse a marcar el número de Raquel, pero justo cuando alcé la vista de nuevo hacia el escenario, atisbé en la distancia que Aníbal se aproximaba a los agentes con cierto aire soberbio. Supuse que había abandonado la fiesta con intención de marcharse a su casa o tal vez los agentes lo habían llamado para regodearse en su desgracia.

Me oculté tras unos cubos de basura con la firme determinación de presenciar su reacción. Sin embargo, una cucaracha como una telera de campo se posó sobre la solapa de mi bolso, y, cuando fui consciente de ello, salí huyendo de allí asestando bolsazos al aire y gritando como una loca.

3

Opciones

Sostenía entre los dedos el cuaderno de Mario, pero no conseguía concentrarme. No lograba adivinar de qué poeta podría ser la estrofa que tenía ante mis ojos. Además, él no paraba de charlar con sus dos amigos. Los tres reían sin importarles lo más mínimo suspender lengua esa evaluación. La semana anterior habíamos debatido sobre la importancia de la poesía y sus beneficios. En mi intento de convencerlos de que la poesía constituía el lenguaje oculto de los sentimientos y una herramienta para estimular el cerebro, no se me ocurrió nada más estúpido que mencionar que los raperos y cantantes de moda a veces rapeaban algunos versos. Claro que con eso no quise decir que Maluma fuese un literato.

—¿Quién demonios ha escrito esto? —pregunté unos segundos antes de descubrir que se trataba de la canción *Vitamina*, la canción del rapero de moda al que todos los medios de comunicación tachaban de misógino.

—Es una estrofa del mejor poeta de la historia.

—¡Maluma!

—¡Sí!

Me humedecí los labios.

—Mario, no me hace ninguna gracia. Vais a suspender la asignatura como no os toméis en serio mi clase.

—Gabi, dijiste que teníamos que escribir una estrofa de un poeta. No indicaste de qué siglo.

—Estamos dando la Generación del 27, Mario. Que yo sepa, Maluma jamás se ha codeado con figuras como Lorca, Alberti, Cernuda o Pedro Salinas.

—No sé quiénes son esos, pero por muy bien que escribiesen seguro que ninguno tuvo su propio avión privado.

Me masajeé las sienes y protesté muy furiosa clavando los codos en la mesa No iba a permitir que tres mocosos adolescentes me sacaran de mis casillas.

—Os diré una cosa. Esto no es poesía. Es una ofensa a la mujer. ¿Acaso creéis que hablándoles de este modo a las chicas vais a tener

éxito?

—Maluma lo tiene —replicó Mario.

—Y también tiene cuarenta y siete millones de seguidores en Instagram —lo apoyó Pablito con su corte de pelo con copete en el flequillo.

—¿De qué nos servirá saber tanto de poesía? Quiero decir, tú sabes mucho y aún no tienes un trabajo de verdad. En cambio, Maluma es millonario —apuntilló el resabido de Kike.

Un desagradable revoltijo de humillación e impotencia amenazó con desestabilizarme por completo. Cerré los ojos, haciendo un esfuerzo sobrehumano por calmarme.

—Tío, te has pasado —masculló mi sobrino dándole un puñetazo en el hombro a su amigo.

Tomé aire antes de responder.

—Quizá aún no tenga un trabajo bien remunerado, pero os diré una cosa. A las mujeres de verdad, a las que tenemos cerebro, no nos gustan las canciones de mierda de Maluma, por muchos aviones que tenga. Esto ni siquiera es una canción —bramé arrancando la página del cuaderno y haciendo una bola con ella—. Son un montón de palabras vacías con una rima horrible. No aprenderéis nada si tomáis como referentes letras como esta.

Los tres me observaban sin parpadear con sus rostros salpicados de granos y sus incipientes bigotes.

—Además, lengua es una asignatura troncal. Si la sumáis a los suspensos que ya tenéis, no pasaréis de curso. Solo seréis unos pringados repetidores con unos peinados y unos gustos musicales execrables. ¡La clase ha terminado por hoy!

—Gabi, ¿qué ocurre? —preguntó mi cuñado asomándose a la puerta de la habitación con la pequeña Carmen en brazos.

—¿Qué significa *execrable*? —oí que preguntaba Pablito en voz baja tocándose el flequillo.

—No sé, pero seguro que tiene algo que ver con el reguetón.

—Nada, David. Ocurre que hoy no estoy de humor para tonterías —respondí recogiendo mis cosas.

—¡¿Qué habéis hecho esta vez?!

—No hemos hecho nada, papá. Es solo que no nos gusta la poesía. Tampoco es tan grave.

—Vosotros dos, largaos a vuestras casas. Y tú métete en tu

habitación hasta próximo aviso. Hoy no se juega a la videoconsola.

—Pero, papáááá.

—Ni papá ni popó.

Eso sí que era poesía, pensé.

*

David soltó a Carmen en su parque plegable, que permanecía a un lado del salón, y me alcanzó cuando ya me encontraba en el rellano.

—Gabi, ¿te encuentras bien? ¿Se puede saber qué te han dicho?

—No es nada. Son tonterías de niños. Es solo que hoy no tengo un buen día.

Él me contempló con una expresión cercana a la compasión mientras yo esperaba el ascensor.

—¿Cómo va la novela? ¿Me dejarás leerla en cuanto termines de escribirla?

—Pues claro, eres mi lector cero. Ya me falta muy poco.

—Raquel me dijo que estuvo hablando contigo el sábado.

Fruncí el cejo sin entender a qué se refería.

—Sí, ya sabes, sobre lo de demandar a tu ex por el dinero que te debe.

—¡Ah, sí! Eso… David, ya le dije a Raquel que la idea me parece tentadora, pero estoy convencida de que Josema se declararía insolvente.

—Aníbal puede conseguir que te pague, Gabi.

Oír el nombre de Aníbal en ese instante me puso de peor humor. Me froté la frente tratando de aliviar aquella súbita jaqueca.

—Es un abogado excelente. Se lo estuvimos comentando y nos dijo que puedes hablarlo con él cuando quieras.

—¿Le habéis dicho a Aníbal que mi ex me debe quince mil euros? —inquirí airada.

Maldito ascensor. Pulsé de nuevo el botón con vehemencia.

—Bueno…, sí, en fin, él está acostumbrado a oír ese tipo de cosas. Lo ve a diario.

—Está bien. Os agradezco mucho que os preocupéis por mí, pero, por favor, dejad de mencionar este asunto de una vez.

Por fortuna, un suave tintineo me confirmó que ya podía marcharme.

—Pero, Gabi.

—¡No! Lo digo en serio. Intento salir adelante con la poca dignidad que me queda, así que no hurguéis más en la herida. Quiero olvidarme de Josema para siempre. Y te aseguro que contratar a Aníbal no es la solución. Volveré el miércoles para la clase de lengua. Adiós, David.

*

Aquella tarde de lunes salí del piso de Raquel con el ánimo machacado. No tenía trabajo, por ende, tampoco dinero, y para colmo mi sobrino y sus amigos habían decidido que ni siquiera mis conocimientos merecían respeto.

De camino a casa, iba reflexionando acerca de que últimamente lo único que me hacía sentir viva era escribir. Al menos, el tiempo que me sentaba delante del ordenador mi mente se trasladaba a la vida de la inspectora Miller. Ella sí que sabía tomar decisiones. Miller resultaba implacable, astuta y tenaz. Ningún músico fracasado la habría dejado sin blanca. De haberlo hecho, ella habría tomado represalias. Miller controlaba sus emociones. Para ella los hombres se habían transformado en insignificantes objetos de diversión con los que satisfacer sus necesidades sexuales. Jamás volvería a enamorarse. Solo se había enamorado una vez y ya había pagado un precio muy alto por ello. No caería de nuevo en ese desafortunado error.

Una ligera brisa de levante hizo ondear mi melena y el olor purificado del mar inundó mis fosas nasales. Mi móvil marcaba las ocho de la tarde y la temperatura me incitó a sentarme en alguna terraza y tomarme un café leyendo un buen libro, disfrutar de ese preludio de verano que inspiraba alborozo. Sin embargo, tampoco llevaba ni un mísero euro encima, así que lo único que hice fue caminar y aceptar con pesadumbre mis errores del pasado.

Raquel y David hacía un par de años que habían comprado aquel luminoso piso en la avenida Campo del Sur, muy cercano a la catedral, cuya fachada adquiría con el sol un tono vainilla. La dejé atrás soñando con que algún día me compraría una casa como esa y continué retardando el regreso a mi actual domicilio bordeando el mar en dirección a la Alameda.

Mi madre, mi hermana María y yo vivíamos en un piso situado en las inmediaciones de la emblemática plaza de España. Desde la

ventana del dormitorio de mi madre y del salón podíamos divisar cómo se elevaba el monumento conmemorativo de la Constitución de 1812. Sí, me gustaba residir allí. Acordonada de historia. Aquel había sido nuestro hogar desde que tenía uso de razón. Mi madre era una persona peculiar que me sacaba de quicio muy a menudo, pero he de confesar que me sentía muy afortunada de contar con ella.

Al acceder al portal, Vargas me recibió con su característica y forzada amabilidad.

—Buenas *tarde*, señorita Gabriela. ¿Cómo le ha ido *er* día?

El señor Vargas, un hombre de unos cincuenta años de etnia gitana y rasgos acentuados, ocupaba el puesto de nuevo conserje de la finca desde hacía un año. Su metro sesenta de estatura y aquella barriga prominente y peluda que él insistía en exhibir bajo sus camisetas de propaganda quizá le aportaban algunos años de más. Su trabajo consistía, además de hurgarse la nariz cuando creía que nadie lo veía y frotarse los genitales más de la cuenta, en sacar la basura o recoger el correo como actividades reseñables. Es decir, que básicamente no hacía nada en todo el día. Nunca entendí por qué la comunidad de vecinos insistía en pagar a un conserje cuando en realidad no era necesario. Supongo que, dejando a un lado que nuestro empleado medía poco más de metro y medio, su porte podía resultar intimidatorio y eso infundía calma a los vecinos más ancianos. Además, estaba convencida de que, si indagaba en el pasado de Vargas, hallaría algún que otro antecedente. Aunque eso solo eran suposiciones mías.

—Muy bien, gracias —respondí con educación.

—Le ha *llegao* una carta.

—¿Una carta? ¿Para mí?

—Sí, aquí *dise* Gabriela Solari. Es *usté*, ¿no? —bromeó.

Contemplé el membrete del sobre con curiosidad, pero al leer el remitente resoplé. La abrí allí mismo, ante la atenta mirada de Vargas. La carta era tan solo una notificación informativa de mi pésima vida laboral. La rompí en pedazos con demasiado énfasis.

—¿*To'* en orden, señorita Gabi?

Miré al conserje sin saber qué responder. No conseguía quitarme de la cabeza las palabras de aquel adolescente imberbe con la nariz saturada de espinillas: «… aún no tienes un trabajo de verdad. En cambio, Maluma es millonario».

Hasta Vargas contaba con un sueldo decente a pesar de pasarse el día tocándose los huevos, de manera literal.

—Sí, sí, gracias.

—Su *mare* me comentó que no lo está pasando *usté mu* bien *úrtimamente*.

—Ehh, ¿cómo?

—Sí, bueno ya sabe, me dijo que su novio *er* músico la había *dejao* y que *ensima* le debía dinero. *Quinse mí euro* —desveló añadiendo un silbido—. Es *musho* dinero, señorita Gabi.

Me humedecí los labios muy pero que muy cabreada. Mataría a mi madre por esto.

—Mire —murmuró dando un paso más hacia mí y moviendo la cabeza de un lado a otro, asegurándose de que no había nadie a nuestro alrededor—, si *usté* quiere, yo *conosco* a gente que puede *convencé ar* músico *pa'* que le pague.

—Convencer —suspiré cruzándome de brazos.

—Mi primo el Heredia, el que monta en *er mercaíllo er* puesto de *acituna*, se encarga con sus *shiquillo* de *hacé trabajito* de esto. Los *do niño* son *do verraco*. *Er* Tony y *er* Cristian… Ufff… Créame, ese *Serrá* de *imitasión* pagará. Eso sí, en *ve* de *quinse mí, pa' usté* serán *dose mi*. Y *tre mi pa'* nosotros. ¿Qué me *dise*?

—Se lo agradezco muchísimo, señor Vargas, pero me temo que debo rechazar su tentadora propuesta.

—Pero, *shiquilla*, que será un trabajito limpio. Que le juro que no se va a *enterá naide*.

—No pongo en duda la eficacia de la familia Heredia. De hecho, no se imagina usted lo estimulante que me resulta la idea precisamente hoy, sin embargo, mis principios no me lo permiten.

—Los *principio*, los *principio*… *Pue'* que sepa *usté* que los *principio* no llenan la barriga. Así que, ya sabe, si cambia de opinión solo tiene que *desírmelo*. Que con hambre hasta las *torta* son *buena*.

Subí los escalones de dos en dos dispuesta a increpar a mi madre. A medida que avanzaba, mi cabreo iba en aumento. ¿Por qué demonios tenía que hablar ella con el conserje de mi vida privada?

Cuando entré en el piso no oí nada. Dejé las llaves en el recibidor asumiendo que aún no había llegado de sus clases de zumba, cuando de repente oí voces en su habitación. Hablaba con alguien y pensé que quizá mantenía una conversación telefónica. Abrí la puerta con el

designio de reprenderla, pero lo que vi me hizo boquear como un pez.

Ella estaba sentada a los pies de su cama y a su lado había colocado todas sus cremas. Cuando digo todas, me refiero también a la de las hemorroides, que era precisamente la que sostenía en las manos justo en ese instante.

En mitad de la estancia había un trípode y una cámara grababa lo que ella decía.

—Mamá, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Gabi, qué inoportuna eres. Ahora voy a tener que repetir otra vez esta parte —protestó poniéndose en pie y dirigiéndose al aparato.

—¿Estabas grabándote?

—Sí, ¿algún problema?

Me fijé en que se había maquillado en exceso y que su flequillo lucía muy cardado.

—Pero ¿por qué diablos estás grabándote?

—Tengo un canal de YouTube.

—¿En serio?

Oh, Dios mío…

—Pues claro que es en serio. Quiero ser *youtuber*.

—No me lo puedo creer.

—¿Por qué te pones así? ¿Qué tiene de malo? Tú quieres ser escritora.

—Mamá, tú no sabes utilizar las redes sociales. Insultas a los famosos por Instagram. A saber qué publicarás en YouTube.

—Oye, pues a tu hermana María no le parece mal. No sé por qué siempre tienes que tomártelo todo a la tremenda. Además, yo no insulto a nadie, solo digo lo que pienso.

—¿Que no insultas? Llamaste payaso a Chicote. ¿Te parece eso normal?

Apenas la dejé responder.

—Muy bien, mamá, haz lo que quieras.

—Gabi, me preocupas mucho. Estás muy irritable y tú no eres así.

Quería perderla de vista, pero antes de abandonar la estancia abordé el asunto por el que había entrado a buscarla.

—¿Le has contado al conserje que Josema me debe quince mil euros?

—Sí, ¿por qué?

—¿Cómo que por qué, mamá? ¡Le has dicho al conserje cuáles eran

mis ahorros!

—Bueno, ¿qué más te da? Si ya no los tienes.

Me pincé el puente de la nariz. Si no me calmaba pronto diría o haría cosas de las que luego me arrepentiría.

—Mira, vamos a tranquilizarnos. No sé qué te habrá pasado en casa de Raquel y David para que estés así. Pero, si te parece bien, termino de grabar y te cuezo un huevo sobre las coliflores con ajos que han sobrado del almuerzo.

—Muchas gracias, mamá, pero hoy no tengo hambre.

Unos segundos más tarde cerré la puerta de mi habitación de golpe y me derrumbé sobre la cama. Mi madre, en parte, tenía razón. Debía tranquilizarme. Me sentía mucho más susceptible que de costumbre. Conté las semanas con los dedos y caí en la cuenta de que estaba ovulando. Quizá por eso mi estado de ánimo era bochornoso. Pensé de nuevo en la inspectora Miller. A ella ni siquiera le afectaba la menstruación. De pronto, la escena que venía rondándome por la cabeza días atrás apareció nítida y casi palpable.

Me incorporé dispuesta a ponerme manos a la obra. Alcancé mi ordenador portátil, que descansaba sobre la mesilla de noche y lo encendí con la intención de retomar el capítulo que había dejado a medias esa mañana. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer. Sin embargo, la alerta de un mensaje en mi correo me detuvo. Se trataba de una notificación de Facebook sin importancia. No obstante, al ojear las solicitudes de amistad descubrí algo que jamás habría imaginado. Mi exencargado en Starbucks solicitaba mi amistad. Aquel ser desagradable y maloliente que había conseguido que la oficina de empleo me sancionara por abandono de mi puesto de trabajo y al que, gracias a él, ahora mismo nadie en mi ciudad iba a contratarme quería ser mi amigo en Facebook. Las pulsaciones de mi corazón se aceleraron de forma considerable, desadormeciendo mi lado más oscuro. En su foto de perfil, en la que solo mostraba medio cuerpo, lucía el uniforme de la franquicia orgulloso y sonreía exhibiendo aquellos dientes diminutos y amarillentos.

Como es obvio, rechacé su petición y decidí pasar de Facebook a Instagram. Error catastrófico. Pues no se me ocurrió nada más estúpido e inoportuno que volver a curiosear el perfil de Cecilia Rock.

Hacía varios días que había decidido seguir adelante sin que la felicidad de Josema afectara a mi cordura, pero eso solo lo habría

conseguido si hubiese tenido la entereza y el estoicismo de la inspectora Miller. En cambio, yo ignoré los consejos de mi hermana María sobre no ojear las redes de Cecilia y lo que descubrí en ese instante me desarmó por completo.

Al principio me quedé un instante contemplando la reciente fotografía que había publicado. Tardé unos dilatados segundos en comprender lo que veía. Tal vez mi subconsciente se negaba a aceptarlo. En aquella imagen aparecía un libro en una estantería. En mi estantería, vamos. Lo supe porque reconocí de inmediato los libros que había alrededor. Y todos me pertenecían.

Cecilia había escrito un libro y una editorial de renombre había decidido publicarlo. El mazazo fue dantesco. Claro que no se trataba de una trepidante novela, sino de un montón de páginas encuadernadas en las que ella exhibía sus trucos de maquillaje, *looks* favoritos y un montón de gilipolleces con poco texto que les interesaban inexplicablemente a sus trescientos mil seguidores. Lo de poco texto lo supe más tarde, cuando deslicé las imágenes que seguían a esa y avisté que Cecilia había decidido exponer parte del contenido.

Mis ojos no podían apartarse de la pantalla del ordenador a pesar de que el daño que me causaba la revelación iba en aumento. La ópera prima de Cecilia, titulada *Consejos Rock*, empezaría a venderse en todas las librerías y grandes superficies comerciales en poco más de un mes. Ella agradecía el apoyo de sus fans y expresaba en su *post* con una nefasta redacción que le hacía mucha ilusión ver su obra al fin en su biblioteca. Ni siquiera me molestó que mencionara el apoyo que le había brindado Josema entre toda esa palabrería absurda. Mi atención se hallaba en… ¡¿SU BIBLIOTECA?!

Estuve a punto de lanzar el ordenador por los aires, pero, claro, eso habría supuesto un nivel de calamidad extremo y mi cuerpo no lo habría resistido. Así que, en vez de descargar la ira con el aparato, decidí ponerme en pie y moverme de un lado a otro hasta que mis pulsaciones se ralentizaran.

«Cálmate, Gabi», me susurraba una y otra vez.

¿Qué habría hecho la inspectora Miller llegados a ese punto? ¿De qué manera solía ella solventar circunstancias límites? Porque sin duda esa lo era.

Miller jamás perdía los nervios. Miller tomaría aire y sopesaría las opciones que tuviese a su alcance.

«Bien, Gabi. ¿Y cuáles son esas opciones?»

A esas alturas solo había dos maneras de recuperar mi dinero y, por supuesto, mis libros.

Una era contratar a la familia Heredia y que Tony y Cristian le hiciesen a Josema la corbata colombiana. Algo que me resultó muy estimulante y esperanzador. O, por otro lado, me quedaba la posibilidad de tragarme el orgullo y presentarme en el despacho de Aníbal Lafuentes y solicitar sus servicios.

La inspectora Miller habría tomado la decisión correcta. Claro que sí.

Desgraciadamente, yo no era ella.

4

Lafuentes

Me detuve en una de las esquinas del edificio Fénix, ubicado frente al puerto marítimo, y mis ojos repasaron la fachada hasta divisar aquella majestuosa estatua en forma de ave que presume de soportar temporales a pesar de que a finales de la década de los setenta decidió lanzarse al vacío.

De repente me vi reflejada en ella. Soberbia e inerte al mismo tiempo. En realidad, no me habría importado ser un ave y volar muy lejos para alejarme así de mis preocupaciones.

—Gabi, vamos. No tengo todo el día —protestó mi hermana María mientras yo contemplaba absorta aquel amasijo de ladrillos.

Se quejó de haber faltado a sus clases en la universidad solo porque yo no quería ir sola a visitar a Lafuentes. Claro que no le dije que el motivo era que ese hombre me intimidaba y me provocaba aversión, sino que el hecho de presentar una demanda por impago a Josema aún me producía dudas.

Ni siquiera estaba segura de acceder al portal. María tuvo que amonestarme un par de veces más por detenerme.

—No sé si hacer esto —confesé observando el cartel donde se podía leer Lafuentes & Brenes Abogados y Asesores.

—Venga ya, Gabi. ¿Vas a regalarle tus quince mil euros al imbécil de tu ex? ¡Muévete de una vez! —masculló tirando de mi brazo y metiéndome en el ascensor.

—A saber cuánto va a cobrarme este tipo. Odio a los abogados. Y a los políticos. Y a los músicos.

—Empiezo a pensar que mamá lleva razón. Deprimes a cualquiera, hija —dijo pulsando el número del piso.

—Y yo empiezo a hartarme de oíros decir eso.

—¿Por qué no te planteas hacer algo de deporte?

—¿Deporte? ¿Intentas decirme que estoy gorda?

—No, Gabi. No todo el mundo hace deporte para adelgazar. Te lo comento porque estás muy estresada. Parece que no has superado aún lo de Josema y te vendría muy bien algo de ejercicio físico. Sobre todo ahora que pasas tanto tiempo sentada escribiendo. Considéralo.

Podrías venir un día conmigo y te enseñaría a hacer surf.

Para ella era muy fácil decir eso, pues a sus veinte añitos lucía uno de esos cuerpos propios de una surfista profesional.

—Sí, lo que me faltaba. Con la suerte que tengo últimamente seguro que soy pasto de un tiburón blanco.

—En Cádiz no hay tiburones, Gabi.

Sonreí con desgana.

—Créeme, estás a punto de ver a uno.

Mi hermana María me dejó por imposible. Admito que aquella mañana me sentía más nerviosa de lo habitual.

El ascensor llegó a la planta donde se hallaba el bufete de Lafuentes. Caminamos por unos largos pasillos repletos de oficinas hasta situarnos frente a la puerta. El corazón se me iba a salir del pecho y no lograba adivinar por qué demonios me encontraba tan nerviosa.

Toqué con los nudillos un par de veces y luego abrí.

—Buenos días. ¿Se puede?

Una señora menuda y rechoncha se hallaba sentada tras una mesa que hacía las veces de recepción.

—Dígame —respondió sin apartar sus ojos de la pantalla del ordenador.

—Me gustaría ver al señor Lafuentes, por favor.

—¿Tiene usted cita?

—Mmm, no. Pero dígale que soy Gabriela Solari, hermana de Raquel.

—Un momento, por favor.

La joven, que en realidad de cerca no era tan joven, descolgó el teléfono de mala gana.

Contemplé la sala, carente de decoración. Las paredes conservaban aquella arcaica técnica de gotelé grumoso de un tono amarillo vainilla. Y como objetos decorativos tan solo había algunas estanterías galvanizadas con ficheros y un par de plantas que parecían ansiar la muerte con desesperación. Tras la mesa de esa mujer divisé una puerta entreabierta que imaginé que conduciría al resto de los despachos. Teniendo en cuenta que la recepción era horrible, supuse que tampoco se habrían esmerado mucho en el interior.

Aníbal presumía de ser un abogado de éxito, sin embargo su bufete lucía un aspecto tétrico.

—Aníbal, una tal Gabriela…

Hizo un antipático gesto alentándome a recordarle mi apellido.

—Solari.

—Gabriela Solari dice que quiere verte.

Observé su mano regordeta y con una manicura muy cuestionable dar golpecitos con los dedos sobre la superficie.

—Sí, lleva gafas —dijo ella escaneándome—. Viene con otra chica. ¿Las dejo pasar o no?

Hubo una pausa en la que la mujer nos escrutó sin decoro.

—Está bien.

Colgó el teléfono sin deshacerse de su mustia expresión.

—Lo siento, pero Aníbal está ocupado en este momento. Puedo darle cita para mañana por la mañana si lo desea.

Una oleada de enojo me desestabilizó.

—¿Cómo? No. Preferiría verlo hoy. Puedo esperar si es necesario.

—El señor Lafuentes no atiende a nadie sin cita previa.

Chasqueé la lengua hastiada.

—Disculpe, ¿cuál es su nombre? —le pregunté cabreada. Mucho.

—¿Mi nombre? Socorro.

—¿En serio?

Ella me fulminó con la mirada.

—Llámelo otra vez, Socorro, y dígale que soy la hermana de Raquel Solari.

—Ya lo sabe, señorita. Es usted Gabi Gafitas, ¿verdad?

Un calor abrasador ascendió por mi rostro. La fastidiosa sonrisita de esa mujer estuvo a punto de hacerme estallar.

—Pues hasta mañana no podrá atenderla, Gabi Gafitas —añadió aquella secretaria poco agraciada, desagradable y maleducada poniendo entonación a mi nombre. Me fijé en sus ojos de rana y en su cabello grasiento.

El sentimiento de fracaso me golpeó en la boca del estómago. Y no fue solo por la negativa de Aníbal a no querer atenderme en ese instante, sino porque me parecía inexplicable que esa mujer, con un parecido sorprendente a Helena Bonham Carter pero en su peor versión, ocupara un puesto de trabajo y yo aún continuara en paro.

Apenas pude moverme.

—Gabi, venga, vámonos —murmuró mi hermana tocándome el codo.

—Un momento —refunfuñé sin apartar mi atención de la encantadora empleada—. Socorro, ¿sería tan amable de dejarme un papel y un bolígrafo? Me gustaría que le hiciese llegar una nota al señor Lafuentes.

Suspiró como si estuviese harta de soportarme. Y a continuación me ofreció un folio y un rotulador rojo.

En cualquier otra época de mi vida jamás habría sido capaz de hacer una cosa así. La prudencia había estado muy presente entre mis virtudes. Pero supongo que el hecho de verme sin blanca, humillada y vapuleada respaldó mi fatuo comportamiento. Mi transición se hacía cada vez más evidente.

Sabía que escribir esa nota tendría unas consecuencias con seguridad irreversibles, no obstante, las palabras salieron de mi pulso sin control alguno.

> Vi a las personas que destrozaron tu coche. Una pena que no hayas podido atenderme. Por cierto, tu secretaria es irritante y tiene un nombre horrible.
>
> Un saludo,
>
> *Gabi*

María leyó el texto por encima de mi hombro y tiró de mí con más énfasis.

Se lo entregué a Socorro sin molestarme siquiera en doblar el papel por la mitad.

—Muchas gracias por su atención, Socorro. Que tenga un buen día.

No me quedé a analizar su expresión. Simplemente me largué.

De vuelta en el ascensor, María me interrogó.

—¿Qué le ha pasado al coche de Aníbal?

—El otro día vi cómo unos gamberros le rajaban las ruedas y le arrancaban los limpiaparabrisas.

—¿Y hasta hoy no pensabas decirle nada?

—No he tenido ocasión.

—Podrías haberlo llamado.

—No tengo su número.

—Venga ya, Gabi. Aníbal es el mejor amigo de David.

—¿Crees que el coche de Aníbal me preocupa en estos momentos? —inquirí deteniéndome a pulsar con insistencia el botón del elevador. Necesitaba salir de ese bloque y respirar aire puro.

—Yo no he dicho eso. Solo me ciño a lo que he leído en esa nota.

—Simplemente lo he sacado a relucir para fastidiarlo. Ni siquiera vi bien a los gamberros. Sucedió el día del encuentro de antiguos

alumnos. Cuando ya me marchaba, sorprendí a un par de tipos destrozando su coche. Avisé a unos policías que patrullaban en esos momentos por la zona. No hay nada más que pueda contarle.

María me escrutó en silencio hasta que el ascensor llegó al bajo.

—Piensa en lo de hacer deporte, Gabi. Lo necesitas. Me voy a clase —concluyó ojeando su reloj.

*

Dejé atrás el edificio Fénix con un cabreo de mil demonios. El muy gilipollas de Aníbal no había querido atenderme y eso hizo que me sintiera mucho peor. Había recurrido a él desesperada, descartando por completo la tentadora propuesta de Vargas. Y ahora me arrepentía de haberle dado la oportunidad de volver a humillarme.

Pensé en Raquel y en David. Los incitadores. Los únicos culpables. Me habían convencido de tomar esa decisión. La rabia me corroía. Y de alguna manera tenía que desahogarme. Así que saqué el móvil del bolso y llamé a mi adorable hermana. Me importó un pepino que estuviese trabajando. Solía advertirnos de que no la llamásemos en horas de trabajo a no ser que fuese algo urgente. Pero eso lo era. Claro que lo era.

—¿Qué ocurre, Gabi? —respondió al tercer tono.

—Seguí tu consejo y solo quería decirte que jamás volveré a hacerte caso con respecto a Aníbal.

—¿Qué? ¿De qué diablos hablas?

—Hablo de tu estúpida idea de demandar a Josema. He ido al bufete de Aníbal y se ha negado a atenderme sin cita previa. María me ha acompañado. Ella es testigo. Para colmo, su secretaria es un ser extraño y desagradable.

—Gabi, Aníbal es un abogado muy ocupado. Es algo de lo más normal que no pueda atenderte sin cita. ¿Cómo se te ocurre colarte en su despacho sin avisar? Si pensabas ir a verlo, ¿por qué no me lo has dicho? Podría haberlo avisado, al menos.

—Mira, da igual.

—¿Y por qué dices que Socorro es desagradable? Es una mujer encantadora y divertida.

Cerré los ojos y luego miré al cielo.

—Haré como si no hubiera oído eso. Raquel, no quiero volver a

hablar de este asunto. Voy a olvidarme de Josema para siempre y espero que dejéis de mencionarme lo del dinero.

—¿Para esto me llamas? Gabi, sabes de sobra que estoy trabajando. ¿Te parece esto una urgencia?

—¡Pues claro! No te habría llamado de no serlo.

—Tengo que colgar. Hablaremos luego de tu actitud, hermanita. Empiezas a preocuparme.

Zanjó la conversación sin tan siquiera despedirse. Me quedé parada en mitad de la calle contemplando el móvil. ¿Y si era cierto? ¿Y si tenía que replantearme mi actitud? Fuera como fuese, aún me sentía decepcionada y muy cabreada por el trato recibido de Aníbal y su secretaria.

Tras ojear mi reloj, decidí regresar a casa. La inspectora Miller se encontraba en el hemisferio de un operativo muy peligroso y debía encontrar el modo de sacarla ilesa de allí. ¿Acaso tenía algo más importante que hacer?

Cuando llegué al piso comprobé que mi madre se había ausentado, aunque me había dejado una nota en la cocina diciendo que volvería para almorzar. Me encerré en mi habitación dispuesta a enfrentarme a una de las escenas más comprometidas de la novela. Sí, iba a transformar mi furia en algo productivo. Emplearía aquella mezcolanza de indignación para acrecentar los arcos emocionales de mi obra. No iba a desaprovechar el impacto negativo. Nada de eso.

Me cambié de ropa y me puse el pijama. Si es que a eso se le podía llamar pijama. En realidad eran dos prendas viejas y raídas con las que me sentía cómoda. El pantalón pertenecía a mi madre. Me quedaba un poco corto y más ancho de lo normal y, aunque el estampado con motivos vacunos me parecía horrendo, ya empezaba a cogerle cariño. La camiseta conformaba un estropicio con lejía, cortesía de una entidad bancaria.

Curiosamente me la regalaron la primera vez que confié mis ahorros a una sucursal con la esperanza de mantener a salvo mi dinero. ¡Qué ilusa! Lo cierto era que, en cuanto me ataviaba con aquellos dos trapos y me sentaba delante del ordenador, mi mente se oxigenaba.

En nuestra habitación había un pequeño escritorio que en realidad pertenecía a María. Solo que desde mi vuelta ella me lo cedió. Se hallaba en una de las esquinas junto a un armario que ahora

compartíamos. Habíamos mantenido nuestras discrepancias al principio en cuanto al espacio, pero empezábamos a acostumbrarnos a estar juntas. Mi relación con María era mucho más cordial que con Raquel. De haber compartido cuarto con mi hermana mayor, las cosas habrían sido muy distintas.

Mis dedos volaron por el teclado durante horas. Me cambié las gafas en mitad del proceso. Guardaba las de repuesto en el cajón de mi mesilla de noche. Y aunque una de las varillas estaba rota y yo la había recompuesto con cinta adhesiva, aquellas pesaban menos y me resultaban más confortables para trabajar.

Mientras mis pensamientos se hallaban conectados por completo al agudizado instinto de la inspectora Miller, apenas fui consciente de que me tocaba el flequillo más de lo normal. Esa horrible manía solía engrasarme el pelo. Cuando conseguí darme cuenta, agarré la gomilla que tenía en la muñeca y me hice un moñito mal hecho para evitar quedarme calva.

El reflejo de la pantalla delató que mi aspecto dejaba mucho que desear. Pero ¿qué demonios importaba? Me levanté un par de veces buscando provisiones con las que engañar a mi estómago. Utilicé algunos clínex para limpiar las gafas y sonarme los mocos. Admito que mi ámbito de trabajo un día productivo no conformaba un ejemplo de pulcritud. Sin embargo, eso era lo de menos para mí.

Mi madre llegó a mediodía e insistió en que descansara un rato, a lo que respondí con una rotunda negativa. Aquel día me apetecía exprimir al máximo mi inspiración. Le pedí, por favor, que cerrara la puerta y me dejara a solas, enfrascada en las aventuras de la inspectora Miller. Iba a demostrarle al mundo que Miller no tenía nada que envidiarles a personajes como Ethan Hunt o James Bond. Claro que no. El ingenio, la templanza y la intuición de Miller superaba con creces al personaje interpretado por un repeinado Tom Cruise en *Misión imposible*. Ni siquiera el mejor de los agentes 007 poseía la valentía de mi heroica inspectora. Ella había destapado una poderosa red de trata de blancas y se hallaba a punto de cazar a un perverso mafioso ruso capaz de cometer atrocidades.

Tres horas más tarde, mi madre abrió la puerta de nuevo, sin llamar.

—Gabi, hija, ¿de verdad que no quieres comer nada?

—Mamá, por cuarta vez: no tengo hambre. Te lo agradezco, pero

preferiría que no me interrumpieras más.

—¿Vas a alimentarte de chocolatinas y frutos secos todo el día?

—En cuanto acabe este capítulo, hago una pausa. Te lo prometo.

—Tienes la habitación como una pocilga.

—Luego lo limpiaré todo. No te preocupes.

—Por cierto, ¿sabes que la sobrina de Milagros va a casarse?

Cerré los ojos, masajeándome las sienes.

—¿Quién es Milagros, mamá?

—Gabi, la vecina del quinto. ¿No recuerdas que te conté que su sobrina había dejado al novio porque era gay?

—No, mamá, no me acuerdo y, sinceramente, tampoco me interesa.

—Creo que se lo comenté a tu hermana. Bueno, pues ahora la muchacha va a casarse con él.

—¿Con quién? ¿Con el gay?

—Sí, me lo ha dicho Vargas.

—Pasas demasiado tiempo con Vargas, mamá.

Ella hizo caso omiso de mi comentario y se acercó a la cama de María para colocar bien la colcha.

—¿Te lo puedes creer? Dice que lo perdona porque le ha sido infiel con un hombre y que eso no es tan importante. —Hizo una pausa reflexiva—. ¿Sabes qué? Quiero grabar un vídeo para mi canal hablando de la homofóbica. Se lleva mucho eso ahora.

—Se dice *homofobia*, mamá —resoplé sin entender qué cojones tenía que ver lo que acababa de contarme con la homofobia.

—Sí, voy a hablar de eso y del feminismo. Está de moda. La gente comenta mucho esos vídeos.

—Me parece perfecto. Creo que este sería un buen momento para grabarlo.

—Bueno, te dejo escribir, que te veo muy concentrada. A ver si me sacas de pobre con tus libros —recitó tocándome el hombro—. David dice que son buenísimos.

—Gracias, mamá.

—Pero para de vez en cuando, que se te va a quedar el culo plano. Luego te quejas de que tienes celulitis. No te vendría mal hacer un poco de ejercicio. Y, por Dios, hija, péinate, que pareces recién salida de una catástrofe.

—Vaaaaleeee —repliqué cavilando en cuánto de cierto había en

eso de la catástrofe—. Cierra la puerta, por favor.

La siguiente hora se pasó volando. Me hallaba en la fase final del capítulo. Tan solo me quedaba terminar el último párrafo y pulir el texto. Mi parte favorita. Embellecer la narración e intentar que los diálogos fueran directos, impactantes como la propia Miller.

La voz de mi madre se filtró a través del tabique de pladur. Puse los ojos en blanco al imaginármela delante de su videocámara hablando sobre feminismo y homofobia. Pero, en fin, si a ella la hacía feliz ser *youtuber*, ¿quién diablos era yo para impedírselo? María llevaba razón en eso de que ahora se la veía más animada. La muerte de papá supuso un duro golpe para ella. Pasó muchos meses sin querer salir de casa. Este último año, sin embargo, parecía haber recuperado las ganas de vivir. Lo cierto es que yo no llevaba muy bien las relaciones de mi madre con las redes sociales, pero si ese era el precio a cambio de su felicidad, estaba dispuesta a pagarlo. Aunque, bueno, tratándose de pagos, no me encontraba en una posición muy solvente.

Mi madre alzó el tono y decidí poner música de fondo mientras retocaba algunas descripciones. Una pieza del compositor Johann Sebastian Bach calmó mi desasosiego. En concreto, las *Cello Suites BWV 1007-1012*. Pasé a los diálogos cuando acabé de revisar las descripciones. Leí una escena en alto para agilizar la entonación. Fue justo en ese instante en el que no oí la puerta abrirse de nuevo.

Mis cinco sentidos se habían afincado en la pantalla del ordenador al mismo tiempo que los acordes del violonchelo llenaban la habitación. Quizá por eso el sobresalto fue tan atroz.

—Gabi, cariño. Tienes visita.

Bajé el volumen con urgencia y giré la silla sin tener ni pajolera idea de con quién iba a encontrarme. De pronto visualicé una figura alta invadiendo la estancia.

A mi madre le importó un pimiento que yo estuviera vestida y peinada como una vagabunda. Que me encontrara en mi más remota y clarividente intimidad. Ni siquiera tuvo la consideración de preguntarme si en ese momento podía recibir a alguien. Tan solo abrió la puerta e hizo pasar al mismísimo Aníbal Lafuentes.

—Hola, Gabi.

Una de mis manos fue directa a mi flequillo. Me quité de golpe el moñete ridículo que me había hecho para apartarme el pelo de la cara. No sé por qué hice eso. Lo cierto es que no me afectaba en

absoluto lo que Aníbal pensara de mi aspecto. ¿O sí? No lo sé. Supongo que el hecho de sentirme en desventaja física me cabreó aún más. Quiero decir, él acababa de entrar en mi dormitorio ataviado con una camisa blanca y un pantalón de vestir negro. Llevaba la americana colgada de un hombro. E incluso con el cabello despeinado y con aquella fachada de bróker extenuado sin corbata, estaba mucho más elegante que yo.

—Gabi, por favor, ¿te parece normal tener esto así? —masculló mi madre agachándose para recoger un par de papeles que había justo al lado de mi silla—. Discúlpala, Aníbal, es que cuando se pone a escribir pierde la noción del tiempo, de la limpieza e incluso del ridículo.

—Sí, ya veo —sonrió Aníbal.

—Mamá, te he dicho que no me molestaras. ¿Qué parte no has entendido?

Ella fue a responder, pero Aníbal la interrumpió.

—Ha sido culpa mía. He insistido en verte. Sé que esta mañana has estado en el bufete. Siento no haber podido atenderte. Tenía una reunión importante. ¿Te parece bien si hablamos un momento? No te quitaré mucho tiempo.

Su desmesurada amabilidad me cogió por sorpresa.

—¿Has ido al bufete de Aníbal? ¿Para qué, hija?

—Luego te lo cuento, mamá. ¿Podrías dejarnos solos un momento?

—Pobrecita, ella no es así —dijo mirando a Aníbal—. Es culpa de ese músico sinvergüenza. Se ha quedado con todos sus ahorros, ¿sabes? Y ahora la pobre se pasa todo el día deprimida y de mal humor.

—No estoy deprimida, mamá. Ni de mal humor.

—Anda que no. Bueno, os dejo charlar. Luego me cuentas —susurró guiñándome un ojo y cerrando la puerta despacio.

Cuando mi madre al fin desapareció, me di cuenta de que aún quedaba la peor parte: enfrentarme a Aníbal.

La sonrisa que había en el rostro del interpelado se esfumó en cuanto mi progenitora nos concedió intimidad. Debería haber recordado que fingir se le daba de miedo.

—¿Qué significa esto, Gabi? —gruñó sacándose mi nota del bolsillo—. ¿Viste a las personas que me destrozaron el coche?

—Vaya, vaya, así que he llamado tu atención. Bien, pues siento decirte que en estos momentos no puedo atenderte. Como ves, estoy

muy ocupada.

Me giré hacia el ordenador, dándole la espalda.

—¿Y por qué diablos insultas a mi secretaria?

—Tu secretaria es una persona muy desagradable.

—¿Socorro? Pero si es una mujer encantadora.

—Sí, un cascabel. Pregúntales a las plantas que tienes allí.

—Mira, creo que deberíamos empezar desde el principio —declaró esperando que me girara de nuevo—. Es obvio que entre tú y yo hay… discrepancias. No te caigo bien y tú a mí tampoco. Siempre ha sido así, ¿me equivoco?

Alcé una ceja, me quité las gafas y decidí encararlo.

—Prosiga, letrado.

—Raquel me comentó el otro día el follón que tienes con tu exnovio. Pensé que esta mañana venías a verme por ese asunto.

Lanzó su chaqueta sobre la cama de mi hermana.

—Y así era.

—Y entonces ¿qué significa esto? ¿De veras estabas allí mientras destrozaban mi coche? ¿Y por qué cojones no me avisaste?

Parecía bastante enojado.

—Fui yo la que detuvo a los dos policías. Hice lo que tenía que hacer y me largué. No era asunto mío —respondí con una tranquilidad pasmosa, acariciando los reposabrazos de mi silla.

—Pero ¿los viste?

—Claro.

—¿Y cómo eran?

—Pues no sé. Dos tipos.

—Dos tipos. ¿Cómo? Altos, bajos, rubios, morenos, jóvenes, viejos… ¿Cómo eran, Gabi?

—Eh, relájate.

—¿Que me relaje? —masculló moviéndose por mi habitación de un lado a otro. En realidad no había mucho espacio entre los pies de la cama de María y la puerta. Pero allí permanecía él, meneándose sin parar—. Mi coche está completamente arañado. Tengo que volver a pintarlo de nuevo. Dos veces en un mes, ¿sabes? Eso, sin contar los destrozos que han hecho en los limpiaparabrisas y los neumáticos. La policía me dijo que no llegaron a ver a los culpables. Pero no los creo. Con uno de ellos he tenido un pleito hace muy poco.

—Por lo que veo, eres un genio haciendo amigos.

Su gesto se enfureció aún más.

—Gabi, esto es más serio de lo que crees. Necesito saber quiénes eran.

—Lo siento mucho por tu bonito Mustang, pero yo no puedo ayudarte —alegué encogiéndome de hombros—. Solo vi a dos tipos con los rostros cubiertos por unos pañuelos, les grité que qué hacían y se marcharon. Luego pasó un coche de la policía y los informé de lo ocurrido. No hay más que te pueda contar.

—Entonces ¿por qué razón le has dejado esta nota a mi secretaria? —rezongó mostrándome otra vez el maldito papel.

—No lo sé. Me cabreó que no quisieras atenderme esta mañana.

Hizo una bola con el papel y me miró con fijeza. Tenía los ojos muy abiertos y por un momento sentí canguelo.

—Está bien, voy a sentarme.

—Claro. Estás en tu casa —bufé.

—Veamos, quieres demandar a tu ex, ¿no es así?

No respondí. Afilé la mirada esperando su siguiente intervención.

—Raquel me ha dicho que le prestaste todos tus ahorros para grabar una maqueta. O algo parecido.

Su rostro se hallaba ahora a mi misma altura y eso me puso ligeramente nerviosa.

—Sí.

—¿Sí, qué? ¿Tienes alguna manera de demostrar que le prestaste ese dinero? ¿Conversaciones por email u otra vía? ¿Alguna cuenta bancaria donde hicieras el ingreso? ¿Un reconocimiento de deuda? En fin, algo que pueda servir como prueba.

Recordé que en la tentativa de borrar a Josema de mi vida había eliminado cualquier rastro de conversación con él.

—Ehh…, bueno…, que…, no lo… No.

—¿No?

—No.

—Si no recuerdo mal, creo que Raquel me habló de ¿quince mil euros?

—Sí —suspiré frotándome la frente.

—Es mucho dinero para una maqueta, ¿quién diablos era tu novio? ¿Bono de U2?

—Créeme, como humorista te iría peor que a mí de prestamista.

Él no sonrió.

—Bueno, ¿ese tipo tiene propiedades? ¿Coche, moto, barco? ¿Una nómina? ¿Algo que se le pueda embargar?

—Ese desgraciado lo único que tiene es una guitarra mugrienta y una jeta que se la pisa.

—Vaya, Gabi Gafitas, veo que eres una *genia* buscando novios.

Lo fulminé de una sola ojeada.

Él se incorporó un poco y dejó caer los brazos entre las piernas juntando las yemas de los dedos.

—¿Eres consciente de que interponer una demanda tiene costes? Y eso que todavía no hemos hablado de mis honorarios. Me refiero a que si estás segura de que quieres seguir adelante con esto tenemos que pisar terreno firme. No podemos dar palos de ciego. Necesito alguna prueba de que le prestaste ese dinero.

—Joder, ya lo sé. Seguramente todo esto es una estupidez. Ni siquiera fue idea mía. Raquel y David me convencieron de que demandándolo recuperaría mi dinero y mis libros.

—¿Tus libros?

—Sí, tiene todos mis libros. Me refiero a mi biblioteca. Cuando me marché de allí no pude traérmelos. Le he pedido un millón de veces que me los envíe, incluso pagándole el porte, pero parece ser que su nueva novia se ha apoderado de ellos. Es una bloguera de moda famosa.

Él se pinzó el puente de la nariz.

—Un momento. ¿Tiene novia? ¿Vive con ella?

—Así es.

—¿Podrías empezar por el principio, por favor?

Y, sí, lo hice. Le resumí *grosso modo* mi relación con Josema y de qué manera me había convencido para que le prestase mis ahorros. A continuación me extendí un poco contándole el episodio de la cancioncita y él me escuchó sin interrumpirme. Permaneció sentado en la cama de María mientras yo despotricaba sobre mi nefasto noviazgo con Josema y su talante para romper conmigo. Por un momento me olvidé de mi animadversión hacia Aníbal. Mi mente me traicionó y me desahogué con él como lo haría con un psicólogo.

Cuando ya deliraba tarareando una y otra vez el estribillo de la canción e imitando la impertinente voz de Cecilia, él decidió interrumpirme. Se puso en pie tras frotarse los muslos. Su expresión me decía que estaba harto de oírme. Pensé que cogería la chaqueta y

se largaría, pero en vez de eso se metió las manos en los bolsillos y volvió a moverse de un lado a otro.

—De acuerdo, te representaré.

—¿En serio?

—Voy a necesitar algunos datos —dijo ojeando su reloj.

—¿Qué datos?

—Toma nota. Nombre completo de Josema, número de DNI y una dirección fiable a la que enviarle un burofax. Mándamelo todo a mi correo —respondió entregándome su tarjeta de visita—, y si recuerdas algo que demuestre que le prestaste ese dinero o tienes algún testigo que no sea de tu familia también servirá. Ah, y adjunta el enlace de YouTube donde se reproduce esa canción —concluyó colocándose bien la camisa.

—¿Y si se declara insolvente? No tiene trabajo.

—Gabi, por lo que me cuentas, si no tenemos pruebas debemos evitar un procedimiento judicial. Mi labor se centrará en la gestión extrajudicial.

—¿Qué significa eso?

—Que tengo que convencerlo de que te pague.

—¿En serio? ¿Y cómo piensas hacer eso?

—Eso forma parte de mi trabajo. Le hablaré de interponerle una demanda por lo penal. Y haré alusión a una indemnización por daños y perjuicios.

—¿Una demanda por lo penal?

—Exacto. Le diré que estás traumatizada.

—¡No estoy traumatizada!

Él puso los ojos en blanco mirando al techo y continuó meneándose.

—De cara a un juez, podrías estarlo. Es bastante dinero. Todo es posible. Y si no pagara, iría a la cárcel.

—Pero yo no quiero que vaya a la cárcel, solo quiero recuperar mi dinero.

—¿Ves? A ti ya te he convencido.

Me pasé las manos por la cara.

—Gabi, de todas maneras esto no es un juego —aseveró sentándose otra vez al borde de la cama—. Intentaré llegar a un acuerdo y evitar el juicio. Se me da muy bien negociar. Pero necesito que estés segura de querer seguir adelante. ¿Quieres recuperar tu dinero?

—Pues claro. Y mis libros.

—Bien, en ese caso insisto en que no trabajo gratis para nadie.

—No sé por qué, pero lo imaginaba.

—Suelo pedir un adelanto antes de presentar la demanda de reclamación de deuda por el proceso monitorio.

—¿Un adelanto?

—Exacto. Y luego cobraré un treinta por ciento del dinero que consigamos.

—¿Y si no conseguimos nada? Ya te lo he dicho, Josema es un muerto de hambre.

—Por eso pido el adelanto.

—Yo no puedo darte ningún adelanto. ¿Acaso no has oído todo lo que te he contado? No tengo ni un euro.

—No sé por qué, pero lo imaginaba —murmuró levantándose de nuevo y dándome la espalda.

—Todo esto es una estupidez.

Ambos permanecimos en silencio unos segundos. Él se aproximó a la puerta y dejó caer su hombro en ella.

—Haremos un trato. Tú quieres recuperar tu dinero y tus libros y yo quiero saber quiénes son las personas que destrozaron mi coche. Así que, si consigues averiguar los nombres de esos dos tipos, te representaré gratis. ¿Qué me dices?

—Entiendo. ¿Y cómo demonios quieres que haga eso? No sé nada de ellos. Ni siquiera les vi las caras. Llevaban unos pañuelos.

—David dice que escribes historias sobre una mujer detective.

Fruncí el cejo tratando de entender adónde quería llegar.

—Es inspectora del FBI.

—Asegura que tus historias son muy buenas —añadió ignorando mi aclaración un tanto pensativo, repasando con los dedos el premarco de madera. Si mi madre lo hubiese visto dejando sus huellas ahí, habría cambiado el enfoque que tenía sobre él—. Esto me lleva a recordar a Gustave Flaubert. ¿Sabías que él corroboraba ser madame Bovary? Supongo que sí lo sabes, eres escritora. Tengo entendido que el escritor que no logra meterse en la piel de sus personajes jamás podrá convencer al lector.

—¿Quieres que haga de detective? ¿Es eso lo que pretendes decirme?

—¿Por qué no? Ya tienes experiencia. Cuando te sientas en esa

silla lo eres. ¿No es así?

—Miller es inspectora. Persigue a traficantes y criminales. No a dos arañacoches.

—Miller.

No le gustó demasiado mi comentario. Alcanzó su chaqueta, advirtiéndome de que su marcha era inminente.

—Pues si quieres recuperar tus quince mil euros y tus libros, más te vale que Miller ate los cabos y se transforme pronto en Miller Gafitas. Quiero los nombres de esos dos tipos, Gabi —ratificó colgándose la prenda al hombro—. De lo contrario, olvídate de que te represente.

A continuación se dio media vuelta y abrió la puerta. Pensé que al fin lo perdería de vista, pero entonces se giró:

—Espero noticias pronto. Y, por Dios, haz algo con tu pelo y con esa ropa.

Luego se retiró y la puerta se cerró tras él de un estruendoso portazo.

«Hay que ser gilipollas, profundamente gilipollas.»

5

Una cita con Asunción

Aníbal no me representaría. Lo di por hecho. Era imposible que yo descubriese la identidad de los tipos que habían destrozado su coche. ¿Cómo demonios iba a averiguarlo?

Sentí mucha impotencia cuando se marchó aquella tarde de mi casa. En primer lugar, porque Aníbal mencionó una obra que compré en una librería de segunda mano en Madrid y que aún no había tenido la oportunidad de leer: *Madame Bovary*, un clásico de la literatura universal que Cecilia aseguraba que le pertenecía. Y, en segundo lugar, porque a pesar de ver a Aníbal capaz de convencer a Josema para que me pagase porque era un depredador en su profesión, él me pedía a cambio algo muy complicado y que escapaba de mi alcance. Pensé, por tanto, que lo mejor sería olvidarme del asunto.

Mi madre, que había pegado el oído a la puerta a intervalos, me interrogó acerca de la conversación que mantuvimos Aníbal y yo. Así que ahora no solo me sentía presionada por Raquel y David: mi adorable progenitora candidata a *youtuber* conocía el motivo de mi reunión con Lafuentes.

—Mira que te advertí que no te fueras a vivir a Madrid. Ojalá Aníbal meta en la cárcel a ese perroflauta de Josema.

—Mamá, yo no quiero que Josema vaya a la cárcel. Solo quiero que me devuelva mi dinero.

—Ay, hija, más vale que te espabiles de una vez y dejes de ser tan confiada. Ese ha sido tu problema siempre.

*

Y, sí, continué con mi desastrosa existencia. Nada de lo que hacía salvo escribir me gustaba. No me agradaba encontrarme dos veces por semana con mi sobrino y sus amigos para impartir las clases de lengua y literatura. Aquello solo me recordaba que me hallaba en un precipicio hacia los cuarenta y aún desempleada. Además, ellos ni siquiera me prestaban atención. Se pasaban la hora cazando moscas o riendo por tonterías. Decidí que regañándolos no iba a lograr avanzar

demasiado. Y, de hecho, tampoco me apetecía que mi hermana y David castigaran a Mario más de lo que ya lo hacían. Bastante tenía el crío con su reciente pubertad y sus granos como ensaimadas mallorquinas.

*

Unos días después de la caótica conversación con Aníbal en mi habitación, fui a casa de Raquel para continuar con las clases. Mario y sus amigos ya se encontraban a punto de acabar el curso, con lo cual la tortura acabaría pronto. El caso es que ese día, cuando terminé, me quedé un rato jugando con Carmen. La pequeña, de apenas dos años, se encontraba en su parque de juegos mordiendo cuanto había a su alrededor. La senté en mi regazo y le conté un cuento. Obviamente, a ella lo único que le interesaba era quitarme las gafas y babearme los cristales.

No me apasionaban los niños, lo admito. Salvo mis sobrinos. Mi instinto maternal se hallaba más dormido que mi libido. Pero con Carmen sentía una conexión especial. A veces sonreía de manera que parecía entenderme.

—No te interesa el cuento de *Los tres cerditos*, ¿verdad? Está bien, a mí tampoco. Es absurdo. Más o menos te viene a decir que, de los tres hermanos, dos eran unos fracasados. Y el mayor los tendría que mantener de por vida. Qué injusticia. Aunque, pensándolo bien —murmuré reflexiva—, en esta ecuación yo sería el de la casa de paja.

Ella continuó paseando su lengua por las varillas de mis lentes.

—¿Sabes? Me gustaría ser como tú. Sin preocupaciones. Simplemente pensando en cuál será el siguiente objeto que vas a morder. Y además siempre estás guapa, con estos tirabuzones naturales y tan rubios. Normal que sonrías tanto.

La pequeña dio un saltito en mi regazo y volvió a mostrarme sus diminutos y escasos dientes de leche.

—Ta-ta —articuló señalándome con su dedito baboso.

Carmen no era muy habladora. Así que oírla llamarme «tata» me emocionó muchísimo.

—¿Me has dicho «tata»? ¡Raquel! —vociferé reclamando la atención de mi hermana, que en esos momentos se encontraba en la cocina.

—¿Sí?

—¿La has oído? Creo que me ha llamado «tata».

Mi hermana se aproximó a nosotras y acarició con ternura el cabello de su hijita.

—Ya dice muchas palabras. ¿A que sí? Mira, ¿cómo se llama tu tata? Ga-bi. Venga, dilo tú solita: Ga-bi.

Carmen sacudió mis gafas con diversión y a continuación balbuceó:

—Ba-bi.

El corazón me dio un vuelco. Mi sobrina había dicho mi nombre. Y me entraron ganas de achucharla con fuerza. Besé sus mofletes de caramelo y aspiré su dulce aroma.

No pude regodearme mucho tiempo en aquel estado de desconocido bienestar, pues Raquel aprovechó que me encontraba de buen humor para sentarse a mi lado y pedirme algo descabellado.

—Necesito que me hagas un favor.

Pensé que iba a proponerme que hiciera de canguro de Carmen, pero en vez de eso me sorprendió con una petición mucho peor. Miró hacia la puerta como si temiera que David apareciera. El interpelado solía llegar a esa hora de sus clases de CrossFit.

—Verás, mañana viernes es el cumpleaños de mi suegra y le prometí que la llevaría al bingo. Y resulta que he quedado con las compañeras del trabajo para salir y, bueno, hoy hablando con ella le he dicho que tengo un compromiso importante, pero… —se detuvo un par de segundos mordiéndose la uña del dedo pulgar— que tú irías en mi lugar.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¿Te has vuelto loca?

—Te pagaré, en serio. ¿Cuánto quieres? ¿Cien euros?

Me puse de pie y deposité a Carmen en su parque. La pequeña atrapó un peluche y se lo llevó a la boca.

—No pienso ir con tu suegra al bingo, Raquel. Lo que me faltaba.

—Gabi, por favor. Le he dicho que a ti te encanta ir al bingo.

—Pero si no he pisado un bingo en mi vida. Odio los juegos, ya lo sabes. Ni siquiera sé lo que se hace allí —protesté recogiendo mis cosas con la intención de largarme cuanto antes.

Raquel se pegó a mi espalda. No iba a darse por vencida.

—No tengo otra opción. Se lo pediría a mamá, pero ya sabes que ellas dos no se soportan. Llamar a mi pequeña Carmen como mamá en

vez de Asunción fue la puntilla.

—Dile que irás otro día. Que no puedes mañana.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Ella tiene por costumbre ir al bingo en determinadas fechas del año y una de ellas es por su cumpleaños. Son citas inamovibles. Y no quiere que David lo sepa. Es nuestro secreto. Y además el único as que tengo en la manga para llevarme bien con ella y que no nos haga la vida imposible.

—No pienso ir con tu suegra a ningún sitio. Esa mujer me da mal rollo —repliqué encaminándome hacia la puerta.

—¿Crees que no lo sé? Pero son cien euros, Gabi. Estás sin blanca y todo el día quejándote de que no tienes trabajo. ¿De verdad vas a perder la oportunidad de ganar cien euros?

Lo sé, era una miseria. Debería haberle pedido a mi hermana el doble o el triple, pero, maldita sea, Raquel siempre estaba dispuesta a ayudarme.

No me apetecía en absoluto pasar un viernes por la noche en el bingo con la madre de David, aun así claudiqué. Además, le dije que de ninguna manera aceptaría el dinero, pero ella insistió en pagarme.

Hacía tanto tiempo que no tenía en mis manos dos billetes de cincuenta euros juntos que la sensación fue cósmica. Los guardé en un compartimento seguro de mi monedero con la extrema convicción de conservarlos.

—Tienes que recogerla en su portal a las ocho y media. Y, por Dios, sé puntual. Si puedes estar antes, mejor.

Esto me lo dijo por teléfono ese mismo viernes por la tarde.

—Vaaaaaaleeee.

—Tan solo serán unas horas. Luego la llevas de vuelta a su casa y fin de la historia. ¡Ah! E intenta que no beba alcohol.

—¿Algo más? ¿No mojarla, nada de luz solar, no alimentarla después de las doce?

—Créeme, preferiría tener por suegra a un Gremlin antes que a esa mujer.

—Gracias, Raquel. Ahora tengo aún más ganas de pasear a miss Daisy.

—Suerte, hermanita. Te debo una.

*

Cuando solté el móvil en la cama con el propósito de vestirme, pensé que mi hermana exageraba con respecto a su suegra. Asunción tenía fama de ser una mujer complicada. Había enviudado muy joven y eso la transformó en una persona insociable y huraña. David no mantenía una relación muy afectuosa con ella. Por fortuna, el carácter de mi cuñado no se asemejaba al de su progenitora. De hecho, cuando la conocí años atrás entendí por qué David prefería estar más tiempo con mi familia que con la suya. Raquel, sin embargo, insistía en que debían mantenerse unidos pese al agrio carácter de la interpelada.

Sobre las ocho de la tarde subí al autobús que me llevaría a la parada más cercana al domicilio de Asunción. Vivía en la avenida de Ana de Viya, en un edificio próximo al hospital Puerta del Mar.

Soplaba una brisa estival que delataba el solsticio de verano. Recuerdo que fue el primer día que me atreví a usar sandalias sin importarme que mis dedos estuviesen tan blancos como tizas. Me puse un vestido vaporoso de flores con el que me sentía muy cómoda y femenina. El comentario de Aníbal acerca de mi ropa y mi pelo me había afectado más de lo que había imaginado, y juré que jamás le daría a nadie la oportunidad de volver a cuestionar mi aspecto.

Claro que eso fue antes de citarme con Asunción.

Mientras esperaba a la susodicha en su portal resguardándome del sol, decidí ojear el móvil. Había llegado con veinte minutos de antelación y tuve tiempo de sobra de revisar mis notas y apuntar un par de ideas relacionadas con la novela que venían rondándome por la cabeza desde la noche anterior. Miller no se apartaba ni un segundo de mis pensamientos.

De pronto, sin saber el motivo, las palabras de Aníbal volvieron a asaltarme: «Quiero los nombres de esos dos tipos, Gabi. De lo contrario, olvídate de que te represente».

Releí lo que había anotado sobre las descripciones de los desconocidos que destrozaron el Ford Mustang de Aníbal. Aquella tarde, cuando él se marchó de mi habitación, decidí redactar lo que recordaba. Memoria fotográfica. Sí, Miller la poseía.

En cambio, yo recapitulé escasos detalles, como por ejemplo que eran dos tipos de cabello oscuro no muy altos y que ambos llevaban los rostros ocultos por unos pañuelos, como hacían los vaqueros del Lejano Oeste para protegerse la cara del polvo y de las inclemencias del tiempo en el desierto. Recordé que los pañuelos eran de tonos

amarillos y rojos y tenían un dibujo que no llegué a identificar. También rememoré que uno de ellos me insultó y que su acento me resultó un tanto peculiar. Hasta ese momento no caí en la cuenta de que quizá se trataba de dos inmigrantes. Sí, casi seguro. Quizá eran latinos o marroquíes. Qué sé yo. Eso sí, jóvenes. Unos dieciocho o veinte años como mucho. En conclusión: dos pandilleros de poca monta a los que no pude ver con claridad. Y, claro, ¿cómo diablos iba a averiguar sus nombres?

De repente se me ocurrió algo, y sin pensarlo saqué de mi bolso la tarjeta de visita de Aníbal y marqué su número de teléfono:

—¿Sí?

—Aníbal, soy Gabi.

—Dime que tienes algo.

—No exactamente. Pero he caído en la cuenta de que podrías solicitar en la policía local el vídeo de lo sucedido esa noche. En la avenida principal hay varias cámaras. Es muy posible que grabaran el incidente.

Comenté aquello alborozada, como si hubiese descubierto una vacuna contra el ébola o el lupus.

Él profirió un sonoro suspiro.

—Vaya, Gabi Gafitas. ¿Eso es todo lo que ha logrado tu olfato de inspectora? ¿Crees que no he solicitado ese vídeo? Lo hice esa misma noche. Pero no se ve nada. Curiosamente hubo una avería en la central y varias cámaras quedaron anuladas durante un corto intervalo de tiempo. Sospechoso, ¿verdad?

Tragué saliva.

—Lo cierto es que sí.

—Gabi, esto es serio. Necesito más detalles de esa noche. Una descripción minuciosa de los tipos. ¡Algo, maldita sea! Si quieres recuperar tu dinero y tus libros, vas a tener que ayudarme con este asunto.

—¿Y si fue ese poli? —propuse desesperada.

—¿Qué poli?

—Llamé a dos agentes que patrullaban por allí. Los mismos que te avisaron. Uno de ellos no habló muy bien de ti. Conocía tu coche.

—¿Te refieres a Benítez? No se atrevería.

—Sí, quizá fue él. Todo concuerda. No me hizo caso cuando intenté describirle a esos gamberros. Y él tiene acceso a las cámaras.

Tal vez esté implicado.

—No fue él, créeme. Lo he dejado tan arruinado que ni siquiera puede invertir en sicarios.

—Aníbal, eres una persona con muchos enemigos. Cualquiera podría haber destrozado tu coche.

—Por eso necesito tu ayuda. Así como tú necesitas la mía.

—Joder, pero es que esto es muy complicado. Me pides que busque una aguja en un pajar.

Él guardó silencio un instante. Luego volví a oír su respiración:

—Piensa, Gabi. ¿Qué viste? Anótalo todo e investiga. Y, por supuesto, no vuelvas a molestarme hasta que tengas algo sustancial.

A continuación colgó.

Me quedé unos segundos contemplando la pantalla de mi móvil y reflexionando sobre lo mucho que odiaba a Lafuentes. Respiré hondo y, cuando me di la vuelta para acceder al portal de Asunción, me la encontré de frente, cual vieja del visillo.

—Ho-hola, Asun —tartamudeé llamándola por su apodo. Eso sí, nada de tutearla. A Asunción no le gustaba que mi familia la tuteara.

Raquel llevaba razón, su suegra había bajado con diez minutos de antelación.

Mis ojos la recorrieron de la cabeza a los pies, así como ella hizo conmigo. Iba vestida como de costumbre. De negro. Aún conservaba el luto, a pesar de que su marido había muerto cuando David era pequeño. Pero ella se negaba a cambiar de color. Con los años esa ropa había ennegrecido también su ánimo, porque esa mujer no sonreía ni aunque el mismísimo Jim Carrey le hubiese dedicado su monólogo más jocoso. En su metro y medio de estatura y en aquella escuálida y ligeramente encorvada figura no había espacio para tanta inquina. Cien euros me pareció un precio muy barato.

—Gabriela, cuánto tiempo —respondió ella quieta como un cadáver, esperando a que yo me acercara a darle dos besos que no me devolvió.

—Bonitos pendientes. ¡Ah, y feliz cumpleaños! —añadí nerviosa fijándome en aquellas extrañas cosas que colgaban de sus orejas y en su cabello blanco y ahuecado de peluquería.

Sin duda, Asunción se había preparado para la ocasión. Su perfume rancio, su rebeca sobre los hombros y un bolso pequeño e insulso, además de un collar de perlas baratas, completaban su indumentaria

haciéndole aparentar más edad de la que tenía. Habría jurado que Asunción no volvería a cumplir los setenta años.

—Gracias. Cada vez te pareces más a tu hermana. Tenéis la misma anchura de caderas.

Enmudecí al tiempo que ojeaba la falda de mi vestido. Ni Raquel ni yo teníamos anchas las caderas. Yo quizá un poco, pero Raquel había parido dos veces y aún conservaba una figura espectacular.

—Bueno…, ¿nos vamos? —inquirí controlando un repentino impulso de estrangular a Asunción y dejarla tirada en su portal.

—Claro.

Ella se agarró a mi brazo, quejándose de sus dos rodillas. Nos mezclamos con la multitud por la acera de la concurrida avenida.

—Tu hermana dice que en Madrid ibas mucho al bingo.

Mataría a Raquel por eso.

—Ehhh, sí, de vez en cuando —mentí.

—Ya sabes que no puedes decirle ni una palabra a David. Cree que soy una ludópata.

—Ohh, no, no, tranquila, Asun. No diré nada sobre nuestra cita —respondí con una risita fingida.

—Te ha dejado tu novio, ¿no? Me lo ha dicho Raquel.

Me humedecí los labios.

—En realidad ha sido una ruptura de mutuo acuerdo.

—Sí, seguro. ¿Por eso ahora te vistes así?

—¿Qué? ¿Así, cómo? —balbucí aflojando el ritmo de mis pasos y repasando mi indumentaria.

—Desde luego, no pareces una monja.

—Pero…

—Créeme, vistiéndote como una putilla no vas a superarlo antes.

—Bueno…, yo…, no tengo nada que superar. Estoy perfectamente.

—Seguro que sí, no te lo tomes a mal. Por cierto, tengo que sacar dinero y necesito que me ayudes. No entiendo muy bien esas máquinas. Toma mi tarjeta, el pin es 1944. El año que nació mi ídolo: Nino Bravo. Ahí delante hay un cajero. Ve adelantándote y así no perdemos tiempo.

—Va-vale. ¿Y qué cantidad quiere que saque?

—Todo lo que te deje esa maldita máquina.

Seguí las órdenes de Asunción como una autómata y me coloqué delante de un cajero de la avenida que se hallaba en la misma

dirección que nos conducía al bingo. Ella se quedó atrás unos pasos y yo me dispuse a extraer el dinero.

Pensé en el número elegido por Asunción para el pin y recordé que jamás llamaba a su hijo David por su cumpleaños. Su único hijo. Sin embargo, se sabía de memoria el año de nacimiento de su cantante favorito. Una madre ejemplar.

Esperé unos segundos, recolocándome el vestido y evaluando mi estilo. Mientras tanto, la pantalla decidía si mostrarme o no el saldo disponible de la adorable Asunción. Mi sorpresa fue colosal. Esa mujer no solo no tenía dinero en su cuenta corriente, sino que, para colmo, debía al banco la friolera cantidad de quinientos cincuenta y tres euros con veinte céntimos.

Ella se situó a mi lado justo en el instante en el que yo ya boqueaba como un pez tratando de decírselo.

—¿Qué ocurre?

—Verá, Asun, no puede sacar dinero. Aquí dice que su saldo es negativo.

—Eso no puede ser.

—Es lo que dice aquí.

—Debe de ser un error. Malditos bancos —chistó hurgando en su monedero y removiendo un par de billetes de diez euros—. ¿Tú tienes algo que dejarme?

Abrí los ojos despavorida.

—¿Yo?

—Sí, te lo devolveré mañana.

Me froté la frente confusa.

—Gabriela, por Dios, no seas tacaña. Habrás traído dinero, ¿no? Pues déjame algo. Mañana vendrán a verme Raquel y David con los niños, se lo daré a ella para que te lo devuelva.

El presentimiento fue negativo. Pero por entonces yo aún era imbécil. Todavía no había escarmentado en eso de hacer préstamos. Así que abrí aquel compartimento de mi cartera donde guardaba aquellos preciados cien euros y le dejé a Asunción cincuenta.

Sí, aquella sería mi primera vez en pisar un bingo y, cómo no, perdí dinero incluso antes de entrar.

*

La actitud de Asunción varió en cuanto cruzamos las puertas de aquel edificio. De forma repentina, su estado de ánimo mejoró.

Una potente luz artificial nos abrazó como lo haría una suave calima. En el exterior aún había bastante claridad, no obstante, allí dentro, los focos te hacían perder la noción del tiempo. Supuse que esa sería la intención. Asunción se movía con perfecta soltura sobre aquella moqueta de los años de la polca.

—Buenas tardes, Asunción. Qué guapa viene usted hoy —recitó afable la chica que se ubicaba tras un mostrador a la derecha, estigmatizando a Asun como una ancianita adorable.

—Hola, Nuria. Es mi cumpleaños —respondió ella justificando la indumentaria y sacando su identificación del bolso.

—¡Felicidades! Espero que su buena racha siga latente.

El comentario de aquella chica uniformada me dio que pensar. Si Asunción gozaba últimamente de chiripa, ¿por qué demonios su cuenta corriente refería menos dinero que la mía?

Tras identificarme yo también, accedimos al salón principal.

Asun sonreía emocionada y al mismo tiempo nerviosa. No conocía demasiado a esa mujer, pero su comportamiento me decía que en esos momentos irradiaba más felicidad que mi sobrina Carmen en una tienda Disney. Yo, en cambio, me sentía fuera de lugar.

Allí dentro, parecía que habíamos retrocedido cuarenta años. Repasé la estancia e hice un diligente análisis. Varias mesas redondas decoraban la sala, muchas de ellas ocupadas. Un grupo de sesentonas a mi derecha se hallaban tan concentradas en sus cartones que cualquiera habría dicho que desactivaban bombas en vez de estar entregadas al juego. Al fondo, un par de televisores de plasma que colgaban del techo mostraban los números.

Asunción me indicó que la siguiera. Alguien en esos momentos vociferó un satisfecho «¡Bingo!» y los presentes al fin comenzaron a conversar. Oí algunas quejas e incluso insultos. El ambiente que se respiraba estaba tan cargado que me sentí mareada.

Quería salir huyendo de allí, pero le había prometido a Raquel que dejaría a su suegra sana y salva en su casa.

Asun se decantó por la zona más despejada. La única mesa en la que había una sola persona: una señora rechoncha con rasgos latinos que había improvisado delante de sus cartones una especie de altar con amuletos, figuritas y fotografías de santos.

—La panchita nos va a dar suerte —cuchicheó Asun en mi oído mientras tomábamos asiento.

Pronto descubrimos que aquella mujer respondía al nombre de Mariana. Asun y ella jamás se habían visto fuera de esas paredes de rancio papel pintado, sin embargo, en cuestión de minutos, ambas sintieron una conexión abrumadora.

Mariana aparentaba menos edad que Asunción. Pero supe que ella también era abuela, porque enseguida nos mostró las fotografías de sus nietos.

Lo cierto es que no presté mucha atención a la que probablemente iba a ser la única amiga de Asun. No me fijé con exhaustividad en todas esas cosas que había colocado sobre la superficie. Solo me desconcertó su colmillo de oro y la habilidad con la que bebía whisky sin hielo en vaso de tubo.

En poco más de una hora descubrí que la suegra de mi hermana se fundiría pronto los cincuenta euros, y que Mariana y ella bebían a la misma velocidad sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Asumí que Asun tenía un problema grave con el juego y con el alcohol. Y, por descontado, la amistad de Mariana no la beneficiaría.

No obstante, yo desempeñaba una misión esa noche. Tan solo debía fingir que me lo pasaba bien rodeada de aquella congregación ludópata. Luego volvería a mi rutina.

Entre partida y partida, los vendedores de cartones cumplían con su función. Invitaban a los asistentes a continuar jugando y bebiendo. Asunción apenas me escuchó cuando le sugerí que una tercera copa quizá no le sentaría bien. De hecho, Mariana y ella parecían haberse olvidado por completo de mi presencia en la mesa.

Sentada allí, bostezando, mientras una voz cantaba números sin parar y rodeada de aquella extraña fauna, perdí por un rato la percepción de la realidad. ¿Qué demonios estaba haciendo con mi vida? ¿Por qué no ponía remedio de una vez por todas a mi desesperación? El aburrimiento transformó mi ánimo. Aquella rutina agobiante me llevó a recapacitar acerca de mis acciones. Siempre acababa haciendo cosas que no quería hacer. Miré las figuritas de Mariana y pensé en mi fe mientras ellas continuaban absortas en sus cartones. Ya casi no creía en nada. ¿Tanto daño me había hecho Josema? ¿Tenía él la culpa de mi infelicidad? ¿Qué podía hacer para salir de mi actual situación?

—¡Juemadre! —protestó Mariana cuando alguien a su espalda cantó línea.

Llevó una de sus manos a la virgen en miniatura situada delante de sus cinco cartones y la acarició rezando entre dientes una oración que no entendí muy bien.

—Toma, viejita, órale a la Virgen de Chiquinquirá —pidió ofreciéndome aquel amuleto e insinuando que mi presencia allí no las beneficiaba. Por segunda vez sugerían entre bromas mi gafe.

No tuve más remedio que agarrar la virgen y situarla junto a mi único cartón.

Dos minutos más tarde, una pareja de asiáticos se hacían con un suculento bingo.

Asunción me lanzó una mirada asesina, como si yo fuese la culpable de su infortunio.

Mariana sostuvo esta vez una fotografía de otro santo y la besó. Luego la dejó encima de un tapete cuadrado que había utilizado como altar. Sí, ella había colocado todas aquellas figuritas sobre un trozo de tela que hasta el momento había pasado desapercibido para mí. Pero entonces mis ojos se quedaron clavados en los colores del paño: amarillo, azul y rojo. De repente, una extraña sensación me recorrió de la cabeza a los pies. ¿Dónde había visto yo antes esos colores? Sin duda, se trataba de la bandera de Colombia, pero ¿por qué me resultaba familiar?

Una secuencia de imágenes afloraron en mi mente, nítidas, casi palpables. Cerré los ojos y traté de ordenar mis pensamientos.

«¡Maldita sea, los gamberros!»

Las bandanas que ocultaban sus rostros eran exactamente iguales que esa que Mariana utilizaba como alfombra para improvisar su santuario.

—Un momento —murmuré poniéndome en pie y situándome entre Mariana y Asun para contemplar de cerca el pañuelo.

—Pero ¿qué haces? —se quejó Asun.

La partida continuaba y tanto Mariana como Asunción temían que se les pasara algún número.

—Necesito ver este pañuelo —expliqué, a pesar de que sabía que no lo entenderían.

Mariana comenzó a maldecir con un pronunciado acento colombiano, pero no me importó. Aparté las figuritas y las fotografías

y me hice con el trozo de tela. Contemplé con atención el dibujo que había en el centro. Aquel paño cuadrado no tenía nada de especial. De fondo, la bandera de Colombia con aquellos llamativos colores: amarillo, azul y rojo. Y en el centro un dibujo de un simpático gallo enmarcado por un logo que decía «El Pollo Colombiano».

Rememoré de nuevo a los dos vándalos. Doblé el pañuelo por la mitad imitando la forma en la que se podría atar a la cabeza y, joder, todo encajaba. Sí, aquellos tipos habían utilizado dos pañuelos idénticos a ese para ocultar sus rostros.

Regresé a mi asiento esperando a que acabase la partida para increpar a Mariana. Tanto ella como Asun parecían ahora muy cabreadas, sujetando sus rotuladores rojos con la mirada fija en los cartones. Cuando otro de los asiáticos volvió a cantar bingo, Asun dio un sonoro golpe en la mesa, cagándose en sus ancestros japoneses y despotricando sobre la silenciosa invasión china.

—Mariana, ¿necesito saber dónde ha conseguido esto? —le pregunté aprovechando el descanso entre una partida y otra.

—Ay, *güevona*, los dan de regalo en la pollería de mi sobrino Camilo. ¿Por qué tanto revuelo? Asun, esta mamona es bien rarita.

—Gabriela, ¿se puede saber qué te pasa? Por tu culpa se me han pasado dos números.

—¿Y dónde está ese sitio? —continué ignorando a la suegra de mi hermana, que ya denotaba claros síntomas de embriaguez.

Mariana me escrutó con sus prominentes ojos chocolate y aquel semblante alejado de la estereotipada belleza colombiana. Cruzó sus manos regordetas encima de la mesa. No sé por qué, pero su mirada me resultó intimidatoria. Quizá me había pasado un poco mostrando tanto interés por la insignificante tela.

Decidí cambiar de estrategia.

—Es que es muy bonito. Llevo mucho tiempo buscando un pañuelo con estos colores. Miren, pega con todo —dije atándomelo al cuello al estilo cowboy—. Quiero uno igual. ¿Dónde puedo conseguirlo?

Por supuesto, quedaba horrible con mi vestido de flores.

Ambas me observaron probablemente pensando que se me había ido la cabeza.

Mariana ahogó su adustez en el vaso de tubo.

—Está en la calle Brasil, *güevona*. Te la dan de regalo si te llevas dos pollos. ¡Estás pesadita con la dichosa vaina! —comentó apurando

el último trago de whisky.

Una vendedora de cartones apareció de la nada para potenciar en aquellas dos mujeres la urgencia incontrolable de jugar. Yo, sin embargo, ya había tomado una decisión.

—Asun, tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—Llevamos aquí dos horas y no ha cantado ni una sola línea. Asúmalo, hoy no es su día.

Asunción me odiaría de por vida. Su racha de suerte había sido aniquilada con mi presencia. Pero yo acababa de recuperar la esperanza. Mariana me había servido una pista en bandeja. Un pequeño hilo del que tirar para deshacer aquel enrevesado nudo. Aníbal quería los nombres de esos dos gamberros a cambio de mi dinero y mis libros, y por primera vez sentí que Miller y yo no éramos tan distintas. Ahora solo debía pensar cómo lo haría ella y perseguir aquel rastro. Miré por última vez el pañuelo y se lo devolví a Mariana, incorporándome con decisión.

El embriagado gesto de Asunción y su desinflado peinado de peluquería me decían que no me resultaría fácil sacarla de aquel lugar, pero a partir de ese momento nada sería fácil.

—Venga, vámonos.

6

En la boca del pollo

Una media luna expectante y blanquecina nos recibió en el exterior. Me dio la impresión de llevar días dentro de ese edificio. La humedad me refrescó los brazos e intuitivamente me abracé mientras esperaba a que Asunción me alcanzase.

—No me extraña que te haya dejado tu novio, hija mía. Si es que eres más aburrida que una ostra —protestó ella caminando hacia mí y alejándose a su vez de su templo laico.

—Asun, con todos mis respetos, usted tampoco es la alegría de la huerta.

Retomé el paso desdeñando la dificultad de Asunción para caminar con celeridad.

—¿Se puede saber a qué se debe esta prisa por marcharnos? Te has puesto muy pesadita con el pañuelo. ¿De qué iba todo eso?

—No sé de qué me habla.

—Gabriela, tengo setenta y un años —dijo deteniéndose en mitad de la acera para abrocharse la rebeca—. Reconozco a una mentirosa a leguas. El pañuelo te quedaba fatal. Sé que quieres ir a ese sitio en la calle Brasil. Tu interés por ese trozo de tela tiene un fundamento.

La miré aterrorizada. Esa mujer me provocaba escalofríos.

—Es un asunto complicado.

—¿Cómo de complicado?

Me froté la frente.

—Ese pañuelo… Usted, no lo entendería. Tengo que averiguar algo. Siento haberme comportado de ese modo allí dentro, pero debo marcharme.

—¿Qué es lo que ocurre? Vas a ir a ese sitio, ¿no?

—Sí, por eso, necesito llevarla a su casa y ocuparme de este asunto. Es muy importante para mí. Si usted quiere, la recojo otro día y le prometo que jugaremos al bingo durante dos días seguidos.

Me acerqué a ella y la sujeté por el codo invitándola a andar. Ella se deshizo de mi agarre.

—No pienso irme a mi casa. Quiero ir contigo. Además, no puedo dormirme con esta melopea. Me vendrá bien el paseo. No querrás que

le diga mañana a Raquel que me emborrachaste, ¿no?

—¿Cómo? No, no, no.

—Pues eso es lo que diré como no me lleves contigo. Y te aseguro que soy muy convincente.

—Pero…

—Gabriela, voy a ir contigo lo quieras o no.

—Por favor, Asun, no me haga esto.

—Venga, cuenta. ¿De qué va la historia?

Esta vez fue ella la que se colgó de mi brazo.

—¿Y por qué iba a decírselo?

—Porque no tienes más opciones. Y además puedo ayudarte —arguyó quitándome una pelusa imaginaria de la manga de mi vestido.

—¿Ayudarme? Usted ni siquiera me cae bien. Me ayudaría mucho que se quedara en su casa.

Hizo un gesto con la mano restándole importancia a mi comentario.

—Estoy aburrida, Gabriela. Y, por si no lo sabes, cuatro ojos ven más que dos. Así que venga, cuenta. ¿Qué sucede con ese pañuelo?

Cuando comprendí que Asunción no se rendiría, opté por aceptarla como aliada. Pensé en los grandes investigadores de la historia: Sherlock Holmes contó con John H. Watson para revelar sus casos; Batman y Robin se convirtieron en una pareja inseparable; Mel Gibson y Danny Glover rodaron juntos nada más y nada menos que cuatro cintas transformados en dos detectives dispuestos a erradicar el narcotráfico. El mundo parecía cosa de dos.

Tal vez Asun no respondía a la descripción que yo le habría designado a mi secuaz en la reciente misión, pero en esos momentos no pude elegir. Necesitaba a alguien en quien confiar, y ella parecía dispuesta a ayudarme. Éramos como Mortadelo y Filemón.

A pesar de no tener a esa mujer en alta estima, en cuanto comencé a contarle en la tesitura en que me encontraba, Asunción se mostró verdaderamente interesada. Lo cierto es que el alcohol suavizó su mal humor y poco a poco resultó incluso comprensiva.

Su artrosis nos impidió llegar a la calle Brasil con la urgencia debida. Ella iba sujeta a mi brazo, aunque su embriaguez también tuvo algo que ver. Aun así, me gustaba mucho más la Asunción achispada. Al menos pudimos conversar distendidas.

—Así que se supone que, si averiguas quiénes eran esos gamberros,

Aníbal conseguirá tu dinero.

—Y mis libros.

—Cuando hablas de Aníbal supongo que te refieres a ese amigo listillo de mi hijo, ¿verdad? El abogado.

—El mismo.

—¿Sabes? Hubo una época en la que no me gustaba que David se relacionara con él. Fue un adolescente bastante problemático. Menos mal que luego se enderezó.

—Fueron David y Raquel los que me convencieron de que lo contratase para demandar a Josema. Aníbal tiene fama de ser un abogado excelente. Pero no hará nada a menos que averigüe algo sobre esos tipos. Y lo único que tengo hasta el momento es ese pañuelo.

—Ajá. Pero ya has oído a Mariana. Los regalan en la pollería. Podría haber sido cualquiera.

—Por eso necesito ir allí. Tengo una corazonada. Quizá halle alguna pista.

Ella asintió, digiriendo toda la información, y luego me interrogó acerca de mi relación con Josema.

—¿Y por qué le dejaste todos tus ahorros a ese desgraciado?

—Me hago esa pregunta a diario. No lo sé. Supongo que porque soy imbécil —respondí mirándome las sandalias.

Íbamos caminando por la avenida, amparadas por un fino manto de humedad y un cielo salpicado de estrellas. Quizá había prejuzgado a Asunción. Conforme charlaba con ella me dio la impresión de ser una mujer incomprendida. Ella y yo, después de todo, no éramos tan distintas.

—La verdad es que no pareces muy espabilada. No te lo tomes a mal, pero con esas gafitas y tu retraída actitud es normal que los hombres te tomen por tonta.

—Vaya, le agradezco la sinceridad.

—Te diré una cosa, Gabriela. El amor de tu vida solo pasa una vez. A veces no es fácil reconocerlo. Ni siquiera con lentes. Por eso debes estar atenta y no distraerte con payasos.

—Es curioso que diga eso, pues siento que mi vida hasta ahora ha sido un circo.

—Casi siempre lo es, hija mía. Casi siempre lo es.

Cuando llegamos a la esquina de la calle Brasil y visualicé el

luminoso de aquel establecimiento me giré hacia mi compañera de misiones.

—Está bien, Asun. Déjeme hablar a mí.

—¿Y qué vas a decir?

—No lo sé. ¿Qué digo? —repliqué confusa.

—Bueno, yo creo que deberías preguntar por esa oferta. Estaría bien conseguir un pañuelo como el de Mariana para empezar. Y luego intenta averiguar cuántas personas trabajan ahí. Si dices que los dos gamberros tenían acento extranjero, tal vez formen parte de la plantilla. Tendrás que ir descartando.

Asentí consciente de que había subestimado a Asunción. Un sexto sentido me decía que ella me ayudaría mucho más de lo que yo pensaba.

—Sí, buena idea. Sígame.

—Vamos.

*

El local se hallaba prácticamente vacío. Asun y yo nos detuvimos en el escalón de la entrada y analizamos la estancia. A mi izquierda, un par de neveras con escasos refrescos decoraban una pared. A mi derecha, una mesa cuadrada con dos sillas baratas de Ikea, ambas ocupadas por dos hombres de mediana edad, con probabilidad familia de Mariana. Lo deduje porque uno de ellos, el más maduro, guardaba un parecido razonable con ella.

El sitio no tenía nada de especial. Era un simple asador de pollos con una limpieza muy objetable y la bandera de Colombia en el tabique frontal como única decoración.

Olía a fritanga y a algunas especias. Mis ojos fueron directos a los tres únicos y escuchimizados pollos que daban vueltas trinchados con peor suerte que la mía.

Uno de los hombres se puso en pie en cuanto nos vio aparecer y se colocó tras el mostrador sin prisa alguna. El otro, cuya cicatriz en su mejilla derecha no había pasado desapercibida para mí, se quedó sentado fumándose su cigarrillo e incumpliendo de forma taxativa la ley antitabaco.

Ninguno de aquellos individuos me dio buena espina. Aun así, tomé aire y me dispuse a entrar dejando a Asun en un segundo plano.

—Buenas noches, señorita. ¿Qué rico pollito le apetece?

Deduje al instante que ese hombre no era uno de los gamberros, pues me dio la impresión de que rondaba los cincuenta años.

—Buenas noches. Verá, sé que hay una oferta en la que regalan una bandana muy mona con los colores de la bandera de Colombia.

Observé el cartel que había en la parte superior y que mostraba los menús. Las fotos habían sido tomadas por un profesional, sin embargo allí dentro la comida ofrecía un aspecto menos apetecible.

—Lo siento, linda. Pero esa oferta ya pasó. En estos momentos estamos regalando media ración de alitas por cada pollo.

Las alitas ni siquiera me gustaban.

Continué escrutando el lugar. Una puerta situada en una de las esquinas hacía la labor de almacén o trastienda. Me pregunté qué habría en el interior, ya que oí algunas voces.

—¿Es usted el dueño de este establecimiento?

Al principio mi pregunta no lo aturdió, pues una sonrisita gentil se dibujaba en sus labios.

—No, es mi primo Camilo, pero él ahorita no está. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Cuántas personas hay trabajando aquí?

Mi segunda cuestión no fue tan acertada. El interpelado no respondió. Le lanzó una mirada al otro hombre, que se encontraba aún sentado a mi derecha, contemplándome de los pies a la cabeza.

—¿Es usted inspectora de trabajo? —me interrogó el de la cicatriz tras darle la última calada a su cigarrillo.

De pronto me fijé en que era más joven y corpulento que el del mostrador. Y por supuesto menos simpático.

—¿Qué? No, no. Es solo curiosidad.

—Curiosidad —repitió de un modo siniestro.

—Sí, es que… soy universitaria y estoy haciendo un estudio de mercado para un máster. Analizo los pequeños comercios —improvisé.

—Esto es una empresa familiar, señorita. No hay mucho más que le pueda contar —intervino el cincuentón, cuyo atisbo de cordialidad había desaparecido de su rostro.

—¿Son todos inmigrantes? Colombianos, ¿verdad?

—¿Algún problema con los inmigrantes? —inquirió con mueca adusta la versión masculina de Mariana.

—No, no, para nada. No soy racista.

—Bueno —carraspeó Asun situándose a un paso detrás de mí—, yo creo que los chinos van a colonizarlo todo. Son como una plaga.

Le hice un gesto con los ojos a mi camarada implorándole silencio.

—¿Qué? Es la verdad —reiteró ella entre dientes.

El interrogatorio no iba bien, por tanto, intenté arreglarlo.

—Me parece que no me están entendiendo. Creo con firmeza que el mundo es de todos. Pero solo por curiosidad, ¿tienen ustedes en la plantilla a alguien que sea de aquí, de Cádiz, o son todos inmigrantes?

—Eres una mamona bien curiosa. ¿Cómo te llamas? —gruñó el grandullón poniéndose de pie.

Retrocedí como un acto reflejo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Ehhh, Gabriela Solari.

ERROR.

Regla número uno de un detective privado: proteger tu propia identidad con el anonimato.

—Solari. Pues bien, Solari, ¿por qué no coges a tu abuelita y os vais las dos con las preguntitas a otra parte?

Tragué saliva acojonada. Aquello era una amenaza con todas sus letras.

Asunción, sin embargo, salió en mi defensa, a pesar de que yo no le había pedido ayuda.

—Oiga, preguntar no es un delito. Pero tener a gente trabajando sin contrato es otro cantar.

La expresión del susodicho se endureció aún más.

—Discúlpela, no ha querido decir eso.

—Claro que sí. Esta gente viene a nuestro país, nos quita el trabajo y encima tenemos que aguantar sus impertinencias. De eso nada. La chica solo está preguntando. Y ya le ha dicho que es para un trabajo de la universidad. Tampoco es para ponerse así.

—Asun, por favor. Caballeros, no somos racistas. De hecho, a mí me encanta esa canción de Pablo López y Juanes. La que habla de que el hombre no es más que un hombre… ¿Saben cuál les digo?

Canté un poco el estribillo, haciendo tiempo mientras evaluaba lo que había a mi alrededor y tratando de encontrar alguna pista.

—¿Qué carajo quieren, *güevonas*? —bramó el cincuentón dando un sonoro golpe sobre el mostrador y cortando mi actuación—. ¿Van a

comprar pollo o no?

—Sí, sí. Deme una oferta de esas —tartamudeé amedrentada, ajustándome el bolso al hombro.

—¿De cuál?

—No sé, la número dos —carraspeé señalando una de las fotografías.

—Esto no está resultando —bisbiseó Asun, agarrándose de nuevo a mi brazo.

—Por dos euros más pueden llevarse media ración de patatas con salsa chili y una cerveza. Que sería la número tres.

—Sí, sí, pues esa.

El hombre se giró y comenzó a preparar el pedido. Mientras tanto, el tipo de la cicatriz se movió por el local con las manos en los bolsillos sin dejar de evaluarnos.

—Gabriela, creo que deberíamos irnos de aquí. Esta gente es peligrosa. No puedes fiarte de ellos. Llamaban «patrón» a un traficante sanguinario llamado Pablo Escobar. He visto la serie en Netflix. Ni te imaginas la mala leche que tenía el bigote. Y estos dos parecen primos hermanos de él.

—Asun, ¿puede hacer el favor de cerrar el pico? —mascullé con la boquita pequeña.

—«Plata o plomo», Gabriela. Ese era su lema. ¿Sabes qué significa eso? Mejor no quieras saberlo. Pero el Pablito tenía más peligro que un chino en urgencias.

La miré sin entender a qué se refería.

—Lo digo por los virus. Cuando digo que los chinos nos están colonizando, no lo digo por decir. Chinos, colombianos… Estos extranjeros llegan aquí y nos contagian hasta sus enfermedades.

—Cállese de una puta vez, Asunción —articulé con una mirada fulminante, evidenciando mi enfado.

Ella levantó los brazos rendida y dio un paso atrás, concediéndome unos segundos para respirar.

—Son diecisiete euros con cuarenta.

Marianito a esas alturas apenas pestañeaba.

—Claro. Un momento.

Hurgué en mi monedero hasta encontrar el otro billete de cincuenta euros. Cerré los ojos afligida. No quería gastármelos, pero no tenía otra opción. Asunción se encontraba en una posición

económica inferior a la mía, así que ella ni siquiera hizo el intento de pagar.

Tras guardar el cambio, me disculpé por mi insolencia. Ninguno de los dos hombres respondió.

Nos marchamos de allí cargando con una bolsa que contenía uno de esos pollos raquíticos, una ración de patatas, otra media de alitas, un litro de cerveza y cero información.

—Uy, uy, qué mal rollo —cuchicheó Asun nada más salir del establecimiento.

Los tipos nos vigilaron con osadía hasta que decidí torcer en una de las esquinas para poder escapar de la visión de ambos. Me detuve a tomar aire.

—Asun, le pedí que se mantuviese callada. ¿Tan difícil era?

—Pero si no he dicho nada.

—¿Que no? ¿A qué venía ese discursito racista? ¿Qué era eso de que los inmigrantes nos quitan el trabajo? Yo estoy en paro y le aseguro que la inmigración no tiene nada que ver con eso. Con sus comentarios lo único que ha hecho es enfadarlos. Eso sin mencionar lo de las enfermedades. ¿Sabía usted que el virus más letal y venenoso que existe es el racismo? Pare de decir idioteces al menos hasta que la deje en su casa. No voy a permitirle ninguna otra de sus impertinencias. Me da vergüenza ajena oírla escupir esas burradas.

—Vaaaaaaleeeee, doña Perfecta. Pero ¿y qué me dices de tu interpretación a lo *Operación Triunfo*? ¿Es que acaso pensabas que estábamos en un karaoke?

—Solo intentaba ganar tiempo. Necesitaba pensar.

—¿Cómo? ¿Cantando?

Deposité la bolsa en el suelo y me moví de un lado a otro. Sentí que la humedad me asfixiaba.

—Joder, sigo igual. No tengo nada.

Me pasé las dos manos por el pelo exasperada.

—Bueno, yo tengo esto —dijo ella sacando del bolsillo de su falda una cartera negra y pequeña—. Se la he birlado al grandullón mientras el otro te cobraba.

Casi me da un ataque al corazón examinando aquel billetero de piel.

—¡¿Qué?! ¡Se ha vuelto loca! ¿Le ha robado la cartera a ese hombre? Por Dios, ¿no ha visto la cicatriz de su mejilla? ¿Cree que eso

se lo ha hecho afeitándose? Ese tipo es con seguridad un delincuente y usted acaba de robarle la cartera. Maldita sea, Asun. ¿Por qué lo ha hecho?

Su tranquilidad me enervó.

—La había dejado encima de la mesa. He pensado que con su documentación puedes averiguar a qué se dedican realmente. Han dicho que son familia. Por tanto, puedes facilitarle el nombre a Aníbal y que él averigüe si tienen o no antecedentes. Apuesto lo que sea a que ese negocio es una tapadera, Gabriela.

Abrí la boca dispuesta a increpar a Asunción, pero lo cierto es que no conseguí articular palabra. Lo que decía tenía sentido. Al menos podía ser un comienzo. Yo también estaba de acuerdo en eso de que aquel sitio no parecía un negocio decente. Solo se trataba de una suposición y no se asociaba al hecho de que los propietarios fueran inmigrantes. Pero el caso es que era viernes por la noche y, a pesar de que la calle y el resto de los bares se hallaban concurridos, la afluencia de clientes en aquel asador dejaba mucho que desear. Además, esos dos tipos llevaban escrita en la frente la palabra *problema*.

—Asun, podemos meternos en un buen lío por esto.

—Tú ya estás en un buen lío, hija mía. No tienes ni trabajo ni dinero. ¿Qué más te puede pasar? Al menos, si le llevas esta documentación a Aníbal, es posible que descubráis algo.

Saqué la identificación de la cartera y la miré con pesar.

Emiliano Jaramillo Osorio, se llamaba el titular. En la fotografía aparecía con el pelo un poco más largo y un esbozo de sonrisa que por supuesto había mantenido oculta el tiempo que Asun y yo habíamos permanecido en el establecimiento. De nacionalidad colombiana y residencia española, los rasgos de Emiliano no derrochaban ternura y nobleza. Todo lo contrario. En un casting de Scorsese, habría sido un candidato perfecto para encabezar una banda criminal. Aun así, estaba segura de que ese hombre no era uno de los gamberros que habían destrozado el coche de Aníbal. De haberlo sido, habría recordado su corpulencia. Pero ¿y si guardaba relación con esos chicos?

No me hacía ni pizca de gracia que Asunción le hubiese birlado la cartera, pero debía admitir que podía ser el hilo del que tirar. Además, ya no había vuelta atrás. No podía regresar al asador y devolvérsela a ese tipo.

Al día siguiente hablaría con Aníbal sobre el asunto.

Guardé la cartera en mi bolso y le pedí a Asun que nos marcháramos de una vez; sin embargo, al retomar el paso ella propuso que nos acomodáramos en la plaza Carlos Díaz a comernos el pollo, una zona que contaba con un parque infantil que en esos momentos se encontraba desierto. Me negué rotundamente, pero ella alegó que se sentía mareada y mencionó algo acerca de su diabetes, así que no tuve más remedio que doblegarme.

Cuando pensé que la noche llegaba a su fin, me vi sentada con Asunción en unos columpios mientras ella engullía las alitas de pollo. Aunque, a decir verdad, su interés se centró en el litro de cerveza.

Sentí ganas de llorar.

—¿No quieres una?

—No, gracias.

—Deberías tomarte la vida de otra manera, Gabriela. Creo que por eso te van las cosas así.

—Muchas gracias, Asun. Pero si no me equivoco usted tampoco vive de maravilla. Además, déjeme decirle algo: lleva desde que la recogí en su casa juzgando mi aspecto y haciendo comentarios desafortunados sobre mis decisiones, pero ¿qué me dice de usted? Tiene un grave problema con el alcohol y con el juego. Lo del racismo prefiero excluirlo. Es una mujer insociable y complicada. Sí, quizá las cosas no me van bien, pero mírese, usted está aquí conmigo. Me parece que su vida no sirve de ejemplo. Así que ahórrese sus consejos.

—No voy a quitarte la razón. Pero ¿sabes qué? Que he aprendido una cosa: nunca es tarde para cambiar. Y yo estoy cambiando.

—¿En serio?

—Sí, he dejado el pasado atrás y pienso vivir la vida con todas sus consecuencias el tiempo que me queda.

—Por vivir con todas sus consecuencias, ¿se refiere a gastarse todos sus ahorros en el bingo y beber hasta pillar un coma etílico?

—Tienes un sentido del humor muy sarcástico, Gabriela. Me recuerdas a mí con tu edad. Tan perdida y confiada. Se te ve un poco depresiva, pero lo superarás. ¿Quieres que te sea sincera? Me caes bien. De hecho, me caes mucho mejor que tu hermana. Pero eso no se lo digas.

—Tranquila, no hablaré con nadie sobre lo sucedido esta noche.

Ella siguió mordisqueando el trozo de pollo y yo continué balanceándome en el columpio.

¿De verdad estaba depresiva? ¿Era esa la imagen que todos tenían de mí? No, yo no quería ser así.

—¿Gabi?

Una voz familiar sonó a mi espalda. Me giré de inmediato y atisbé a unos metros a Lidia acompañada de un grupo de personas.

—Hola, Lidia —respondí abandonando el asiento y encaminándome hacia ella.

Verla fue como un soplo de aire fresco. Necesitaba alejarme de Asunción desesperadamente.

—Ahora nos vemos. Esperadme dentro del bar —oí que les decía Lidia a sus amigos—. ¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó frunciendo el cejo.

—Es una historia muy larga, pero a modo de resumen te puedo decir que he acompañado a Asunción al bingo y que luego… luego nos ha entrado hambre.

—Esa es la madre de David, ¿verdad? —inquirió risueña, por supuesto sin dar crédito al hecho de que mi compañera de juergas fuera esa mujer.

—Sí, no me preguntes cómo he llegado a esta situación. Es algo que aún no logro entender.

Lidia soltó una carcajada.

—Precisamente hoy he estado hablando de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí, es que esta tarde fui a visitar a mi primo al bufete y me ha comentado que quieres demandar a tu exnovio. Tienes que contarme bien esa historia.

—Es larga —resoplé rascándome la frente.

—Dijiste que me harías una visita al estudio.

—Cierto. Lo tengo pendiente.

Apenas oí a Asunción aproximarse a nosotras hasta que la tuve a mi lado quejándose de sus dos rodillas.

—¿Esos tatuajes son de verdad? —le preguntó a Lidia.

—Totalmente de verdad —respondió mi amiga, jovial.

—¿Sabes? Yo llevo toda la vida queriendo hacerme uno.

—¿Usted? —rezongué consternada.

—Pues sí, ¿algún problema? Ya te lo he dicho: estoy cambiando.

A Lidia parecía divertirle la situación.

—Cuando quiera puede venir a mi estudio —dijo aprovechando

para darle su tarjeta.

—¿De qué me suena tanto tu cara?

—Asunción, soy Lidia, la prima de Aníbal. De pequeña solía ir a su casa con mi primo para buscar a su hijo.

—Ah, sí, sí. Eras esa renacuaja charlatana. Ya te recuerdo. No te había reconocido con tantos tatuajes y con esos pelos.

—En fin, Lidia, me pasaré a verte —intervine cortando a Asun antes de que soltara alguna de sus perlas.

Lidia, sin embargo, no estaba dispuesta a marcharse sin más.

—¿Os apetece una copa? He quedado con unos amigos en ese pub irlandés.

La expresión de Asun se iluminó como el neón de un prostíbulo. La mía, en cambio, se tiñó de terror.

—Oh, no, gracias. Voy a llevar a Asunción a su casa. Ha sido una noche agotadora.

—¿A mi casa? Pero ¿qué dices? Claro que vamos.

—¿En serio? —se sorprendió Lidia con entusiasmo.

—Asun, es tarde. No me lo ponga más difícil.

—Vete tú si quieres. Sé volver solita —aseveró esa irritable mujer colgándose del brazo de mi amiga.

Parpadeé atónita.

—Venga, mujer. No seas aguafiestas. Solo será una copa —recitó Lidia con sorna.

*

Lo que sucedió después lo recuerdo borroso. Supongo que en mi mente se produjo un bloqueo cerebral para protegerme de aquella experiencia complicada.

Una vez leí que determinados recuerdos traumáticos son aislados en nuestra memoria con el fin de no generar emociones demasiado intensas o terriblemente soportables. En realidad no sé si fue eso o la cruel resaca lo que me provocó una enorme laguna mental. Pero a la mañana siguiente, cuando mi madre levantó la persiana de mi habitación quejándose del desagradable olor a alcohol que impregnaba el ambiente, una dolorosa punzada me recorrió las sienes. Al principio ni siquiera recordaba dónde me encontraba, pero luego la imagen de Asun subida a la barra de aquel bar apareció en mi

pensamiento en forma de estímulo disparador.

Enterré la cara en la almohada y deseé morirme.

Otra vez.

7

La prueba

No había medicación suficiente para aliviar aquella tortuosa resaca. Para colmo, unos segundos después de que mi madre me interrogara acerca de mi paradero esa noche y al fin lograra que me dejase dormir un poco más, Raquel me llamó al móvil.

—Gabi, te advertí que mi suegra no podía beber alcohol. ¡Coño, tía, que es diabética! ¿Qué parte no entendiste de que no la dejaras beber? David se ha pasado dos horas con ella en el centro de salud.

—¿De verdad vas a echarme la bronca? Por ahí no paso, Raquel. No te puedes hacer ni una remota idea del calvario que sufrí con esa mujer.

—Pues Lidia ha colgado unas historias en su Instagram en las que se os ve muy animadas a las tres haciendo un maratón de chupitos. Menos mal que lo ha borrado antes de que David lo viera. En serio, Gabi, no sé en qué estás pensando últimamente. Te pedí que la llevaras al bingo y que luego la acompañaras a su casa. ¿Tan difícil era?

Tomé aire, tratando de controlar mis pulsaciones.

—Raquel, voy a necesitar terapia para olvidarme de lo que pasó anoche. Así que te pido, por favor, que no sigas por ese camino. ¿Te lo pasaste bien con tus compañeras del trabajo? Espero que sí, que al menos tú obtuvieras algún beneficio al encasquetarme a tu suegra, porque desde luego yo hoy sobreviviré a base de paracetamol. Y me debe cincuenta euros.

—¿Le dejaste dinero?

—Me lo pidió. ¿Qué iba a hacer?

—Tienes que dejar de hacer eso.

—¿El qué? —pregunté escrutando las molduras del techo.

—Dejarle dinero a la gente, maldita sea. Especialmente a personas como el fracasado de tu exnovio o la pirada de mi suegra. Estás arruinada, ¿es que acaso no te has dado cuenta?

—Muchas gracias, Raquel. Esta conversación es todo cuanto necesitaba hoy. Lo siento, pero tengo que colgar.

No dijo una palabra más. Simplemente corté la llamada y luego me

pincé el puente de la nariz.

La cabeza me iba a estallar. Inspiré profundamente con los ojos cerrados y, cuando los volví a abrir, barrí con la mirada la habitación. Divisé aquella cartera negra de piel junto a mi ropa, que permanecía en el suelo echa un guiñapo. Me incorporé con los hombros en tensión y la alcancé.

Debía hablar con Aníbal. Tenía que darle la documentación de ese hombre. Ahora más que nunca sabía que, a pesar de todo, Asunción llevaba razón. Aquella era la única prueba que atesoraba hasta el momento. Esa cartera quizá nos acercara a los gamberros que destrozaron el coche de Aníbal. Miré el reloj de la mesilla de noche. Eran casi las doce del mediodía. Con el móvil aún en la mano, apenas pude controlar el impulso de llamarlo.

—Hola, Gabi Gafitas. ¿Qué te sucede ahora?

—Tenemos que vernos.

—¿Hoy? Es sábado. No trabajo los sábados.

—Tengo algo que te puede interesar.

—¿Ah, sí? —musitó con tonito, haciéndose el gracioso.

—Sí, ¿dónde nos vemos? —repliqué con brusquedad.

—Voy a ir al mercado central de abastos a comprar pescado fresco. Si te parece bien, nos vemos en la entrada dentro de una hora.

Contemplé la cartera. Robada.

—¿En el mercado? No sé si es un buen sitio para que hablemos.

Él chasqueó la lengua.

—En ese caso, ven el lunes a mi oficina.

—No, no, de acuerdo. Nos vemos allí.

—Muy bien. Hasta dentro de un rato.

*

No disponía de mucho tiempo para adecentarme e intentar aliviar aquel desagradable dolor de cabeza. Aun así, esta vez Lafuentes no volvería a cuestionar mi aspecto.

Tras darme una ducha reconfortante, me enfundé en mis vaqueros pitillos y le robé a María una camiseta Levi's blanca de su armario. Estaba harta de oír a mis hermanas decirme que debía renovar mi vestuario y dejar de vestirme como si fuera a la confirmación. Así que, mientras mi economía no me lo permitiera, el armario de María sería

la solución.

Me sequé el pelo con el secador y luego me pasé la plancha para acentuar unas ondas que pareciesen naturales. Me maquillé los ojos con precisión y utilicé *gloss* para los labios. Al principio, contemplando mi imagen delante del espejo, estuve a punto de optar por dejar las gafas en casa, pero no me arriesgaría a confundir a Aníbal con otra persona en la multitud del mercado.

Me dirigí decidida a aquel cuadrilátero neoclásico impregnado de historia, todo un referente turístico, además de mercado. Lo cierto es que resplandecía un sol esperanzador que invitaba a pasear por las callejuelas del centro. Aquella luz rescató la insignificante parte de positivismo que me quedaba.

Me detuve en una de las puertas de acceso laterales y oteé el panorama. Había mucha gente pululando alrededor. Los puestos de frutas, verduras, pescados, mariscos y carnes se encontraban abarrotados. Clientes y turistas mantenían animados a los comerciantes y viceversa.

Identifiqué a Lafuentes entre la multitud. Permanecía apoyado en una de las columnas dóricas a mi derecha. En esos momentos toqueteaba su teléfono y, durante unos segundos, inconscientemente, me quedé quieta contemplándolo. Vestido de aquel modo tan informal, me recordó a ese adolescente rebelde al que tiempo atrás decidí odiar. Lucía unos vaqueros gastados, una sencilla camiseta gris y, como único objeto decorativo, unas gafas de sol negras Ray-Ban modelo Wayfarer. Hacía tanto tiempo que no lo veía con ropa casual que la sensación fue un tanto extraña. En realidad, no quería seguir odiándolo. Aníbal podía conseguir que mi vida fuera un poco menos amarga.

Observándolo, retrocedí a mis años de instituto. Por un instante quise ser de nuevo esa niña ingenua y soñadora. Me dio la impresión de que había pasado una eternidad desde entonces. Y lo peor es que continuaba sin alcanzar mi sueño. Aún no me había acercado ni siquiera un poco a la persona que quería ser. Josema empañó mis pensamientos. Pensé de nuevo en él, en mi estancia en Madrid, en Cecilia y su nuevo libro, en mi dinero… Tal vez recuperar mis ahorros no iba a darle la vuelta a mi existencia, pero sí mitigaría la inquietud que me corroía.

Tomé aire y me encaminé hacia el único individuo que me ofrecía

un acceso al consuelo.

—La señorita Gabi Gafitas en persona. Buenas tardes.

—Hola, Aníbal.

—¿Qué es eso tan importante que me tienes que contar que ni siquiera has podido esperar al lunes? —suspiró cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Tengo algo para ti.

Él miró su reloj y a continuación se colocó las gafas en la frente.

—Pues habla. No tengo mucho tiempo.

—Me pediste que reuniera pruebas, que buscara información sobre esos tipos, y he averiguado algo.

—Miller Gafitas ha hecho su trabajo. Qué interesante —ronroneó guardándose el móvil en el bolsillo.

—Sí. Verás, anoche fui al bingo.

—¿Fuiste al bingo? Pero si estás arruinada…

—Fui a acompañar a la madre de David.

—¿Qué? ¿Y David lo sabe? Lo último que me dijo es que su madre tiene problemas con el juego. ¿Por qué demonios fuiste con ella al bingo? ¡Ah, claro! Por eso Lidia ha puesto esas historias en Instagram, ¿erais vosotras…?

—Raquel me pidió el favor. Es una especie de acuerdo que hay entre ellas dos. Yo debía llevarla al bingo y luego dejarla en su casa. Pero la noche… se complicó. David no puede enterarse de nada, ¿te queda claro?

—Sí, mejor que no. Porque os va a matar a tu hermana y a ti —aseveró riendo.

—En fin, que la acompañé y luego…

—¿Te tocó algo?

—¿Qué? No, claro que no. Soy desafortunada en el juego. Bueno, y en el amor, si no, ¿a cuenta de qué iba a estar yo aquí hablando contigo?

Él afiló la mirada y cruzó los brazos.

—Es decir, que si no fuera por la demanda a tu ex, jamás hablarías conmigo, ¿no?

—No…, yo…, ¿qué? No es eso… ¿Vas a dejar que te explique lo que he averiguado?

—Estoy esperando —exhaló alzando la barbilla.

—Está bien. A ver por dónde empiezo.

Saqué mi teléfono del bolso y busqué entre mis notas hasta localizar esa en la que había apuntado todo lo referente a la investigación. Aníbal me observaba sin perder detalle.

—Los chicos que rompieron tu coche eran jóvenes. Juraría que inmigrantes. No sé si latinos o marroquíes. Apenas recuerdo cómo iban vestidos, lo único que tengo en la cabeza es que llevaban los rostros ocultos con unas bandanas con la bandera de Colombia.

—Ajá. ¿Y?

—Anoche, en el bingo, una mujer colombiana que se hallaba sentada a nuestra mesa tenía un pañuelo de esos. Fue verlo y se me iluminó la mente. Le pregunté dónde lo había conseguido y me contó que lo regalaban en la pollería de su sobrino en la calle Brasil. Así que fui. El sitio se llama El Pollo Colombiano.

—Fuiste.

—Sí, con Asunción. Después del bingo, quise dejarla en su casa, pero esa mujer se me pegó como una lapa.

—¿Y qué?

—Bueno, sentí una corazonada. Pensé que los chicos igual tenían alguna relación con ese lugar.

—¿Y la tienen?

Comenzaba a sentirme como una auténtica detective.

—No lo sé. Pero… conseguí esto —titubeé guardando el teléfono y ofreciéndole la cartera.

Él la sostuvo con perplejidad.

—¿Y esto qué es?

—Cuando entramos allí había dos hombres. No se trataba de los chicos que destrozaron tu coche, pero ninguno de los dos me dio buenas vibraciones. Juro por Dios que tenían aspecto de sicarios. Y Asunción le robó la cartera a uno de ellos.

—¡¿Qué?! —exclamó despegándose de la columna.

—Lo sé. Es una locura. Pero al menos es algo. Mira —repliqué quitándosela de nuevo de la mano y sacando la documentación de Emiliano—, aquí está su nombre y dirección. A través de él puedes indagar sobre ese sitio y averiguar cuántas personas trabajan allí. Quizá esos gamberros guarden relación con ese lugar.

—¿Te das cuenta de lo absurda que resulta esa historia, Gabi?

—¿Absurda? ¿Por qué?

—A ver si lo entiendo. No solo no tienes dinero para pagarme, sino

que, además, ¿pretendes hacerme partícipe de un robo?

—Estamos hablando de un hurto. No hubo violencia ni intimidación, y me parece que tú mejor que nadie deberías saberlo.

Sus ojos permanecieron fijos sobre los míos.

—¿Y crees que estás en condiciones de ir acumulando antecedentes? ¿No te parece que tienes ya bastantes problemas?

Parecía muy cabreado.

—¿Sabes? Eres un estúpido. Pensé que me darías las gracias al menos. No te puedes hacer una idea del mal rato que pasé en ese lugar.

—Claro. Y se supone que yo tengo la culpa.

—¿Quién, si no? Fui porque querías que averiguara algo sobre esos tipos que destrozaron tu coche. Me pediste alguna prueba.

—Y me traes una cartera robada de un completo desconocido —refutó con chanza.

—¿Te parece gracioso todo esto? Porque te aseguro que yo no le veo la gracia.

—Trae para acá —protestó quitándome la identificación de Emiliano de las manos.

Sacó su móvil del bolsillo del pantalón y le hizo una foto por ambas caras.

Luego me quitó también la cartera y registró el interior. No había nada relevante. Diez euros que dejamos en su lugar, una tarjeta de crédito bastante roída y otro par de tarjetas sin importancia.

—La echaremos en ese buzón de correo, delincuente.

—No fue idea mía robarla.

—Eso ya me lo has dicho. Fue Asunción. Tú solo actuaste como cómplice —suspiró negando con la cabeza.

Fui a insultarlo de nuevo, pero en ese mismo instante una voz a nuestro alrededor nos sobresaltó.

—¿Aníbal?

Elisabeth Troncoso apareció detrás de mí. Iba sola, peinada y maquillada como si fuera a la entrega de los premios Goya o a un evento similar.

Se aproximó a nosotros sujetando al hombro su bolso Chanel de imitación. Sí, Elisabeth era de ese tipo de personas.

—Hola, Eli —respondió Aníbal con poco entusiasmo.

—¿Qué haces por aquí?

—Pues he venido a comprar pescado y, de paso, he quedado con Gabi, que quería comentarme algo sobre un asunto laboral. ¿Recuerdas a Gabi? Vosotras estabais en la misma clase, ¿no? —dijo el interpelado muy avispado al percatarse de la mala educación de Elisabeth.

—Ah, sí. Hola, Gabriela. No te había reconocido.

—Hola, Elisabeth.

—Ayer te llamé al despacho, pero tu secretaria me dijo que estabas en el juzgado. Pensé que me devolverías la llamada —lo increpó ella, juraría que molesta.

—Lo siento mucho, Eli. Ayer tuve un día complicado. Los juicios se alargaron. No te preocupes, lo tuyo lo tengo controlado. Ya le he enviado el convenio al abogado de tu exmarido. Creo que aceptará lo que solicitas.

—No estoy tan segura. Sigue acosándome con mensajes y llamadas. No asume que ya no esté enamorada de él. Es tan duro esto del divorcio…

Aníbal me lanzó una mirada fugaz, mientras ella interpretaba peor que una actriz de telenovela sin presupuesto.

La susodicha se giró hacia mí y me examinó de la cabeza a los pies.

—¿Tú también te estás divorciando, Gabriela?

—No, no. Qué va. Aún no me he casado. Y no creo que lo haga.

Guardó silencio unos segundos.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poco indiscreta?

—Claro. Dispara.

—¿Lidia y tú sois pareja? Es algo que siempre me pregunté en el instituto. Bueno, eso, y si lo del Loncha sería cierto.

Aníbal se llevó las manos a los bolsillos traseros de su pantalón, conteniendo una sonrisa. Mi cara debió de ser un poema.

—Lidia es mi amiga, Eli. Siempre lo ha sido. Entiendo que a ti te cueste comprender que dos mujeres o dos personas puedan ser amigas sin que mantengan relaciones sexuales. Pero, créeme, es posible. Y sobre lo del Loncha sabes de sobra que no era verdad.

—Chica, no te ofendas —chistó restándole importancia con su manicura estrafalaria—. Era solo curiosidad. En fin, Aníbal, esto del divorcio me está matando. Necesito salir una noche, desconectar. Te llamé ayer precisamente porque mi padre inaugura esta tarde las pistas de pádel de las que te hablé y quería saber si te apetecería venir

conmigo.

Ella lo comentó esperanzada. Supongo que por nada del mundo esperaba que la respuesta de Aníbal fuera negativa.

—Me encantaría, Eli, pero esta tarde he quedado con unos amigos. Te agradezco muchísimo la invitación.

—Oh, vaya.

—El lunes hablamos, ¿de acuerdo?

¿Aníbal la estaba despachando?

«¡Oh, sí! Gracias, bendito karma.»

—Claro. El lunes. Me ha alegrado verte, Gabriela.

—A mí también. Me ha hecho una ilusión tremenda. Espero que todo te vaya muy bien.

—Seguro que sí. Para eso cuento con Aníbal —aseveró ella atreviéndose a acariciarle la barbilla al interpelado.

La expresión de él fue indescifrable. Se quedó quieto con una sonrisita fingida en los labios.

Elisabeth se alejó meneando sus caderas y su larga melena de extensiones baratas.

—Te compadezco —murmuré una vez que mi antigua compañera de clase ya no podía oírme.

—¿Por qué?

—Porque ser su abogado debe de resultarte una experiencia alucinante.

—En el fondo no es mala persona.

—Claro, se me olvidaba que tú la conoces en profundidad.

—¿A qué te refieres con eso? —dijo apartando la mirada de Elisabeth y dirigiendo su atención hacia mí.

—Bueno, ella y tú estuvisteis liados en el instituto, ¿no?

—Eso fue hace mucho. Y estuve con ella y con otras muchas. ¿Por qué? ¿Estás celosa?

—Sí, me muero de celos. ¿No me ves?

Sus ojos me estudiaron sin reserva.

—En el instituto hice muchas cosas. Pero ahora soy abogado y no mezclo trabajo con placer. Quizá sea hora de que tú y yo hablemos de esto.

Alcé las cejas de un modo teatral.

—¿Perdona? ¿Y qué te hace pensar que deberíamos hablar sobre esas tonterías?

—Bueno, acabas de insinuar que entre Eli y yo existe algo. Y no es así. Entre ella y yo jamás sucederá algo porque me ha contratado para representarla. Igual que estás haciendo tú. Por tanto, si crees que en algún momento podrías sentirte atraída por mí como ya ocurrió en el instituto, te aconsejo que te busques otro abogado.

Solté una carcajada nerviosa. ¿Quién demonios se creía? Sabía que haría eso. Que me recordaría los errores que cometí en el pasado. Aquel adolescente arrogante se hallaba otra vez delante de mí. Ni el tiempo ni una carrera universitaria habían evaporado su necedad.

—Quédate tranquilo, Aníbal. Como bien dices, de eso hace mucho mucho tiempo. En realidad, yo tampoco me parezco en absoluto a esa chica que tú conociste en el instituto. Te aseguro que la posibilidad de volver a sentirme atraída por ti es tan remota como que lluevan ahora mismo billetes de quinientos de euros.

Alcé el dedo demostrándole la evidencia. Ya me habría gustado una lluvia de esas. Luego, tras unos segundos repliqué:

—¿Ves? Puedes seguir adelante con el proceso. Cuando consigas mi dinero te pagaré tu porcentaje y ambos nos perderemos de vista. ¿Te parece bien?

Él asintió despacio. Ladeó un poco la cabeza mirándome con osadía.

—Ya tengo preparado el burofax que voy a enviarle a tu ex.

—¿En serio?

—Sí, estuve investigando sobre él y esa novia suya. Ella tiene bastantes seguidores. Y también escuché la canción. Es deprimente. ¿De verdad estuviste tanto tiempo con ese tipo?

—Inexplicablemente, sí.

—¿Qué viste en él?

—¿Es esa pregunta relevante para interponer la demanda?

—No. Es simple curiosidad.

—En ese caso, no pienso responder.

Sonrió con suficiencia sin apartar sus ojos de mí. Lo siguiente que salió de su boca me dejó completamente sorprendida.

—Quiero leer tus historias.

El tiempo se detuvo al menos cinco segundos.

—¿Por qué?

—David dice que son alucinantes. Y… —tomó una bocanada de aire mientras se masajeaba la nuca—, bueno, he pensado que ya que

voy a hacer una excepción contigo en cuanto al pago…

—¿Qué excepción?

—Como ya te dije, suelo cobrar una parte por adelantado y tú no tienes dinero. Podría ser una forma de compensarlo.

—No… No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Qué es lo que no sabes? Solo quiero leerlas. ¿No te fías de mí? Las has registrado, ¿no?

—Pues… claro.

Mierda. Aún no había ido a registrarlas. No es que se necesitara mucho dinero para eso, pero pensé que no sería necesario si solo iba a leerlas mi familia.

—Entonces ¿qué problema hay? Se supone que escribes para que la gente te lea en un futuro.

—Bueno, sí.

—Puedo hacer de crítico. Te vendrá bien tener varios lectores cero antes de publicarlas.

—Lo pensaré —alegué tajante.

Él me sostuvo la mirada durante unos segundos que se hicieron interminables y luego levantó los brazos rendido.

—Muy bien, pues si no tienes nada más para mí aparte de esta cartera robada, me marcho. Tengo que comprar —comentó señalando el puesto de pescado.

—De acuerdo. Estamos en contacto, ¿no?

—Sí. Adiós, Gabi.

—Adiós, Aníbal.

Salí de la plaza de abastos con una sensación muy extraña. Jamás habría imaginado que Aníbal quisiera leer mis novelas. Reaccioné con cierta excentricidad, pero es que su petición me desconcertó y no supe cómo responder.

Caminé por la plaza de las Flores y me detuve en varios escaparates sin deshacerme de su expresión. Llevaba razón en eso de que me vendría bien tener varios lectores cero. Los autores solían contar con diferentes puntos de vista antes de lanzar sus obras al mundo. Quizá Aníbal era la última persona a la que yo requeriría ayuda en mi carrera literaria, pero el destino nos había vuelto a enfrentar. Y aparte de mis hermanas y David, nadie había mostrado interés por leer mis escritos. Ni siquiera el estúpido de Josema, a pesar de presenciar cómo pasaba tantas horas tras el ordenador.

Un rugido en mi estómago me obligó a mirar el reloj. Eran las dos de la tarde y tenía hambre. Mucha. Me hallaba cerca de la casa de Raquel y pensé en acercarme a visitar a la pequeña Carmen y, de paso, autoinvitarme a almorzar con ellos. Además, si aceptaba que Aníbal leyera mis novelas, debía pedírselas a David. Él las tenía impresas y encuadernadas.

Lo sé. Me contradecía. Aníbal no me caía bien, ¿cómo iba a permitirle entonces que me conociera un poco más? Pues eso era lo que sucedería si leía mis historias, ¿no?

La algarabía de los comercios y un sinfín de peatones a los que tuve que sortear por la calle Compañía apenas me permitieron percibir que alguien me seguía. Mis pensamientos aún continuaban conectados a la cuestión que planteaba. Por otro lado, pensé en que solo me quedaban unos capítulos para poner punto final a la trilogía de Miller. Esa inspectora y sus hazañas me habían acompañado durante varios años y pronto debería decidir cómo concluir sus aventuras.

Cuando ya visualizaba la catedral, una señora mayor que pasaba por mi lado dio un traspié, y habría caído de bruces al suelo si yo no la hubiera sujetado.

—Muchas gracias, muchacha.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, tranquila.

En el breve y cordial intercambio de palabras con aquella anciana me dio tiempo a percibir que alguien me observaba desde la distancia. Alcé la vista y advertí que un tipo enorme se ocultaba tras una esquina de la calle Santiago con una velocidad sospechosa.

Fruncí el cejo. Al principio lo confundí con Aníbal. Pero ¿por qué demonios iba a seguirme Aníbal? Quizá aquel resquicio de resaca aún me hacía imaginar tonterías.

Esperé unos segundos para comprobar que aquello solo era producto de mi imaginación y giré sobre mis talones para continuar mi camino a casa de Raquel.

Sin embargo, un hormigueo en mi nariz barruntaba tormenta.

8

Portaos bien

Los pasitos de Carmen resonaron sobre la tarima de madera. La muy condenada ya se movía a una velocidad sorprendente, aunque, eso sí, seguía sin hablar demasiado. Ella prefería curiosearlo todo y sonreír. Cuando me puse en cuclillas para achucharla, corrió en dirección contraria esclareciéndome sus pretensiones de juego.

—No comentes ni una palabra de lo de anoche —murmuró Raquel acercándose mucho a mí antes de que David saliese de la cocina.

—¿Cómo está Asun? —le pregunté cerrando la puerta.

—Está bien, solo le había bajado un pelín el azúcar.

—Esa mujer me debe cincuenta euros, Raquel.

—Dalos por perdidos. ¿Cómo se te ocurrió dejarle dinero?

—Me dijo que me los devolvería.

—Sí, ya. Y tú cada vez que te dicen eso te lo crees, ¿no? ¡Carmen, no! —exclamó precipitándose hacia la pequeña, que en ese instante había cogido una de las zapatillas deportivas de Mario y lamía la suela.

—Mario, ¿cuántas veces tengo que decirte que no dejes los zapatos en el salón?

Mi sobrino se presentó en el pasillo, ataviado con la ropa deportiva de su equipo de fútbol y caminando con dificultad.

—Hola, Gabi.

—Hola, Mario.

—Mamá, me he torcido el pie esta mañana en el partido y me duele mucho.

—Déjame ver. Sí, lo tienes un poco hinchado. Dúchate y ahora cuando almuerces te doy un ibuprofeno.

—¿Qué le pasa? —inquirió David haciendo su aparición y limpiándose las manos en su delantal con diseño del Fútbol Club Barcelona—. Hola, Gabi.

—Hola, David.

—Se ha torcido el pie en el partido.

—No me has dicho nada cuando te he recogido —increpó a su hijo.

—Es que ha empezado a dolerme ahora.

—Vaya por Dios. Raquel, ¿a qué hora te dijo Aníbal que vendría?

—Ya tendría que estar aquí —afirmó mi hermana adecentando la estancia.

—¿Aníbal viene para acá? —exclamé moviendo la cabeza del uno al otro.

—Sí, le dije que se encargara de comprar el pargo. Gabi, te quedas a comer, ¿verdad?

El timbre de la puerta sonó en ese instante. Mi cara de espanto me delató.

—No sabía que venía Aníbal.

—Yo sí. Es a ti a quien no esperaba después de la juerga de anoche —refunfuñó Raquel poniendo los ojos en blanco.

Mi cuñado se adelantó a abrir. Las voces de Aníbal y David se elevaron conforme se adentraban en el piso.

Ambos accedieron al salón charlando animados. La expresión de Aníbal se transformó, sin embargo, en cuanto me vio sentada en el sofá con Carmen a mi vera. Ella intentaba quitarme el reloj para metérselo en la boca.

Mi abogado no me esperaba allí.

—Hola, Raquel. He traído el pescado, vino y unos pasteles para la merienda.

—Muchas gracias, Aníbal. ¿No viene Violeta?

—Noooo…, no. Tenía otro compromiso. Hola de nuevo, Gabi.

¿Violeta? Era la primera vez que oía ese nombre.

—Hola.

—¿Hola de nuevo? ¿Qué pasa? ¿Ya os habéis visto hoy? —curioseó mi hermana.

—Nos hemos encontrado de casualidad en el mercado —respondió él con tono cortante.

—Gabi, entonces te quedas a comer, ¿verdad? —insistió David asomando su cabecita por la puerta de la cocina.

—No, gracias. Creo que me marcho.

—Quédate, anda. Hay algunas cosas que quiero comentarte de la novela. Además, Aníbal ha traído un pargo enorme. Dentro de un rato estará listo.

Lo cierto es que olía de maravilla, y resistirme a la comida de mi cuñado era una tentación demasiado irresistible. Tampoco iba a ser tan grave sentarme a comer a la misma mesa que Aníbal. Él me dio la

espalda y se internó en la cocina con mi cuñado.

Raquel no dejaba de examinarme.

—Vale. Me quedo —murmuré asintiendo y pensando en que me marcharía en cuanto acabara de almorzar.

Y así fue cómo perdí el raciocinio y comencé a pensar con otras partes de mi cuerpo. La primera fue el estómago.

Raquel me pidió que la ayudara a poner la mesa mientras Aníbal y David permanecían juntos preparando los manjares que en breve degustaríamos. Confieso que me encantaba estar en casa de mi hermana. Aquello era un hogar con todas las letras. El confort que se respiraba entre esas cuatro paredes me resultaba cautivador. David y ella habían creado una familia maravillosa. Las paredes lucían fotos entrañables de mis sobrinos. Recientemente habían redecorado el lateral derecho del salón, más cercano a la terraza, habilitando un espacio para un comedor con sillas estilo bistró. Raquel solía utilizar flores secas para impregnar el ambiente de un agradable olor a lavanda que ya me resultaba característico de ellos. Aquel día abrió las ventanas y corrió las cortinas para que la claridad y el aroma del mar fueran los perfectos compañeros de la velada.

Almorzar con ellos ese sábado me pareció un plan maravilloso. De haber podido, habría eliminado a Aníbal de la ecuación, pero en realidad hice acopio y empecé a aceptar que, si mi hermana y mi cuñado lo apreciaban tanto, yo quizá podría soportar unas horas junto a él.

Salvo por el saludo, apenas intercambiamos palabra alguna durante la siguiente media hora. Yo me limité a ayudar a Raquel con Carmen, y David y él continuaron conversando sobre fútbol mientras el pescado se terminaba de cocinar.

Carmen se movía con soltura por la casa con un calcetín de Mario en la mano. La seguí con la excusa de entretenerla, aunque en realidad deseaba evitar la cocina.

La pequeña exploradora se metió en la habitación de su hermano. En ese instante, mi sobrino, recién duchado, se hallaba sentado encima de su cama y jugaba a la videoconsola. Se quejó un par de veces de que le dolía el tobillo al mismo tiempo que yo intentaba conversar con él acerca de los estudios, pero sus respuestas respecto a ese tema fueron monosílabos.

Carmen abrió un cajón de su mesilla de noche y cogió algo del

interior.

—Eh, curiosa, deja eso ahí —la regañé con cariño sin prestar atención a lo que sujetaba en la mano.

Cuando ella hizo el amago de metérselo en la boca, me di cuenta de que se trataba de un paquete de condones.

—Mario, por Dios, ¿qué demonios haces con esto?

Los ojos de mi sobrino se abrieron horrorizados. Se lanzó hacia la puerta corriendo con dificultad para cerrarla.

—Son condones, Gabi. ¿Es que no lo ves? —chistó en voz baja y haciendo una mueca de dolor.

—Ya sé que son condones —respondí con Carmen en brazos—, pero te estoy preguntando qué haces tú con esto. Mario, tienes trece años, por el amor de Dios. Si ni siquiera tienes barba aún.

—Quiero saber cómo se usan —susurró sonrojado.

—¿Para qué? No vas a usarlos. A ver, ¿cuándo caducan? Dentro de tres años. Caducarán antes de que los uses.

—Es que me da vergüenza preguntarles a mis padres. Pero necesito que alguien me ayude.

—¿Quieres que yo te explique cómo se pone un condón?

—¿Por qué no? Eres mi tía.

—Exacto. ¿No te da un poco de pudor preguntarme esas cosas?

—En el instituto nos han dicho que debemos buscar a un adulto de la familia con el que podamos hablar de asuntos sexuales. Y bueno, he pensado que tú… Pensábamos comentártelo en la próxima clase de literatura.

—¿Qué? ¿Quieres que os explique a tus amigos y a ti cómo se pone un condón?

—No tenemos a nadie con quien hablar sobre esto. Y tú estás soltera y eres… guapa. Seguro que sabes cómo se utilizan. Eso dicen mis amigos.

—Dios mío… —murmuré mirando al techo.

Una parte de mí deseaba que eso fuese verdad. Pero hacía tanto tiempo que no veía uno de esos que sentí lastima de mí misma.

—Puedes utilizar un plátano o un pepino. No sé —propuso él esperanzado.

Hice el amago de taparle un oído a Carmen, que nos observaba comiéndose el puño.

—Mario, solo te lo diré una vez. Deshazte de esto antes de que lo

vean tus padres.

—Pero ¿lo harás? ¿Nos ayudarás? Tenemos muchas dudas, Gabi. No sabemos si hay diferentes tallas. A Kike le preocupa mucho eso. Él la tiene muy pequeña.

—¿Puedes callarte? No me interesa esa información.

—Vale, vale.

—Joder… —Me moví de un lado a otro.

—Por favor, no le digas que te he dicho que la tiene pequeña. Pero es la verdad, comparada con la de Pablo o la mía, la de Kike es muy pequeñita y rara. Es como una oruga.

—¡Basta, Mario!

Dejé a la pequeña en el suelo y me abaniqué con la mano. Mario guardó silencio unos segundos, luego con la voz entrecortada murmuró:

—Tienes que ayudarnos, Gabi.

—Esto es surrealista. Pero ¿vosotros de qué vais? Deberíais pensar en pasar de curso, pero no, os parece más importante mediros vuestros diminutos penes.

—Solo es diminuto el de Kike —aseveró él molesto.

—Eso ya me ha quedado claro, Mario. Me cago en mi suerte —mascullé yendo detrás de Carmen, que intentaba sentarse ella solita en la silla del escritorio.

—Te prometo que si nos ayudas estudiaremos lengua y literatura. Escribiremos poesías si quieres.

—¿Ah, sí? Pues no quiero ni pensar en esos versos.

—Gabiiiiii.

—Tengo que pensarlo —afirmé tajante.

Raquel anunció desde el salón que la comida ya estaba lista.

—Los guardaré en un sitio más seguro mientras lo piensas.

—Sí, por lo que más quieras.

*

Diez minutos después, todos nos habíamos acomodado en la mesa y degustábamos el fabuloso pargo al horno que había cocinado David. Mario acabó con el contenido de su plato antes de que ninguno hubiéramos terminado de probar los entrantes. Se marchó de nuevo a su habitación andando con mucha dificultad, no sin antes acatar las

órdenes de Raquel y tomarse el ibuprofeno.

David se había sentado a mi lado. Frente a mí se hallaba Raquel dándole de comer a Carmen, que permanecía feliz en su trona de madera, toqueteando una especie de puré naranja. Aníbal ocupaba el asiento cercano a mi hermana. Fue él quien llenó nuestras copas de un delicioso vino blanco y afrutado. Mi estado de ánimo con Aníbal tan cerca no era precisamente jocoso. Me sentía tensa y, para colmo, no lograba quitarme de la cabeza la petición de Mario y esa maldita oruga. David percibió que algo me ocurría, por lo que cortó la charla que mantenía hasta el momento con su amigo e intentó darme conversación.

—Y dime, Gabi, ¿cómo se te ocurren esas historias? ¿Surgen de la nada? Guau, esa inspectora me tiene fascinado. ¿Sabes que he empezado a leer otra vez el primer volumen?

—¿En serio? —inquirí escondiendo mi nariz en la copa.

Aníbal se dejó caer en el respaldo de su silla y me contempló ensimismado.

—Te lo prometo. Jamás había leído nada que me mantuviese tan prendido.

—Eso lo dices para animarme a continuar.

—Por supuesto. Necesito urgentemente la tercera parte. ¿Cuándo crees que la tendrás lista?

—Creo que dentro de un par de meses.

—Estaré atento para ser el primero —me advirtió señalándome con el dedo índice—. Y, por cierto, échale un vistazo a tu correo. El otro día te envié unos enlaces sobre concursos literarios. No pierdes nada por intentarlo. Tienes que empezar a creer en ti, Gabi.

—No hace falta, ya te tengo a ti —dije acercándome y dándole un beso en la mejilla.

—¡Eh! que corra el aire —bromeó mi hermana, que se había levantado para dejar a Carmen en su parque.

Aníbal alcanzó de nuevo la botella de vino y volvió a llenar nuestras copas.

—¿Quieres emborracharnos, Aníbal? Te veo muy insistente con la botellita.

—Muy graciosa, Raquel. Pero mi etapa de emborrachar a las mujeres para poder ligar ya pasó. Ahora soy un hombre formal.

Mi hermana se carcajeó.

—¿Por qué todo el mundo se ríe cuando digo eso? Es la verdad.

—Me lo creeré cuando vea a Violeta con un anillo de compromiso —objetó mi hermana.

Violeta, Violeta…

No conocía de nada a esa mujer y ya había oído dos veces ese nombre en un intervalo de tiempo muy corto. ¡Qué cansinos!

—Lo sé. Tenéis ganas de boda, pero me temo que Gabi acumula en estos momentos más probabilidades de casarse que yo.

—¿Gabi? ¿Esta Gabi? —inquirió Raquel con guasa mientras nos servía el pescado.

—No veo a otra por aquí.

Se suponía que aquello era una broma, pero que Aníbal hiciera esos chistes refiriéndose a mi vida sentimental me molestó bastante. Y sobre todo que mi hermana le siguiera el juego.

—No he tenido mucha suerte con los hombres, pero no pierdo la esperanza de que eso cambie.

—Vaya, te veo optimista —aseveró Raquel.

—Claro que sí, Gabi —me alentó David.

—Siempre puedes cambiarte de acera —bufó él recordándome la insinuación de Elisabeth.

¿Se estaba riendo de mí?

Sí, sin duda.

—Lo cierto es que si yo fuera Violeta no dudaría en cambiarme.

—¡Gabi! —me reprendió Raquel, que para nada esperaba mi contraataque.

Él endureció su expresión.

—Calma, Raquel. No pasa nada —la tranquilizó.

—Oye, pensé que vosotros os llevabais mejor ahora que mantenéis esa relación de abogado-cliente. No he querido mencionar el asunto de Josema, pero daba por hecho que ya habíais limado asperezas.

—Por supuesto. Por mi parte solo bromeaba —dije sin un ápice de sonrisa.

—Bueno, aún nos quedan algunos términos por aclarar, pero estoy seguro de que llegaremos a buen puerto.

Por suerte, mi cuñado cambió de tema y comentó un pleito que Aníbal había resuelto acerca de la empresa de David, y la atención del interpelado se centró en ese asunto.

La siguiente hora la pasamos charlando sobre política, deportes,

destinos que visitar… En otras circunstancias me habría parecido una sobremesa entretenida. De hecho, abordamos cuestiones interesantes, y he de admitir que Aníbal, lejos de caerme mal, no era un ignorante. Argumentaba sus opiniones y desplegó ante mí su dilatada locuacidad, supongo que tratando de impresionarme. Pero la cuestión es que me resultaba un pedante y, para colmo, el vino me liberó de la vergüenza y no tuve objeción en rebatirle todo aquello con lo que no estaba de acuerdo. Percibí que Raquel y David se lanzaban miraditas cómplices y participaban en la charla con el objetivo de amansarnos. Sin embargo, ninguna de sus intervenciones logró liberar la tirantez.

Al cabo de un rato, Raquel me pidió que la ayudara a recoger la mesa y, cuando dejé los platos sobre la encimera, ella me increpó:

—Pensé que hoy enterrarías el hacha de guerra con Aníbal, pero por lo que veo eso es imposible.

—Somos incompatibles, hermanita. No le des más importancia —objeté dándole el último sorbo a mi copa antes de meterla en el fregadero.

—Le doy la importancia que tiene. Has de ser consecuente. Aníbal es la única persona que puede conseguir que el desgraciado de tu ex te devuelva tu dinero, así que intenta al menos ser amable con él hasta que se marche de mi casa.

—Es que no lo aguanto. Es tan prepotente…, y encima se cree guapo.

—Es que lo es, Gabi.

—Para mí, la belleza es una actitud. Y Aníbal carece de esa actitud.

—Pero ¿por qué te cae tan mal? Tampoco fue para tanto.

—No te atrevas a mencionar el episodio del Loncha, Raquel. Acepta de una vez por todas que odio a Aníbal. No es tan difícil de entender.

Un carraspeo a mi espalda me sobresaltó.

Aníbal.

—¿Dónde pongo esto? —preguntó sin mirarme, sujetando una ensaladera.

Joder.

—Trae —titubeó mi hermana, aún más cohibida que yo—. Gracias.

Él se dio media vuelta sin añadir nada más.

Me sentí mal. Muy mal. Ni siquiera esperé a que mi hermanita me reprendiera de nuevo. Suspiré y regresé al salón.

Aníbal, que se había acomodado junto a mi cuñado, me lanzó una diligente ojeada que esquivé. Me acerqué a Carmen y le hice un par de carantoñas. Pero justo en ese instante Mario apareció por el pasillo a la pata coja.

—Papá —vociferó con la voz sobrecogida—, me duele muchísimo el tobillo. Creo que deberíamos ir al médico.

Un bulto del tamaño de una bola de billar sobresalía del pie de mi sobrino. Me llevé las manos a la boca y llamé a Raquel, que salió de la cocina con premura.

—Oh, Dios mío —murmuró consciente de que su hijo se había hecho más daño del que pensaba—. Vístete, nos vamos para urgencias.

David corrió a socorrer a su pequeño.

—Papá, podré jugar la final de la liga, ¿no? —preguntó Mario aterrado a punto del llanto.

Todos sabíamos que eso sería imposible. Aun así, ellos intentaron tranquilizarlo. Mientras tanto, Aníbal y yo contemplábamos la escena sin saber cómo actuar.

En menos de cinco minutos, David, Mario y Raquel estaban listos para marcharse.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —preguntó Aníbal.

—Necesito que os quedéis cuidando a Carmen —nos pidió Raquel, a quien por entonces se la veía bastante preocupada—. No creo que tardemos mucho.

Estuve a punto de decirle que esa tarea podía hacerla yo solita, que Aníbal podía largarse a buscar a Violeta, pero, claro, mi hermana no se hallaba en condiciones de oír mis quejas. Así que ambos asentimos. Por la expresión de Aníbal deduje que él había pensado lo mismo que yo. Y estoy convencida de que se habría largado tras ellos con tal de no estar conmigo ni un minuto más, pero mi cuñado, una vez en el rellano, comentó:

—Aníbal, no te vayas. A las siete y media juega Nadal contra Djokovic. Espérame y lo vemos juntos.

—Claro —suspiró él metiéndose las manos en los bolsillos.

Raquel pulsó con insistencia el botón del ascensor.

—Intenta que Carmen duerma un poco la siesta, Gabi. Si no, a la noche está muy irritable. Le gusta la música. Prueba a ponerle Joaquín Sabina. Le encanta. Suele relajarse con sus canciones.

—De acuerdo —respondí sonriendo con la pequeña en brazos, a la que parecía importarle un pimiento que sus padres se marcharan—. ¿Te gusta Joaquín Sabina, pequeña mordedora?

—Todo irá bien, campeón —comentó Aníbal dirigiéndose a Mario.

—Raquel, mantenme informada —le rogué.

Ella me sostuvo la mirada. Luego levantó el dedo y lo movió señalándonos a Aníbal y a mí.

—Y vosotros, portaos bien. Al menos por unas horas.

9

A solas

Cuando el ascensor descendió, permanecí estática unos segundos sin saber qué hacer ni qué decir. Aníbal tomó la iniciativa y me instó a entrar de nuevo en el piso.

—¿Te importa quedarte un momento con Carmen mientras termino de recoger la cocina?

—Sí, claro —respondió él quitándome a la pequeña de los brazos.

Aníbal acató mi orden y se sentó en el sofá a jugar con ella. Carmen parecía tener conexión con él, porque sus carcajadas acariciaron mis oídos el tiempo que estuve en la cocina.

Yo necesitaba pensar. Me hallaba a solas con Aníbal. No es que me importara demasiado, pero me resultaba incómodo.

Me centré en meter los platos en el lavavajillas y dejarlo todo limpio y recogido. Al menos eso me mantendría ocupada durante un buen rato.

Una vez terminé de sacarle brillo a la encimera, me quedé sin tarea, así que decidí regresar al salón. Como me sentía un poco achispada aún como consecuencia del vino, preparé café.

—¿Estás haciendo café?

Su voz me sobresaltó desde la distancia.

—Sí…, ahora iba a preguntarte. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor. Solo y sin azúcar.

—Claro.

—Gracias.

—De nada.

Tranquilízate, Gabi. Puedes hacerlo. Solo serán unas horas y luego lo perderás de vista.

Serví las dos tazas y las llevé conmigo. Él sostenía a Carmen sobre su regazo. La pequeña sonreía encantada con un juguete entre las manos.

Me acomodé con una separación prudencial y deposité las tazas encima de la mesa auxiliar de madera. Él ubicó a Carmen justo en medio para poder alcanzar su café.

—Es una niña muy buena. Recuerdo a Mario con esta edad. Era

mucho más nervioso —dijo él, supongo que intentando romper el hielo.

—Sí, es muy buena. Y muy guapa, ¿verdad? —canturreé pellizcándole el moflete a mi sobrina.

—¿Te gustan los niños?

—No demasiado. Me gustan Mario y ella. En realidad, Mario me gustaba más cuando era pequeño.

—A mí me encantan. Quiero tener al menos tres.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Pobre Violeta.

—¿Quieres que ponga la tele? —comenté tras unos segundos silenciosos.

—No necesariamente. Pensaba charlar contigo.

—¿Conmigo?

—Bueno, Carmen no habla demasiado aún.

—Muy gracioso.

—Gabi, ya sé que no me soportas. He oído lo que le has dicho a Raquel en la cocina.

—Aníbal, yo…

—No pasa nada. Eres honesta. No lo disimulas. Aunque tú tampoco me pareces una persona muy agradable —recitó con un ápice de mofa.

Me humedecí los labios y él prosiguió con su verborrea.

—Pero ya que estamos aquí, y en vista de que nos queda un buen rato hasta que regresen Raquel y David…, no sé, podrías hablarme sobre tu ex. Quizá este sea buen momento para que me cuentes algunas cosas. Cuanta más información tenga sobre él, más fácil será para mí convencerlo de que te pague.

Su petición me confundió un poco. Pensé que aludiría al asunto del robo de la cartera y que volvería a reprenderme por aquella insensatez, pero solo pretendía conversar.

—Ah, vale… Bien…, pues ¿qué quieres saber?

—Por ejemplo, ¿cómo te enamoraste de él?

—Hace mucho que no me preguntaban eso —suspiré—. No lo sé. La primera vez que lo vi él interpretaba la canción *Lía* de Ana Belén en un pub pequeño en el centro. Josema no tiene una gran voz, pero cantó muy bien ese tema. Me llamó la atención que lo hiciera con los ojos cerrados, que le pusiera tanto sentimiento al acto de cantar. En

nuestra primera cita él solo habló de lo mucho que amaba la música y de cuánto soñaba con ser cantante. Me gustó que fuese una persona creativa. Supongo que me dejé impresionar. Fantaseé con que tal vez podía ser mi alma gemela.

—¿Eres de las que creen en las almas gemelas? —inquirió achicando los ojos.

—Bueno, creo en la necesidad de tener afinidad con tu pareja. En ese momento confié en que si los dos compartíamos las mismas ganas de cumplir nuestros sueños podríamos ser compatibles. No sé cómo explicarlo, pero creí que él mejor que nadie me entendería. Que me apoyaría en mi locura de escribir.

—Pero no lo hizo.

—No. Josema solo buscaba financiación para continuar viviendo como el vago que es. Tardé cinco años en darme cuenta.

—Es mucho tiempo.

—Sí que lo es.

Carmen continuaba absorta en su juguete: el peluche Olaf de *Frozen*, al que ella trataba de arrancar su nariz de zanahoria.

Tomé un largo sorbo de café esperando su siguiente pregunta. Él observaba todos mis movimientos.

Me preguntó si Josema y yo habíamos viajado juntos, y como mi respuesta fue bastante escueta y deprimente, intentó animarme proponiéndome experiencias viajeras.

—¿Nunca has viajado sola?

—No. Creo que me falta valor para eso.

—Pues deberías hacerlo. Sobre todo tú. «Una vez al año, ve a algún lugar en el que nunca hayas estado antes», lo decía el dalái lama.

—Sí, pero eso lo dijo antes de saber que Josema se quedaría con mis ahorros.

Él se carcajeó y a continuación prosiguió enumerando las ciudades que debía visitar de manera imprescindible. Lo cierto es que me gustó escucharlo. Durante un buen rato conversamos sobre lugares fascinantes y rincones de ensueño. Mencionó las cataratas de Kawasan, en la isla de Cebu, perteneciente a Filipinas. Dijo que era uno de los sitios más hermosos del mundo. Me contó también un episodio aterrador y al mismo tiempo emocionante que había vivido durante una época en la que viajó a Honduras de turismo solidario y una fuerte tormenta lo dejó atrapado en un islote perdido de la mano

de Dios. Confesó que estuvo a punto de morir por la picadura de una serpiente y yo aproveché para hacer alusión al refrán de que «bicho malo nunca muere».

Pero tras aquella retahíla de anécdotas, que, siendo sincera, me resultó muy entretenida, el silencio regresó para instalarse entre nosotros, por lo que él volvió a abordarme con preguntas sobre Josema. Claro que yo no esperaba según qué tipo de cuestiones.

—¿Y el sexo? ¿Cómo era?

—¿Qué? ¿A qué viene…? ¿Qué importancia puede tener eso para la demanda?

—Mucha. En el hipotético caso de que pudiéramos exigir una indemnización por daños y perjuicios, podríamos alegar que te sentías despreciada, que has comprendido que su único interés por ti eran tus ahorros, y que eso ha ocasionado que estés deprimida y no vuelvas a confiar en nadie.

—Pero es que eso es mentira.

—¿El qué? —indagó asentándose en el sofá de forma aún más confortable—. ¿Que no teníais sexo o que estás deprimida y no confías en nadie?

—Ambas cosas.

—Es decir, que el sexo era bueno.

—Sí. Bueno, no. No lo sé. Normal.

—¿Normal? No hay sexo normal, Gabi. Lo hay bueno o malo.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú?

—Es una realidad universal. Lo normal suele ser siempre malo.

—No. Lo normal es normal.

—¿Ah, sí? Entonces, si David dijera que tus novelas son normales, ¿cómo lo interpretarías?

Reflexioné sobre ello.

—No es lo mismo. El sexo es diferente.

—¿Diferente de qué? ¿De escribir, por ejemplo? En mi opinión son dos actos muy parecidos. A ambos los convierte enloquecedores la pasión. Tú pones pasión cuando escribes, ¿no es así? Es por ello por lo que David dice que tus historias son muy buenas. La respuesta es fácil. ¿Existía esa pasión entre Josema y tú?

Pensé en Josema y en mí. En nuestros polvos cutres antes de dormir. En nuestra patética vida sexual, especialmente en el último año. ¿Cómo había podido conformarme con algo tan miserable?

—No quiero seguir hablando de esto.

—¿Por qué no? ¿Te incomoda hablar de sexo? Que yo sepa, es algo natural y muy necesario.

—No es eso. Es que… está Carmen presente. No deberíamos tratar este tema delante de ella.

—Cierto. La veo muy pendiente.

En ese instante la pequeña había abandonado el peluche y ahora intentaba morderse el dedo gordo del pie en una postura imposible.

—Si te acostaras conmigo y dijeras que fue un polvo normal, yo lo entendería como algo muy malo.

Exhalé una risita nerviosa.

—Quédate tranquilo, Aníbal. Eso no va a pasar nunca.

—Por supuesto. Hablaba de una hipótesis. Suelo sacar sobresaliente en esa asignatura.

Negué con la cabeza, sin ser consciente de que aún me reía.

—Eres un payaso.

Él se mantuvo en silencio unos segundos, en aquella pose relajada, sin apartar sus ojos de mis rasgos.

—Tienes una sonrisa muy bonita, Gabi. Deberías sonreír más a menudo.

Hacía tanto tiempo que no oía a nadie decirme algo así que me quedé sin palabras. Un extraño cortocircuito trastocó mis neuronas y me produjo un tremendo efecto de confusión.

No me dio tiempo a responder, él se puso en pie y llevó las dos tazas a la cocina.

Lo contemplé de espaldas inconscientemente. Los vaqueros le quedaban de maravilla, y admito que bajé la guardia durante un corto intervalo de tiempo. Pero ese rollito de ligón de playa no iba a funcionar conmigo.

De pronto me di cuenta de que sudaba. ¿Situación extrema?

Fruncí el cejo sin entender por qué demonios me había gustado su piropo. Y sobre todo sin comprender por qué me excitaba hablar de sexo con Aníbal. Lo achaqué al hecho de que llevaba mucho tiempo sin tener relaciones sexuales. Quizá esa necesidad primitiva que sentimos los humanos de establecer vínculos carnales saturaba mi cerebro.

¿Qué diablos me ocurría? Me caía mal Aníbal, ¿acaso no era ese un motivo suficiente para descartarlo como posible amante? ¿Por qué me

hacía esas preguntas?

Años atrás ya había decidido desechar cualquier posibilidad de enamorarme de personas como Lafuentes. Ya tuve suficiente en el instituto.

No, no debía bajar la guardia. Con hombres como él, una nunca podía perder el raciocinio. Si el estúpido de Josema había logrado destrozar mi corazón y pisotear mi dignidad, ¿qué no haría un embaucador como Lafuentes?

Carmen se removió a mi lado intentando escalar el sofá. Busqué su chupete y se lo puse.

Aníbal regresó de la cocina y volvió a sentarse a mi lado.

—Creo que tiene sueño —murmuré contemplando a mi sobrina, que se frotaba los ojos con los puños.

—Vamos a ponerle música. Raquel dijo que le gusta Sabina.

—Sí.

—Chica lista —añadió él alcanzando el iPad.

Mientras buscaba la lista de reproducción, acomodé a la pequeña en su parque de juegos. En cuanto ella oyó la voz del gran poeta Joaquín Sabina, agarró su peluche favorito y se hizo un ovillo.

Tanto a Aníbal como a mí nos hizo mucha gracia ver cómo la pequeña se relajaba con los versos del cantautor jienense. La primera canción que sonó fue *Con la frente marchita*.

—Mi padre adoraba la música de este hombre —recité pensativa observando a Carmen con los brazos cruzados. Aníbal se situó a mi lado.

—Recuerdo a tu padre. David sufrió mucho su pérdida.

—Lo sé. Era un hombre maravilloso.

La letra de Sabina seguía sonando y él tomó asiento de nuevo. Yo lo seguí. Ahora ambos nos hallábamos acomodados en el sofá con un espacio de un metro entre los dos.

—¿Qué más quieres saber sobre Josema? —dije rehuyendo hablar sobre mi padre. A veces me daba la sensación de no haber superado su muerte.

—En realidad me gustaría saber más cosas de ti. Nos conocemos desde que éramos unos niños y no sé apenas nada.

No supe qué responder. Abrí la boca pero volví a cerrarla sin pronunciar palabra.

—Jamás me perdonarás que fuera un gilipollas en el instituto, ¿no?

—apostilló él aprovechando mi silencio.

—Es que no sé si *gilipollas* es la palabra adecuada.

—Ya no soy ese crío, Gabi.

—Me alegro por ti.

—Deduzco que eres muy rencorosa.

—No, no lo soy.

Él sonrió.

—Solo nos besamos una vez, ¿no?

—¿En serio? Pues no lo recuerdo.

—Qué mal mientes, Gabi Gafitas. Espero que no tengamos que llegar a juicio.

—Y yo espero que, en ese caso, no tenga que mentir.

—Siempre hay que mentir, querida Gabi. Mentimos todos los días. Las mentiras forman parte de la vida. Solo hay que saber gestionar su magnitud. Una pequeña mentira puede salvarte de una situación embarazosa. Acabas de hacerlo. Aseguras que no recuerdas nuestro beso.

—No es ninguna mentira. ¿Acaso crees que recuerdo a todos los chicos que besé con trece años?

—Tampoco fueron tantos.

—¿Y tú qué sabes?

—Bueno, yo tenía quince. Tengo los recuerdos más frescos.

—De acuerdo, miento de pena. Evitemos el juicio. Sigamos con el asunto de Josema.

Una sonrisa ladeada acentuó aquel insólito hoyuelo en su mejilla izquierda.

—Sí, dejemos el beso para otro momento. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, me decías que en la cama…, *normal*. Lo que, traducido, resulta «malo».

—Si te hace más feliz definirlo de ese modo, adelante. Lo cierto es que ya casi ni lo recuerdo —bufé.

—¿De verdad? ¿Tanto tiempo hace que no…?

—Bastante —confesé.

—Pobrecita.

—Tranquilo, sobreviviré.

Carmen balbuceó unas palabras ininteligibles y ambos centramos nuestra atención en ella.

La canción que sonaba en ese instante terminó y Sabina comenzó a

cantar *Contigo*. La pequeña se quedó completamente quieta abrazando su peluche. Como si estuviera analizando la letra.

—Esta canción es impresionante —murmuró él.

—Sí. Lo es.

—Guau… ¿Me pregunto si puede existir un amor así?

—¿Así, cómo?

—Pues como el de esta canción. Supongo que Sabina se inspiró en alguien, ¿no crees?

—¿Aníbal Lafuentes es un romántico? —me burlé.

—No, qué va. Mi trabajo me hace ver a diario que existe una línea muy fina entre el amor y el odio. A veces es muy decepcionante.

—¿Por qué estudiaste Derecho?

—No lo sé. Creo que tuvo algo que ver mi madre. Ella siempre solía decirme que era un buen negociador. Que mi poder de persuasión y mi labia me convertirían en un excelente abogado.

Recordé que Aníbal no tenía madre. Murió de un infarto cuando él cumplió trece años. No sabía demasiado sobre esa historia. Lidia siempre había sido muy escurridiza con ese asunto. Al parecer, Aníbal, tras aquella tragedia, se crio prácticamente en casa de su prima. La poca información que obtuve durante esa época era que sus padres se enamoraron en la consulta del padre de Aníbal. Él era cardiólogo y la madre arrastraba un defecto cardíaco de nacimiento. Sospechaba que el padre le había sido infiel alguna vez por cosas que había oído.

Cuando ella murió, el padre comenzó a beber y apenas pudo ocuparse de sus hijos. Porque Aníbal contaba con un hermano unos años mayor que él, al que yo había visto muy pocas veces. Quizá eso justificaba en parte sus problemas durante la adolescencia.

Claro que a esa conclusión había llegado yo solita.

Él estuvo un rato hablando de ella. Por supuesto, no lo interrumpí. Me parecía hermoso que recordase a su madre con tanta ternura y adoración. Para nada fue una conversación triste. Todo lo contrario. Comentó entre risas chascarrillos sobre su carácter temible y aseguró que era la mujer más guapa que había visto en su vida.

—No se equivocó cuando te decía lo de la labia —parloteé cautivada por todo aquello que había narrado sobre su progenitora.

Una ligera brisa veraniega hizo ondear las cortinas y agitó suavemente mi flequillo. Me lo aparté de la cara meditando acerca de la sensación de bienestar que me provocaba aquel salón, de la

comodidad de ese tresillo. Porque era eso, ¿no?

—Sí, eso parece. Hasta ahora no me va mal. Y tú, ¿por qué escribes?

Sin duda, la charla había dado un giro. ¿Nos estábamos poniendo profundos?

—Bueno, creo que es lo único que me hace feliz. Quizá te parezca insensato por mi parte. Sobre todo ahora que vivo otra vez en casa de mi madre y que estoy en paro.

—No creo que sea para nada insensato. Me parece, de hecho, muy valiente.

Ladeé la cabeza con incredulidad.

—Cualquiera en tu situación habría abandonado su sueño. Es lo que suele hacer la gente cuando se da cuenta de que tiene una determinada edad y no ha alcanzado sus objetivos. En cambio, tú sigues adelante. Incluso sin expectativas ni un proyecto en firme. Sigues escribiendo, a pesar de todo. ¿Acaso no es eso lo que convierte a uno en escritor? Escribir.

Me quedé en silencio sin saber qué responder. Él tenía sus ojos sobre los míos. Hablaba muy en serio.

Por primera vez en mi vida, Aníbal Lafuentes había logrado impresionarme de verdad.

Su madre llevaba razón sobre su poder de persuasión.

Carmen rompió a llorar y su llanto nos sobresaltó a ambos.

Me levanté de inmediato para cogerla. Estaba muerta de sueño, pero no conseguía dormirse. Así que la acurruqué en mis brazos y eso pareció dar resultado.

—Se te da bien —susurró él sonriendo cuando la pequeña ya dormía plácidamente.

—Solo ella —musité apartándole un tirabuzón de la frente—. Raquel dice que se parece mucho a mí. Que tenemos el mismo carácter. Sobre todo cuando hace lo del chupete.

—¿Qué es lo del chupete?

—Bueno, cuando ve a otro niño llorar en la guardería se quita el chupete e intenta ponérselo a modo de consuelo. Mi hermana sostiene la teoría de que yo hago lo mismo con mis ahorros.

Él se llevó la mano a la boca para reprimir una espontánea carcajada y no despertar a la pequeña.

—Espero que dejes de ser tan bondadosa cuando consiga que

Josema te devuelva tu dinero. Soy un abogado muy caro. La segunda vez no habrá rebajas.

—¿Crees que lo hará?

—Haré todo lo posible. No me gusta perder —afirmó con una convicción arrolladora.

Un inesperado presagio me advirtió de que hablábamos de cosas diferentes.

—Supongo que eso debería alegrarme.

—No lo sé. Ya veremos.

Respiré hondo y miré a Carmen.

—Creo que voy a acostarla en su cuna. Estará más cómoda allí —susurré poniéndome en pie.

Él hizo lo mismo.

—Claro. Voy a la cocina a por algo de beber. ¿Te apetece un refresco o un vino?

—No, gracias.

Me encaminé hacia la habitación de Raquel y David, donde se hallaba la cuna de Carmen. Arropé a la pequeña con una fina sábana y luego me giré para bajar un poco la persiana. Lo suficiente para que no le molestasen los rayos de sol que se filtraban curiosos. Visualicé la mesilla de noche que tenía más cercana. Mis dos novelas impresas y encuadernadas se encontraban allí. Recordé la petición que me había hecho Aníbal. Quería leer mis historias. No sabía qué me estaba sucediendo, pero lo cierto era que el hecho de plantearme decirle que sí me ponía muy nerviosa. Aquella conversación había sido muy desconcertante.

Decidida, me dirigí hacia la cocina porque en realidad necesitaba beber algo. Y también quería decirle a Aníbal que lo aceptaría como lector cero. Aún no lograba entender el porqué. Pero justo cuando me acercaba lo oí hablando por teléfono con alguien. Lo hacía a media voz, por lo que me detuve junto a la puerta y decidí pegar la oreja cual cotilla.

Hablaba con Violeta. Lo supe porque una de las veces él pronunció ese nombre.

—No hace falta que vengas. No tardaré mucho. Raquel y David están a punto de llegar.

Agucé el oído.

—No puedo dejar a la pequeña sola. Ya te lo he dicho, en cuanto

lleguen voy para allá. Sí, de acuerdo. Yo también te quiero. Hasta luego.

Esperé unos segundos pensando si era el momento o no de acceder. No quería que me descubriese fisgoneando. En aquel breve instante de tiempo, una pregunta me martilleó la cabeza: ¿Aníbal estaba enamorado de esa tal Violeta?

Enterré en algún lugar la respuesta, pues no era asunto mío, y decidí reanudar el paso. Sin embargo, acto seguido, él salió sujetando una copa de vino tinto y el choque fue tan casual como tremendo. Ambos hicimos lo imposible por evitar que la copa rozara el suelo, pero no pudimos evitar que aquel líquido carmesí se derramara por su camiseta y manchara al mismo tiempo parte de la mía.

Un silbido escapó de sus labios observando la enorme mancha que mi torpeza le había ocasionado. Sin duda, él se llevó la peor parte.

—Oh, Dios mío, lo siento.

—Pensé que empezábamos a llevarnos bien. Pero ya veo que contigo no puedo bajar la guardia, Gabi Gafitas.

—Te traeré una camiseta de David. Espera un momento.

Al cabo de unos segundos, regresé con una prenda de mi cuñado.

Él se había metido de nuevo en la cocina y, al entrar, lo encontré de espaldas en el fregadero frotando la mancha de su camiseta. La cual se había quitado. Cómo no.

—Toma —dije antes de enmudecer por completo.

Aníbal Lafuentes se hallaba desnudo de cintura para arriba en la cocina de mi hermana.

«Venga, Gabi, no seas ridícula. Es solo un cuerpo… Un buen cuerpo, pero solo eso», me dijo mi doble. Ese que vivía en un mundo paralelo al mío y que a menudo aparecía para intentar hacerme ver las cosas con más claridad y cordura que mis propias lentes.

Cuando se giró atisbé con la misma precisión sus abdominales que sus intenciones.

Aníbal se cuidaba. Y también conocía a la perfección su potencial de seducción.

Sentí que la razón me abandonaba y que una emoción ilógica, desconocida y muy carnal se apoderaba de todas y cada una de mis reacciones.

Se aproximó a mí para alcanzar la prenda y yo retrocedí un paso al sentirlo tan cerca.

—Gracias —comentó con una sonrisa de medio lado.

Mis ojos recorrieron sus hombros y el contorno de sus pectorales.

«Basta ya, Gabi. Deja de mirarlo de ese modo.»

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. ¿Qué me va a ocurrir?

—Pues no lo sé. Pero me miras como si fuese la primera vez que ves a un hombre —musitó con la camiseta en la mano, sin intención de ponérsela.

La música había dejado de sonar. Joaquín Sabina me abandonó a mi suerte. Ahora el único sonido audible era mi respiración y la sangre agolpándose en mis oídos.

—¿Es así como lo haces? —apostillé tratando de parecer inmune a sus encantos.

—¿Cómo hago el qué?

—Pues… ligar.

—¿Crees que estoy ligando contigo?

Rio con ganas echando la cabeza hacia atrás.

Me fijé en la nuez de su cuello y, en concreto, en un lunar pequeñito que tenía justo encima de la clavícula. Intenté mantenerme impasible, pero su loción de afeitado o tal vez su perfume turbaron mi concentración. Me sentía magnetizada, incapaz de alejarme de él.

—Sí, creo que sí —confesé con sinceridad.

Su sonrisa se suavizó y su penetrante mirada me recorrió el rostro.

—Te recuerdo que has sido tú la que me ha manchado la camiseta.

—Ya tienes otra. Póntela.

—¿Y si no quiero?

—¿Piensas quedarte… así toda la tarde? —titubeé cruzándome de brazos sin apartar los ojos de su pecho. No podía.

—Hace calor. Además, esto me gusta —bisbiseó señalándonos a ambos con un ligero ademán.

—¿El qué?

—Que me mires como si me desearas.

El corazón me aporreó la caja torácica.

—Puff, qué tontería… —reí.

«Joder, Gabi, eres idiota. No lo deseas. Recuérdalo, te cae mal…»

—Es decir, que no me deseas.

—Claro que no, ¿tú eres tonto?

Apenas me di cuenta de que había retrocedido otro paso, pero lo

que había detrás de mí era la nevera. Ahora me hallaba atrapada entre un moderno frigorífico americano y la fulminante corpulencia de Lafuentes.

—Entonces ¿por qué no me miras a los ojos? Te daré un consejo muy valioso, Gabi Gafitas. Si vas a mentirle a alguien en sus propias narices, tienes que aprender a sostenerle la mirada. Eso es imprescindible en un juicio.

—No estamos en ningún juicio. Esto es una cocina. ¿Es que no lo ves? —dije alargando el brazo y alcanzando una espumadera que anteriormente había olvidado guardar en uno de los cajones.

Su sonrisa me resultó muy contagiosa. Llevaba razón, fui incapaz de mirarlo a los ojos. En cambio, no perdí detalle de cómo se mordía el labio inferior.

Mientras mi corazón bombeaba a un ritmo frenético con aquel utensilio en la mano, él recapacitó unos segundos y acto seguido se puso la camiseta con un movimiento rápido que de un modo inconcebible me pareció absolutamente masculino.

—Menos mal que sé que me odias. Pero quiero que sepas que, de no ser por esa certeza, por la espumadera y porque soy tu abogado, ahora mismo diría que estás loca por besarme.

Tragué saliva pensando en la respuesta. Debí de resultar ridícula, allí delante de él, sin capacidad alguna para mostrar expresiones y sujetando un instrumento para espumar caldos. Así era yo. Esa vez ni siquiera fui capaz de insultarlo. Mi mente se había quedado en blanco, como si de repente acabara de finalizar un capítulo y no tuviese ni la más remota idea de cómo comenzar el siguiente. Hasta ese momento, el convencimiento de aborrecer a Aníbal había sido una especie de caparazón para protegerme de sus artimañas seductoras. Pero ¿y si de pronto ese caparazón se había rasgado?

El sonido de una llave en la cerradura activó las neuronas cabales que aún vagaban por mi cerebro y comprendí que Raquel, David y Mario estaban de vuelta.

Me alejé de él como lo haría el mismísimo Carl Lewis de la línea de salida y corrí hacia la puerta.

Mario fue el primero en entrar, con una escayola en el pie y sujetando una muleta.

Su lesión resultó ser un esguince de primer grado que lo mantendría varias semanas en reposo y que anularía cualquier

posibilidad de jugar los partidos de final de temporada.

Su ánimo se hallaba por los suelos e hice lo posible por animarlo, susurrándole al oído que lo ayudaría con el asunto de los condones. Aunque le pedí, por favor, que no volviera a mencionarme lo de la oruga. Luego me entretuve un buen rato charlando con mi hermana y David. Nos contaron la tranquilidad a esa hora de la sala de urgencias y que por ese motivo los habían atendido con rapidez.

Sin embargo, lo que de verdad deseaba era marcharme a casa. Aquella cercanía con Aníbal aún me desconcertaba. Así que me inventé la excusa de que me dolía un poco la cabeza y, en cuanto tuve ocasión, sin más preámbulos, me largué.

*

Esa noche, cuando me metí en la cama y una de las películas pornográficas de la señora Astor arruinó mi intención de dormir, hice algo espontáneo e insospechado. Alcancé el móvil de la mesilla y le escribí a mi cuñado.

Buenas noches, David.
¿Estás despierto?

Hola, Gabi. ¿Qué ocurre?

No, nada. Antes de irme se me olvidó comentarte una cosita. Aníbal se ha ofrecido de lector cero y, bueno, me siento un poco en deuda con él por eso de que va a ayudarme con el asunto de Josema, así que, si no te importa, cuando termines con la novela se la dejas para que él pueda leerla.
¿De acuerdo?

El mensaje le llegó de inmediato. Sin embargo, mi cuñado tardó bastante en responder. Visualicé la escena en mi cabeza. No pude evitar pensar en él y en Raquel, los dos metidos en la cama, y él mostrándole lo que yo acababa de escribir. Me los imaginé cuchicheando e inventando conclusiones. Sabía que eso me traería consecuencias. Debería haberme ahorrado la petición y haberla impreso de nuevo.

Maldita sea.

Claro. Sin problema. Esta misma semana se la llevo al bufete.
Le va a encantar.

Estupendo. Gracias.

¿Eso significa que ya os lleváis mejor? Jijiji…

«Mierda.

»Mierda.

»Mierda.»

Significa que estoy intentando
no odiarlo demasiado.

En ese caso, es un buen comienzo.
Que descanses, Gabi.

«David, qué perspicaz», pensé.

Dejé el teléfono en la mesilla de noche, abracé la almohada y en aquella opaca oscuridad me sumí en mis enmarañadas reflexiones.

Oyendo porno.

10

El burofax

La inspectora Miller me mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada durante los siguientes días a aquel inusitado acercamiento con Lafuentes. Me enfrentaba a la recta final de la trilogía. Debía cerrar esa historia con un giro sorprendente de los acontecimientos, sin embargo, había algo en la narración que no terminaba de encajar. Cada vez que me sentaba delante de la pantalla del ordenador y leía algún pasaje en el que Miller salía ilesa de algún embrollo, yo la felicitaba en voz alta.

—¿Cómo lo haces, maldita sea? ¿Cómo consigues que nada te afecte?

Miller era una heroína. De eso no me cabía ninguna duda. Pero todos los héroes de carne y hueso poseen una debilidad, y yo debía resaltar la suya si quería que esa historia fuese convincente.

Fue entonces cuando decidí revivir a un personaje que había quedado atrás en la segunda parte. El agente de Asuntos Internos Michael Anderson, al que yo había descrito físicamente con unos rasgos muy comunes al actor y humorista estadounidense Owen Wilson. Solo que en esta historia Anderson no resultaba gracioso en absoluto. Atractivo quizá, pero hablábamos de un tipo calculador y ambicioso con el que Miller mantuvo una perniciosa relación basada en el sexo.

El simple hecho de plantearme de nuevo introducir a Anderson en esa historia me ponía muy nerviosa. Eso, y que muchos rasgos de su personalidad me recordasen a Lafuentes.

—¡Ayúdame, joder! No sé qué hacer —protesté tras golpear el teclado una de esas mañanas y a continuación ponerme en pie a dar vueltas por la habitación.

En ese instante, mi madre abrió la puerta.

—Gabi, ¿qué ocurre?

—Nada, nada, mamá. Hablaba sola.

—¿Sola? ¿Por qué?

—Pensaba en voz alta.

—Pero he oído un golpe.

Suspiré mirando al techo.

—Es que se me ha caído el ratón.

—Ah, vale. ¿Y se ha roto?

—No, no se ha roto, mamá.

—Cuando termines de escribir, recoge todos esos papeles —me ordenó señalando un par de folios que yo había arrugado y dejado encima de la mesa.

—Mamá, cuando termine lo limpiaré todo. Siempre lo hago.

—¿Sabes qué? Al final no se casa.

—¿Qué? ¿Quién?

—La sobrina de Milagros.

Respiré hondo.

—¿La del novio gay?

—Sí, esa. Dice Vargas que el gay está arruinado. Que solo va a casarse con la muchacha para que lo mantenga. Es pintor, pero dice que los cuadros son brochazos sin ton ni son. Que eso ni es arte ni nada.

—¿Y Milagros le cuenta todo eso a Vargas?

—Sí, y él me lo cuenta a mí.

—¿Y Vargas no tiene algo más productivo que hacer? Porque el portal está que se cae de mierda. Podría barrer un poco por las mañanas y regar las plantas de la entrada…

—Hija…

—Debería hacer cosas por las que le pagan y no pasarse todo el día contando chismes.

—Oye, que el hombre hace su trabajo. Y me lo cuenta porque sabe que el gay me recuerda a Josema.

Cerré los ojos tratando de calmarme. En vista de que la conversación con mi madre empezaba a alterar mi estado de ánimo, decidí cortar de raíz.

—De acuerdo, mamá, si te hace feliz escuchar a ese hombre, tú misma. ¿Hoy no vas a grabar ningún vídeo para YouTube?

—Sí, luego. Tu hermana María me va a ayudar a darle unos efectos. Ya tengo dos suscriptores más.

Lo dijo muy emocionada, como si el hecho de que doce extraños decidieran ver, si es que lo veían, lo que ella publicaba en aquella red social fuese algo extraordinario.

—Vaya, eso es muy bueno. Me alegro mucho.

—Bueno, te dejo escribir.

—Mamá.

—¿Qué, hija?

—Ahora no puedo darte dinero, pero en cuanto Aníbal consiga que Josema me pague, te compensaré por lo mucho que me estás ayudando.

—Pero ¿qué dices, Gabi? No tienes que darme nada, cariño. No te agobies por eso. Tú céntrate en escribir.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Yo también, hija.

Fue a cerrar la puerta, pero en el último segundo decidió que debía decirme lo que le rondaba por la cabeza.

—Gabi, no te enfades conmigo, pero en realidad pienso que Josema es gay. Siempre lo he pensado.

No dije nada, simplemente asentí y ella se marchó más satisfecha.

*

Durante esa semana le hice caso a mi madre. Me refiero a lo de centrarme en escribir. Obviamente, su creencia sobre la homosexualidad de Josema decidí ignorarla. Ya lo único que me faltaba era sentirme como la sobrina de Milagros. Además, siendo sincera, me daba igual la tendencia sexual de mi ex. Bastante me estaba costando aceptarlo como el mayor gandul y sacacuartos que había conocido en mi vida. Enfoqué mis principales objetivos en terminar la novela y de paso encontrar un trabajo con el que pudiera mantenerme de manera digna.

Mi concentración, sin embargo, se vio enturbiada durante esos días. La imagen de Aníbal sin camiseta en la cocina de Raquel no dejaba de atormentarme. No sabía qué me sucedía. Bueno, en realidad sí.

Empecé a aceptar que Aníbal me atraía físicamente, y que el hecho de que me hubiese sentido cómoda charlando con él aquella tarde había trastocado mis sentimientos. No obstante, el episodio de nuestra adolescencia continuaba siendo una brecha, y utilizarlo como evasiva para ignorar esa atracción resultó ser lo más asequible a corto plazo.

El problema se agravó cuando, además de pensar en él durante el día, lo hacía también de noche. Una de esas madrugadas, mi

subconsciente viajó en el tiempo y me trasladó de regreso al instituto. Me vi sentada en aquel viejo banco del patio donde a determinadas horas de la mañana el sol calentaba nuestros rostros. Lidia permanecía a mi lado, con las rodillas arrimadas al pecho y dibujando en el dorso de su mano una estrella de cinco puntas. Ella hablaba sin parar, pero mi atención se centraba en Aníbal, que mantenía una discusión acalorada con uno de sus compañeros. La avisé de que su primo se encontraba en apuros, pues de pronto otros dos chicos lo sujetaron y el que tenía enfrente le golpeó el estómago. Los sucesos se amontonaron confusos. Lidia me decía que me tranquilizara, pero las agresiones continuaban. Quería moverme, quería correr hasta él y ayudarlo. Quería salvarlo…

No recuerdo con exactitud si logré hacerlo, si aquellos chicos se olvidaron de Aníbal y se enzarzaron conmigo, solo sé que mi hermana María me despertó casi al alba tirándome una almohada a la cara. El sobresalto fue atroz.

—Gabi —murmuró apoyada en los codos.

Me removí inquieta. Tardé varios segundos en comprender que acababa de despertar de una pesadilla y que quien me hablaba era María.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Que llevas toda la noche charlando. ¿Se puede saber qué estás soñando? Joder, no me dejas dormir y dentro de unas horas tengo un examen.

—¿En serio? Lo siento.

Ella ignoró mis disculpas e intentó seguir durmiendo. La oí bostezar y a continuación murmuró adormilada:

—Has mencionado el nombre de Aníbal como cuatro veces.

*

Al día siguiente era jueves y lo primero que me encontré al encender el ordenador fue un correo de Aníbal:

> Buenos días, Gabi:
>
> Como ya te comenté en persona, comencé los trámites de la reclamación de cantidades a tu ex. El lunes le envié un burofax detallándole nuestra intención de demandarlo en el caso de que se niegue a pagar. Ya lo habrá recibido. Te lo adjunto para que puedas leerlo tranquilamente.
>
> Supongo que, si no es demasiado estúpido, pagará.
>
> Por otro lado, quería decirte que David me ha dejado tu primer manuscrito. Lo acabé

de leer anoche. Me gustaría mucho comentarlo contigo en persona.

Si te parece bien, pásate por mi despacho mañana viernes a última hora. Sobre la una de la tarde. No hace falta que traigas la espumadera.

Espero tus noticias.

Saludos cordiales,

Aníbal Lafuentes

Me quedé durante unos minutos en estado de *shock*. ¿Ya había leído mi novela? David ni siquiera me lo había comentado. Me masajeé las sienes pensando en por qué demonios me importaba más la opinión de Aníbal sobre mi manuscrito antes que el burofax que le había enviado al gilipollas de Josema. Se encontraba justo ahí, en un documento PDF adjunto. Solo tenía que pinchar y se desplegaría ante mis ojos.

Al cabo de unos segundos, cuando conseguí normalizar el ritmo de mis pulsaciones, procedí a leer el burofax.

El documento aparecía encabezado con el logo del bufete de Aníbal: «Lafuentes & Brenes Abogados y Asesores», lo que ya de entrada me causó canguelo. Imaginé la expresión de Josema con ese papel en las manos y me entró la risa.

Más abajo, el nombre completo del destinatario. Y su dirección de entrega. No pude evitar rememorar Malasaña y la ilusión que supuso irme a vivir con ese cantamañanas.

A estos datos les seguía un párrafo de presentación en el que Aníbal citaba su nombre, apellidos y número de colegiado. Le notificaba que, en calidad de abogado de la señorita Gabriela Solari Campillo, se ponía en contacto con él a efectos de reclamarle la deuda personal que mantenía con su cliente, y que el motivo de dicha comunicación no era otro que llegar a una solución amistosa de la controversia.

Respiré hondo y me acomodé aún más. La sonrisa no desapareció de mis labios.

En el siguiente párrafo, Aníbal desplegó con maestría aquel poder de persuasión que su madre le aseguró que poseía. Citó la fecha en la que se efectuó el préstamo de la cantidad de quince mil euros y el motivo que expuso Josema en el que emplearía el dinero: su patética maqueta. El adjetivo lo añadí yo mientras leía.

Luego se inventó algunos argumentos, como que habíamos recopilado pruebas que demostraban que yo le había dejado el dinero y que Josema me había asegurado que me lo devolvería. Lo cual no

era del todo cierto, pues yo había borrado aquellos mensajes. Claro que eso Aníbal lo decoró aludiendo a varios artículos del Código Civil, que por supuesto intimidarían a cualquiera.

Recordé aquello que me había dicho en casa de mi hermana sobre las mentiras. Eso de que formaban parte de la vida y que nos salvaban de situaciones embarazosas. Para Aníbal —quedaba claro tras leer el burofax— constituían un arma infalible.

En el mismo párrafo le exigía a Josema que me enviara con carácter urgente mis libros. Mencionó que no quería verse obligado a solicitar una indemnización por daños morales, ya que los libros suponían un valor de carácter sentimental para mí y que eso, unido a la certeza demostrable de su infidelidad, podía entenderse de mala fe por su parte.

Hizo alusión, además, a la canción con la que decidió romper conmigo, y a la cifra de reproducción de dicha canción en YouTube, sugiriendo los beneficios. No incluyó el nombre de Cecilia en el escrito, pero sí mencionó que existía una relación entre el presunto demandado y la persona que aparecía en el vídeo. Y que era más que evidente que un tribunal podía entender que las ganancias se habrían repartido.

Aníbal concluía el escrito con una clara advertencia legal, que yo interpreté como una solemne amenaza, en la que añadía una sarta de artículos tanto del Código Civil como Penal, a los que le seguían la propuesta de un acuerdo amistoso.

Es decir, lo que yo entendí entre tanta jerga jurídica es que Josema podría pagarme mi dinero fraccionado en no más de cinco cuotas en el plazo de seis meses, siempre y cuando me enviase mis libros de inmediato e ingresara la cantidad de mil euros en mi cuenta corriente antes de cinco días naturales. Solo así evitaríamos actuaciones legales ante los tribunales, que desencadenarían gastos más elevados para el demandado.

Cuando acabé de leer el burofax me di cuenta de que estaba sudando. La euforia me recorría de la cabeza a los pies. Conociendo a Josema, sabía que el muy desgraciado iba a cagarse encima.

Tuve una reacción desmedida. Reí tanto releyendo cada párrafo que tuve que limpiarme algunas lágrimas. Quería enseñarle el burofax a Raquel, llamarla y leerle cada palabra.

No sabía si eso daría o no resultado, si Josema se pasaría por el

forro de sus estrafalarios pantalones de pana las amenazas de Lafuentes, pero desde luego la inyección de regocijo que me produjo ese documento no podía compararse con nada.

Mi pequeña venganza. Saboreé el instante como si fuese solo eso. Un insignificante desquite que para mí significaba el principio del equilibrio. Jamás me había considerado una persona vengativa, pues entendía ese concepto íntimamente ligado al rencor y al odio, y ambos sentimientos me producían rechazo. Sin embargo, aquella diminuta compensación del agravio ocasionado por Josema me pareció, más que venganza, una clara y eminente manifestación de justicia.

Me sujeté la cabeza con las dos manos, apoyando los codos sobre el escritorio.

No podía apartar mis ojos del membrete de ese documento.

Lafuentes.

Lafuentes.

Lafuentes.

Su imagen —desnudo de cintura para arriba— apareció en mi mente como un impulso disparador.

Cerré los ojos y contuve la respiración de un modo inconsciente.

Recordé sus palabras. Esas que me había dicho en el mercado de abastos, cuando mis sentimientos hacia él aún distaban mucho de los que sentía en ese instante: «… si crees que en algún momento podrías sentirte atraída por mí como ya ocurrió en el instituto, te aconsejo que te busques otro abogado».

Joder, me gustaba Aníbal. Había vuelto a encapricharme como una estúpida colegiala. Y analizar aquel escrito, su astucia, su destreza defendiendo mis intereses… fue una tremenda bofetada de realidad. Debía reconocer que Aníbal poseía cualidades hipnóticas. A pesar de todo, me repetí mentalmente que tan solo estaba impresionada y que en breve se me pasaría el cuelgue.

*

Durante el resto de la mañana, mi concentración se fue a pique, por lo que decidí emplear el tiempo en pasarlo con mi madre, ayudarla con las tareas del hogar, hablar con ella sobre su canal de YouTube y escuchar los últimos cotilleos que Vargas le había metido en la cabeza. Me comentó que le apetecía almorzar salmón y me ofrecí

a ir a comprar y, de paso, tomar el aire.

Ella me elaboró una pequeña lista con alimentos que necesitaba y, cuando andaba dando vueltas por el pasillo de los lácteos del supermercado más cercano a mi casa, oí mi teléfono sonar. Vi un número en la pantalla con el prefijo de Madrid. Era Josema. Por supuesto, lo había borrado de mi agenda, pero aún recordaba esa insípida combinación numérica.

Me lo imaginé de pie en aquel diminuto salón del piso de Malasaña, rodeado de mis libros y de cuadros con la cara de Cecilia. Tomé aire envalentonada y descolgué.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Gabi, ¿te has vuelto loca?

—¿Quién es?

—Soy Josema, joder. Conoces perfectamente mi número.

—Ah, Josema. ¿Qué tal? Un momento, por favor.

Tapé el auricular unos segundos y lo dejé en espera al menos un minuto. Me puse a dar vueltas alrededor de mi cesta.

—Josema, ¿estás ahí?

—Pues claro que estoy aquí. Tengo en la mano el burofax que me ha enviado el payaso de tu abogado. ¿Qué coño significa todo esto? Eres una puta chiflada.

—Josema, antes de que sigamos hablando, debo informarte por el bien de ambos de que está conversación está siendo grabada —mentí mirándome las uñas.

¿De dónde diablos iba yo a sacar una grabadora en el supermercado? Además, mi móvil era un modelo barato de un fabricante japonés cuya pronunciación resultaba imposible y, para colmo, lo había comprado de segunda mano en Wallapop.

Lo oí soltar un sonoro bufido.

—Lo que tú digas.

—¿Estás bien? —pregunté con un tono bastante tocapelotas.

—Sabes de sobra que no tengo tu dinero todavía.

—Ohhh, eso es una mala noticia.

—No puedo ingresarte mil euros en un plazo de cinco días. ¡No los tengo!

—Vaya, Josema. Cuánto lo siento.

—¿Por qué haces esto, Gabi?

Apreté las mandíbulas con fuerza. Me apetecía gritarle, mandarlo a

la mierda y escupirle las barbaridades que pensaba de él. Pero, en vez de hacer todo eso, traté de calmarme.

—Te aseguro que no es nada personal, solo aspiro a recuperar el dinero que te presté y que tú me aseguraste que devolverías. De hecho, solo quiero tu felicidad y que escribas un montón de canciones contándole a la gente lo bien que te sientes cuando pagas lo que debes. Canciones alegres y no tristes.

—No te pega nada ser sarcástica, Gabi.

—A ti tampoco te pega ser *youtuber*, Josema, y torturas a diario a tus quince suscriptores.

—Ya no son quince, ahora tengo muchos más.

—¿En serio? Pobrecitos —me burlé alcanzando un yogur de frutas del bosque y buscando en su envase el número de calorías.

—Al menos, a mí me ve alguien. Pero ¿qué me dices de ti?, ¿quién coño lee tus libros? Solo eres una fracasada, Gabi.

Una desesperada oleada de ira me recorrió la columna vertebral. Estrujé sin ser consciente el yogur que sostenía en la mano, con tan mala suerte que lo reventé y me manché los dedos. Lo dejé donde estaba temiendo que alguien me hubiese visto, pero ya era tarde. Un niño pelirrojo y pecoso de unos seis años, que sujetaba un balón de fútbol, presenció la masacre y me acechó como si hubiese visto al mismísimo Lucifer. Por lo visto, no le hizo gracia que yo anduviese por los pasillos del supermercado destrozando comestibles. El pequeño chivato me delató a su madre y esta avisó a una de las reponedoras aspirante a empleada del mes. A Malena —cuyo nombre leí en su camiseta— un yogur de menos no le supondría absolutamente nada para su sueldo, pero aun así no me perdió de vista mientras yo continuaba dando vueltas por los pasillos hablando con Josema.

Mi transitorio silencio finalizó en cuanto obtuve la respuesta que él merecía.

—Pues creo que tú terminarás leyéndolos. En la cárcel la gente suele tener mucho tiempo para pensar, leer y hacer ejercicio. ¿Y sabes qué? Bueno, es algo difícil esto de que una editorial se fije en mí y publique mis novelas. Pero cuando eso ocurra, cuando finalmente lo logre, te enviaré firmado uno de mis ejemplares a tu celda de cuatro metros cuadrados. Visualizo la escena y la veo, Josema. Te imagino hecho un ovillo en la litera de abajo con un pañuelo rosa satinado en el cuello, que por supuesto no habrás escogido tú. El pañuelo es

cortesía de tu compañero de cuarto para que no se te olvide que le perteneces. Un jodido pederasta y violador homosexual de ciento cincuenta kilogramos de puro músculo al que lo ponen mucho los músicos afeminados y estafadores como tú. Cierro los ojos y te concibo allí. Sujetando mi libro. Acariciando mi rostro en la fotografía de la solapa. Esa que me hará un fotógrafo famoso contratado por la editorial y que reflejará lo feliz que soy en ese momento, mientras tú duermes con la incertidumbre de que Scotty despierte para impregnarte la nuca con su aliento nauseabundo.

Lo de Scotty se me ocurrió sobre la marcha, cuando giré y me interné en el pasillo del papel higiénico.

—Estás como un cencerro, Gabi. No tengo ni idea de cómo he podido estar tanto tiempo contigo. ¿De verdad crees que voy a ir a la cárcel por quince mil euros?

—Oh, no, no. Claro que no. Veo que no has entendido bien el escrito. Quince mil euros es el dinero que me debes. Estoy tratando de convencer a mi abogado para que no interponga la demanda exigiendo una indemnización por daños y perjuicios. Es una locura hablar de esto con él. Si crees que estoy loca, espera a conocer a Lafuentes. Asegura que tengo un trauma por la ruptura y por eso de que te hayas quedado con todos mis ahorros y mis libros y, bueno, luego está ese asunto de la canción y de todas las veces que se ha reproducido en YouTube… En fin, él cree que es bastante delictivo por tu parte. Lo cierto es que no entiendo nada de lo que me dice, pero menciona cosas como «fraude fiscal», «evasión de impuestos» y un montón de artículos raros. Ya sabes, por eso de que la canción la canta esa chica y ahora es tu novia. Según él, a Hacienda le encanta ir a la caza de ese tipo de irregularidades. Hacienda, ya ves. Menudo sádico.

Josema había enmudecido por completo y yo respiré satisfecha.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Sabes quién es mi abogado, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Es ese gilipollas amigo de tu cuñado que se cree Harvey Specter en *Suits*.

—Oye, pues ahora que lo dices, tienen cierto parecido. Solo que Aníbal tiene el cabello más oscuro —murmuré reflexiva.

—Si no me equivoco, odiabas a ese tipo. ¿Ahora ya sois amigos?

—Para nada. Me sigue cayendo fatal. Es odioso. Un hijo de puta

sin escrúpulos, en serio —proferí recordando aquello que había dicho de Aníbal ese policía y que se alejaba mucho de lo que realmente sentía en esos momentos por él—. Pero le encanta el dinero. Casi tanto como a ti. Sin embargo, hay una diferencia importante entre él y tú.

—Ah, sí, ¿cuál?

—Que él es mucho más listo —afirmé con un desconocido y orgulloso convencimiento—. Y en este asunto lo único que le interesa es su porcentaje. Así que imagínate mi postura. Y que conste que le he dicho que eres un muerto de hambre. De ahí que te conceda el privilegio de pagarme a plazos. Pero a Aníbal los caraduras lo ponen de muy mala leche. Él dice que o pagas o vas a la cárcel. Por tanto, no puedo dejar de pensar en ti en esa celda, lloriqueando como un bebé. Encogido, con unas almorranas como pimientos choriceros y suplicándole a Scotty que deje de abusar de ti.

—Apenas te reconozco, Gabi.

—Pues deberías. Porque ahora soy así, gracias a ti.

Miré la cesta de la compra y luego ojeé mi reloj. Josema me estaba haciendo perder un tiempo precioso.

Suspiré de manera sonora.

—Mil euros, Josema. En mi cuenta corriente, antes de cinco días. De lo contrario, le daré vía libre a Lafuentes para que te hunda en la miseria.

Mascullé aquello con tanto énfasis que un señor mayor que pasaba justo en ese instante muy cerca de mí apoyándose en un bastón hizo una mueca al oírme y emitió un sigiloso silbido.

—Ah, y otra cosa. Si vuelves a marcar este teléfono y se te ocurre llamarme otra vez cosas como puta chiflada o fracasada, interpondré además otra demanda por acoso y maltrato psicológico. Ya veo a Scotty frotándose las manos cuando te amplíen la condena.

Colgué sin darle la oportunidad de replicar y sonreí de satisfacción.

—Era mi exnovio. Me puso los cuernos y se quedó con mis ahorros. Y encima canta fatal —le expliqué a ese anciano desconocido.

—Bien dicho entonces. Pero para la próxima elige mejor.

No estaba segura de que Josema fuera a ingresarme los mil euros, pero desde luego sabía con toda seguridad que el burofax y aquella conversación lo habían acojonado.

Y deseaba con anhelo que Scotty apareciese en sus sueños esa

noche.

Malena, la reponedora, me espió hasta que llegué a la caja gracias al niño chivato. La sentí pegada a mi espalda todo el tiempo, aunque lo cierto es que no sé si eran invenciones mías, pues desde el sábado tenía la constante sensación de que alguien me seguía.

Pagué la compra intentando no pensar demasiado en ello y me marché.

Justo un segundo antes de salir del supermercado, me encontré con un tablón de anuncios donde la gente solía anunciarse ofreciendo servicios como empleados del hogar, pasear a mascotas y trabajos de mantenimiento entre otros. Se me ocurrió que yo también podía anunciarme allí para dar clases particulares en verano. Los portales de empleo a los que accedía por internet suponían una falacia, y me impacientaba la desesperación por encontrar un trabajo.

De pronto, entre tantos papeles, divisé un cartel de publicidad de un estudio de tatuajes: LIDIA LAFUENTES TATTOO & PIERCING STUDIO. Lo interpreté como un llamamiento para visitar a Lidia. Me apetecía mucho charlar con ella, la echaba de menos, y de paso indagaría sobre si ella conocía la existencia de Violeta en la vida de Aníbal. Debía ser muy cautelosa preguntándole a Lidia, pues ella era una de las personas que mejor me conocía.

Aquel sería mi plan para esa tarde.

*

Me situé en la calle Montañés frente a un local pequeño con un escaparate de un metro y medio en el que se podía leer serigrafiado el nombre de Lidia. El sitio, lejos de parecerse a esos estudios de tatuajes oscuros y siniestros, mostraba un aspecto pulcro, luminoso y muy artístico.

Entré un poco cohibida y analicé el recibidor. Había un sofá negro de dos plazas a mi derecha y, tras el mostrador, un cristal enorme donde se hallaba la sala de tatuajes. Se percibía que aún le faltaba mucha decoración. En ese instante, ella se encontraba de pie con los brazos en jarras, junto a otro chico que debía de ser su compañero. Revisaba el trabajo que este acababa de finalizar en el hombro de una veinteañera.

—Tienes que repasar mejor estos pétalos de aquí. Le faltan

sombras, así parecerán más profundos —oí que le decía de un modo muy profesional, señalando el dibujo con sus guantes de látex.

De repente, alzó la vista y me vio.

—Gabiiii —exclamó con júbilo.

Se aproximó a mí a medida que se deshacía de los guantes.

—Así que es aquí donde desarrollas tu arte —sonreí contemplando las paredes y aquellas excelentes ilustraciones, deduje, obras de Lidia.

Ella salió de detrás del mostrador y me abrazó.

—Qué bien que hayas venido. ¿Te gusta?

—Me encanta —respondí con sinceridad.

—Aún faltan varios muebles y algunos cuadros, pero al menos ya podemos trabajar.

Durante la siguiente media hora estuvo enseñándome el estudio y contándome las peripecias de ser emprendedora. Me presentó a su compañero, su único empleado hasta el momento: un jovenzuelo llamado Jacobo con dilataciones en las orejas, tatuajes en el cuello, los brazos y los dedos y una mirada serena. A mi madre le habría parecido un bicho raro. A mí, en cambio, me resultó una persona encantadora.

Cuando la chica a la que acababa de tatuar se marchó, Lidia me contó que Aníbal la había ayudado muchísimo en toda la gestión administrativa, que había sido él quien había tramitado las licencias de obra y de apertura y que luego entre Jacobo, Aníbal y ella habían pintado y adaptado el local.

—¿Todo esto lo habéis hecho vosotros?

—Sí, menos mal que cuento con un buen equipo —dijo guiñándole un ojo a aquel chico—. ¿Quieres tomar un refresco? —me preguntó abriendo una nevera pequeñita que tenían al fondo.

—De acuerdo. Gracias.

Jacobo se alejó a una pequeña mesa de un lateral y continuó con un boceto.

—¿Y qué es lo que pasa con tu ex? Aníbal me ha dicho que te debe dinero —inquirió ella ofreciéndome una Coca-Cola.

—Así es, Lidia. Fui una estúpida. No sé cómo pude dejarle todos mis ahorros a ese desgraciado. Siento que he perdido el tiempo estos últimos cinco años. Me encuentro muy perdida. Sin trabajo, sin dinero y…, en fin, estoy escribiendo pero ni siquiera sé para qué.

—Bueno, es normal que tengas esa sensación. Pero por el dinero no

te preocupes. Mi primo conseguirá que ese panoli te pague. Y en cuanto a escribir, no dejes de hacerlo. Estoy segura de que algo bueno llegará. Insistir es la clave.

Mientras conversábamos sobre su estancia en el extranjero, mi cabeza intentaba buscar el momento apropiado para preguntarle por Violeta. Me intrigaba mucho saber qué tipo de relación mantenía Aníbal con esa mujer, pero justo cuando íbamos a abordar el asunto oímos la puerta abrirse.

La sorpresa fue descomunal.

Asunción se presentó tras el mostrador con su cabello ahuecado como un algodón de azúcar y vestida de un modo muy similar a la última vez que nos habíamos visto.

Lidia y yo nos miramos. Ella apretó los labios procurando no reírse y yo tomé aire dispuesta a enfrentarme a la suegra de mi hermana. Ambas nos aproximamos a ella. Lidia fue la primera en acortar la distancia y darle dos besos.

—Hola, Asunción. Qué alegría verla por aquí —exclamó mi amiga excediéndose con su característica amabilidad.

Luego la seguí yo.

—Hola, Gabriela. ¿Tú también has venido a tatuarte?

—No, no. Solo he pasado a conocer el estudio y a charlar un rato con Lidia. ¿Usted va a tatuarse? —pregunté sin dar crédito.

—Claro. En realidad, hoy vengo a modo de consulta. Me gustaría hacerme un tatuaje único y sorprendente. Pero antes quiero conocer qué tipo de trabajos hace Lidia —expuso con petulancia.

—Por supuesto —recitó mi amiga instándola a colocarse en el lado del mostrador donde había unos archivadores con fotografías—. ¿Tiene usted más o menos una idea de lo que quiere? ¿Tamaño? ¿Algún diseño en particular?

Para Lidia aquella situación era algo de lo más normal. Probablemente estaba acostumbrada a ver a todo tipo de personas pasar por su estudio. Sin embargo, me costaba muchísimo entender que Asunción quisiera tatuarse. Y lo que más me intrigaba: ¿cómo cojones iba a pagarle a Lidia si su cuenta corriente se hallaba en una situación alarmante?

Ella colocó su anticuado bolso sobre la superficie y, con una tranquilidad exasperante, sacó del interior el móvil, un aparato enorme y aún más extraño que el mío. Rebuscó en su galería de fotos

hasta encontrar la que deseaba.

—Quiero algo parecido a esto —afirmó pasándole el teléfono.

El rostro de Lidia fue perdiendo color a medida que contemplaba la imagen.

Me situé junto a ella muerta de curiosidad y, cuando mis ojos enfocaron la pantalla, identifiqué la espalda del famoso futbolista sueco de ascendencia bosniocroata Zlatan Ibrahimović. Divisé la boca de un león rugiendo junto a un millón de elementos de origen asiático alrededor integrados a la perfección.

—¿Quiere usted que le tatúe un león en la espalda? —inquirió Lidia sin salir de su asombro.

Yo me froté la frente tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—En realidad había pensado más bien en un dragón chino, pero me gustaría que estuviese así centrado, como este, y que en uno de los costados incluyeras el pez koi.

—Madre mía —murmuré muy bajito—. Menuda pirada…

Lidia cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra con notorio azoramiento.

—Asun, no deseo apagarle las ganas, pero opino que para ser su primer tatuaje es un poco agresivo. ¿No cree que es mejor que empecemos con algo más pequeño?

A Asunción no le agradó la sugerencia de Lidia. Su expresión se endureció.

—No. No quiero algo más pequeño —masculló alzando la barbilla y taladrándola con la mirada.

—¿Un dragón chino? —pregunté tras unos segundos de tensión.

—Sí, ¿ocurre algo?

—Bueno, lo cierto es que me resulta muy extraño que precisamente usted quiera tatuarse un dragón chino, teniendo en cuenta su sentimiento patriótico y sus comentarios de la noche del pasado sábado sobre los inmigrantes. ¿No le parece un poco contradictorio?

Aún resonaban en mi mente aquellas palabras cargadas de racismo dirigidas a la comunidad china.

—Ay, Gabriela, hija. Si no fueras tan pedante y resabidilla resultarías más mona. ¿Tú sabes hacer tatuajes?

—No —respondí con brusquedad.

—Pues entonces cierra el pico, porque no estoy hablando contigo ahora.

Lidia entendió al fin que Asunción era mucho más desagradable sobria e intentó tomar el mando de nuevo. Se retiró su flequillo verde de la frente y probó a cambiar de estrategia.

—Muy bien, Asun. Quiere usted un dragón chino y un pez koi en uno de los costados. ¿Verdad?

—Así es.

—Será bastante doloroso. Debe tener en cuenta ese detalle.

—No tengo miedo al dolor —aseveró con tono amenazante.

—Mejor. Aun así, tendré que hacerlo por partes.

—De acuerdo.

—Eche un vistazo a estas fotos —dijo Lidia pasándole uno de los archivadores—. Ahí hay varios dragones chinos, algunos tienen bastante color. ¿Desea usted que su tatuaje tenga colores?

—Sí, claro.

—Estupendo, pues elija el que más le guste y sobre ese yo personalizaré su diseño. Siempre podremos modificar lo que no sea de su agrado hasta que consigamos que quede como desea. Puede sentarse en ese sofá y ojear el catálogo tranquilamente.

Asunción siguió las indicaciones de Lidia y se acomodó con el archivador sobre su regazo.

Lidia me hizo señas para que la acompañara al interior, con la excusa de que iba a continuar enseñándome el estudio.

—Gabi, esa mujer está como una puta cabra.

—Te lo advertí. Es una pesadilla.

—Pensé que me pediría que le tatuara el nombre de sus nietos o alguna fecha significativa. Pero no que le pusiera la espalda como David Beckham o Sergio Ramos. ¿El sábado fue más simpática o solo me lo pareció a mí?

—El sábado había bebido.

—Vaaaaleeee. Lo entiendo.

—Lidia, tienes que deshacerte de ella. No va a pagarte. No tiene dinero. Vi su cuenta corriente y está en negativo. David y mi hermana están hasta las narices de ella.

—En ese caso, tal vez cuando le diga el precio del tatuaje cambie de opinión —rebatió alzando las cejas.

Al cabo de unos minutos, volvimos junto a Asun.

—Me gusta este. Quiero algo muy parecido —comentó Asunción poniéndose en pie y dejando el archivador con energía encima del

mostrador.

—Perfecto, Asun. Voy a calcularle el precio y le explico el método de pago que utilizamos —arguyó Lidia alcanzando la calculadora.

Yo me mantuve en silencio, expectante.

Lidia toqueteó el ordenador y abrió un documento de Excel para consultar los precios. Mientras tanto, Asunción no dejaba de observarme.

—¿Cómo se encuentra del azúcar? Me comentó Raquel que David tuvo que acompañarla al ambulatorio el sábado —carraspeé incómoda.

—Estoy bien. Aunque esa pregunta llega un poco tarde, ¿no crees?

—Bueno, yo…

—Asunción —nos interrumpió Lidia—, su tatuaje le saldría por unos mil quinientos euros. Pero como nos une amistad se lo dejaré en mil doscientos.

Un silencio sepulcral asoló el estudio.

Ella paseó su mirada de Lidia a mí, como si entendiese que aquello se trataba de una conspiración para quitar de su cabeza la idea de tatuarse.

Sin embargo, Lidia no se amilanó. Continuó con su perorata sobre la forma habitual de pago.

—Tendría que abonarme doscientos euros por adelantado para empezar con el diseño. Y el resto lo haremos a plazos. Como es un tatuaje que durará varias semanas, le haré una previsión. ¿Le parece bien?

—¿Has dicho doscientos por adelantado?

—Exacto.

Asunción rebuscó en su bolso, sacó su monedero y dejó dos billetes de cien euros sobre la superficie con evidente fanfarronada.

—Pues aquí tienes.

Temí que mi barbilla rozara el suelo.

Lidia, casi tan sorprendida como yo, pero mucho más emprendedora, se lanzó de inmediato a por el dinero.

—Cuando tengas el diseño listo, avísame y acordamos la fecha para empezar. Ahora tengo que marcharme.

Guardó su monedero en aquel bolso pequeño e insulso y se lo ajustó al hombro.

—Ha sido un placer volver a veros a las dos. Hasta otro día.

Mi cabeza no paraba de dar vueltas. La contemplé estupefacta dirigirse hacia la puerta y salir del estudio. No lograba entender qué acababa de suceder. Lidia parecía haberse olvidado por completo de que Asunción no tenía ni un pavo y acariciaba anonadada los billetes. Mi amiga bisbiseó algo que apenas entendí, pues me hallaba intentando liberarme de aquel estado catatónico.

Sin apenas explicarme, corrí en busca de esa mujer.

—Asun, espere un momento, por favor —vociferé logrando que se detuviera en mitad de la calle.

—¿Qué ocurre ahora?

—No entiendo muy bien lo que acaba de suceder ahí dentro.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Que una anciana de setenta y un años pueda hacerse un tatuaje? Pareces muy lista para algunas cosas, Gabriela, pero para otras te falta un hervor.

—No. No me refiero al tatuaje, Asun. Puede usted tatuarse lo que le dé la gana. Me refiero al dinero. Acaba de pagarle a Lidia doscientos euros en mis narices y a mí me debe aún cincuenta. ¿Es que acaso no lo recuerda?

—Así que se trata de eso… —respondió ella achinando mucho los ojos.

—Sí.

—Si no recuerdo mal, nos gastamos ese dinero en el bingo. Juntas.

—¿Cómo dice? No, no, no. Usted me pidió cincuenta euros y me dijo que me los devolvería al día siguiente. Es más, lo recuerdo a la perfección: aseguró que le daría el dinero a Raquel para que ella me lo hiciera llegar.

—Gabriela, te ayudé con ese asunto de los sicarios colombianos. Robé una cartera por tu culpa. Arriesgué mi seguridad. A mi parecer, creo que estamos en paz.

—Yo no le pedí que robara nada. Es más, mi intención era llevarla a su casa.

—¿Estás haciéndome pasar este mal rato por cincuenta euros? En vez de preocuparte tanto por cosas absurdas, ¿por qué no me agradeces que te ayudara? Lo mínimo que podrías haber hecho era llamarme y mantenerme informada. Le robé la documentación a un tipo muy siniestro, Gabi. Estos últimos días no me he sentido segura. Iba a llamarte para comentártelo… ¿Has averiguado algo?

—Pues no. Le di a Lafuentes la identificación de ese tipo y, aparte

de parecerle una tremenda imprudencia por nuestra parte, no sé nada. Mañana tengo que ir a su despacho y le preguntaré. Pero ¿a qué se refiere con lo de no sentirse segura?

—No lo sé. Pero noto como si alguien me siguiera. A veces tengo la impresión de sentirme observada —cuchicheó con misterio—. Igual son tonterías mías. Ahora estoy viendo *Stranger Things* en Netflix, y todos esos sucesos extraños me traen un poco descolocada. En fin, no me hagas caso. ¿Y dices que tienes que ir a visitar a Lafuentes? Pero entonces ¿va a representarte?

—Ah, sí, sí. Ya le ha enviado un burofax muy agresivo a Josema. Le ha propuesto fraccionar la deuda siempre y cuando me adelante mil euros y me envíe mis libros —respondí de manera atropellada rememorando la escena de ese tipo al que había visto esconderse en la calle Santiago.

—Vaya, esa es una buena noticia —recitó ella sacando a relucir su lado piadoso. Ese que ocultaba bajo aquella hosca apariencia.

—Bueno, la será cuando tenga el dinero y los libros en mi poder.

—Seguro que sí, Gabriela. Solo tienes que ser más positiva —musitó adelantándose un paso y atreviéndose a colocarme un mechón de pelo tras la oreja—. Mírame a mí. Estoy cambiando.

—Y más que va a cambiar si se hace ese tatuaje, Asun. Será muy doloroso. ¿Está usted segura?

—Querida, el dolor suele ser un mero trámite intermedio para alcanzar una gran victoria. Lo difícil de soportar a menudo es el sufrimiento.

Me quedé en silencio, analizando aquel juego de palabras. Asunción no estaba del todo cuerda, pero a veces decía cosas que tenían mucho sentido.

Tras eso, se despidió de mí sin volver a mencionar los cincuenta euros. Y yo lo único que podía hacer era acatar el consejo de mi hermana y darlos por perdidos. La contemplé alejándose calle abajo, ligeramente encorvada y con su diminuto bolsito negro colgado del brazo.

Reflexioné sobre eso que había dicho de sentir que alguien la seguía. Miré a un lado y a otro. En ese instante no vi nada fuera de lo común. Sin embargo, de regreso al estudio de Lidia, un súbito escalofrío me recorrió la nuca.

11

Hablamos de mi libro

La puerta permanecía abierta. Socorro se encontraba sentada en su lugar de trabajo. Mis pasos la obligaron a alzar la vista y escrutarme con sus ojos de rana.

—Buenos días, tengo una cita con el señor Lafuentes. Soy Gabriela Solari —carraspeé un pelín violenta.

La última vez que había visto a esa mujer le dejé una nota inconveniente. No me sentía muy cómoda en esos momentos.

—Gabi —respondió ella ojeando la agenda y asintiendo con petulancia, revelando que me recordaba—. Puedes sentarte ahí. Aníbal aún está reunido. Te atenderá dentro de unos minutos.

—Gracias.

Me giré cohibida y visualicé junto a una estantería metálica un par de sillas plegables y acolchadas. Ni siquiera me parecieron seguras. Aun así, me senté.

Socorro continuó aporreando con sus manos regordetas el teclado del ordenador.

Miré mi reloj. Era la una y dos minutos. Esperaba que Aníbal no me hiciera esperar demasiado tiempo, porque la presencia de esa mujer me amedrentaba.

Contemplé por segunda vez la estancia. Las plantas transmitían una profunda pesadumbre al lucir un aspecto deshidratado y mustio.

Socorro respondió a un par de llamadas de teléfono con un tono que me resultó descortés. ¿Aníbal estaba al corriente de cómo esa mujer trataba a los clientes? ¿O su verdadera misión era espantarlos?

Al cabo de unos minutos, cansada de su escrutinio, decidí decirle lo que pensaba.

—Sabe usted que las plantas son seres vivos, ¿verdad? Esa que está ahí, con un poco de agua, sobreviviría perfectamente.

Ella miró la maceta con sus dedos todavía en el teclado y luego me contempló por encima de las gafas.

—Aníbal me ha dicho que eres escritora.

Me erguí, sujetando mi bolso sobre el regazo. ¿Le había hablado de mí?

—Bueno, eso intento. Aún no he publicado nada —respondí con una convulsa risita.

—Yo tengo una amiga que escribe. Tal vez la conozcas. Se llama Rosa Ortuño. Rosa *La Revoltosa*, ¿no te suena?

—No, lo siento. Lo cierto es que no me relaciono con muchos autores.

—Ella escribe cuentos para niños.

—Ajá —asentí a pesar de que me importaban un pimiento las fábulas de Rosa *La Revoltosa*.

—Antes era alcohólica, pero ella dice que escribir la salvó. Desde entonces escribe cuentos en los que les explica a los niños que beber alcohol es malo.

Fruncí el cejo tratando de entender cómo demonios hacía eso «La Revoltosa».

—Qué interesante.

—No, qué va. Los cuentos son una mierda. Tienen unas ilustraciones muy desagradables.

—Vaya…

—Pero, claro, ella se consuela sabiendo que sus familiares y amigos los compramos. De esa manera se hace llamar escritora y, ahora que ya no bebe, nadie se atreve a decirle que sus publicaciones son una basura. Imagínate, qué situación más embarazosa.

—Ya —bisbiseé por decir algo.

—Siempre que pienso en los escritores me pregunto cómo saben si su material es aceptable. Por ejemplo, en tu caso, si lo leen solo tus amigos y familiares y todos te dicen que tus libros son fantásticos, ¿cómo sabes si lo que has escrito es bueno o malo?

Sospeché que Aníbal le había comentado algo sobre mi novela y ella intentaba vengarse por aquello de la nota.

—Supongo que el secreto está en rodearte de personas honestas —mascullé con gesto receloso.

Socorro pretendía replicar, pero oímos pasos y voces cercanas. La conversación, por fortuna, quedó interrumpida.

Aníbal salió acompañando a un par de hombres trajeados. Se despidió de ellos de un modo cortés y luego se dirigió a mí.

—Gabi, pasa —comentó con naturalidad y expresión risueña.

—Claro.

Agarré mi bolso y me dispuse a seguirlo.

Socorro no dejó de observarme.

—Hay unas plantas artificiales preciosas en el sótano de El Corte Inglés. ¡Ah! Y una historia muy interesante la de Rosa *La Revoltosa*. Creo que empiezo a entender por qué era alcohólica.

Cerré la puerta del pasillo sin darle la oportunidad a Socorro de responder.

Cuando entré en el amplio despacho de Aníbal, me llevé una grata sorpresa. El aspecto de la zona interior relucía más sofisticado. Era evidente que acababa de reformar las paredes, porque aún olía a pintura. Tenía cajas en el suelo y cuadros aún por colgar. El mobiliario tradicional transmitía un enfoque multidisciplinar y elegante. Un ventanal en el lateral derecho mostraba unas vistas maravillosas al puerto marítimo. Al otro lado, una mesa de reuniones redonda con algunas sillas todavía envueltas en plástico de burbujas transparente.

—Una señora adorable, tu secretaria —comenté mientras analizaba la estancia.

Había un pequeño marco sobre su mesa, junto a su portátil. Un retrato de una mujer preciosa en blanco y negro. Deduje de inmediato que se trataba de su madre. Sus ojos y los de Aníbal eran idénticos.

—¿Socorro? Es buena persona. Un poco peculiar quizá, pero buena gente. Habéis tenido un mal comienzo, pero estoy seguro de que en cuanto la conozcas te caerá genial.

—Sí, seguro que sí.

—Siéntate, por favor. ¿Leíste el burofax? —preguntó él acomodándose en un sillón de piel blanco tras su escritorio de cristal y madera de nogal.

El asiento de confidente en el que me encontraba hacía juego con ese sillón, solo que al ser más bajo me sentí intimidada. Supuse que eso también formaba parte del ritual estratégico de Aníbal para impresionar a sus clientes, someterlos a sus interrogatorios y negociar con ellos.

—Sí. Y Josema también.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con él?

—Me llamó ayer.

—¿Te llamó? —inquirió con un fugaz alzado de cejas.

—Sí, estaba indignado. Y por el tono de su voz creo que también asustado.

—Gabi, siempre que hables con tu ex necesito saberlo —masculló

juntando las manos y cruzándolas encima de la mesa.

—Te lo estoy diciendo.

Su mirada azabache me interrogó sin palabras.

—Quiero que entiendas que no puedo defenderte si hay secretos entre nosotros.

—¿Qué secretos? Me llamó ayer y te lo estoy contando hoy —alegué encogiéndome de hombros.

—Está bien. Vale.

Hice un gesto confuso.

—Me gusta ser precavido —apostilló—. A veces me encuentro con matrimonios que hacen las paces en mitad de un proceso.

Mi expresión le dejó claro que esa posibilidad no cabía entre Josema y yo.

—Continúa, por favor.

—Pues eso, me llamó ayer y me dijo que le había llegado el burofax. Y bueno, aparte de llamarme cosas como puta chiflada o fracasada, también aseguró que no tenía dinero.

—¿Te insultó?

—Sí. Un poco. Tu escrito lo cabreó bastante —reí.

—Lo llamaré. Quería esperar los cinco días para ver si pagaba, pero si dices que te ha insultado tendré que hablar con él.

—Oh, no, no, Aníbal, no te preocupes. No me afecta en absoluto.

—A mí sí —aseguró rotundo.

Sus ojos continuaban observándome con detenimiento. Me sentí cohibida e hice como que curioseaba su despacho.

Él se dejó caer en el respaldo.

—He leído tu manuscrito —declaró tras unos segundos con la cabeza ligeramente ladeada.

—¿Y qué te ha parecido?

—¿Quieres que sea del todo sincero?

Pensé en Rosa *La Revoltosa*. Pobrecita.

—Si es que puedes, sí.

—Claro que puedo.

—Entonces, adelante —lo animé exaltada.

—Miller tiene buen gusto para los coches.

Sonreí y él me devolvió la sonrisa. No supe explicarle aquella singular casualidad.

Advertí que le sentaba bien el tono celeste de su camisa. Me fijé en

el oscuro vello de sus brazos, en su reloj de piel, en sus manos grandes, masculinas, que inspiraban seguridad.

—David me comentó que es la primera parte de una trilogía.

—Así es.

—Es buena. Engancha.

—¿Pero?

—Se puede mejorar muchísimo —aseguró.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero con muy poco.

Abrió un archivador que tenía a su derecha y sacó mi obra encuadernada. La dejó sobre la mesa, delante de mí.

Crucé los brazos, tratando de parecer relajada, sin embargo, mi cuerpo se había tensado de la cabeza a los pies.

—Miller es… brillante. Es despierta, valiente y astuta. Me gusta eso de que no tema a nada. Lo dejas claro muchas veces a lo largo de la historia. Sin embargo, hay algo en la narración que no parece encajar con ella. Suele implicarse demasiado en los casos. Es una persona pasional. Es evidente que empatiza con los familiares de las víctimas y vive cada caso como si le afectara personalmente. En cambio, la retratas como alguien incapaz de comprometerse o enredarse en una relación sentimental. No me cuadra esa parte. Cortas de raíz las escenas en las que ella se topa con Anderson.

—Es un *thriller*. No quiero una historia romántica —rebatí convencida de mi respuesta.

—¿Por qué no?

—Porque es un *thriller*, ya te lo he dicho.

—Pero quieres que la historia parezca real, ¿no?

—Pues claro.

—Entonces permíteme decirte que no lo parece.

Parpadeé un par de veces. Me removí inquieta. Quería aceptar las críticas de Aníbal con entereza, pero no entendía qué quería decirme.

—¿No parece una historia real porque no profundizo en su relación con Anderson?

—Exacto. No entiendo entonces para qué incluyes ese personaje si no vas a narrar lo que sucede entre ellos.

—¿A qué te refieres exactamente?

Cogió el manuscrito y lo abrió. Había marcado con pósits varias páginas.

—Espero que no te importe que haya hecho algunas anotaciones. Están en lápiz. Puedes borrarlas luego si quieres.

Asentí estupefacta. Él prosiguió:

—Por ejemplo, en esta escena: cuando Miller se lo encuentra en el bar tras encarcelar por primera vez a Korsakov. Esta conversación es muy excitante y profunda. Finalizas el capítulo diciendo que se van a la cama. Pero yo quiero saber qué sucede entre ellos en casa de Anderson. Quiero conocer a la Miller vulnerable. Sin su pistola y su placa. La Miller que se desnuda delante de un hombre con el que siente una conexión demoledora. No puedes contarle al lector tantos detalles sobre ellos si luego vas a obviar la relación sentimental.

—¿Quieres que narre una escena de sexo?

—Sí, si es eso lo que sucede esa noche. Aquí dices que se van juntos y luego pasas al capítulo siguiente dando por hecho que el sexo entre ellos es catártico, pero que Miller se niega a intimar con él fuera de esa habitación.

—No pienso introducir escenas de sexo en mi novela. No quiero que se convierta en una novela erótica.

—¿Qué? Yo tampoco te estoy diciendo que escribas una novela erótica. Te estoy proponiendo que seas sincera con el lector y le cuentes la verdad. Lo que sucede entre ellos. Está claro que estamos ante un *thriller*, pero si quieres que sea real tienes que exponer los sentimientos de los protagonistas. Sus sensaciones y emociones. Y, en mi opinión, aquí hay una ausencia muy necesaria para el desarrollo de la historia.

Necesitaba un poco de agua. Me encontraba ante mi primera gran crítica. Paralizada y trabada a los ojos y las palabras de Aníbal.

—Es que yo… no sé cómo hacerlo.

—¿Bromeas? ¿No sabes cómo escribir una escena de sexo?

—No…

Él se puso en pie y se movió de un lado a otro con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje.

—¿Me estás diciendo que sabes describir perfectamente cómo un despiadado criminal comete crímenes atroces, cómo un forense disecciona un cadáver para su autopsia o cómo Miller es capaz de resistir a sádicas torturas y no sabes escribir una escena de sexo?

Tragué saliva.

—No me lo creo, Gabi.

—Pues es la verdad.

Se masajeó la nuca en silencio.

—Esto me recuerda a las vistas de divorcio a las que asisto normalmente. La gente es capaz de contar en una audiencia pública sus trapos más sucios, de insultarse, de narrar episodios vergonzosos, sin embargo, en cuanto les preguntas cómo eran las cosas cuando se conocieron son incapaces de sincerarse. A veces creo que vivimos en un mundo en el que es más fácil hablar de odio que de amor.

—No creo que eso tenga mucha relación con escribir una escena de sexo en una novela. Hablas de algo muy diferente —farfullé molesta.

—¿En serio? Lo que intento decirte es que no te da pudor escribir sobre un crimen, pero ¿sí sobre sexo y amor?

—Bueno, yo… No puedo evitarlo.

—Pues debes hacerlo. Porque si quieres ser una buena escritora no puedes mentirles a los lectores. A ellos no.

—No considero que esté mintiéndole a nadie.

—Estás omitiendo una información que es relevante para la historia. Querías que fuese crítico, ¿no? Si no te apetece escribir qué sucede entre Anderson y Miller dentro de esa habitación, mi opinión es que elimines a Anderson de la historia.

—No puedo hacer eso. Trastocaría toda la trama.

Se apoyó en una de las esquinas de la mesa y cruzó los tobillos.

—Exacto, y eso sería un grave error. Mi consejo es que te despojes de ese pudor cuando te sientes delante del ordenador, Gabi. Tienes que desnudarte por completo. Solo así lograrás transmitir. Escribes muy bien. La historia es fascinante, pero yo quiero conocer los puntos débiles de Miller. Quiero saber cómo son sus orgasmos. Cómo se comporta en la intimidad con ese hombre. Ansío averiguar si es tan fría como aparenta ser o en realidad en la cama es una mujer tremendamente pasional. No hablo de una escena de sexo en sí. Existen muchas maneras de contar qué sucedió esa noche entre ellos. Solo tienes que encontrar el modo de hacerlo.

Abrí la boca un par de veces y la volví a cerrar. Lo que decía tenía mucho sentido, pero el temor a no poder hacerlo, a no poder arreglar algo que ya estaba escrito me produjo un sentimiento de contrariedad.

—Este es tu primer borrador, ¿verdad? —indagó él ante mi confusa expresión.

—Sí.

—Tienes que pulirlo mucho más.

—De acuerdo —bisbiseé perpleja.

—Siento ser tan sincero, pero es lo que pienso.

—No debes disculparte —carraspeé—. Te agradezco la sinceridad.

—Pues pareces decepcionada.

—Bueno, en parte sí. No lo sé. Solo había oído la opinión de mis hermanas y de David, y ellos siempre me han dicho que es perfecta.

—Para ser tu primera novela seguramente lo sea. Pero tú aspiras a que sea un *bestseller*, ¿no? En ese caso, te queda mucho trabajo por delante.

—Un *bestseller* —repetí riendo.

—¿Por qué te ríes? Todos los escritores aspiran a ello.

—Bueno, yo me conformo con que alguna editorial quiera publicarla.

—Pues te aseguro que conformarse debe ser la última opción —respondió él muy serio, regresando a su sillón.

—¿Perdón?

—¿Estás diciéndome que vas a quedarte ahí sentada esperando hasta que eso ocurra? ¿A que algún editor, seguramente hastiado en su despacho, decida si tu obra es buena o mala? Créeme, Gabi, eso es muy difícil. Tu nombre será el último de una larga lista. Si quieres algo debes ir a por ello. Nadie va a venir y te va a servir la oportunidad en bandeja. Eso ocurre muy pocas veces.

—¿Y qué puedo hacer?

—Podrías autopublicarte.

Cerré los ojos y suspiré. Eso era justo lo que siempre me decía Josema, basándose en la experiencia de sus amigos de Malasaña. Aquella panda de motejadores que se creían intelectuales y cuyas obras adquirían solo sus amigos y familiares y que probablemente se rodeaban de la misma gente que Rosa *La Revoltosa*.

No, la idea de autopublicarme no me seducía.

—¿Por qué pones esa cara? Muchos grandes autores se dieron a conocer autopublicando sus obras. Es un riesgo importante. Pero si no te arriesgas, jamás sabrás qué puede pasar.

—Lo sé. Es solo que… me da miedo fracasar.

Él curvó los labios dibujando en su rostro una sonrisa preciosa.

Maldita sea, ¿por qué me parecía más mono cuanto más lo miraba?

—Ese miedo es alentador, Gabi. Es un miedo bueno, pero en la

vida hay que correr riesgos. Piénsalo.

—De acuerdo, lo pensaré.

Me froté los muslos y tomé una bocanada de aire.

—Y hablando de riesgos —dijo él cambiando de tema y alcanzando una carpeta que había junto a su ordenador—. No es al riesgo de robar carteras al que me refiero. Eso estuvo mal. Aun así he averiguado algo.

—¿De verdad?

—Sí, hice algunas llamadas y pedí la vida laboral y los antecedentes del tal Emiliano. Tiene un contrato de pocas horas en ese sitio, El Pollo Colombiano. Al parecer es familia del tipo que figura como gerente del negocio. Comparten apellido. El local acumula algunas sanciones de Sanidad y ambos tienen antecedentes por robo con violencia. He buscado también información de todas las personas que han trabajado allí. Suelen contratar a colectivos desfavorecidos, sobre todo a jóvenes con riesgo de exclusión social.

—Explícate un poco más.

—Bueno, es posible que hayan tenido a inmigrantes, drogodependientes o expresidiarios dentro de la plantilla. Quizá no anduvieras tan descaminada cuando me dijiste que los dos tipos a los que viste podrían tener relación con ese lugar. Tengo que hacer algunas averiguaciones más, pero ahora todo va cobrando sentido —musitó él meditabundo.

—Pero ¿por qué destrozaron tu coche? ¿Qué está pasando, Aníbal?

—Es una historia… complicada. Quiero meter entre rejas a un empresario de esta ciudad. No puedo darte mucha información por el momento. Pero sospecho que él anda tras los destrozos de mi coche.

—¿No puedes darme información? Es decir, me pides que haga de detective, que investigue quién arañó tu Mustang ¿y ahora me dices que no puedes darme información?

—Es por tu seguridad.

—Por mi seguridad.

—Debo comprobar si hay alguna relación entre los tipos que trabajan en ese sitio y las empresas de esa persona. Cuando te dije que investigaras, lo hice para presionarte un poco y que me describieras mejor a los individuos que viste. El día que fui a tu casa parecías reacia a hablar conmigo. Por eso te propuse representarte a cambio de que indagaras un poco. No me refería a que fueras a ese sitio y le

robaras la cartera a un tío con pinta de matón. Eso ya se te fue de las manos.

—Ya te he dicho que el hurto fue cosa de Asunción.

—Sí, sí, bueno, sea como sea, es mejor que te olvides de esto. Céntrate en la novela, Gabi. Me gustaría volver a leerla cuando hayas arreglado lo que te he dicho. Y piensa en lo de la autopublicación —dijo mirando el reloj de su muñeca y entregándome el manuscrito—. Ahora debo marcharme. Salgo para Madrid con uno de mis socios dentro de una hora. Un asunto del bufete.

—Ah, vale. Sí, yo también tengo que irme.

Me puse de pie y me pegué la novela al pecho.

—Espérame y bajamos juntos —comentó guardando unos documentos en su maletín y alcanzando su chaqueta.

Aguardé un poco cohibida a que terminara de recoger sus cosas. Me sentía abrumada por todo lo que habíamos hablado. A pesar de las críticas, sabía que Aníbal había disfrutado con mi obra. Lo percibía por la manera en la que se mostró tan interesado y fascinado al mismo tiempo. Él me sujetó la puerta al salir. Su cercanía comenzó a confundirme cada vez más.

En el recibidor, me encontré de nuevo con la curiosa mirada de Socorro.

—¿Te vas? —le preguntó a Aníbal, que por aquel entonces había colocado una mano en la parte baja de mi espalda y me instaba a avanzar.

Ella no perdió pista a ese detalle.

—Sí, salgo para Madrid.

—Es cierto —murmuró la secretaria ojeando su agenda.

—Te veré el martes.

—De acuerdo. Buen finde, jefe.

—Gracias. Igualmente, Socorro.

—Adiós, Gabriela —comentó ella abriendo y cerrando su manita, fingiendo una amabilidad inexistente.

—Hasta luego, Socorro. Saludos a Rosa *La Revoltosa*.

Su expresión se contrajo, pero Aníbal no llegó a verla.

—¿Quién es Rosa *La Revoltosa*? —preguntó él de camino al ascensor.

—¿Qué? No, nadie. Una amiga que tenemos en común. Escribe cuentos.

—Qué interesante.

—Sí, sí…

Nos detuvimos delante del elevador. Él volvió a sacar a relucir la historia de Miller. Sonreía cada vez que hablaba de ella.

—Me gustó mucho la parte en la que entra en el club de Korsakov. La manera en la que se enfrenta a los matones y los engaña para acceder a su despacho. Dime, ¿cómo se te ocurren esas cosas? —recitó embelesado mientras esperábamos.

Se había colgado el asa del maletín al hombro y llevaba la chaqueta apoyada sobre la solapa. El botón superior de su camisa permanecía desabrochado. Me pregunté por qué demonios no me concentraba en lo que él me contaba en vez de prestar atención a detalles como su pronunciada mandíbula y aquella barba de tres días. ¿Por qué sus labios me parecían ahora más carnosos y rosados? ¿Por qué su sonrisa sincera hablando de mi personaje favorito me aceleraba el pulso? ¿Por qué empezaba a encontrar a Aníbal tan… irresistible?

Sacudí ligeramente la cabeza e intenté responderle sin que la voz me temblara.

—No lo sé. Las escenas aparecen en mi mente sin más —contesté encogiéndome de hombros.

Cuando accedimos al ascensor, él se situó muy cerca de mí a pesar de que había espacio suficiente para seis personas. Al menos, eso me pareció.

—Hay algo que siempre me ha intrigado de los escritores.

—¿El qué?

—Pues, por ejemplo, cuando te surge la idea, ¿ya sabes cómo va a acabar la historia o vas improvisando?

No pude evitar imaginar que el ascensor se detenía y me quedaba allí dentro atrapada con él. A Miller le había sucedido algo parecido con Anderson en la comisaría. Pero eso era la vida real. El ascensor funcionaba perfectamente y llegó a la planta baja mucho antes de lo que yo habría deseado.

—Casi siempre sé el principio y el final, luego la trama la voy ordenando como si de un puzle se tratara —respondí a medida que salíamos.

Nos detuvimos justo a unos pasos de la puerta que daba a la calle.

El portal era amplio, pero no había mucha luz. A su espalda, un cartel enorme mostraba los nombres de las diferentes oficinas que se

situaban en el edificio. Un suave olor a friegasuelos cítrico inundó mis fosas nasales. El mármol aún permanecía húmedo, sin embargo, allí no había nadie. No estaba la señora de la limpieza y el mostrador de la entrada, que supuestamente debía ocupar un conserje, también se hallaba desierto.

Había llegado el momento de despedirnos.

—El principio y el final —murmuró él asintiendo—. Qué interesante.

Un sosiego largo quedó suspendido entre su cuerpo y el mío.

No quería marcharme. Deseaba charlar con él durante más tiempo.

—Tengo que irme —repitió mirando otra vez su reloj—. Llamaré a Josema y te mantendré informada.

Sus ojos regresaron a mi rostro. Me contempló unos largos segundos. Conjeturé que él, al igual que yo, profundizaba en mi aspecto. Como si buscara un veredicto en mi blanca tez, en el perfilado de mis cejas, en la comisura de mi boca, en mi media melena chocolate, cuyo largo abrazaba la línea de mis hombros. Su descarado sondeo finalizó en el cuello de mi blusa, justo en el vértice popularmente censurado.

—Me ha gustado mucho leer tu novela. Has sido todo un descubrimiento.

Viajé por el ardor de su mirada y quedé atrapada en el brillo abrumador que desprendía.

—Gracias por todo, Aníbal.

—No hay de qué.

Otra pausa irrespirable.

Sus palabras comenzaron a repetirse en mi mente. Aquello que había dicho del riesgo: «… si no te arriesgas, jamás sabrás qué puede pasar».

De repente, hechizada por su inspección, confundida por su proximidad, cautivada por su absorbente verborrea y por un centenar de señales que supuestamente interpreté de un modo erróneo, se me ocurrió adelantarme y… ¡besarlo!

Así, a la deriva. Como si de pronto me hubiesen puesto unos patines por primera vez y mi inclinación por aventurarme hubiera vencido las consecuencias de encontrarme con un muro de hormigón al final de una larga y peligrosa cuesta.

Él creyó que iba a darle dos besos y me hizo una cobra que

superaba con creces la de Bisbal a Chenoa.

«Bien, Gabi. ¡Bravo!»

El beso quedó flotando en el aire entre su mejilla, el cuello de su camisa y el lóbulo de la oreja.

Creo que he llegado a ese momento de la historia en el que debo ser más específica con algunos atributos de mi personalidad. Del mismo modo que mi sentido del ridículo a veces era extremo, otras, mi nivel de estupidez lo transformaba en inexistente.

—¿Ibas a besarme? —inquirió él sorprendido.

«¡Madre mía, qué vergüenza!»

En mi expuesta imaginación, un tocadiscos intangible detuvo una canción idílica.

—¡¿Qué?! ¡Claro que no!

Retrocedió un paso, frunciendo el cejo y con una sonrisita irritante pintada en los labios. Intuí que estaba un poco nervioso.

—Gabi, creo que has intentado besarme. Pensé que ibas a darme dos besos, pero en el último momento he comprendido que querías…

—Pero ¿qué dices? ¡Que no! Ha sido un… malentendido —protesté retrocediendo yo también.

—Gabi…, yo… tengo novia.

Un vaso de agua en la cara me habría resultado agradable comparado con lo que me provocaron esas cuatro palabras.

—Muy bien, pues me alegro por ti —mascullé adelantándome y agarrando el pomo de la puerta para largarme. Sin embargo, él la detuvo con la mano.

Los latidos de mi corazón me impedían respirar.

—No quiero que te vayas así. ¿Puedes explicarme qué acaba de suceder?

Solté una carcajada histérica.

—No ha pasado nada. Esto es absurdo —me defendí atrapada.

Él tenía la puerta bloqueada.

Silencio.

Uno.

Dos.

—Esto es culpa mía. El otro día, en casa de tu hermana, coqueteé contigo. Siento si te he confundido.

—No estoy confundida. Solo ha sido una tontería. Un accidente —balbuceé tratando de ignorar su perfume.

—No bromeaba cuando te dije que no me acuesto con mis clientes.

Quería empujarlo y correr en busca de mi dignidad, pero por alguna extraña fuerza invisible apenas fui capaz de moverme. Sus labios volvían a estar allí. A mi alcance. Su mirada me examinaba con minuciosidad.

Aníbal era un mentiroso profesional. Un experto embustero. La única persona que conocía hasta el momento capaz de asegurarte una cosa sin pestañear a pesar de pensar justamente lo contrario.

—No entiendo nada. Creí que me odiabas.

Yo, en cambio, era una trolera nefasta.

—Y aún te odio —afirmé.

—Pero también te gusto.

—No.

—¿No? ¿Ni un poquito?

—Bueno, vale, un poco sí. Pero, tranquilo, se me pasará.

Él apartó unos segundos la mirada de mí. Por un instante me pareció que sonreía, pero luego se puso serio.

—No puedo representarte si hay algo entre nosotros. Tendrás que buscarte otro abogado.

Las consecuencias me estallaron en el pensamiento como un enorme globo de agua.

Me alejé de él unos pasos, moviéndome como un canario en una jaula diminuta. Justo así me sentía. Solo que no anduve como un canario, claro.

—¿Qué? No. No. No. Quiero que seas tú. No puedo arriesgarme a perder mi dinero y mis libros. Además, tampoco me gustas tanto. Creo que me he confundido. No lo sé. Llevo tanto tiempo sin…, bueno, sin eso, que supongo que he malinterpretado tu amabilidad. Ya ves, hace una semana no te soportaba delante de mi vista y ahora estoy haciendo el ridículo más espantoso de mi vida —apostillé frotándome la frente.

Él se humedeció los labios haciendo lo imposible por no reírse.

De repente me di cuenta de que me gustaba mucho Aníbal. ¿Qué cojones me estaba pasando? ¿Por qué me excitaba tanto que me mirase de ese modo? ¿Por qué lo encontraba tan increíblemente atractivo, listo y adorable?

—No es ridículo sincerarse, Gabi. De hecho, me parece muy sexy.

—Deja de decir esas cosas. No estás colaborando.

Un profundo suspiro salió de su pecho. Ojeó otra vez su reloj.

—Tengo que irme. Pero me gustaría que hablásemos de esto más tranquilos.

—No, no tenemos que hablar sobre nada. Sigues siendo mi abogado, que te quede claro —lo amenacé señalándolo con el dedo.

Él miró al suelo. Luego se mesó el pelo. Quise hacerme pequeñita y desaparecer. Quise retroceder en el tiempo y eliminar lo que acababa de suceder, pero en este caso no había ninguna tecla para poder suprimir la escena.

—Adiós, Aníbal.

Escapé de ese portal y de la intensidad de su mirada antes de que mi corazón sufriese un paro cardíaco. Me sudaban las manos y todo el cuerpo.

Caminé sin rumbo durante bastante tiempo. Hacía un calor de mil demonios y en mi mente no dejaba de repetirse aquel estúpido beso que había quedado suspendido sobre mi vergüenza.

«¡Qué gilipollas eres, Gabi! ¿Cómo se te ha ocurrido besarlo?»

Hasta ese momento, pensaba que la cobra de Aníbal era lo peor que me había sucedido en la vida. Ni siquiera la canción traicionera de Josema y ver el insípido libro de Cecilia en todas las estanterías de las librerías me provocaron tanto malestar comparado con la sensación de haber perdido la poca decencia que me quedaba.

Creí que no habría nada peor que eso. Que nada me haría sentirme más humillada que la certeza de que el propio Aníbal acababa de rechazarme.

Continué caminando, tratando de oxigenarme a pesar de que ese día el habitual viento de levante gaditano permanecía en calma. Crucé de acera, bordeando el muelle Alfonso XIII y admirando los gigantescos cruceros que permanecían allí anclados. Le eché un vistazo al manuscrito. A su caligrafía en lápiz.

«Joder», murmuré aferrándolo a mi pecho.

Pensé en David y en Raquel, tratando de encontrar culpables a mi desgracia. Sacudí la cabeza, pues solo los inútiles hallan consuelo en la culpabilidad en vez de buscar soluciones. Pero ¿había alguna solución posible a lo que acababa de suceder en el interior de ese portal? No, no la había.

Enfilé la avenida del Descubrimiento por el simple hecho de alargar el camino y sin otro interés que pasear por aquella tranquila

zona y esperar a que mi nefasto estado de ánimo y mi pulso se apaciguaran. Decidí retardar mi regreso a casa y visitar el único lugar en el mundo al que alguna que otra vez había recurrido buscando consuelo. Allí, en la Punta de San Felipe, donde años atrás habíamos esparcido las cenizas de mi padre. Quería sentarme mirando al mar, recurrir a sus recuerdos y olvidarme de todo lo demás. Deseaba conectar con la naturaleza y con la paz que me proporcionaba recordar los sabios consejos, la templanza y la benevolencia de mi progenitor.

Sin embargo, cuando dejé atrás la entrada del parking Muelle Reina Sofía, una furgoneta blanca se detuvo a mi altura.

Todo sucedió muy rápidamente.

El sonido de las ruedas frenando sobre el asfalto caliente.

Unos cegadores rayos de sol dificultándome la visibilidad.

Dos tipos enormes bajando del vehículo con los rostros cubiertos por unos pasamontañas.

Una bolsa de tela en mi cabeza.

Un grito profundo y desgarrador saliendo de mi propia garganta.

Un golpe seco, intenso y doloroso en la nuca.

Un precipicio sin aire.

El manuscrito cayendo en la acera.

Y la inspectora Miller sin poder ayudarme.

12

Rescate

Reconozco que siempre fui una presa fácil para los abusones de turno. Esa especie de sabrosa carnaza que atraía a agresores en cuerpos de niños capaces de provocar consecuencias psicológicas irreversibles en sus víctimas.

Menuda, silenciosa e independiente, me importaba muy poco la vida de los demás. No era una antisocial, que conste. Pero me gustaba ir a lo mío, y con los años comprendí que eso irrita a un determinado tipo de personas.

Por suerte, Raquel y yo no nos parecíamos en absoluto. Ya me habría gustado. Ella contaba con las agallas suficientes para partirle la cara a cualquiera que se atreviese a meterse conmigo. Le daba igual el sexo o la edad. Raquel no se amilanaba ante nadie. Y, no, mi hermana no poseía un carácter agresivo, pero no soportaba que me hostigaran.

Recuerdo el día en que en el patio de la escuela una chica de un curso superior al mío me ordenó de mala gana que me quitara del lugar donde me encontraba leyendo, solo porque en ese instante le apetecía incordiar.

—Tía, déjala, es la hermana de Raquel Solari —oí decir a su amiga.

La expresión de la interpelada fue muy cómica. Pasó de la audacia al acoquinamiento en milésimas de segundo. Me miró incapaz de creer que Raquel y yo fuésemos parientes. Por entonces mi hermana lucía una melena brillante y cobriza y gozaba de un cuerpo atlético propio de una jugadora de baloncesto. Y no es que Raquel fuese muy alta para ese deporte, todo lo contrario. Ella habría sido como el Earl Boykins de su equipo. Yo, en cambio, no practicaba ejercicio salvo por las clases de gimnasia obligatorias. Prefería emplear mi tiempo libre leyendo lo que cayese en mis manos.

Carismática, intrépida y con un connatural sentido de la justicia, nadie en el instituto osaba incordiar a Raquel, y mucho menos a su hermana. Eso me proporcionó inmunidad durante la etapa escolar.

Raquel, sin embargo, no estaba conmigo cuando dos desconocidos me raptaron a plena luz del día.

*

Sentí unas palmadas en el rostro.

—¡Eh, pendeja! Despierta, que no ha sido para tanto —oí decir a alguien antes de que mis ojos se abrieran.

Me costó bastante enfocar la visión. Un terrible dolor de cabeza en la zona de la nuca me obligó a mover el cuello. Comprendí que me encontraba atada de pies y manos y una oleada de pánico se apoderó de mí.

—Te has pasado con el golpe. Te dije que no le dieras tan fuerte.

—Se puso a gritar, ¿qué querías que hiciera?

Fui a decir algo, pero no pude. Un trozo de cinta adhesiva tapaba mi boca. La misma cinta que habían utilizado para sujetarme a esa incómoda silla de plástico.

Mis peores temores se hacían realidad. Había imaginado un millón de escenas sobre secuestros, no obstante, aquello superaba con creces a mi imaginación. El miedo que me recorría era tan atroz que pensé que perdería el conocimiento de nuevo. Tardé unos segundos en asimilar que, por mucho que me revolviera, no iba a lograr soltarme.

Parpadeé tratando de reconocer a las dos personas que se hallaban delante de mí. Mis gafas habían desaparecido, así como el resto de mis cosas. La estancia permanecía en penumbra. Una bombilla en la parte superior de la puerta y la escasa claridad que se filtraba por una pequeña ventana era toda la luz de la que disponíamos. A pesar de todo, identifiqué a uno de ellos: Emiliano Jaramillo.

Si hasta entonces estaba asustada, cuando ese hombre se plantó de nuevo delante de mí y se agachó para poner su rostro a unos escasos centímetros del mío, la sangre de mi cuerpo se congeló.

—Si prometes que no vas a gritar, te quitaré la cinta, ¿sí o qué?

Asentí como si tuviese un tic.

La cicatriz de su mejilla a esa distancia resultaba mucho más profunda y rugosa. Iba vestido con una camiseta de tirantes blanca y sucia que dejaba a la vista unos brazos gruesos, bronceados y cubiertos de tatuajes.

Lo que vino a continuación fue un enérgico tirón que creí que se habría llevado parte de mi piel.

—¿Qué… quieren de mí? —logré articular con un hilillo de voz.

—Esa pregunta debería hacértela yo, ¿no crees?

Se movió de un lado a otro con las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Llevaba un cuchillo jamonero en uno de esos bolsillos. Su intención fue mostrármelo.

—El otro día viniste con tu abuelita y te pusiste a hacer preguntas un tanto raras. Y, por si fuera poco, cuando te marchaste, me robaste la cartera.

Me revolví desesperada analizando el lugar. Aquel cuartucho oscuro, que olía a líquido para cucarachas, repleto de cajas, sillas amontonadas y mugre, debía de ser el almacén del asador de pollos. Lo deduje porque desde la pequeña ventana que daba al exterior identifiqué la calle Brasil.

Quise gritar, pero Emiliano, intuyendo mis intenciones, sacó el cuchillo y toqueteó la hoja.

—¡¿Qué?! No, no. No fui yo. Verá, fue un malentendido.

—¿Un malentendido?

Lo observé darse la vuelta y dirigirse hacia una mesa descuidada y cochambrosa ubicada entre las cajas. Había trozos de un pollo descuartizado, unas tijeras enormes y otros utensilios de cocina que no inspiraban confianza. El otro tipo se hallaba sentado sobre la superficie. Era mucho más menudo que Emiliano, pero sus rasgos acentuados y su nariz torcida le aportaban un aspecto de indudable malhechor. Acto seguido, avisté que habían extraído mis cosas del bolso y que se encontraban repartidas junto a las rebañaduras de carne.

Olvidé todo lo demás cuando divisé el manuscrito.

¡Mi manuscrito!

—Te llamas Gabriela Solari, ¿verdad? —inquirió alcanzando mi DNI.

«Oh, Dios mío…»

—Oiga, yo no robé su cartera. Fue… mi abuelita —apelé pensando en Asunción—. Ella tiene un problema. Es… cleptómana. Lo siento mucho. La deposité en un buzón al día siguiente. Siento las molestias.

—¿Para quién trabajas, Solari?

—¿Qué? Para nadie. Estoy en paro.

El otro tipo chasqueó la lengua con desagrado. No era la respuesta que esperaban.

—Mira, no me gustaría hacerte daño. Si quieres salir de esta habitación con todas las extremidades, deberás colaborar.

Me miré los brazos y las piernas. El pulso me latía a un ritmo desbordado.

—Oiga, oiga, que no trabajo para nadie. Se lo juro por mi vida. Yo antes vivía en Madrid, pero mi novio me dejó por Cecilia Rock, ¿saben quién es?

Jaramillo frunció el cejo con expresión colérica.

—¿Cecilia Rock? ¿La bloguera? Un momento —adujo el bandido bajito.

Se bajó de la mesa de un salto y se aproximó a unas estanterías que había detrás de mí. Al cabo de unos segundos me enseñó el libro de Cecilia: *Consejos Rock*.

—¿Esta Cecilia?

—Sí, esa —resoplé con los ojos en blanco.

El rostro de Cecilia se me antojó aún más odioso en esos momentos.

—Emi, esta hembrita es el ídolo de mi Mariela. Es una de esas *youtubers* famosas. Mi hija se pasa el día viendo sus vídeos.

—Pues su novio era antes mi novio, pero me dejó con una canción. Por ese motivo me fui de Madrid y perdí mi empleo. Eso fue hace seis meses y desde entonces sigo en paro.

—¿Así que la tal Cecilia te levantó el novio? —bufó el bajito dispuesto a hundir el dedito en la llaga.

—Sí, señor.

—¡Me importa un carajo! Lo que quiero saber es por qué te colaste por aquí haciendo preguntitas —protestó Emiliano ignorando mi catástrofe sentimental.

—Yo…, bueno, ya se lo dije, estoy haciendo un estudio de mercado para un máster de la universidad.

—¡Mentira! Te lo preguntaré una vez más y espero por tu bien que me digas la verdad. ¿Para quién trabajas, carajo?

—No trabajo para nadie. Por favor, tienen que creerme. ¡Estoy en paro! Se lo juro por mi vida. Soy escritora. Bueno, intento serlo. Esa es mi primera novela. Es un *thriller* —aclaré señalando el manuscrito que permanecía encima de la mesa junto a mis otras pertenencias—. Ni siquiera la he publicado aún. Cuando ustedes me han raptado venía del despacho de un amigo. Habíamos estado comentando mi obra. No sé quién creen que soy, pero les aseguro que se están confundiendo.

El tipo bajito cogió el cuadernillo y lo abrió para ojear el

contenido.

—¿En qué quedamos? ¿Eres escritora o universitaria?

—Ehh…, bueno…, ambas cosas. Sigo formándome mientras consigo trabajo.

Un silencio contaminado con mi agitada respiración se alargó unos segundos.

—¿Sabes qué es lo que hacemos en Colombia con las mentirosas?

—¿El qué? —titubeé apocada.

Jaramillo levantó el cuchillo y lo situó cerca de su barbilla. Luego me enseñó la lengua con un gesto burdo y soez.

—Ya…, pero no estamos en Colombia. Esto es… Cádiz. Aquí la gente no hace esas cosas. Somos personas alegres y nos encanta la playa, las siestas y el carnaval —balbuceé a punto de sufrir un ataque de histeria.

—Te crees muy graciosilla, ¿verdad?

—Oigan, ¿qué quieren de mí?

—Está bien. Iré al grano, *güevona*. El otro día me robaste la cartera y eso me puso de muy mala leche. Así que para compensar los daños mi primo Camilo y yo hemos pensado que con mil euros podríamos olvidarnos del asunto. ¿Sí o qué, Camilo?

—Mil euros estaría bien. No es mucha plata.

—¡¿Qué?! Yo no tengo mil euros. ¿Se han vuelto locos? ¿Es que no me han oído? ¡Estoy en paro!

Jaramillo se giró, se dirigió hacia la mesa y cogió de nuevo mi DNI. Sacó su teléfono móvil del bolsillo e hizo una fotografía al documento.

—Solari —susurró pensativo—. Ni te imaginas lo fácil que resulta para gente como nosotros entrar de noche en tu casa, matar a tu mamá, a tu papá, a tu abuelita, a tu gatito, a tu canario… Tú ni siquiera te darías cuenta.

—¿Se han vuelto locos? Irían a la cárcel —carraspeé muerta de miedo.

—Es posible. Pero, créeme, para mi primo y para mí, la cárcel no es un mal sitio. Aun así, no queremos hacerlo. Vinimos desde Colombia con la esperanza de montar un nuevo negocio, sin embargo, las cosas en esta tierra son muy complicadas. El Pollo Colombiano solo da pérdidas, y es por ello por lo que tenemos que recurrir a otros trabajos. Queremos ser una familia decente, pero es difícil teniendo

deudas. Así que tú vas a ayudarnos, ¿sí?

—¿Yo?

—Sí, tú, *mija* —cuchicheó acercándose y acariciándome la mejilla con la fría hoja del cuchillo. La deslizó por mi cuello y mi escote, provocándome un horrible escalofrío—. Mil euros, gatita. Solo la plata y luego nos olvidaremos del asunto.

Parpadeé quieta como un cadáver. Luego acepté muda.

—Buena chica.

¿De dónde demonios iba yo a sacar los mil euros? Mi única esperanza era que Josema me pagara. Pero ¿y si se negaba?

Mi móvil sonó en ese mismo instante y ellos dos se miraron.

Camilo se aproximó a la mesa y ojeó la pantalla.

—«Mario sobrino» —anunció leyendo el nombre de la llamada entrante.

—Déjelo que suene. No es urgente —comenté con las pulsaciones desorbitadas.

Al principio asintieron conformes y, tras varios tonos, el teléfono dejó de sonar. Acto seguido oí el pitido de un wasap.

Camilo lo leyó en voz alta:

—«Gabi, llámame. Es urgente.» Así que tienes un sobrinito…

Otro silencio denso. Tragué saliva aterrada.

—Llámalo —me ordenó Jaramillo.

—No es necesario. Mi sobrino me llama para tonterías. Les aseguro que no es urgente.

—¡Llámalo! Y ni se te ocurra comportarte de un modo extraño o te rajo el cuello, pendeja. Pon el altavoz.

—Está bien. Está bien.

Camilo depositó el móvil en mi regazo. Tenía las muñecas atadas, pero pude desbloquearlo con dificultad y pulsar el nombre de Mario. Mi sobrino respondió al segundo tono.

—Gabi.

La punta del cuchillo me presionó la vena aorta.

—Di-me, Mario. ¿Qué te ocurre?

—¿Has pensado en lo que hablamos?

—¿Sobre qué? —interpelé sudando, aunque en cuanto terminé de formular esas dos palabras recordé lo de la caja de condones.

—Gabi, necesitamos que nos ayudes. Ya sabes.

—Este no es un buen momento.

—Kike intentó ayer ponerse uno y dice que le sobra bastante. No sabemos si van por tallas. He pensado que podrías venir esta tarde a casa. También llamaré a Kike y a Pablo. Mis padres no estarán. Mamá tiene que trabajar y papá va a llevar a Carmen a un cumpleaños.

—Mario, ¿qué parte no has entendido de que este no es un buen momento? —mascullé paseando la mirada de Jaramillo a Camilo, que me acechaban sin parpadear.

—Por favoooooor… Les prometí a mis amigos que nos ayudarías.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Porque no sé a quién más recurrir. Y tú sabes de estas cosas. O deberías.

—Y dale. Que no puedo. Tengo que… escribir hoy.

—No te robaremos mucho tiempo. Además, me gustaría que hablaras con Kike, está muy preocupado con el aspecto de su pene. Pablo el otro día se burló de él y lo llamó «pito oruga». ¿Crees que se le quedará así para siempre? Yo le he dicho que no, pero supongo que tú habrás visto varios penes de adultos. Eso dice Pablo. Es lo normal, estás soltera y no tienes novio.

Camilo y Jaramillo se miraron. No supe descifrar sus expresiones.

—Pablo se equivoca, Mario. Es cierto que estoy soltera, pero también arruinada, y por ahora mi suerte no tiene pinta de que vaya a cambiar mucho. Así que olvidaos del asunto de los condones y poneos a estudiar.

—Gabiiiii…

—¡Adiós, Mario! —concluí pulsando la tecla roja.

Quería apartarme una gota de sudor de la frente, pero obviamente fue imposible.

—¿De qué iba todo eso? —indagó Camilo mientras cruzaba los brazos.

—Mi sobrino tiene trece años y quiere que les explique a sus amigos y a él cómo usar preservativos.

—¿Y no piensas ayudarlos?

—No.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque estoy secuestrada en un asador de pollos y no sé cuándo demonios saldré de aquí, y en segundo lugar, porque hoy lo último que me apetece es hablar con mi sobrino y sus amigos de sus extraños y diminutos penes. Creo que son bastantes

emociones en un solo día. ¿No les parece?

Omití mencionar lo de la cobra de Aníbal.

—No deberías mofarte de eso, ¿sabes? El chico está depositando la confianza en ti. Tener el pene pequeño es algo que puede traumatizar mucho a ese tal Kike.

No sé por qué, pero intuí que Camilo sabía de lo que hablaba.

—¿Qué? Yo no me he burlado de nadie.

—Acabas de decir que sus penes son diminutos y extraños. ¿Cierto?

—Es una forma de hablar.

—Una forma muy fea, pues, muchacha. Es tu sobrino. Si el chiquito te llamó pidiéndote ayuda, deberías ayudarlo. Llámalo y dile que lo harás.

—¿En serio?

—¿Tenemos pinta de bromear, *güevona*? —gruñó Jaramillo.

—Está bien. Está bien.

Volví a marcar el teléfono de Mario con dedos temblorosos. Los dos me examinaban con minuciosidad.

—Dime, Gabi.

—Mario, he cambiado de opinión.

—¿Ah, sí?

—Sí. Os ayudaré. Esta tarde iré a tu casa.

—¿De verdad? Muchas gracias. Te prometo que estudiaremos literatura.

—Más os vale.

Mario iba a decir algo más, pero corté la comunicación. Cuanto menos supiera esa gentuza de mi familia, mejor.

—¿Contentos?

—Muy bien, Solari. Ahora ya también sabemos que tienes un sobrinito relindo con muchas ganas de iniciarse en el sexo. Sería una pena que tu clase como experta en la materia no les sirviera para nada a esos muchachitos.

Ambos rieron como si la situación fuese tronchante. Probablemente no creyeron que tuviera mucho futuro como sexóloga.

—¿Van a soltarme? —inquirí crispada desdeñando el pitorreo.

—Claro, somos amigos, pues.

Jaramillo se aproximó con el cuchillo en la mano y cortó la cinta que unía mis muñecas. La respiración se me detuvo. Se agachó para

cortar también la de mis tobillos.

—¿Amigos? ¿Así es cómo tratan ustedes a sus amigos? —refunfuñé tocándome la zona de la nuca. Un chichón del tamaño de un puño sobresalía de mi cabeza.

—No te me pongas brava, *güevona*. Todo esto se puede quedar aquí, en una simple conversación entre colegas. Tan solo tienes que traernos mil euros. Recuerda que fuiste tú la que vino a nuestra casa y me robó la cartera en mis narices.

Quise defenderme y repetir que lo del hurto había sido cosa de Asunción. Pero ¿qué sentido tenía?

—Entonces ¿puedo marcharme?

—Por supueeeeesto.

Me acerqué despacio hacia la mesa. Quería coger mis cosas y salir de allí cuanto antes, pero ese tipo aún sujetaba el cuchillo, así que me mostré muy cautelosa. Lo primero que hice fue ponerme las gafas. Gracias a Dios, no estaban rotas. Luego guardé el teléfono y la cartera.

Camilo apartó el manuscrito cuando hice el intento de cogerlo.

—Nos quedaremos con esto mientras tanto. Dices que es tu novela, ¿no?

—Por favor, necesito ese cuadernillo —supliqué pensando en las anotaciones de Aníbal, en sus valiosas sugerencias. No podía perderlo.

—Tranquila, *mijita*. Te lo devolveremos cuando nos traigas la plata.

Sus gestos me decían que no serviría de nada insistir. Mostrar más interés solo agravaría la situación.

Emiliano me agarró del codo dispuesto a echarme de allí. Me condujo hasta la puerta que daba al asador. Aquel, efectivamente, era el almacén del negocio. La entreabrió y divisé que en el exterior no había nadie salvo un tercer tipo, el que se parecía tanto a Mariana. El local se hallaba vacío a pesar de estar abierto al público.

—Venga, ahora debes marcharte. Tienes una semana para entregarnos el dinero. Y no se te ocurra hacer ninguna tontería.

—¿Una semana? Pero ¿de dónde cojones voy a sacar yo mil euros?

—Escúchame, *güevona* —rezongó Jaramillo presionando con fuerza mi brazo y haciéndome un daño terrible. Su aliento nauseabundo calentó mi oído—. ¿Has visto lo sencillo que ha sido raptarte? Esto no es ningún juego. O nos traes el dinero de aquí a una semana o haré una salchicha con el pene oruga de tu sobrinito y la asaré junto a esos pollos.

—El del pene oruga es Kike —articulé con una mueca de dolor pensando en el moratón que me saldría al cabo de unos segundos.

—Largo de aquí —masculló empujándome.

Me situó a un lado del mostrador con su envite y luego cerró la puerta. El que con seguridad era hijo de Mariana se encontraba en esos momentos sentado en un taburete, junto a la caja registradora. No tenía pinta de estar muy activo. Un desagradable olor a fritura y a especias me inundó las fosas nasales.

—¿Todo bien ahí dentro? —me preguntó sonriendo, fingiendo no formar parte de mi secuestro.

Aturdida, me recompuse la blusa y me peiné la melena con los dedos. Cerré el bolso, asumiendo que mi novela se quedaba confiscada en aquel horrible lugar, y cuando alcé la vista contemplé mi reflejo en la nevera que había frente a mí.

Nadie me creería si salía corriendo de allí bramando que acababa de ser secuestrada. Tampoco iba a solucionar nada yendo a la policía y denunciando un chichón en la cabeza y un moretón justo encima del codo derecho. De hacer eso, pondría en peligro la vida de mi familia, pues esa chusma conocía mi dirección, y también me arriesgaría a perder mi manuscrito con las anotaciones de Aníbal.

Mil euros. ¿Era esa la solución?

Aquella patética e indefensa Gabi que se reflejaba en el cochambroso cristal de una nevera de propaganda empezaba a estar harta de humillaciones. Harta. Muy harta.

¿Acaso no iba a sucederme algo bueno alguna vez? Sentí lástima y rabia al mismo tiempo mientras examinaba a esa joven con gafas que no se parecía en absoluto a lo que siempre quise ser.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —inquirió Marianito haciéndome un ligero gesto con la barbilla.

La inspectora Miller no se dejaría hostigar de ese modo. Ella trazaría un plan para vengarse de esos sicarios de poca monta. Para meter entre rejas a aquellos delincuentes camuflados de infortunados contribuyentes y destapar la tapadera de su pringoso comercio de pollos chamuscados.

Ella haría todo eso.

Yo tan solo salí de allí con las piernas temblando y rezando para que Josema ingresara el dinero en mi cuenta cuanto antes.

Romances y embrollos

La risa de mi madre me perforó los oídos justo antes de acceder al portal. Me detuve con el pulso aún temblando. Eran casi las cuatro de la tarde y ella se encontraba charlando con el conserje en vez de estar sentada en el sofá viendo alguno de esos programas de televisión con colaboradores gritones. Aquel día prefirió andar de cháchara en compañía del señor Vargas.

Entré intentando parecer una persona normal y no una perturbada.

—Hola, señorita Gabi.

—Gabiii, ¿dónde estabas?

—Hola, señor Vargas. Hola, mamá. He estado… comiendo con una amiga.

—¿Con qué amiga?

—Ehh… Una amiga que no conoces.

—Pero ¿cómo se llama? Porque tendrá nombre, ¿no?

—Se llama Rosa —improvisé pensando en Rosa *La Revoltosa*.

No lograba quitarme del pensamiento a esa maldita cuentacuentos.

—¿Y qué te ha pasado en el pelo? Parece que vienes del purgatorio.

—He venido en moto. El casco me ha despeinado.

—¿En moto? Sabes que me dan miedo las motos.

—Ha sido un trayecto corto, mamá.

—Señorita Gabi, las *moto* son *lo caballo* del infierno. No debería *usté* montarse en ninguna. Mire esta *cicatrí* de aquí —dijo mostrándome su barriga peluda—, me la *hise* con *vente año* yendo de paquete con *er* Antonio er Tableta. *Menudo éramo*.

—Vale, sí, sí.

—¿Qué te pasa, hija? —inquirió mi madre al percibirme irritada.

—¿Se encuentra *usté* bien? —insistió Vargas.

—Sí, muy bien.

Ambos no dejaban de escrutarme.

—Estoy un poco cansada, solo eso. ¿No subes? —le pregunté a mi progenitora temiéndome lo peor.

—Ahora, cariño. Me voy a quedar un ratito aquí charlando con

Paco.

¿Acababa de llamar al señor Vargas por su nombre de pila?

Un silencio asfixiante condensó el espacio que me separaba de ellos.

Discerní que había ido a la peluquería. Sus canas en el flequillo habían desaparecido y lucía unas mechas más rubias y brillantes. Repasé a continuación su indumentaria. No recordaba ese vestido al más puro estilo Sophia Loren.

—Charlando —repetí.

—Sí, Gabi. Sube tú —masculló haciéndome gestos con los ojos demandando privacidad.

El señor Vargas también parecía muy convencido de querer quedarse a solas con ella.

Me encaminé escaleras arriba rezando para que mi presentimiento fuese erróneo. Un romance entre el conserje y mi madre era lo último que necesitaba ese día. Mi corazón no resistiría más emociones.

Cuando entré en casa, exhausta, me dejé caer tras la puerta.

—¿Qué te ocurre? —me interrogó mi hermana María, que en ese instante salía de la cocina mordiendo una manzana.

—Acabo de ver a mamá coqueteando con el conserje.

—Ya. Creo que le gusta. Se pasa todo el día hablando de él —respondió con una risita de camino a nuestra habitación.

La seguí.

—¿Y te hace gracia?

—Pues sí.

—No me gusta ese hombre para mamá —refunfuñé sentándome en la cama.

Ella estaba frente a mí, metiendo unos libros en su mochila.

—¿Por qué no? Es simpático.

—Es un vago y un chismoso. Creo que ella merece algo mejor.

—Venga ya, Gabi. No se va a casar con él. Solo está ilusionada. Déjala en paz.

Guardé silencio mientras ella terminaba de acicalarse. Seguramente se marchaba a la universidad. Tenía los exámenes finales del grado en Administración y Dirección de Empresas que estudiaba. María parecía ser la única persona de mi familia que poseía templanza. Envidiaba su carácter afable y su sentido de la coherencia. Me recordaba mucho a mi padre.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —indagó al advertir el morado de encima de mi codo.

—¿Esto? Ah, no…, nada. Me he dado un golpe. Una torpeza.

Me toqué la cabeza con disimulo. El chichón me dolía diez veces más que aquel hematoma. Necesitaba un ibuprofeno con urgencia.

—Pareces cansada. ¿De dónde vienes?

—He ido a comer con una amiga.

—¿No era hoy cuando habías quedado con Aníbal?

—Sí, esta mañana.

—¿Y todo bien?

—Bien, bien… —bisbiseé pensando en la cobra.

¿Cómo diablos debía comportarme con Aníbal después de lo sucedido?

El sonido de un wasap en mi móvil me desvió de la conversación con mi hermana. Era otra vez Mario:

Gabi, ya he hablado con Kike y Pablo. Te esperamos a las seis.

Suspiré agotada.

—¿De verdad que estás bien, Gabi?

—Sí, es solo que no he dormido mucho esta noche. No te preocupes.

—En cuanto acabe los exámenes pasaremos más tiempo juntas, ¿de acuerdo?

—Estupendo.

Cuando María se marchó, me tumbé en la cama un rato recapacitando. La situación en la que me hallaba no tenía nada de fácil. Si Josema no me pagaba antes de una semana, tendría que buscar otra forma de conseguir el dinero. No pondría en peligro a mi familia por una cantidad tan ridícula. Además, debía recuperar mi manuscrito.

Mario y sus amigos me esperaban a las seis de la tarde, por lo que no tuve mucho tiempo para descansar. Me di una ducha con agua templada y justo al salir oí la cerradura. Deduje que mi madre ya había finalizado su flirteo con el señor Vargas.

—¿Te vas otra vez? —interpeló asomando su cabecita al baño.

—Voy a casa de Raquel. Tengo clases con los chicos —contesté envolviéndome en la toalla.

—¿Hoy? ¿Viernes?

—Sí, tenemos que recuperar horas.

—Ah, vale.

Iba a marcharse, pero la retuve con mi cuestión.

—Mamá, ¿estás planteándote una aventura con Vargas?

—¡¿Qué?! ¡Pero ¿qué dices?! —arguyó ella con un deje nervioso.

—Yo juraría que sí.

—Gabi, por favor, no digas tonterías. El hombre solo me parece agradable.

—Agradable.

—Sí, agradable. ¿Qué problema hay?

—Mamá, ese hombre no es para ti. No tiene nada en común contigo. Es basto y ordinario y… no parece demasiado limpio.

Mi comentario transformó su semblante.

—Al menos es masculino.

—¿Qué quieres decir con «al menos»? ¿Todavía estás con eso de que Josema es gay?

—Bueno, yo no pondría la mano en el fuego.

—Mamá, Josema es un sinvergüenza y un caradura, pero no es gay.

—Si tú lo dices… —replicó girándose.

La aceché por el pasillo secándome el pelo. Ella se internó en la cocina y abrió la lavadora. Comenzó a sacar las prendas y a colocarlas en una cesta.

—Pues claro que lo digo. Además, te pediría, por favor, que dejases de recordarme a mi exnovio.

—Eres tú la que está obsesionada con él. No entiendo qué le viste a ese mamarracho. Podrías haberte fijado en un chico normal y corriente.

—Te recuerdo que estábamos hablando de Vargas.

—¿Y qué pasa si me gusta? Últimamente nada de lo que hago te parece bien.

—Eso no es verdad —me defendí un tanto melancólica. Quería llorar.

La conmoción de haber sido secuestrada a plena luz del día y con posterioridad liberada me había dejado extenuada. Traté, no obstante, de controlar mis emociones.

—Sí, hija, sí, es verdad. Estás insoportable. Apenas sales de esa habitación y desde tu ruptura con Josema parece que se ha acabado el

mundo. Hay vida después de una decepción, Gabi. Sé de lo que hablo. A veces creo que ha dejado de gustarte la gente.

—Mamá, Josema no me importa en absoluto. Si no salgo de aquí es porque pretendo acabar mi novela.

—¿Ah, sí? Pues te aseguro que, como no empieces a vivir un poco más, no sé qué demonios vas a escribir. Desde luego, nada bueno —protestó dando por finalizada la conversación.

Quise replicar, pero una vez más me di cuenta de que llevaba parte de razón.

Terminé de vestirme y me marché sin volver a molestarla.

*

A medida que bajaba los escalones pensé en sus palabras. No se equivocaba demasiado en eso de que había dejado de gustarme la gente. Quizá el exterior ya no me resultaba un lugar seguro. Ahora menos que nunca. Y, sí, debía vivir más, pero aun así era difícil ponerlo en práctica dada mi intrincada situación.

El señor Vargas me contempló mientras descendía el último tramo de escaleras. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió uno. Al parecer, ese día ya había finalizado todas sus tareas, pues su postura apoyado en la puerta principal denotaba una ilustre holgazanería.

—Señorita Gabi, ¿se marcha?

—Sí, hasta luego —respondí llegando a su altura sin la menor intención de confraternizar con él.

—¿Seguro que está *to'* en orden?

Fue entonces cuando avisté que no apartaba los ojos del moretón de mi brazo.

—Oh, ¿lo dice por esto? No es nada, es que soy muy torpe —alegué moviendo la mano, restándole importancia.

—Si *pueo* ayudarla en *argo*, solo tiene que *desírmelo*.

—No, gracias.

—Su *mare* me ha dicho que *er* músico todavía no le ha *pagao*.

Me giré para encararlo y exhalé de un modo ruidoso.

—Mi madre le da demasiada información, señor Vargas. No quiero que me malinterprete, pero me gustaría que se limitase a hacer su trabajo.

—¿Cómo *dise*?

—Ya me ha oído —gruñí sosteniéndole la mirada.

—Vaya, vaya, con la niñita.

—Es más, me gustaría que dejase a mi madre en paz.

—Así que se trata de eso —murmuró echándole un vistazo a su pitillo—. No quiere *usté* que su *mare* y yo *seamo amigo*.

—No. En absoluto.

—Muchacha, yo creo que su *mare* ya es *mayorsita pa' elegí* a sus *amigo*. En cambio, me *parese* que es *usté* la que no deja de meterse en *problema* —dijo señalando mi brazo con un ligero gesto de la cabeza.

—Le he dicho que esto no es nada.

—*Mu* bien, si *usté* lo *dise*. Pero quiero que sepa que mi primo el Heredia *solusiona* cualquier asuntillo por muy raro que sea.

—No lo pongo en duda. Seguro que tiene usted una familia muy apañada. Que tenga buena tarde, señor Vargas.

Avancé un par de metros, pero él me retuvo de nuevo con su palique.

—No le voy a *mentí*, señorita Gabi. Su *mare* es una *mujé* de bandera. *Hase* mucho tiempo que no estoy con una *mujé* como ella. Tengo *mi escarseo*, no digo que no. Pero con otro tipo de *mujere*, *usté* me entiende, ¿*verdá*? De *esa* que no son *grati*.

—Lo entiendo perfectamente.

—Su *mare* es distinta, señorita Gabi. Es lista, guapa y *honrá*. No es *fasi encontrá* una *mujé* como ella. Así que si ella quiere *se* mi amiguita, yo no voy a negarme. Me entiende, ¿no?

—Es decir, que no la va a dejar en paz.

—Señorita Gabi, no le conviene que *usté* y yo nos *llevemo* mal.

—Señor Vargas, ¿me está amenazando?

—No, *mujé*, no se ponga así. Me refiero a que ahora que su *mare* y yo *vamo* a *se amigo*, podríamos tutearnos. ¿Qué tal si me llama Paco a *seca*?

Hice acopio de la poca paciencia que me quedaba y miré al cielo.

—Tengo que irme —bramé con la firme entereza de no caer en su provocación.

—¿Quién sabe? Igual *ma* adelante le *apetese* llamarme papá.

Su risita cargante fue lo último que oí.

*

Después de la estresante conversación con Vargas, el camino hacia casa de Raquel me resultó un tanto purificador. Necesitaba que los astros se alinearan y mi vida tomara un nuevo rumbo. Uno menos catastrófico e infausto. Pero eso parecía imposible por el momento.

Mario abrió la puerta apoyado en sus muletas.

—Hola, Gabi. Pasa. Kike y Pablo están en mi habitación.

—Mario, estáis muy pesaditos con este asunto. He accedido a venir hoy, pero quiero que sepas que no habrá una segunda vez.

—Vaaaaaleeeee.

—No pienso quedarme mucho tiempo —refunfuñé encaminándome a su dormitorio.

Cuando entré, Kike y Pablo estaban sentados en la cama de Mario. Habían colocado la silla del escritorio en el centro y, delante de ella, una mesa auxiliar sobre la que se encontraban el paquete de condones y tres plátanos de varios tamaños.

—Hola, Gabi —murmuraron al unísono aquellos dos adolescentes que empezaban a tenerme hasta las narices.

—¿Qué es todo esto?

—Bueno, hemos pensado que te serviría para la explicación.

Puse los ojos en blanco. La tarde se presentaba mucho más complicada de lo que esperaba.

—Si mostráis el mismo entusiasmo en mis clases de literatura, cuando seáis mayores, seguro que utilizáis muchos paquetes de estos.

Los tres se miraron sin entender lo que acababa de decir.

—Está bien —exclamé tomando asiento frente a ellos y frotándome los muslos—. ¿Qué es lo que queréis saber?

—¿Podemos hacerte todas las preguntas que queramos?

—Sí, pero solo responderé a las que sean normales.

—Vale.

Guardaron silencio cohibidos durante al menos un minuto. Me fijé en sus bigotes rudimentarios, en sus narices ahora más hinchadas y jaspeadas de espinillas. En sus mandíbulas pronunciadas y aderezadas de granos multicolores.

Deseé con todas mis fuerzas tener unas tijeras a mano y cortarles a los tres aquellos ridículos flequillos decolorados.

—¿Vais a preguntar algo o pensáis mirarme toda la tarde?

Kike fue el primero en levantar la mano.

—¿El tamaño importa? —preguntó compungido yendo directo al meollo.

Era obvio que ese asunto le preocupaba bastante. En comparación con él, Mario y Pablo crecían de una manera más avanzada. Sin duda, Kike se había quedado atrás. Él seguía luciendo un cutis suave y su voz aún no había sufrido transformación alguna.

—Verás, Kike, todo importa en el sexo. Por eso son esenciales los preliminares.

—¿Qué es eso?

—Hablo de las caricias, los besos y los juegos que aumentan el deseo sexual. A veces son mucho más importantes que el acto en sí. ¿Recordáis cuando os expliqué los recursos literarios en literatura?

—Gabi, no empieces —protestó Mario.

—Déjame hablar. Es importante que entendáis esto. La metáfora, la hipérbole, la personificación, el epíteto, la metonimia…

Me contemplaron dando por hecho que la charla sería un fracaso.

—Los poetas las utilizan para embellecer los textos. Utilizan estas técnicas para aportar a sus obras mayor potencia expresiva. Y lo bueno de todo esto es que cada uno puede emplear estas formas con la libertad y la creatividad que le apetezca. En el sexo ocurre lo mismo con los preliminares. Son imprescindibles para potenciar el placer.

—¿Las metáforas potencian el placer?

—¿Qué? ¡No! Bueno, sí, pero no en el…

—¿Debemos aprendernos todo eso antes de hacerlo? —inquirió Pablo muy serio sin comprender mi explicación.

—Lo que quiero decir es que un texto sin recursos es como el sexo sin preliminares. No tiene ninguna gracia.

—Ah, vale. Creo que lo entiendo.

—No debes obsesionarte con el tamaño, Kike. Tu cuerpo está creciendo aún. Estoy segura de que llegado el momento eso no será un problema.

—Todavía eres un enanito con un pito enano. Relájate —se mofó Pablo, asestándole una colleja.

—Cállate, idiota.

—Yo tengo otra pregunta —recitó mi sobrino alzando la muleta.

—Dime, Mario.

—¿Es verdad que si nos masturbamos mucho podemos quedarnos ciegos?

—Ay, Dios… —suspiré mirando al techo.

—Joder, ¿quién te ha dicho eso? —profirió Pablo.

—Mi padre.

—No, Mario. No vais a quedaros ciegos. Pero nada es bueno si se abusa.

—¿Y sordos?

—No, no vais a quedaros ni ciegos ni sordos ni mudos ni con ninguna otra discapacidad —mascullé discurriendo sobre la calamitosa habilidad de mi cuñado para abordar la sexualidad de su hijo.

—¡Lo sabía! Sabía que era mentira.

Pablo se adelantó y alcanzó el plátano más pequeño.

—Gabi, ¿ves esto? Pues la de Kike es la mitad y arrugada como el culo de mi abuelo —dijo carcajeándose.

—Eres un gilipollas —gruñó Kike avergonzado, dándole un puñetazo en el hombro.

Pablo contraatacó y se enredaron en una refriega de manotazos e insultos.

Mario, al contemplar mi expresión, los amenazó con echarlos de casa. Recuperaron la compostura al cabo de unos segundos.

De pronto me di cuenta de que el plátano más grande estaba un poco pasado y decidí que había llegado el momento de darle una lección a Pablo.

—Creo que lo más importante que debéis saber en el sexo es que no se trata de una cuestión de cantidad, sino de calidad. Mirad la apariencia de estos tres plátanos —comenté colocándolos por orden de tamaño.

Luego, ante sus atentas miradas, abrí la caja de preservativos y saqué tres paquetitos. Los dejé a un lado. Sabía que hasta que hiciera lo que esperaban no me dejarían marchar.

A continuación pelé las tres bananas y les mostré que, tal y como yo suponía, la más grande se hallaba ajada por bastantes zonas. Cuando intenté colocarle el preservativo con dedos torpes y sintiéndome ridícula, aquel plátano casi podrido se espachurró. Los otros dos, en cambio, aceptaron el profiláctico.

La sonrisa triunfal de Kike mortificó a Pablo, cuyo rostro se mostraba inexpresivo.

Después de eso, les concedí la oportunidad de hacerme las últimas

preguntas. Pablo fue el más drástico.

—¿Has hecho alguna vez un trío?

—¿Qué?

—¡Gilipollas, que es mi tía!

—Pablo, ¿tengo pinta de hacer orgías a menudo? En fin, se acabó la clase.

Sin embargo, me retuvieron quince minutos más. Tiempo suficiente para descubrir que los chicos de esa edad ven más porno del que deberían y que si había alguien que no sabía nada de sexo allí dentro esa era yo.

Justo al marcharme, me crucé con mi cuñado David en el rellano del portal. Por fortuna, llegó cuando mi charla sobre sexología había finalizado.

—Hola, Gabi. No sabía que hoy tenías clase con los chicos —dijo cargando con su bolsa de deporte al hombro.

—Sí, es que hemos recuperado una hora que quedó pendiente.

—¿Qué tal estás?

—Bien, un poco cansada.

—Qué casualidad, ahora mismo he estado hablando con Aníbal… de ti.

—¿Ah…, sí? —inquirí aturdida.

«Contrólate, Gabi.»

—Me ha dicho que has estado esta mañana allí. Al parecer, le ha encantado tu novela.

—Sí, eso parece —musité colocándome un mechón de pelo tras la oreja.

David estudió mis movimientos con meticulosidad. Me pareció atisbar un asomo de mofa en sus labios.

—Me ha contado también que habéis tenido un pequeño malentendido cuando salíais del bufete.

Tragué saliva consciente del atolladero en el que me hallaba. Maldito Aníbal.

—¿Cómo dices?

—Gabi, Aníbal es mi mejor amigo. Me lo cuenta todo.

Chasqueé la lengua con evidente enojo.

—¿Y se puede saber qué es lo que te ha dicho?

—Bueno…, dice que has intentado besarlo. ¿Es eso cierto?

—¡¿Qué?! ¡Pues claro que no!

Debería haber supuesto que Aníbal no había cambiado. Continuaba siendo el mismo bocazas presumido y mentiroso de siempre. ¿De qué me sorprendía, teniendo en cuenta nuestro episodio en el instituto?

—Gabiiiii.

—Pero bueno, ¿vosotros sois idiotas o qué?

Él ignoró mi insulto.

—¿Te gusta Aníbal? Creí que te caía mal —dijo moviéndose un poco y cruzándose de brazos.

—Por supuesto que me cae mal. No lo soporto.

—Aníbal es muy intransigente con eso de no mezclar el trabajo con el placer. Pensé que ya lo sabías. Además, ahora está con Violeta. Joder, Gabi, llevas toda la vida diciendo que lo odias y, justo cuando tiene novia, decides entrarle.

—David, hoy he tenido un día de mierda y esta conversación lo está empeorando aún más.

—¿Qué te ha pasado?

Estuve a punto de decirle que mi error del instituto me había hecho una cobra esa misma mañana, que luego había sido secuestrada, humillada y amenazada por unos apestosos delincuentes colombianos. Que, tras mi liberación, había sorprendido a mi madre coqueteando con el holgazán del conserje y, para más inri, planteándose un romance con el susodicho. Y, además, que acababa de descubrir que como sexóloga tenía peor futuro que en la escritura.

Sí, quise decirle todo eso, pero no lo hice.

—Nada. Mira, da igual. Tengo que irme.

—Pero no te enfades.

—No estoy enfadada.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo! —protesté dando un portazo.

14

Nada de besos

El sonido de un wasap en el móvil me despertó aquel lunes a las once de la mañana. Me removí en la cama, quejándome en silencio del dichoso chichón que no dejaba de recordarme mi deuda pendiente con aquellos indeseables sicarios.

La persiana permitía el acceso de unos insistentes rayos de sol. Oí a mi madre tarareando una canción por el pasillo. No solía dormir tanto, pero es que la noche anterior había estado escribiendo hasta las cinco de la madrugada. Prácticamente pasé el fin de semana encerrada. Además, las pesadillas acerca del secuestro eran recurrentes y eso había perturbado mi descanso.

Supuse que María se hallaba en clase, pues estaba sola en la habitación.

Alcancé el teléfono y eché un vistazo a la pantalla con un ojo abierto y el otro cerrado. El mensaje de Aníbal despejó mi somnolencia.

> Buenos días, Gabi. Me gustaría que te pasaras por mi despacho al final de la mañana. Tenemos que hablar. ¿Sobre la una y media te viene bien?
> Besos… En la cara.

Me senté de inmediato, sintiendo el pulso descontrolado. Maldecí en voz alta sin importarme que mi madre me oyera.

¡Qué gilipollas!

Claro que íbamos a hablar. Pensaba decirle de forma muy clara que seguía siendo un niñato inmaduro y que me había decepcionado contándole a David lo del malentendido a la salida del bufete. Porque había sido solo eso: un estúpido e inoportuno malentendido.

Maldita sea. ¿Cómo se me había ocurrido besarlo?

Tal vez mi madre se equivocaba menos de lo que yo pensaba y la ruptura con Josema había hecho mella en mí. Fuera como fuese, debía hablar con él y dejarle claro que, por supuesto, seguía siendo mi abogado si eso significaba que entre él y yo jamás iba a suceder nada.

> Hola, Aníbal. Ja, ja. Qué gracioso eres. A la una y media estaré allí. Saludos. Nada de besos.

No me apetecía en absoluto volver a ver a Aníbal…, ¿o sí? Pero la

cuestión era que lo necesitaba.

Intuía que abordaría mi patosa equivocación, pero, no pensaba darle esa oportunidad. Le advertiría que ese tema quedaba zanjado y que no se preocupara lo de mezclar negocios y placer. Por mi parte, no volvería a cometer una estupidez semejante.

Cogí el ordenador del suelo y eché un vistazo a lo que había escrito la noche anterior. No voy a negarlo, pese a mi estado de ánimo, había sido un fin de semana provechoso en cuanto a escritura. Modifiqué varias escenas en las que Miller se encontraba con Anderson. Decidí que, ante la posibilidad de no recuperar mi manuscrito con las anotaciones de Aníbal, debía ponerme manos a la obra y avanzar. El resultado me seducía más de lo que yo esperaba. Al menos mi inspiración se conservaba con más entereza que mi dignidad.

*

—¿Adónde vas? —me preguntó mi madre cuando estaba a punto de marcharme, sujetando el palo de la escoba.

Aún seguía molesta por nuestro último desacuerdo.

Ella continuaba pensando que no había superado mi ruptura con Josema, y yo, que el conserje no cumplía los requisitos mínimos de candidato a posible padrastro. Obviamente, solo una de esas cosas era cierta.

—Voy al despacho de Aníbal.

—¿Otra vez?

—Sí, quiere comentarme algo. Supongo que será acerca de Josema.

Me observó de arriba abajo con especial interés.

—Gabi, ¿intentaste besar a Aníbal?

La pregunta me sentó peor que una cacerolada en la jeta. Sobre todo, porque aquello me trajo un desagradable recuerdo de mi adolescencia.

—¡¿Qué?! ¿Quién te ha dicho eso?

—Tu hermana Raquel.

—Pero bueno, ¿qué demonios os pasa a todos?

—No, hija, ¿qué te pasa a ti? No puedes ir por ahí besando a la gente. No es así como vas a olvidar a Josema. Además, Aníbal ahora tiene novia. ¿Cómo se te ocurre? No te he criado para que vayas destrozando relaciones.

Exhalé con un tono ruidoso, haciendo lo posible por calmar mis pulsaciones. Mi madre encabezaba la lista de personas que conseguían desestabilizarme en cuestión de segundos.

—Haré como que nunca he oído eso. Adiós, mamá.

—Sí, sí, adiós. Pero déjate de besitos.

*

Si algo aprendí en ese período de mi vida es que las cosas siempre pueden complicarse mucho más de lo que imaginas.

Bajé los escalones de dos en dos, temiendo encontrarme con el conserje. Pero de nada servía resistirse. Ese hombre no se movía de allí. De haberse quemado el edificio, estaba segura de que él habría aparecido calcinado en el mismo lugar, vestido con una de esas horribles camisetas de propaganda y sujetando un cigarrillo con sus dedos gruesos y amarillentos.

—Señorita Gabi, qué guapa va *usté* hoy.

—Gracias y adiós, señor Vargas.

—¿A que adivino *aónde* va?

Me giré recelosa, con la mirada afilada.

—Sorpréndame.

—Va *usté* a *ve* al *abogao*, pillina.

A continuación se acercó el dorso de su enorme mano a la boca e hizo un gesto burlón y exagerado imitando que besaba a alguien. Sentí que una ira incontrolable se apoderaba de mí.

—¿No tiene trabajo hoy?

Él contraatacó con una carcajada.

—*Ar finá*, *usté* y yo nos *llevaremo* bien, ya lo verá.

Estuve a punto de escupir una burrada, pero en el último momento decidí que no merecía la pena agotar mi energía.

—Por *sierto*, señorita Gabi —añadió obligándome a detenerme de nuevo—. Mi sobrino *er* Cristian está *sorterito*. Si *usté* quiere una *sita* con él, solo tiene que *desírmelo*. *Er chavá* es bien *paresío*. Un *partiaso*. Va al *jimnasio* y está más fuerte que el vinagre. Tiene *istagram y feigbuk* y *to'* eso. Y no *vea* qué éxito con las *muchachita*.

—¿Qué le hace pensar que necesito de su ayuda para ligar, señor Vargas?

—Bueno, *mujé*. No hay que *se mu* listo. Su *mare dise* que va por ahí

besando a la gente. *Usté* piénselo y si quiere la *sita* me lo *dise*. *Er* Cristian le hará un apaño y ya verá que se le quita ese mal *humó* que tiene a *menúo*.

—Sí, estoy convencida de que su sobrino es la solución a todos mis problemas.

Me alejé de ese hombre a pasos agigantados.

No, no merecía la pena agotar mi energía. Iba a necesitarla en el bufete de Aníbal.

*

Repasé mi indumentaria en el ascensor del edificio Fénix.

«¿Por qué diablos me he vestido de este modo? —pensé contemplando mi imagen en el espejo—. Dios santo, Gabi, pareces una *scout*.»

Mis piernas bajo esos *shorts* vaqueros me resultaron demasiado blancas. Necesitaba un poco de sol con urgencia. Desconectar de todo un día en la playa tal vez podría ser un modo de terapia. Me quité las gafas y las limpié con mi camiseta.

Me sentía como una niña en su primer día de colegio, tras haberse cambiado de ciudad y haber dejado atrás a todos sus amigos. Quizá la comparación fuese un poco extraña teniendo en cuenta que ya había estado con anterioridad en el despacho de Aníbal, pero el caso era que ese día la inquietud me embargaba y acepté sin amparo que mi desenfrenado intento de besarlo lo había cambiado todo. Me arrepentí de no haberme puesto un pantalón largo algo más sobrio y que me hiciese resultar menos patética y ridícula.

A pesar de que la puerta estaba abierta, toqué con los nudillos y Socorro alzó la vista. En ese instante hablaba por teléfono con alguien, desprendiendo su característica amabilidad. La saludé con un inaudible «buenas tardes» y ella me indicó que entrara con la mano. Por fortuna, nuestro intercambio de palabras fue muy breve.

—Aníbal dice que pases. Te está esperando —murmuró tapando el auricular.

Asentí sin más dilación y me dirigí directa a la puerta del infierno.

Entré allí con una sensación extraña en el pecho. Mi intención consistía en increpar a Aníbal por haber hecho *vox populi* mi metedura de pata. Pretendía decirle a la cara que seguía siendo un niñato y un

fantoche, pero en vez de eso enmudecí al ver el caos que había en su oficina.

Una pila de cajas de cartón amontonadas ocupaba la zona donde se hallaba su mesa de reuniones. Él se encontraba de pie junto a ellas. Sujetaba un libro entre las manos: *Madame Bovary*.

Me faltó el aire al comprender que aquel desordenado caos lo había ocasionado mi colección de libros. La misma que tan solo días antes ocupaba el austero salón del piso de Malasaña.

¡Josema había cumplido parte del acuerdo!

Aníbal, ataviado con un sencillo polo gris que a priori parecía caro y un pantalón chino beige, se giró sujetando aquel magnífico ejemplar.

—Acabo de darme cuenta de que tenemos gustos literarios muy similares.

El tiempo se detuvo por unas milésimas de segundo hasta que decidí entrar cohibida, mirando a un lado y al otro.

—¿Son mis libros?

—Exacto.

—No me lo puedo creer —murmuré estupefacta dirigiéndome a la caja más cercana.

—Josema es más terco de lo que yo pensaba —dijo él moviéndose a mi alrededor.

Por entonces yo permanecía abstraída examinando mis novelas y comprobando que, efectivamente, volvía a recuperarlas. Estaban allí. Delante de mí. Las había dado por perdidas, pero Aníbal había conseguido lo que yo llevaba meses intentando.

—¿Cómo lo has logrado? —exhalé sin poder creérmelo, aspirando aquel olor a tinta, papel y pegamento que conformaba ese aroma histórico incomparable.

—Quizá la visita que le hice fue determinante.

—¿Fuiste a verlo?

—Sí. Como ya te dije el viernes, tenía que ir a Madrid por asuntos del bufete y aproveché para saludar a tu exnovio. ¿En serio vivías en ese cuchitril?

—¿Estuviste en su casa?

Él tardó unos segundos en responder. Se acomodó sobre la mesa para estar frente a mí, dejó el libro a un lado y cruzó los tobillos y los brazos.

—Quería hablar con él cara a cara.

—¿Y?

—Es un tipo peculiar.

—¿Peculiar?

—Extraño, más bien. No te imagino con él.

—No sé qué quieres decir con eso, pero da igual. ¿Hablasteis del dinero?

El rostro de Emiliano Jaramillo no desaparecía de mi pensamiento. Esos tipos no se andaban con juegos. Si Josema no me ingresaba los mil euros, la cosa se complicaría.

—Claro.

—¿Y?

—Está sin blanca, Gabi. No va a ser fácil que te pague. Pretende que su novia le preste la pasta.

—Maldito hijo de puta.

—Con ella no tuve la oportunidad de hablar. No estaba allí en ese instante. Pero, por lo que he cotilleado en sus redes, parece una chica lista. ¿Qué demonios hace con un tío como ese?

—Ni lo sé ni me interesa. Ahora mismo lo único que me atañe es que la convenza igual que hizo conmigo. Tienes que presionarlo, Aníbal. Me da igual de dónde salga el dinero, solo quiero que me pague —insistí.

Me contempló ladeando la cabeza y con los ojos achinados.

—De momento, ya tienes tus libros.

—Sí —susurré centrando de nuevo mi atención en todas aquellas cajas.

—¿No vas a darme las gracias?

—Gracias.

Permanecimos en silencio unos instantes.

Contemplé su pose apoyado sobre la mesa y comprendí que la atracción que sentía por él crecía por momentos.

Deseé que mi cabeza dejara de atribuirle cualidades. Todo resultaba más sencillo cuando lo odiaba. En cambio, ahora, me desbordaba su magnetismo.

«¡Reacciona, Gabi!»

—Son muchos libros. ¿Los has leído todos?

—Casi todos —objeté aturdida—. Pero no sé qué voy a hacer con ellos. La habitación en la que duermo con María no es muy grande

que digamos, y no creo que mi madre quiera decorar el salón con ellos. Hablaré con Raquel y le preguntaré si tiene sitio en el trastero.

—Puedes dejarlos aquí de momento. No me molestan.

—Aníbal, no puedes tener la oficina así. Hay cajas por todas partes.

—Bueno, colocaré algunos sobre esas estanterías que están vacías y el resto de las cajas las apilaremos bajo la mesa de reuniones. Venga, ayúdame —exclamó dispuesto a poner orden.

Lo observé moverse resuelto.

Una claridad esperanzadora entraba a raudales por la ventana. Por primera vez me sentí extrañamente cómoda en su despacho.

—¿Por qué haces todo esto? —pregunté tras unos segundos, paralizada delante de aquella pila de cajas que nos separaba.

—¿El qué?

—Ayudarme. ¿Por qué lo haces? Es posible que Josema ni siquiera me pague.

Él se detuvo y clavó sus ojos en los míos. La luz acentuó el tono azabache de sus iris.

—Necesitas mi ayuda. Y, a cambio, podré leer tus novelas antes de que se publiquen. Es sencillo —bromeó encogiéndose de hombros.

Dejé unos segundos suspendidos antes de plantear la siguiente pregunta.

—¿Le dijiste a David que intenté besarte?

Respiró de una manera sonora, ocultando una sigilosa sonrisita.

—Es mi mejor amigo. Nos lo contamos todo.

—¿En serio? ¿Qué?, ¿tenéis diez años?

—¿Por qué te molesta? Intentaste besarme, ¿no?

—Mira, Aníbal, no te hagas ilusiones. Tuve un mal día. Eso no quiere decir que esté loca por ti.

—Yo no he dicho eso en ningún momento.

—Pues te comportas como si lo pensaras.

—Me comporto como tu abogado, Gabi.

—¿De verdad? Mi abogado le ha dicho a mi cuñado que intenté besarlo. ¡Vaya, qué profesional! Aunque no sé de qué me sorprendo.

—Solo se lo comenté a David porque me aturdió mucho. Creí que te caía fatal. Llevas mirándome mal desde que íbamos al instituto. Como comprenderás, me resultó desconcertante que me entraras de ese modo.

—Vale. Soy imbécil. Me equivoqué. ¿Tú nunca metes la pata?

—Sí, muchas veces.

—Entonces deberías comprenderme. ¿Sabes que David se lo ha contado a mi hermana, mi hermana a mi madre, mi madre al conserje y el conserje seguramente está ahora publicando una nota de prensa?

Se le escapó una carcajada.

—¿Te hace gracia?

—Está bien, lo siento —carraspeó con aquella sonrisita irritante aún pintada en los labios.

Me giré pasándome las manos por la cara.

—La que lo siente soy yo. Joder, mi vida es un desastre.

—Esa frase es un poco dramática.

—No lo es. No tienes ni idea.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —inquirió variando su expresión.

—¿Esto? Nada. Una torpeza.

Avanzó un par de pasos hasta quedar al otro lado de las cajas que estaban delante de mí. Aceptó mi respuesta, aunque no pareció convencerlo.

—Me pregunto si el hecho de que hayas intentado besarme me acerca de algún modo a ser tu amigo.

—¿Quieres ser mi amigo? —musité confusa.

—Bueno, teniendo en cuenta que tu hermana y David son mis mejores amigos desde que éramos unos críos y que mi prima Lidia y tú aún conserváis la amistad, creo que merezco una oportunidad por tu parte. Además, he sido de los primeros en leer tu manuscrito. ¿No piensas que ya va siendo hora de que nos llevemos bien?

Sacó otro libro y simuló que lo ojeaba.

—Vale.

—¿Sí?

—Sí. De acuerdo. ¡Seamos amigos! —dije imitándolo y alcanzando una de mis novelas.

—Estupendo.

—Y por supuesto…, nada de besos —añadí arrepintiéndome al instante de mencionarlo.

Su semblante candoroso aceleró los latidos de mi corazón.

—Nada de besos —repitió contemplándome.

—Solo amigos.

—Sí, amigos.

—Bien.

—Bien.

—¿Me ayudas? —inquirió al fin agarrando una de aquellas cajas para situarla bajo la mesa.

—¡Oh, sí, por supuesto! Muchas gracias, Aníbal. Intentaré llevármelos cuanto antes.

—No hay ninguna prisa.

—En serio. Te lo agradezco muchísimo —reiteré a su lado, ayudándolo a empujar ese montón de libros pesados.

Su rostro había quedado a la misma altura que el mío y aquel hoyuelo significativo estuvo a punto de desconcentrarme.

—Admítelo. Quieres besarme de nuevo —chanceó.

—Imbécil —gruñí riendo nerviosa. Muy nerviosa.

Él cambió de tema, supongo que explorando esa nueva área en la que los dos pudiésemos sentirnos cómodos siendo amigos.

—¿Qué tal vas con la novela? ¿Consideraste los cambios que te sugerí?

—Sí, este fin de semana he estado trabajando en ello.

—Me gustaría mucho leer la segunda parte.

Pensé en el asador de pollos e imaginé mi manuscrito extraviado en el mugroso almacén.

—En cuanto arregle lo que me comentaste, te dejaré leer la trilogía completa. Ya me falta muy poco para terminar. Solo necesito que mi vida se apacigüe un poco para poder concentrarme.

Continuamos desempaquetando los ejemplares y colocándolos sobre las estanterías.

—Admiro lo que haces. Escribir requiere mucha constancia —comentó reflexivo.

—No más que el derecho.

—Sí, supongo que sí.

Nos quedamos en silencio un instante, ambos concentrados en la tarea de acomodar las novelas en su amplio y luminoso despacho.

—No me puedo creer que mis libros estén aquí.

—Pues lo están. Ahora solo queda que te ingrese el dinero en estos días. Le advertí que, de no hacerlo, presentaríamos la demanda por impago.

—¿Y crees que pagará?

—No lo sé, Gabi.

La siguiente media hora comentamos el argumento de algunos de

mis ejemplares y charlamos acerca de los casos más problemáticos a los que se había enfrentado desde que ejercía la abogacía. Lo interrogué como si estuviese documentándome para una nueva historia y él respondió a mis dudas con avenencia.

De pronto, unos nudillos tocaron a la puerta y rompieron nuestra serena conexión. Socorro asomó la cabeza y barrió la estancia con la mirada.

—Aníbal, tu padre ha llamado de nuevo.

—Dile que estoy ocupado.

—Se lo he dicho varias veces, pero insiste en que quiere hablar contigo.

—Bloquea la llamada, Socorro —masculló él con tosquedad.

La mujer suspiró.

—De acuerdo.

Socorro se esfumó y me dio la impresión de que Aníbal había perdido la concentración.

—¿Va todo bien? —le pregunté temiendo meterme en un terreno pantanoso.

Había oído en alguna ocasión que la relación de Aníbal con su padre no era demasiado fluida. Pero desconocía los detalles.

Sabía, además, que contaba con otro hermano, mayor que él, que vivía con su familia en el norte de España. Todo lo demás confiaba en que me lo contara en ese momento.

—Sí, por supuesto.

Sin embargo, él no parecía dispuesto a abrirse esa mañana.

—¿*Los 120 días de Sodoma*? ¿Has leído este libro? —interpeló con un ápice de escepticismo.

—A decir verdad, no entero. Pero sí muchos de sus pasajes. Lo compré en Madrid en una vieja librería.

—He oído que es muy grotesco.

—Lo es. El Marqués de Sade lo escribió en treinta y siete noches en el interior de una celda. No me extraña que lo sea.

Él lo abrió y curioseó algunas páginas. Luego lo colocó junto a otras obras en la zona superior de la estantería.

—Así que lees un poco de todo.

—¿Tú no?

—Eso intento. Pero me temo que la jurisprudencia se antepone.

Al cabo de unos minutos, unas voces elevadas atrajeron nuestra

atención.

—¡Le he dicho que no puede pasar!

—¡Aparta, bicho! ¡Es mi hijo y quiero verlo!

—¡Oiga!

La puerta volvió a abrirse de nuevo, pero esta vez no era Socorro. Ella irrumpió también en el despacho, solo que tratando de detener al padre de Aníbal, que ese día no pensaba darse por vencido.

A pesar de que había visto muy pocas veces a ese hombre, lo reconocí de inmediato.

Alto, con el cabello cano, ojos aturquesados como una marea griega y los mismos andares que su hijo. Aníbal había heredado de su madre las facciones y aquella mirada profunda y enigmática. No obstante, el porte y la reveladora elegancia eran cortesía de su gen paterno.

—Aníbal, lo siento. Le he dicho que estabas ocupado, pero…

—No te preocupes, Socorro.

Ella se marchó cerrando la puerta.

—¡Qué mujer más desagradable! ¿No había otra secretaria más fea, hijo?

—¿Qué coño quieres, papá?

—¿Así es como recibes a tu padre?

—Estoy ocupado. ¿No lo ves?

Fue entonces cuando el hombre reparó en mi presencia.

—Hola —dijo saludándome.

—Hola.

—¿Es tu novia? ¿Tú eres Margarita? —murmuró aproximándose para estrecharme la mano.

—No, soy Gabi —comenté apocada, devolviéndole el saludo.

—Tu hermano me dijo que tenías una novia con nombre de flor.

—Mi novia se llama Violeta.

—Violeta, Margarita…, qué más da… ¿Es tan guapa como esta chica? —recitó con mi mano entre las suyas.

Mis labios sin quererlo dibujaron una tímida sonrisa. Aníbal me lanzó una ojeada. Dejé de sonreír en cuanto percibí su enojo.

—¿Qué quieres, papá? Si has venido a por dinero, ya sabes por dónde se sale.

El hombre respondió con una risita sarcástica.

—Y dime, Gabi… Gabi de Gabriela, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Eres clienta de mi hijo?

—Es mi amiga —respondió él antes de que me diera tiempo a abrir la boca.

—Tu amiga.

—Sí.

—Yo soy Gonzalo Lafuentes. El padre de Aníbal. Encantado.

—Igualmente.

Me soltó y se metió las manos en los bolsillos. Luego se movió por el despacho ante la atenta mirada de Aníbal, que había tomado asiento tras su escritorio.

—¿Y todos estos libros? —exclamó aproximándose a una de las cajas.

—Son míos.

—Papá, tienes que irte.

—Solo he venido a saludarte. No quiero nada de ti, si es eso lo que te preocupa.

—Lo que me preocupa es que sean las dos de la tarde y huelas a alcohol.

Aníbal llevaba razón. Su padre mostraba signos de embriaguez. Aun así, me pareció un hombre simpático. Y atractivo, muy atractivo.

—Solo me he tomado un par de copas. No exageres. ¿Los has leído todos?

—Casi todos —sonreí.

—Guau. ¿También eres abogada, como Aníbal?

—No, no…

—Es escritora —se adelantó Aníbal.

—¿Escritora? Qué interesante. ¿Y qué escribes?

—Bueno, aún no he publicado nada. Pero estoy terminando una trilogía de género negro.

Él asintió varias veces.

—¿Sabes?, yo escribí un libro hace muchos años. Se trataba de un estudio de investigación sobre enfermedades cardíacas. Me resultó una tarea francamente difícil. Jamás lo publiqué.

Recordé que el padre de Aníbal había sido un prestigioso cardiólogo. Y que se había retirado de la medicina.

—Podrías retomarlo ahora, solo que tendrías que reducir el consumo de alcohol.

—Muy agudo, hijo.

—¿Vas a decirme para qué has venido?

—¿Aníbal y tú sois muy amigos?

No supe qué responder. En realidad, no lo éramos.

Él chasqueó la lengua, harto de soportar a su padre.

—Nos conocemos desde que íbamos al instituto —musité.

—Vaya, entonces sí. En ese caso no me importa que estés presente. He venido a darle una noticia a mi hijo.

—Si necesitáis hablar en privado, no hay problema. Yo… ya me marchaba —bisbiseé buscando mi bolso.

—No, no, tranquila.

—Quédate, Gabi. No suele estar mucho tiempo. Créeme, sus visitas son cortas. ¿Qué ocurre, papá? —dijo Aníbal pellizcándose la barbilla.

Su padre avanzó hacia el escritorio y alcanzó el marco que había sobre él.

—Cuando Aníbal era pequeño, pensé que sería médico. Recuerdo que le encantaba venir conmigo al hospital. Sin embargo, su madre, mucho más práctica, siempre decía que la medicina le acarrearía problemas. Nunca quiso que él fuese médico. Y, claro, él habría hecho cualquier cosa que su madre le hubiese pedido. Sentía debilidad por ella. Y no lo culpo. A mí me ocurría lo mismo —dijo dejando el retrato de ella donde estaba.

—Te agradecería que no hablaras de mamá. Y mucho menos si has bebido.

—¿Sabes qué, Gabi? Sí, he sido un mal padre. No supe afrontar la muerte de mi mujer. Y eso me llevó a perder el control. Creo que por eso merezco lo que me está pasando.

Fruncí el cejo expectante.

—¿De qué hablas? —refunfuñó Aníbal.

—¡Qué demonios! No quiero hacerte perder el tiempo. Le dije a tu hermano que sería yo quien te lo diría. Tengo cáncer de pulmón, Aníbal.

Me llevé las manos a la boca, silenciando mi conmoción.

Los siguientes segundos fueron dolorosamente incómodos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace tres meses.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Sinceramente, no lo sé. Es esto lo que suele hacer la gente

cuando va a morirse, ¿no? —dijo encogiéndose de hombros—. Llevo días intentando hablar contigo, pero siempre estás muy ocupado. Siento haber sido tan brusco.

Aníbal lo miró de un modo muy profundo. El vello se me erizó.

Hubo otro silencio extenso, cargado de palabras no dichas.

—Estaré una temporada en Cádiz. Espero que aceptes al menos tomarte un café conmigo uno de estos días. No te molesto más. Adiós, Aníbal.

Gonzalo se giró hacia mí.

—Ha sido un placer conocerte, Gabriela la escritora. Me encantaría leer algo tuyo muy pronto.

—Eso… sería genial —susurré.

Luego se dirigió hacia la puerta, mirándose los zapatos. Sujetó el pomo y se volvió.

—Hijo, no conozco a esa tal Margarita, pero por el momento me gusta más Gabi —dijo guiñándome un ojo antes de cerrar.

—Se llama Violeta —masculló Aníbal sin que su padre ya pudiera oírlo.

Durante unos segundos, Aníbal permaneció quieto como una estatua. Luego se incorporó, se dio la vuelta y se metió una mano en el bolsillo del pantalón. Con la otra se mesó el pelo.

—Aníbal, ¿estás bien? —murmuré sin moverme de donde estaba. No sabía qué decirle.

—Sí, sí, tranquila —dijo masajeándose la nuca.

—Lo siento mucho.

El ruido del exterior se entremezcló con una de sus profundas bocanadas.

—¿Tienes hambre? —preguntó ojeando su reloj, ignorando mis últimas palabras.

—¿Yo?

—No hay nadie más aquí.

—Lo cierto es que sí. Apenas he desayunado.

—Bien. Acompáñame a recoger el coche al taller y luego iremos a almorzar.

15

Un almuerzo profesional

—No creo que vuelva esta tarde, Socorro. Había quedado con Elisabeth Troncoso a las cinco y media, pero no es muy importante. Por favor, llámala y dale cita cuando le venga bien. Dile que me ha surgido un imprevisto.

Aníbal se movió alrededor de la mesa de Socorro y dejó unas carpetas junto a ella.

—No le va a sentar muy bien que le anules la cita. Ya conoces a esa mujer —respondió Socorro lanzándome una ojeada, como si yo fuese la culpable del desajuste de su agenda.

—En ese caso, lo siento mucho por ella. Hasta luego.

—Adiós —respondió la mujer no muy contenta, aunque a decir verdad casi nunca lo estaba.

—Y, por cierto, lamento mucho el comportamiento de mi padre.

—No te preocupes, Aníbal. Ya se ha disculpado él.

*

Un taxi nos condujo hasta un vulcanizado en el Polígono Industrial de la Zona Franca. Aníbal me pidió que lo esperase mientras charlaba con el jefe del taller.

—Los que hicieron esto iban con muy mala intención, Aníbal —oí decir al hombre bajito y bastante bronceado que se limpiaba las manos en un paño negro—. He tenido que pedir los limpiaparabrisas a fábrica, por eso se ha demorado un poco más la reparación. Y una de las cubiertas estaba completamente destrozada. Menos mal que tenías la cobertura del seguro a todo riesgo, de lo contrario, este arreglo te habría salido por un ojo de la cara. Vas a tener que plantearte no dejarlo en la calle nunca más. Está claro que hay alguien que quiere joderte.

—Muchas gracias, Bruno. Seguiré tu consejo.

Lo observé acompañar al gurú de los motores hacia una oficina pequeñita al fondo de la nave. Aproveché la soledad y salí al exterior para enviarle un mensaje a mi madre.

Mamá, hoy no almuerzo en casa. No me esperes. Un beso.

¿Y dónde vas a almorzar?

En un restaurante. Con Aníbal, pero no te montes películas. Es un almuerzo profesional. No hace falta que se lo cuentes a Vargas.

No te las montes tú. Recuerda que Aníbal ahora tiene novia.

Ya lo sé. Hasta luego, mamá.

No te preocupes, cariño. Encontrarás a alguien.

No quiero a nadie. Estoy perfectamente.

Sí, seguro que sí. Hasta luego, cascarrabias.

Cuando ya guardaba el teléfono en el bolso, mi progenitora insistió con una llamada de teléfono que remató mi humor.

—¿Qué, mamá?

—Solo quería comentarte lo que me ha dicho Paco. Al parecer, tiene un sobrino guapísimo que estaría encantado de citarse contigo. Te vendría bien conocer a otras personas. Piénsalo al menos.

—No necesito que Vargas y tú hagáis de alcahuetes. Ya tenéis bastante con los entresijos de la comunidad y vuestro reciente romance.

—Pues tú te lo pierdes, tonta. He visto una foto del chico y se parece al marido de Elsa Pitraky.

—Se llama Elsa Pataky.

—¿Y qué más da cómo se llame ella? Te estoy diciendo que el muchacho es muy agraciado y está soltero. Me refiero al sobrino de Paco. Ya tienes una edad, Gabi. Deberías empezar a plantearte tu futuro.

—¿Con quién? ¿Con el sobrino de Vargas? Lo siento, mamá, no puedo seguir manteniendo esta absurda conversación. Te veré luego en casa. ¡Ah! Y quiero que sepas que jamás aceptaré una cita con ningún familiar del conserje, por muy desesperada que esté.

No esperé a oír su respuesta. Apagué el teléfono y lo guardé en el bolso bufando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Aníbal apareciendo a mi lado y asomando la cabeza y el codo por la ventanilla del coche.

—Es mi madre. Últimamente se empeña en sacarme de quicio.

—¿Subes? —inquirió sonriendo. Juraría que recuperar su vehículo había mejorado su estado de ánimo.

Asentí y rodeé el coche para acomodarme en el asiento del pasajero.

—¿Adónde vamos?

—A almorzar, ya te lo he dicho.

—Pero ¿puedo saber el lugar? Más que nada porque tengo doce euros con cincuenta en la cartera.

—Bien, para pagar el parking servirá.

—Aníbal, hablo en serio.

—Yo también, ¿qué mierda de comida pretendes pagar con doce euros? Es obvio que pagaré yo.

—No pienso dejar que me invites.

—¿Y quién te ha dicho que voy a invitarte? Me lo cobraré en cuanto Josema te haga el primer pago.

—Dios te oiga —murmuré pensando en los mil euros que debía abonarles a los delincuentes colombianos.

Con una resuelta maniobra, Aníbal se incorporó a la carretera CA-33 y condujo en silencio.

Mi mirada se centró en la derecha, en aquellos extensos kilómetros de arena y agua cristalina que conformaban la playa de Cortadura.

Me mantuve expectante esperando a que fuese él quien rompiese el hielo. Pero cuando dejamos atrás la localidad de San Fernando y aún seguía preguntándome adónde se dirigía, finalmente abrí la boca.

—¿Estás bien? —murmuré con cautela.

—Es la segunda vez que me preguntas eso hoy.

—Bueno, creo que tengo motivos. He estado presente cuando tu padre te ha comunicado lo del cáncer.

Su semblante se ensombreció.

—No quiero hablar de eso.

Suspiré, frotándome los muslos.

—Vale. Entonces ¿de qué hablamos?

Él se pasó el dedo índice de la mano izquierda por la barbilla. Temí que me dijera que no tenía ganas de hablar, pero en vez de eso me sorprendió con una cuestión.

—¿Qué tal si me hablas de la tremenda casualidad de que la inspectora Miller y yo tengamos el mismo coche?

Creí visualizar un ápice de sonrisa en sus labios.

—No te puedo decir mucho. Como bien dices, fue una tremenda casualidad.

—¿Te gustan los coches?

—Supongo que sí. Buscaba un vehículo acorde con la personalidad de Miller y el Ford Mustang me pareció deportivo y extravagante al mismo tiempo.

—Es cierto, Miller me parece un poco extravagante en ocasiones.

—Lo es.

—¿Sabes cómo me la imagino físicamente?

—¿Cómo?

—Como René Russo en esa película con Pierce Brosnan.

—*El secreto de Thomas Crown* —me adelanté.

—Sí, esa.

—Bueno, la imaginación es libre. Pero te advierto que mi Miller es mucho más carismática que esa actriz —presumí.

—¿Y los nombres? ¿Cómo los eliges?

—Me dejo llevar por el momento. Lo que me surja en el instante en que esté creando el personaje. El primer nombre que se me venga a la cabeza es el que utilizo. Jamás lo cambio. Ya sabes, por eso de que la primera intención es la que vale.

Atisbé que alzaba las cejas y me arrepentí de haber pronunciado esa última frase.

—Curioso.

Él alargó el brazo y toqueteó la radio. La canción *I'm So Tired* de Troye Sivan sonó a un volumen perfecto.

—El otro día leí un artículo en internet sobre grandes autores que comenzaron su carrera literaria autopublicando sus obras. Te pasaré el enlace. Es muy interesante.

—Creo que no voy a tener más remedio. O eso, o dar clases eternamente a mi sobrino y a sus amigos. Y créeme que prefiero lo primero.

—Me parece que te quejas de vicio —se guaseó.

—Si los conocieras realmente no dirías eso.

—¿Te gusta la playa? —me preguntó tras unos minutos silenciosos.

—¿Vamos a ir a la playa?

—¿Te das cuenta de que siempre que te hago una pregunta me respondes con otra?

—¿Te das cuenta de que preguntas unas cosas bastante raras? Sí, me gusta la playa. Pero me gusta más ir cuando tengo bañador.

—No hace falta que te bañes. Lo digo porque el sitio al que vamos

está situado en la playa La Pequeña Lulú, en Barbate. Es de un cliente y amigo. Le prometí hace tiempo que iría a visitarlo y hoy hace un día precioso.

—Estupendo. Si por doce euros nos dan algo aceptable, pues genial.

Él sonrió mirando hacia la carretera.

Me centré de nuevo en observar el paisaje. La cercanía de Aníbal cada vez era más tranquilizadora. Apenas volvimos a conversar hasta que nos acercábamos a Conil de la Frontera. Sin embargo, aquel silencio me resultó reconfortante. Me recosté en el reposacabezas del asiento y decidí aparcar mis preocupaciones.

Deseé que Aníbal condujera hasta algún lugar que me hiciera olvidar el lío en el que me hallaba. Pero Barbate no estaba tan lejos como para eso.

Al cabo de un rato percibí que atravesábamos Los Caños de Meca, una prolongada calle muy cerca de la costa repleta de apartamentos, hostales, bares y locales comerciales. Hacía muchísimos años que no visitaba esa población que se extendía hacia el cabo de Trafalgar.

Las vistas desde la ventanilla del vehículo eran extraordinarias. Cuando llegamos a ese lugar del que él me había hablado durante el camino, dejamos el coche estacionado en una pequeña explanada en la zona frontal. De inmediato comprendí que se trataba de uno de esos hostales con encanto. Me indicó que lo siguiera hacia la parte delantera, donde descubrí que se situaba el restaurante.

A esa hora la temperatura había subido y me arrepentí de no llevar un bañador bajo aquellos ridículos pantalones y esa camiseta robada del armario de María. El color del agua incitaba a un buen chapuzón.

Mientras yo examinaba el idílico entorno, Aníbal se detuvo a saludar a una chica alta y bellísima que lo recibió con una excesiva alegría. Vestía unos ajustados vaqueros y una camisa blanca de manga corta. Poseía una belleza cautivadora, con su cabello dorado recogido en un moño y sujeto por un palillo de pelo japonés y su rostro aniñado y pecoso.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella lanzándose a abrazarlo—. Menos mal que te has dignado venir.

—Hola, Penélope —respondió él riendo mientras le devolvía el abrazo.

—Augusto se va a llevar una sorpresa enorme cuando te vea.

—Te presento a mi amiga Gabi.

—Encantada, Gabi —comentó Penélope sorprendiéndome con dos efusivos besos.

Aníbal y ella hablaron durante un rato de otras personas que yo no conocía. Poco después, la chica nos condujo hasta una de las mesas mejor situadas del establecimiento. De cara al mar y con una acogedora sombra.

Me sentí como en una de esas películas de verano en las que todo es efímero y tremendamente hermoso. Mientras Aníbal charlaba con su amiga y le preguntaba por sus hijos, examiné el local. Unas gruesas vigas de madera decoraban el techo del enorme porche. Las paredes lucían pintadas de blanco y había muchas plantas aportándole al ambiente un toque salvaje y fresco. Pensé en cómo sería amanecer todos los días con esas vistas. Envuelta de aquella absorbente y purificadora luz.

Al cabo de unos segundos apareció Augusto. Lo supe porque era uno de esos hombres que desprendía carisma y liderazgo. Y también porque llevaba una casaca beige con el logo del hostal serigrafiado en la zona del pecho que lo diferenciaba del resto de los trabajadores.

Se aproximó a nosotros y saludó a Aníbal con el mismo entusiasmo de su mujer.

Debo admitir que la pareja me cayó bien al instante.

Ambos interrogaron a Aníbal acerca del trabajo y su vida personal. Me sorprendió que él en ningún momento mencionara a la dichosa Violeta, pero supuse que tal vez pretendía no incomodarme.

Hablaron de todo un poco mientras yo permanecía un tanto silenciosa junto a Aníbal. Sin embargo, al cabo de unos minutos, Penélope insistió en que nos acomodásemos e hizo hincapié en que nos sintiésemos como en casa.

—Este sitio es una maravilla —exhalé admirando la grandiosidad del mar cuando la pareja ya se había retirado.

—Lo es.

—¿Vienes aquí muy a menudo?

—Vengo mucho menos de lo que me gustaría.

Penélope regresó con las cartas y nos recomendó la especialidad del día, que consistía en una especie de *niguiri* de pescado caramelizado en *teriyaki* y perfume de naranja. No me detuve ni siquiera a preguntar qué demonios llevaba eso. Di por sentado que

estaría delicioso.

Me fijé en los precios de los platos y supe de inmediato que la cuenta nos saldría por un ojo de la cara. Aunque no era el momento para abordar ese tema. Como bien me había garantizado Aníbal, estaba convencida de que se lo cobraría de un modo u otro.

La primera media hora fue un poco violenta para mí. Él, en cambio, parecía muy relajado. No entendía por qué razón ese día Aníbal había decidido llevarme a comer con él a ese sitio increíble en vez de invitar a la misteriosa Violeta y, de paso, contarle lo del cáncer de su padre.

Augusto trajo una botella de chardonnay ecológico y nos sirvió dos copas sin ni siquiera preguntarnos, con el pretexto de que ese vino nos encantaría. Cuando el aludido se retiró a buscar un recipiente para enfriar la botella, Aníbal alzó su copa.

—¿Por qué te apetece brindar?

—No lo sé. Últimamente mis días comienzan de una manera y acaban de otra muy distinta. Así que ni siquiera tenía pensado brindar hoy.

—¿Qué te parece si brindamos por tus libros? Los has recuperado al fin. Creo que eso se merece un brindis, ¿no?

—Claro. Sin duda —murmuré confusa.

—Por tus libros, entonces.

—Por mis libros.

Me desconcertaba el comportamiento de Aníbal. Intuí que trataba de alejar de su mente el hecho de que su padre se estaba muriendo. Quizá esa era su manera de afrontar las noticias desagradables. Tal vez esa tarde lo único que pretendía era desconectar. Yo, desde luego, iba a intentarlo.

—Te gusta planificarlo todo, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —olisqueé catando la notable acidez y aquella placentera mezcla de sabores a manzana y ciruela verde que se desató en mi paladar.

—Has dicho que últimamente tus días comienzan de una manera y acaban de otra muy distinta. Y lo has dicho como si eso fuese un problema para ti.

—Bueno, sí, en parte sí. Pero me refería a que estoy a punto de acabar la historia en la que llevo inmersa varios años y lo cierto es que me gustaría tener los días un poco más planificados.

—¿Y qué te lo impide?

Había varias respuestas para esa pregunta, dada mi situación, pero opté por apartar de mi cabeza a Jaramillo y compañía y responder como lo haría la Gabi sin ese tipo de problemas.

—Supongo que yo misma. A veces me cuesta sentarme a escribir más de lo que me gustaría.

—Es un trabajo muy solitario. ¿De verdad quieres dedicar toda tu vida a escribir?

—*Soledad* es una palabra muy ambigua. Casi tanto como *silencio*.

—Explícate.

—La soledad a la que tú te refieres para mí es purificadora. Cuando escribo jamás me siento sola. Así como es imposible calificar el silencio, pues la ausencia de sonido es inexistente, la soledad para un escritor es hipotética.

—Vaya…, eso significa entonces que sí.

—Sí, creo que es lo único que siempre he sabido.

—Pues está sucediendo.

—¿El qué? —escudriñé sin entender a qué se refería.

—Que ya hablas como una artista.

—Sí, claro —reí.

Me sostuvo la mirada hasta que un camarero se aproximó a nuestra mesa y depositó un plato con unos aperitivos. Se trataba de unas pequeñas brochetas de anchoa, queso y aceitunas.

Antes de alcanzar una, le ofrecí a Aníbal que hiciera los honores.

—No, gracias. No me gusta el queso.

—No puedes estar hablando en serio. ¿No te gusta el queso?

—No, ¿por qué?

—Mi padre siempre decía que las personas a las que no les gusta el queso no son de fiar.

Él sonrió.

—Pues hazle caso. Llevaba mucha razón.

*

El almuerzo fue muy agradable. Descubrí que Aníbal era un excelente conversador. Eso, y que pasar mucho tiempo a su lado solo haría que me encaprichase más por él.

La voz de Eric Clapton sonaba lejana a través de los altavoces. Su

canción *Wonderful Tonight* inmortalizó ese breve instante en el que el vino empezó a hacerme efecto y al fin pude deshacerme del retraimiento que me provocaba estar frente a él.

Penélope nos sirvió los platos que habíamos pedido y algún que otro entrante cortesía del cocinero.

A medida que Aníbal hablaba, yo observaba todos sus movimientos. Su modo de pasarse la mano por el pelo. La sonrisa tímida que se dibujaba en sus labios cuando algo de lo que decía lo divertía de verdad. Su modo de comer, sin prisa, saboreando cada plato. La curva de su mandíbula. Su perfil…

Curiosamente, no volvimos a hablar de Josema ni de nada relacionado con el bufete. Nuestra charla giró en torno a la lectura y a míticas películas de cine. Por segunda vez repitió que teníamos gustos muy comunes. Y yo lo creí. Sí, lo creí porque quería creerlo. Deseaba que ese almuerzo fuese algo más que un modo de desconexión. Ansiaba que Aníbal empezara a considerarme una mujer atractiva e inteligente, a pesar de que yo no me estimaba así con mucha frecuencia. Su interés en todo lo que yo decía hizo que ganara seguridad y que la balanza se inclinara hacia esa puerta abierta que me empeñaba en ver. Aunque, de vez en cuando, la voz de mi madre se filtraba impertinente en mi pensamiento y reiteraba que Aníbal «ahora tiene novia».

Tras el postre, un pelín embriagada de vino y de la versión más encantadora de Aníbal, me levanté de la mesa y fui al baño. Mientras me lavaba las manos y contemplaba mi rostro en el espejo, me pregunté qué podía hacer para frenar aquellas irrefrenables ganas de besarlo.

La aversión que hasta entonces sentía por él se había transformado, sin apenas darme cuenta, en una terrible y preocupante atracción.

Al salir, Penélope estaba junto a la recepción revisando unos documentos. Alzó la vista cuando pasé por su lado.

—¿Te ha gustado la comida? —me preguntó examinándome de forma sutil.

—Estaba todo delicioso. Este sitio es un sueño —confesé admirando la decoración.

Un sofá victoriano, una máquina de coser antigua, un escritorio desportillado, lámparas restauradas y cuadros que parecían muy caros. Aquella decrepitud encajaba a la perfección con el estilo natural y

rústico del lugar. Como si todo fuera necesario.

Ella me regaló una sonrisa apaciguadora.

—¿Hace mucho que conoces a Aníbal?

—En realidad sí, se podría decir que somos… amigos desde el instituto —musité con inseguridad.

—¿En serio? ¿Y cómo era Aníbal en el instituto? —indagó ella ocurrente, cruzándose de brazos.

—Mejor no quieras saberlo.

Su carcajada me resultó contagiosa.

—Me hizo caso entonces.

—¿Cómo dices? —inquirí.

—Augusto y yo llevábamos mucho tiempo pidiéndole que viniera a visitarnos. Siempre nos estamos burlando de él por eso de que va de flor en flor. Así que le pedimos que cuando conociera a alguien especial viniera a presentárnosla. Y mira, aquí estáis al fin.

Las mejillas se me encendieron y el corazón se me aceleró al mismo tiempo.

—Nooooo —reí nerviosa—. Yo solo soy una… amiga. Él sale con una chica que se llama Violeta.

Afiló la mirada.

—¿Violeta? Qué curioso, tiene nombre de flor —dijo alzando las cejas con diversión.

—De verdad, no hay nada entre él y yo. Solo tenemos una relación de trabajo.

—Yo también decía eso cuando conocí a Augusto —respondió guiñándome un ojo.

Luego se aproximó a un cliente que acababa de acceder al hostal para alojarse.

Me quedé allí paralizada unos segundos. A continuación me giré y contemplé a Aníbal, que permanecía de espaldas en nuestra mesa toqueteando su móvil.

Suspiré y negué con la cabeza.

«¡No te montes películas, Gabi!»

*

Cuando tomé asiento de nuevo, lo interrogué acerca de su amistad con ese matrimonio encantador.

—¿De qué los conoces?

—Augusto fue cliente mío hace algún tiempo. Vino a mi despacho hace seis años solicitando mis servicios. Quería divorciarse.

—¿De su anterior esposa? ¿Estuvo casado antes?

—No, quería divorciarse de Penélope.

—¿En serio? No entiendo.

—Es una historia peculiar. Por aquel entonces se habían separado. Los niños eran pequeños y él quería llegar a un acuerdo con ella en cuanto a la custodia y el reparto de los bienes. Pero me di cuenta de inmediato de que aún seguía enamorado de ella. Jamás he visto a un hombre tan cautivado por una mujer.

—¿Me estás diciendo que en vez de hacer de abogado del diablo hiciste de celestina?

—Más o menos. Cité a Penélope para tratar de negociar con ella el convenio legal y, de paso, descubrir si ella se hallaba en la misma situación que Augusto. Y así fue.

Hizo una breve pausa y volvió a llenar nuestras copas de aquel delicioso vino.

Me pregunté cómo diablos pretendía conducir a la vuelta. Sin embargo, me pareció demasiado interesante aquella historia y no lo interrumpí.

—Normalmente los divorcios que gestiono suelen ser liberadores. Lo que quiero decir es que la gente que recurre a mí está desesperada. Cuando aparecen en mi despacho es porque no han encontrado ninguna solución posible al calvario en el que viven. Han agotado sus fuerzas y tan solo desean seguir adelante. Suelo encontrarme con desilusiones constantes, maltratos, infidelidades, deudas pendientes y un largo etcétera. Pero con Augusto y Penélope me sucedió todo lo contrario. Era la primera vez que tenía ante mí un caso en el que dos personas completamente enamoradas una de la otra me pedían que les llevara el divorcio. Dos buenas personas que aún se querían. Así que decidí que no formaría parte de ello. Conseguí reunirlos a ambos y les transmití lo que pensaba. Ellos hicieron el resto.

—Vaya, no sé qué decir.

—No siempre soy un cabrón sin escrúpulos —chanceó.

—Supongo que es normal que te adoren. Lograste unirlos de nuevo.

—Qué va. No lo hice yo. Ellos ya estaban unidos. Se habían

perdido el uno al otro durante un período de tiempo. El hostal acumuló algunas deudas, ambos se encontraban saturados con el nacimiento de su segundo hijo y no supieron gestionar la situación. La gente suele tirar la toalla a la primera de cambio, pero yo creo que el amor no es algo preestablecido, sino trabajo, constancia y voluntad. Creo que un matrimonio debe romperse cuando no quede nada. Cuando todas las razones que los llevaron a unirse se hayan extinguido. Intento asegurarme de que sea así al aceptar los casos. Eso también me hace trabajar menos.

Me interesaba saber más cosas sobre Penélope y Augusto, pero nuestra charla se vio interrumpida por los aludidos. Se acomodaron junto a nosotros para el café y fueron ellos mismos quienes narraron aquel episodio de un modo ameno y humorístico.

La tarde voló como una secuencia subyugadora con música de fondo. El mar se veía de color añil, sereno y con las olas batiendo una escasa espuma en la orilla. Ellos hablaron más que yo, pero no me importó. Todo lo contrario, fue un deleite. Recordé aquella frase de mi padre que solía decirme a menudo y que aludía al hecho de que se aprende mucho más escuchando que parloteando. Me embelesé con sus voces, con sus sonrisas cómplices, con la diversidad de temas de conversación que abordamos. Pero lo que más me fascinó fue la manera en que Aníbal les contó que yo escribía.

—Estáis ante una futura Agatha Christie. Gabi es brillante.

Y lo dijo sin reírse. Con una convicción demoledora.

«Brillante.»

Hasta ese momento, nadie me había dicho algo así, salvo mi padre.

*

A eso de las siete y media, Aníbal miró su reloj y anunció que había llegado la hora de marcharnos.

Nos despedimos de la adorable pareja, con la que me podría haber pasado días charlando. Penélope, que me sacaba una cabeza, me estrujó con un cariñoso abrazo y, antes de que me alejara de ella, murmuró algo en mi oído:

—Haz lo posible para que mande a la mierda a esa tal Violeta.

Augusto me pidió que en cuanto publicasen mi libro le llevase uno firmado, a lo que yo respondí con una ingenua sonrisita.

—Son maravillosos —musité nada más salir del hostal, de camino al aparcamiento.

—Sí. Lo son.

Él se detuvo un par de pasos detrás de mí y miró la llave de su coche un tanto pensativo.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa antes de marcharnos? —propuso frotándose la frente.

—Ehh… Vale.

Accedimos a la zona de la playa más cercana por una escalera improvisada de enormes pedruscos. Aníbal me agarró de la muñeca en el último tramo, supongo que sin más intención que evitar que me partiese los dientes. Pero a esas alturas yo me sentía como Baby en *Dirty Dancing* el día que Johnny la llevó al lago a practicar el dichoso salto.

El sol estaba a punto de esconderse y una vigorosa brisa soplaba ahora con más ímpetu, meciendo las ramas de los árboles que se divisaban a nuestra derecha en los acantilados del Parque Natural de La Breña.

Él tomó la iniciativa de quitarse los zapatos y arremangarse el bajo de los pantalones para caminar descalzo por la orilla. Me quité las sandalias yo también.

La marea había vaciado bastante, facilitándonos el paseo. Según Penélope y Augusto, la afluencia de personas en junio solía ser escasa, al menos hasta la segunda quincena, que era cuando esperaban a una multitud de turistas, con lo cual Aníbal y yo nos cruzamos con muy pocos bañistas.

—Me he sentido muy cómoda —murmuré con sinceridad.

—Me alegro.

—Necesitaba esto.

—¿Ah, sí? —preguntó él con curiosidad.

—Sí, necesitaba evadirme. Reírme, charlar y dejar de pensar —bisbiseé respirando el aroma a salitre que se arrebujaba en la orilla y notando aquella humedad en las mejillas.

—Pues hazlo más a menudo. No es tan difícil.

—Sí, supongo que sí.

—Ya conoces a Penélope y a Augusto. Puedes venir a verlos siempre que te apetezca.

—Sí, lo haré.

Continuamos caminando en silencio.

—Aníbal, no pretendo incomodarte, pero… ¿estás bien?

Él tomó aire y pensó unos segundos la respuesta.

—No quiero que mi padre se muera —confesó con la mirada puesta en sus pasos.

—¿Y por qué no se lo has dicho hoy?

—Porque no tenemos buena relación. No se portó demasiado bien con mi madre. Pero a pesar de todo no quiero que se muera.

—Pues creo que él debería saberlo.

Me miró un breve instante con expresión turbia.

—Ya.

—Yo tuve tiempo de despedirme de mi padre y aun así ahora me gustaría decirle tantas cosas…

—Sí, pero tu padre y tú os adorabais.

—Cierto. Y creo que tú también quieres mucho al tuyo, solo que no habláis a menudo. ¿Sabes qué? La gente suele tirar la toalla a la primera de cambio —repetí imitando lo que él me había comentado con anterioridad.

Conseguí que sus labios se curvaran y me mostrara ese precioso hoyuelo en su mejilla.

Una gaviota sobrevoló muy cerca de nosotros y se posó sobre un montón de algas apiladas en la orilla.

—¿Qué harás cuando seas una escritora de éxito? —inquirió cambiando de tema.

Me eché a reír y él sonrió conmigo.

—Pues no lo sé. No tengo ni idea de qué es lo que suelen hacer los escritores de éxito. Yo solo quiero escribir. Y que me paguen por ello, a ser posible. Tampoco pido tanto.

—Quizá ese sea el problema.

—¿Qué quieres decir?

—Que no deberías conformarte con migajas. Si vas a soñarlo, hazlo al máximo nivel. Visualízalo. Yo lo veo —musitó golpeando suavemente una diminuta piedra.

—¿Sí? ¿Qué ves?

—Veo algo único en ti.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. ¿Por qué iba a mentirte? Lo que escribes es diferente. Tienes un estilo muy propio. Es complicado ser original en los tiempos

que corren.

—Pues gracias, supongo…

Miré al horizonte, el azul desvaído del cielo parecía diluirse en el aquel hermoso mar reposado.

—Y aparte de escribir, devorar libros y el cine, ¿qué más te gusta hacer? ¿Tienes alguna otra afición?

—No muchas más.

—¿Deportes?

—¿Tengo pinta de deportista?

—Bueno, tienes unas bonitas piernas —dijo con una entonación que no supe si hablaba con certeza.

—Te has tomado muy en serio lo de ser amigos, ¿no? Van dos cumplidos en menos de cinco minutos. Te aseguro que no voy a pagarte antes por muy encantador que seas.

Él se carcajeó con brío.

—Había que intentarlo.

—No soy una persona muy arriesgada, Aníbal. Jamás haré paracaidismo, ni *puenting* ni esas cosas que hace la gente para liberar adrenalina y desatar euforia. Sobre todo porque me aterran las alturas.

—Así que no eres arriesgada.

—No mucho.

—Tú solo eres interesante —recitó en un tono confuso.

—¿Es eso otro cumplido? Porque esta vez no me ha quedado claro.

—Sí, Gabi Gafitas, pero no te lo creas demasiado —afirmó dándome un suave empujoncito con el hombro.

Acto seguido, un perro que paseaba con un chico greñudo se acercó a nosotros y nos olisqueó. Aníbal le acarició las orejas. El animal regresó con su dueño cuando este le silbó.

—Esto relaja, ¿verdad? —dijo él contemplando sus pies mojados.

—Sí, mucho.

—Hay que hacer más cosas como estas.

—¿Como andar por la orilla?

—Como andar descalzos por la orilla —aclaró con una sonrisa de medio lado.

Asentí despacio y me mantuve callada durante unos metros.

—Me compraré una casa en la playa —exhalé al cabo de un rato, balanceando mis sandalias.

—¿Cómo dices?

—Me has preguntado que qué haré cuando sea una escritora de éxito. Pues ya lo sé. Me compraré una casa en la playa. No muy grande, pero que tenga una puerta con acceso a una bonita cala. Y tendré un perro o dos. Y una librería hasta el techo. Será mi refugio cada vez que quiera terminar mis obras y disciplinar mi mente. Un lugar en el que nadie me moleste. La pintaré yo misma.

—Bien. Hay que tener un plan.

Otro silencio.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Qué harás cuando seas un abogado de éxito?

—Ya lo soy.

—¡Guauuu! ¡Qué modesto!

—Es la verdad. Laboralmente no me puedo quejar. Las cosas me van cada vez mejor. En el terreno profesional me siento muy realizado. Aunque no es el éxito que yo ansío.

—¿Ah, no? ¿Y qué clase de éxito buscas?

—A mí me gustaría tener algo parecido a lo que tienen David y Raquel.

Fruncí el cejo sin entender qué quería decir.

—Estabilidad —aclaró.

No supe qué responder.

—A eso sí lo llamo yo éxito —continuó—. Llevan toda la vida juntos y se desean como el primer día.

—Sí, fue una suerte que se conocieran. Son felices.

—No, eso no es suerte. Es inteligencia. Conozco a David, sé que ha invertido mucho en su familia. Mi padre, en cambio, no hizo lo mismo. Siempre le importó más su carrera.

Enmudecí reflexionando en ello.

—Le guardas rencor por eso.

—No puedo evitarlo.

—Supongo que tenerlo todo es imposible.

—¿Tú crees? —inquirió.

—Sí, creo que siempre hay que sacrificar algo.

—Yo no estoy de acuerdo con esa frase hecha. Creo que tenerlo todo requiere más esfuerzo, nada más.

—Aníbal, pero es una realidad. La gente que triunfa ha de pagar un precio. A menudo ese precio es la familia.

En el caso de Raquel, sabía a ciencia cierta que había renunciado a ascender en el Cuerpo Nacional de Policía para dedicar más tiempo a sus pequeños.

—¿Tú lo harías? Si te dieran a escoger entre ser una afamada escritora o tener una familia maravillosa, ¿qué elegirías?

—Hace tiempo pensaba que lo segundo. Sin embargo, mírame ahora. Sin un céntimo y camino de los cuarenta con un sueño frustrado.

—¡Joder, Gabi, eres muy extremista! —chanceó.

—Soy realista.

—¿Así que ahora quieres lo primero?

—Sin duda alguna. Precisamente por creer en el estúpido y romántico ilusionismo de alcanzar la felicidad completa he cometido errores imperdonables.

—Déjate de tonterías. Tu único error ha sido no contratarme antes.

—Eso quiere decir que eres… ¿mi billete al éxito?

—Por supuesto.

*

No sé qué sucedió esa tarde.

Hablamos de mil cosas. De mis hermanas, de David, de mis sobrinos. Le hablé también de mi madre y de lo mucho que me exasperaba en ocasiones. Él me escuchó con atención, sin desprenderse de aquella expresión jovial y relajada. Luego me contó más cosas sobre sus padres. Confesó que había sido un niño feliz y que echaba de menos esa sensación.

No sé qué sucedió, pero sabía que ya no había vuelta atrás.

Me estaba enamorando de Aníbal.

No sé si fue esa tierna y conmovedora historia de Penélope y Augusto. Si fue el vino, el entorno, la agradable temperatura, la magnitud de esa playa, la confortable liberación que sentí durante esas horas a su lado… La reciente complicidad que crecía entre él y yo, o el simple hecho de aceptar que en el fondo Aníbal siempre me había atraído. Desde que era una niña. Siempre, de un modo u otro, aparecía en mi vida.

Solo sé que él propuso regresar al coche y yo anhelaba pasear un poco más. Descalzos por la playa.

Nos detuvimos lentamente a mitad del camino de vuelta a contemplar cómo el sol se escondía vergonzoso tras el lejano e infinito horizonte.

Por aquel entonces, memoricé cuántos lunares tenía en el cuello y el escaso vello que le crecía bajo el labio inferior.

—¿Qué harías si hoy fuese tu último día? —me preguntó con la mirada perdida en el mar.

«Besarte», pensé sin ser consciente de que no podía apartar los ojos de él.

Pero no solo lo pensé. ¡Lo había murmurado en alto!

—¿Qué?

Al oír su pregunta comprendí lo que acababa de suceder.

—¡¿Qué?!

«Maldita sea, Gabi. ¿Qué demonios te pasa?»

16

Un pajarito

No, no fue producto de mi imaginación.

Lo susurré lo suficientemente alto para que Aníbal lo oyera. Y, claro, su cara reveló una insufrible perplejidad.

Cuando sus ojos me miraron, comprendí que él me había hecho esa pregunta pensando en su padre, y no del modo romántico en que yo me la había tomado.

«¿Qué harías si hoy fuese tu último día?»

Se suponía que su mística cuestión guardaba relación con el trascendental sentido de la muerte. Aníbal ese día se encontraba con ganas de charlar con alguien, de desahogarse y apartarse de la vorágine de su despacho. Y yo solo había sido eso: una amiga con la que abrirse.

Todo esto lo leí en su mirada.

—¿Quieres besarme?

—¿Qué? No, no, claro que no. Es decir, he dicho «besarte», pero me refería a que te daría un beso en la mejilla, así, en plan amigos…

Para mi sorpresa, él se rio.

—¿Ah, sí? ¿Sería eso lo que harías en tu último día? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

—Pues no lo sé, la verdad.

Silencio.

«Madre mía, madre mía. ¿Por qué me mira con esa expresión?»

—Estás un poquito profundo con ese tipo de preguntas —musité frotándome la frente.

Volvió a sonreír.

—Eres muy graciosa, Gabi. No te recordaba tan ocurrente.

—Sí, sí, ya. ¿Nos vamos?

Ladeó la cabeza estudiándome. Quieto.

—Sí, vámonos. Es tarde.

Tomé la iniciativa nerviosa y me adelanté unos pasos.

—¿Tanto te gusto? —ahondó él deteniéndose, con ganas de abrir la veda.

—No, Aníbal —respondí girándome y chasqueando la lengua—.

Mira, lo siento, pero es que últimamente me confundes. No sé qué pretendes. Este lugar. Tú y esta versión adorable de amigo del alma que me estás vendiendo de repente. No lo entiendo.

—¿Perdona? Yo no estoy vendiendo nada.

—Entonces ¿qué demonios hacemos aquí? Este paseo por la playa viendo el atardecer… Joder, esas gaviotas ahí, tan blancas y bonitas… —protesté fijándome en los pájaros repelentes que nos sobrevolaban con talante majestuoso.

Él se encogió de hombros riendo.

—Yo…, me dolía un poco la cabeza y solo quería caminar hasta que se me pasara el efecto del vino para poder conducir. Siento haberte confundido con mis confesiones y con esas aves que es habitual que planeen en la costa hasta que emigren para hibernar como la mayoría de las especies. Te aseguro que no ha sido cosa mía.

—Ja, ja. Tú también eres muy gracioso. Y gracias por la clase de ornitología.

Se cruzó de brazos.

—Entonces ¿en qué quedamos? ¿Podemos ser amigos o no?

—Es que… No lo sé.

Nos miramos el uno al otro durante unos largos segundos. Fui yo la primera en rendirme y centrarme en contemplar las olas.

—Te resulta más fácil odiarme, ¿verdad?

—A veces creo que sí.

—A ver si lo entiendo, ¿de verdad es más fácil para ti odiarme que admitir que te gusto mucho?

Su tonito me obligó a cerrar los ojos enojada.

—¿Ves? En realidad eres así.

—¿Así, cómo?

—Imbécil.

Reanudé el paso, dejándolo atrás.

—Pero ¿por qué me insultas? —recitó siguiéndome y riendo de un modo cargante.

No respondí. Continué caminando apresurada.

—Gabi, ¿quieres parar?

—Quiero irme ya.

—Déjame que te ayude —comentó él cuando llegamos al tramo donde se hallaba la escalera por donde habíamos bajado anteriormente. Imagino que no me vio muy atlética como para subir

sola.

—No necesito tu ayuda. Gracias.

—Te vas a caer. Ten cuidado. Esos escalones son muy altos. Deberías ponerte primero las sandalias.

—Me las pondré arriba.

Sin embargo, a medida que subía con dificultad y casi huyendo de él, no vi una piedra puntiaguda y le di una patada sin querer. Juraría que me fracturé el dedo pequeño del pie.

—Me cago en mi… —mascullé sin poder acabar la frase, mordiéndome la lengua.

Un montón de estrellitas negras y diminutas me nublaron el sentido. Traté de digerir el dolor lo mejor que pude, pero tuve que sentarme como consecuencia del mareo.

—Te lo he dicho. ¿Dónde te has dado? —interpeló él sentándose a mi lado y calzándose los zapatos.

—Estoy bien —mentí sujetándome el tobillo, impidiendo que me tocara.

Inhalé por la nariz, esperando a que la punzada se atenuara. Luego, al cabo de unos segundos violentos, me puse las sandalias fingiendo que me encontraba mejor.

—¿Por qué te cabreas conmigo? ¿No te das cuenta de que es una actitud muy infantil? —murmuró tras otro silencio denso.

—Claro que me doy cuenta, por eso estoy cabreada.

Volví a ponerme en pie y me sacudí los bolsillos traseros de mis *shorts*. Él se plantó delante de mí.

Ambos nos hallábamos en el mismo escalón. El dolor en el dedo me despistó de su cercanía.

—Gabi, yo… creo que eres una chica preciosa y…

—No, por Dios, no hagas eso. Otra vez no.

—¿Me dejas hablar? No sabes lo que voy a decirte.

Retrocedí un paso. ¿Por qué se acercaba tanto?

—Que ya lo sé. Que eres mi abogado y que tienes un código acerca de no enrollarte con tus clientes y que también tienes una misteriosa novia que se llama Violeta y bla-bla-bla…

No había terminado de pronunciar el último «bla» cuando me agarró de la nuca y me atrajo hacia sí para besarme del modo más enloquecedor y fascinante que me habían besado en toda mi vida.

Su otro brazo me rodeó la cintura, aumentando la sensación de

posesión. El beso fue bestial. Un beso del que fue imposible librarme. Mi cuerpo se tensó inevitablemente y al principio mantuve unos segundos los ojos abiertos, sin dar crédito a lo que sucedía. Luego, sin embargo, me rendí. Mis párpados se cerraron y dejé caer los brazos sobre sus hombros. Eso hizo que él me abrazara con una pasión demoledora.

Sus dedos se perdieron en mi mata de pelo para poder acomodarme a su boca.

Los recuerdos regresaron nítidos, como si de repente me hubiesen metido en una máquina del tiempo y me dejaran allí, en el aula de audiovisuales, casi a oscuras, donde él y yo nos besamos por primera vez.

Solo que el impacto fue mucho más galáctico que en aquel entonces.

Los planetas, las estrellas, las nubes e incluso las gaviotas de antes, todo flotó a nuestro alrededor, elevándome a un estado de bienestar y felicidad supremo.

Me sujeté a él, acoplándome a su corpulencia. Entrelacé las manos en su nuca y respondí a su invasión con una candente impaciencia.

Aníbal no daba unos besos normales. Te hacía el amor con la boca, y eso era justo lo que había hecho años atrás. Ahora entendía por qué motivo nunca lo había olvidado.

Sin duda, ese era EL BESO. Intuía que la resaca emocional iba a ser considerable. Como ese libro que lees y encabeza tu lista de favoritos esperando a que otro te sorprenda aún más, pero que nunca llega.

Su olor fresco y cautivador, su pecho presionando el mío, sus brazos envolviéndome…

¿Quién diablos le habría enseñado a besar de esa manera?

Saboreó hasta el último ángulo de mis labios con movimientos provocadores de su lengua. Un centenar de palabras prohibidas se amontonaron en mi subconsciente tratando de definir lo que sentía. Lujuria, erotismo, sensualidad, apetito y anhelo.

No recordaba haber sentido ese frenesí de sensaciones jamás. Sabía que las mariposas en el estómago provocaban algo parecido a eso. Ya había estado enamorada antes, o al menos eso creía, pero ¿ese deseo? ¿Esa hambre escondida?

Cuando él deshizo el beso para mirarme a los ojos con la respiración entrecortada y aquella mirada ardiente, un delator rubor

alcanzó mi rostro.

—¿Qué estamos haciendo? —susurré colocándome bien las gafas.

Debía de ofrecer un aspecto patético con mis lentes dobladas y el pelo revuelto como consecuencia del morreo que acabábamos de darnos.

—Has dicho que si hoy fuese tu último día me besarías. Al menos, eso he entendido —respondió con sus manos aún en mi cintura.

—Ya, pero hoy no es mi último día.

—Eso nunca se sabe.

—Bueno, espero que no. Aunque con la suerte que tengo últimamente…

Él frunció los labios conteniendo una sonrisa.

—Sí. Sería una pena no repetir un beso como este, ¿verdad?

—¿Quieres repetirlo?

Recorrió mis facciones sin deshacerse de su expresión pendenciera.

Aquella luz natural y divina me concedió el honor de apreciar que el color pardo de sus ojos era aún más bonito a esa distancia tan corta. O eso me pareció embriagada por sus encantos.

—¿Por qué siempre que te hago una pregunta me respondes con otra?

—Pero ¿era una pregunta?

—¿Ves? Siempre haces lo mismo.

—¿Yo? No. Tú siempre haces lo mismo.

Volvió a besarme.

De nuevo, la pasión.

Los fuegos artificiales.

Mis manos sudando.

Mi temperatura corporal ascendiendo.

Mi corazón acelerándose.

Mis niveles de dopamina alcanzando el firmamento.

Y de nuevo volvió a parecerme demasiado corto cuando se separó.

—Acabo de recordar que tienes unos labios perfectos —bisbiseó como si fuese un secreto.

Yo también había recordado nuestro primer beso, pero en ese instante preferí obviar lo que sucedió en aquel capítulo de nuestras vidas.

—¿Y qué hay de todo eso de no enrollarte con tus clientes? —cuchicheé con las manos en su pecho, sintiendo el calor de su piel.

Admito que estar en sus brazos me pareció una locura. Aunque ¡bendita y placentera locura!

—Solo te he dado un beso.

—Es decir, que besarnos entra dentro de nuestro acuerdo…

—Si insistes tanto.

—¿Y qué hay de tu novia?

—¿Qué pasa con ella?

Me pareció atisbar un ápice de rigidez en su cuerpo.

—¿Que si crees que le gustará que andes por ahí besándote con tus clientes?

—No lo sé. Hasta este momento nunca había besado a ninguno. Pero supongo que tampoco tiene por qué enterarse.

Afilé la mirada barruntando que mi sistema nervioso se alteraba de una manera muy diferente.

¿De verdad había dicho eso?

La magia de ese íntimo momento desapareció como lo haría una insignificante hoja seca tras el coletazo de un tornado. La música, las luces de verbena, las velas y los pétalos que en mi imaginación nos hacían un círculo con forma de corazón también fueron arrastrados por el mismo tornado.

De pronto, hasta el sonido del mar me resultó atosigante.

Demasiado bonito para ser real.

—Claro, ya —farfullé apartándolo con el dedo índice como si fuera un leproso.

Él varió la expresión.

—Lo que me faltaba… —mascullé.

Subí los escalones cojeando un poco. Me seguía doliendo el pie.

—Gabi, espera. ¿Adónde vas?

—A mi casa. Es justo donde debería estar, en vez de aquí perdiendo el tiempo.

Entonces recordé la frase de mi madre: «Déjate de besitos».

—Pero ¿por qué te enfadas? Querías que te besara, ¿no?

Me detuve y lo miré con furia.

—Sí, por supuesto, ese era mi plan. Morrearme contigo a escondidas de tu novia. Como no tengo suficientes problemas, ¿por qué no uno más? —exclamé exaltada.

Quería alejarme de él, poner distancia entre nosotros. Quería huir de una vez de ese confuso escenario y del verdadero Aníbal. El

farsante y embaucador.

—Gabi…

—Aníbal, por favor, déjalo ya.

—Creo que me has malinterpretado.

—¿En serio? Yo, en cambio, creo que has sido muy explícito.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió cuando al fin llegamos arriba.

Había una carretera estrecha que nos separaba de la zona donde se hallaba su coche estacionado.

Lo encaré antes de atreverme a cruzar al otro lado.

—¿Que qué quiero? Guauuu, esa pregunta es tan amplia. ¿Te refieres a qué quiero de ti en el sentido de cómo espero que evolucione nuestra amistad a partir de ahora o es una pregunta más metafísica? Porque, si es lo segundo, que creo que sí, dado lo intensito que estás hoy… A ver, déjame pensar… Una vida normal. Sí, ¿podrías ponerme una para llevar?

—Mentirosa. Tú no quieres una vida normal. Ya tienes una y no te gusta.

—Vaya, mira qué listo.

—Solo he hecho lo que me has pedido. Querías que te besara y te he besado. ¿Por qué reaccionas de esta manera? Ya te dije que tenía novia.

Me masajeé las sienes, denotando un profundo enojo. Mi paciencia se agotaba.

—Sí, es cierto. Me lo dijiste. Precisamente por eso no entiendo qué es lo que acaba de suceder. Se supone que cuando tienes pareja no debes besar a otras personas. Aunque te lo pidan. Que, para tu información, no es el caso.

—Sí que lo es.

—¡No, no lo es!

—Bueno, vale. Pues te he besado porque me ha dado la gana. Tampoco es para tanto. Ha sido solo un beso, ¿no? ¡Olvídalo! —gruñó gesticulando con los brazos.

Maldita sea, ¿ese sonido era mi corazón quebrándose un poquito?

Lo aceché muda, sosteniéndole la mirada.

Él refunfuñó un inaudible «joder».

—Ya está olvidado —dije alzando la barbilla.

«Solo un beso.»

—¡Bien!

—¡Bien!

—¿Nos vamos?

—Por supuesto.

Se adelantó a pasos agigantados, murmurando algo que no conseguí entender.

Ninguno de los dos volvió a abrir la boca hasta que llegamos al aparcamiento y divisamos el coche en aquella explanada prácticamente solo.

—¡Me cago en la puta! —lo oí mascullar con más exactitud a medida que nos aproximábamos al vehículo.

Me sorprendió su lenguaje y lo miré con asombro. Fue entonces cuando comprendí que su atención no se apartaba de una de las ruedas traseras del coche. Habían rajado el neumático. Otra vez.

El pulso me latió muy deprisa.

Aníbal se apresuró y, cuando estuvo más cerca de su adorado Ford Mustang, continuó maldiciendo en voz alta.

—¡Joder, joder, joder!

Mi estupefacción aumentó al vislumbrar que habían vuelto a arañar las puertas y los limpiaparabrisas habían sido arrancados. A decir verdad, uno de ellos estaba retorcido, aportando al vandálico acto un toque de mofa.

Lo observé dar vueltas alrededor del mismo, pasándose las manos por la cara. Sentí una tremenda congoja. No sabía qué hacer ni qué decir.

Quise acercarme y pedirle que se tranquilizara, pero sabía que nada de lo que dijera iba a mitigar la rabia que lo corroía.

—¡Jodeeeer! —gritó al cabo de unos segundos, cuando ya parecía que no iba a decir nada más.

Me sobresalté y chasqueé la lengua.

—Por Dios, cálmate.

—Que me calme…

Se pinzó el puente de la nariz y se movió de un lado a otro desesperado.

—¿Cómo quieres que me calme? ¿Estás viendo mi coche?

—Pues claro que lo veo, no estoy ciega.

—Tendré que llevarlo de nuevo al taller, y esta vez la reparación no me la va a cubrir el seguro. Eso si consigo que me lo renueven.

Me mordí la uña del pulgar. ¿Quién demonios estaba haciéndole

eso?

La primera persona que se me vino a la cabeza fue Emiliano Jaramillo, pero no sé si fue porque no conseguía quitarme de la mente a ese indeseable o solo por el empeño de encontrar una relación entre Aníbal y esa panda de delincuentes del asador de pollos.

El caso es que no pude articular palabra. La certeza de que dentro de unos días debía entregarles a esos tipos la cantidad de mil euros me causaba pavor.

La realidad despiadada me invadió y apartó de una patada las sensaciones que había tenido en los brazos de Aníbal hacía tan solo unos minutos.

¿Y si alguien nos había seguido? Cabía la posibilidad de que Jaramillo y los suyos estuviesen acechándome y hubiesen sido ellos los que hubieran destrozado el coche de Aníbal. Pero ¿por qué razón? Aníbal había investigado los antecedentes de ese tipo y no me había comentado nada relevante. ¿Quién estaba entonces detrás de esos destrozos?

Lo contemplé en silencio, absorta en mis propias teorías conspirativas. Pensé en Miller y en su habilidad para atar los cabos y hallar soluciones en situaciones de lo más enrevesadas.

Maldita sea, ¿por qué todo se complicaba tanto? Y no me refería a los mil euros que aún no tenía ni al problema de Aníbal con aquel anónimo adversario que se estaba ensañando con su coche. La complicación a la que yo me refería englobaba todo eso y, además, los desconocidos sentimientos que Aníbal había despertado en mí.

Se suponía que íbamos a ser amigos, pero el beso, ese beso, lo había trastocado todo.

Él sacó el móvil e hizo una llamada. Lo vi moverse de un lado a otro sin dejar de mesarse el pelo.

Aquello que había dicho de la novia me había dolido más de lo que yo esperaba. Aun así, debía mantener la compostura y mostrar indiferencia.

Lo oí hablando por teléfono. Había llamado a Augusto. Al cabo de unos minutos, su amigo y Penélope aparecieron por el aparcamiento. Aníbal les explicó que contaba con un enemigo secreto que la había tomado con su coche.

La tarde había caído, y una brisa más húmeda me refrescó los brazos. Augusto comentó que últimamente por esa zona había habido

varios robos en coches y comercios. Sugirió que quizá el acto de vandalismo hacia su Ford Mustang había sido en esa ocasión producto de la casualidad y nada tenía que ver con algo premeditado. Pero Aníbal sostenía que se trataba de la misma persona que había arañado su vehículo la vez anterior.

Mientras Augusto lo ayudaba a cambiar la rueda, Penélope me entretuvo con su interesante conversación. Eso me permitió destensar los hombros y diluir el malestar que me invadía.

Cuando el coche estuvo listo, la pareja insistió en que nos quedáramos a cenar, pero fue el propio Aníbal el que dijo que no. Así que, sin más dilación, volvimos a despedirnos de ellos y pusimos rumbo a Cádiz capital.

El trayecto fue muy incómodo. Él condujo en silencio, con la vista clavada en la carretera. Me pregunté qué demonios estaría pasando por su cabeza, pero supuse que su cejo fruncido y aquella mustia expresión se debía solo a la preocupación por su coche. Nada más.

El cielo se fue oscureciendo a medida que avanzábamos. La autovía casi desierta apuró el regreso. Aníbal puso la radio a un volumen bajo. La canción *Good Years* de ZAYN, seguida de otras baladas suaves, logró sosegarme hasta el punto de quedarme dormida sin apenas darme cuenta. El poder de la música es infinito, pues las notas musicales consiguieron relajar mi espalda. Y, además, fue un sueño placentero en el que mi mente viajó de nuevo hasta esa esplendorosa playa.

Otra vez regresé a sus brazos…

Aquella confusa quimera fue tan regia que, cuando sentí su mano en mi rodilla y su voz rota pronunciando mi nombre, abrí los ojos sin tener ni pajolera idea de dónde me hallaba.

—Hemos llegado.

Parpadeé un par de veces. Su mano se encontraba aún en mi rodilla.

—Te has quedado dormida —musitó como si eso le hubiese hecho gracia.

Miré sus dedos y él los apartó. Me erguí en el asiento adoptando una postura más adecuada.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada.

Eché un vistazo por la ventanilla y comprendí que nos hallábamos

cerca de mi casa. Había parado junto a un paso de peatones, en una zona donde no interrumpía el tráfico.

Divisé el portal en la lejanía y me pareció que Vargas se encontraba fumando en el exterior. Recé para que desde aquella distancia no pudiera vernos.

—Gracias, Aníbal. Después de todo, ha sido un día muy… agradable.

—Sí, lo ha sido. Exceptuando lo del coche y lo del… beso. ¿No? —rezongó acariciando el volante con la vista clavada en él.

—Sí, exceptuando eso.

Él volvió la cabeza para mirarme a los ojos. La luz de la farola más cercana le bañó la mitad de su rostro.

—Siento mucho si he dicho algo que te haya molestado.

—Da igual —declaré.

Aunque no era verdad. No me daba igual.

—Me ha encantado conocer a Penélope y a Augusto —suspiré cambiando de tema.

—Creo que ha sido mutuo.

—En fin… —murmuré frotándome los muslos—. Es tarde. Muchas gracias por traerme a casa. Estamos en contacto.

Estuve tentada de acercarme y despedirme con dos besos, pero me pareció demasiado violento. En vez de eso, quise restarle importancia al tenso momento tocándole el brazo con un gesto amistoso, y, tras abrir la puerta, se me ocurrió darle con el puño cerrado en el hombro. Lo cual resultó desastroso, pues en el último momento me puse muy nerviosa al verlo tan cerca que no controlé la fuerza.

—Auuuu —se quejó él sin entender mi absurda reacción.

—Lo siento —exclamé comprendiendo mi estupidez—. Solo quería…, ya sabes, darte así.

—Vale, Gabi, no pasa nada —respondió él, supongo que con unas ganas tremendas de perderme de vista.

—Vale, adiós.

—Adiós.

*

Llegué al portal a grandes zancadas, maldiciendo mi comportamiento.

«Maldita seas, Gabi. Eres una inconsciente.»

Rogué al Todopoderoso que el adorable conserje cerrara el pico y me dejase retirarme en paz, pero mi cenizo se hallaba en racha.

—Buenas *noche*, señorita Gabi.

—Buenas noches, señor Vargas.

—¿Cómo le ha *ío er* día?

—¿Aún está aquí? Se supone que su turno ha terminado, ¿no es así?

—Tranquila, ya me iba. Es que he *subío* un momento *pa'* despedirme de su *mare*.

—Vaya, qué considerado. Imagino que tratará a todos los vecinos con el mismo cariño.

—Bueno, a *to' lo* que se dejan —dijo con una carcajada.

Lo fulminé con la mirada sintiendo que la sangre se me subía a las sienes.

Traté de ignorarlo y marcharme con pose desafiante, pero él carraspeó recuperándose de la risa, apagó su cigarrillo y se sacó el paquete del bolsillo para encenderse otro.

—Ese era el *abogao*, ¿*verdá*? —parloteó intentando retenerme.

—Pero bueno, ¿a usted qué le importa?

—No lo está *hasiendo* bien, niña —rechinó negando con la cabeza.

—¿Cómo dice?

—Digo que tenga *cuidao*. Los *hombre* lo *queremo to'*, señorita Gabi. Mire, el tipo ese tiene novia y *ademá* quiere un rollete con *usté*. Le está *hasiendo* la cama. Lo acabo de *ve*. He visto cómo la miraba cuando se ha *bajao usté der* coche.

—No tiene ni idea de lo que está diciendo. Aníbal es mi… abogado.

—¿Su *abogao*? Pues claro. Eso es lo que quiere él. *Se* su *abogao*. Espabílese, señorita Gabi. Tiene *usté* que buscarse un pajarito.

—¿Un pajarito? Pero ¿qué coño está diciendo?

Me imaginé limpiándole la jaula a un periquito o a un agapornis.

—Un noviete, niña. Búsquese un *chorvito*. *Iguá* le parezco a *usté pesao*, pero mi sobrino es la *mejó opsión*. Créame.

—Sí, sí, seguro que sí —mascullé airada poniendo los ojos en blanco.

Sin duda, prefería un agapornis.

Hice el amago de largarme y dejarlo con la palabra en la boca.

—No le estoy *disiendo* ninguna tontería, muchacha. El *abogao* ese la ve a *usté* como una presa *fasi*. Quiere llevársela al catre. Lo he visto en su *mirá*. Ese tío tiene la *mirá* de un *depredadó*.

Tragué saliva.

A pesar de que la ira me recorría de la cabeza a los pies y codiciaba mandar a paseo al señor Vargas, había una inusitada preocupación en su comentario.

Recordé los labios de Aníbal sobre los míos. Aquel beso adictivo que había desatado una lujuria dormida en mí.

Me quedé paralizada, con la mirada perdida en el cigarrillo de Vargas y sus dedos amarillentos.

—Tengo que irme —tartamudeé aturdida, girándome.

—No lo olvide, señorita Gabi. Los *hombre* lo *queremo to'*. *Somo* como los *mono*. No *soltamo* una rama hasta que *estemo* bien *sujeto* a otra. Y si *podemo agarrarno* a las dos, *po mejó*. Hágame caso y búsquese un pajarito.

17

Reloj de arena

Era curioso que, de todo lo que habíamos hablado Aníbal y yo aquella tarde, no pudiera dejar de recordar esa frase que me dijo cuando le reproché que quería llevar una vida normal: «Mentirosa. Tú no quieres una vida normal. Ya tienes una y no te gusta».

Claro que yo me refería a menos contratiempos y preocupaciones.

Había, sin embargo, algo de verdad en su afirmación. No, yo no quería una vida normal, si la normalidad se asemejaba a mi estado actual. Yo lo deseaba todo. Y, como bien reiteró él, tenerlo todo requería más esfuerzo.

Lo cierto es que jamás pensé en ello hasta que Aníbal lo planteó de esa manera.

Bajo su teoría, la felicidad no tenía un precio, solo significaba un poco más de empeño. Más afán. Y yo había descubierto que anhelaba el *pack* completo: éxito y felicidad. Para qué continuar engañándome.

Creo que una parte de mí lo confirmó tras ese beso.

Ansiaba volver a sus brazos, a pesar de que me negaba a aceptar ese sentimiento romántico y vehemente que se apoderaba de mí. Me fastidiaba mucho haber sido tan imbécil de encapricharme otra vez de Aníbal, así como lo había hecho en el instituto. Pero de nada servía rehuirlo.

Esa noche, tras cenar con mi madre y esquivar sus incómodas preguntas, me refugié en la soledad de mi habitación y decidí que debía hacer algo. Elaborar un plan con el que resolver el conflicto en el que me hallaba. Y no me refería al reciente enamoramiento, sino a los mil euros.

Debía conseguir esos mil euros, pagarles a aquellos indeseables delincuentes para que me devolviesen mi manuscrito y rezar para que me dejasen en paz de una vez por todas.

Me sentía extraña y un tanto melancólica después de todo lo sucedido. Miré hacia la cama de María. Me habría gustado conversar con ella un rato, pero estaba estudiando en casa de una amiga y llegaría más tarde. Así que alcancé mi ordenador y me puse a trabajar.

Intenté recordar las anotaciones que Aníbal había hecho en el

manuscrito impreso.

Localicé la carpeta en la que permanecía esa primera parte de la trilogía bajo el título provisional *Miller uno* y abrí el documento de Word. Ciento cincuenta mil palabras en las que había invertido mucho tiempo y esfuerzo se extendieron ante mí. A continuación, hice una copia y la guardé en un *pen*. Hacía meses que quería comprarme un disco duro, pero mi economía no me lo permitía.

Reflexioné unos segundos sobre aquello que había dicho Aníbal de ahondar en la intimidad de Miller. Localicé el capítulo del que habíamos estado hablando y leí la escena en la que la inspectora y Anderson se encontraban en el bar.

La luz de la mesilla de noche envolvió la habitación con una absorbente energía. O eso me pareció. Lo siguiente que sucedió fue mágico.

El breve período de tiempo que había dormido en el coche de Aníbal me activó y multiplicó mis ganas de desplegar mis dedos por el teclado. Las palabras brotaron de mi interior sin que yo pudiera ejercer control alguno sobre ellas. Alcancé ese estado de bienestar y concentración máxima que pocas veces en las últimas semanas había logrado y mi mente me transportó a ese momento determinado de la historia. De repente aparecí en el escenario como mera espectadora. Porque Miller y Anderson estaban allí. Uno frente al otro en la barra de ese bar situado a una manzana de la comisaría, donde los policías solían ahogar sus penas y celebrar sus triunfos tras el turno de trabajo.

En aquella realidad paralela que en mi cabeza cobraba vida, me situé en una esquina del local y mis dedos se limitaron a mecanografiar la secuencia.

Aníbal quería saber qué había sucedido justo tras esa conversación. Ausencia necesaria. Así había catalogado mi intención de omitir lo que aconteció en el apartamento de Miller cuando ambos inspectores decidieron pasar la noche juntos.

Si él deseaba leer esa escena, se la serviría en bandeja y le demostraría que tras mi teclado era capaz de librarme de convencionalismos y tabúes.

El mundo pareció girar más rápido a medida que avanzaba en el capítulo. Los minutos y las horas se esfumaron mientras ellos me narraban con detalles lo transcurrido en la intimidad de ese dormitorio. Bajo aquellas sábanas.

Miller y Anderson.

Anderson y Miller.

Ambos entregados a los placeres del cuerpo.

Anderson.

Lafuentes…

Me quedé dormida con mis cinco sentidos puestos en esa pantalla.

Entrada la madrugada, María irrumpió en la habitación, me quitó las gafas con cautela y apartó el ordenador de mi regazo.

—Vas a lograrlo —la oí murmurar tras darme un beso en la frente.

*

A la mañana siguiente, Raquel, con mucha menos delicadeza que María, levantó la persiana con brío y unos cegadores rayos de sol arrasaron la estancia.

—¿Se puede saber qué haces todavía dormida? Son las once de la mañana.

Abrí un ojo aturdida, acostumbrándome a la claridad, y luego abrí el otro.

María había madrugado, pues su cama ya estaba hecha.

—Estuve escribiendo hasta tarde —respondí bostezando.

—¿Y no crees que es mejor tener un horario más ordenado? —protestó ella recogiendo algunas prendas del suelo y dejándolas en la silla del escritorio.

Iba vestida con un pantalón vaquero, una camiseta blanca y, sobre esta, un blazer gris. En uno de sus movimientos me pareció atisbar una funda sobaquera en la que transportaba disimuladamente su arma reglamentaria.

—¿Qué quieres, Raquel? ¿Hoy no tienes trabajo?

—Sí, he salido un momento a hacer unos recados —dijo mirando el reloj y luego ojeando su móvil—. Pero como últimamente estás tan ocupada, es imposible hablar contigo. ¿Qué sucede con Aníbal?

Me incorporé un poco y chasqueé la lengua.

—Pues no lo sé, sorpréndeme. Al parecer, David y tú estáis muy bien informados. Tanto que hasta el conserje sabe de mi metedura de pata.

—Se suponía que odiabas a Aníbal —comentó ella con los brazos en jarras, sin apartar sus ojos de mí.

Tomé aire y me pasé las manos por la cara y el pelo. Luego alcancé mis gafas y me las puse. Mi hermanita no iba a rendirse.

—¿De verdad vamos a tener esta conversación?

—¿Por qué no? Soy tu hermana. Se supone que las hermanas deben contárselo todo. ¿Te estás enamorando de Aníbal? —preguntó sin pestañear, dispuesta a interrogarme.

Había llegado el momento de confesar.

Me abracé las rodillas.

—Joder, no lo sé.

—¡¿Que no lo sabes?! Pensé que me dirías que no —exclamó carcajeándose—. ¿Hablas en serio? ¡Te estás enamorando! David va a flipar.

—No tiene gracia, Raquel. Aníbal tiene novia.

—Buaj, la novia es una pija estirada. No la soporto —añadió tomando asiento en la cama de María y remangándose la chaqueta.

—Pensé que te caía bien.

—Sí, al principio sí, parecía simpática, pero ya la he calado. Va de mosquita muerta y en realidad es una mosca cojonera. Le tiene lavado el cerebro a Aníbal. Es fiscal en el juzgado de lo penal, mayor que él, unos siete años, y por lo visto se ha divorciado dos veces. Últimamente, cuando quedamos, solo habla de tratamientos de fertilidad y de sus ganas de ser madre. Dios, habla mucho. Nunca se calla. Es como un tocadiscos estropeado. No aguanto con esa mujer ni una cena, imagínate como a Aníbal le dé por dejarse convencer y tener hijos. Como sean como ella, Carmen no lo soportaría. Tienes que hacer algo, Gabi.

—¿Yo?

—Sí, tienes que conquistarlo —aseveró moviéndose un poco para aproximarse más a mí—. Pero hazlo bien. Estoy segura de que a Aníbal le gustas, sin embargo…, te estás poniendo un poco pesadita con eso de lanzarte a su cuello cada vez que tienes ocasión.

—Pero ¿qué dices?

—«Pero ¿qué dices?» —farfulló imitándome de un modo burlesco y con los ojos en blanco—. Digo que a qué viene eso de entrarle. ¿Es que acaso no te he enseñado nada en la vida? A los tíos como Aníbal les gusta llevar el control. Es un conquistador. Si te lanzas a su cuello en plan *frikifan*, perderá interés. Debes cambiar de estrategia.

Tomé aire cabreada.

—Para tu información, yo no me lancé a su cuello. Tan solo me confundí. Pensé que él también quería… besarme. De hecho, ayer me besó.

—¿Qué? ¿Te besó?

—Sí, me besó. Él a mí. No me lancé yo a su cuello. Y también me dijo que su novia no podía enterarse.

—¿En serio? —inquirió riendo.

—Sí. ¿Por qué te hace gracia? ¿No has oído lo que te acabo de decir?

—Claro que lo he oído. Joder, menos mal.

—Menos mal, ¿qué?

—Pues que había llegado a pensar que Aníbal se estaba enamorando de esa pedorra sabelotodo, pero esto me confirma que no es así.

—No, Raquel. Es posible que no. Esto solo confirma que Aníbal sigue siendo el mismo gilipollas de siempre.

—No empieces, Gabi. Supera lo del Loncha. Fue una idiotez. Te encanta Aníbal. ¿Por qué no lo admites de una vez? Siempre te ha gustado.

—Sí, es probable. Pero ayer me di cuenta de que besarnos fue un error. Él pretende jugar a dos bandas. Al menos, eso entendí.

Se quedó pensativa mirando hacia la pared frontal.

—Prueba a ponerlo celoso. Creo que te ve un poco desesperada.

—Pero ¿qué dices?

—Sí, sí. Tienes que hacer eso —dijo levantándose de repente y caminando de un lado a otro como si estuviese a punto de descifrar un código encriptado—. Mira, el domingo es el cumpleaños de Carmen. Quiero hacerle una fiesta con sus amiguitos de la guardería. Él vendrá con Violeta. Es la ocasión perfecta para que le presentes a tu nueva pareja.

Fruncí el cejo.

—¿Mi nueva pareja? Claro, estupendo. No hay ningún problema, salvo porque no tengo pareja, Raquel.

—¿Es que tienes que poner pegas por todo? Estamos en el siglo XXI, no en la época victoriana, aunque tú te hayas quedado allí con las hermanas Bennet. Ahora contamos con unas redes sociales maravillosas para relacionarnos con todo tipo de personas. Busca a alguien.

Resoplé de una manera sonora y decidí salir de la cama.

—No haré eso, Raquel.

—¿Por qué no? Acabas de decir que Aníbal te gusta. ¿Vas a dejar que embarace a esa picapleitos charlatana? Si no es por ti, hazlo por mi pobre hijita. Además, imagina la cara que pondría Aníbal si apareces con un chico en la fiesta. Está convencido de que estás loca por él.

Aparté la sábana superior y comencé a estirar la bajera.

—No pienso ir con nadie al cumpleaños. Y mucho menos para darle celos a Aníbal.

—Está bien, quédate de brazos cruzados —protestó señalándome con desdén—. Deja que tu vida siga pasando delante de ti sin arriesgarte lo más mínimo. Sigue escribiendo por las noches y anulando los días. Continúa con ese idealizado convencimiento de que por arte de magia llegará una megaeditorial y publicará tus manuscritos. Sí, tú sigue así. Llorando por las esquinas y culpando a Josema de tus desgracias. Es mejor vivir a tu manera: amargada, insatisfecha y con ese ademán pusilánime que has adoptado últimamente, ¿verdad?

—Joder, joder… —mascullé cerrando los ojos sin ser capaz de girarme—. Raquel, te lo digo en serio, no quiero discutir contigo. Ya tengo bastante con mamá.

Esa última frase la murmuré casi para mí.

—¡Ah, sí! Cierto. Esa es otra cuestión que tratar. María me ha dicho que no te parece bien eso de que mamá salga con el conserje.

—Espera —articulé encarándola—. ¿A ti sí? Debo de estar en una pesadilla aún.

—Pues sí, me parece bien. Al menos ella hace lo que le da la gana sin importarle lo que piensen los demás. Por lo que tengo entendido, tampoco te agrada que tenga un canal de YouTube. ¿Sabes? Deberías deshacerte de tantos prejuicios, Gabi.

—Pero ¿qué prejuicios ni qué ocho cuartos? El conserje es un vago y un caradura. Y mamá no tiene ni idea de cómo utilizar las redes sociales. ¿Es que acaso soy la única de esta familia que percibe las cosas con cordura?

—¿Te parecía más cuerda antes? ¿Cuando se pasaba el día sin comer y llorando por la muerte de papá?

—Raquel, yo… Claro que no. Por supuesto que quiero que sea

feliz, pero…

Me froté la frente confusa.

—Pero nada, Gabi. Deja que decida ella cuál es su concepto de felicidad y, en vez de juzgar, empieza a trabajar en tu propio concepto. Tienes trabajo, créeme.

Se encaminó hacia la puerta con decisión, mientras yo tartamudeaba sin saber qué demonios responder.

—Te espero el domingo. Haz lo que quieras. Si quieres venir sola, pues ven sola. Pero no faltes. Y plantéate seriamente lo de ponerte un horario para escribir. La constancia siempre vence al talento. No lo olvides.

Cuando mi hermana salió de la habitación me derrumbé de nuevo sobre la cama mirando al vacío. Bueno, al vacío y a una araña diminuta y peluda que había anidado en una de las molduras. En parte era normal que Raquel pensase de esa manera. Ella no podía imaginarse que mi comportamiento pusilánime, como bien lo había calificado, se debía a una seria amenaza por parte de unos desconocidos delincuentes. Mi hermana no sabía que me enfrentaba al que sería el peor capítulo de mi vida.

Acabé de hacer la cama y me senté sobre ella reflexionando. Debía tomar las riendas en el desastre de mi existencia e iba a comenzar justo en ese instante.

Tras una ducha purificadora, lo primero que hice fue llamar a Josema. Aproveché que me encontraba sola en casa y tecleé su teléfono. Desgraciadamente, no conseguía quitarme de la cabeza esa maldita combinación numérica.

Presentí que esa llamada podía entorpecer la manera de proceder de Aníbal, pero necesitaba saber si Josema consideraba la posibilidad de pagarme esa misma semana o, de lo contrario, debía buscar el dinero por otro lado. El tiempo se me agotaba.

—Hola, Gabi —respondió él al tercer tono con voz de mártir.

Fui directa al grano.

—Josema, ¿has hecho ya el ingreso? Te advierto que tienes hasta el viernes y hoy es martes.

—Yo también me alegro de oírte. Espero que estés bien.

Caminé por el pasillo de mi casa en albornoz, contemplando los cuadros que mi madre conservaba desde mi niñez. Me detuve delante del bodegón con membrillos.

—Te lo digo en serio. Quiero mi dinero.

—No puedo hacer magia, chica. No lo tengo. Ya se lo dije a tu amiguito. Que, por cierto, tuvo suerte de que no me gusten las peleas, porque de lo contrario le habría partido la cara. Estás con ese abogaducho, ¿verdad? Me habló como si le pertenecieras. Menudo chulo te has buscado.

—Ni siquiera voy a perder el tiempo en responder a eso. Con quien yo esté o deje de estar es solo problema mío. El tuyo es pagarme, Josema. Se te acaba el plazo.

—Entonces ¿reconoces que estás con él?

—Pero ¿a ti qué te importa?

—Te creía más lista, Gabi. Hizo lo de los libros para impresionarte, ¿a que sí?

—¿El qué?

—Pues eso de colarse en mi casa directamente con la empresa de transporte y llevarse tu biblioteca. Menos mal que pagó él el porte. Si hubiera tenido que pagarlo yo, lo llevabas claro.

—Eres un desgraciado, Josema.

—Lo que tú digas, pero te advierto que la próxima vez que ese tipo se cuele en mi casa no seré tan comprensivo. Y, por supuesto, como se atreva a volver a ponerme una mano encima, seré yo quien lo denuncie.

—¿Qué? ¿Te pegó? —pregunté sorprendida.

—¡Claro que no! Ese tipejo no tiene agallas para mí. Pero te advierto que se libró por los pelos.

—Sí, seguro que sí. Siempre has sido muy valiente. Todavía recuerdo el día que me atracaron en el metro aquellos dos indigentes borrachos para birlarme el bolso. Me encantó la manera en la que te enfrentaste a ellos —dije repasando con los dedos la moldura de aquel cuadro.

—¿Qué querías que hiciera? Eran dos.

—Apenas se mantenían en pie y entre los dos sumaban al menos doscientos años. ¡Saliste corriendo y me dejaste sola! —vociferé sosteniendo el teléfono con fuerza.

—Me asusté, ¿vale? Fue una reacción incontrolable.

—¿En serio? Pues supongo que Aníbal también tuvo una reacción incontrolable. Solo que él seguramente contuvo el impulso de partirte esa cara de gilipollas que tienes. No lo culpo, y eso que no te conoce

lo suficiente.

—No sé qué demonios te está pasando, pero ni siquiera hablas igual que antes. Estás resentida y llena de ira. Sé que estás dolida porque te dejé por Cecilia, pero no vas a arreglar nada con esta actitud.

Me moví de un lado a otro, tratando de coger aire.

—¿Arreglar? ¿Te estás oyendo, Josema? No quiero arreglar nada contigo. Quiero mi dinero, maldito sacacuartos. ¡Y lo quiero ya!

—¡Que no lo tengo! Tienes que darme más tiempo. Al menos una semana más.

Me humedecí los labios.

—Te advierto que Aníbal está deseando meterte entre rejas. Si incumples el plazo que te ha dado, no podré detenerlo.

—Solo una semana, Gabi. Verás, es que me he comprado una moto y la recojo el jueves del concesionario. No puedo hacer frente a ambas cosas.

—¿Qué? ¿Te has comprado una moto?

La sangre me subió a las mejillas y sentí que una corriente eléctrica me recorría la columna vertebral.

—Bueno, en realidad me la ha regalado Cecilia. Hicimos medio año hace poco y me ha regalado una Honda PCX 125. ¿Te acuerdas? La que yo quería —dijo riéndose.

Cerré los ojos.

«Gabi, cálmate.»

—La marca le hacía un descuento por ser *influencer* —continuó—. No puedo pedirle el dinero estos días. Va a pensar que me estoy aprovechando de ella. Solo necesito una semana más.

—¿Eres consciente de que si no me pagas Aníbal procederá al embargo de tu bonita moto? Con lo ilusionado que estás, sería una pena que no la disfrutases.

—Tranquila, ya hemos pensado en eso. Irá a nombre de Cecilia.

—Eres una rata miserable.

—Joder, voy a pagarte, pero dame solo unos días más.

—Ojalá Cecilia se dé cuenta pronto de la clase de persona que tiene a su lado.

—Lo sabe, Gabi. Y ella sí que me quiere tal y como soy. Por eso te dejé. Lo siento, pero tengo que colgar. Dile a tu abogado que la semana que viene haré el ingreso.

Colgó sin darme la opción a insultarlo un poco más.

En ese momento deseé gritar, romper el bodegón con membrillos y el otro del manojo de espárragos. Quería estampar el teléfono contra una de las paredes, sin embargo, me sentía tan decepcionada que lo único que hice fue regresar a mi habitación y tumbarme en la cama.

Miré de nuevo a la araña. Seguía allí, quieta y ajena a su triste final. Y digo «triste» porque mi siguiente movimiento fue dirigirme a la cocina a por una servilleta con la que aplastarla. Pero cuando ya me encontraba a punto de asesinarla, el sonido de mi móvil me puso de nuevo en alerta.

Esa vez era Lidia.

—Gabi, ¿qué tal estás? Hace varios días que no sé nada de ti.

—Hola, Lidia. Cierto, tengo que ir a verte.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? Me gustaría comentarte una cosa.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué? —inquirí con curiosidad.

El rostro de Aníbal intuitivamente apareció en mi pensamiento.

—Nada, una cosilla, pero prefiero que hablemos en persona.

—De acuerdo.

—En realidad también te llamaba para decirte que se acaba de ir de aquí la madre de David. Ya le he empezado el tatuaje. Menuda pirada, Gabi. ¿Tu hermana y tu cuñado saben que esa mujer está tan loca?

—Sí, tranquila. Se hacen una idea. ¿Te ha pagado algo?

—Por supuesto. De lo contrario, no le habría tatuado ni un lunar.

—A mí aún me debe los cincuenta euros —me quejé con pesar.

—No te preocupes, ya se los he cobrado por ti. Como sabes, engordé un poco el presupuesto pensando que se le quitaría de la cabeza la idea de tatuarse, pero no ha sido así. Por tanto, cuando vengas a verme, te daré tus cincuenta euros.

—Jooo, muchas gracias, Lidia.

—De nada, mujer.

—¿Te viene bien que vaya sobre las siete?

—Estupendo. A esa hora ya estaré más tranquila. Te veo luego entonces.

—Bien. Hasta después.

*

Una breve sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios al colgar el teléfono. Lidia había conseguido mis cincuenta euros. No era gran cosa, pero al menos ya solo tenía que conseguir los otros novecientos cincuenta.

¿Cómo demonios iba a reunir el dinero antes del viernes?

Consideré la opción de pedirle un préstamo a Raquel, pero, claro, eso supondría tener que mentirle, y odiaba mentir a mi hermana.

A continuación, pensé en Lidia. Siempre había sido una buena amiga. Tal vez si hablaba con ella… No. Lidia acababa de iniciar un negocio e imaginé que estaría hasta el cuello con préstamos y pólizas de crédito como para que, encima, yo le pidiese esa cantidad.

Tras deliberar un rato llegué a la conclusión de que mi única solución era Aníbal. Él no tenía problemas económicos. Al menos, que yo supiese. Para él, algo menos de mil euros no supondría mucho esfuerzo. Ahora se suponía que éramos amigos. Podía colarme en su despacho para contarle lo que había hablado con Josema y, de paso, inventarme una milonga para que me prestase la suma que necesitaba.

Sí, eso haría…

Lo sé, resultaba humillante pedirle dinero después de lo que había sucedido entre nosotros. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si Josema cumplía su palabra, cosa que dudaba mucho, saldaría las deudas con Aníbal muy pronto.

Además, nuestro beso aún estaba reciente.

¿De verdad iba a servirme de ese pretexto y de nuestra amistad para pedirle dinero?

—Joder —mascullé sintiéndome despreciable.

Respiré hondo y miré la hora. Eran poco más de las doce. Podía acercarme a su oficina antes del almuerzo y charlar con él.

Consideré llamarlo por teléfono y concertar la cita, pero no quería arriesgarme a que Socorro me diera largas. Así que me presentaría sin previo aviso.

Mientras tanto elaboraría una excusa convincente. Un motivo por el que no pudiera negarse a dejarme el dinero. Pero antes debía escoger escrupulosamente mi indumentaria.

Por otro lado, me intrigaba mucho saber qué era eso que quería comentarme Lidia.

¿Sería algo sobre Aníbal?

Un enorme reloj de arena se vaciaba cada vez más rápido en mi cabeza.

18

Pastelito

«Le gustas, Gabi. Hasta Raquel lo ha dicho. Es obvio. De otro modo, no te habría besado.»

Esas eran las palabras que le repetí a mi imagen en el espejo del ascensor que conducía al despacho de Aníbal. Supongo que intentando convencerme de que nuestra historia era viable. Tenía que serlo. Además, iba a pedirle mil euros. Bueno, novecientos cincuenta, para ser más exacta. Y, por supuesto, se los devolvería cuanto antes.

Analicé mi ropa y de nuevo me di cuenta de que necesitaba un estilista casi tanto como una cuenta corriente en condiciones normales. Pensé en María y en Raquel, ellas siempre tan a la moda y yo tan Saoirse Ronan en *Mujercitas*. Esperaba al menos que mi desesperado intento de impresionar a Aníbal con aquel vestido celeste de corte imperio con frunces obtuviera el resultado deseado. Aunque, a decir verdad, debería haber escogido las sandalias de esparto en vez de aquellas bailarinas estilo merceditas con las que ahora me sentía como una monja novicia.

Era la una y media de la tarde, e imaginé que Aníbal estaría a punto de marcharse para almorzar. La puerta estaba abierta y Socorro ocupaba su lugar. Se había cambiado el cabello de tonalidad y lo lucía de un tono caoba muy extraño. Me pareció además que iba más maquillada que en las ocasiones anteriores.

—Buenas tardes. ¿Se puede?

—Solari. Claro, pasa —dijo con una amabilidad desconcertante—. ¿Has quedado con Aníbal?

—Bueno, en realidad no. Pasaba por aquí y he recordado que debía comentarle algo.

—Muy bien, siéntate un momento. Enseguida lo llamo.

Tomé asiento en aquella incómoda silla junto a una de las plantas. Socorro había seguido mi consejo y las había podado y regado. La recepción mostraba un aspecto más pulcro y cuidado.

Y ella sonreía sin motivo alguno.

La oí llamar a Aníbal y anunciarle mi visita.

—De acuerdo, te espera aquí.

Luego, una carcajada. ¿Qué demonios le sucedía a esa mujer? ¿A qué venía ese cambio de humor?

—Está terminando de enviar unos correos y ahora te recibirá.

—Perfecto. Gracias.

Me froté los muslos nerviosa.

—Le sienta muy bien ese color de pelo —mentí para romper el silencio y aprovechando que evidenciaba más júbilo que en nuestros previos encuentros.

Ganarme su confianza me pareció importante.

Ella abrió los ojos encandilada.

—¿Te gusta?

—Sí, lo cierto es que está usted muy… guapa —reiteré tratando de resultar convincente.

Se ajustó las gafas con una amplia sonrisa.

—Es que hoy tengo una cita —confesó de manera confidencial.

—Vaya, me alegro mucho.

Otro silencio adornado con el sonido de las teclas de su ordenador.

—Aníbal me ha dicho que le estás reclamando una cantidad de dinero a tu exnovio.

—Sí, así es.

—¿Hace mucho que rompiste con él?

—Unos seis meses.

—Lo siento.

—No, no. No lo sienta. Era un gilipollas. Ahora estoy muy feliz.

Aunque, a decir verdad, *feliz* no era la palabra adecuada.

—Tiempo atrás fui una estúpida —añadí en un vano intento de justificar el porqué de ese préstamo.

—No te tortures, mujer. La mayoría de los humanos hacemos estupideces por amor.

—Lo mío creo más bien que fue por pura necedad.

Ella me observó con cierta compunción. No sé si fue el tinte, la ilusión por su cita o aquel maquillaje cuestionable lo que cambió el estado de ánimo de Socorro, pero el caso es que parecía mucho más dispuesta a conversar conmigo con talante afable.

—Bueno, fuera como fuese, estás en el lugar adecuado. Estoy segura de que Aníbal conseguirá que ese tipejo te devuelva lo que te debe.

—Eso espero —suspiré.

Volví a frotarme los muslos y me alisé la falda del vestido.

—Mira —dijo Socorro ilusionada mostrándome la pantalla de su móvil—. Mi cita de esta noche.

Tuve que ponerme en pie para acercarme.

—¿A que es un bombón? —insistió mientras yo contemplaba muda la fotografía que aparecía en el teléfono.

Un hombre con gafas, alopécico y sujetando dos gatos siameses en un cuarto de baño con tétricos azulejos verdes me devolvía la mirada con una expresión siniestra.

Hacía muchísimo tiempo que había rechazado el concepto de canon de belleza como ese conjunto de características que la sociedad utiliza para calificar a alguien de atractivo o deseable. Creía firmemente que la verdadera hermosura residía en el interior de las personas. Me lo había enseñado la vida y también la película de Disney *La bella y la bestia*. Sin embargo, cuando Socorro planteó esa pregunta, recordé las palabras de Aníbal acerca de las mentiras: «Siempre hay que mentir, querida Gabi», «Las mentiras forman parte de la vida», «Una pequeña mentira puede salvarte de una situación embarazosa».

Pero ¿cómo de pequeña era esa en concreto?

—Parece muy… interesante —murmuré analizando la imagen.

No conocía de nada a ese hombre, pero desde luego no me resultaba una foto muy apropiada para una aplicación de citas. ¿En un baño? ¿Con el retrete justo detrás? ¿Y por qué sujetaba dos gatos? Aquellos felinos ni siquiera aparentaban confort en sus brazos.

—Me recuerda a Ed Harris, ¿no crees?

—Sí, un poco sí —musité con la boquita pequeña, cavilando que si ese tipo se asemejaba al actor estadounidense, yo era igualita que Julia Roberts.

—Además, le gustan los animales. Yo también tengo dos gatos.

—Pues eso es fantástico —recité mirando hacia la puerta del pasillo deseando que Aníbal hiciera su aparición y me librara de semejante mal rato.

—Me muero por quedar con él.

—No me extraña. Parece un hombre… encantador —bisbiseé evocando a Norman Bates, el aterrador personaje de Alfred Hitchcock.

Unos pasos me obligaron a apartar la vista del teléfono.

—Gabi, hola.

Mi corazón se saltó dos latidos. Por fortuna perdí de mi campo de visión al calvo de los gatos y me centré en mi abogado, que para variar mostraba un aspecto deliciosamente soberbio. Vestía un polo marrón de Lacoste y uno de esos pantalones chinos beiges que ya le había visto otras veces y que con justicia lo favorecían.

—Hola, Aníbal —respondí alejándome de la mesa de Socorro y evitando mirar al letrado a los ojos.

—No te esperaba. Pasa.

—Solo te robaré un momento.

Él sujetó la puerta para que yo accediera al pasillo.

—Gracias.

—¿Ocurre algo? —preguntó mientras recorríamos aquel tramo que daba a su despacho.

—No, nada importante. He venido a comentarte que esta mañana he estado hablando con Josema.

—Ajá… —murmuró invitándome a entrar en su oficina.

Mis libros continuaban colocados en su estantería, y me dio la impresión de que decoraban la estancia con una excepcional armonía.

—Siéntate, por favor —comentó poniéndome la mano en la parte baja de la espalda con delicadeza.

Me sentía nerviosa. Mucho. Además, su perfume amaderado y con ese punto refrescante atolondró mis sentidos.

Él se situó tras su mesa y tomó asiento. La rigidez de sus hombros me hizo intuir que, a pesar de querer mostrar control, también se encontraba algo aturdido.

—Bueno, ¿qué es lo que habéis hablado? —inquirió muy serio.

—Antes de nada, quiero que me digas la verdad.

—Tú dirás.

—¿Le pegaste?

Afiló la mirada y se humedeció los labios, lo cual me llevó a la conclusión de que era muy probable que Aníbal hubiese perdido los nervios en aquel encuentro.

—¿Te ha dicho eso?

—No exactamente. Pero, según él, te libraste por los pelos de que te diera una paliza.

Soltó un bufido negando con la cabeza.

—Debo admitir que Josema es muy ingenioso.

—También me ha dicho que no tiene intención de pagar antes del

viernes. Se va a comprar una moto. Bueno, él no. Se la va a regalar Cecilia, y también dice que hasta la semana siguiente no puede pedirle el dinero a su novia. Pretende que ella le preste la pasta.

Un profundo suspiro salió de su pecho. Se apoyó en el respaldo del sillón y tamborileó con los dedos sobre la superficie.

—Vaya, vaya. Menudo elemento es tu ex…

—Aníbal, necesito ese dinero —confesé sin rodeos.

—Lo llamaré otra vez, a ver qué puedo hacer. Pero si dice que le va a pedir el dinero a Cecilia, quizá sea cierto. Al menos sabes que tiene intención de pagarte.

Hubo una pausa en la que él acarició los reposabrazos.

—Gabi, seamos realistas, no podemos demostrar de ninguna manera que le prestaste ese dinero. Lo único que puedo hacer es intimidarlo un poco más.

—Lo sé, pero es que… lo necesito antes del viernes.

Él frunció el cejo con preocupación.

—¿Y a qué viene tanta prisa de repente? Que yo sepa, te debe los quince mil euros desde hace mucho.

—Ya, pero he tenido un problema…

—¿Qué problema?

—Pues, verás, es que no te lo puedo contar aún… —balbuceé azorada, haciendo una bola con la falda del vestido.

Se incorporó y alcanzó un bolígrafo, buscando tener algo entre las manos.

—No me lo puedes contar —reiteró.

—Solo puedo decirte que… —las palabras escaparon de mi boca atropelladamente— se trata de un proyecto relacionado con mis novelas y que necesito mil euros. Novecientos cincuenta, para ser más concreta.

—¿Vas a autopublicarte?

—Algo así —alegué asumiendo que esa excusa era patética.

—Sabes que hay muchas plataformas que son gratuitas, ¿verdad?

—Sí, sí. Pero este es un proyecto un poco más ambicioso.

—Más ambicioso.

—Sí.

—¿Y no me lo puedes contar?

—No.

Contempló un instante la estilográfica con la que jugueteaba y

luego regresó a mis ojos.

—Gabi, soy tu abogado. Puedo asesorarte en cualquier cuestión legal. Si se trata de alguna de esas editoriales de autoedición podemos estudiar las condiciones juntos y ver qué es lo más beneficioso para ti. La gran mayoría suele ser una estafa. Debes tener cuidado.

Tragué saliva. Se acercaba el momento de soltar la bomba.

—Te lo agradezco mucho, pero solo necesito novecientos cincuenta euros. Y los necesito ya.

Él se removió en el asiento y ladeó un poco la cabeza, supongo que esperando a que dejara de marear la perdiz.

—¿Podrías dejármelos tú?

La pregunta lo pilló por sorpresa y no supe descifrar su expresión.

—¿Quieres que te preste novecientos cincuenta euros?

—Sí. No te los pediría si no fuese realmente importante para mí. Te aseguro que te devolveré hasta el último céntimo —le rogué juntando las manos a lo niño Jesús.

Guardó silencio sin dejar de examinarme. La respuesta llegó en muy poco tiempo, aunque a mí me resultó una eternidad.

—De acuerdo —afirmó tras unos segundos.

—¿Sí?

—Si dices que es tan importante…

Lo contemplé abrir uno de los cajones y hurgar en su interior. Sacó un fajo de billetes de cincuenta y los contó en voz alta hasta llegar a la cantidad solicitada. Se puso entonces de pie, buscó un sobre vacío en el mueble situado a su espalda y metió el dinero. Humedeció las solapas ante mi atenta mirada a medida que se acercaba y, a continuación, se sentó en la mesa, delante de mí, y me entregó el sobre cerrado sin mostrar un ápice de arrepentimiento.

—Ya los tienes —avaló con una sonrisa suave, sujetándose al borde del escritorio y cruzando los tobillos.

Miré un instante mi pasaje a la libertad y las pulsaciones se me dispararon.

Sujeté el sobre y una profunda sensación de consuelo me sacudió.

La reacción fue intuitiva y casi negligente: me lancé a sus brazos sin poder contener la emoción.

—¡Oh, Dios! ¡Gracias! —exclamé abrazándolo.

Mi excesivo gesto de agradecimiento lo pilló desprevenido.

—Vas a volverme loco, Gabi —susurró enterrando la nariz en mi

cabello y devolviéndome el abrazo.

—Lo siento, lo siento.

En mi mente apareció el rostro de Raquel para mencionar de nuevo aquello de «te estás poniendo un poco pesadita con eso de lanzarte a su cuello cada vez que tienes ocasión».

—No, no lo sientas, me gusta tu cercanía —aseveró agarrándome la muñeca y acariciándome el dorso de la mano con el pulgar.

Un halo invisible, potente y subyugador me impidió separarme de él. Sí, quería besarlo. Quería que me besara otra vez.

—A mí también —murmuré.

—Al menos me mencionarás en los agradecimientos de tu libro, ¿no?

—Claro.

—¿Cuándo podré leer la segunda parte de Miller? —preguntó contemplándome con arrobo sin soltarme la muñeca.

—Ya falta muy poco. He estado arreglando lo que me comentaste. Pronto terminaré la tercera parte y podrás leer la trilogía completa.

Seguía sin soltarme.

Madre mía.

—Me siento afortunado. Va a ser un éxito. Ya lo verás. Tú aún no lo sabes, pero lo será.

—Ojalá pudiera creerte.

Permanecimos uno frente al otro, asumiendo que algo desconocido y abrumador nos estaba sucediendo. Al menos, yo lo sentía de ese modo.

—Estás muy guapa con este vestido.

—Mentira. Parezco una misionera.

Su sonrisa me erizó la piel y aceleró los latidos de mi corazón.

—Una misionera muy sexy…, porque me resultas muy sexy, Gabi.

«¿Sexy? ¿Yo?»

—Tú a mí también.

Un suave tirón me acercó más a él. De repente tenía una de sus manos en mi cadera.

—¿De verdad? —interpeló con picardía.

—Sí. Ya lo sabes.

—¿Y qué deberíamos hacer?

—No podemos hacer nada.

—¿Tú crees? Pues a mí se me ocurren muchas maneras de resolver

la tensión sexual que crece entre nosotros.

Estábamos muy cerca. Nuestras narices casi se rozaban.

Maldita sea, su olor…

De no ser porque la Gabi resabida me invocó las consecuencias de seguir por ese camino, habría acabado con mis labios sellados a los suyos.

—Tienes novia —declaré mirándolo a los ojos esperando alguna reacción que pudiera convencerme de romper esa barrera y besarlo. Pero no, esa señal no llegó.

Él asintió de un modo casi imperceptible. De nuevo el idioma de su mirada me decía que me hallaba en terreno peligroso.

—Has vuelto a olvidarlo, ¿verdad? —le reproché retrocediendo un paso.

—No, Gabi. No he olvidado nada. Oye, yo no contaba con… esto —aseveró señalándonos a ambos con un movimiento rápido—. Estoy muy confundido. Has aparecido en un momento de mi vida en el que creía tener las cosas claras y ahora no paro de darle vueltas a la cabeza. Por otro lado, David y Raquel me importan mucho…

Me alejé otro par de pasos y él se incorporó para moverse agitado. Parecía estar buscando las palabras correctas.

—En fin, no quiero estropear la amistad que ha surgido entre nosotros. Pero lo cierto es que me gustó mucho volver a besarte. ¿A ti no?

Me crucé de brazos intimidada y luego los dejé caer junto a mis caderas.

¿Eso significaba que él tampoco había olvidado nuestro primer beso?

—Bueno, no estuvo mal —atestigüé mirándome aquellas anodinas bailarinas.

Él enmascaró un destello de guasa.

—No. No estuvo mal —repitió.

Se hallaba a un metro y medio de mí, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Creo que es mejor que me vaya. No quiero molestarte más —dije concluyendo aquel turbador encuentro antes de arrepentirme de mis actos.

—No me molestas en absoluto.

—Gracias por… el dinero —reiteré alzando el sobre—. Intentaré

devolvértelo muy pronto.

—No te preocupes.

Me di la vuelta y cogí el bolso del sillón de confidente. Guardé el sobre en el fondo sin poder creer aún que hubiese conseguido la cantidad.

—Espera, te acompaño —manifestó siguiéndome.

Me guio hacia la recepción con cortesía y ninguno de los dos dijo una palabra más.

Sin embargo, justo cuando nos habíamos situado junto a la mesa de Socorro e iba a despedirme de él, una mujer trajeada irrumpió en la estancia atrayendo nuestra atención.

—Buenas tardes, Violeta —oí decir a Socorro.

El rostro de Aníbal se transformó al instante. Supongo que no esperaba que su novia y yo nos encontrásemos cara a cara.

—Buenas tardes, Socorro. ¿Cambio de *look*? Está usted muy guapa.

—Muchas gracias —respondió ella convencida de que era cierto eso de que estaba favorecida con el nuevo tinte de pelo.

—Hola, Aníbal —comentó Violeta escéptica ante el mutismo de este, paseando su mirada de él a mí.

—Ehh, ho-hola, Violeta. No te esperaba tan pronto.

—Sí, bueno, es que el juicio que tenía a última hora se ha suspendido.

Mi presencia la puso en alerta. Y a mí la suya.

Al fin la conocía en persona.

Le hice un rápido escrutinio y me di cuenta de que era una mujer bastante corriente. Ni alta ni baja y más bien delgada. Lucía una media melena con un corte francés con ondas marcadas. Tenía la tez blanca y los labios un poco abultados, coloreados de un vivo color carmín. Ojos castaños y una nariz prominente y afilada. Las cejas, dibujadas en arcos no muy espesos, le aportaban un aire enigmático.

No me pareció especialmente atractiva, pero he de reconocer que gozaba de buena presencia. Aunque jamás habría imaginado a Aníbal con una mujer como esa. Aparentaba más edad que él y, con aquel traje de chaqueta que me resultó un tanto anticuado, me recordó a una profesora de filosofía que tuve en el instituto: la señora Fostel. Una tocapelotas con trastorno bipolar.

—Perdona, ella es Gabi —comentó Aníbal presentándonos.

—¿La hermana de Raquel? —inquirió avanzando unos pasos.

—La misma. Encantada —respondí tendiéndole la mano un tanto cohibida.

—Igualmente. Tu hermana habla mucho de ti. Eres la escritora, ¿verdad?

Sonreí con timidez.

La escritora… Ya me habría gustado.

—Eso intento.

—Aníbal dice que eres brillante —comentó sin apartar sus ojos de los míos, inspeccionándome con su impenetrable mirada.

Cambié el peso de mi cuerpo de una pierna a otra tratando de mantenerme invulnerable. Esa mujer era fiscal. No me hizo falta mucho tiempo para darme cuenta de que gozaba de una extraordinaria capacidad de intimidación.

—Vaya, pues muchas gracias, Aníbal —dije con teatral entusiasmo, ocultando mi nerviosismo.

Él sonrió de un modo hipócrita con una postura que delataba desazón.

Violeta se arrimó a él y le rodeó el brazo, imagino que marcando territorio. Acto seguido, comenzó a hablar sobre una compañera suya secretaria judicial que ya había publicado varios libros.

Intenté centrarme en lo que me contaba, a pesar de que los libros de la secretaria me importaban casi tanto como los cuentos de Rosa *La Revoltosa*. Asentí con una sonrisa artificial y confirmé que Raquel llevaba mucha razón. Violeta era pretenciosa. Su voz, sus gestos…, aquella primera impresión me provocó un inminente rechazo.

Sin embargo, y aun esforzándome por seguirle el hilo a su conversación, mi atención estaba puesta en Aníbal. De pronto me pareció un chiquillo intentando ocultarle a su madre una gamberrada. Me dieron ganas de zarandearlo y gritarle a la cara que cambiase esa expresión de gilipollas que mostraba contemplándose los zapatos.

Aunque Aníbal alardeaba de ser un hombre con temperamento, en ese preciso instante, junto a su novia, solo me pareció un cervatillo asustado.

Tras unos minutos intercambiando una charla insustancial y aburrida con ambos sobre los libros de la secretaria, que recogían un análisis profundo acerca de la trayectoria de los títulos nobiliarios y que nada tenían en común con mi género literario, miré mi reloj y me inventé la excusa de que había quedado con una amiga.

—Aníbal, por cierto —recitó Violeta con su voz de jilguero—, esta tarde he programado una cita con la chica de la inmobiliaria. Dice que tiene varios pisos para enseñarnos. Está segura de que uno de ellos nos va a encantar.

Mi cuerpo se quedó entumecido. Por unos segundos, apenas pude moverme. Sentí la rigidez en la pose de Aníbal y atisbé que se llevaba la mano a la nuca para masajeársela.

Asintió muy despacio y luego me miró. Traté de sonreír y fingí que la noticia me resultaba agradable.

—¿Vais a compraros un piso? —le pregunté a Violeta, cuya intención había sido obviamente mantenerme informada de semejante acontecimiento, si no, ¿para qué iba a decir eso delante de mí?

La incomodidad de Aníbal se hacía más evidente a cada segundo.

—De momento, nos iremos de alquiler. El apartamento de Aníbal es muy pequeño y él no quiere vivir en el mío, porque aún estoy resolviendo unos asuntos legales con mi exmarido. Así que hemos decidido buscar un piso que nos agrade a ambos. ¿Verdad, pastelito?

«"Pastelito"…

»¿En serio?»

Afilé la mirada con incredulidad y Aníbal me la esquivó avergonzado.

—Me alegro mucho por vosotros. Espero que haya suerte con la búsqueda.

—Muchas gracias.

—En fin, tengo que irme. Ha sido un placer.

—Adiós, Gabi.

—Adiós —respondí sin poder mirarlo por última vez.

Al girarme advertí que Socorro no dejaba de escrutarme.

—Hasta otro día, Socorro. Que le vaya muy bien esta noche. Ya me contará.

Aunque no me hallaba del todo segura, me pareció leer en los ojos de la secretaria un vislumbre de compasión. Como si el comportamiento de Violeta y su modo de actuar no le resultaran correctos.

—Gracias, Gabriela. Hasta otro día.

Me despedí de ellos con la sonrisa más fraudulenta que pude simular, para enmascarar que ese romance no me afectaba en absoluto, y salí del edificio como si estuviese a punto de arder en

llamas.

Cuando me encontré dos calles más alejada me detuve y exhalé una bocanada de aire.

«Pastelito.»

¿Aníbal estaba enamorado de una mujer que lo llamaba «pastelito»?

Verlo junto a su novia me afectó mucho más de lo que había imaginado. Joder, iban a vivir juntos. Quizá sí amaba a aquella réplica tipificada de la señora Fostel. Tal vez debía hacerme a la idea de que acabaría casándose con ella y teniendo hijos parlanchines que crecerían jugando con el Código Penal y la toga de su madre. Qué sé yo…

Ahora entendía la preocupación de mi hermana. Pobre Carmen.

Pero ese no era mi mayor problema. Antes me urgía zanjar el asunto de la deuda con los delincuentes colombianos. Al menos había conseguido el dinero. Pronto hallaría un poco de paz y podría centrarme en finalizar la trilogía.

Sostuve el bolso con fuerza y me marché a mi casa.

*

Accedí al interior del portal aproximadamente a las dos y media de la tarde sintiendo rugir mi estómago.

Mi hermana María mantenía una charla muy divertida con el conserje, pues se descojonaba de la risa mientras este le contaba alguna de sus hazañas.

—Buenas *tarde*, señorita Gabi.

—Hola, Gabi.

—Hola. ¿Qué tal los exámenes? —le pregunté a María sin prestar atención a Vargas.

—Ah, muy bien. Ya solo me faltan dos asignaturas. Aunque hoy me voy a pasar la tarde durmiendo. Estoy agotada. ¿Y tú? ¿De dónde vienes?

Fui a responder, pero el conserje se adelantó.

—Seguro que ha *estao* viendo al *abogao*, ¿a que sí, pillina? —dijo tomándose la confianza de darme un empujoncito—. Ya le he *disho* que tenga *cuidao* con ese *ejemplá*.

—No, señor Vargas. He salido a hacer unos recados —respondí

enfurecida ante su acierto.

—Gabi, ¿sabías que el señor Vargas tiene un sobrino que es el doble de Thor? Está empeñado en emparejarlo con una de nosotras.

A María le resultaba muy gracioso ese entusiasmo por parte de nuestro conserje.

—Sí, lo sé. Y yo le he dicho que no necesitamos su ayuda para ligar.

María sostuvo su carpeta contra el pecho y frunció los labios ocultando una sonrisita machacona.

—Señor Vargas, a mí me encantaría comprobar si es verdad eso de que su sobrino es igualito que el marido de Elsa Pataky, pero resulta que he conocido a un chico en la universidad y estamos empezando a salir. Sin embargo, creo que lleva usted mucha razón. Gabi necesita urgentemente una cita. Le vendría muy bien quedar con alguien, divertirse y desconectar. Voy a intentar convencerla —parloteó María como si yo no estuviese delante.

—Claro que sí, *shiquilla*, dile que no se va a *arrepentí*. *Er* Cristian es *mu* majo. *Ademá*, es taxista. Puede llevarla *aonde* quiera y *grati*.

—¿Has oído eso?

—Claro que lo he oído. Sigo aquí, aunque ambos hagáis como que no.

—Entonces ¿vas a considerarlo?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no? Estás soltera y el señor Vargas nos está diciendo que el chico es guapo y que tiene un trabajo decente. ¿Qué problema hay?

Si no recordaba mal, Vargas había mencionado que su primo «el Heredia», el que se encargaba de saldar deudas con métodos seguramente poco ortodoxos, contaba con dos hijos y uno de ellos se llamaba Cristian. Tratándose del mismo chico, la palabra *decente* le quedaría un pelín grande.

—*Shiquilla*, solo una *sita*. Y si no te gusta *er chavá po'* se acabó.

María miró a nuestro conserje y luego a mí. Modificó el rictus acechándome. De pronto, su sonrisa se fue suavizando, como si hubiese comprendido que de verdad me haría mucho bien tener una cita con un chico, fuera quien fuese. Lo leí en sus ojos. A mi hermana le preocupaba que acabara convirtiéndome en una persona insociable y deprimente. La angustiaba que aún no hubiese superado la

decepción de Josema. Mi familia al completo intuía que me encontraba en un momento emocional funesto: sin trabajo, con un proyecto de escritura incierto y con menos dinero que un vendedor de clínex en una autopista.

Lo que no sabían era que mi estado de inquietud nada tenía que ver con mis sentimientos hacia mi exnovio.

—Venga, Gabi, necesitas relacionarte. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? Como bien dice el señor Vargas, si no te gusta no estás obligada a quedar más con él. Solo una cita.

—Sí, muchacha, una *sita na' ma*.

Suspiré.

Una cita. Con el sobrino de Vargas. Taxista y con un parecido sorprendente al actor australiano Chris Hemsworth.

Pensé en Aníbal y en Violeta. Allí, delante de mí, hablando de su futuro piso. Recordé la postura de Violeta, agarrada a su brazo y comentándome los logros editoriales de la secretaria judicial mientras me escaneaba de la cabeza a los pies, asumiendo con probabilidad que una fracasada como yo no era una rival preocupante frente a una mujer madura y con una profesión honorable como la suya.

«Pastelito…»

¿Y si Vargas llevaba razón y su sobrino era un chico con un físico agraciado, majo y que se ganaba la vida dignamente?

¿Debía seguir perdiendo el tiempo negándome a conocer a otras personas?

Además, aunque el encuentro con Violeta me había puesto de mala leche, ese día se abría paso en mí un desusado optimismo. Me ajusté el bolso al hombro. Al menos había conseguido el dinero. Pronto zanjaría la deuda con los colombianos y recuperaría el control de mi vida.

¿Y si María estaba en lo cierto? Quizá salir con alguien podía animarme. Una cita no me haría daño.

—Está bien, señor Vargas, dele mi número.

Sí, al fin y al cabo, ¿qué era lo peor que me podía pasar?

19

Thor

Lidia se hallaba tras el mostrador de su estudio revisando el archivador y tarareando una canción de Prince que sonaba a través del hilo musical. A su espalda, divisé tras el cristal a su compañero Jacobo tatuando a un chico greñudo.

—Hola —carraspeé anunciando mi llegada.

—Gabiiiii —recitó ella saliendo a recibirme—. Tenía ganas de verte. ¿Qué tal estás? Ayer estuviste almorzando con Aníbal, ¿no?

Mi cuerpo se puso en alerta.

—Sí, ¿te lo ha contado?

—¿El qué? ¿Lo del coche? Sí, me lo ha dicho. Menuda jugarreta. Como mi primo pille al que le está haciendo eso, te aseguro que lo va a desplumar.

Solté el aire contenido. Temía que Aníbal le hubiese comentado lo de nuestro beso. Lo cierto es que prefería que Lidia no tuviera conocimiento de mi estúpido comportamiento.

—Pasa, no te quedes ahí parada —añadió consciente de mi entumecimiento—. Toma, antes de que se me olvide, aquí tienes tus cincuenta euros.

Alargué el brazo sorprendida para coger el billete.

—Te lo agradezco muchísimo, Lidia. Sé que, de no ser por ti, jamás habría recuperado este dinero.

—Lo sé, por eso engordé un poco más el precio de sus tatuajes. ¿Sabías que, aparte de ese enorme en la espalda que ya le he empezado, también me ha pedido que le tatúe un poco más abajo una palabra extraña acompañada de un escorpión? Dice que es un símbolo que significa mucho para ella.

—¿En serio? Madre mía, está como un cencerro.

—Pues sí —rio mi amiga.

—Espero que te pague.

—Le cobro por adelantado, no te preocupes por eso. Ya le he dicho que trabajo de esa manera. Antes de tatuarla le pido la pasta, si trae el dinero continúo con el tatuaje; si no, se puede ir por donde ha venido. Así de sencillo.

—Haces muy bien. Ni siquiera sé cómo contárselo a mi hermana. No quiero ni imaginar la cara de David cuando vea a su madre con el cuerpo repleto de tatuajes.

Lidia negó con la cabeza con una expresión socarrona. Cerró el archivador y cambió de tema.

—He terminado por hoy. ¿Te apetece una cerveza?

—Claro, yo invito —dije muy valiente moviendo el billete.

—No. Guarda ese dinero. Esta vez invito yo. Espera, voy a despedirme de Jacobo.

Cinco minutos después, nos acomodamos en la terraza de un bar pequeño y cercano a la céntrica plaza de las Flores. Cientos de viandantes se movían de un lado a otro colmando de bullicio la calzada.

Un joven de apariencia nórdica con un violín entre las manos regalaba su arte y ponía la banda sonora a esa tarde de junio aderezada por una brisa seductora.

Quise relajarme y disfrutar de la compañía de Lidia, pero me inquietaba el motivo por el que me hallaba allí.

—¿Y bien?, tú dirás. ¿Qué era eso que querías comentarme? —inquirí nerviosa invitándola a hablar.

—Bueno, el otro día, charlando con Aníbal, surgió tu nombre. Siendo franca, no se me ocurrió pensar en ti.

Me erguí en mi asiento. Maldita sea, Aníbal se lo había contado.

Ella no dejaba de escrutarme. Una sonrisita suave pintaba su rostro.

—Dice que eres una persona muy válida.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, bueno, no es que yo no lo sepa, pero la verdad que me sorprendió bastante que hablase así de ti —dijo achicando los ojitos y colocando los codos sobre la mesa.

—Ya.

Tomé un trago de mi cerveza.

—No esperaba que él…, bueno que…

—Lidia —la corté antes de que la conversación tomara otros derroteros—, no sé qué te habrá contado Aníbal de lo sucedido entre nosotros, pero fue un malentendido. Sí, vale, nos besamos, pero no significó nada. Seguramente te habrá dicho que fui yo quien lo atacó la primera vez, pero ayer, en la playa, me besó él. Aunque eso ya da

igual. Acabo de verlo con su novia y te aseguro que la magia ha desaparecido.

—¡¿Os habéis besado?! —vociferó ella atrayendo la atención de algunas personas que paseaban muy cerca—. ¿Aníbal y tú? Joderrr, me quedo muerta.

Se llevó las manos a la boca, denotando una clarísima estupefacción.

—Sí…, yo… Espera, ¿no era de eso de lo que íbamos a hablar?

—¿Qué? ¡Claro que no! No tenía ni idea. Pero ¿estáis liados? —preguntó con diversión.

—No, no. Por supuesto que no —repliqué frotándome la frente.

—Gabi, esto es un notición.

—Lidia, por favor…

—Lo sabía. Sabía que, por mucho que él dijera que eres una repipi y una estirada, siempre se ha sentido atraído por ti. Pero te juro que no tenía ni idea de que tú pudieras volver a sentir algo por mi primo. Después de lo del instituto, ya sabes, lo del Loncha, yo creía que lo odiabas. Pensé que lo de contratarlo para demandar a tu ex había sido más bien idea de tu hermana. Jamás habría imaginado que él y tú… ¿Y qué hay de la fiscal? La semana pasada me dijo que se iban a vivir juntos. Estaba convencida de que esta vez sentaría la cabeza. No me puedo creer que no me haya contado nada de lo vuestro.

Parpadeé perpleja, boqueando como un pez. Acababa de meter la pata hasta el fondo. Lidia parecía realmente impresionada.

—No hay nada que contar. Solo ha sido un beso. Pero no volverá a ocurrir —musité.

—Claro, ahora lo entiendo todo. Por eso insistió tanto en ti para el puesto.

—¿Qué puesto?

—Del que quería hablarte.

Ladeé la cabeza esperando a que continuara.

—Verás, el otro día le comenté que últimamente está aumentando la clientela en el estudio y que a veces no puedo atender la recepción como me gustaría. Necesito a alguien que reciba a los clientes. Me vendría bien una persona que me ayudara a organizar la agenda y a adecentar la sala. Jacobo y yo estamos a menudo tan absortos tatuando que apenas tenemos tiempo de nada más. Sería un trabajo más bien tranquilo. Y Aníbal me propuso que te lo comentara a ti. Lo

cierto es que me pareció muy buena idea. El único inconveniente es que no puedo pagar mucho por ahora. Al menos hasta dentro de un par de meses que termine de pagar algunas deudas. No sé si estarías interesada.

Un torrente de alborozo me sacudió por completo.

—¿Bromeas? Claro que me interesa. Me encantaría trabajar contigo. Me da igual el sueldo. Por muy poco que me pagues, será mejor que nada.

Ella se echó a reír.

—Intentaré que no sea tan poco, mujer. Y al menos estarás cotizando. Tendrás, además, muchas horas con poca actividad. Puedes traerte tu ordenador y aprovechar ese tiempo para escribir o pulir tus novelas.

—¿De verdad?

—Pues claro. Admito que esto último también fue idea de Aníbal —rio ella alzando las cejas.

—Gracias, Lidia. Gracias, gracias —exclamé incorporándome y abrazándola.

—No tienes que dármelas. Me hace una ilusión tremenda tenerte cerca.

Brindamos por mi nuevo empleo y abordamos algunas cuestiones como el horario y el tipo de contrato que iba a hacerme.

Al cabo de unos minutos me atreví a confesarle lo que me rondaba por la mente.

—Lidia, no quiero que le digas a Aníbal nada de lo que te he contado.

—Te refieres a lo que me vas a contar, ¿no? Porque hasta el momento lo único que sé es que os habéis besado. Ahora es cuando tienes que empezar desde el principio. Espera. No hables aún. Voy a pedir dos cervezas más y unas aceitunas. Y más te vale no saltarte ni una coma. A partir de ahora te estás jugando tu empleo —chanceó.

Y, sí, lo hice. Me sinceré con Lidia. Ella siempre había sido una buena amiga. Jamás me había fallado. Ni siquiera el tiempo que habíamos estado distanciadas había agrietado nuestra complicidad.

Me escuchó con atención mientras le contaba cómo me sentía. Cómo de una forma casi repentina Aníbal había rasgado ese caparazón que me protegía de volver a enamorarme tras la decepción de Josema y había conseguido colarse en mis pensamientos día y noche.

La cautivó mi franqueza, pues no me interrumpió más que para añadir que, al igual que a Raquel, Violeta le provocaba desagrado.

Estuve a punto de confesarle el embrollo en el que me hallaba metida. Pero lo cierto es que me daba miedo involucrarla. Tan solo deseaba pagarles a esos tipos y pasar página.

Permanecimos en aquel bar al menos una hora más. Fue una conversación bastante intensa y ella percibió que mi estado de ánimo se tambaleaba de un modo temeroso.

—No sé qué decir, Gabi. Intuyo que Aníbal siente algo por ti, pero tienes que andar con cuidado. Aún no he oído su versión. Desconozco si está verdaderamente enamorado de esa mujer. Lo último que necesitas ahora es que vuelvan a romperte el corazón —alegó ella poniendo su mano en mi hombro.

Había preocupación en su voz.

—Creo que trabajar conmigo te va a venir muy bien —añadió para consolarme.

—Sí, estoy segura de que sí.

*

Regresé a casa cuando empezaba a oscurecer. Me sentía esperanzada por la idea de tener un nuevo empleo. Lidia me comentó que hablaría con su asesor y que podría comenzar en mi puesto de recepcionista el siguiente lunes. Y todo gracias a Aníbal. Consideré llamarlo y brindarle mi gratitud, pero lo mejor era dejarlo pasar por el momento.

Aquella noche me senté frente a la pantalla de mi ordenador con el ansia de escribir renovada. Necesitaba encontrarme fuerte mentalmente. No podía dejar que el miedo se apoderara de mí. A pesar de que volvería a toparme con los colombianos ese mismo viernes, intenté seguir adelante con mi meta de poner punto final a la trilogía. Además, exceptuando que mi corazón aún se resentía por el encuentro con Violeta, la semana estaba siendo estimulante.

*

Me encontraba escribiendo la noche del jueves cuando recibí una llamada telefónica. Un número desconocido insistió hasta que

respondí.

—¿Sí? —inquirí masajeándome el cuello.

Tenía la vista cansada de tanto escribir y la espalda entumecida. Apenas me había movido de mi habitación desde mi reunión con Lidia. Quería recuperar el tiempo perdido y adelantar en la historia, ahora que iba a empezar a trabajar en el estudio de tatuajes.

—Hola, ¿*ere* Gabi?

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

Una súbita punzada de pavor me aturdió.

—Soy Cris. El sobrino de Paco.

«¿Cris? ¿Paco?»

Cerré los ojos, encajando las piezas en mi cabeza.

«¡El sobrino de Vargas!»

—Ah, hola —proferí contenta de que fuese él y no los colombianos.

—Mi tío me ha *pasao* tu contacto. Al parecer, *está* interesada en conocerme.

Respiré, dejándome caer en el respaldo.

—Vaya, qué directo —reí.

—¿Te apetece que *quedemo*? —preguntó con un tonito un tanto bribón.

Su voz me resultó ¿cautivadora? Inevitablemente pensé en el marido de Elsa.

—Bueno, no sé. Sí, supongo que podríamos quedar algún día.

—¿Te recojo dentro de una hora?

—¿Una hora? Un poco precipitado, ¿no?

—¿Hora y media?

—Ehhh…, la verdad es que no esperaba tu llamada hoy —dije examinando mis pantalones de pijama.

Oí de fondo la radio de un taxi y sonidos lejanos que asimilé como el bullicio de la carretera. Él se quedó en silencio unos segundos al otro lado del teléfono. Me pareció que chasqueaba la lengua.

Sopesé los acontecimientos de los últimos días y discerní que tal vez mi suerte empezaba a cambiar.

¿Y si aquella llamada era una señal para continuar con mi vida? ¿Para volver a ilusionarme y darle una oportunidad al amor? Quizá Cristian, cuya voz sonaba atrayente, era un buen chico con el que podía tomarme una copa y disfrutar de una conversación fluida.

Raquel me había advertido que me olvidara de los prejuicios, y justo eso iba a hacer. Aparcaría a un lado que Cristian era sobrino de Vargas y aceptaría esa cita sin expectativas.

—*Entonce* ¿te apetece *quedá* o no? —insistió.

—Sí, está bien. Estaré lista dentro de una hora y media. Supongo que sabes donde vivo, ¿verdad?

—En *er* edificio en que trabaja mi tío.

—Ah, claro. Bien, pues nos vemos dentro de un rato.

—Venga. Hasta luego, chata.

¿«Chata»?

—Adiós.

Me quedé unos segundos contemplando la pantalla del móvil.

Jamás me habían gustado los apelativos chabacanos, pero como prometí no juzgar al chico antes de conocerlo, ignoré ese insignificante detalle y me dispuse a acicalarme para la cita.

No es que me apeteciera demasiado, pero mis hermanas y mi madre llevaban toda la semana dándome la tabarra con eso de que acabaría convirtiéndome en una ermitaña. Así que en parte me vi obligada a demostrarles que Josema había desaparecido de mi pensamiento y que estaba dispuesta a rehacer mi vida.

Cuando acabé de arreglarme, analicé mi indumentaria. La última vez que me había vestido de ese modo había sido para una entrevista en el área de Recursos Humanos de un concesionario de coches que obviamente no tuvo mucho éxito. Presentí que me había pasado un poco con la formalidad. Pero lo cierto es que no tenía ni idea de qué ponerme. Solo sé que quise impresionar a mi madre y a mi hermana María con aquella chaqueta de cuello con solapa y un pantalón recto a juego de rayas diplomáticas. Bajo la chaqueta me puse una blusa de gasa de manga corta blanca. Quería resultar elegante y atractiva, no voy a negarlo. Fue por esa razón por la que decidí llevar tacones, lo cual mejoró mi humor y reforzó mi seguridad. Terminé de rematar el *look* maquillándome los ojos y los labios como hacía mucho tiempo que no hacía.

Al contemplarme en el espejo, deseé que Aníbal me hubiese visto vestida de ese modo. Pero, por suerte o por desgracia, mi cita no era con él.

*

María silbó cuando me la crucé por el pasillo de camino a la puerta. Y mi madre asomó la cabeza desde la cocina para cerciorarse de que finalmente acudiría al encuentro con el sobrino del conserje.

—Guau —articuló mi hermana—. Sí que te has tomado en serio lo de Thor.

—¿Crees que voy muy arreglada?

—Bueno, depende. Estás muy guapa, pero si el sobrino de Vargas te lleva al Burger King te confundirán con una de las accionistas.

—No me importa. Me siento bien con esta ropa.

—Pues esa es la actitud —añadió ella riendo y cruzándose de brazos.

Me acerqué a la entrada para coger mis llaves y guardarlas en el bolso.

—Gabi, cariño. Diviértete —dijo mi madre alzando la voz—. El chico te va a encantar. Ya lo verás.

Asentí ilusionada y me despedí de ambas.

Bajé los escalones despacio con miedo a torcerme un tobillo. Los zapatos de tacón aumentaron mi autoestima a medida que descendía.

Mi yo optimista no paraba de susurrarme que, aunque solo fuera por una vez, mi madre estaría en lo cierto.

Exceptuando mi encuentro con Violeta, la semana estaba resultando productiva, y pensé que aquella cita me calmaría para lo que me esperaba al día siguiente: la entrega de los mil euros en el asador de pollos.

Y claro que se me había pasado por la cabeza no aparecer por allí. Claro que me planteé hablar con Raquel y poner en conocimiento de la policía lo sucedido. Pero un presentimiento muy desagradable y aterrador me advertía que no incumpliera el trato.

Me hallaba convencida de que, una vez que les pagase, buscarían otra víctima y dejarían a mi familia en paz. Al menos, eso me daría ventaja para decidir si contarle o no a Raquel lo sucedido.

Jaramillo había sido muy explícito. Además, si me habían raptado a plena luz del día, ¿qué no serían capaces de hacer si no aparecía ese día con el dinero?

Todas esas cuestiones y el temor de enfrentarme a una cita a ciegas después de tanto tiempo se reflejaron en mi rostro a medida que me aproximaba al señor Vargas.

Miré mi reloj. Las diez y media era la hora a la que había quedado con Cristian. Aún no había aparecido, y el adorable conserje se encontraba esperándolo en el exterior de mi portal para, según él, presentarnos formalmente.

—Señorita Gabi, está *usté* hecha un *pinsé* —clamó besándose los dedos.

—Muchas gracias, señor Vargas.

—Mi sobrino no suele *se mu puntuá*. Es el único fallo suyo.

—Bueno, si es su único fallo, entonces no se lo tendré muy en cuenta.

—Debería vestirse *asín ma a menúo*.

—¿De veras?

—Sí, *parese* una ricachona. A *ve* si me va a *intimidá usté ar* niño.

—No creo que Thor se deje intimidar por un par de prendas —bromeé.

—Uy, ya verá. Es *clavaíto ar* de la Pataky —dijo con un movimiento exagerado de la mano.

Sonreí ilusionada. ¿Y si mi madre y Vargas no mentían y Cristian era un bombón? Habían insistido demasiado en eso del parecido, y a decir verdad Chris Hemsworth me parecía un hombre impresionante. Quizá no era del todo mi tipo, pero ¿qué diablos?, comparado con Josema cualquier muchacho me resultaría agradable.

Conversé con Vargas mientras esperaba al interpelado. En realidad, él hablaba y yo asentía matando el tiempo y tratando de entenderlo.

Diez minutos más tarde empecé a preocuparme. Fue entonces cuando el sonido de unas ruedas derrapando en la carretera nos obligó a Vargas y a mí a volver la cabeza. Las luces de un vehículo nos deslumbraron y cerré los ojos ante el fogonazo.

—Ahí está —oí que decía Vargas.

Cristian detuvo el taxi delante de nosotros —un Dacia Lodgy con faros de largo alcance y una defensa delantera— y apagó el motor, aunque dejó la radio puesta a un volumen molesto, una canción con tintes flamencos mezclados con música pop remató su aparición.

En cuanto lo vi bajarse del coche comprendí que me había hecho ilusiones vanas.

—¡Titoooo! —vociferó saludando a Vargas con un abrazo un poco exagerado.

—Hola, máquina.

Me quedé quieta a un lado de la acera.

—Le *ha* puesto las *llanta nueva* al carro, ¿no?

—*Ji*, ¿a que molan?

—Uff, qué pepino *tiene*, niño.

Mientras ellos hablaban en un lenguaje ininteligible sobre los accesorios añadidos al taxi, yo intenté buscar en Cristian ese parecido con el guapo actor australiano del que tanto me habían hablado mi madre y el conserje durante los últimos días.

Obviamente, me resultó una broma pesada. Cristian, con seguridad, le llegaría por la cintura al marido de Elsa Pataky, pues contaba con la misma estatura que Vargas. Vestía una camiseta blanca desgastada y pegada al cuerpo de un modo desagradable. Sus pezones se marcaban demasiado y un abultado vello negro asomaba por el cuello en pico de la prenda, adornada a su vez por un cordón de oro grueso y brillante.

Supuse que si, en algún momento, el adorable conserje había hallado similitud entre su sobrino y Hemsworth, tal vez se debía a las mechas que este lucía y la barba teñida de rubio que, para colmo, contrastaba con su piel morena. Porque estaba claro que no podía ser por nada más.

De inmediato pensé en uno de esos chicos de etnia gitana del peculiar programa de televisión *Los Gipsy Kings*. Había visto algún episodio zapeando.

En mi desesperado intento de encontrar congruencia en su indumentaria, continué deslizando los ojos por ese cuerpecito extraño con aquellos bíceps disonantes. Recordé lo que me había dicho Vargas acerca de que el chico iba mucho al gimnasio y me pincé el puente de la nariz.

Cuando ya empezaba a sentirme como el árbol situado a mi lado, tosí para anunciar que no me había ido.

—Cristian, mira, ella es la señorita Gabi.

—¿Es maestra?

—No, es escritora, ¿*verdá*, *corasón*?

—Ah, como *ha disho* «señorita Gabi», pensé que era profesora o *argo* de eso. Hola, yo soy Cri.

—Hola, Cris —exhalé alargando la mano.

—Dale dos *beso ar* muchacho, *mujé*. No sea *malaje* —clamó Vargas dándome un empujón para mi gusto demasiado efusivo.

En contra de mi voluntad, me acerqué a darle dos besos. Con los tacones le sacaba una cuarta, y eso que yo medía poco más de un metro sesenta.

Ellos se miraron cuando me aparté y supe por sus expresiones que en ese trío el bicho era yo.

—Bueno, *tortolito*, os dejo que os *vayái* a divertirse.

Cristian me invitó a subir a su taxi y aún me pregunto por qué lo hice.

Ellos conversaron unos segundos más mientras yo observaba el interior del vehículo con la precisión con la que inspeccionaría una nave nodriza.

El falso doble de Hemsworth había olvidado que la limpieza era fundamental para mantener a salvo a sus pasajeros y evitar infecciones: colillas en el cenicero, varias bolsas de patatas fritas, alguna que otra bola de aluminio, varios paquetes de tabaco vacíos, papel de fumar… El aroma de un ambientador rancio mezclado con el olor de esos cigarrillos adulterados me hizo erguirme violenta.

Puse el bolso en mi regazo y coloqué las manos encima. Cuanto menos tocara, más garantizaría mi salud.

Una foto del bailaor flamenco Farruquito pegada en el salpicadero junto a otro centenar de objetos inservibles me obligó a cerrar los ojos y desear teletransportarme a otro lugar sola.

Cristian ocupó su asiento tras despedirse de su tío y puso el coche en marcha.

Aquella música flamenca continuaba sonando mientras él manipulaba el volante con una mano y conducía a una velocidad temeraria. Me adelanté a bajar el volumen sin preguntarle.

—Así que te *llama* Gabi —dijo deslizando los ojos por mi cuerpo.

—Sí, Gabi de Gabriela.

—*Mu* bonito.

—Gracias.

—¿De verdad *ere* escritora?

—Eso intento.

—Pero ¿*lo* escritores ganan dinero?

—Pues no lo sé. Pregúntale a Ken Follett.

—No sé quién es ese —replicó encogiéndose de hombros.

Me humedecí los labios asumiendo que no merecía la pena esforzarme.

«Dale una oportunidad, Gabi.»

Él continuó conduciendo y tarareando la canción que sonaba por la radio.

—Y… ¿adónde vamos, Cristian?

—Llámame Cri. *To er* mundo me llama así. Ya *sabe*, por eso de que me parezco al Thor ese de la Pataky. *Sabe* quién es, ¿no?

—Sí… Cierto. Te das un aire.

—¿Un aire? A ver si *va* a tener que graduarte *la* gafas, *shiquilla*.

—Seguramente.

—La gente me confunde con ese tío por la calle. Métete en mi Facebook o en mi Instagram, ya *verá lo* comentarios que me dejan las pibas.

—Tranquilo, no es necesario. Ahora que te estoy mirando… Es verdad. Te pareces mucho —musité incrédula.

«Madre mía…»

—Voy a llevarte a un restaurante de categoría. Con lo elegante que te *ha* puesto, no *merece meno*.

—Vaya. Muchas gracias.

—Y ya luego nos *tomamo una* copas y… lo que surja, ¿no? ¿Te parece bien?

—Claro —suspiré.

«Lo que surja…»

*

Cristian detuvo el vehículo unos minutos más tarde en la parada de taxis de la Glorieta Helios. Al principio pensé que me llevaría a algún restaurante fuera de la provincia, pero cuando aparcó justo allí me explicó que el sitio al que íbamos se encontraba en el Paseo Marítimo.

Hacía una noche agradable, quizá más fresca de lo normal para ser finales de junio, por lo que la chaqueta había sido un acierto. Me pareció tentadora la idea de sentarnos en una terraza frente al mar. Al menos me tomaría una cerveza o un buen vino contemplando aquella media luna argentada.

Solo que no fue eso lo que ocurrió.

Claro que no.

El sobrino de Vargas me llevó a un restaurante chino sin mesas en el exterior y con poca iluminación que tenía un cartel en la puerta

donde anunciaba que pronto se traspasaría. Nos recibió en la entrada una joven asiática delgaducha con el pelo corto y grasiento.

—¿Qué te *parese*? —preguntó Thor orgulloso cuando nos hallábamos acomodados uno frente al otro en una mesa coja con manteles color salmón—. Te he traído a un sitio de *calidá*. No te *quejará*, ¿eh?

Miré a mi alrededor y le enseñé los dientes como muestra de agradecimiento.

—¿Qué quieres *bebé*?

—Una Coca-Cola, por favor.

—Chinlú —vociferó chasqueando los dedos llamando a la camarera—. Para mí una cerveza y para ella una Coca.

La chica lo fulminó con la mirada y luego me miró con agria censura.

Cristian ojeó la carta y al final se decantó por pedir el menú de la casa para los dos. A continuación sacó el teléfono y se hizo un selfi. Lo subió a su Facebook y me enseñó la publicación.

—Quien pueda que empate —alardeó enamorado de sí mismo.

Una canción china horripilante ambientó la escena.

Cristian siguió hablando sobre sus redes sociales y tonterías varias. Respondí lo justo y necesario para hacer más ameno el rato. Por fortuna, la comida no tardó mucho en llegar y mantuve la esperanza de que pronto acabaría todo.

Aquel monstruito se lanzó a devorar esos platos aceitosos y de pésima presentación.

—Mi tío me ha *disho* que *está* un poco depre por eso de que te dejó tu novio y se quedó con un montón de pasta tuya —dijo después de uno de mis largos silencios, que él interpretó como timidez.

—Bueno, lo de mi novio y lo de la pasta desgraciadamente es verdad. Pero no estoy depresiva, es solo que me encuentro un poco más estresada. Solo eso. Quiero acabar mi novela y necesito concentrarme. Es autoexigencia. Nada más.

—¿Y de qué va tu novela?

—Es una historia policíaca. Trata sobre una inspectora del FBI que investiga… crímenes —respondí sin entrar en muchos detalles, removiendo la ensalada china con el tenedor. A él no parecía interesarle demasiado.

—Qué guay —musitó masticando—. ¿Y tiene *mucha* páginas?

—Algunas.

—A mí es que no me gusta *leé*.

—¿De veras?

—Me aburre *musho*. Con el libro de la autoescuela me quedaba dormido.

—Aspiro a que mis historias sean un poco más entretenidas que el manual de la autoescuela.

—Sí, claro. Tú qué *va* a *decí*, chata. Yo esperaré a que salga la película —bromeó riendo con la boca abierta y mostrándome un buen puñado de arroz tres delicias.

Durante la cena volvió a coger el móvil y se hizo varias fotos más. De hecho, me pidió que le hiciera alguna fotografía posando.

Harta del reportaje, intenté probar otra estrategia y charlar con él a pesar de que su vida no me interesaba en absoluto. Pero al menos la velada se me haría más corta y dejaría de prestar atención a la tétrica decoración del local.

—¿Eres taxista desde hace mucho tiempo?

—Bueno, *er* taxi es una manera de buscarme *argo ma* de pasta. Pero en realidad me dedico a varios *negocio*.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de negocios?

—De los que se gana dinero de verdad —apostilló de un modo chulito, hurgándose una muela y sosteniéndome la mirada.

La camarera se acercó para llevarse algunos platos vacíos y me salvó de seguir soportando su escrutinio.

—¿*Sabe*? De cerca *ere ma* guapa. Cuando te he visto allí en la acera vestida con esa chaqueta y *esa* gafas he *pensao* que mi tío me había hecho una jugarreta. Lo primero que he dicho es: «¿Quién coño *e* esa friki?». Pero en realidad *ere* una tía guay.

—Gracias, Cris.

—¿Te *va* a *comé* lo que queda de ese rollito?

—No, no. Para ti.

—*Come mu* poco, ¿no? Yo es que necesito comer *musho*. Mi entrenador me ha puesto una dieta *pa' coge* volumen. Aunque ya le he dicho que no quiero *ma* músculos. Estoy demasiado fuerte. Me gustaría mantenerme.

—Claro, así estás muy… bien —dije observando sus bracitos amorfos y el vello rizado que se le formaba en el cuello.

—No te *corta* un pelo, ¿eh? *Lleva toa* la noche comiendo con la

mirada, chata.

—¿Qué? No, no…

—Tranquila, estoy *acostumbrao*. ¿Me has *seguío* ya en Instagram? Búscame: El Thor de la Tacita. Tengo ya *cuatrociento* cincuenta seguidores. Y casi *toda* son *tía*.

Abrí la boca sin saber qué diablos responder, y en ese instante le sonó un wasap en el móvil.

Miré la pantalla por inercia.

Rey: ¿Cuándo cojones me
vas a traer la mercancía?

Cristian chasqueó la lengua y luego se la mordió.

—Puto *shino* —rezongó dando un golpe en la mesa.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—No, nada. *Cosa* del curro —refunfuñó agarrando el teléfono para responder al mensaje.

Durante unos minutos el apócrifo Hemsworth olvidó que continuaba delante de él y se puso a teclear sin importarle que se hallara en mitad de una cita. Al parecer, la conversación que mantenía empezaba a acalorarlo, pues se movió en su asiento con nerviosismo y masculló algunos improperios.

—¿*Ha terminao* ya? Tengo que parar un momento en un sitio.

Abrí los ojos encantada. Vi luz al final del túnel.

—Claro. Vámonos.

—Solo será un momento. Luego seré todo tuyo, *presiosa*.

—No, tranquilo. Será mejor que me dejes en mi casa. Veo que tienes trabajo y yo mañana tengo que madrugar.

—Pero ¿qué *dise* tú?, si la noche acaba de *empezá*. Quería invitarte a una copa. O *do*. Eh, tú, Chinlú, trae la cuenta.

—No me llamo Chinlú —protestó la chica asiática en un inconcuso castellano.

—Entonces ¿cómo? Chinagua —respondió él con una desagradable carcajada—. No te *enfade*, chata, que era una broma.

La joven dejó la cuenta de mala gana sobre la mesa. El total ascendía a catorce euros con cincuenta.

Saqué mi cartera para pagar la mitad, pero Cristian me detuvo poniéndose de pie.

—¿Qué *hace*, *shiquilla*? Te voy a *invitá* yo. Soy un caballero.

—No hace falta. Te lo agradezco mucho.

—¿Cómo que no? Las *mujere* con *la* que yo salgo no pagan ni un euro. Conmigo no te va a *faltá de na'*. Mira —fanfarroneó mostrándome un fajo de billetes de cincuenta y dejando uno de un golpe encima del tique.

—Pues… muchas gracias.

—Eso sí, ahora me *invita* tú a la copita. Que a *vosotra* se os da la mano y *cogéi er* brazo. O *er* martillo, en mi caso —exclamó riéndose de su propia gracia.

La camarera atrapó el billete y me dedicó una mirada interrogante.

*

Una vez en el exterior respiré hondo. Necesitaba inventarme una excusa convincente para largarme a mi casa.

Cristian, sin embargo, no parecía dispuesto a dejarme marchar tan fácilmente.

Aún no.

20

El Rey

De camino al taxi repetí un par de veces que tenía que madrugar y que lo mejor sería que me llevara a mi casa. Probé con mostrarme agradecida por la cena y asegurarle que volveríamos a quedar para cumplir con mi promesa de invitarlo a una copa otro día. Pero Cristian sepultó cualquier posibilidad de huida.

—Mi tío me dijo que *intentaría* escabullirte, pero tengo órdenes *expresa* de tu familia de no dejarte escapar. No *sea* plasta, *mujé*. Pararé un momento a *hasé* una cosilla y luego vamos a divertirnos mucho. Ya lo *verá*.

Cabeceé dándome por vencida y me dije que lo peor ya había pasado. Una copa más no iba a cambiar demasiado mi conclusión de esa noche. O al menos eso creí.

Cinco minutos más tarde, Cristian detuvo el taxi en la calle Tolosa Latour. Estacionó justo encima del carril bici y puso las luces de emergencia.

—Tardaré un minuto, *presiosa*. No te *baje* del coche —me advirtió muy serio dejando las llaves en el contacto. Luego se apeó, abrió el maletero y sacó un paquete rectangular del interior envuelto en una bolsa de plástico.

Apenas había tráfico a esa hora en el barrio de San Severiano y esa calle en concreto carecía de farolas suficientes. Me pregunté adónde demonios iría.

Volví la cabeza y lo vi caminar por la acera dirigiéndose hacia una puerta vieja y con pintadas que daba acceso a un edificio derruido. Aquella construcción, conocida más comúnmente en Cádiz como la «Casa Cuna», había sido un orfanato. Los amantes del misterio comentaban que ese sitio se encontraba encantado. Lo único que sabía al respecto era que durante décadas fue dirigido por monjas de la Caridad y que el edificio se derrumbó como consecuencia de una explosión en 1947 provocada por unas minas submarinas procedentes de la Segunda Guerra Mundial. Claro que la mayoría de las cosas que decían de ese lugar eran leyendas urbanas.

Había oído a mi sobrino y a sus amigos hablar en muchas

ocasiones sobre sucesos acontecidos en su interior: apariciones espectrales, extraños sonidos, lamentos, susurros, gritos y un sinfín de absurdeces que yo desde luego no iba a comprobar si eran ciertas.

Aunque solo fuese por una vez en mi vida iba a hacerle caso a Cristian y no me movería del taxi. Me quedé allí quieta, observando cómo él llamaba a esa puerta con los nudillos. De repente la puerta se abrió y él se internó en sus entrañas.

Mi yo consecuente me decía que Cristian no era un tipo de fiar. ¿Qué diablos hacía un jueves por la noche entregando un paquete en un sitio como ese? ¿Quién vivía allí dentro? Tenía entendido que el lugar lo frecuentaban okupas y toxicómanos. Todo apuntaba a que la legalidad no formaba parte de los negocios del falso Hemsworth. Aun así, me importó un pimiento. Por el único motivo por el que continué sentada en ese asiento en vez de salir corriendo fue por demostrarle a mi familia que soportaría aquella cita hasta el final. Una sola noche y me libraría de ese tipo para siempre.

Eché un vistazo al habitáculo y suspiré con pesar. La curiosidad me impulsó a abrir la guantera y husmear, pero lo único que hallé, además de los papeles del coche y un montón de envoltorios vacíos de chocolatinas y chucherías, fueron dos paquetes de preservativos de la talla XL. Di por hecho que se trataba de un farol. Ambos paquetes permanecían cerrados. Bufé y los dejé donde estaban.

No sé por qué pensé en Kike y su pene oruga. Pobrecillo…

Toqueteé la radio buscando una emisora con música agradable y de pronto sonó esa bonita canción: *Wonderful Tonight* de Eric Clapton. Recordé que la última vez que la oí fue en el precioso restaurante al que Aníbal me había llevado a almorzar.

Su rostro apareció en mi mente. Su sonrisa, aquella sonrisa relajada que me había dedicado en varias ocasiones esa tarde. Evoqué sus labios y cerré los ojos.

«Maldita sea, Gabi. Te has vuelto a colgar de Aníbal *el Carnival*. Prometiste no volver a hacerlo, joder. Prometiste no ser nunca más esa niña estúpida e ingenua.»

Las notas musicales continuaron sonando y provocando en mí un efecto turbador. Las sensaciones que noté en sus brazos regresaron vivas y lacerantes.

Saqué el teléfono y contemplé la pantalla. Supongo que el aburrimiento, junto a la desesperación de hallarme en la peor cita de

mi vida, potenció mis ganas de enviarle un mensaje. Tan solo deseaba darle las gracias por hablarle de mí a Lidia. Sí, solo era eso. Nada más.

Hola, Aníbal. Lidia me ha ofrecido trabajar con ella en el estudio. Me ha dicho que la idea fue tuya. Muchas gracias por acordarte de mí para el puesto. Empiezo el lunes y estoy muy ilusionada. De verdad, gracias por todo.

De nada. Un placer. Para eso están los amigos, ¿no?

Claro. Para eso.

Raquel me ha dicho que hoy tenías una cita. ¿Qué tal te ha ido?

Contraje las mandíbulas, maldiciendo a mi hermana.

¡Genial! De hecho, aún estoy con él. Vamos a tomar unas copas ahora. Es un chico muy majo.

¿Majo? Me alegro por ti.

Gracias. Yo también me alegro por ti. Violeta me ha parecido muy… maja. Me ha encantado conocerla.

¿Ah, sí? ¿Y los puntos suspensivos?

¿Qué pasa con ellos?

Que no entiendo su uso en esa frase.

Me han salido sin pensarlo. Solo quería decir que hacéis muy buena pareja. Y que seguro que entre los dos os sabéis un montón de leyes y artículos.

Muy graciosa… Disfruta de tu cita… con ese chico tan majo…

Estás usando mal los puntos suspensivos.

Tendrás que enseñarme, entonces…

Quise responderle algo más, pero el sonido de un puño golpeando con fuerza el cristal me devolvió a la terrible realidad. Me encontré a la altura de mis ojos con un chico de extrema delgadez y con tatuajes en la cara y en el cuello. Tras él había otro joven más o menos del mismo porte, solo que mucho más grueso y con un antojo oscuro y grande en la frente.

El flacucho me hizo un gesto con la mano para que bajase la ventanilla. La bajé un poco.

Debería haber arrancado el taxi y huir quemando ruedas, pero no tuve capacidad de reacción.

—¿Eres la novia de Thor?

—¿Qué? No, claro que no. Solo soy una amiga.

—Una amiga. Anda, baja del coche. El Rey quiere conocerte.

—¿El rey? ¿Qué rey?

—Felipe VI de Borbón, no te jode —masculló abriendo la puerta asustándome aún más.

—Oiga, ¿quién es usted?

—No me llames de usted. Tengo veinticuatro años, tía. Venga, baja.

—No, gracias. Prefiero esperar a Cristian aquí.

—¡Que bajes, coño! —vociferó instándome a moverme.

Miré a un lado y a otro. La calle estaba desierta. Por un momento quise gritar y salir corriendo, pero con aquellos tacones me habría destrozado los tobillos. El del antojo en la frente me quitó el bolso y el móvil de las manos.

—Pero… ¿qué están haciendo? —tartamudeé atemorizada.

El escuchimizado me agarró del brazo cuando intuyó mis intenciones.

—No te asustes, Gafitas. Que solo será un momento.

—Oiga, pero ¿adónde me llevan?

—Ya te lo he dicho, ¿estás sorda? El Rey quiere conocerte.

En el acceso había otro tipo esperándonos con aspecto de rapero arruinado. Llevaba una linterna en la mano y cerró con un candado en cuanto entramos. Se quedó custodiando la fortaleza.

Un terreno enorme repleto de hierbajos y escombros se desplegó ante mí. A mi derecha, aquella construcción decadente me puso los vellos de punta. El edificio era mucho más espantoso desde dentro.

Aunque el panorama se presentaba lóbrego y nebuloso, mis ojos atinaron a divisar a varios vagabundos durmiendo entre cartones y algunas fogatas asomando sus llamas en bidones de basura.

No me podía creer que aquello estuviera sucediendo. Jamás debería haberles hecho caso a mi madre y a mis hermanas, ni por supuesto al adorable conserje. ¿A eso se refería María con desconectar? ¿Acaso no estaba más segura tras la pantalla de mi ordenador?

Me moví con dificultad siguiendo a esos dos extraños.

—Gafitas, ¿puedes andar más rápido? No tenemos toda la noche.

—Llevo tacones, ¿es que no lo ve?

—No sabía yo que al Thor le gustaran las tías tan elegantes. Parece banquera, ¿no? —comentó el del antojo ignorando mi presencia.

Algo oscuro y peludo me rozó un tobillo y salté gritando.

—¡Ay, Dios mío! ¿Eso es una rata?

—No, es un lindo gatito. Sube, anda.

Me obligaron a subir dos tramos de escaleras sucias y repletas de jeringuillas y cucarachas. El olor a orina y a podredumbre estuvo a punto de hacerme vomitar. Había indigentes en cada esquina y porquería por todas partes.

Atravesamos varios pasillos en ruinas, con las paredes cubiertas de grafitis y pintadas siniestras. A medida que subía, mi cabeza fue imaginando cosas horribles, como en un terrorífico cuento de Ambrose Bierce.

Me recordó a esos edificios de Las Tres Mil Viviendas en Sevilla que solo había visto en las noticias o en algún que otro reportaje de *Equipo de investigación.*

Desde fuera, el edificio parecía desolador, pero lo que no podía imaginar era que tras esos muros que acordonaban la parcela existiese todo un mundo perverso de drogadictos, mendigos y maleantes.

El tipo flaco me hizo pasar a una estancia mugrienta que tardé varios segundos en enfocar dado mi estado de nerviosismo.

—Rey, aquí está la novia de Thor —dijo empujándome al centro de la sala.

—¡Oiga, que no soy su novia!

Mis ojos otearon la habitación. La única luz que había allí era la del flexo de una mesa de escritorio situada en el centro.

«Mal sitio para montar una oficina», pensé.

Un hombre con los ojos achinados de unos cincuenta o quizá sesenta años, con el pelo cano y una perilla roja, se hallaba sentado tras esa mesa. Al principio pensé que era asiático, pero no. Tal vez solo uno de sus progenitores. Su rostro denotaba estaciones, penurias y supervivencia.

Estaba contando una cantidad exagerada de billetes con una pasmosa tranquilidad y apuntando algo en un cuaderno. Junto a él había una nevera de corcho sobre la que descansaba una radio pequeña que había visto épocas mejores. Chaikovski y su *Concierto para piano n.º 1* sonaba a un volumen muy bajo. En una esquina de la mesa había un libro que me llamó mucho la atención: *La Dalia Negra* de James Ellroy.

La mortecina escena me paralizó por completo.

—Buscad al Egipcio —les ordenó a los dos chicos que me custodiaban.

—Rey, llevamos dos días buscándolo. No aparece por ningún lado.

—¡Buscadlo mejor! —gritó sobresaltándome.

Los dos lacayos dejaron mis pertenencias sobre la mesa y se marcharon.

—Hola, chica, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Gabriela —musité con la boca seca como un trozo de corcho.

Parecía un hombre sabio. De rostro enjuto e intrigante y ataviado con ropa sobria, habría jurado que era profesor de latín, director de orquesta o tal vez bioquímico, qué sé yo. Cualquier cosa menos un temible delincuente.

A su espalda se situaban otros dos jóvenes pertenecientes a su ejército.

—Gabriela. Yo soy Rey.

—Disculpe, ¿puede decirme dónde está Cristian?

—¿Quién es Cristian?

—Thor —dije poniendo los ojos en blanco—. Lo siento, quería decir Thor.

—Ah, sí. Tranquila, está ahí al lado. ¡Traedlo!

Los dos soldaditos se movieron con rapidez. Al cabo de unos segundos aparecieron un par de tipos más, con Thor amordazado y con la cara hecha un cuadro. Lo empujaron sin piedad y este cayó al suelo muy cerca de mí.

—Oh, Dios mío —exhalé llevándome las manos a la boca—. ¿Por qué le han hecho eso?

—¿En qué quedamos? ¿Es tu novio o no?

—No, por supuesto que no. No conocía de nada a este chico hasta esta noche. Hemos tenido una cita a ciegas.

—Cita a ciegas. Mmm, ¿eso no es una película de Kim Basinger? —comentó imperturbable Rey apuntando algo en aquel cuaderno.

—Oiga, no sé qué es lo que quiere de mí ni por qué estoy aquí.

—Estás aquí porque él acaba de decir que eres su novia. De hecho, sus palabras exactas han sido: «Aquí tienes tu mercancía, chino cabrón, me voy, que me está esperando mi novia en el coche».

—Siento haberte llamado chino cabrón —tosió Cristian acobardado y escupiendo un poco de sangre.

—Cállate, gilipollas, no estoy hablando contigo ahora.

Me adelanté un paso, atormentada.

—No entiendo qué está pasando, señor Rey o majestad o como quiera que se llame. Pero yo… yo no debería estar aquí.

—¿Ah, no?

—No, claro que no. Mire, no sé a qué tipo de negocios se dedican ustedes ni me interesa —aseveré señalando el dinero—. Lo único que quiero es irme a mi casa. Ha sido una cita horrible que jamás debería haber aceptado.

—¿Una cita horrible? ¿Has oído eso, Thor?

Cristian permanecía sentado en el suelo, recuperándose de la somanta.

—Tú tampoco es que seas *mu* divertida, guapa. Además, que sepas que solo he *quedao* contigo por hacerle un favor a mi tío. Me dijo que estabas desesperada —rebatió molesto.

—¿Ve? Este chico y yo no tenemos nada en común.

Rey nos escrutó a ambos.

—¿Así que no es tu novia? Menudo fanfarrón estás hecho, Thor. Te crees que por tener una cara bonita y un cuerpo musculoso puedes conseguir todo lo que quieras, ¿verdad?

Fruncí el cejo. ¿Cara bonita? ¿Músculos? ¿Era yo la única de esa habitación que veía las cosas con claridad a pesar de la penumbra?

—Chino, será mejor que me *deje* marchar. *Sabe* que mi *pare* se cabreará mucho por esto.

—Eso ya me lo has dicho antes. Pero resulta que a partir de ahora tu padre y tú trabajáis para mí, ¿lo entiendes? Dejaréis de repartir esta mierda por los gimnasios y vais a distribuir mi mercancía. ¿Te queda claro?

—Sabes que *jamá aceptaremo* eso.

—En ese caso, tenemos toda la noche para convencerte.

Rey les hizo un gesto con la cabeza a sus matones y estos arrastraron a Cristian hacia una esquina para patearle el estómago como si fuese un balón de fútbol.

—¡Ya basta, por favor! ¡Van a matarlo! —grité histérica.

Por fortuna, mis bramidos apaciguaron a aquellos salvajes.

—¿Qué te pasa, monada? ¿No quieres que le peguemos a tu chico?

—No es mi chico, ya se lo he dicho.

—Entonces ¿qué más te da lo que le pase?

—Oiga, que la cita haya sido un fracaso no significa que le desee la muerte. No, no me gusta Cristian. Y no sé dónde le ven ustedes el

parecido a Chris Hemsworth para llamarlo Thor. Pero esta situación es muy desagradable. Yo no debería estar aquí, maldita sea.

El hombre se carcajeó en mis narices.

—Un fracaso —repitió.

—Cierra la puta boca, *Gafa* —balbuceó Cristian abrazándose el vientre. Obviamente no le sentó bien mi argumentación.

—Esta chica me cae bien, Thor. Fíjate, cuando has dicho que era tu novia pensaba torturarla delante de tus narices hasta que accedieras a trabajar para mí.

—¿Y a qué *espera*?

—¡Ehhhh…! —vociferé increpando a Cristian.

—Pero he cambiado de opinión. Creo que voy a divertirme más dándote tu merecido. En el fondo intuyo que ella va a disfrutarlo también.

Otro gesto imperceptible por parte de Rey alentó a dos de los tipos a continuar moliendo a palos a Thor. Los otros dos conversaban y fumaban como si darle una paliza a alguien un jueves por la noche fuese lo más natural del mundo.

Debía hacer algo para detener a esos hombres, pero estaba tan asustada que apenas podía moverme. Además, los tacones me dificultaban la tarea. Aun así, me armé de valor y decidí aproximarme a la mesa.

—Señor Rey —musité andando como Chiquito de la Calzada por ese suelo de baldosas rotas y lleno de arena y desperdicios—, ¿puedo decirle algo?

—Adelante, siéntate —me invitó señalando un taburete sucio que había justo frente a su escritorio—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Gabriela. Pero puede llamarme Gabi.

—Gabi. Me gusta.

Los lamentos de Cristian rogando clemencia, junto al concierto de Chaikovski, intensificaron la atrocidad del suceso.

—Me parece usted un hombre inteligente.

—¿Sí? Pues cuidado, chica, te advierto que odio a los lameculos. De hecho, si Thor aún está vivo es porque en cierto modo admiro su valentía.

—Bueno, si siguen golpeándolo de ese modo no creo que viva por mucho tiempo.

Él sonrió y se cruzó de brazos.

—Así que te parezco inteligente.

—Lee usted a James Ellroy —comenté atreviéndome a alcanzar el libro— y parece ser que le gusta la música clásica. No conozco a muchos narcotraficantes con sus gustos. Aunque yo no suelo relacionarme con narcos.

Rey afiló la mirada y se tocó su barba roja esperando a que acabara mi perorata.

—En realidad no sé si es usted narcotraficante. Y tampoco me interesa. Lo que quiero decirle es que… —me moví inquieta en mi asiento—. En fin, que si le gusta leer tiene delante a una lectora empedernida. Cuando acabe con Ellroy puedo prestarle alguno de mis libros.

—¿Ah, sí? ¿Cuál me recomiendas?

—Hombre, tratándose de clásicos del género negro, creo sin duda que debería atreverse con autores como Lawrence Block, Edward Bunker, James M. Cain o Raymond Chandler, entre otros.

El tipo ladeó la cabeza y se encendió un cigarrillo sin apartar sus ojos de mí.

—¿A qué te dedicas, Gabi?

—Ehh…, ¿yo? Bueno, ahora mismo estoy en paro.

—Y antes de estar en paro, ¿qué hacías?

Traté de concentrarme, pero el llanto de Cristian junto a los insultos y vejaciones de esos tipos hacia él no facilitaron el cometido.

—Disculpe, ¿podríamos mantener esta conversación sin que sus matones patearan a Thor?

—¡Parad un momento!

Los sicarios de Rey cumplieron el mandato.

—Muchas gracias. Pues antes de estar en paro vivía en Madrid con mi exnovio y trabajaba en un café.

—¿Eras camarera? —preguntó extrañado.

—Sí, aunque en realidad intento ser escritora.

—Entiendo. Así que escribes.

—Estoy a punto de finalizar una trilogía.

—Una trilogía… ¿Y sobre qué trata?

No me apetecía en absoluto contarle a ese delincuente nada que tuviese que ver con mi vida privada, pero él parecía entusiasmado y yo intentaba mantenerlo distraído con mis dotes de persuasión. Al menos, de esa manera, Cristian tendría unos minutos para escupir la

sangre de la boca y no ahogarse con ella y con su propia saliva.

Así que decidí hablarle sobre Miller. Comencé a narrarle cómo había surgido la idea en mi cabeza, y a medida que las palabras salían de mis labios Rey asentía absorto.

La estoica inspectora y sus increíbles habilidades para destapar crímenes y atrapar a brutales asesinos encandiló a ese desconocido.

Poco a poco me di cuenta de que Rey se dejaba caer en el respaldo de su silla y, tras acabar su cigarrillo, se encendía otro.

Las aventuras de Miller fascinaron por completo a un hombre con un pasado, presagié, difícil y peligroso. Mi maestría para ganar tiempo e intentar convencerlo de forma sutil de que nos dejara marchar sanos y salvos mutó a una interesante conversación de la que yo también acabé siendo víctima.

Miller, una vez más, logró calmar mi miedo haciéndome vislumbrar con algo más de luz y esperanza la situación en la que me hallaba. Porque al principio la única que hablaba era yo. Sin embargo, conseguí que Rey participara activamente en la charla. Reveló que se había aficionado a leer novela negra durante su estancia en la cárcel, pero que allí nunca había tenido con quien comentarlas y que eso le había provocado mucha frustración.

Estuvimos charlando casi una hora, comentando obras de Agatha Christie, Don Tracy y Patricia Highsmith. Rey confesó que también lo apasionaban las novelas de terror y que el maestro Stephen King encabezaba su lista de favoritos.

Admito que me relajé. Acepté tomarme una cerveza en uno de los vasos de plástico que Rey guardaba en la nevera de corcho y, por un momento, aunque el entorno no era ni mucho menos idílico, comprendí que aquel coloquio me hechizaba.

Había quedado con Cristian empujada por el deseo de poder conversar con alguien medianamente inteligente. Idealicé esa cita no como un encuentro romántico, sino como un modo de desconexión y una oportunidad para relacionarme y evadirme. Y, justo en ese instante, estaba sucediendo. Solo que mi verdadera cita permanecía en esos momentos en una esquina de la estancia con la cara como Jesucristo camino de Judea y abrazándose las rodillas, custodiado por cuatro animales.

Entonces Rey se sirvió un poco más de cerveza y llenó de nuevo mi vaso.

—Es difícil encontrar en este mundo a personas a las que le guste la lectura.

—Quizá se halle usted en un mundo equivocado —carraspeé dubitativa.

—Es posible. Pero es esto lo que me ha tocado vivir. A veces no podemos hacer otra cosa que aceptar nuestro destino. —Hizo una pausa para beber—. Dime, Gabi, ¿vives tú en el mundo correcto?

Su pregunta me hundió en un absoluto mutismo.

De pronto recordé aquella cita célebre de Patricia Highsmith en la que decía que los escritores de novela negra tienen que sentir alguna clase de simpatía o identificación con los criminales, pues, de no sentirla, no se verían emocionalmente involucrados en sus escritos.

¿Era eso lo que me estaba sucediendo con ese hombre? ¿De verdad sentía simpatía por un tipo que se dedicaba a la venta de drogas y al crimen?

—La verdad es que no lo sé. Creo que no. Mis hermanas dicen que he nacido en el siglo equivocado. Y estoy empezando a pensar que llevan razón. Igual habría sido más fácil para mí desenvolverme en otra época.

—Eres lista, atractiva, y tienes un proyecto a la vista que parece muy interesante. ¿Por qué ibas a hallarte en la época equivocada? Es cierto que no estás muy acertada escogiendo a tus citas, pero supongo que lo sucedido esta noche te servirá de escarmiento.

—Gracias. Es usted… agradable.

—Cuidado, chica. Ya te he dicho que no me tomo demasiado bien los cumplidos.

Apagó su cigarrillo en el filo de la mesa y luego tiró la colilla al suelo junto a otro montón de ellas.

—¿Soltará a Cristian? Quiero decir… ¿a Thor?

Rey afiló la mirada.

—No estoy seguro de dejaros marchar a ninguno de los dos.

La turbación regresó para quedarse.

—Pero… yo no he hecho nada —balbucí despavorida, asimilando que mis posibilidades de salir de ese recinto se reducían cada vez más.

—Has venido con él. ¿Te parece poco?

—Que esté aquí ahora mismo es solo una maldita casualidad.

—Vaya, Gabi. No pareces una chica que crea en las casualidades.

—Cierto, quizá no lo sea, pero no me negará que mi cita con ese

chico ha sido una mala jugada del destino. ¿Acaso cree que habría quedado con él de saber que me traería a este lugar?

—No lo creo. Pareces una chica lista.

—Exacto. Me olvidaré de lo sucedido esta noche para siempre. Tiene que dejarme marchar.

De repente, unos pasos apresurados y voces a mi espalda me obligaron a girarme. El chico flaco y el del antojo en la frente aparecieron de nuevo en la estancia sujetando a un tercero, que se resistía con ímpetu.

—Rey, lo hemos encontrado.

Lo empujaron y este cayó al suelo de rodillas a un metro de mí. Se trataba de un chaval que estimé que no tendría más de veinte años. De tez morena como la tierra y rasgos enfáticos y amenazadores. Iba vestido con un chándal gris con sudadera y capucha.

Sus ojos aceitunados me escrutaron, y lo que vi en ellos fue un vacío espeluznante.

El rostro de Rey se transformó en una mueca de abominación. Abrió uno de los cajones que había en la mesa y sacó un arma.

Apocada, y con las pulsaciones a un ritmo sobrehumano, me quedé clavada en el incómodo taburete.

Miller habría determinado con exactitud qué tipo de arma se trataba. Quizá un arma corta semiautomática con calibre 45 similar a la Colt M1911 utilizada por el ejército de Estados Unidos. Yo, en cambio, me hallaba tan asustada que apenas si podía parpadear.

—Aquí estás. ¿Pensabas que no iba a encontrarte?

—Que te jodan, Rey —dijo el chico escupiéndole a los pies con acento marroquí.

—Eres un hijo de puta bastante terco, Egipcio. Te creía más listo.

—Mucho más que tú, viejo maricón.

Rey chasqueó la lengua y me miró.

—Gabi, tú que escribes historias de crímenes, atenta, porque estás a punto de ver qué sucede cuando una bala atraviesa el cráneo de una sucia sabandija.

El chico, aún de rodillas, se acomodó sobre los talones y colocó las manos sobre sus muslos. Alzó la barbilla desafiante.

Rey se aproximó más a él y le apuntó a la cabeza.

—Sabes que no puedes matarme. Si lo haces, vendrán a por ti.

—¿Y crees que eso me preocupa? ¿Es que acaso no has aprendido

nada a mi lado? ¿Aún no te has enterado de que en esta vida nadie es imprescindible?

El semblante del chico parecía confiado. Como si no creyera a Rey capaz de meterle una bala en el cerebro. Yo temblaba de los pies a la cabeza. Había mirado a esos dos tipos a los ojos. Cualquiera de los dos era capaz de disparar un revólver. No me hacía falta conocer los antecedentes de ambos para saberlo.

Miré a Cristian. Seguía sentado en el suelo, con el rostro deformado y su camiseta blanca decorada con un babero de sangre. Aterrado.

—Thor, y tú que pensabas que hoy terminarías la noche entre las bonitas piernas de Gabi, y mira por dónde la vas a pasar cavando un hoyo.

—Estás acabado, Rey. Te matarán —aseguró el Egipcio con un rictus retador.

—Es probable, pero tú no estarás aquí para verlo.

Tras esas palabras podría decir que todo sucedió muy rápido. En cambio, lo viví como una secuencia amarga y densa.

Rey no apartó la mirada del chico. Como si estuviese seguro de que su rostro fuese la última visión del Egipcio.

Luego un tiro.

Solo uno.

El sonido del disparo no sonó en absoluto como en las películas. Retumbó de un modo ensordecedor obligándome a taparme los oídos. Sentí el estruendo de la detonación y al mismo tiempo atisbé la figura de Rey retroceder un paso tras el impulso de la bala. Una nube producida por los componentes metálicos del proyectil y otras partículas características de la cápsula iniciadora se formó en torno a la muñeca de Rey, nublándome por unos segundos la visibilidad.

Fue solo un disparo, a quemarropa entre ceja y ceja. Suficiente para que el joven se desplomara inerte sobre el suelo y un charco de sangre viscosa formara una corona alrededor de su cabello. El traquido de los huesos del cráneo de aquel chico se quedaría por mucho tiempo en mis recuerdos más horripilantes.

El pánico me abrasó como lo haría una gigantesca llama proveniente de una potente manguera. Ahogué un profundo lamento con las manos y cerré los ojos deseando que aquello no fuese más que la peor de mis pesadillas.

Había pasado los últimos años de mi vida escribiendo sobre crímenes, y de pronto me di cuenta de dónde estaba el error: la realidad siempre sería mucho más terrorífica.

Y yo… yo ya no seguiría viva para contarla.

Cuando abrí los ojos, avizoré con horror el cuerpo sin vida de aquel chico.

Y enrollada en su muñeca, la bandana. Aquella con los colores de la bandera de Colombia y el logo de El Pollo Colombiano.

21

Un acuerdo

Mi concepto de la muerte quedó obsoleto justo en el momento en que regresé a la escena y volví a contemplar el cuerpo sin vida de ese chico. Y digo «regresar» porque, durante un tiempo que se me antojó eterno, mi mente hizo una pausa y todo lo que me estaba sucediendo quedó quieto y en silencio.

Aparté a un lado las concepciones religiosas y las teorías espirituales y fui absorbida por una desoladora energía. Percibí de una manera cruda y destructora que el acto de morir no atesoraba dulzura ni misericordia. Al menos, no de ese modo.

Rey no se movió de su lugar. Permaneció soberbio, con el arma apuntando hacia abajo y observando el cuerpo del Egipcio con aversión. Cristian continuaba sentado en el suelo, sollozando. Tenía muchas posibilidades de ser el siguiente. El resto de los tipos contemplaban circunspectos la escena, supongo que esperando las sucesivas directrices.

Miré de nuevo la bandana y recordé a aquellos chicos que destrozaron el coche de Aníbal. Estaba convencida de que el Egipcio era uno de ellos. Su estatura, su corpulencia, el tono de su voz…, el conjunto coincidía demasiado. Pero ¿qué importancia podía tener eso después de lo que acababa de presenciar?

—Dime, Gabi. ¿Es más o menos así como tu inspectora acaba con los malos? Porque, créeme, este lo era. Y mucho.

Las manos me temblaban una barbaridad. Jamás había sentido un miedo tan atroz.

—Miller es policía, no una asesina.

—¿Piensas que soy un asesino? —inquirió Rey muy serio.

No respondí. Ni siquiera respiré. Él soltó una desagradable carcajada.

—Puedes responder, muchacha. No te va a pasar nada. Me gusta tu sinceridad. Llevas razón, soy un asesino —dijo, esta vez mirando a Thor—. Esto es lo que mejor sé hacer. ¿Y sabes qué? Que no es muy diferente de lo que tú haces. Es más o menos como escribir. Lo digo por eso de que se perfecciona con la práctica —añadió moviéndose

parsimonioso para volver detrás de su mesa.

Una vez sentado, les hizo un gesto con la cabeza a sus soldaditos y estos arrastraron el cadáver del Egipcio fuera de la estancia. Me aterró pensar qué harían con él.

Pensé en la familia de aquel chico. El corazón se me encogió y refrené unas ganas tremendas de echarme a llorar.

—Era solo un niño —musité con un hilo de voz.

—¿Ese? Qué va. De niño tenía muy poco. Le he hecho un favor a la sociedad. En serio. Si crees que soy un asesino, dale gracias a Dios de no haber conocido en profundidad a ese ejemplar. Y no creas que me alegro de haberlo matado. En realidad es una pena. Lo quería en mi equipo. Siempre es bueno contar con alguien que no tenga escrúpulos. Y el Egipcio era de esa clase. El problema es que no se conformaba con trabajar para mí. Él quería quedar por encima. Y nadie queda por encima del Rey. ¿Lo entiendes, Thor?

Cristian asintió muy rápido, apartándose sangre de la nariz con el dorso de la mano.

—Bien, veo que estás más receptivo.

—Quiero marcharme de aquí —mascullé sin rodeos.

Rey dejó de mirar a Thor y se centró en mí. Suspiró de una manera sonora y se apoyó en el respaldo de su silla.

—No diré nada, se lo juro.

—Claro que no dirás nada. Eso ya lo sé.

—Entonces ¿puedo irme ya?

Mi móvil, que estaba encima de la mesa, comenzó a sonar. «Mamá», leí en la pantalla. Rey frunció el cejo al oír el extraño timbre agudo e intermitente que había instalado en el aparato y que se asemejaba a los teléfonos de oficina de los años noventa.

Quería alcanzarlo y responder a mi madre. Necesitaba oír su voz. Quizá esa sería la última vez que hablase con ella.

—Se va a preocupar si no respondo. No está acostumbrada a que llegue tarde a casa.

—Pues adelante —bisbiseó Rey acariciando el revólver y sosteniéndome la mirada—. Pero pon el manos libres.

Sabía que cualquier movimiento en falso o alguna palabra fuera de lugar me acarrearía un billete directo a criar malvas. Lo último que deseaba era terminar con el Egipcio enterrada en los cimientos de esa tétrica construcción. Así que tomé aire, me incorporé muy despacio

para alcanzar el teléfono y respondí a la llamada de mi madre.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—¿Qué tal va tu cita?

—Muy bien. Divertidísima —exhalé cerrando los ojos con fuerza.

—El chico es un bombón, ¿verdad? ¿A que es clavadito al de la Pitraky?

En ese instante me di la vuelta para observar a Cristian y este me hizo una mueca insolente que evidenciaba que debía revisarme la vista. A pesar de que el falso Hemsworth mostraba un aspecto lamentable, de buena gana le habría asestado un sopapo. Por su culpa me hallaba en ese horrible lugar.

—Sí, mamá. Es un clon.

—Uy, uy, no termina de gustarme ese tonito. ¿Qué pasa? ¿Que no te gusta?

—Mamá, no tardaré mucho en llegar. Será mejor que hablemos de esto en casa —musité mansa. No quería discutir con ella. Solo me apetecía abrazarla, siempre y cuando no volviese a mencionarme nunca más al sobrino de Vargas.

—Lo sabía. Sabía que ibas a poner pegas. Pues a este paso te vas a quedar para vestir santos. No lo entiendo. ¿No te parece guapo el muchacho? ¿Me vas a decir que el esperpento de Josema es mejor? Ese gay sacacuartos te ha cambiado. Ya no eres la misma, Gabi.

Por supuesto que ya no era la misma. Y después de esa noche jamás lo sería.

—¿Has acabado?

—Mira, da igual. Si no te gusta, pues peor para ti. Tú te lo pierdes. En realidad te llamaba para decirte que esta noche no dormiré en casa. Para que no te asustes.

—¿Qué? ¿Y dónde vas a dormir?

—No tengo por qué que darte esa información. Te recuerdo que, además de tu madre, soy una mujer adulta y sin pareja.

—Es decir, que vas a dormir con el conserje —deduje fatigada.

—Se llama Paco.

—Ya sé cómo se llama, mamá.

—Pues no estaría mal que empezaras a llamarlo por su nombre. Tu hermana María ya lo hace.

Me froté la frente nerviosa e intenté pensar con sensatez. Acababan de matar a un tipo delante de mí. Llamar a Vargas por su nombre de

pila no iba a ser el fin del mundo.

Mientras tanto, Rey exhibía una sonrisita redundante.

—De acuerdo. Si es eso lo que quieres, lo llamaré por su nombre. Espero que te diviertas esta noche más que yo.

—Seguro que sí. Me parece que eso no va a ser muy difícil. Adiós, hija.

—Adiós, mamá. Te quiero —susurré con los ojos empañados en lágrimas.

Mi madre colgó antes de oír las dos últimas palabras.

Dejé el teléfono encima de la mesa y retrocedí unos pasos.

Cristian me obligó a girarme.

—¿Tu *mare e* la novia de mi tío? —preguntó sorprendido.

—No es su novia —respondí con mala leche.

—¿Ah, no? Si ya duermen *junto*, entonces ¿qué son?

—¿Puedes cerrar el pico, por favor? Te pareces más a Thor con la boquita cerrada.

—Vete a la mierda, gafota.

En ese instante atisbé que Rey hacía otro ligero gesto y el tipo situado tras Cristian le atizó una colleja que agradecí infinitamente.

—¡Cállate! —le ordenó.

Por fortuna, Cristian no volvió a articular palabra.

Me pincé el puente de la nariz con la esperanza de poder despertar de esa pesadilla. Rey me contemplaba con un aire cercano a la compasión.

—Me caes muy bien, muchacha. Y eso no suele pasarme a menudo.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Bueno, mujer, muy bueno. El Egipcio, en cambio, me caía fatal.

—No me diga.

—Y Thor… Con Thor tengo sentimientos encontrados.

—Que alguien le caiga mal no es un motivo suficiente para matarlo.

—Fíjate, en eso no estoy de acuerdo contigo. Si acabásemos con todas las personas que nos caen mal, el mundo iría mucho mejor, ¿no crees?

—Eso es una estupidez.

—No, no lo es. Hablo desde un punto de vista objetivo. Creo que no me estás entendiendo.

—Me temo que no.

—Siéntate, por favor —me pidió señalando el taburete.

Acaté la orden y tomé asiento de nuevo.

Él juntó las manos encima de la mesa y se incorporó un poco para retomar la conversación.

—Imagina un día cualquiera. Te levantas por la mañana, desayunas con tu familia y sales a la calle a hacer algunos recados. De pronto entras en el banco para emprender alguna gestión y te encuentras con una persona desagradable que ni siquiera te da los buenos días a pesar de que tú intentas ser amable. Una mujer, tal vez, que debería atenderte con educación, pues estás confiando tu dinero en esa sucursal, pero no, *amabilidad* es una palabra que desconoce. Luego sales de allí y vas a una administración a poner en orden, qué sé yo…, una documentación. Entonces te topas con otro funcionario hastiado, vago e incompetente. Un tipo que seguramente ocupa el puesto por enchufe, ya que carece de los requisitos que se necesitan para ese trabajo. Y, para colmo, su manera de hablarte y dirigirse a ti es peor que la de la mujer del banco.

Rey alcanzó su cerveza y bebió un largo trago. Me pregunté adónde demonios pretendía llegar con aquel argumento.

—A continuación te encaminas a coger el bus y el chófer se marcha de la parada aun habiéndote visto correr para cruzar la carretera. Pero ha decidido que es mejor no esperar dos segundos más, solo porque no le da gana. Y así todo el día. En el supermercado te atiende una cajera borde y gorda que huele a sudor y ni siquiera hace el intento de ayudarte a meter la compra en las bolsas. Piénsalo…, al acabar el día, ¿cuántas personas te han caído mal? Ahora imagina ese mismo día si pudieras eliminar de la ecuación a esa gentuza. ¿Me vas a decir que el mundo no iría mejor sin esa clase de individuos? Sin ese tipo de personas que cruzan despacio los pasos de peatones solo para joder.

—Esa reflexión es muy fatalista —refunfuñé. Aunque, a decir verdad, lo de los pasos de peatones era algo que tener en cuenta.

—Qué va, Gabriela. Es la pura realidad. El mundo está lleno de personas innecesarias. Y no me refiero solo a los funcionarios —declaró riendo—. El Egipcio era una de ellas. ¿Cómo sería para ti ese mismo día si pudieses meterle un tiro entre ceja y ceja a la tipa del banco, al funcionario inepto, al chófer amargado y a la gorda del supermercado? Admítelo, sería liberador.

—Es posible, pero las cosas no funcionan así, y usted mejor que

nadie lo sabe. No podemos matar porque sí a las personas que nos caen mal. Todos nuestros actos tienen consecuencias.

—Lamentablemente cierto, muchacha. Todos nuestros actos tienen consecuencias.

Me observó en silencio unos segundos, escrutando mi rostro, y luego abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un paño con el que limpió su arma. Le quitó el cargador ante mi atenta mirada y continuó limpiándola, supuse que eliminando cualquier rastro de huellas.

El miedo me recorría las arterias.

—Dejaré que te vayas —afirmó abrillantando el revólver ya descargado—. Pero antes quiero que hagas algo.

—¿El qué? —balbuceé asustada.

Se puso de pie y se plantó delante de mí ofreciéndome la pistola por el mango. Supe de inmediato lo que pretendía. Si cogía el arma, mis huellas quedarían en ella.

—No quiero cogerla.

—No es una opción, Gabriela. Como bien dices, todos los actos tienen consecuencias. Esta noche aceptaste una cita con un tipo que no conocías de nada y has acabado aquí, presenciando un crimen. Si quieres salir de esta habitación con vida, tienes que sujetar el arma.

—No diré nada. Por favor, no me haga esto.

—Cógela y apunta a Thor.

Mi parálisis lo obligó a alzar la barbilla y llamar a uno de sus secuaces. El chico flacucho extrajo una navaja de uno de sus bolsillos traseros y se aproximó a mí. Me incorporé como acto reflejo y alcé las manos. Antes de que pudiera darme cuenta, la hoja del cuchillo me presionaba el costado. Cualquier movimiento en falso me costaría la vida. Morir apuñalada sería mucho peor que con una bala en el cerebro, ¿no?

—Por favor —supliqué.

—¡Cógela! —gritó Rey muy cabreado.

—Está bien, está bien.

Cerré los ojos.

Mi vida cambiaría para siempre si accedía a dejar mis huellas en el arma. Pero ¿acaso podía elegir?

Cuando volví a abrir los ojos, llené de aire mis pulmones.

Levanté los brazos y empuñé la pistola.

Tras ese acto ya no sería la misma. Claro que no.

—Con las dos manos —me ordenó.

El frío acero me traspasó la piel de las palmas y de los dedos. Y la sensación fue terrorífica y estimulante en la misma proporción.

La adrenalina transitó por mi cuerpo y a aquella mezcla de horror y asombro se unió una poderosa y desconocida fascinación.

No entendí qué fue lo que sucedió, pero de repente, allí de pie, sujetando ese revólver, dejé de ser Gabriela Solari. Ni siquiera la presión de la punta de la navaja en el costado me amedrentó. El acero se extendió por mis brazos y puse el dedo en el gatillo. Lo sostuve del mismo modo que lo hacía Miller. Tantas horas documentándome sobre cómo empuñar un arma y la impresión era mucho más apoteósica y electrizante de lo que había imaginado.

—Apúntale —articuló Rey colocándose detrás de mí y refiriéndose a Thor—. Y ahora dile lo que piensas de él realmente.

Tragué saliva.

Cristian me contempló con su cara de pánfilo.

La verdad le haría daño, sin embargo, debía oírlo. Alguien debía decírselo.

—Yo…, bueno, no quiero que te lo tomes a mal, pero…

—No, no, no, chica. Tienes un arma entre las manos, no puedes hablar como si estuvieses pidiendo perdón. No eres tú la que debe disculparse por nada. Recuérdalo.

Cuadré los hombros tomando aire. Cristian puso los ojos en blanco y aquella expresión suya me irritó.

Mi atención se centró en el arma. Su poder me embriagó. Y las palabras brotaron de mis labios.

—Por tu culpa estoy en este horrible lugar. Te pedí que me llevaras a mi casa cuando salimos de ese cochambroso restaurante chino, pero te pasaste mi súplica por los huevos. Y mírame ahora. Tengo que decirte lo que pienso. Así que… ahí va.

Dudé unos segundos, pero el frío acero del revólver me alentó a continuar.

—No te pareces en absoluto a Chris Hemsworth. Es necesario que sepas, por tu bien, que ese hombre y tú no tenéis nada en común. Para empezar, porque él mide casi dos metros de altura y tú, bueno, tú…, bastante menos. Además, no sé si fue idea tuya lo de hacerte esas ridículas mechas, pero, Cristian, debes saber que te quedan fatal. Por otro lado, eso que tienes en los brazos y que llamas músculos da

mucha grima. En serio. No eres un tipo musculoso. Ni guapo. Y no es que eso sea malo. Pero es que ni siquiera eres gracioso. Y lo peor de todo es que crees que sí.

Cristian masculló algo. Aun así, no me amilané.

—Para que entiendas lo que pretendo decirte, si tú te pareces en algo al marido de Elsa Pataky, yo soy Jennifer López en la Super Bowl. ¿Lo comprendes? ¡Ah! Y por si tampoco te lo ha dicho nadie, debes limpiar el taxi. Es peligroso para los pasajeros.

A esas alturas, el falso Hemsworth no pudo contener el impulso de insultarme. No obstante, su centinela volvió a asestarle otra colleja.

—Creo que es suficiente —carraspeé turbada.

—Muy bien, Gabriela —exclamó Rey aplaudiendo y riendo—. ¿A que es liberador?

Lo cierto era que sí.

Asentí y bajé el arma despacio. Él me la quitó y la envolvió en el paño.

—¿Puedo irme ya? —volví a preguntar.

—Claro. Uno de los chicos te acompañará a la puerta —dijo dirigiéndose a la mesa para guardar la pistola en el cajón.

A continuación cogió mi bolso y rebuscó en su interior hasta hallar mi documentación. Sostuvo el DNI sin intención de devolvérmelo.

No dije nada. Lo único que anhelaba era salir de allí con vida.

—Bueno, Gabi, antes de que te vayas, necesito advertirte de algo. —Hizo una pausa mientras se acercaba un poco más a mí y me ofrecía el bolso—. Sé que eres una chica lista. Me lo has demostrado hoy. Lees mucho, por tanto ya sabes lo que pasa en las historias donde la gente se va de la lengua, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, creo que esa parte está resuelta.

—¿Qué pasará con él? —pregunté refiriéndome a Cristian.

—Estará bien. Ahora trabaja para mí. ¿Verdad, Thor?

Este afirmó con la cabeza, acobardado.

—Por favor, no le haga daño.

—Que no, mujer, tranquila.

El tipo escuálido me agarró del codo. Mi presencia allí había llegado a su fin. Temí que me estuviesen engañando y quisieran matarme.

—Aunque, Gabriela, a ti también quiero encargarte un trabajo. No

es muy complicado.

—¿A mí? ¿Qué trabajo?

—Me has despertado la curiosidad por esa trilogía que estás escribiendo. Quiero leerla.

Una punzada intensa y dolorosa me golpeó las sienes. La ansiedad transitó por mis huesos.

—¿Qué? Pero si aún no la he acabado.

—Bueno, has dicho que te falta muy poco, ¿no?

—Ya, pero…

—Pero ¿qué? Me estás pidiendo que no le haga daño a tu amiguito. Tendrás que compensarme con algo. Todo tiene un precio, querida Gabi.

Esa frase trajo a Aníbal a mi mente.

De pronto, deseé transportarme a aquella playa. Pasear a su lado. Charlar de cosas triviales. Ser normal, y no un imán de desdichas.

—Yo…

—Vamos, solo quiero leerla. Deberías alegrarte. ¿Acaso no es eso lo que más anhela un escritor? Ser leído.

De nuevo, todo se detuvo. Rey se acarició la barba lentamente. Como en cámara lenta. Sonrió y su sonrisa congeló mi sangre. Si el demonio tenía rostro, debía de ser muy similar a ese.

Mi respiración seguía siendo el único y aterrador sonido en esa áspera penumbra.

—Lo dejaré leer la primera parte mientras finalizo el resto, ¿le parece?

—Estupendo.

—¿Quiere que le traiga el manuscrito… aquí? —pregunté confusa.

—Claro que no. No volverás a este lugar jamás.

—¿Entonces? ¿Cómo…?

—Yo me encargaré de que llegue a mi poder. Tú ten esa primera parte preparada y ve escribiendo lo que falta. No debes preocuparte por nada más. Ahora Nico te acompañará a la salida. Ha sido un placer conocerte, querida Gabi —dijo extendiendo el brazo para darme un apretón de manos.

Extendí la mía. El tacto rugoso de sus dedos y su palma sudorosa me desagradó.

—Tenemos un acuerdo, muchacha. No me falles.

Asentí muda. Y él no dijo nada más. Dio por finalizada mi estancia

allí.

Una fuerza invisible me obligó a mirar a Thor. Este me devolvió una mirada suplicante.

¿Rey quería leer mi manuscrito a cambio de no matar a Cristian? ¿Era ese el acuerdo?

Nico, el flacucho, me agarró del brazo de una forma poco amigable y me condujo a través de esos oscuros pasillos.

Oí las voces amortiguadas de aquellos chicos advirtiéndome que no desafiara a Rey. Fotografié en mi mente lúgubres secuencias a medida que descendía y trataba de escapar de una vez por todas de ese lugar endemoniado. El corazón me latía vigoroso y las piernas me soportaban a duras penas.

Fui empujada fuera del edificio sin remilgos. Y mi cuerpo deambuló calle abajo aterrorizado.

Me alejé lo suficiente para recobrar la conciencia y darme cuenta de que me hallaba sana y salva. Entonces me quité los zapatos y corrí. Troté sin rumbo, por la zona residencial de Bahía Blanca. Vestida con aquel estúpido traje de chaqueta para entrevistas y con el bolso pegado al pecho.

Sola, sin documentación. Amenazada, indefensa y rota.

Corrí hasta que mis pulmones gritaron basta. Que no fue demasiado, pues, como ya he dicho, el deporte y yo no intimábamos lo suficiente. Me detuve en el foso de las Puertas de Tierra y dejé caer la espalda en una de las paredes de piedra ostionera. Vomité el arroz tres delicias y la mitad del aceitoso rollito de primavera que me había comido en el restaurante chino.

En mi cabeza, un fatídico croquis:

Rey había matado a un chico.

Mis huellas estaban en el arma homicida.

Rey dejaría vivir a Cristian a cambio de leer la historia de Miller.

Una historia inacabada.

22

Otra condición

En el salón de mi casa había una foto que nos hizo mi padre al año de nacer María. En ella salíamos retratadas mis hermanas y yo. Las tres sujetábamos unos peluches de animales que él nos había regalado de pequeñas. Raquel tenía dieciséis años, yo trece y María solo un añito.

María, situada en el medio, sujetaba un bonito dálmata con el que dormía todas las noches. Raquel abrazaba al que había sido su juguete favorito: su león marrón y amarillo, al que le faltaba un ojo. Y yo achuchaba sonriente mi elefante gris con las orejas celestes. Nuestras sonrisas delataban una felicidad inmensa. La felicidad plena de cuando eres pequeña y nada te preocupa.

Crecí contemplando esa fotografía. A papá le encantaba. Estaba enmarcada en un portarretratos pequeño, del tamaño en el que se había impreso la foto, y permanecía en una mesita auxiliar cercana al sofá.

Una noche, acurrucada junto a él, alcancé el marco y contemplé la instantánea. Se me ocurrió preguntarle por qué nuestros peluches eran distintos. Pensé que me diría que los había comprado al azar, que no tenían ningún significado especial, pero él sonrió cuando le planteé la cuestión.

—Has tardado mucho en hacerme esa pregunta.

Luego me quitó el marco de las manos y señaló a Raquel.

—Ella es una leona, Gabi. Mírala. Es fuerza y valor. Lo supe nada más verla. Es leal, tiene coraje y una energía inmensa. Asegúrate de tenerla siempre cerca. No importa lo testaruda que pueda resultar a veces, debes mantenerla a tu lado.

A continuación, sus dedos acariciaron el rostro aniñado de María.

—María es dócil como un dálmata, honesta y bondadosa. Es pequeña aún, pero irradia luz y con el tiempo se convertirá en tu mejor amiga. Ya lo verás.

—¿Y yo soy un elefante? —indagué mirándolo con cariño. Me intrigaba mucho su argumento.

—Exacto. Tú eres la chica elefante, Gabi —aseguró convencido de

su teoría—. No te asusta la soledad, eres inteligente, honrada y más fuerte de lo que crees. Posees un poder que desconoces, hija. Con tu serenidad y paciencia conseguirás todo lo que te propongas. Tienes el cerebro y el corazón grande, como un elefante —sonrió besándome la frente—. No te hace falta nada más para ser feliz.

Años más tarde me pidió que le llevase esa fotografía al hospital. Fue el día que los médicos nos comunicaron que la metástasis le había alcanzado el hígado y los pulmones, originada por un tumor primario en el colon. Maldita enfermedad.

—Solo os necesito a vosotras —bisbiseó con una mirada serena.

La muerte de mi padre fue triste. Mucho. Siempre que muere un ser querido lo es. Pero sé que él murió en paz. Y lo sé porque nos transmitió armonía mientras se apagaba.

—No me da miedo morir. He tenido cuanto deseaba. Solo me ha faltado un hijo. Y Dios puso en nuestro camino a David. Me siento afortunado, hija. Da las gracias siempre, hazlo hasta el final. Hay que ser agradecidos, Gabi. Solo así la vida te compensará.

*

La noche que murió el Egipcio, de camino a casa, por la Cuesta de las Calesas, pensé en mi padre. En sus palabras antes de morir. Lloré desconsolada recordándolo, presa de un ataque de nervios. ¿Quizá había dejado de resultarme la muerte un acto de sosiego?

No conseguía quitarme de la cabeza la expresión de aquel chico. El sonido de la bala atravesando su cráneo. Estaba aterrada.

La oscuridad nunca me había asustado, pero en cuanto entré en mi casa encendí todas las luces. Me hallaba sola, y aquella soledad sí me causó pavor. Temí que mi sistema nervioso quedara dañado para siempre. Di vueltas por el pasillo intentando calmarme. Hasta ese momento había creído que mi deuda con los colombianos era lo peor que me podía suceder. Sin embargo, había averiguado que me encontraba en una tesitura mucho más complicada.

Acababa de presenciar un crimen y mis huellas aparecerían en el arma. Por otro lado, Cristian aún estaba bajo la custodia de ese tipo. ¿Qué pasaría con él de no entregarle mi manuscrito a Rey? ¿Cumpliría su amenaza? Corrí al baño y vomité otra vez.

Me debería haber tomado algún ansiolítico para dormir e intentar

apartar de mi mente el horror que había presenciado. Pero a esas alturas ya había asumido que nada de lo que me sucedía era normal. Opté por una tila. Mi estómago lo agradeció.

Quizá sentarme a escribir tras lo ocurrido, visto desde otra perspectiva, habría resultado impensable. Quizá actué de un modo frívolo. No obstante, fue lo único que me calmó, además de una ducha larga en la que volví a llorar y a lamentar mi mala suerte.

Con la toalla enredada alrededor del cuerpo, entré en mi habitación y atisbé el portátil sobre el escritorio.

Tal vez yo no sabía cómo salir airosa de esa cadena de adversidades, pero ¿y si Miller era capaz de encontrar una respuesta? ¿Y si ella, con su ingenio, su perspicacia, su sentido de la coherencia y su valentía lograba transformar ese miedo en ventaja? ¿Podría su historia reconducir la mía?

Si no salía viva de la fragosidad en la que me encontraba, ella debía hacerlo por mí.

Poseída por una lujuria sobrehumana, mis dedos transcribieron el cúmulo de sensaciones que había experimentado. Trasladé al documento que apareció en pantalla la furia y la impotencia que provocaba la violencia injustificada. El rostro del Egipcio no se alejó de mi mente. El sabor amargo de la muerte. Su olor. Su cariz. La frialdad en la mirada de Rey. La corrupta y vergonzosa lascivia que el acero de ese revólver había despertado en mí. Todo ello se magnetizó en la crónica de Miller de un modo casi infame.

Se podría decir que no fue lícito lo que hice. Que, tras presenciar un crimen, debería haber acudido a la policía en vez de verter aquella rabia en mis escritos. Pero juro que lo único que intentaba era hallar una salida.

*

María entró de madrugada en la habitación y me sorprendió absorta en mi mundo paralelo.

—¿Aún estás escribiendo? —bostezó, cargando con una mochila con libros.

Había estado estudiando en casa de una compañera de la universidad. O al menos eso fue lo que dijo. Aunque yo me decanté por pensar que María pasaba más tiempo del que decía con ese amigo

suyo universitario que ya nos había mencionado.

No tardó mucho en ponerse el pijama, lavarse los dientes y meterse en la cama. Me interrogó acerca de la cita con el sobrino de Vargas y mis respuestas fueron escuetas. Procuré, eso sí, resultar convincente. Le esclarecí que salir con Cristian me había ayudado a desconectar, pero que el chico no me interesaba como pareja. De ese modo conseguí esquivar el interrogatorio. Además, me pareció más persuasivo abordar el asunto de que mamá estuviese en el lecho del conserje.

—No le des más vueltas, Gabi. Déjala que se divierta.

—Lo intento, pero es que no veo a mamá con ese hombre. Creo que es un error.

—Bueno, de los errores también se aprende. Eso dicen los escritores —bromeó ella.

Volvió a bostezar y comentó que se encontraba agotada. Le pregunté si el sonido de las teclas le molestaba para dormir y ella me dijo que no.

—Me relaja —murmuró con los brazos bajo la nuca y contemplándome presta desde su posición.

Temí que pudiese descubrir que no me encontraba bien. Ocultar que esa noche había presenciado un asesinato fue más difícil de lo que imaginaba.

—Puedo irme al salón, si así duermes mejor.

—No. De verdad, quédate.

Tras un largo silencio, ella articuló:

—Me gusta que estés en casa, Gabi.

La luz del flexo de mi escritorio nos permitió observarnos en aquella habitación en penumbra.

—A mí también me gusta —confesé con sinceridad.

Lo cierto es que había pasado mi niñez y mi adolescencia compartiendo habitación con Raquel y siempre habíamos tenido discrepancias. Pero con María todo era distinto. Ella jamás se enfadaba. Papá no se había equivocado. María irradiaba luz y serenidad. Algo que yo necesitaba con todo mi corazón.

—¿Tan importante es escribir para ti? —preguntó con una suave caída de ojos.

—Mucho —exhalé.

—Pues no dejes de hacerlo. Mamá lleva razón, últimamente estás

muy rara. Pero cuando estás delante de ese ordenador vuelves a ser tú. No dejes de hacerlo. A papá le gustaba que escribieras. Buenas noches, Gabi —dijo girándose y abrazando la almohada.

—Buenas noches, María.

*

Puse el punto final a ese capítulo a las seis y media de la mañana. El cuello me dolía a rabiar, y me froté las lumbares intentando encontrar consuelo. La temprana claridad asomó intrusa por las ranuras de la persiana. Dejé las gafas junto al portátil ya cerrado y miré dormir a María. Sentí envidia sana. Hacía bastante tiempo que yo no dormía en paz, y mucho me temía que, mientras mi vida continuara con semejante rumbo, no recuperaría el sueño perdido.

Abrí el cajón de la mesa y contemplé el sobre con el dinero que Aníbal me había dado. Había llegado el día de entregarles los mil euros a los colombianos.

Pero ¿y si no lo hacía? ¿Qué represalias tomarían? Esa posibilidad quedaba descartada.

Debía encontrar el modo de contárselo todo a Raquel. La muerte del Egipcio, lo de esos delincuentes colombianos. Todo… ¿Podría ella ayudarme? ¿No me metería, si lo hacía, en un problema mayor? Rey había sido bastante explícito…

Me tumbé en la cama agotada, con la esperanza de dormir un poco. Pero el volumen de la televisión de la señora Astor y su peculiar juerga pornográfica pusieron el remate a la macabra velada. Así que, tras mucho pensarlo, decidí hacer algo que no sabía si serviría de mucho. Me incorporé un poco y alcancé de nuevo el ordenador. Abrí un documento nuevo y lo titulé «Raquel». Si me sucedía algo en adelante, mi familia tenía que conocer la verdad. Y escribirlo fue la mejor manera que hallé para explicarme. Me sinceré de una manera desgarrada y guardé esa carta junto a mis otros escritos. Ambicioné que jamás llegara a manos de mi hermana. Intentaría que mi destino no se truncara antes de que eso sucediera, pues esa carta también hablaba de mis sentimientos hacia Aníbal y de cosas del pasado que nunca me había atrevido a expresar abiertamente.

Horas más tarde, con los ojos inyectados en sangre como consecuencia del agotamiento y la angustia, me vestí y saqué el sobre

con el dinero del cajón. Fue entonces cuando oí un wasap en mi móvil. Me acerqué a la mesilla de noche temiendo que el mensaje fuese amenazador, pero en vez de eso me encontré con uno de Aníbal.

Hola, Gabi. Me gustaría que
te pasaras por mi despacho
cuando tengas un hueco.

Sostuve el teléfono y cerré los ojos. Echaba de menos a Aníbal. Me sentía afligida, y comprendí que lo único que me apetecía era estar a su lado. Pero antes…

De acuerdo. Hoy tengo
que hacer unos recados, pero en cuanto acabe te llamo.

Estupendo.

Por un momento se me pasó por la cabeza que esos tipos me hicieran daño. Que no se conformaran solo con el dinero. ¿Y si no volvía a ver a Aníbal nunca más? ¿Era buena idea presentarme sola en el asador de pollos? No, claro que no lo era.

Quiero que sepas que te agradezco mucho todo lo
que haces por mí.

Ya me diste las gracias anoche.
¿Qué tal te fue con el taxista?

Su pregunta provocó que mi espalda se contrajera.

¿Cómo sabes que es taxista?

Raquel y David son buenos
dando información.

Raquel y David son dos cotillas.
Y tú otro. La cita
fue un desastre. Pero
gracias por preocuparte.

Vaya. Te diría que lo siento mucho, pero te estaría mintiendo.

Bueno, no se te da mal.
Lo de mentir, digo.

Hay muchas cosas que se me dan bien.

«Menudo fanfarrón», pensé.

Sí, entre ellas, fardar.

No me gusta ese verbo.

¿Te gusta más *presumir* o *chulear*?

Tardó unos segundos en responder.

Si vamos a hablar de verbos, será mejor que lo hagamos cara a cara. Solo así te diré cuál es el que de verdad me gusta. Espero tu llamada, Gabi Gafitas.

Negué con la cabeza y me di cuenta de que sonreía. Bloqueé el teléfono y lo guardé en el bolso.

Regresé al nefasto presente y miré el reloj. A las doce y diez de la mañana cerré la puerta de casa. Mi madre aún no había vuelto. Sin

embargo, a medida que bajaba los escalones, oí voces en el portal. No estaba preparada para encontrármelos ¡¡¡haciendo manitas!!!

Carraspeé anunciando mi presencia y mi madre retrocedió un paso sorprendida.

—Hola, cariño.

Me fijé en su cabello, un tanto despeinado por la coronilla, y el maquillaje de sus ojos difuminado. Al parecer, yo no era la única que había pasado la noche en vela.

—Hola, mamá —respondí escrutándola sin ocultar mi desaprobación a su comportamiento.

Vargas se frotó la nuca con una media sonrisita irritante.

—Señorita Gabi, ¿qué tal le fue anoche con mi sobrino? No paro de llamarlo, pero no me coge *er* teléfono. Carmen, me *parese* a mí que estos *do* también han *trasnochao*…

—¿Sí, Gabi?

Su comentario me enervó; sin embargo, el hecho de que Cristian no respondiera al móvil me hizo olvidarme de lo demás.

—¿No le coge el teléfono? —pregunté preocupada.

—*Po* la *verdá* es que no. Es raro, porque *er* niño siempre me contesta a las *llamada*, pero claro, si *ustede* estuvieron hasta tarde *junto*, *iguá* está durmiendo todavía.

—Por favor, ¿puede llamarlo otra vez? —insistí dando un paso más hacia ellos.

—Uy, uy, está *preocupá*. Carmen, ya te dije que mi sobrino le iba a *gustá*. Si es que donde se ponga mi Thor con su martillo…

—Ay, Gabi, qué alegría —exclamó mi madre acariciándome el brazo y dando por hecho que el conserje llevaba razón.

Le lancé una mirada fulminante que ella ignoró por completo. Su estado de reciente enamoramiento no le permitía apartar la atención de Vargas.

—Claro que sí, *shiquilla*. Yo lo llamo ahora mismito. Mírala, *colaíta* por *er* niño.

Mientras el conserje sacaba su arcaico teléfono del bolsillo trasero de su pantalón, marcaba el número de Cristian y oía los tonos sin que fuesen respondidos, continuó parloteando estupideces sin ton ni son, como por ejemplo que los músculos de su sobrino eran envidiables y que programar una cita los cuatro sería una idea fabulosa.

Mi madre avaló su propuesta, cómo no. Y, claro, mi careto no

podía ocultar que deseaba estrangularlos a ambos. Aun así, no me quedó más remedio que disimular. ¿Cómo iba a explicar, si no, aquella preocupación por el falso Hemsworth?

—Qué va… No lo coge. Pero no te preocupe, *mujé*, que en cuanto me devuelva la llamada le digo que te llame.

—Gabi, pero ve poco a poco con él, que luego te ilusionas y lo das todo. Mira lo que te ha pasado con Josema.

—Por favor, siga insistiendo —le rogué quizá más acongojada de lo normal y desatendiendo a mi madre. Era lo mejor para mi salud mental.

Vargas achicó los ojos estudiándome y asintió despacio.

Así que escapé de la charlatanería de la feliz pareja preocupada por Cristian y fui directa hacia el asador de pollos.

*

Veinte minutos más tarde me situé en la esquina de la calle Brasil. Me ajusté el bolso al hombro, asegurándolo. Las pulsaciones se me dispararon al recordar el episodio del secuestro y recé al cielo para que ese dinero pusiera punto final a mi relación con esos tipos.

Me dolía la cabeza de tanto pensar y de la falta de sueño, pero ya no podía seguir con ese sufrimiento. A pesar del miedo, me dirigí hacia la puerta con decisión.

En cuanto me planté frente al establecimiento me di cuenta de que las cosas seguían igual en el negocio. La imagen no se diferenciaba en absoluto a la de la última vez que había estado allí, así como ese olor a fritanga rancia que lo impregnaba todo. Y tras el mostrador, toqueteando su teléfono y mordiendo un palillo de dientes, se encontraba ese hombre que se parecía muchísimo a Mariana. Lo bauticé en mi mente como Marianito. Tras él, dos pollos con un aspecto lamentable daban vueltas muy despacio.

—Pero bueno, si es nuestra amiguita. Pasa, pendeja. Has traído la platica, ¿verdad?

—Claro —susurré cohibida.

—Buena chica —añadió riendo. A continuación soltó su teléfono y se dirigió hacia la puerta que daba acceso al almacén.

Abrió solo unos centímetros. Pensar en entrar otra vez en ese cuartucho me puso los vellos de punta.

—Emi, ha venido nuestra amiga.

Jaramillo, vestido con la misma ropa o similar y con su porte de malhechor, asomó la cabeza y me escrutó.

—Vaya, vaya. Pasa, muchachita. No te quedes ahí —dijo dándole una calada a un cigarrillo.

Entré asustada pero con la convicción de que todo iría bien. Ese día había más luz en el interior y Camilo se hallaba ordenando unas estanterías. Me dio la impresión de que habían adecentado el habitáculo. Solo un poco, claro. Al menos, aquella mesa que con anterioridad contenía trozos de pollos descuartizados estaba limpia. En su lugar había dinero. Bastantes fajos enrollados con gomas. Me pregunté cómo habrían conseguido semejante cantidad.

—Siéntate —me ordenó Jaramillo señalando la silla a la que me habían atado.

—No, gracias. Prefiero quedarme de pie.

—Como quieras, *parce*. ¿Dónde está la plata?

—Aquí —respondí quitándome el bolso del hombro y mirando de un lado a otro.

Jaramillo me lo arrancó de las manos y hurgó en su interior. Primero sacó mi móvil y le echó un vistazo rápido. No tardó mucho en encontrar el sobre.

Una sonrisa de oreja a oreja se reflejó en su rostro en cuanto comprobó que el dinero estaba allí.

—Qué berraca, nuestra amiga, Camilo. Ha traído toda la platica.

—Bien hecho, chica —comentó Camilo en cuclillas, colocando unas botellas de cerveza en uno de los estantes.

Mis ojos fueron directos a la parte baja de su espalda, y no porque la imagen fuese agradable. Todo lo contrario. A Camilo los pantalones se le habían bajado lo suficiente para dejar al descubierto un vello rizado oscuro y repulsivo. Sin embargo, no pude evitar fijarme en un agresivo tatuaje que le cubría la zona del coxis, en el que intenté leer una palabra extraña. Supuse que mi atención en ese dibujo, que me pareció muy curioso, tan solo se debía a mis ganas de empezar a trabajar con Lidia en el estudio de tatuajes.

—Qué chepa que vinieras a visitarnos con tu abuelita, pendeja —recitó Jaramillo con los billetes en la mano.

Un profundo malestar me embargó. Ese dinero era de Aníbal y no tenía ni idea de cuándo podría devolvérselo.

—Sí, ya.

Seguí barriendo la estancia. Buscaba desesperada mi manuscrito. Pero lo único que veía eran palés de madera sucios y cajas por todas partes.

—Sentimos mucho si te asustamos. Pero no era nuestra intención.

—Ya les he pagado. ¿Van a devolverme mi manuscrito?

—¿Tu qué?

—Mi manuscrito. Mi novela. Ustedes se quedaron con un cuadernillo que es mío. ¿No lo recuerdan?

—Que sí, *güevona*. Era una broma —exclamó Jaramillo dándome un empujoncito en el hombro.

Por supuesto, no me reí.

—¿Dónde pusiste el librito, Camilo?

—Creo que lo dejé encima de aquellos cajillos —respondió este señalando al fondo una pila de cajas de refrescos vacías.

Jaramillo se encaminó a buscarlo mientras el pulso me temblaba muchísimo.

En ese instante, Camilo se puso de pie, hurgó en sus bolsillos y sacó un paquete de tabaco. Se encendió un cigarrillo sin apartar los ojos de mí y luego me ofreció uno.

—No, gracias.

—Te agradecemos mucho tu colaboración, muchacha. ¿Cómo está tu sobrino? ¿Lo ayudaste con ese asunto de los preservativos?

—Ehh, sí, sí.

—Muy bien. Está en una edad complicada. Tienes que ser comprensiva. No es fácil para los chicos de esa edad tener el pene pequeño.

Fruncí el cejo. ¿Íbamos a hablar de penes?

Mientras tanto, Jaramillo apartaba algunas cajas buscando mi manuscrito. Cerré unos segundos los ojos, rezando para que lo encontrara. Deseaba marcharme de ese lugar para siempre.

Camilo cambió de tema cuando percibió en mi expresión que su comentario me había incomodado.

—Es difícil ser autónomo en este país, ¿sabes?

—Sí, ya veo —repliqué dirigiendo mi mirada hacia el dinero que había encima de la mesa.

—¿Eso? No nos queda más remedio que recurrir a otros negocios. Tienes que entender que para nosotros no es agradable… esta

situación…

—¿Qué situación? ¿La de secuestrar a una persona inocente, intimidarla y robarle?

Él guardó silencio. El humo de una de sus caladas me acarició el rostro.

—Cuidado, *güevona*. Estamos intentando ser buenos. Además, recuerda que la primera en robar fuiste tú.

—Oigan, ya les expliqué que yo no hice nada. Fue… mi abuelita —tartamudeé pensando en Asunción.

—Sí, sí, claro.

—Aquí está —vociferó Jaramillo con el cuaderno en la mano.

Me lancé desesperada a cogerlo.

—¡Qué pendeja! ¿Ves? Somos gente de fiar.

No presté atención a sus palabras. Tan solo abrí el manuscrito y revisé que no le faltara ninguna hoja. Las valiosas anotaciones de Aníbal permanecían allí. Podría haber acabado la trilogía de Miller sin ese manuscrito, pero una vez lo tuve en mis manos sentí que esos cambios le darían la vuelta a la historia.

Los dos tipos me contemplaban atónitos.

Lo cerré nerviosa y lo apreté contra mi pecho.

—He cumplido con el trato. ¿Me dejarán en paz?

—Claro, mujer —aseguró Camilo con el cigarrillo colgando de sus labios—. Solo necesitamos una última cosita.

—¿El qué? —pregunté aterrada sin moverme de mi sitio.

Jaramillo se había sentado sobre un barril de cerveza y Camilo, mientras tanto, se giró para coger algo de la parte superior de la estantería que tenía a su espalda.

Me enseñó el dichoso libro de Cecilia Rock.

—Dijiste que conocías a esta pelada, ¿no? Nos contaste que te había levantado el novio.

—No me levantó nada. Me hizo un favor.

—Bien, porque ahora debes pedirle otro.

—¿Cómo dice?

—Verás, *güevona*, mi Mariela es muy fan de esta chiquita.

—¿Su qué?

—Mi Mariela, pendeja. Mi hija de once años. Le encanta esta *youtuber*. Y sería estupendo que tuviese su libro firmado para su cumpleaños, que es el mes que viene. Tú la conoces. Podrías hacer que

te lo firmara con una bonita dedicatoria. ¿Sí?

—¡¿Qué?! ¿Se han vuelto locos? ¡No puedo hacer eso!

—Sí que puedes, niña.

—No, no puedo. Eso es… humillante. No pueden pedirme que haga eso. Les he traído el dinero. Pero no pienso pedirle nada a Cecilia. Y aunque se lo pidiera, no me haría ese favor. Me odia. Además, ella vive en Madrid y yo…, yo soy la exnovia de Josema. Maldita sea, eso es horrible. De hecho, ese libro es… una mierda. ¿Por qué no le dice a su hija que lea cosas interesantes en vez de los consejos vacíos de una *youtuber*? Hay millones de libros que pueden convertirla en una persona decente. Y, créame, con la familia que tiene le va a hacer falta leer algo más que un puñado de páginas sin sentido.

—Nos está insultando, ¿verdad? —inquirió Camilo mirando a Jaramillo.

—Lo siento, lo siento mucho. No pretendía insultarlos —comenté amedrentada.

—Escúchame, *cansona* —vociferó esta vez Jaramillo poniéndose en pie.

Se sacó del bolsillo trasero del pantalón una navaja que abrió con un movimiento rápido de la mano. Tan rápido que, cuando quise articular otra palabra, la punta me presionaba la parte baja de la barbilla.

—No te lo estamos pidiendo. Queremos el libro firmado por esa mamona cuanto antes. ¿Lo pillas?

—Sí, sí, lo pillo —bisbiseé sin parpadear ni respirar.

Jaramillo le arrancó el libro de las manos a Camilo y me lo entregó con brusquedad.

—No hace falta que te diga lo que le pasará a tu sobrinito, ¿no? Yo creo que a estas alturas ya sabes que no nos andamos con *güevonadas*.

Indiqué con una caída de ojos que cumpliría con el nuevo mandato.

—Bien, ahora márchate de nuestro establecimiento y déjanos trabajar.

Me di la vuelta para salir del almacén, pero Marianito abrió la puerta en ese instante y anunció algo que hizo que mis piernas apenas me sostuvieran.

—Emi, el Egipcio ha desaparecido.

23

Tú mandas

Quería quedarme para oír la conversación entre Marianito y Emiliano, que por cierto no se llamaba Marianito, sino Mathías. Lo supe al oír a Jaramillo llamarlo por su nombre. Pero fui expulsada de El Pollo Colombiano como si fuese un perro sarnoso.

Camilo, Mathías y Emiliano Jaramillo. Los tres conocían al Egipcio y acababan de descubrir que había desaparecido. Fue cuanto deduje antes de que me echaran de allí. Y para colmo salí de ese horrible lugar con otro encargo.

¿Cómo demonios iba a pedirle a Cecilia que me firmase su libro?

Me detuve en la esquina de la calle Brasil y ojeé la cubierta. El rostro de Cecilia contemplándome con su sonrisa patrocinada me puso de muy mala leche. Luego miré el logo de la editorial. «Todo tiene un precio», pensé. Rey lo había asegurado con una seguridad aplastante; en cambio, Aníbal se negaba a aceptar aquella concepción. ¿A cuál de los dos debía creer? ¿Cuánto de verdad y mentira había en esa afirmación?

Abrí el libro y curioseé las páginas. Aquella publicación era más bien un reportaje de fotos de Cecilia. La gran mayoría repetidas en su Instagram. ¿Sus editores ni siquiera se habían molestado en tomar fotos nuevas? Algunas páginas contenían una o dos frases como mucho. Pero allí estaba, publicado bajo el mismo respaldo editorial de autores como Mario Vargas Llosa, claro que en otro sello.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tirarlo al bidón de basura que había situado a mi derecha. Por supuesto que todo tenía un precio. Para las editoriales, desde luego que lo tenía. ¡Eran empresas, maldita sea! ¿Cómo, si no, iban a explicar la publicación de algo tan estúpido como ese montón de fotos con letras?

En fin, dejaría a un lado la indignación y llevaría a cabo mi nueva misión: que Cecilia le dedicara su libro a la dichosa Mariela. Tal vez si conseguía lo que me habían pedido Jaramillo y compañía lograría librarme de ellos. Aparte de eso, mi mayor preocupación era descubrir qué relación guardaban los colombianos con el Egipcio.

De pronto pensé en Aníbal. Le había asegurado llamarlo en cuanto

acabara los recados que tenía pendientes, pero lo cierto era que necesitaba descansar. No podía plantarme en su despacho con las pintas que llevaba. Contemplé mi reflejo en el cristal de un escaparate y sentí lástima de mí misma. Apenas me había maquillado y unas ojeras oscuras y pronunciadas deformaban mi rostro. La noche sin dormir había causado estragos en mi aspecto. Además, el recuerdo de la muerte de ese chico aún me provocaba ganas de vomitar. Y el hecho de que Cristian no respondiera al teléfono me atormentaba cada vez más.

Regresé a casa cabizbaja y dándole vueltas a la cabeza de manera enfermiza.

*

Cuando entré en el portal a las dos de la tarde, busqué a Vargas con la intención de preguntarle si al fin había localizado a su sobrino, pero no lo hallé. Supuse que se habría ido a almorzar.

Subí los escalones de dos en dos y abrí la puerta de casa con unas ganas tremendas de tumbarme en mi cama. Mi madre se encontraba en la cocina haciendo la comida. Un agradable olor a guiso casero me llegó desde esa distancia, pero mi estómago no se inmutó.

—Gabi, ¿eres tú?

—Sí, mamá. Soy yo.

—Estoy haciendo lentejas. ¿Vas a comer ya?

—No tengo hambre ahora mismo —vociferé soltando las llaves y encaminándome a mi habitación—. Comeré un poco más tarde, gracias.

Dejé el libro de Cecilia, mi manuscrito y el bolso encima de la cama y me pasé las manos por la cara. La voz de mi madre me exigió girarme.

—Hija, tienes que comer. Últimamente no comes nada —relató con los brazos en jarras, observándome desde la puerta.

—Voy a comer más tarde. Estoy bastante cansada.

Ella guardó silencio solo un segundo.

—Dime la verdad, no estarás dejando de comer por ese chico, ¿no?

Fruncí el cejo exasperada.

—¿Por qué chico, mamá?

—Por Cristian, el sobrino de Paco. Dice que está obsesionado con

sus músculos y que sigue unas dietas bastante estrictas. El muchacho se cuida mucho.

—¿Me estás hablando de la misma persona con la que me hicisteis citarme anoche?

—Pues claro, hija. Thor. Cuando Paco me ha dicho eso he pensado que igual no te conviene una persona así en estos momentos. No quiero que te obsesiones con el físico. Siempre estás diciendo que te ves gorda. Y, bueno, ese chico es tan diferente a Josema… No tienes que sentirte inferior a él.

Volví a pasarme las manos por la cara. La cabeza me iba a explotar.

—Mamá, ¿tú te estás oyendo?

—¿Qué he dicho ahora?

Respiré hondo y me dirigí al armario para sacar un par de prendas cómodas.

—Para tu información, te diré que el sobrino de Vargas no está obsesionado con sus músculos. En primer lugar porque esas cosas que tiene en los brazos no pueden llamarse músculos. En segundo lugar también te diré que anoche me llevó a cenar a un cochambroso restaurante chino y que se zampó dos menús en mi jeta. Así que no lo veo yo siguiendo unas dietas muy estrictas. Y en tercer y último lugar, te pido, por favor, que no vuelvas a mancillar el nombre del dios del trueno para compararlo con semejante engendro de la naturaleza.

Ella retrocedió un paso, mirándome con asombro.

—Pero bueno, ¿en qué quedamos? ¿Te gusta o no?

—No, mamá. No es que no me guste. Es que… no sé cómo decírtelo… —me desgañité mirando al techo—. Preferiría mil veces amputarme las manos y las piernas antes que volver a quedar con ese tipo. ¿He sido lo bastante clara?

Se cruzó de brazos y alzó las cejas de esa manera que solo hacía cuando pretendía descubrir algo. Sentí un poco de miedo ante su escrutinio. Quizá me había pasado con tanta sinceridad.

—Entonces ¿a qué ha venido la preocupación de esta mañana?

—¿Qué?

—¿Qué es lo que te pasa, Gabi? ¿Me estás ocultando algo?

«Oh, oh…»

—No me pasa nada, mamá.

—Si no te gusta, ¿por qué le has insistido a Paco para que lo

localizara?

Quise responder con agilidad, pero su expresión me amedrentó.

—Bueno…, a ver…, que no me guste no significa que no me preocupe por él. Solo quería saber si estaba bien. Nada más.

Ella me contempló más detenidamente. Luego inspeccionó la habitación sin moverse de donde estaba. Como si estuviese buscando alguna prueba refutable que explicara mi extraño comportamiento.

—¿Qué te ocurre? —indagó regresando a mis ojos.

—Nada.

Otro silencio largo. Denso. Muy denso.

—Te prometo que no me pasa nada. Es solo que no he dormido bien esta noche. Estuve escribiendo hasta tarde. Voy a descansar un poco y luego me comeré dos platos de lentejas, ¿de acuerdo?

Afiló la mirada, convencida de que le mentía.

—Sea lo que sea lo que te pase lo voy a descubrir. No te quepa duda —aseguró asintiendo muy despacio y señalándome con su dedo acusador.

Se esfumó de mi habitación, dejándome descompuesta, y yo me tumbé en la cama con las pulsaciones desorbitadas.

A ese paso iba a necesitar un marcapasos a una edad muy temprana.

*

Ni siquiera recordé cómo me había quedado dormida. Solo sé que, cuando mi madre se marchó del dormitorio, bajé la persiana y me sumí en una profunda quimera.

Me desperté a las siete y media de la tarde, pero lo hice empapada en sudor como consecuencia de una horrible pesadilla.

Alcancé el móvil a medida que me incorporaba y vi que tenía dos mensajes.

El primero que aparecía era de Raquel.

> Al final tu sobrina se olvidará
> de tu cara. Hoy ha mencionado
> tu nombre varias veces.

Cerré los ojos. Maldita sea, echaba de menos a la pequeña Carmen. El otro mensaje me lo enviaba Aníbal:

> ¿Todavía estás haciendo recados?

Mascullé algunos improperios y me levanté de la cama de un salto.

No respondí a ninguno de los dos. Por el contrario, me duché y me enfundé unos vaqueros cortos y una sencilla camiseta gris. Primero iría a casa de mi hermana a visitar a mis sobrinos y luego llamaría a Aníbal para inventarme una excusa de por qué no lo había llamado.

Escapar de mi madre sin comerme las lentejas fue como una terrible yincana.

*

Llamé al timbre y esperé unos segundos. La voz de Raquel se hizo más cercana a medida que se aproximaba a la puerta. Juraría que regañaba a Mario.

—No estás en condiciones de exigir nada. Has suspendido tres asignaturas. No creas que porque tengas una escayola en el pie me vas a dar pena —la oí bramar.

—Hola —musité un poco avergonzada cuando la tuve frente a mí.

Nuestra última conversación no había sido muy agradable.

—Vaya, ¡mira quién es! David, ¿te acuerdas de esa chica escritora que decía ser mi hermana? —voceó a su espalda.

—¡Qué exagerada! No llevo tantos días sin venir.

—Hola, Gabi —respondió mi cuñado menos resentido y acercándose para darme un beso en la mejilla.

Entré en el salón y divisé a Carmen en su parque de juegos, tan feliz como de costumbre. El corazón me dio un vuelco. Corrí a achucharla mientras mi hermana me seguía.

La claridad aún entraba a raudales por la ventana. Eran aproximadamente las nueve de la noche, pero el día parecía tener más horas en esa casa. La reconfortante sensación de estar a salvo junto con el aroma adictivo de Carmen me abrumó.

—Con lo desaparecida que estás, supongo que ya habrás escrito al menos dos Quijotes.

—No estoy desaparecida —me defendí ignorándola y besando los mofletes regordetes de mi sobrina.

—¿Que no? Pues eso díselo a Aníbal, hace un segundo me estaba diciendo que te ha escrito esta tarde y que lo has dejado en «visto».

—¿Aníbal está aquí? —exclamé con los ojos muy abiertos.

—Está en la habitación de Mario. Lo está ayudando a descargarse un juego de la videoconsola.

Miré a mi cuñado y este alzó las cejas de un modo cargante. De hecho, ambos me contemplaron analizando mis expresiones. Esperaban ufanos alguna reacción por mi parte.

—¿Qué? —rugí con disconformidad.

—Nada.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó él con una sonrisita cómplice.

—No, no. Solo he venido a ver a los chicos. Me marcharé pronto.

—¿Por qué? ¿Tienes planes para esta noche? —inquirió mi hermana.

—No, pero…

—Pues entonces cenas con nosotros —afirmó sin darme opciones a rechistar.

Se dio la vuelta y se internó en la cocina.

—Yo que tú no me negaría. Últimamente está un poco irritable. Es por el trabajo. Van a cambiarla de puesto.

—¿Y eso?

—Ya te contará. No le preguntes hoy. Es mejor no sacar ese tema esta noche. Oye, voy a ducharme y nos tomamos un vino mientras me cuentas cómo llevas la novela.

—Estupendo.

Me senté en el sofá con Carmen en brazos. Mis ojos no se apartaban de la puerta del pasillo. De un momento a otro vería aparecer a Aníbal. Me pareció oír su voz desde la habitación de Mario. Aun así, me centré en jugar con mi sobrina y procuré actuar de una manera natural. Debía acostumbrarme a ese tipo de situaciones. Al fin y al cabo, no iba a ser la última vez que coincidiéramos en casa de mi hermana. Aníbal estaba muy presente en la vida de mi familia, y ahora también en la mía. ¿Era eso positivo?

Raquel salió de la cocina con un aire misterioso y se sentó a mi lado.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—¿En qué?

—En lo de ir al cumpleaños con alguien. Es el domingo, lo recuerdas, ¿no?

—Sí, sí. Claro —mentí. Me había olvidado del cumpleaños de mi sobrina. «Maldita sea…»

—¿Sí, qué? ¿Vas a ir con alguien?

—No. Eso… No. Por supuesto que no.

—María me ha dicho que tuviste una cita anoche, con ese chico sobrino de Vargas. El taxista. Pensé que habías quedado con él con la excusa de llevarlo al cumpleaños. Mamá dice que te gusta bastante.

A pesar de que me encontraba relajada, que mi hermana mencionara a Cristian trajo a mi mente, en forma de secuencia, la imagen del Egipcio inerte en el suelo de esa terrorífica construcción. Un insólito escalofrío me ascendió por la espalda de una manera torturadora.

Me quedé paralizada unos segundos. En silencio.

—Gabiiii, te estoy hablando.

—¿Qué? No, no. No pienso ir a ninguna parte con ese tipo. ¿Mamá te ha dicho que me gusta? —interpelé sacudiendo la cabeza e intentando centrarme en lo que me decía.

—Sí. He hablado con ella esta mañana y parecía muy convencida de que el tal Cristian te interesaba. Según ella, es bastante guapo.

—No pienso ir con nadie al cumpleaños. Y mucho menos con el sobrino de Vargas, que es un tarado. Lo siento.

—¿Prefieres que Aníbal te considere la eterna solterona? —bisbiseó entre dientes—. Créeme, lo conozco desde hace muchos años y sé que en cuanto te vea con otro se va a morir de celos.

—Me da igual.

Ella no ocultó su disconformidad. Fue a replicar algo más, pero en ese instante, sin ninguna de las dos esperarlo, Aníbal irrumpió en el salón. Iba vestido con un pantalón de traje y una camisa verde jade. Deduje que ese día había trabajado hasta tarde, pues su cabello lucía revuelto y salvaje, como si se hubiese pasado los dedos varias veces por él.

—Hola, Gabi. No te esperaba aquí.

El corazón me había dado un vuelco al ver a Carmen, pero ahora me palpitaba de un modo aún más extraño al contemplar a Aníbal. Temí que se percatara del rubor de mis mejillas.

—Yo tampoco la esperaba —comentó Raquel levantándose para regresar a la cocina.

Él ocupó el lugar de mi hermana.

—Iba a llamarte ahora. Lo siento, es que hoy no he tenido un buen día.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él acariciando la manita de Carmen.

—No, nada. Es solo que anoche no podía dormir y estuve escribiendo hasta tarde, así que hoy me he pasado el día destrozada.

—La vida de una escritora es muy dura —bromeó.

«La mía, sin duda», pensé.

—¿Qué era lo que querías decirme? ¿Es sobre Josema?

—Bueno, sí, hay dos cosas que te quería comentar. Una de ellas es que llamé a Josema otra vez. Digamos que probé a presionarlo un poco más. Me ha dicho que su novia va a prestarle algo de dinero. La semana que viene vendrá a traerlo.

—¿En serio?

—He negociado con él más tiempo para el pago, siempre y cuando nos firme un reconocimiento de deuda.

—¿Y te ha dicho que sí?

—Sí. Dice que la novia no puede darle toda la pasta de inmediato, pero que intentará reunir el dinero poco a poco. Le ha dicho que lo necesita para prestárselo a su padre para un tratamiento médico. De ahí que quiera traerlo en persona.

Sus últimas palabras me provocaron una evolutiva irritación. Era cierto que el padre de Josema estaba enfermo. Sufría una enfermedad rara denominada paraparesia, un tipo de parálisis parcial en la que se ven afectados el sistema nervioso central y el periférico. Y el abordaje fisioterapéutico que podía aliviarle los dolores en los huesos y los músculos resultaba bastante costoso, pero a Josema siempre le había importado un pimiento.

—Es un miserable. Pretende engañarla para que le preste la pasta.

—Me temo que sí. Pero dijiste que te daba igual de donde saliera el dinero, ¿no?

—No hablaba en serio, Aníbal. Quiero que me pague, pero no a cambio de embaucar a otra persona. Cecilia no me cae precisamente bien, pero no es ella la que está en deuda conmigo.

—Ya.

—Lo odio —farfullé cerrando los ojos.

—Lo importante es conseguir que firme el reconocimiento de deuda.

—Vale —suspiré.

Carmen se quitó su pipo e intentó ponérmelo. Ambos reímos cómplices ante el gesto de la pequeña.

—Todo irá bien. Déjalo en mis manos —musitó esta vez

tocándome la rodilla para tranquilizarme.

De repente, un chispazo nos sobresaltó. Supongo que no fue más que el resultado de un exceso de carga eléctrica. Pero entonces, ¿por qué me dio la impresión de que nuestros electrones y protones hablaban su propio lenguaje en clave?

—¿Y lo otro? —carraspeé nerviosa, moviendo el peluche de Carmen y tratando de cambiar de tema.

—¿Qué otro?

—Has dicho que había dos cosas que me querías comentar.

—Ah, sí. Pues que ya he dado con los tipos que destrozaron mi coche. O eso creo. Necesito que me ayudes. He conseguido unas grabaciones en las que se los puede identificar, y me gustaría que les echaras un vistazo.

Barrunté que regresaba ese extraño escalofrío.

—¿Yo?

—Sí, fuiste la única que los viste.

—Claro. Es verdad.

—Tengo la cinta en mi casa. Podrías venir conmigo y la vemos un momento.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Bueno, si no tienes nada que hacer, me gustaría que la vieras cuanto antes. He descubierto algunas cosas.

—¿Ah, sí?

El pánico fue ascendiendo por mi cuerpo. Estaba convencida de que el Egipcio, junto a otro de los soldados de Rey, había destrozado el coche de Aníbal. Lo que no conseguía era averiguar el motivo. Hice lo posible por ocultar la turbación que me embargaba. Por suerte, mi sobrino apareció sujetándose en sus muletas e interrumpió nuestra conversación.

—Hola, Gabi —entonó sentándose a mi otro lado.

Hallé la vía perfecta para estacionar el asunto de la grabación y me centré en conversar con Mario acerca del colegio y de sus notas. Mientras tanto, David, que ya se había duchado, descorchó una botella de vino tinto e hizo los honores. Raquel continuaba en la cocina preparando la cena. Intenté centrarme en lo que contaba Mario, pero no me resultó fácil, pues trataba de escuchar al mismo tiempo a mi cuñado. Le insistía a Aníbal para que se quedara a cenar él también y el interpelado, aunque se hizo de rogar, finalmente aceptó. Me

pregunté dónde demonios estaría su novia un viernes por la noche. ¿No debería estar con ella?

Había que ser muy torpe para no darse cuenta de lo que pretendían Raquel y David. Mi hermana acondicionó la mesa del salón en cuestión de minutos. Varió la música a medida que iba colocando los entrantes. La voces de Justin Bieber y Ariana Grande, en ese sencillo titulado *Stuck with U*, aportaron el toque de frescura perfecto al salón. Las cortinas se mecían con la brisa marina y una luna enorme y difuminada por el letargo del sol ambicionaba ser testigo de la velada.

Al principio me sentí un poco incómoda. Temía que tanto Raquel como David se comportaran de un modo inapropiado e hicieran comentarios acerca de lo que sabían sobre mis sentimientos hacia Aníbal, pero sucedió todo lo contrario.

Carmen se durmió en su parque poco después de que nos acomodáramos a la mesa. Y Mario se retiró a su habitación en cuanto se zampó la hamburguesa que mi hermana le había preparado.

Nos quedamos los cuatro solos. Tomando vino, comiendo y charlando. Relajados y optimistas.

Aníbal se había sentado frente a mí. Sus ojos quedaron casi a mi altura y, conforme avanzaba el tiempo, percibí que nuestras miradas se encontraban con mayor frecuencia.

Tanto fue así que una de las veces Raquel tuvo que pellizcarme la pierna para que reaccionara, porque apoyé la mejilla en mi mano mientras él hablaba y me quedé embelesada contemplándolo.

En mi defensa he de decir que el vino se me subió la cabeza con la segunda copa, pues ese día apenas había comido. Y cuando quisimos darnos cuenta, nos habíamos bebido tres botellas, con lo cual mi estado de embriaguez me despojó de la vergüenza y me concedió un inaudito poder femenino.

Fue una tertulia placentera. Abordamos varios temas a lo largo de la noche, pero la parte más divertida llegó cuando hicimos un repaso por nuestra época en el instituto y desenterramos historias muy cómicas sobre otros compañeros y profesores. Las risas y la música se entremezclaron y, por un momento, reconocí en silencio que hacía años que no disfrutaba tanto.

No voy a negar que de vez en cuando me asaltaba lo que había vivido en la Casa Cuna. Incluso llegué a perderme en mis reflexiones algunos instantes. Sin embargo, necesitaba con desesperación ahogar

el sufrimiento que arrastraba, y allí hallé la solución temporal perfecta: el delicioso reserva que mi cuñado había abierto para nosotros. Y Aníbal. Él, con su camisa verde jade remangada y su cabello a lo Kennedy Jr.

¿Por qué ahora? ¿Por qué me había enamorado de él justo en ese período en el que estaba saliendo con la pesada de Violeta?

—Nos hemos quedado sin vino —dijo mi cuñado con la última botella en la mano y vaciando las gotas que quedaban en mi copa.

—Joder, es la una y media de la madrugada —rezongó Aníbal mirando su reloj—. Yo me retiro ya. Estoy agotado.

—¿Ya?

—Hombre, tendréis que dormir, ¿no? ¿Te vienes, Gabi?

La pregunta cuadró mis hombros.

—¿Adónde? —inquirí alarmada.

—Me refería a que si tú también te marchas ya… —sonrió frotándose la nuca—. Lo digo porque puedo acompañarte a tu casa. Me pilla de camino.

Raquel y David me escrutaron mientras yo tartamudeaba como una imbécil.

—Sí, sí. Es tarde. Podemos irnos juntos. ¿Por qué no?

—Claro, ¿por qué no? —añadió mi hermana con tonito.

Le di una patada por debajo de la mesa, pero no sirvió de nada, pues los siguientes diez minutos fueron muy violentos. El efecto del vino motivó que Raquel y David estuviesen más graciosos de lo habitual y nos despidieran con algunos comentarios un tanto desafortunados.

—No os acostéis muy tarde —la oí decir entre risas un segundo antes de cerrar la puerta.

*

Una vez en la calle, agradecí que la temperatura hubiese descendido unos grados. Me ardían las mejillas y sentía un cosquilleo preocupante en el estómago. ¿Mariposas?

Él propuso que paseásemos por la avenida Campo del Sur, por la acera más cercana al mar, y nos vino bien inhalar aire fresco. Al menos, a mí.

—Hacía tiempo que no bebía tanto —dijo pasándose una mano por

el pelo—. Me temo que mañana la resaca va a ser considerable.

—Ya lo creo.

Sus labios me parecieron más rojos y voluminosos. Quizá solo fuera consecuencia del vino. «Basta ya, Gabi. No vuelvas a meter la pata.»

—¿Qué tal va el proyecto? —inquirió él tras unos segundos embarazosos.

—¿Qué proyecto?

—Bueno, ese para el que necesitabas el dinero. Dijiste que era un proyecto ambicioso.

«Mierda.»

—¡Ah…, sí! Ese proyecto… Lo es. Pero… no puedo contarte nada todavía.

—Guau, qué misterio. ¿Y cuándo podrás contármelo?

—Ya falta poco.

Caminamos en silencio un par de minutos. Me crucé de brazos nerviosa y luego me metí las manos en los bolsillos traseros de mis *shorts*.

No había nadie deambulando por esa zona. El crepitar de las olas rompiendo en las gigantescas rocas rellenó aquel mutismo vacilante.

—¿Tienes frío? —me preguntó al ver que me movía inquieta.

—No, estoy bien. Agradezco esta brisa.

—Es agradable.

Otro silencio.

—¿Qué tal está tu padre? ¿Has hablado con él?

—Sí, estamos en contacto. Pronto empezará con la quimio.

—Vaya… Lo siento mucho, Aníbal.

—Ya. Supongo que así es la vida.

—A veces es muy injusta —comenté pensando en mi padre. Aunque en realidad también me refería al hecho de que él tuviese pareja.

Me dio la sensación de que debíamos aparcar el asunto del cáncer de su padre y volví a enmudecer.

—¿Y tu cita de ayer? ¿Qué pasó? —me interrogó escondiendo una sonrisa canalla.

—Digamos que no era para mí.

—¿Por qué no? Si no recuerdo mal, dijiste que era muy majo.

—Bueno, me equivoqué. Creo que con estas lentes no reconozco

del todo bien a los gilipollas.

—Así que el problema está en las gafas.

—Estoy empezando a pensar que sí.

—Entonces ¿sigues buscando pareja?

Lo miré un tanto contrariada.

—¿A qué viene esa pregunta? No busco nada, Aníbal. Ya lo sabes.

—Era una broma.

—Accedí a quedar con ese tipo solo para que mi madre y mis hermanas me dejasen en paz. Pero fue un tremendo error.

—¿Tan mal fue?

—Me acojo a la quinta enmienda, letrado.

Su risita contagiosa me erizó la piel. ¿O fue la humedad?

A continuación me instó a que callejeásemos por el centro. Aclaró que su apartamento se encontraba cerca de la plaza de San Antonio y, acto seguido, sacó a relucir mi futuro empleo en el estudio de tatuajes.

—Sé que quizá no es el trabajo de tus sueños, pero pensé que te vendría muy bien estar cerca de Lidia en estos momentos.

—¿Bromeas? Estoy tan contenta que aún no lo he asimilado.

Estuvimos un buen rato charlando sobre Lidia. Se notaba por su forma de hablar que la quería como a una hermana. Me contó algunas anécdotas que habían compartido siendo niños y recalcó el hecho de que ella lo hubiese apoyado tanto cuando perdió a su madre. Recordaba ese episodio con pesadumbre, pues poco después de esa gran pérdida él comenzó a comportarse como un niñato en el instituto y nuestra relación se resquebrajó.

Ignoré el cúmulo de sensaciones que me asaltó a medida que lo escuchaba sincerarse.

Las estrellas nos seguían fisgonas por el corazón de la ciudad. Mientras tanto, Aníbal y yo nos mirábamos un poco más. Nos estudiábamos un poco más. Nos conocíamos un poco más.

—¿Qué harás cuándo acabes la trilogía? Quiero decir, ¿escribirás algo más sobre Miller o tienes ya otra historia en mente?

—No, no tengo nada en mente. Me está costando bastante ponerle el punto final. No consigo quitarme a la inspectora de la cabeza.

—Así es como debe ser. Una vez leí que los escritores deben tratar a sus protagonistas como huéspedes.

—En ese caso debo de estar tratando a la dichosa inspectora demasiado bien, pues me temo que no quiere marcharse.

Él suspiró con aquella sonrisa complacida pintada en el rostro y aflojó el paso.

—Y hablando de huéspedes, en ese edificio está mi apartamento —anunció señalando una construcción de cuatro plantas en la calle Zaragoza—. ¿Te apetece subir un rato y ya de paso te enseño la grabación?

—¿Ahora?

El corazón se me aceleró de repente.

—¿Es muy tarde para ti?

Miré a un lado y a otro confusa. Estábamos en mitad de la estrecha calzada, uno frente al otro.

—Un poco.

—¿Por qué? ¿Madrugas mañana?

—Pretendo hacerlo.

—En ese caso, vemos la grabación rápidamente y luego te acompaño a tu casa. ¿De acuerdo?

Le sostuve la mirada y él no la apartó. Dudé si plantear o no esa pregunta, pero no podía actuar como si el hecho de que estuviese saliendo con otra persona me diese igual.

—¿Y Violeta?

Por unos segundos él se contempló los zapatos. Luego sus ojos se posaron de nuevo sobre los míos.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Que dónde está?

—En un congreso. Llegará el domingo por la noche.

—En un congreso —repetí tragando saliva.

Maldita sea, me apetecía mucho estar con él. Deseaba amanecer a su lado aunque solo fuese conversando.

Él ladeó la cabeza y me mostró aquel incitador hoyuelo en su mejilla.

—No tienes de qué preocuparte. No voy a intentar nada contigo, si es eso en lo que estás pensando.

—¿En serio? ¿Puedes leer las mentes?

—A veces sí.

—Eres idiota —gruñí riendo.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo subir a mi casa? ¿Temes no volver a controlarte? —murmuró humedeciéndose los labios.

—¿Perdona?

—«¿Perdona?» —me imitó.

—¿Sabes que cuando hablas de esa manera te pareces mucho al Aníbal del instituto?

—¿Y eso es bueno o malo, Gabi Gafitas?

—¿Tú qué crees?

—Creo que deberíamos subir a mi casa. Está empezando a hacer mucha humedad.

Esta vez lo dijo más serio. Y me pareció también que más cerca.

—No puedo beber más alcohol.

—Te haré un café o un té.

¿De verdad iba a hacerlo? ¿Iba a subir a su casa? ¿Acaso no había vivido ya suficientes emociones esas dos semanas atrás?

Empecé a asimilar que mi vida había dejado de ser normal para siempre. Que la calma ya no regresaría nunca. Últimamente me encontraba al borde de un precipicio. Sin embargo, en los ojos de Aníbal hallé algo que me inspiró seguridad y confort. Algo que me causaba al mismo tiempo pavor y deseo. Algo desconocido y muy estimulante.

—Vale. Pero veo la grabación y me marcho.

—Claro. Tú mandas.

24

En la habitación de Anderson

El apartamento de Aníbal era más bien pequeño. Funcional y sobrio, eso sí. En otras circunstancias habría prestado atención a un montón de detalles insignificantes, como las lámparas elegantes y la decoración minimalista, pero me sentía aturdida a pesar de que el paseo había atenuado un poco el efecto del vino. Y nerviosa. Mucho.

Todo estaba limpio, sin embargo, me sorprendió un ligero desorden, con bastantes libros amontonados en el aparador y algunos colocados en el suelo en forma de pirámide, archivadores en las sillas, una televisión de pantalla curva, estanterías aún por colgar y algunas prendas sobre un butacón en una esquina. Apenas tenía cuadros en las paredes, tan solo fotografías pegadas con chinchetas en la pared donde se hallaba situado el sofá: un fantástico Chester de terciopelo lapislázuli.

Las fotografías eran significativas. Alguna con Lidia. Otro par de ellas con David. Imaginé que los niños pequeños que aparecían en otras serían sus sobrinos. Me detuve unos segundos a contemplar una muy bonita de él haciendo *kitesurfing*. Una imagen espectacular, con mucha luz y unos tonos vibrantes.

A Aníbal no pareció importarle en absoluto que viese su casa de esa manera caótica aunque con mucha personalidad. Porque así habría descrito en pocas palabras su apartamento de dos dormitorios.

—No imaginaba tu casa de esta forma —murmuré avanzando despacio por el salón tras haber inspeccionado las fotografías.

Me dejó curiosear unos segundos más la estancia mientras se preparaba un café. Yo le pedí un vaso de agua.

—¿Habías imaginado mi casa? —inquirió desde la cocina, coqueta y en tonos blancos, según atisbé desde donde me encontraba.

—Es una forma de hablar.

—¿Y cómo la imaginabas? Si se puede saber.

Curiosamente me pareció más bien una casa más adecuada para mí. Por eso de que me encantaban los matices suaves, la funcionalidad del espacio y la gallardía de tantos libros dispersos.

—No lo sé. Supongo que esperaba algo más esnob.

—Mal por ti, Gabi Gafitas. Una escritora como tú debería ser más perspicaz analizando a las personas.

Continué visualizando los pocos objetos decorativos y alcancé un libro que me llamó la atención.

—Puedes sentarte si quieres —dijo él con un café en la mano, acomodándose y encendiendo el ordenador que descansaba sobre una mesa baja de madera maciza.

—*Asesinato en el Orient Express*. He leído esta novela tres veces.

—Yo cinco —sonrió mientras tecleaba.

Tomé asiento a su lado y miré la pantalla.

—Aquí está —manifestó tras unos segundos pinchando en una carpeta para abrir el vídeo.

—¿Cómo has conseguido esta grabación? Dijiste que la policía no tenía imágenes.

La imagen se puso en movimiento.

—Cierto, y como ese asunto de la policía me inquietaba, continué insistiendo. Cuando insinuaste que podía ser ese poli, Benítez, moví algunos hilos y comprobé que efectivamente esa noche hubo una avería en el Centro de Control de Tráfico, así que lo descarté. Pero más tarde caí en la cuenta de que en la avenida, muy cerca de la zona donde aparqué, hay un parking que dispone de varias cámaras en el exterior.

Pasó el dedo por encima del *trackpad* de su portátil para acelerar la imagen. Sabía que de un momento a otro aparecerían los dos tipos.

—Dijiste que los tíos que destrozaron mi coche llevaban unas bandanas en la cara. Estuve revisando este vídeo durante horas. No ha sido fácil conseguirlo. Pero mira lo que he encontrado.

Adelantó un poco más la secuencia y, en apenas dos segundos, los chicos pasaron por delante de la boca del parking. La escena se apreciaba en blanco y negro, pero no había duda de que eran ellos. Llevaban aquellos pañuelos para ocultar sus rostros y respondían a la descripción que yo le proporcioné a Aníbal. Allí estaban. El Egipcio y ese otro tipo flacucho al que Rey había llamado Nico. Los dos habían destrozado el coche de Aníbal. La cuestión era por qué.

—Son los mismos chicos que viste, ¿verdad?

—Sí, son ellos —musité intranquila masajeándome las rodillas.

—A este de aquí lo llaman el Egipcio —declaró él dejándome clavada en mi asiento y blanca como el papel de fumar—. Pero en

realidad se llama Omar Hasbun. El otro aún no he logrado averiguar quién es. Pero sospechamos que puede ser un tal Nicolás Torres. Estamos casi seguros.

—¿«Sospechamos»?

—Sí, Raquel me está ayudando. Ambos tienen antecedentes por robo con violencia, violación y tráfico de drogas. Y por lo visto uno de ellos, este, el Egipcio, anda desaparecido.

«¿Raquel?»

De repente sentí que me faltaba el aire. El agua se me había mezclado en el estómago con el vino y las náuseas amenazaban con visitarme de nuevo.

—¿Te encuentras bien, Gabi? Tienes mala cara.

—Estoy bien, es que creo que hace mucho calor aquí —murmuré abanicándome con la mano.

—Espera, voy a encender el aire acondicionado —dijo poniéndose en pie para buscar el mando.

Regresó unos segundos después y puso en funcionamiento el aparato.

—¿Mejor?

—Sí, gracias. Creo que he perdido la práctica de beber.

Me regaló una leve sonrisa, pero de nuevo abordó el asunto.

—Pues eso, como te decía, el tal Egipcio anda desaparecido y el otro aún tenemos que comprobar si es o no Nicolás Torres.

—¿Y no los conoces de nada?

—No, pero tengo la teoría de que alguien les pagó para que destrozaran mi coche. Al parecer, el Egipcio se dedica a eso, entre otras muchas cosas no muy legales. Se lo acusa por un presunto delito de pertenencia a organización criminal, narcotráfico y tenencia ilícita de armas. Creen que puede ser el líder de una banda armada. No estoy al tanto de todos los detalles de la investigación, pero Raquel me ha dicho que me irá informando. Sabes que acaban de añadirla a esa operación, ¿verdad?

Parpadeé asimilando toda la información.

Banda armada. Organización criminal. Narcotráfico.

Hice lo posible por no ponerme a hiperventilar.

—No, no lo sabía. David me ha comentado algo hoy, pero supongo que ya me lo contará ella con más detalles.

¿Mi hermana andaba tras el Egipcio? A eso se refería David con su

cambio de puesto en el trabajo.

—En cuanto encuentren a ese tipo, pienso interrogarlo.

—Claro —musité cabeceando y con el pulso temblando.

—Te aseguro que cuando descubra a la persona que anda tras todo esto le sacaré hasta las tripas.

—Pero ¿no tienes una ligera sospecha de quién ha podido ser? Me hablaste de un empresario con el que habías tenido discrepancias.

—Al principio pensé en esa persona, pero ya lo he descartado. Se trataba de un tipo al que le llevé el divorcio. Tuve una discusión con él en mi despacho y me amenazó. Por eso pensé que tal vez tenía algo que ver, pero no ha podido ser él. De haber sido, habría destrozado mi coche él mismo, pues no tiene ni un euro para pagarle a nadie. Y esos tipos han sido contratados. Estoy convencido.

—¿Y no sospechas de nadie más?

—No. Pero al menos he conseguido esta grabación. Espero que Raquel y sus compañeros den con el tal Egipcio.

—Seguro que sí —bisbiseé sintiéndome cada vez peor.

Él cerró esa carpeta y activó una *playlist* de Spotify a un volumen agradable. Apartó el ordenador y le dio un sorbo a su café.

—En fin… Será mejor que me marche ya. Es tarde —apostillé frotándome los muslos y poniéndome de pie.

Necesitaba pensar en todo lo que me había dicho.

—¿Tanta prisa tienes? Estás muy rara. ¿De verdad que te encuentras bien?

—Sí, es solo que… estoy cansada. Nada más —tartamudeé alejándome un poco de él y buscando mi bolso. Lo encontré sobre el butacón de la esquina.

Cuando me di la vuelta, Aníbal se había levantado y me observaba con detenimiento.

—Me gustaría que te quedaras un poco más —murmuró avanzando hacia mí con las manos en los bolsillos—. Hay otra cosa que quiero comentarte.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues tú dirás —dije toqueteando el asa.

Guardó silencio un tiempo que se me hizo eterno.

—Voy a romper con Violeta.

Abrí mucho los ojos y asentí despacio. Solo que el movimiento de

cabeza lo hice varias veces. Las palmas de las manos comenzaron a sudarme y me humedecí los labios. De pronto, solo atinaba a centrarme en su rostro, en sus ojos, en su barba sutil, en su manera de acecharme.

Las notas musicales desconocidas para mí flotaban en el aire, lejanas.

—Pero si yo pensaba que ibais a vivir juntos…

Odiaba mi voz en los momentos de tensión.

—Yo también lo pensaba, pero las cosas han cambiado.

—¿Y eso por qué? —carraspeé retorciendo el asa del bolso.

—Vas a romperlo —comentó él mirando mis manos.

—¿Qué?

—Que como no dejes de hacer eso vas a romper el bolso.

—Ah, esto. No, no, tranquilo. Ya está —balbuceé colgándomelo al hombro.

Otra vez ese hoyuelo.

Di un par de pasos hacia uno de los lados y me coloqué junto al aparador, cerca de esa pila de libros. Me sentía más segura si había libros cerca de mí y podía tocarlos.

Le lancé una leve mirada, instándolo a que me respondiera.

—Bueno, ella quiere ser madre y yo tengo antes otras prioridades.

—Pensé que tú también querías tener hijos.

—Y los tendré. Pero no con Violeta.

—Entonces ¿con quién? —Me arrepentí al instante de haber pronunciado esa pregunta.

«Cierra la boca, Gabi.»

Sonrió de una manera muy sensual.

—¿Qué te parece si esa pregunta te la respondo más adelante?

—Vale.

¿Se había acercado demasiado o solo me lo parecía a mí?

Alcancé uno de los libros y lo abrí sin mirar siquiera la cubierta.

—Este no lo he leído. ¿De qué va?

—Es el Código Penal —respondió él ocultando una sonrisita.

—Ya lo sé —mentí haciendo como que bromeaba—. Por eso no lo he leído.

Lo dejé donde estaba y me balanceé sobre mis talones. Estaba temblando de la cabeza a los pies y él seguía con aquella expresión fascinante, como si estuviese disfrutando con mi desazón.

—¿Estás nerviosa?

—¿Yo? Noooo. ¿Por qué tendría que estarlo?

Apartó unos segundos su mirada de mí. Y acto seguido avanzó dejándome encerrada entre su cuerpo y la pared. Aún tenía las manos en los bolsillos.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Porque voy a besarte y pretendo que no sea lo único que hagamos esta noche.

Tenía la garganta seca. Muy seca.

—Antes has dicho que no intentarías nada conmigo.

—Ya, pero tú sabías que mentía. Me conoces muy bien. Y aun así has subido.

—Pero… ahora somos amigos. ¿Y si no podemos volver a ser amigos después de…? Bueno, ya sabes… ¿Vamos a cruzar esa línea?

Se mordió el labio inferior. Y yo no pude evitar pensar en que yo también quería morderlo.

—Tú y yo nunca seremos amigos, Gabi. Y lo sabes desde que éramos muy jóvenes.

Lo siguiente que sentí fueron sus dedos quitándome las gafas. Las dejó en el aparador, justo encima del dichoso Código Penal, y me sostuvo la barbilla.

Memoricé su expresión seductora. Quería tatuármela para siempre. Quería que me mirase de ese modo hasta el fin de mis días.

El miedo y la desconfianza me habían acompañado muy de cerca esas últimas semanas, pero en ese mismo instante aquellas desagradables sensaciones desaparecieron. Y solo percibí seguridad y predilección.

—Eres la escritora más guapa que he visto en mi vida —murmuró un segundo antes de besarme.

Lo que sucedió a continuación quedó en la intimidad de su dormitorio.

Y también en el de Anderson.

*

Desperté a eso de las seis de la mañana de un sueño trascendente y reconfortante. La habitación permanecía a oscuras, salvo por un resplandor suave que se adentraba por un diminuto balcón con

cortinas blancas a mi derecha. El mundo real continuaba allí fuera. El sonido del tráfico en la calle. Una sirena intermitente y lejana.

Por un momento me costó situarme e identificar a mi lado al mismísimo Aníbal Lafuentes. Durmiendo boca abajo. La conmoción fue considerable. Tomé aire por la nariz y levanté la sábana muy despacio. Descubrí que me hallaba como mi madre me había traído a este mundo. Él también. Como lo había traído la suya, claro.

—Ayy, Dios —susurré cerrando los ojos y tratando de controlar mi respiración.

Las escenas comenzaron a asaltarme una tras otra.

Aníbal besándome y acunando mi rostro entre las manos.

Aníbal lamiendo mi cuello.

Aníbal quitándome la camiseta y desabrochando mi sujetador.

Aníbal, Aníbal, Aníbal…

«Madre mía.»

Lo miré y me di cuenta de que dormía profundamente. Estuve tentada de enterrar los dedos en su cabello y besarlo de nuevo. Pero lo cierto era que una multitud de emociones contradictorias se arremolinaban en mi estómago.

No podía pensar con lucidez. Necesitaba alejarme, escapar de allí y comprender por qué demonios me había acostado con él antes de que rompiera con Violeta. Al fin y al cabo, seguía siendo su novia. Aunque por poco tiempo, ¿no?

Aun así, la conmoción de lo sucedido y la magnitud de los sentimientos que me embargaban hicieron que me levantara a hurtadillas, cogiera mi ropa y sentenciara largarme del apartamento sin hacer ruido.

Antes de salir, mis ojos fueron directos a una fotografía de esa pared. Esa que había pasado desapercibida para mí. Violeta y él cenando en un restaurante y sonriendo relajados a la cámara. La punzada de celos y al mismo tiempo de remordimiento fue brutal.

Me largué sin más.

Cuando llegué a mi casa, con las pulsaciones a mil y los pensamientos enredados, me encerré en mi cuarto. Temí que mi madre se despertara y me preguntase que dónde había estado, pero tanto ella como María dormían a pierna suelta.

Encendí la luz de la mesilla y destapé la cama con cautela. Fue entonces cuando advertí mi manuscrito allí, junto al libro de Cecilia.

Lo cogí y decidí echar un vistazo de nuevo a las anotaciones de Aníbal. Me acomodé sobre los almohadones con el cuaderno en las manos y localicé esa escena incompleta. La que tanto temía escribir. De pronto recordé las palabras de Aníbal: «Te estoy proponiendo que seas sincera con el lector y le cuentes la verdad. Lo que sucede entre ellos. Está claro que estamos ante un *thriller*, pero si quieres que sea real tienes que exponer los sentimientos de los protagonistas. Sus sensaciones y emociones…».

No sé con exactitud lo que ocurrió dentro de mí, pero me levanté de un salto y ocupé la silla del escritorio.

«La historia es fascinante, pero yo quiero conocer los puntos débiles de Miller. Quiero saber cómo son sus orgasmos. Cómo se comporta en la intimidad con ese hombre. Ansío averiguar si es tan fría como aparenta ser o en realidad en la cama es una mujer tremendamente pasional.»

—Gabi —cuchicheó María con voz adormilada.

Dijo algo más, pero no conseguí entenderla.

—Chisss… Duérmete.

Luego mis dedos volaron sobre el teclado, reviviendo con una salvaje vehemencia lo sucedido en casa de Aníbal.

Ambos permanecen uno frente al otro. No dejan de estudiarse. Como si esa noche fuese su última noche juntos. Los dos saben que puede suceder. Que es ahora o nunca.

La música suena de fondo. La voz de Seinabo Sey en esa canción sugerente titulada *Hard Time* lo inunda todo a un volumen perfecto.

—Quiero que te quedes —murmura él recorriendo su cuerpo y memorizando cada curva.

—Dijiste solo una copa más.

—Te mentí.

Otro paso de él y ella retrocede sin ser consciente. Su espalda ha quedado pegada a una pared del salón. No sabe cómo ha sucedido, pero está acorralada. Sus narices casi se rozan.

Anderson toma la iniciativa y acuna su rostro entre las manos. Al principio el beso es tierno, delicado, pero esa delicadeza comienza a convertirse en un deseo incontrolable. Acuciante.

La desea desde hace mucho tiempo. Y ella lo desea a él.

El beso se transforma en una contienda de lenguas, saliva y frenesí.

Miller responde enterrando las manos en su pelo, tirando de los mechones de su nuca. Desea a ese hombre desde la primera vez que lo vio, pero sabe que es complicado, arrogante y un auténtico capullo en muchas ocasiones. Sabe que puede romperle el corazón en mil pedazos. Aun así, está dispuesta a asumir el riesgo. Al fin y al cabo, su vida es una montaña rusa de emociones.

Las manos de Anderson descienden por su espalda, posesivas y urgentes, hasta llegar al borde de la camiseta de ella. La ayuda a quitársela sin deshacer el beso y luego sus dedos tantean el cierre del sujetador. Lo abre con una maestría asombrosa. Miller no puede evitar pensar cuántos sujetadores habrá quitado. No puede obviar el hecho de que Anderson está casado todavía, aunque ya no viva con su mujer.

Él la contempla con un apetito venéreo. Un gruñido suave escapa de la garganta de Anderson cuando toma sus pechos y los lame con lujuria. Miller jadea y pronuncia su nombre. Está tan excitada que de pronto se da cuenta de que jamás ha deseado tanto a una persona. Él prosigue con el camino de besos hasta su ombligo. Le desabrocha el botón del pantalón y le lanza una mirada provocadora. Ahora está arrodillado frente a ella y eso la hace sentirse poderosa, femenina y muy sexy.

Arrastra sus vaqueros hacia el suelo y la insta a quitárselos. Luego hace lo mismo con sus braguitas blancas de encaje.

—Me muero por probarte, Anna —susurra llamándola por su nombre de pila.

Se le pone la carne de gallina cuando siente su lengua invadir su piel delicada. Al principio lame suavemente, pero luego la invita a acomodar una pierna sobre su hombro y los lametones se tornan impetuosos.

Miller echa la cabeza hacia atrás. Por un momento siente pudor, sin embargo, está tan excitada que apenas puede pensar en otra cosa que en tirar del cabello de Anderson. Una corriente eléctrica le asciende por las piernas. Él relame, muerde y chupa el punto más sensible de su cuerpo. Ella jadea y resopla.

Está a punto de alcanzar el clímax. Si Anderson continúa con la cabeza enterrada en su sexo, no podrá resistir mucho más tiempo. Tira de él con exigencia y busca su boca. Esta vez se besan con más apremio. Es un beso sucio, lascivo y enardecedor. Se miran a los ojos sobrepasados por la intensidad del momento. Ella le quita la camisa

mientras él se ocupa de sus pantalones.

Ahora ambos están desnudos y la ropa echa una piltrafa en el suelo.

Se detienen solo unos segundos. Anderson apoya la frente sobre la de ella. Su pecho sube y baja como consecuencia de su respiración. Miller no puede dejar de mirarlo. Es un hombre muy atractivo y él es consciente de su magnetismo.

Anderson la toma por la curva de sus nalgas y la coge en peso sin esfuerzo aparente. La espalda de Miller siente el frío de la pared y la sensación es mitigadora. Él la obliga a mirarlo cuando la penetra por primera vez.

Está dentro de ella. Y mucho se teme que no solo en el sentido literal.

Lo están haciendo, allí de pie, sobre esa pared del salón. Miller se sujeta a sus anchos hombros y vuelve a besarlo.

La pasión es desbordante. Anderson empuja jadeante y mordisquea el borde de su mandíbula.

—Joder —masculla enterrándose en ella—, eres una puta locura.

Esas palabras son determinantes para que un orgasmo repentino y abrasador sacuda todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Miller.

—Eso es —jadea él en su boca mientras ella gimotea y le araña los hombros.

Él sonríe. Controla la situación, consciente de que es capaz de arrancarle otro orgasmo. Ella le devuelve la sonrisa. Un par de embestidas más y la separa de la pared sin salir de su interior. Se susurran algunas palabras obscenas. El dormitorio está cerca y a oscuras. Cuando llegan a la cama, se sienta y ella queda sobre él a horcajadas. La única luz que les permite observarse es la del salón.

Miller está húmeda y le tiemblan las piernas, pero aun así no quiere separarse aún de él. Él vuelve a besar sus pechos, los lame y los mordisquea casi con violencia. Ella se los ofrece excitada. Le encanta ese hombre. Y quiere hacerlo vibrar de placer.

Anderson le da la vuelta en el colchón y la embiste descontrolado mientras la besa. Se sienten por todas partes. Gimen, se abrazan y se mueven sudorosos. Ninguno de los dos ha sentido antes una conexión tan formidable. Sus cuerpos bailan, se trenzan desbocados, se conocen y se veneran.

De repente, Anderson afloja el ritmo para bisbisear algo sobre sus labios.

—Me encantas, Anna.

—Tú a mí también.

—Te follaría toda la vida.

De nuevo esa corriente comienza a subirle por las piernas. Ella le clava los talones en las nalgas y él acelera propasado por sus sacudidas. La mano de él se mete entre sus cuerpos. Miller le coge la cara y lo besa. Ella se tensa al sentir la explosión. Ahora más intensa, más potente. Él está cerca, muy cerca.

La convulsión la obliga a arquearse y retorcerse mientras él prolonga unos segundos más ese roce peligroso. Una última penetración y a continuación sale de ella y se derrama en su ingle.

Masculla un «joder» sobre el cuello de ella y luego ambos sonríen. Agotados. Tímidos. Cómplices.

Cuando terminé de escribir esa escena me di cuenta de que las mejillas me ardían. Me quité las gafas y me pasé las dos manos por la cara. Me sentía sobrepasada y enamorada hasta un límite preocupante.

¿Qué pensaría Aníbal de mí cuando despertara y viera que había salido huyendo de su casa? ¿Cómo se tomaría mi reacción?

Permanecí en estado de *shock* bastante rato. Aún podía oler el perfume de Aníbal en mi propia piel…

Por otro lado, no dejaba de pensar en todo ese asunto del Egipcio. En que Raquel se hallaba al frente de esa operación, en Thor, en los colombianos, en Rey, en Violeta…

Me tumbé aturdida en la cama y le envié dos mensajes a Aníbal.

Siento haberme marchado de esa manera, pero necesitaba pensar. Espero que me entiendas.
Nos vemos mañana en el cumpleaños de Carmen.
Lo he pasado muy bien esta noche.

Luego dejé el móvil en la mesilla y, para mi sorpresa, me dormí antes de lo que había imaginado.

Fue su respuesta la que me despertó solo unas horas más tarde:

Yo también lo he pasado muy bien, aunque me habría gustado descubrir qué se siente al despertar a tu lado.
Nos vemos en el cumple, Gabi

Gafitas. Escribe mucho.

Me pegué el teléfono al pecho y suspiré. Debió de pensar que mi comportamiento era desconcertante. Pero ¿qué podía hacer salvo mantenerme al margen hasta que él decidiera romper con Violeta?

*

Mientras tanto, mi madre adoptó una actitud recelosa. El sábado, cuando me levanté de la cama, me interrogó acerca de por qué había llegado tan tarde a casa, pero me inventé que había ido a tomar unas copas con Lidia tras cenar con Raquel y David. Aun así, ella continuaba empeñada en que le ocultaba algo y a mí me inquietaba mucho que descubriese todo lo que me estaba sucediendo. Además, ahora también tenía que camuflar que me sentía completamente enamorada de Aníbal, que no podía pensar en otra cosa que no fuese en su cuerpo encima del mío, en sus manos recorriendo mis curvas, en sus labios en mi zona prohibida… «Dios…»

A modo de huida, me oculté el resto de la tarde tras la pantalla de mi ordenador.

Antes de que cerraran los comercios decidí salir a buscar un regalo para Carmen. María me prestó algo de dinero de sus ahorros bajo la promesa de que en cuanto cobrara mi primer sueldo se lo devolvería y me encaminé hacia una librería. Quería regalarle a la pequeña su primer libro. Lo sé, quizá habría estado más acertada con un juguete, pero Carmen era un bebé especial. Presentía que ella apreciaría el valor de un buen cuento. Yo misma se lo leería para ayudarla a mejorar su vocabulario y desarrollar su memoria. Tan solo se trataba de encontrar el apropiado.

Cuando entré en la librería más simbólica de la calle Ancha lo primero que visualicé fue el libro de Cecilia en una estantería frontal. Lo interpreté como un recordatorio de que no debía olvidarme del encargo que me habían hecho los colombianos.

Luego intenté concentrarme y me dirigí a la zona de los libros para niños. La dependienta, una señora con gafas con un vestido anticuado y una expresión deprimente, me atendió cuando le pregunté dónde se hallaban los cuentos más populares.

—Este de aquí es de una escritora local que se autopublica. Se llama Rosa *La Revoltosa* —dijo ofreciéndome un ejemplar.

De inmediato pensé en Socorro y en aquello que había dicho sobre los cuentos de su amiga la exalcohólica. Aquella a la que, según ella, solo le compraban los ejemplares sus amigos por pena. Se trataba de la misma persona, ¿verdad?

—El título es un poco brusco. Pero si es una niña lista le gustará este cuento.

«¿Un poco brusco?», pensé contemplando la cubierta, donde aparecía una especie de pájaro azul con los ojos rojos y la mirada extraviada. Bajo aquella ilustración había una frase que tuve que leer dos veces: *El estornino Paulino ya no bebe vino*.

Claro que en la cubierta el estornino parecía bastante ebrio. La curiosidad me picó y abrí el cuento por la primera página.

Consideraba la tarea de inventar cuentos como algo muy complejo. Y quería comprobar si Rosa *La Revoltosa* comprendía la importancia de escribir para niños. Mi sorpresa fue colosal. No solo me encontré con unas ilustraciones expresivas, sino que fui descubriendo conforme pasaba las páginas una multitud de detalles inteligentes y rimas divertidísimas. Una historia sobre el respeto a uno mismo para poder respetar a los demás y sobre la fuerza para superar dificultades. Lo acabé con una sonrisa en los labios y me declaré fan incondicional de Rosa *La Revoltosa*.

—¡Me lo llevo!

—¿Quiere que se lo envuelva?

—Sí, por favor. Es para mi sobrina.

—Es muy entretenido —recitó esa mujer inexpresiva—, está muy bien para concienciar a los niños de que no deben beber alcohol. Espero que su sobrina entienda la importancia de las adicciones.

—Tiene dos años —respondí lacónica.

—Ah, bueno…, por eso, cuanto antes se aleje del alcohol mejor —reiteró ella como si supiese de lo que hablaba.

Salí de la librería con el cuento bajo el brazo y con la sensación de que la dependienta tomaba algún tratamiento antidepresivo. Pero lo importante era que acababa de recibir una pequeña lección de humildad. Y al mismo tiempo de realidad. Quizá la obra de Cecilia estaba de forma injusta situada en uno de los mejores sitios del establecimiento, pero en cambio la dependienta me había recomendado la ópera prima de La Revoltosa. ¿Significaba eso que debía dejar de obsesionarme con la idea de que una editorial se fijara

en mi novela y considerar la autopublicación como la opción más decente? Al fin y al cabo, eran los lectores los que tenían la última palabra, ¿no?

En eso pensaba cuando oí mi móvil sonar. Me encontraba en mitad de la calle Ancha y lo saqué del bolso con la confianza de que fuese Aníbal. De hecho, fantaseé más de la cuenta con la remota posibilidad de que estuviese pensando en mí tanto como yo en él, pero por desgracia el wasap provenía de un número oculto. Un mensaje que me hizo recordar que mi vida no era un cuento de hadas, sino más bien un tenebroso relato de Alfred Hitchcock.

> Querida Gabi, imagino que ya sabes quién soy. Espero que estés avanzando con la historia de la inspectora. Me dejaste muy intrigado. En breve uno de mis chicos te dará instrucciones para que volvamos a vernos y me entregues la primera parte. Confío en ti. No me falles, Solari.

Me quedé petrificada contemplando la pantalla y luego corrí rauda hacia mi casa.

Muerta de miedo.

25

Cumpleaños ¿feliz?

El cumpleaños de Carmen comenzaba a las seis de la tarde de ese domingo y debía terminar a las nueve. Raquel había contratado tres horas. Pero a mí me parecieron tres días.

La fiesta fue en un local de unos cien metros cuadrados situado muy cerca de casa, en la misma plaza de España. Se trataba de una de esas franquicias de ocio infantil que ofrecen actividades de carácter lúdico, educativo y cultural, además de una diversidad de juegos. Raquel había invitado a varios compañeros de la guardería de Carmen y a sus amigos más íntimos. En total, unas veinte personas entre niños y adultos.

Cuando accedí, visualicé a la pequeña sentada en una trona con una corona de papel y una camiseta de la princesa Mérida de *Brave*. Miraba a su alrededor con los ojos despiertos y de vez en cuando tocaba las palmas. Habría deseado ser ella al menos por unas horas. Tan feliz, despreocupada y bonita.

Quería relajarme y disfrutar del cumpleaños de mi sobrina, pero la tensión en mis hombros no desaparecía. Debía tener listo el primer volumen y finalizar la trilogía de una vez por todas. Rey no era un tipo de los que bromeaban. Y concentrarme bajo esa presión no estaba resultando fácil.

Aníbal aún no había llegado, y me preocupaba mucho que no lo hiciera. Nadie excepto él y yo sabía lo que había sucedido entre nosotros la noche del viernes. Y esperaba que él no les contase nada a mi hermana y a mi cuñado.

Deseaba verlo a pesar del nerviosismo. No lograba apartar de mi mente su cuerpo encima del mío y aquella multitud de sentimientos que me embargaban. Así que, mientras la fiesta avanzaba, mis ojos no se apartaron de la puerta.

Raquel me pidió que la ayudase a colocar unos aperitivos en la mesa reservada para los adultos. Y eso me mantuvo ocupada al menos durante un rato.

—Por favor, Gabi, cuando llegue mi suegra intenta que mamá y ella no estén muy cerca la una de la otra —cuchicheó sin que nadie la

oyera.

—¿Y cómo pretendes que haga eso?

—No lo sé, pero necesito que me ayudes. Charla con ella y mantenla entretenida.

—Pensé que no vendría. Hace años que no la veo en los cumpleaños de mis sobrinos.

—Yo también mantenía la esperanza de que no viniera. Pero esta mañana me ha llamado y me ha dicho que quiere retomar la relación con los niños. Últimamente no hace más que decir tonterías. Y para colmo ahora le ha dado por tatuarse el cuerpo. Me lo ha soplado Aníbal, que se lo ha contado Lidia. ¿Tú lo sabías?

—Sí, me comentó algo Lidia, pero no sé… Se me pasó decírtelo.

—¿Se te pasó decirme que mi suegra se va a tatuar un dragón chino en la espalda?

—Pues sí, Raquel. No pienso en esa mujer todos los días, la verdad. A ti también se te ha pasado decirme que te van a cambiar de puesto en el trabajo —la increpé soltando un plato de papel en la mesa y, de paso, tanteando el asunto.

—¡Ah, eso! Ni me lo recuerdes. Ya te lo contaré bien.

—Pero ¿no decías que te quedarías para siempre en la Unidad de Atención a la Familia y a la Mujer?

—Lo creía así, pero al parecer faltan agentes en la UDYCO y me han trasladado de departamento. El caso que estamos investigando bien podrías utilizarlo para una novela.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—Raquel, ven un momento —vociferó mi cuñado interrumpiendo nuestra conversación.

Acababan de llegar unos amigos de ellos y David se apresuró a recibirlos.

Quería que me contara más cosas acerca de esa investigación, pero ese día no sería posible.

—Por favor, hermanita, recuerda lo que te he dicho: si aparece Asun, que ella y mamá se mantengan alejadas. Quiero tener la fiesta en paz.

—Vaaaaale.

Mi madre andaba por allí, saludando a todo el mundo y charlando como si no hubiese un mañana. Mario estaba sentado en una esquina

con la pierna apoyada en un taburete y toqueteando su teléfono. Había ido a la fiesta obligado por sus padres y no ocultaba su enojo. Cuando acabé de colocar los aperitivos, me acerqué e intenté conversar con él.

—¡Ehh, colega! —arrullé con un tono amigable—. ¿Qué tal va esa pata?

—Mal. No puedo ir a la playa y tampoco podré jugar los partidos finales. Y encima hoy mis amigos han quedado en casa de Kike para echar unas partidas a la Play y yo me tengo que quedar toda la tarde en esta mierda de cumpleaños.

—Vaya, qué vida más deprimente la tuya. Pensé que yo tenía problemas, pero ahora, oyéndote, me doy cuenta de que lo mío no es nada. No sé por qué no das el paso y acabas con tu existencia aquí mismo.

—Muy graciosa.

—Vamos, Mario —relaté dándole un empujoncito con mi hombro —. Intenta divertirte un rato. Es el cumpleaños de tu hermana. No se cumplen dos años todos los días. ¿Quieres perderte su carita soplando las velas? Mírala, está para comérsela.

—Pero si ella ni siquiera recordará este día.

—Ya, pero tú sí. Y cuando seas mayor te gustará tener una foto con ella justo en el momento en el que sopla las velas de su segundo cumpleaños.

Él hizo un gesto de reflexión con los ojos mientras seguía mirando la pantalla del móvil. Mario era un buen chico. Quizá se encontraba en una edad complicada, pero en el fondo poseía nobleza y un corazón enorme. Observé su perfil y me percaté de que a medida que crecía se parecía más a David.

—¿Te enrollaste con Aníbal en el instituto?

Su inesperada pregunta me sacó de mi ensoñación, obligándome a parpadear varias veces.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Él.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—El viernes, cuando estuvo en casa. Estábamos hablando de cosas de hombres.

—Cosas de hombres…

—Sí, Gabi. Tú fuiste muy cursi explicándonos lo de los

preservativos, así que lo llamé a él. Lo de descargarme el juego fue solo la excusa, pero en realidad quería preguntarle algunas cosas sobre las chicas.

—Claro, y Aníbal te pareció mejor opción que yo para hablar sobre chicas.

—No te enfades. Pero, bueno, es evidente que él tiene más experiencia que tú. Papá siempre dice que es un ligón y que en vuestra época de instituto Aníbal era…, ya sabes, el guaperas de la pandilla.

Entonces me crucé de brazos intrigada y dejé caer mi espalda en la silla.

—Muy bien, ¿y qué fue lo que te contó? ¿Y a cuenta de qué salió mi nombre en la interesante charla?

—Bueno, estaba dándome algunos consejos sobre cómo ligar. Y le pregunté si se había enrollado con muchas chicas a mi edad. Fue entonces cuando me contó lo que pasó entre vosotros… —atestiguó riendo—. ¿Es verdad que él fue el primer chico al que besaste?

—Claro que no —mentí sonrojada.

—Él dice que sí. Y yo creo que es verdad. ¿Por eso siempre te ha caído mal? ¿Por lo que hizo luego?

Su sonrisita maliciosa me irritó un poco. «Maldito niño.»

—Bueno, no solo por eso. Digamos que Aníbal, además de guaperas, era también gilipollas.

—¿Pues sabes qué creo yo? —dijo mirándome de lado.

—¿Qué?

—Que dices eso porque siempre te ha gustado. Y mi madre también lo piensa. Dice que llevas toda la vida odiándolo, pero que al final acabarás con él. Aunque tú aún no lo sepas.

Me humedecí los labios e intenté que él no descifrara el gozo que me provocaba su conclusión.

—Ante eso, ¿qué puedo decir? Por lo que veo, tu madre y tú ya habéis resuelto mi vida sentimental.

—En realidad hacéis buena pareja. Mucho más que con ese novio músico y canijo con el que salías. La pena es que Aníbal ahora tiene novia.

El rostro de Violeta me asaltó como un disparo.

Quise responderle cambiando de tema, pero ya lo hizo él mismo cuando desvió la mirada de mí y enfocó la puerta.

—¿Esa es mi abuela Asun?

Su pregunta me apartó de mis cavilaciones y seguí la dirección de sus ojos.

—Me temo que sí —rezongué sin dar crédito.

Asunción hizo su magistral entrada. Un silencio asoló el local durante unos breves segundos. Tan solo se oyeron las voces y las risas de los más pequeños en el interior del parque de bolas mezclada con aquella atosigante melodía de los CantaJuegos. Ella avanzó despacio hacia la zona lateral donde nos encontrábamos Mario y yo.

No había mentido en absoluto cuando me dijo que iba a cambiar. Claro que yo había entendido que rehuiría sus adicciones e intentaría ser una persona normal. Pero el cambio al que ella se había referido era para variar por completo su indumentaria, pasando de ser una anciana mustia y vestida de luto a una especie de fan carcamal de los Guns N' Roses. Esto último lo deduje por la camiseta que llevaba impreso un dibujo en el pecho de un *fan art* muy similar a esos asociados a la banda musical, con calaveras y pistolas. Complementando el *look*, se había enfundado en unos vaqueros rajados que acentuaban su enjuto cuerpecito. Eso sí, llevaba el mismo bolso rancio con el que la había visto en las anteriores ocasiones. A pesar de la ropa, lo que más me sorprendió fue su cabello. Ahora lo lucía igual de ahuecado pero lila.

—Abuela, ¿qué haces vestida así? Esto es una fiesta de cumpleaños, no de disfraces —dijo Mario carcajeándose.

Le di un codazo a mi sobrino para que cerrara el pico.

—Hola, Asun —recité yo violenta—. Está muy guapa con su nuevo… peinado.

—Hola. Gracias. Veo que tú sigues sin cambiar el tuyo —respondió ella mirando a un lado y a otro, desafiando a sus espectadores.

Las caras de los amigos de mi hermana cuchicheando y riendo transformaron el momento de incómodo a asfixiante.

—Bueno, quizá me corte las puntas esta semana —repliqué sin saber qué demonios responder.

—¿Dónde están Raquel y mi hijo? Solo he venido a traerle el regalo a mi nieta y me marcho. Tengo muchas cosas que hacer —refunfuñó ella.

—¿Qué cosas, abuela? Si estás jubilada y vives sola.

—¿Y a ti qué te ha pasado en la pierna?

—Me torcí el tobillo jugando al fútbol.

—Claro, es que con vuestra edad os creéis estrellas del deporte. Lo que tienes que hacer es buscarte un trabajo y no pasarte todo el día delante de la videoconsola.

—Tengo catorce años, abuela. No puedo trabajar aún.

—¿Catorce? ¿No habías cumplido ya dieciséis?

—No, Asun —farfulló mi madre apareciendo de la nada y enfrentándose a la que posiblemente fuera su peor enemiga sobre la faz de la Tierra—. Mi nieto tiene catorce años. Cumple los quince en noviembre. Como su padre. Solo que con tres días de diferencia. Pero supongo que tú de eso no tienes ni idea, ¿verdad? Porque no llamas a tu hijo por su cumpleaños ni aunque te paguen por ello.

—Vaya, ¡mira quién está aquí! La abuelísima.

Mario y yo nos miramos con horror. Ya sabíamos cómo acabaría ese encontronazo.

—Pero ¿de qué coño vas vestida? Si se puede saber —dijo mi madre con los brazos en jarras y mirándola de arriba abajo—. Madre mía, esta mujer cada día está peor.

Me situé entre ellas dos e intenté hacer de mediadora. Pero no sirvió de nada. Ambas se lanzaron reproches asesinos mientras yo buscaba desesperada con la mirada a Raquel y a David. Conseguí que mi cuñado me viera y se acercara a saludarla.

—¿Mamá? —inquirió a medida que se aproximaba con Carmen en brazos.

—Sí, hijo, sigo siendo tu madre. Aunque alguna por aquí se haya atribuido ese rol.

—¿Por qué vas vestida así?

—¿Así, cómo? Unos vaqueros y una camiseta. Tampoco es para tanto. Llevas años diciéndome que me quite el luto. Pues ya lo he hecho.

—¿Y esos pelos? Nunca te había visto el cabello de ese color.

—Siempre hay una primera vez para todo —argumentó ella intentando coger a Carmen, pero la pequeña la rehuyó como si fuese un ogro.

—Y una última —masculló mi madre dándose la vuelta y haciéndole un desaire.

David me lanzó una ojeada y yo no pude hacer otra cosa que encogerme de hombros.

La siguiente en aparecer fue Raquel. Su reacción se asemejó a la de

David. Repasó a su suegra de arriba abajo, pero gracias a Dios fue más inteligente y comentó que le gustaba mucho su nuevo *look* roquero.

—Gracias, Raquel. Menos mal que tú eres la única que me comprende. Por cierto, te veo bastante más gorda. No estarás embarazada otra vez, ¿no?

Mi hermana, acostumbrada a ese tipo de ataques, e inmune por completo a la lengua viperina de su suegra, respondió con perspicacia.

—No, Asun. Son solo kilos de felicidad —dijo levantándose la camiseta para mostrarle su abdomen plano, musculoso y envidiable.

A continuación la invitó a sentarse bastante alejada de mi madre y le ofreció un refresco.

Mario y María fueron los encargados de entretenerla durante el tiempo que estuvo en la fiesta. Y yo procuré que mi madre y ella no volvieran a cruzar palabra.

*

Pensaba que la presencia de Asunción sería lo más incómodo que experimentaría esa tarde, pero me equivocaba por completo. Porque Aníbal seguía sin aparecer, y comencé a angustiarme. Quería preguntarle a David por él, pero sabía que esa pregunta desencadenaría un interrogatorio por parte de mi cuñado.

Mientras mi hermana y David continuaban relacionándose y hacían lo posible porque la pequeña Carmen disfrutara con sus amiguitos, yo los ayudé a atender a todos los invitados.

La fantástica banda de Casi se oía de fondo acoplada a los alaridos de los más pequeños. Había un par de animadoras entreteniendo a los niños. Cada vez que miraba a Carmen y la veía sonreír feliz y contenta se me olvidaban las preocupaciones. Sin embargo, al cabo de un rato —no lo pude evitar— empecé a aburrirme muchísimo. Quería sentarme junto a María y Mario, pero me hallaba custodiando a mi madre en una mesa cercana a la puerta principal.

Bostecé apoyando la mejilla en mi mano y ella me acechó con curiosidad.

—Últimamente apenas duermes por las noches, ¿no?

—No resulta fácil con las juergas que se monta la señora Astor —me quejé poniendo como excusa a nuestra vecina.

—No soporto a esa vieja pajillera… Estoy deseando encontrármela

cara a cara. ¿Sabías que le tira los tejos a Paco?

—¿Ella? Pero ¿qué dices, mamá? Si esa mujer tiene por lo menos noventa años. Apenas puede moverse con la artritis reumatoide que padece. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Él?

—Sí, bueno, me ha contado que lo llama todas las noches para que le tire la basura y le pide que le ponga las películas en el DVD. Dice que tiene un mueble entero con películas pornográficas. Y que las carátulas son muy obscenas. Paco cree que esa es su manera de insinuársele.

—¿En serio? ¿No será que a Vargas se le está subiendo a la cabeza eso de ligar con las vecinas? Porque no veo yo a la señora Astor muy conquistadora, la verdad. Igual nuestro conserje lo único que pretende es ponerte celosa diciéndote esas cosas.

—¿Celosa? ¿A mí? Paco y yo solo somos amigos, Gabi.

—Amigos que duermen juntos —esclarecí clavando los codos en la mesa.

—Mira, sé que no te gusta Paco, pero…

—Ya lo sé, pero a ti sí. Sé que vas a decirme que es más masculino que Josema y bla-bla-bla.

—No, no es eso lo que iba a decirte. Si me escucharas un poco más igual entenderías por qué me gusta estar con Paco.

Me dejé caer en el respaldo de la silla y suspiré.

—Pues venga, te escucho.

—Me hace compañía, hija. Ya sé que no se parece en absoluto a papá. Pero es que yo no busco a nadie que se le parezca. Su recuerdo aún está muy presente en mí. Con Paco tan solo me divierto. Aunque no lo creas, me hace reír y tenemos muchas cosas en común. Él se quedó viudo siendo muy joven. Perdió a su mujer y a su hijo en el parto y jamás se ha vuelto a casar. Por el momento es solo un amigo con el que me gusta estar. Nada más.

Hizo una pausa y se miró las uñas.

—Sé que piensas que es muy distinto de mí. Tal vez no sea muy elegante ni refinado, pero yo veo en él honestidad y franqueza. Y eso me hace sentir bien, Gabi. No necesito más.

Guardé silencio, recapacitando sobre sus palabras. Me di cuenta de que había estado tan absorta en mis propios problemas que apenas había reparado en que mi madre lo único que intentaba era ser feliz. Sin expectativas ni pretensiones. Estaba siendo injusta con Vargas, y

sobre todo con ella.

—Lo siento, mamá —dije poniendo una mano sobre la suya—. Llevas mucha razón. Intentaré ser más amable con él. Creo que lo he juzgado mal.

Ella alcanzó una aceituna y la masticó.

—Por supuesto, hija. Pero bueno, no te preocupes, rectificar es de sabios.

Lancé una ojeada a la puerta porque atisbé que se abría. Por un momento creí que sería Aníbal, pero el chasco fue brutal cuando comprobé que era Vargas quien entraba. Mi madre se había tomado la confianza de invitarlo.

—Mira, ya ha llegado Paco. Recuerda, sé amable con él —recitó ella eufórica levantándose a recibirlo.

—Qué bien… —bisbiseé poniendo los ojos en blanco.

Vargas había cambiado su camiseta de propaganda por una camisa blanca de manga corta un pelín apretada y un pantalón negro demasiado corto para mi gusto. Llevaba el pelo engominado al más puro estilo Marlon Brando como capo mafioso, solo que a mí me recordó más bien a un camarero de crucero antiguo. Traía un regalo para Carmen y mi madre se lo quitó de las manos para dejarlo junto al resto.

Los contemplé a ambos moverse por el local. Él se aproximó a David y a Raquel y conversó con ellos unos minutos. Parecía nervioso y… ¿enamorado? Sí, de repente, pensé en todo eso que había dicho mi madre. ¿Y si Vargas era solo un buen hombre? ¿Se escondía bajo esa extraña fachada una persona sensible y gentil?

—Hola, señorita Gabi —dijo aproximándose cohibido y tomando asiento en una silla cercana a mí.

Su perfume barato y empalagoso me llegó desde esa distancia.

—Hola, señor Vargas. Se ha puesto usted muy elegante.

—Bueno, lo he *intentao ar meno*.

—Paco, ¿te apetece una cerveza? —le preguntó mi madre antes de sentarse a su lado.

—Eso ni se pregunta, *mujé*.

—¿Y tú, Gabi?

—Venga, sí, ¿por qué no?

Ella se alejó a buscar las bebidas y me quedé a solas con Paco.

—¿Ha *vuerto* a *quedá* con mi sobrino?

—No. De momento no. ¿Consiguió localizarlo? —pregunté expectante.

—Sí, me dijo que había *tenío* un problemilla con *er móvi* y que por eso no pudo responderme. También me confesó que le había *paresío usté* una chavala *mu* maja.

—¿Maja?

—Sí, eso dijo. Le aconsejo, señorita Gabi, que no se haga *mucha ilusione*. *Er* niño es un *picafló*. Aun así, me ha dicho que quiere otra *sita* con *usté*.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—*Pue* no lo sé. Me dijo que la llamaría. Pero *vamo*, que si tiene *usté mucha gana* de verlo, puedo darle un toque ahora mismito.

—No, no. Gracias, no es necesario. Esperaré a que me llame.

—Claro, *mujé*, hágase *de rogá*. A los *hombre* nos gustan las *mujere difísile*. Hágame caso a mí, que yo tengo bastante *esperiensia* en ese campo.

Justo en el momento en que mi madre regresaba a la mesa con las bebidas, oí otra vez abrirse la puerta. Aníbal entró y barrió el local con la mirada. De pronto, sus ojos se encontraron con los míos y sonreí sin poder evitarlo. El corazón me saltó dentro de la caja torácica. Sin embargo, él no me devolvió la sonrisa. El cuerpo de mi madre no me permitió ver que tras él había otra persona hasta que ambos avanzaron y se quedaron de pie esperando a que Raquel y David los recibieran.

Aníbal había venido a la fiesta acompañado. Violeta se situó a su lado y agarró su mano.

Un desagradable escalofrío ascendió por mi espalda. Jamás me había sentido tan desgraciada como en ese momento. Ni siquiera cuando Josema me cantó su absurda canción para romper conmigo.

El mundo dejó de girar en ese instante.

Vargas continuaba hablándome, pero ya no oía su voz. No oía nada. Tan solo mi respiración cada vez más lenta y agónica y la sangre subiéndoseme a la cabeza. Estaba convencida de que, de haberme tomado el pulso, no lo habría encontrado.

Mi madre se percató de mi expresión y giró la cabeza para comprobar qué era lo que me tenía tan paralizada. Cuando volvió a mirarme, supe que había sacado su propia conclusión.

—¿Esa es la novia de Aníbal? —cuchicheó.

Asentí en silencio y acto seguido saqué mi móvil del bolso e hice como si no me importara en absoluto.

Las manos me temblaban.

—Parece mayor que él, ¿no? —insistió mi madre hurgando con la uñita en esa herida lacerante que se había abierto en mi pecho.

—Es que lo es —respondí toqueteando el teléfono.

Ella me observó unos segundos y luego continuó charlando con Vargas.

Percibí un sabor amargo en la garganta y una punzada de dolor golpeándome las sienes.

«Tranquilízate, Gabi.»

Aún no había roto con ella, y por la expresión con la que sus ojos me miraron discerní que eso no sucedería. Quizá ese era su modo de decirme que lo nuestro solo había sido un rollo de una noche. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

David y Raquel se acercaron a saludarlos. Violeta iba ataviada con un vestido camisero verde militar y él llevaba un polo casi del mismo tono que ese vestido. Sufrí aún más rabia al verlos tan conjuntados. No me pasó desapercibida la ojeada indulgente que me dirigió mi hermana, sin embargo, traté de matar el tiempo navegando por internet. Anhelaba con todas mis fuerzas poder largarme de allí cuanto antes.

Oí a David ofreciéndoles algo de beber y luego los invitó a sentarse a la misma mesa donde nos hallábamos mi madre, Vargas y yo.

La situación pasó de ser incómoda a insoportable.

—Hola a todos —dijo Violeta entusiasmada con su voz irritante mientras tomaba asiento junto a mi madre.

Yo alcé la cabeza para devolverle el saludo con educación y me encontré de nuevo con la mirada de Aníbal.

—Hola, Gabi —musitó él.

—Hola —respondí regresando a mi teléfono.

—Usted es la madre de Raquel, ¿verdad? Se parecen muchísimo.

Mi madre, a pesar de notar mi turbación y la de Aníbal, conversó con Violeta como si tal cosa.

—La verdad es que sí, hija. Es la que más se parece a mí. Gabi y María se parecen más a su padre. Y dime, ¿lleváis mucho tiempo saliendo Aníbal y tú?

—Unos ocho meses, ¿no, cariño?

—Sí, más o menos —carraspeó Aníbal.

—Nos iremos a vivir juntos muy pronto —anunció Violeta feliz.

—Pues me alegro mucho por vosotros.

—Qué bonito es el *amó* —soltó Vargas chistoso.

La siguiente media hora me sirvió para entender por qué Raquel aseguraba que Violeta era exasperante. Su voz aguda penetró en mis oídos y alteró mi sistema nervioso.

Mamá y ella conversaron como si sus vidas dependiesen de ello.

Hasta ese momento había creído que no existía en el mundo una persona que charlase más que mi madre, pero eso cambió en cuanto fui conociendo un poco más a Violeta.

El reloj avanzaba y ellas seguían allí, moviendo sus lenguas y creyendo que solucionarían los problemas del mundo. Vargas, de vez en cuando, intervenía para añadir alguna perla.

Por fortuna, una de las veces Violeta se levantó para saludar a una conocida y me concedió un respiro.

Yo apenas había abierto la boca y mi madre no dejaba de pasear su mirada de Aníbal a mí.

—Aníbal, tu novia es muy simpática.

—Gracias, Carmen.

—Y se ve muy enamorada de ti. ¿Pensáis casaros?

—No… No lo creo.

—Le gustan mucho los bebés, por lo que veo —dijo ella escudriñando a Violeta, que en ese instante sujetaba a uno de los amiguitos de Carmen.

—Demasiado —afirmó Aníbal muy serio.

Tras un silencio enrarecido, él se frotó la frente durante unos segundos y luego clavó sus ojos en los míos. Estaba buscando la manera de explicarse. Lo que no me esperaba era que fuese a soltar ese bombazo allí, delante de mi madre y de Vargas.

—Gabi —musitó incorporándose un poco más en su silla sin importarle que tuviésemos público—, Violeta tiene un retraso.

El móvil estuvo a punto de caérseme de las manos.

—¿Es retrasada? —interpeló mi madre, menos aguda—. Pero ¿no ha dicho que era fiscal?

—Uy, *po* no lo *parese.* Se ve una *mushasha mu* normalita.

Un pitido continuado y desapacible se instaló en uno de mis oídos.

Aníbal negó con la cabeza y se pinzó el puente de la nariz.

—Lo que quiero decir es que puede ser que esté embarazada.

—Ahhhhhhhh… —aulló la pareja al unísono.

Luego, tanto Vargas como mi madre cerraron el pico al fin.

—Me lo ha dicho hace solo unas horas —continuó él ante mi estupor—. Iba a venir al cumpleaños solo, pensé que llegaba esta noche del congreso, pero se ha adelantado.

Hice lo posible por controlar la respiración.

—Muy bien, pues me alegro mucho por vosotros. Espero que seáis muy felices juntos.

—Gabi… Hablaré con ella.

—Tengo que ir al baño un momento. Si me disculpáis.

Temí que el tembleque de mis piernas no me sostuviera en pie. Esquivé a varios niños y a algunos padres y me encerré en el baño. Apoyé la frente en la puerta e intenté respirar hondo. No quería llorar, pero cuando me di la vuelta con la intención de mojarme la nuca me di cuenta de que me había encerrado en el aseo de los niños pequeños. Un urinario diminuto y un lavabo que parecía de juguete aportaron al desastroso momento un poco más de estrago. Me llevé las manos a la cara y deseé quedarme allí dentro el resto de la fiesta.

¿Aníbal y Violeta iban a tener un bebé? ¿Era eso lo que acababa de decirme?

Traté de calmarme y superar el ataque de ansiedad que amenazaba con desestabilizarme.

Unos diez minutos después, aún conmocionada, busqué a Raquel para decirle que me marchaba. Pero mi hermana no estaba dispuesta a dejarme ir.

—¡Pero ¿qué dices?! Carmen va a soplar las velas en breve y aún tiene que abrir los regalos. No puedes marcharte.

La miré angustiada y ella intuyó el motivo por el que quería largarme. Aunque aún no conocía todos los detalles.

—No hagas eso, Gabi. Siempre haces lo mismo. No huyas de los problemas. Tienes que enfrentarte a ellos.

—Raquel, tú no lo entiendes.

—Pues claro que lo entiendo, por eso te dije que trajeras a algún amigo.

—¿Otra vez con eso?

—Mira —bufó mi hermanita tomándome por el codo—, supongo que tendrá que ver con lo que pasó entre Aníbal y tú cuando os

marchasteis de mi casa el viernes, y con el hecho de que haya traído hoy a la insoportable de Violeta, a pesar de que esta mañana me confirmó que vendría solo. Pero sobre todo eso hablaremos cuando acabe el cumpleaños, ¿de acuerdo? Ahora cambia esa cara y haz como que la presencia de ambos te importa una mierda. ¿Sí?

Sabía que ella solo quería ayudarme. Aprecié su preocupación.

—Vale.

Y eso fue exactamente lo que hice.

La fiesta duró una hora y media más. Y durante ese tiempo me alejé de Aníbal y de su novia en posible estado de gestación y me limité a observar cómo Carmen reía y jugaba con todos sus amiguitos. Charlé con las otras madres e intenté escapar del campo de visión de Aníbal en la medida de lo que pude, pero la angustia me recorría de la cabeza a los pies.

¿Así iba a ser mi vida a partir de ahora? ¿De verdad iba a vivir en primera línea cómo Aníbal creaba su familia con Violeta mientras yo era cada día más desdichada? ¿Solo podría tener patéticas citas buscadas por mi madre con patanes como Thor?

En eso pensaba cuando él se acercó a mí sin yo esperarlo. Me hallaba con Carmen en brazos y él aprovechó la coyuntura de que Violeta hablaba con David en la otra punta del local.

—Gabi —susurró disimulando y sosteniendo la manita de Carmen —. Por favor, necesito que me entiendas. Iba a hablar con ella, pero me ha soltado eso de que tiene una falta. Joder, no sé qué hacer.

No respondí. Ni siquiera lo miré. Solo besé a Carmen en el moflete e hice como si no lo hubiera oído. Carmen quiso ponerme su chupete como muestra de cariño.

—Gabi… —repitió él.

—No tienes que hacer nada. Nos olvidaremos de lo que pasó y punto. Te aseguro que, de no haber estado borracha, jamás me habría acostado contigo.

Él entrecerró los ojos.

—Así que estabas borracha…

—Exacto —aseguré inexpresiva.

Carmen balbuceó unas palabras y se removió en mis brazos para que la soltara. Por fortuna, Raquel se aproximó a nosotros y me salvó de él.

—Creo que ya es hora de que este bichito sople las velas. Ayúdame

con la tarta.

—Claro —dije dándole la espalda a Aníbal.

Mi sobrina sonrió eufórica mientras todos los presentes le cantábamos *Cumpleaños feliz*. Nos dedicó unos gestos muy divertidos y apagó las velas tal y como sus padres le habían enseñado los días previos. Mario se situó a su lado y yo misma me encargué de tomar esa foto que luego puse de fondo de pantalla.

Raquel y David se sentaron junto a ella y la ayudaron a desenvolver todos los regalos. Primero abrió los de sus amiguitos de la guardería: un montón de juguetes que ella recibió dando palmadas. Violeta y Aníbal le regalaron un peluche de Disney que Carmen abrazó con alborozo y un vestido caro y precioso. Por supuesto, me aparté en ese momento. No dejaba de pensar que mi presupuesto solo había alcanzado para un mísero cuento, por lo que retrasé el momento de dárselo.

Asunción puso la guinda antes de marcharse regalándole a la pequeña un teléfono móvil usado. Explicó en público que ella se había comprado uno nuevo y que le hacía mucha ilusión que su nieta se quedase con su móvil antiguo.

—¿Un teléfono? —comentó mi cuñado asumiendo que su madre ya no tenía remedio.

—¿Por qué pones esa cara? Cuanto antes empiece a utilizarlo, mejor. Ni te imaginas lo que me costó a mí entender el dichoso aparato.

—Claro que sí, Asun —dijo mi hermana con sorna—. Le va a venir genial para sus llamadas internacionales y sus transferencias financieras.

—Pues, hala, me marcho.

Mi madre masculló algo, pero gracias a Dios Asunción se largó sin oírla.

El local se quedó más despejado tras la entrega de los regalos. Sin embargo, Aníbal y Violeta seguían allí, conversando con otros padres. Ella tenía la cabeza en ese momento apoyada en su hombro mientras él se mantenía rígido como una estatua.

Decidí que no quería seguir allí ni un segundo más y me acerqué a la pequeña para entregarle el cuento. Se hallaba sentada en la falda de Mario, con el pipo puesto y los ojos cansados. La ayudé a desenvolverlo en cuclillas y yo misma comencé a contárselo,

mostrándole las simpáticas ilustraciones. Tanto Mario como ella rieron con los dibujos a medida que pasábamos las páginas. Pero cuando iba por la mitad divisé a Aníbal aproximándose.

—¿Cómo se llama el cuento? —preguntó él imitándome y colocándose en cuclillas al otro lado de Mario. Su rostro quedó frente al mío.

—*El estornino Paulino ya no bebe vino* —respondió mi sobrino.

—Qué interesante… ¿Le has regalado a la pequeña un cuento sobre un pájaro alcohólico?

—Exalcohólico. Es importante que conozca las desventajas de beber vino. Hay personas a las que el alcohol las confunde hasta el punto de cometer errores garrafales.

Él soltó una risita que resultó más bien un bufido.

—Claro, y no quieres que a tu sobrina de dos años le pase lo mismo. Muy bien pensado.

—Es mejor concienciarla desde pequeña —dije con sarcasmo acariciando los tirabuzones de Carmen, que sonreía señalando uno de los dibujos—, aunque, ahora que lo pienso, Mario, este cuento también es para ti.

—¿Para mí?

—Sí, debes saber que cuando una chica bebe alcohol no está en condiciones de decidir si quiere enrollarse contigo o no. Siempre es mejor esperar a que esté sobria para intentarlo. Eso es de primero de pelar la pava. Por si aún no te lo ha explicado nadie.

Aníbal y yo nos sostuvimos la mirada, desafiantes. Mi comentario había logrado sin duda el efecto deseado.

—¿Había más ejemplares en la librería? Si es así, creo que deberías comprar otro para ti. Por lo que veo, tú eres la única que debe aplicarse este cuento, Gabi Gafitas —soltó él bastante molesto.

—Vosotros dos estáis enfadados, ¿a que sí? —preguntó mi sobrino con indiscreción.

Pero justo cuando él se incorporaba para alejarse, oí la voz de Vargas llamándome desde la puerta. Ambos nos giramos al mismo tiempo.

—¡Señorita Gabi, mire quién ha *venío* a verla! ¡Su Thor!

26

Confianza

Cristian estaba junto a Vargas, con las manos en los bolsillos de su vaquero pitillo y marcando pezones bajo su camiseta blanca y ajustada. Su cara, como un cuadro de Kandinsky, me observaba con evidente provocación.

Aníbal frunció el cejo y paseó su mirada de Cristian a mí.

Me moví a toda prisa —sin dar explicaciones a nadie— y me acerqué a descubrir qué demonios quería ese tipo. El falso Hemsworth había adoptado la pose de uno de los matones de Rey. O eso me pareció a medida que me acercaba.

—Hola, Cristian —dije con la voz temblona.

—Aquí tiene a su *shico*. Mire, ¿ha visto cómo tiene la cara?

—Vaya, ¿qué te ha pasado? —inquirí disimulando.

—Hago boxeo.

—*Po tiene que practicá* un poquito *ma*, *pishita*. No *vea* cómo *tan dejao er careto*. Anda, siéntate y tómate una *servesita* con *nojotro* —dijo Vargas dándole un empujoncito y tomándose la libertad de invitar a su sobrino al evento.

—No puedo quedarme, tío. Tengo que *trabajá*. Solo he *venío* a *hablá* un momento con Gabi.

—Qué responsable es este *mushasho*.

—¿Te importa si charlamos fuera? —preguntó él un pelín nervioso e ignorando a su tío por completo.

—Claro, vamos.

Cuando fui a salir, miré hacia atrás y vi a Raquel cortando la tarta sobre la mesa principal, aunque su atención se centraba en mí. La de Aníbal también. Quizá la de toda mi familia.

Cerré y, una vez en el exterior, le pedí a Cristian que charlásemos más alejados de la puerta. Cruzamos la calzada y nos situamos frente al imponente monumento de las Cortes y la Constitución de Cádiz de 1812. Un par de palomas fueron testigos de nuestra conversación.

—¿Qué haces aquí? —suspiré cruzándome de brazos.

—Eh, tía, no te *haga* ilusiones. Mi tío me ha *disho* que estabas aquí. Ya sé que te has *colao* por mí, pero antes que nada quiero que *dejemo*

las *cosa* claras: tú no *ere* mi tipo. Solo he *venío* porque *er* Rey me ha *dao* un *recao pa'* ti.

—¿Un recado? ¿Qué recado? —interpelé ignorando todo lo demás. No merecía la pena esforzarse.

—*Dise* que quiere verte.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Sí, mañana.

—¿Dónde?

—En la playa.

—¿En la playa? ¿Qué playa? ¿A qué altura?

—Yo qué sé, tía. Me ha *disho* que a *la* ocho de la tarde te *de* un paseo por la orilla en *diresión* a Cortadura y que *lleve* contigo la primera parte del libro ese que *está* escribiendo. Solo ha *disho* eso. Y que no *lleve er móvi*.

Me moví de un lado a otro angustiada. Sentí que me faltaba el aire, a pesar de que la brisa mecía las copas de los árboles y la sensación de frescor resultaba agradable.

—Entonces ¿ahora trabajas para él? —comenté encarando a Cristian.

—¿Crees que tengo *opsión*?

—No lo sé. ¿La tienes?

—Claro que no, *Gafa*. Ese tío *e* un puto sádico. Ya viste lo que le *hiso ar* Egipcio. No le tembló el pulso. No *tiene* ni idea de lo que sería *capá* si no *hase* lo que él *dise*. Tuviste suerte de que te dejara marchar antes de *ve* cómo acabó el *cadave* de ese chico.

—¿Cómo? —gemí aterrorizada.

—Mal. *Mu* mal —dijo mirando al cielo como si no quisiera recordar ese episodio—. No *quiera* saber *ma*. *Ha* lo que él dise y punto. Si lo *hase*, no te pasará *na'*. De lo contrario, convertirá tu vida en un auténtico infierno. De ti solo quiere *tu* libros. Dáselos y te dejará en *pa*.

Escruté su rostro. Sus mechas rubias empezaban a adquirir un tono verdoso, muy similar al del parterre que había a mi derecha.

—¿Por qué te dedicas a todo esto?

—¿A qué te *refiere*? Yo no *hasía na'* malo, tía. Solo vendía *esteroide* en los *gimnasio*. Nunca me mezclé con los *negocio* del Rey. Él se dedica

a otras *cosa* de las que decidí apartarme hace mucho tiempo.

—¿A otras cosas? ¿Qué cosas?

—A todo —confesó encendiéndose un cigarrillo—. Se dedica a todo, *Gafa*. Cocaína, heroína, *arma*…, y ahora también quiere quedarse con la *distribusión* de *lo* esteroides. Ese tío tiene *musho* contactos. Mi padre pasó una temporada con él en la cárcel. Sabe que es un cabrón despiadado. Pero allí dentro se ganó su *confiansa* haciéndole *alguno* favores. Nunca pensamos que el *hijoputa* se metería en nuestro *negosio*. Ni siquiera *imaginamo* que quisiera distribuir también *anabolizante*. Pero me temo que pretende convertirse en una especie de Al Capone. Está ganando *musho* dinero con la droga, sobre *to* con la heroína. Lo sigue un ejército de *yonqui desgraciao* que serían *capace* de *hasé cualquié* cosa por él. Y cuando digo cualquier cosa, ya *sabe* a qué me refiero.

Aquella desapacible información caló en mí y enmudecí a medida que la asimilaba. Luego me llevé las manos a la cara y me froté los ojos como si tratara de despertar de un mal sueño.

—Vale, lo entiendo. Rey es un tipo muy peligroso. Me ha quedado claro. Pero… ¿qué pasará luego?

—¿Luego?

—Sí, ¿qué pasará si después de los libros quiere otra cosa?

—¿Qué cosa?

—Pues no lo sé, dinero o yo qué sé. ¿Y si no me deja en paz? Al fin y al cabo, vi cómo mataba a un hombre. Ambos lo vimos. Hemos sido testigos de un crimen. ¿Crees que eso no va a tener consecuencias? —dije alterada.

Él dio un par de pasos y me tomó por el codo.

—Escúchame, *Gafa*. No *vuelva* a *repetí* eso, ¿me *oye*? Tú no viste *na'* y yo tampoco. ¿Te queda claro? No me *obligue* a *hasé argo* que no quiero.

Me solté de su agarre de mala gana y suspiré con exasperación.

—No eres un matón, Cristian. Se nota a leguas.

—¿Y tú qué *sabe*? No me *conose de na'*, tía.

—Te conozco lo suficiente para saber que no serías capaz de matar a nadie. Pero si continúas trabajando para ese tipo, tarde o temprano te verás involucrado en algo de eso.

—¡¿Y qué coño *quiere* que haga, tía?! —bramó lanzando el cigarrillo al suelo y moviéndose histérico—. Si no trabajo para él,

matará a mi padre y a *mi* hermanos. ¿Es que no lo *entiende*? Ese tío *e capá* de *cuarquier* cosa.

—Si sabías todo eso de él, ¿por qué coño me llevaste contigo a entregar ese paquete? —le reproché airada tras unos segundos.

Cristian me miró con los ojos muy abiertos.

—Joder, yo qué sé. Pensaba que solo quería que le entregara los *esteroide*. Se suponía que era un encargo para él y para sus *shico*. No tenía ni idea de que intentaba sabotearme la *distribusión*, me cago en la puta.

Cristian parecía sincero y asustado. Muy asustado.

Durante unos minutos no pronuncié palabra alguna. Me tomé un tiempo para deliberar mientras él se encendía otro cigarrillo y se movía desazonado de un lado a otro.

Al cabo de una larga pausa, solté lo que me rondaba por la cabeza.

—Podemos ir a la policía. Los dos juntos. Podemos contarles lo que vimos.

—¡¿Es que te has vuelto loca, *quilla*?! —exclamó frustrado—. No *podemo* ir a la *polisía*. *Estaríamo* muertos antes de que lo metieran entre rejas. Sé de sobra que *er* Rey tiene comprada a media comisaría.

Esa confesión me puso el estómago del revés.

—Entonces ¿qué hacemos?

—¿*Hasemo*? Escúchame, *Gafa* —dijo encarándome más cerca—. Tú y yo no *estamo* en el mismo bando. No sé si te *ha dao* cuenta. Llévale mañana tu puto libro y deja las *cosa* como están. ¿Me has oído? Esta no es una de esas *historia* que tú lees o escribes. Esto es la vida real. Aquí, si no *hase* lo que ese tipo quiere, mandará a alguno de los *suyo* a por ti, te violarán, te cortarán a *trocito* y meterán tu *cadave* en un bidón con ácido. Y eso con suerte.

—¿Con suerte? —voceé horrorizada—. Pues menuda suerte.

—Sí, digo con suerte porque puede *hasé* lo mismo con alguien que te importe *musho* y obligarte a verlo antes de matarte.

—Joder —bisbiseé masajeándome las sienes—. Esto es una pesadilla.

—Lo será como no *hagamo* lo que quiere.

De pronto atisbé movimiento en la puerta del establecimiento. Desde donde nos encontrábamos, pude visualizar que Aníbal y Violeta salían del local agarrados de la mano. Mis ojos no pudieron ignorar ese gesto. Aníbal me localizó de inmediato.

—Por favor —cuchicheé muy bajito mirando a Cristian—. Sígueme la corriente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Me moví en dirección a la entrada y Cristian me siguió.

Tras Aníbal y Violeta salieron mi madre y Vargas. Los cuatro se detuvieron en la acera para despedirse. Aníbal seguía con aquella pose rígida, aun así, no se deshizo de la mano de su novia. Solo que ahora su atención se centraba en Cristian a medida que nos aproximábamos.

—Aquí están los *tortolito* —vociferó Vargas sonriente—. *Entonse* ¿qué? ¿Hay segunda *sita* o no?

Cristian me miró y, a pesar de que no era muy espabilado, entendió que debíamos fingir.

—Por supuesto —me adelanté a decir con una risita nerviosa y tomándome la confianza de colgarme de su brazo.

—¡Ese *e* mi niño! —exclamó Vargas dándole una efusiva palmada en la espalda a su sobrino.

Mi madre y Aníbal me observaban casi con la misma expresión escéptica. Mientras tanto, Violeta repasaba a Cristian de arriba abajo.

—Carmen, si *esto do* se casan, que *sepa* que *seremo* los *padrino*.

—Bueno, no nos adelantemos a los acontecimientos. De momento vamos a ver cómo va esa segunda cita, ¿no? —carraspeé con todo el cuerpo en tensión.

—Claro que sí, chata —dijo Cristian cogiéndome la mano y enlazando mis dedos con los suyos.

—¿Qué te ha pasado en la cara, hijo mío?

—Cristian practica boxeo, mamá.

—Pues no se te da muy bien, ¿no? —soltó Aníbal sorprendiéndonos a todos.

Cristian dejó de sonreír de inmediato. Y yo le lancé una ojeada de animadversión a Aníbal.

—El otro acabó *peó* que yo —masculló el interpelado molesto.

El ambiente enrarecido se hizo irrespirable. Nos retamos con miradas unos segundos más. Él, de la mano de Violeta, y yo de la mano de ese chico que tenía tan poco en común conmigo. Y mucho me temía que no era la única que se había percatado.

—Bueno, nosotros nos marchamos ya —recitó Violeta, por primera vez muy acertada. Percibí su irritación, pero aun así lo disimuló bastante bien—. Carmen, ha sido un placer conocerte.

—Igualmente, querida. Espero verte pronto en otra ocasión.

—Seguro que sí. Hasta otro día —dijo mirándonos a Cristian y a mí.

—Adiós.

Aníbal se despidió también de todos. Pero yo me negué a mirarlo a los ojos. Tan solo los contemplé alejarse cogidos de la mano.

Cristian y yo continuamos frente a Vargas y mi madre. Ella se había cruzado de brazos, examinándonos. Su expresión me decía que no se tragaba mi pantomima. Me solté del agarre del falso Hemsworth con la excusa de hacerme una coleta.

—Se *ma ocurrío* que nos *podríamo* ir a *cená lo* cuatro.

—Muchas gracias, señor Vargas. Pero creo que hoy preferimos estar los dos solos, ¿verdad? Quizá otro día.

—*Shiquilla*, ¿cuándo va a *empesá* a tutearme? Que ya *somo* familia.

—Tienes razón, Paco. Creo que tú también deberías tutearme.

Él sonrió complacido. Luego elogió un poco más a su sobrino mientras mi madre se mantenía silenciosa el resto del tiempo, lo cual fue preocupante. Seguramente se estaría preguntando qué demonios me sucedía.

Cuando conseguimos librarnos de ellos y ya se habían alejado lo suficiente, me giré hacia Cristian.

—Oye, muchas gracias por seguirme la corriente.

—Ese tipo era tu exnovio, ¿no?

—¿Quién? ¿Aníbal? Qué va… Bueno, es una larga historia. Da igual.

—Vale, si *quiere fingí* que somos *novio* no me importa. De hecho, será lo *mejó pa' despistá* a mi tío. Pero te *arvierto* que no te *haga ilusione*. Ya te he *disho* que no eres mi tipo. No es que *sea* fea, pero yo busco una chica más de mi estilo. Ya *sabe*, más explosiva. Sé que todo eso que dijiste aquel día en la Casa Cuna no iba en serio. En nuestra cita estuviste *toa* la *noshe* comiéndome con los *ojo*. Pero entiendo que disimularas delante *der* Rey. Hiciste bien en insultarme y negar que yo te gustaba. De lo contrario habría sido *musho* peor para los *do*.

—Claro, ya…

«Madre mía.»

—No te preocupes, Cristian. Intentaré no enamorarme —dije suspirando.

—Eso decís *toas*… En fin, tengo que irme. Recuerda lo de mañana.

Debe darte un paseo por la playa en *diresión* a Cortadura. Sola, sin *er móvi*, y con ese libro tuyo en la mano. No se te ocurra *hasé* ninguna tontería, *Gafita*. En el fondo me caes bien. No quiero que te pase *na'* —murmuró dándome un toquecito en la nariz en plan seductor.

Cristian se marchó y yo me quedé durante un buen rato observándolo desde la acera. En el fondo envidiaba su seguridad. Ese día habría necesitado una buena dosis de su confianza. Al menos me habría sentido menos desdichada.

*

Cuando entré de nuevo en el local para coger mi bolso y despedirme de mis sobrinos, Raquel me abordó.

—¿Ese es el sobrino de Vargas? ¿El que mamá asegura que se parece a Thor?

—El mismo.

Su gesto me indicó que ella tampoco le había encontrado el parecido.

—¿Y qué le ha pasado en la cara?

—Dice que hace boxeo.

—Pues será mejor que cambie de deporte.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Qué quería? —indagó con un tono que no me gustó en absoluto.

—Nada. Bueno, ya sabes… —dije buscando mi bolso entre las sillas —. Quería quedar otra vez conmigo.

—¿Y?

—Pues mira, le voy a dar otra oportunidad. ¿Quién sabe? Igual hasta acabo enamorándome.

—¿De ese tipo? Sí, seguro.

Encontré el bolso y le comenté que tenía que irme. Fui a despedirme de Carmen y Mario, pero ella no me dejó marchar aún.

—¿Estás bien? —me interrogó percibiendo mi inquietud.

—Claro.

—Tienes que contarme qué ha pasado entre Aníbal y tú. Os enrollasteis el otro día, ¿no es así?

—Raquel, no hay nada entre Aníbal y yo y nunca lo habrá —rezongué dejando caer los hombros.

—Venga ya, Gabi.

Aparté durante unos momentos los ojos de mi hermana. Las chicas que habían animado la fiesta estaban recogiendo y adecentando la sala. Me distraje un segundo, pero luego decidí contarle lo que me había confesado Aníbal.

—Hablo en serio. Violeta es posible que esté embarazada.

—¡¿Qué?! ¿Quién te ha contado eso?

—Él. Dice que ella se lo ha dicho hace unas horas. Tiene una falta —musité cerrando los ojos y humedeciéndome los labios.

La gravedad de la noticia se intensificó con la reacción de Raquel.

—No me lo puedo creer. Será gilipollas…

Ella se llevó una mano a la frente y miró al suelo con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás diciendo en serio que es probable que tenga un hijo con esa mujer?

—Eso parece —susurré con un nudo en la garganta.

—Joder, joder, joder…

Mi cuñado apareció detrás de mí y estudió el comportamiento de su esposa, que se sujetaba la cabeza contrariada.

—¿Qué pasa?

—Pasa que tu amiguito es imbécil —alegó Raquel moviéndose de un lado a otro.

—¿Quién? ¿Aníbal?

—Sí, el mismo. ¿Sabes que es muy posible que Violeta esté embarazada?

—No jodas —clamó David desconcertado.

—¡Te lo dije! Esa tía está obsesionada con la maternidad. Sabía que lo haría.

Ese comentario en cierto modo me enervó.

—Raquel, te recuerdo que engendrar un hijo es cosa de dos. Tú deberías saberlo mejor que yo. Parece que estés echándole toda la culpa a ella.

—Que sí, Gabi. Pero esa mujer es… Jooo, ¿no te das cuenta? Aníbal no está enamorado de ella.

Su afirmación, una semana antes, habría sido como un potente tranquilizante, pero en ese momento solo me causó amargura. Ella adivinó el desconsuelo en mi rostro.

—Pues peor me lo pones entonces. El único que está haciendo las

cosas mal en esa relación es él —dije alejándome de ellos para despedir a los chicos.

*

Aquella noche pateé la ciudad como una sombra sin alma. No podía regresar a mi casa tan pronto. Se suponía que me encontraba en mi segunda cita con el falso Hemsworth; además, no me apetecía responder a las cuestiones de mi madre, por lo que solo me limité a callejear, reflexionando.

¿De verdad mi vida iba a ser siempre así? ¿La nefasta consecuencia de un cúmulo de malas decisiones? ¿Acaso no iba a escarmentar de los errores?

Caminé por el centro durante un rato hasta que decidí salir al paseo ajardinado de la Alameda Apodaca para deleitarme con las privilegiadas vistas al mar y ese aroma marinero e inconfundible. Poco a poco me fui sosegando. La noche se hizo más cerrada conforme avanzaba y continué mi andanza complacida por la cautivante atmósfera.

Me crucé con algunas parejas y grupos de jóvenes que ocupaban los bancos más cercanos a la muralla. El mundo seguía girando. Ese maldito reloj de arena no se detenía nunca, pero mi destino no parecía variar.

Me fijé en una chica de unos quince años que coqueteaba con un chico de su misma edad. Reía sin parar mientras el joven le contaba algo. Su risa contagiosa me embelesó. Yo también había reído de esa manera alguna vez cuando pensaba que las cosas serían más fáciles, cuando creía que era posible alcanzar los sueños. Deseé regresar a mi adolescencia y gritarle a la Gabi de entonces que la vida para ella no iba a ser para nada como la había imaginado. Quería decirle que fuese más selectiva con sus parejas. Que no confiara tanto en las personas. Y que dejara de fantasear con un futuro maravilloso.

Me sentía furiosa, decepcionada y frustrada. De haberme encontrado con aquella Gabi, me habría sentado junto a ella y le habría dicho que alejara de su mente esa utopía idealizada de escribir. Esa en la que los escritores que trabajan duro son valorados y recompensados. La habría zarandeado y gritado que en la vida real las editoriales publican libros a gente como Cecilia mientras se sepulta el

talento verdadero. Y no me refería a mí, yo ya había dejado de creer en mis capacidades.

La chica se llevó la mano a la boca y se mordió la uña del pulgar. Todos sus movimientos indicaban que, a diferencia de mí, ella no tenía preocupaciones, no obstante, yo seguí evocando a la Gabi adolescente. A aquella que le habría aconsejado que se quitara de la cabeza la fantasía de vivir de la escritura y sobre todo de tener una cabaña o algún refugio con encanto en la soledad de un entorno salvaje en el que poder escribir. A ella le garantizaría que Pollan había hecho mucho daño diciendo que cualquier creador es capaz de invocar ese pequeño retiro donde trabajar. Pero por encima de todas esas cosas le aseguraría que la realidad es mucho más despiadada que la ficción.

Mis ojos seguían fijos en el rostro de la chica y mi juicio en esa lección cuando oí mi móvil sonar. Lo saqué del bolso cabizbaja y temiendo encontrarme un mensaje que no me gustara, pero por suerte leí el nombre de Lidia en la pantalla. Esbocé una media sonrisa.

Hola, Gabi. En calidad de jefa, te recuerdo que mañana empiezas en
tu nuevo puesto de trabajo a las diez. ¿Qué te parece si nos vemos a las nueve para desayunar y ya de paso
te comento lo que me ha dicho el asesor sobre tu contrato? Me hace mucha ilusión tenerte cerca. Será como volver al instituto, jeje. Un beso.

Esa tarde había estado tan absorta en mi aciaga burbuja que había olvidado por completo que al día siguiente empezaba en mi nuevo empleo.

Sonreí releyendo el mensaje. «Será como volver al instituto», repetí para mí. ¿Lo sería?

Hola, Lidia. Estaré a las nueve en punto allí. Estoy deseando empezar. Muchas gracias por la oportunidad.
Otro beso para ti.

Luego guardé el teléfono y continué contemplando a la joven de la risa contagiosa y al chico que había junto a ella. Mi mente me traicionó y me olvidé de que estaba mirándolos fijamente. Reaccioné cuando otro de los chicos del mismo grupo se plantó delante de mí y me sacó de ese túnel de pensamientos.

—Ehh… Eres tú, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿Las has traído?

—¿El qué?

—Las anfetas. Eres la Yoli, ¿no? El Vasco me dijo que te sentarías en este banco y llevarías gafas. Toma —dijo sacando del bolsillo de su pantalón cien euros y ofreciéndome el billete como lo haría una abuela a su nieto.

—¿Perdona? ¿Crees que soy una camella?

—¿No eres la Yoli?

—No, me llamo Gabi.

—¿Gabi?

—Sí, Gabi de Gabriela.

—¿Y no traes las pastillas?

—Pues no. Pero bueno, si te sirven estas Juanolas —suspiré hurgando en mi bolso a medida que me incorporaba—, te las cambio por los cien euros.

El joven, que tendría un par de años más que mi sobrino y lucía un pendiente con forma de cruz y uno de esos peinados por los que habría que torturar a muchos peluqueros, me acechó con repulsa. Acababa de comprender que yo no era quien él esperaba. Y por supuesto no se tomó bien mi broma.

—Entonces ¿qué coño haces ahí sentada mirándonos?

La chica de la risa ya no reía. Ahora me observaba a unos tres metros, preguntándose por qué demonios no apartaba mis ojos de ella.

—Está bien, me voy —exhalé asimilando que mi manera de observarlos igual había sido un poco intimidatoria.

—Eso, mejor lárgate, mirona —protestó el zagal con tono amenazante.

*

Me encaminé hacia mi casa asumiendo que el único lugar donde nadie me humillaría, me amenazaría ni me confundiría con una camella se hallaba frente a la pantalla de mi ordenador. En el universo de Miller. Donde yo decidía quién vivía y quién no. Quién iría a la cárcel o quién merecía la libertad. Quién podía ser feliz y quién no.

Mi madre, por fortuna, ya se había dormido y mi hermana María aún no había llegado, así que pasé la noche puliendo la primera parte de la trilogía. Cristian había sido bastante rotundo. Al día siguiente debía entregársela a Rey. Pero ¿qué pasaría si no le gustaba? ¿Y si Rey

había albergado demasiadas expectativas sobre mi obra? ¿Tendría eso fatales consecuencias para mí?

*

Mi primer día en el estudio de tatuajes fue más o menos como lo había imaginado. Lidia se esforzó en que me sintiese cómoda y me explicó con voluntad las que serían mis tareas. Jacobo y ella parecían entenderse bastante bien. Y hasta me atreví a apostar que ya había sucedido algo entre ellos, pues jamás había visto a mi amiga con ese brillo en los ojos. Sin embargo, esa mañana, ella y yo no pudimos conversar a solas. Jacobo vino a desayunar con nosotras y luego, en el estudio, la jornada fue bastante atareada. No encontré el momento de contarle que su primo tenía muchas posibilidades de ser padre. Cada vez que pensaba en ello, mi corazón se resquebrajaba un poco más.

Habría sido un primer día de trabajo maravilloso de no ser por todo lo que rondaba por mi cabeza. A las dos de la tarde, Lidia me comentó que podía marcharme. Su idea era que durante el primer mes trabajara solo por las mañanas, aunque más adelante pretendía ampliarme el contrato.

Mientras recogía mis cosas, ella se aproximó a mí.

—Toma —dijo ofreciéndome dos billetes de cincuenta euros.

—¿Y esto?

—Es un anticipo. Sé que no estás pasando por un buen momento económico, así que si te hace falta algo más, dímelo.

—Lidia, pero si acabo de empezar… —musité confusa y al mismo tiempo agradecida.

—No te lo estoy regalando, Gabi. Es solo un adelanto.

—Muchas gracias. Eres maravillosa —dije abrazándola y a punto de echarme a llorar.

—Tampoco es para tanto, mujer.

Parpadeé intentando deshacerme de la humedad de mis ojos. No obstante, a ella le resultó desmesurada mi gratitud.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Es solo que estoy muy contenta. De verdad.

—¿Y qué tal van las cosas con Aníbal? —inquirió ella sutil.

Guardé silencio unos segundos. Un nudo se instaló en mi garganta.

—Bueno, eso… Prefiero que dejemos de hablar de Aníbal por el

momento.

—Es decir, que no van muy bien.

Negué con la cabeza y ella, al percibir que me encontraba al borde del llanto, me agarró las manos.

—Ehh… Escúchame, no quiero verte triste, ¿me oyes? Si Aníbal se ha portado mal contigo, quiero que me lo digas. Le daré una patada en su culo de jurista. ¿De acuerdo?

Sonreí, calmándola.

—No es eso, tranquila. Mañana hablaremos, ¿vale?

—Vale. ¿Quedamos para desayunar como hoy? Pero esta vez las dos solas.

—Estupendo.

Me marché a casa con una sensación amarga.

El reloj continuaba avanzando y el cavernoso momento se acercaba.

*

A las ocho de la tarde, como me había indicado Cristian, comencé mi paseo por la orilla en dirección a la playa de Cortadura. Llevaba una camisola, un bikini debajo y las sandalias en una mano. En la otra, el manuscrito impreso con todas las correcciones. Lo contemplé a medida que avanzaba y me sentí satisfecha de cómo había quedado. Sin embargo, me aterraba la idea de que la primera persona que lo leería ya pulido fuera un asesino como Rey, en vez de Aníbal, David o alguna de mis hermanas.

Lo aferré contra mi pecho y caminé sin saber hacia dónde me dirigía. Cristian había dicho que Rey vendría a mi encuentro, pero por más que examinaba a las personas con las que me iba cruzando ninguna hacía por buscarme.

En otras circunstancias habría apreciado que la temperatura del agua era perfecta y que el color del cielo había adoptado una hermosa variedad de tonos anaranjados y rosas. Me habría gustado que ese paseo fuera voluntario por el mero placer de sentir la suave brisa acariciando mi rostro y admirar ese maravilloso atardecer veraniego. Pero, por más que intentaba calmarme, el miedo y la incertidumbre me acompañaban a cada paso.

Miré a un lado y a otro y me fijé en que la playa estaba bastante

concurrida, lo cual me tranquilizó en parte. Continué caminando, observando mis pies mojados sortear las pequeñas piedras, cuando de repente, embrujada por la laxitud del entorno, regresé a aquella tarde en Los Caños de Meca.

Me vi de nuevo paseando junto a Aníbal, contemplando su perfil y admirando su sonrisa. Recordé nuestro beso y luego mi subconsciente traidor me transportó a su casa. A ese instante en su cama, bajo su cuerpo. Ese en el que sus ojos no se apartaban de los míos mientras hacíamos el amor.

Suspiré asimilando que jamás había sentido nada igual con nadie. ¿Cómo había permitido que ocurriera? Ahora ya sabía que olvidarme de esa noche sería casi imposible. Su olor, su sabor…, su esencia se había quedado adherida a mi piel y, por más que intentaba rechazar los sentimientos que me provocaba recordar nuestro encuentro sexual, no podía apartarlo de mi cabeza.

Me repetí una y otra vez que al fin y al cabo era solo sexo. Sí, quizá el mejor sexo que había tenido en toda mi miserable vida, pero solo eso. Sexo. Debía mentalizarme de que Aníbal ya nunca volvería a tocarme. Lo imaginé con Violeta, besándola igual que a mí y susurrándole al oído palabras sensuales… Cerré los ojos un segundo, experimentando una desolación avasalladora, y luego miré al horizonte.

Cuando quise darme cuenta, había caminado muchísimo. No llevaba reloj, pero estaba casi segura de que había andado al menos una hora. Dejé bastante atrás las murallas de la Cortadura, pero aun así continué caminando. Esa zona se hallaba mucho más despejada y la marea baja aportaba al paisaje una magnitud titánica. Aceché el cordón de dunas y la frondosa vegetación buscando alguna señal que me indicara que debía detenerme, pero conforme avanzaba el paisaje se hacía más desolado e inhóspito.

La certeza de que en breve se haría de noche me heló la sangre.

¿Y si Rey no quería mi manuscrito? ¿Y si solo me había pedido que caminase hasta allí para matarme y arrojar mi cadáver al mar? Me asustaba esa posibilidad. Pero por otro lado decidí que si ese era mi destino no podía hacer más que aceptarlo. Todos mis pasos, mis decisiones y mis estúpidos errores me habían llevado justo hasta ese momento. Me encontraba tan cansada física y emocionalmente que me convencí de que tal vez morir no fuera lo más doloroso.

—Gabriela.

Aquella voz grave y conocida me detuvo de inmediato.

Dejé de respirar unos segundos. Los suficientes para girarme y comprobar que Rey había pronunciado mi nombre.

Se encontraba a unos metros de mí. Solo y vestido como un turista de Benidorm o más bien como Julio Iglesias en su *humilde* propiedad de Miami. Tras él, una cometa sobrevolaba majestuosa y algunas gaviotas aprovechaban la soledad del paisaje para explorar la orilla. Avanzó hacia mí con las manos en los bolsillos y, cuando estuvo a tan solo unos pasos, se quitó las gafas de sol y se las colgó en el cuello de la camisa. Ataviado de esa manera y en aquel entorno idílico, nadie habría dicho que me encontraba delante de un pérfido asesino.

—Has venido —musitó ladeando la cabeza.

Tragué saliva y enderecé los hombros.

—Aquí tiene —carraspeé ofreciéndole el manuscrito y yendo directa al grano.

Me temblaban las piernas, pero traté de mantener la compostura. Él alargó el brazo y lo alcanzó.

—Así que esta es la primera parte.

—Sí.

—¿Y cómo llevas el resto?

—Estoy en ello.

Guardó silencio un par de segundos mientras ojeaba el manuscrito.

—Eres muy valiente, Gabriela —dijo con una sonrisa suave.

—¿Acaso tengo opción?

—Por supuesto. Siempre la tenemos. El libre albedrío, como decía san Agustín.

—Eso no es verdad. Usted sabe tan bien como yo qué habría sucedido de no haberle entregado el manuscrito.

—Claro, y tú has elegido bien. Vivir o morir, querida Gabi, siempre se trata de eso.

Escruté su rostro sin ocultar mi turbación.

—No me mires con esa cara. Solo estoy bromeando. No te habría matado por no aparecer hoy. Al menos, no a ti. Quizá el perjudicado habría sido Thor. Pero bueno, eso ya es agua pasada. Lo importante es que has cumplido. Y eso significa mucho para mí. Eres leal, Gabi. Y la lealtad es algo que el ser humano ha corrompido demasiado. Cada vez es más difícil encontrar a alguien en quien confiar.

—Así es —murmuré pensando en su afirmación.

Él contempló el horizonte.

—¿Me dejará en paz cuando lea mis historias?

—¿Por qué dices eso? Creía que empezábamos a ser amigos.

—¿Amigos? En la amistad no existe coacción. No en la que yo conozco.

—Qué suerte tienes. Yo no puedo decir lo mismo. Desde que tengo uso de razón entiendo las relaciones personales de un modo pernicioso. Y soy consciente de ello, pero no puedo evitarlo. Sé que debo practicar la empatía y gestionar la ira, pero no es fácil lograrlo cuando solo te rodeas de gente que traiciona.

—Bueno, supongo que la confianza debe ser recíproca.

—Exacto, muchacha. Justo así es como debe ser. Recíproca —repitió despacio dando un paso más hacia mí—. En realidad tenemos más cosas en común de las que piensas —dijo alzando el brazo para colocarme un mechón de cabello tras la oreja.

Me quedé quieta como una figura de escayola. Él percibió el pánico en mis facciones.

—Relájate, Gabriela. No me interesas en ese sentido. Eres muy bonita, pero yo tengo otras preferencias, digamos que… diferentes. Sin embargo, sí que me gustaría que fuésemos amigos. ¿A ti no?

—Claro —susurré con un hilo de voz.

Ahora, más serio, recorrió mi rostro durante un tiempo que se me hizo eterno. A continuación retrocedió un par de pasos.

—Se está haciendo de noche. Será mejor que te vayas. Me pondré en contacto contigo en cuanto lea esta primera parte. Quiero que sepas que pienso ser muy crítico —dijo señalándome con el dedo.

—No sé por qué, pero lo imaginaba.

Él sonrió abiertamente.

—Por cierto —alegó hurgando en uno de los bolsillos traseros de su pantalón de lino—. Aquí tienes.

Miré su mano y atisbé mi DNI.

—Supongo que te hará falta —añadió sosteniéndome la mirada—. Es una jugarreta perder la documentación, ¿verdad?

Alargué el brazo para alcanzarlo. Sus ojos me decían que ya lo sabía todo sobre mí.

—Gracias.

Resonaron entonces, monótonos, los graznidos de unas gaviotas. La

temperatura varió y, como si se tratara de un espejismo, un apático ventarrón de poniente alteró la calma. Una ráfaga de viento me revolvió el cabello.

—Es curioso… No me has dicho que Raquel Solari pertenece a la UDYCO.

Sentí que la bilis me subía a la garganta y que toda la sangre de mi cuerpo me abandonaba. El miedo se materializó de la forma más real y palpable que conocía.

—Por favor… —supliqué en un susurro agónico.

—¿Cómo lo hace? Quiero decir, Carmen aún es muy pequeña, ¿no? Y bueno, Mario…, ¿o es Marcos? Da igual, como se llame. El caso es que está en una edad difícil. La adolescencia puede ser traumática si tus padres no te prestan la atención necesaria. ¿No debería pedir mejor una excedencia y pasar más tiempo en casa con sus hijos?

—Ella no sabe nada. Le juro por mi vida que no le he dicho nada a nadie. Por favor, no le haga daño. Se lo suplico. Haré todo lo que usted quiera.

La arena me azotó las piernas provocándome un desagradable escozor.

—Vuelve a casa, Gabriela. Es tarde.

—Por favor… —sollocé tapándome la boca.

—Termina la trilogía, querida. Pronto tendrás noticias mías.

27

Wanöpo

Algo cambió en mí esa noche. Para siempre. Supongo que no eres consciente de todo lo valioso que te rodea hasta que sientes esa posibilidad de que pueden arrebatártelo.

Hasta ese momento había estado preocupándome por cosas banales: por la deuda de Josema, por el extravagante libro de Cecilia, por la incapacidad de alcanzar un sueño que en mi cabeza ya se había desvirtuado… Tonterías, hasta que la expresión de ese tipo pronunciando los nombres de mi hermana y de mis sobrinos había transformado mi percepción de la realidad.

Rey acababa de descubrir que Raquel pertenecía a la UDYCO. Y ese era un motivo más que suficiente para no dejarme en paz. Un motivo para hacerme la vida imposible.

Antes de esa noche había pasado miedo. De hecho, el episodio del Egipcio había dejado secuelas en mí para siempre. Pero cuando Rey utilizó a mi familia para intimidarme, el pánico se manifestó de la manera más inhumana y salvaje que jamás imaginé.

Fue entonces cuando comprendí que haría cualquier cosa por protegerlos.

*

Al día siguiente procuré continuar con mis quehaceres, a pesar de que soportaba una carga emocional exorbitante. Desayuné con Lidia pese a arrastrar otra larga noche de insomnio. Aníbal le había contado lo del posible embarazo de Violeta y estuvimos un buen rato charlando sobre ese asunto.

—La culpa la tengo yo, Lidia. Jamás debería haberme acostado con él mientras estaba con ella —suspiré tras confesarle lo sucedido entre nosotros.

—Te entiendo perfectamente. Pero creo que lo que sentís el uno por el otro tarde o temprano habría salido a relucir. Reconócelo, lleváis toda la vida con este tira y afloja. No sé qué hará Aníbal a partir de ahora, pero te aseguro que, si tú estás agobiada, no te haces

una idea de cómo está él.

—Me da igual. Solo sé que quiero olvidarme de todo —exhalé tapándome la cara—. No puedo pensar también en Aníbal en estos momentos.

Lidia se quedó en silencio unos segundos. Percibí que variaba la expresión de su rostro y se mostraba más curiosa.

—Te conozco desde hace mucho y sé que lo de Aníbal debe de afectarte, pero ¿son imaginaciones mías o hay algo más que no me estás contando?

Me enderecé en el asiento y dejé caer los brazos sobre la mesa. Sentí, de repente, como si me estuviera moviendo por arenas movedizas.

—¿Qué ocurre, Gabi? —insistió ella buscando mis ojos.

La miré con temor mientras no dejaba de estudiarme.

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes. ¿Qué te pasa?

—No puedo decírtelo —musité sintiendo que los ojos se me empañaban en lágrimas.

¿Cómo demonios iba a contarle la pesadilla que estaba viviendo? Sí, quería contárselo. Necesitaba desesperadamente hablar con alguien de la pesadilla que asolaba mi existencia, pero el riesgo era demasiado elevado.

—¿No puedes decírmelo? ¿Por qué no?

Me llevé las manos a las sienes.

—Me he metido en un problema y estoy buscando la manera de salir de él. Es todo lo que puedo decirte.

—Un problema. ¿Necesitas dinero? ¿Se trata de eso?

—No, no es eso. Por favor, Lidia, solo necesito un poco de tiempo para resolverlo. Te lo contaré cuando esté preparada.

Ella me otorgó otro silencio. Esta vez más terapéutico. Más subliminal.

—Está bien, como quieras. Pero que sepas que si necesitas mi ayuda estoy aquí. Para lo que sea.

—Ya me estás ayudando. Créeme.

*

El jueves de esa semana, cuando salí del estudio y me dirigía hacia mi casa, asumí que me esperaba otra tarde draconiana delante del

ordenador. Desde la noche del lunes no había vuelto a saber nada de Rey. Había una posibilidad muy remota de que me dejara en paz cuando tuviese los tres manuscritos en su poder. Eso me haría ganar algo de tiempo para buscar la manera de proteger a mi familia.

Porque no resultaba fácil escribir en aquellas condiciones. La ansiedad me ahogaba día y noche y el agotamiento empezaba a vencerme. Aun así, logré pulir el segundo volumen y avanzar en el tercero. Pero la historia requería más dedicación y entusiasmo. Y yo me estaba quedando sin fuerzas. Además, unas terribles pesadillas me sobresaltaban en mitad de la madrugada en las pocas horas que dormía. A veces era Rey el que se colaba en mi subconsciente con su perversa e inerte sonrisa. Otras lo hacía Jaramillo, posando sobre mi rostro el gélido acero de su cuchillo y recordándome que esperaban el libro de Cecilia dedicado para Mariela. Pero, sin duda, el delirio que más tristeza me causaba era ese en el que me transportaba a una habitación infantil donde Aníbal se encontraba con un precioso bebé en los brazos. En aquella zozobra que yo confundía con un sueño, el dormitorio lucía en tonos pasteles y las paredes estaban recubiertas por un candoroso papel pintado de globos aerostáticos.

Allí, en aquella ensoñación equidistante, yo lo observaba desde una esquina, viendo cómo le hablaba al pequeño y cómo le susurraba lo mucho que lo amaba y el empeño que pondría en cuidarlo. La peor parte llegaba cuando de repente un ruido a mi espalda me obligaba a girarme. Entonces entraba Violeta vestida como la señora Fostel y mostrando su sonrisa pedante y se aproximaba a ellos. Besaba la cabecita del pequeño y luego le reiteraba a Aníbal lo afortunados que eran y lo mucho que lo amaba.

Ese pensamiento me perseguía también de día. Me los imaginaba juntos, planeando su futuro, mientras yo me sentía cada día más amargada y desprotegida.

Para colmo de males, no volví a saber nada de él, salvo lo que me había contado Lidia. Después del cumpleaños ni siquiera me había enviado un mensaje. Nada. Eso solo me confirmaba que para él lo nuestro, como tanto me temía, había sido el rollo de una noche.

Sin embargo, cuando me aproximaba a mi portal con la cabeza en un millón de cosas y sudando más que en mi semana de selectividad como consecuencia de la fuerte ola de calor que nos azotaba esos días, me lo encontré de pie con un hombro apoyado en la pared.

Supongo que tuvo que apreciar cómo mi rostro perdía todo el color. Pero incluso en ese estado de nerviosismo examiné su cuerpo de la cabeza a los pies. Vestía un chino beige y una camisa camel de Pedro del Hierro salpicada de sudor por la zona del pecho.

—Hola, Gabi.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin devolverle el saludo, asegurándome de que Vargas no se encontraba en los alrededores.

—Bueno, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, Aníbal.

—Pues yo creo que sí. Aún soy tu abogado —dijo con las manos en los bolsillos y dando un par de pasos hacia mí.

Me fijé en sus antebrazos y en el reloj grande que lucía en la muñeca. Quería odiarlo, pero la Gabi que vivía en mi interior y que a veces hablaba sin yo pedírselo no dejaba de susurrarme que ese día lo encontraba más atractivo que nunca.

—Si se trata de algo relacionado con Josema, que es para lo único que aún podríamos hablar tú y yo, te diré que no te preocupes más por ese asunto.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Estás despedido —mascullé cruzándome de brazos, desafiándolo.

Lo cierto es que pronunciar esa frase, por muy absurda que fuera, me liberó.

Él miró al suelo y sonrió con insolencia.

—Tú no puedes despedirme.

—¿Ah, no? Pues acabo de hacerlo.

—No, no puedes. No hasta que hayamos resuelto el asunto de Josema.

—Te he dicho que estás despedido. ¿Estás sordo? No quiero que resuelvas nada. Me importa una mierda el dinero que me debe Josema. Da igual. No quiero saber nada de él y mucho menos de ti. Solo quiero me dejéis en paz de una vez. Los dos.

Intenté escapar de él. Tenía que hacerlo. Alargar ese sufrimiento me resultaba insoportable.

—Gabi… —musitó él agarrándome del brazo cuando hice el amago de meterme en el portal.

—¡No me toques!

—¡¿Quieres tranquilizarte, por favor?! Solo pretendo que me

escuches un momento.

—Pero el caso es que no quiero escucharte. Lo único que de verdad quiero es perderte de vista para siempre. Desde que apareciste en mi vida todo se ha complicado. Ese asunto de tu coche… ¿Es que no lo ves? Todo es por tu culpa —bramé exaltada cerrando los ojos.

Él frunció el cejo sin entender a qué me refería.

—¿De qué hablas? Ahora resulta que yo tengo la culpa de todos tus males.

Me humedecí los labios e hice una pausa.

—No, para nada. La única culpable soy yo, que, aun sabiendo que eres un cabronazo, subí a tu casa y me acosté contigo mientras tenías novia.

—Creo que te estás pasando.

Me reí histérica.

—¿Que yo me estoy pasando?

—Me gustaría que te tranquilizaras y pudiésemos conversar como dos personas adultas. Entiendo que estás dolida, pero, Gabi, yo… ¿qué querías que hiciera? No supe reaccionar.

—Reaccionaste muy bien, Aníbal. Trajiste a tu novia al cumpleaños de mi sobrina y te pasaste toda la tarde con ella de la mano. Bravo por ti —gesticulé aplaudiéndole.

—Sabes que eso no fue exactamente así. ¿Qué habrías hecho tú en mi situación? Dime.

—Para empezar, yo no me habría acostado con otra persona teniendo pareja.

—Ah, claro. Se trata de eso. Tú y tus principios morales.

—Sí, Aníbal. Mis principios. Yo no quería que sucediera nada entre nosotros mientras estuvieses con ella. No quería, joder. Te lo dejé claro varias veces.

—¿Ahora viene la parte en la que me repites que te acostaste conmigo porque estabas borracha? ¿Es que acaso yo te obligué? —gruñó sin ocultar su enojo.

No respondí. Aparté la mirada de él deliberando sobre mis siguientes palabras.

—Esto es el colmo… —continuó él—. ¿Y qué me dices de ti? De ese numerito que te montaste con ese tipo. Tú también estuviste allí haciendo manitas con ese payaso. ¿Por qué hiciste eso? Si pretendías ponerme celoso, te quedó muy mal.

Afilé la mirada más cabreada aún.

—¿Te crees que todo gira en torno a ti? ¿Tan difícil te resulta entender que me guste alguien que no seas tú?

—¿De verdad quieres que me crea que te gusta ese tío? ¿El boxeador? Pfff…

Me ajusté el bolso al hombro y alcé la barbilla.

«Madre mía, Gabi, tiene que creerlo.»

—Me da igual lo que creas, Aníbal. No te debo ninguna explicación. Puedo salir con quien me dé la gana. Tú y yo no somos nada. Y desde este momento tampoco eres mi abogado. Así que te lo repito: estás despedido.

Él acercó su rostro hasta quedar a unos centímetros del mío. Tenía las mandíbulas contraídas y la frente perlada de sudor.

—Y yo te repito que no puedes despedirme. Te recuerdo que me debes dinero. Y que me aseguraste que me lo devolverías en cuanto Josema hiciera el primer pago. Así que lo siento mucho, pero he venido a decirte que tenemos que concretar una cita con tu ex.

Apreté los puños conteniendo el impulso de cruzarle la cara. Lo odiaba con todas mis fuerzas. ¿Cómo había podido ser tan imbécil de creer que podía tener algo con él?

—Sé que estás loca por perderme de vista, pero me temo que todavía no va a poder ser —dijo alzando las cejas y mostrándome su expresión más mortificante.

En ese instante, poseída por una furia descomunal, abrí el bolso, saqué mi monedero y busqué los cien euros que me había dado Lidia como anticipo.

—Toma —gruñí cogiéndole la mano y poniendo los dos billetes sobre su palma con brusquedad.

—¿Qué haces?

—Ya solo te debo ochocientos cincuenta euros. Buscaré el resto como sea y te devolveré hasta el último euro. Ahora te lo repetiré de nuevo porque veo que te está costando entenderlo. Estás DES-PE-DI-DO. Eso significa que no tienes que volver a llamar a Josema ni concretar ninguna cita. Ya no tienes que hacer nada más. Me dan igual los malditos quince mil euros. Se los regalo a ese desgraciado si eso supone no ver tu cara nunca más.

—Gabi…

—Lárgate de mi casa, Aníbal. No te preocupes. Te devolveré tu

dinero. Al fin y al cabo, sé que es lo único que te importa.

Me metí en el interior del portal, ignorándolo. Pero él me siguió y, cuando estaba a punto de subir el primer escalón, me agarró otra vez del brazo.

—¿Quieres parar?

—¡He dicho que no me toques!

Él se apartó un segundo y se pasó una mano por el pelo. La dejó quieta en la nuca y luego me miró a los ojos.

—No quiero que me devuelvas nada —dijo muy cabreado cogiendo mi mano como yo había hecho anteriormente con la suya y dándome los cien euros—. No estoy aquí por ese dinero. Ni siquiera he venido para hablar de tu ex. Eso solo ha sido la excusa. De hecho, siempre la ha sido. Solo he venido para decirte que estoy enamorado de ti, maldita sea.

Sus palabras me robaron el aliento. Por un lado percibí que alimentaban mi alma, pero por otro fueron lacerantes. Sentí como si algo se hubiese enquistado en mi corazón y no hubiera modo alguno de sanarlo.

—Lo siento, joder —continuó esta vez pasándose las dos manos por el pelo—. No tengo ni idea de cómo cojones solucionar el problema en el que me encuentro. Solo sé que no puedo pensar en nada más que no seas tú.

Él, ante mi enmudecimiento, retrocedió otro paso.

—Lo siento de veras, Gabi. Nunca he querido hacerte daño.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

Cuando desapareció, me senté en el escalón por temor a que mis piernas no me sostuvieran y contuve un lamento. En realidad quería gritar, golpear las paredes y llorar amargamente. Deseaba desgañitarme y propinar patadas a los escalones. Pero se me había agotado la energía.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Al menos, si las cosas con él hubiesen resultado de otra manera, habría afrontado lo que estaba sucediendo con más entereza. Unos gruesos lagrimones resbalaron por mi rostro y me los aparté a manotazos.

*

Al cabo de unos minutos, me incorporé, respiré profundamente e

intenté tranquilizarme. Tenía que regresar a mi casa. Miller me esperaba para contarme su historia. A pesar de que la tristeza y la impotencia me consumían, seguía sin perder la esperanza de que fuera ella quien me ayudara a salir de esa cadena de desgracias. Pero justo cuando iba a subir el siguiente escalón, el sonido de un mensaje de texto en el móvil me paralizó los músculos.

Lo saqué del bolso consciente de que no iba a leer nada bueno. Y, cómo no, acerté.

> Querida Gabi, te prometí que sería muy crítico con tu novela. Por eso he de confesar que estoy fascinado con la historia de Miller. Hasta el punto de que no puedo esperar para leer las dos partes que faltan. No quiero presionarte, pero si de verdad quieres ser una buena escritora, deberías aprender a escribir bajo presión.
>
> Una semana. Ese es el plazo que tienes para entregarme el resto de la historia. No dirás que no soy generoso. Saludos a Mario y a la pequeña Carmen.

Contemplé la pantalla y fue entonces cuando decidí que había llegado el momento de gritar. Corrí al exterior para evitar que el eco se propagase por la escalera, miré al cielo y chillé como una posesa sin pensar en las consecuencias.

—¡¡¡Aaaaaahhhhhhhhhh…!!! ¡¡¡Me cago en todo!!!

—Señorita Gabi… —musitó Vargas a dos metros de mí.

El sobresalto fue brutal.

—¿Qué le ocurre?

Cerré los ojos derrotada y me toqué la frente.

—Nada. Tranquilo. Es solo que estoy un poco estresada. Nada más.

—¿Un poco? —rebatió él estupefacto.

—Lo siento —murmuré avergonzada.

—No estará *usté asín* por *er* niño, ¿no? —recitó señalando mi teléfono—. Tiene que *tené pasiensia* con él. Es un *chavá* al que le gusta mucho *tonteá*. Él no está *acostumbrao* a *está* con una sola *mujé*. Ya sabe, con esa cara y ese cuerpo también es *normá*. Si quiere que le lea la cartilla, solo tiene que *desírmelo*.

Tomé aire y me aparté unas gotas de sudor que me resbalaban por el cuello.

—No, no, gracias. No es necesario. Estamos muy bien —carraspeé tratando de controlarme.

—¿Seguro? *Po* no *parese mu* contenta hoy. Escuche, que *usté* vale

mucho. No se deje *intimidá* por *er* niño. Lo que tiene que *hasé* es arreglarse *usté ma*. Le diré *argo* que puede ayudarla: a él le gustan las *mujere* con *su escotito*, *su farda* cortita, *su taconsito*… Me entiende, ¿no?

Las ganas de dar patadas y puñetazos iban en aumento, solo que esta vez no usaría paredes ni escalones.

Le lancé una mirada encarnizada.

—Hasta luego, señor Vargas —mascullé girándome y metiéndome de nuevo en el portal.

—Gabi —voceó él cuando ya estaba dentro.

Me di la vuelta farfullando un improperio.

—Ya sé que *e* la costumbre, pero recuerda que *íbamo* a *tutearno*.

—He cambiado de opinión. Adiós, señor Vargas.

Esa tarde me encerré en mi habitación a escribir preguntándome cuándo diablos iba a cambiar mi destino. Para bien o para mal, deseaba que todo diera un giro.

Solo que habría preferido uno un poquito menos catastrófico.

*

El viernes a media mañana, Lidia salió a hacer unos recados y me quedé a solas con Jacobo. Él se encontraba dentro del estudio haciendo un dibujo y yo permanecía frente al ordenador clasificando las citas en un documento Excel. A pesar de que estaba agotada como consecuencia de las horas que pasaba escribiendo por las noches, estar en el estudio con Lidia y Jacobo y mantenerme ocupada me proporcionaba una pequeña dosis de tranquilidad. Eso les restaba dramatismo a esos días.

Comprendí que mi vida habría sido perfecta de esa manera. No necesitaba más. Un trabajo tranquilo y menos estrés.

De repente, recapacitando, concluí que igual no estaba prestando atención a las señales. Recordé a esa mujer que me había recomendado el cuento de Rosa *La Revoltosa* en la librería. Quizá eso significaba que no debía desechar la idea de autopublicarme. Bueno, eso, y que tuviese más cuidado cuando bebía…

Además, ahora que mi manuscrito se hallaba en manos de Rey, ya no me parecía tan descabellado subir el primer volumen a alguna plataforma digital y hacer pública mi obra.

No dejaba de pensar en que, si me pasaba algo, si Rey después de

leer la trilogía decidía matarme, al menos la historia de Miller habría salido a la luz de alguna manera.

Con la malasombra que me acompañaba últimamente podía sucederme lo mismo que a otros autores famosos cuya fama les llegó después de su muerte, como Ana Frank o la poetisa Emily Dickinson. En el caso de Dickinson fue su hermana menor la que descubrió un cuaderno que contenía los manuscritos y decidió mostrarlos al mundo.

En ese mismo instante, casi por inercia, saqué el móvil y le envié un mensaje a mi hermana María. Ella estaba mucho más al día que yo en lo que se refería a nuevas tecnologías.

Hola, María. Estoy pensando que igual ya ha llegado el momento de que autopublique mi primera novela. ¿Crees que es buena idea que la suba a alguna plataforma?

¿Lo dices en serio? Claro que sí.
Es una idea fabulosa. Si quieres, puedo ayudarte. No sé cómo se hace, pero en YouTube hay millones de tutoriales. Ya he terminado los exámenes, así que le echaré un vistazo.

Estupendo. Muchas gracias, hermanita.

De nada. Ya luego negociaremos mi porcentaje. Jejeje.

Vale, seré generosa. Tq.

Estaba sonriéndole a mi teléfono cuando oí a alguien carraspear delante de mí. Alcé la cabeza y me encontré con el rostro consumido y agrio de Asunción. Su cabello aún lucía ese desagradable tono lila y, por lo poco que atisbé desde mi posición, continuaba con su *look* desenfadado.

—Hola, Gabriela.

—Hola, Asun.

—¿Qué haces ahí sentada? —inquirió achicando los ojillos.

—Ahora trabajo aquí. Empecé el lunes. ¿Y usted? ¿Tenía cita hoy? —dije mirando el ordenador. No había visto que estuviese citada para esa mañana.

—No, solo he venido a hablar de una cosilla con Lidia. Es acerca del tatuaje nuevo que quiero hacerme.

—Ella ha salido, pero está Jacobo.

—Bien, pues hablaré con él.

—Veo que le ha cogido el gusto a eso de tatuarse —bromeé por darle conversación.

—¿Y eso te supone algún problema?

La miré durante unos segundos deliberando si decirle que me importaba un pimiento que se tatuara todo el cuerpo mientras me devolviera mis cincuenta euros, pero luego decidí que era mejor no reprocharle nada.

—En absoluto. Espere un momento. Voy a llamar a Jacobo.

—Sí, mejor.

En cuanto levantó la vista de su bloc de dibujo y vio a Asunción, Jacobo me hizo un gesto con los ojos.

—Dice que quiere hacerse otro tatuaje.

—¿Otro? ¿Aparte del dragón quiere otro más?

—Eso dice.

—Madre mía, la vieja. Está bien, dile que pase.

Asun y Jacobo estuvieron en el interior del estudio al menos veinte minutos. Cerré la puerta que daba a la zona de trabajo para que pudieran conversar tranquilamente y, de paso, no oír la impertinente voz de Asunción. Pero al cabo de un rato ella salió y me comentó que Jacobo ya había tomado nota del nuevo tatuaje que quería hacerse.

—Lo quiero aquí —dijo señalándose la zona del coxis.

—Estupendo. Estoy segura de que Jacobo le diseñará algo bonito acorde con lo que usted quiere —recité hablándole como lo haría con cualquier otro cliente.

Ella volvió a observarme con sus ojillos diminutos.

—¿Cómo va ese asunto con tu ex? ¿Ha conseguido Aníbal que te devuelva tu dinero? Quise preguntarte el otro día en el cumpleaños, pero me tratasteis como si fuera una apestada.

—Vaya, Asun. No sé por qué dice eso. En mi opinión, nadie la trató de esa manera.

Me dedicó una mueca desagradable.

—En cuanto al asunto de mi ex, he decidido dejarlo estar. Sé de sobra que ese infeliz no me va a pagar nada, así que lo mejor es seguir adelante y olvidarme de una vez por todas de él y del dinero.

—¿Vas a regalarle el dinero que le prestaste?

Suspiré resignada.

—Pues sí. No puedo demostrar de ninguna manera que se lo dejé. Así que me temo que lo he perdido para siempre.

—Hija, pero ¿cómo pudiste dejarle tanto dinero? ¿A quién se le ocurre? A mí eso nunca me pasaría. Hice una promesa hace muchos

años de no dejarle dinero a nadie.

—¿En serio? Pues quizá debería hacerse otra: la de no pedirlo —escupí sin poder evitarlo.

Movió su mano despacio para ahuecarse el cabello por la zona de la nuca.

—Ayyyy, Gabriela… Qué rencorosa eres. Me vas a echar en cara toda la vida lo de los cincuenta euros, ¿no? Mira que intento llevarme bien contigo.

—Los ha mencionado usted. Yo no he dicho nada.

—En vuestra familia os creéis que todo tiene que ser como vosotras digáis. Tu madre, tus hermanas y tú os creéis muy listas, ¿verdad?

—¿Qué? Pero ¿qué dice?

—Da igual. Tengo que irme —dijo silenciándome con un aspaviento—. Te veré la semana que viene. He quedado con Jacobo el martes. Apúntalo, que supongo que para algo te habrán puesto detrás de esa mesa.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

Cerré los ojos rezando para que llegase ese momento en el que mi hermana y David decidieran definitivamente internarla en un centro psiquiátrico. Si no lo hacían pronto, yo acabaría estrangulándola.

A continuación me giré y atisbé que Jacobo se encontraba consultando algo en su portátil. Parecía bastante absorto. Entré y me coloqué a su lado poniendo los brazos en jarras.

—Cualquier día voy a matar a esa mujer. ¿Se puede saber qué tatuaje quiere hacerse ahora?

—No me lo puedo creer —murmuró él sin apartar sus ojos del ordenador—. Debe de ser una broma.

—¿Qué ocurre?

—Me ha dicho que quiere tatuarse una palabra y, justo debajo, un escorpión en la parte baja de la espalda.

—Lo sé, aunque no recuerdo la palabra.

—*Wanöpo*. Pertenece a la lengua harakbut —comentó consultando un foro sobre simbología radical.

Lo alenté a continuar porque no entendía qué pretendía decirme. Parecía muy alarmado.

—Los harakbut son un tipo de pueblo indígena amazónico. *Wanöpo* es una palabra que pertenece a su lengua y que se traduce como «centro de las emociones». Para la cultura harakbut, las emociones y

la energía se encuentran donde acaba la columna vertebral. De ahí nacen emociones universales como el amor, el miedo, la tristeza o la ilusión. El caso es que esa palabra solo se la tatúan los que pertenecen a una misma banda. Cuando estuve viviendo en Los Ángeles, trabajé en un estudio en el que tatuábamos a muchos tíos, latinos y afroamericanos en su mayoría, que pertenecían a bandas criminales. Allí eran muy conocidos los Bloods o los Crips. Gente muy peligrosa, Gabi. Te hablo de pandillas callejeras violentas que se dedicaban a participar en robos, asesinatos y tráfico de drogas y que estaban enfrentadas entre sí. Pero luego, un día, tatué a un tipo que pertenecía a los Wan, otra banda más pequeña, pero no por ello menos peligrosa. De hecho, por allí se comentaba que se trataba de un equipo más organizado formado en su mayoría por colombianos y mexicanos.

Mis hombros se tensaron de una manera inevitable. Pero no dije nada, dejé que Jacobo continuara.

—Sus actividades ilegales se extendían desde el tráfico de drogas, secuestros, inmigración ilegal y tráfico de personas. Se dice que hay grupos de estos por varios países del mundo. Al tipo le caí bien y me contó el significado de esa palabra. Todos los que pertenecen a esa banda deben llevarla tatuada en el mismo sitio. Eso sí, sé que no hay mujeres en esos grupos. No entiendo de dónde ha sacado esa señora la idea. Es algo muy rebuscado.

Miré la pantalla y divisé la palabra escrita, tatuada en la espalda de un tipo de piel morena. En la imagen no se identificaba el rostro del individuo, pero sí el resto del cuerpo, cubierto de otros grabados como calaveras, soles negros y símbolos racistas.

De pronto, como si se tratara de un insólito *flashback*, recordé ese tatuaje que había visto en la espalda de Camilo el día que había ido a entregarle el dinero a El Pollo Colombiano. Aquella extraña palabra que atrajo mi atención cuando se agachó y me regaló además la panorámica de su trasero con su vello oscuro y repulsivo.

Se trataba del mismo tatuaje. ¿Asunción quería grabar en su cuerpo el emblema de una banda criminal? ¿Pertenecían los colombianos a esa banda? Todo apuntaba a que sí.

La cabeza empezó a darme vueltas y alcancé la silla que había junto a Jacobo para sentarme.

¿Qué relación existía entre Asunción y esos tipos? ¿Había tenido ella algo que ver en mi secuestro?

Las manos comenzaron a sudarme muchísimo y sentí un escalofrío sacudiendo mi cuerpo. El acibarado rompecabezas que permanecía desperdigado en mi mente fue ordenándose y mostrándome la peor argucia de la que había sido víctima.

—Gabi, ¿estás bien? —inquirió Jacobo cuando percibió que me había quedado petrificada.

—A lo mejor es solo una casualidad, ¿no? —tartamudeé tragando saliva. ¿O era bilis?

—No lo creo. Le he dicho que me sonaba mucho esa palabra y ha respondido que tiene que ver con su nueva familia. No sé…, es algo muy extraño.

En ese instante apareció Lidia y nos vio deliberando.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis tan serios? —dijo soltando su bolso y unos documentos juntos a Jacobo.

—Acaba de venir Asunción y me ha comentado el otro tatuaje que quiere hacerse.

—¿Ah, sí? ¿Ya te lo ha dicho? ¿Y qué problema hay? Es algo sencillo.

—Sí, muy sencillo —bromeó Jacobo—. Quiere tatuarse en la zona baja de la espalda el emblema de una de las bandas criminales más peligrosas del mundo.

28

El plan

Ese viernes, cuando llegué a casa, lo único que deseaba era descansar un rato. Pensé que, si dormía un poco, vería las cosas con más lucidez. Aún me encontraba conmocionada tras la visita de Asunción al estudio. Quizá me estaba precipitando y sacando conclusiones descabelladas, quién sabe. Pero en cuanto entré en el piso y oí las voces de mi madre y Raquel conversando en la cocina, supe de inmediato que la anhelada calma continuaba resistiéndose.

Mi hermana asomó la cabeza y me pidió que me acercara a ellas.

—¿Ocurre algo? —dije paseando la mirada de la una a la otra.

Ambas me examinaban con minuciosidad. Estaban de pie justo delante del fregadero. Reparé en que cada vez se parecían más.

—Tenemos que hablar contigo.

Me encogí de hombros y les hice un gesto con la cabeza invitándolas a hablar.

—Mamá dice que llevas evitándola desde el cumpleaños.

Puse los ojos en blanco y dejé el bolso sobre la mesa.

—No te estoy evitando, mamá. Es solo que esta semana he empezado a trabajar y también estoy liada acabando el libro.

—Gabi, te pasa algo. Te conozco muy bien. No soportabas a ese chico, a Thor, y el otro día, en el cumpleaños, de repente, te veo de la mano con él. También tienes que explicarme qué sucede con Aníbal. ¿Estás con él? Porque si es así no me parece bien, hija. Ya oíste lo que dijo: su novia podría estar embarazada.

—Mamá, no estoy con Aníbal —mascullé mirando también a Raquel—. De hecho, si es de eso de lo que queréis hablar, me temo que no tengo mucho que contar.

Mi hermana estudiaba todos mis movimientos. Por primera vez en mi vida percibí algo en su forma de mirarme que nunca antes le había visto: una ajena desconfianza.

—No puedes quedar más con ese tipo, Gabi.

—¿Con quién? —pregunté un poco despistada.

—Con el sobrino de Vargas. Con Cristian.

Enmudecí unos segundos.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Su cara me sonó familiar el otro día, cuando lo vi en el cumpleaños. Me costó reconocerlo con aquellos moretones, pero cuando llegué al trabajo miré algunas fotos y lo identifiqué.

—¿Cómo que lo identificaste?

—Tiene antecedentes, Gabi. Por lo visto, se dedica a la venta de esteroides. Pero eso es lo de menos. El problema es que ahora está involucrado en un asunto muy turbio. Trabaja para un tipo que estamos a punto de pillar. Un narcotraficante bastante peligroso.

Esa información era también nueva para mi madre.

—¿Estás segura, Raquel? —inquirió nuestra progenitora.

—Sí, segurísima —articuló escrutándome—. Quiero que cortes toda la relación que tienes con él. Y tú, mamá, deja de organizarle citas con tíos que no conoces de nada.

—Pero, hija, yo qué iba a saber que ese muchacho tan guapo es un delincuente. Vargas me dijo que era taxista.

—No es guapo, mamá. Y, por favor, no vuelvas a llamarlo Thor —refunfuñó Raquel con más convicción que yo.

Sentí el impulso de abrazar a mi hermana, pero me contuve porque habría sido demasiado confuso para mi madre.

—No quiero que te relaciones con él, Gabi.

No pestañeó, y yo tampoco.

—Vale, tranquila, pero me estás asustando.

—Justo eso es lo que quiero.

—¿Algo más que queráis decirme? —reiteré más nerviosa de lo normal. Necesitaba alejarme de las dos.

—No, nada más —respondió Raquel sin deshacerse de esa expresión recelosa.

Me dirigí a mi habitación con la excusa de que iba a cambiarme y, una vez que llegué allí, me tapé la cara con las dos manos, sobrepasada.

Oí cómo Raquel le advertía a mi madre que no comentara nada acerca de los antecedentes de Cristian. Luego se despidió de ella para regresar al trabajo, aunque antes de marcharse se detuvo en la puerta de mi cuarto y lo inspeccionó con atención.

—¿Por qué esa obsesión con acabar el libro? ¿Lo de no dormir es por escribir o por Aníbal?

—No digas tonterías —dije cambiándome de camiseta.

—David me ha dicho que está muy agobiado.

—Lo siento por él.

Raquel hizo una pausa.

—Aparte de lo de Aníbal, si te pasara algo más me lo contarías, ¿verdad? Sea lo que sea, siempre voy a ayudarte. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. Es de lo único de lo que estoy segura en esta vida. No me pasa nada, tranquila.

Nos sostuvimos la mirada unos segundos, pero el timbre de un mensaje en su teléfono rompió aquel contacto emocional.

—Debo irme. Hablamos estos días.

—Vale.

*

Pasé el fin de semana encerrada en mi cuarto. Repasé mentalmente todas las conversaciones que había mantenido con Asun. Tenía la sospecha de que esa mujer no estaba bien de la cabeza, pero ¿de verdad había sido capaz de involucrarme con esos delincuentes? ¿Por qué motivo? ¿Por qué yo?

Por otro lado, Aníbal seguía adherido a mis pensamientos. No podía dejar de pensar en aquella confesión: «Solo he venido para decirte que estoy enamorado de ti, maldita sea».

Esa frase, lejos de hacerme sentir feliz, me provocaba una profunda tristeza. Pero en el punto en el que me encontraba necesitaba armarme de valor y librarme de una vez por todas de ese sentimiento de lástima que sentía por mí misma. Para colmo, el sábado por la noche recibí un correo electrónico de él al que ni siquiera tuve el valor de responder.

> Hola, Gabi:
>
> Ya sé que me has dicho que no quieres que me ocupe del asunto de Josema. Pero, como ya te comenté, finalmente he conseguido que firme el reconocimiento de deuda. No ha sido fácil. Tuve que negociar con él que si firmaba le rebajaríamos la deuda hasta doce mil euros.
>
> No sé qué te parecerá, pero créeme, es lo mejor que podemos conseguir. Dice que dentro de unos días pagará la mitad.
>
> Ahora solo nos queda esperar.
>
> Y a mí la espera también me está matando.
>
> Siento hacerte daño, pero te echo de menos,
>
> Aníbal

Borré el correo y me masajeé las sienes. Yo también lo echaba de menos, pero ahora debía ocuparme de algo mucho más importante. Ya

no podía dar ningún paso en falso más. Tenía que abrir bien los ojos, poner mis cinco sentidos en la pantalla y centrarme en la historia de Miller, que se encontraba atrapada entre los rusos y un operativo de contrainteligencia de la CIA. Anna Miller conocía demasiada información de los dos bandos, información sobre topos y mafias que podía hacer tambalear a ambos gobiernos. Y por eso pretendían eliminarla. Solo había una manera de acabar con todos ellos antes de que la mataran, y era utilizar esa información para enfrentarlos entre sí.

*

El domingo, a eso de las doce de la mañana, mientras me hallaba completamente absorta en la pantalla del ordenador y vislumbrando que tal vez había llegado a una posible solución, oí sonar el timbre de la puerta.

—Gabi, ¿puedes abrir tú? Estoy haciendo las croquetas —vociferó mi madre desde la cocina.

—Vale, mamá —suspiré levantándome.

Cuando abrí, me encontré con la sonrisa ancha y de dientes amarillentos de Vargas.

—Señorita Gabi, tengo una sorpresita abajo *pa' usté*.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—Mi Thor ha *venío* a *haserle* una visita. *Ma disho* que si puede *bajá usté* un momentillo.

—¿Ahora?

—Claro, *mujé*. Por lo visto estaba con el taxi por aquí *serca* y *sa acordao* de *usté*.

Estudié la indumentaria de Vargas mientras pensaba qué querría decirme Cristian.

—Está bien. Me pongo algo y bajo un momento.

—¿Qué pasa, Paco? —preguntó mi madre limpiándose las manos en su delantal de lunares y acercándose despacio.

—*Er* niño, que ha *venío* a *visitá* a Gabi. Está abajo esperándola. Le diré que baja *usté* ahora mismito.

Ella paseó la mirada de Vargas a mí, pero cerré la puerta antes de que añadiera algo.

—¿Vas a bajar? —inquirió siguiéndome hasta la habitación.

—Pues sí.

—Tu hermana te ha dicho que no te mezcles con ese chico. ¿No piensas hacerle caso?

—Solo voy a bajar un momento a saludarlo.

Avanzó hacia el interior de mi cuarto alisándose el delantal.

—Gabi, ¿qué te traes entre manos? Sé de sobra que no te gusta.

—Mamá, es solo un amigo. No sé por qué estás tan pesada últimamente. Querías que saliera con alguien, que me relacionara. Pues es lo que estoy haciendo —respondí a medida que me calzaba unas deportivas. Tampoco iba a esmerarme demasiado con el *look*.

Mi dulce madre guardó silencio un instante.

—Hija, te lo voy a preguntar solo una vez.

Dejó en el aire otro silencio pesado.

—¿Te estás drogando?

—Mamá, ¡pero ¿qué dices?!

—Es lo único que se me ocurre para explicar tu comportamiento. Te pasas alterada los días y por las noches apenas duermes. Para colmo, tu hermana te ha dicho que no puedes quedar más con ese chico, aunque por lo que veo vas a seguir haciéndolo.

—Está bien, mamá. Le diré que no venga más. Bajaré a decírselo al menos.

Intenté escabullirme rezando para que no dijera ninguna otra tontería.

—Ya conocerás a otra persona, cariño. Quizá no será tan atractivo como ese chico, pero no te dejes cegar por una cara bonita. Sé que a veces los malotes pueden resultar más seductores, pero búscate a un hombre bueno. Hay pocos, pero aún queda alguno.

La miré sin responder y cerré la puerta.

*

Cristian estaba allí fuera, apoyado en el maletero de su taxi, fumando y charlando con Vargas. Su rostro mostraba un aspecto lamentable, pues aquellas magulladuras empezaban a adquirir unos tonos amarillentos y morados. Llevaba una camiseta negra de tirantes y el mismo vaquero pitillo que le había visto las veces anteriores. El vello oscuro de su pecho y de las axilas no me pasó desapercibido. De hecho, me enervó un poco más de lo que ya estaba.

—Aquí está su Thor —recalcó Vargas—. Bueno, os dejo *solito*.

—¿Para qué has venido? —pregunté cruzándome de brazos.

—Tranqui, *Gafita*. No te emociones. Me manda Rey. Me ha *disho* que te pregunte cómo vas con la historia. Ese tío está *obsesionao* con *leé* las *cosa* que escribes.

Me froté los ojos exasperada.

—Estoy en ello. Dile que me paso todo el día escribiendo, pero que si quiere un final aceptable no debería presionarme de esta manera.

Él ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo.

—Ha descubierto que tu hermana es poli.

—Mi hermana no sabe nada —aseguré tensándome.

—Bien, porque debe ser así siempre. Lo *entiende*, ¿no?

Asentí y él continuó mirándome mientras expulsaba el humo de su cigarrillo.

—Quiere que te recoja *er* jueves.

—¿El jueves?

—Sí, quiere que te lleve a su casa. *Dise* que va a invitarte a *cená*. Es *mu* raro, porque he oído que no suele *llevá* a nadie a su casa. Me ha *disho* que estés lista a las ocho. No te *asuste*, no es en plan romántico. Le gusto yo.

—¿Cómo?

—Lo que *oye*. Ese tío es marica. Y creo que se está enamorando de mí —confesó más angustiado.

Tiró el cigarro al suelo y se peinó el flequillo con los dedos un tanto nervioso.

—Desde que trabajo *pa'* él se pasa todo el día tirándome los *tejo*. Me obliga a llevar *camiseta* de este tipo *pa'* verme los *brazo* y me siento como si fuera su putilla. Temo que en una de *esta* acabe violándome.

—Vaya. Lo siento, Cristian.

—Mi belleza se ha *convertío* también en mi maldición. En *realidá*, te envidio.

—¿Ah, sí?

—Sí, tú *ere* de ese tipo de *persona* que pasa *desapercibía*. No digo que *sea* un *mostruito*, pero, en fin, *ere* normalita. En cambio yo, mírame, tanto las *mujere* como los *hombre* me quieren solo por mi cara y mi cuerpo. A veces es *agotadó*.

Afilé la mirada y me pregunté por qué demonios no había dejado

que lo golpearan hasta la muerte.

—No quiero agobiarte con mis *problema*. Bastante tienes con tus *libro*. Pasaré a recogerte *er* jueves a las ocho. Recuerda que debes fingir que tienes otra cita conmigo. Y, ya *sabe*, no puedes llevar *er móvi*.

*

Asunción estaba citada en el estudio el martes a la una de la tarde. Cuando apareció y se plantó delante de mí con otro de sus ridículos *looks* de roquera, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abofetearla. Intenté actuar como lo había hecho hasta entonces con ella: con una paciencia extenuante. Ese día, sin embargo, advertí algo en su mirada y en su manera de comportarse en lo que antes no había reparado. O al menos no con tanto detenimiento. Distinguí maldad. Una maldad desequilibrada. No me hizo falta interrogarla para discurrir que Asunción tenía algo que ver en mi secuestro.

Jacobo, mientras la tatuaba, trató de averiguar cuál era el motivo por el que había decidido hacerse ese tatuaje, pero ella se limitó a esquivar la pregunta y a torturarnos con su verborrea absurda. Antes de marcharse, cogió de nuevo cita para continuar el dragón que le había empezado Lidia.

Cuando esa vieja del infierno salió por la puerta, le pregunté a Lidia si podía marcharme yo también. Quedaban solo diez minutos para mi hora de salida y me inventé que tenía unos recados pendientes. Corrí tras Asunción sin que ella me viera y la seguí hasta la plaza de San Juan de Dios, donde subió a un taxi. Yo me monté en el siguiente y le pedí al taxista que la siguiera. Como habría hecho Miller.

El taxi de Asun se detuvo en la plaza Ingeniero La Cierva unos ocho minutos más tarde. Me extrañó que dejara atrás su casa. Al principio pensé que tal vez iría al supermercado o a comprar algo, pero cuando la vi cruzar el paso de cebra para entrar en el bingo, comprendí que la adicción de esa mujer no entendía de horas.

Quizá solo estaba perdiendo el tiempo en vez de encerrarme en mi casa a escribir y evitar así poner en peligro las vidas de mis familiares, pero lo cierto es que me hallaba casi fuera de control.

Bajé de mi taxi e intenté ocultarme lo mejor que pude. La seguí al

interior y me coloqué sigilosa tras una columna. La chica que la recibió en la recepción era la misma que había visto allí la noche que fui con ella. Conversaron risueñas mientras Asun le dejaba su DNI. Luego la interpelada bajó hacia el salón con andares ufanos.

Dejé transcurrir unos segundos y me acerqué a la chica para comentarle que iba a jugar unas partidas. La joven me registró con amabilidad y me deseó suerte. Desde luego, iba a necesitarla.

No me hizo falta llegar hasta abajo para enfocarla dirigiéndose al fondo del salón y tomar asiento en la misma mesa de aquella fatídica noche, junto a esa mujer: Mariana.

Me camuflé tras uno de los pilares de la escalera, desde donde contemplé cómo ellas se saludaban con efusividad y cómo, acto seguido, Asunción se levantaba la camiseta y le mostraba el tatuaje a su amiga del alma. Llamaron entonces a una de las camareras y pidieron dos cubatas para brindar.

Solo me hicieron falta unos minutos más para deducir que la familia de la que Asun le había hablado a Jacobo era Mariana y compañía. Sentí unas ganas incontrolables de correr hacia ella y matarla con mis propias manos. ¿De verdad había sido esa mujer la que me había puesto en el centro de la diana con los colombianos? ¿Era ella la que, movida por sus adicciones, me había empujado hacia el fondo de un pozo lleno de excrementos y maleza?

Necesitaba salir de ese lugar y respirar aire fresco. Pero en el exterior el aire se había detenido por completo y el sol desprendía un calor voraz. Miré mi reloj. Eran las tres de la tarde y el bochorno me asfixiaba. Pensé otra vez en Miller, en su elaborado plan para librarse de los rusos y de aquellos topos de la CIA. En aquella magistral estrategia de enfrentarlos entre sí. Reflexioné sobre lo que había escrito ese fin de semana. En la historia de Miller, ese plan tendría éxito. Pero ahora me tocaba averiguar si en la vida real podía resultar. El riesgo podía ser demasiado elevado.

Movida por la ira, por el sabor más agridulce de la traición y por el afán de acabar de una vez por todas con aquel desconsuelo, me encaminé hacia El Pollo Colombiano. Pondría en peligro mi vida. Pero ¿acaso había otra solución?

*

Camilo se encontraba tras el mostrador bebiendo una lata de cerveza y ojeando su teléfono móvil. En la mesa sucia y destartalada que quedaba a mi derecha se encontraban Jaramillo y Mathías.

Los tres alzaron la vista cuando me situé en la entrada del local.

—Mirad, *güevones*, es nuestra amiguita Gabriela.

Ni siquiera dije hola. Me quedé paralizada, muerta de miedo y deliberando sobre lo que iba a decirles.

—No te quedes ahí, muchacha. Pasa —dijo Camilo con su sonrisita truculenta—. ¿Has traído el librito de la *youtuber*? Supongo que sí, ¿no?

La espalda me sudaba muchísimo, y sentí que me mareaba un poco.

—No.

—¿Cómo que no? —masculló Jaramillo.

—He traído algo mejor. Tengo información sobre el Egipcio.

La sonrisa del rostro de Camilo se borró por completo y en su lugar apareció una expresión que me causó verdadero pavor. Jaramillo se puso en pie y avanzó hasta mí despacio, como lo haría una pantera a punto de cazar a su presa.

—¿Qué estás diciendo, niña?

Tomé aire con las pulsaciones disparadas.

—Digo que no tengo manera de conseguir el libro firmado por Cecilia, pero que sé perfectamente lo que le ha sucedido a vuestro amigo el Egipcio. Si queréis saberlo, antes necesito que me digáis algo.

—Tú no puedes venir aquí con condiciones, ¿me oyes? —gruñó Jaramillo poniendo su rostro a escasos centímetros de mi perfil.

—Deja hablar a la muchacha, Emi. Al fin y al cabo, sabemos que es una mujer de palabra.

A pesar de que Jaramillo adoptaba el rol de matón en ese trío, deduje que era Camilo quien tomaba las decisiones importantes. Por eso me centré en mirarlo a él mientras hablaba. Bueno, por eso y porque Jaramillo me inspiraba terror.

—¿Qué es lo que quieres saber, Gabriela?

—Asunción, mi abuelita, que no es mi abuela, ¿tuvo algo que ver en mi secuestro?

—¿Te refieres a la vieja amiguita de mi tía Mariana?

—Sí, la misma.

Él escribió algo en su teléfono y luego lo guardó.

—¿Por qué no pasamos dentro y hablamos más tranquilos?

—Preferiría quedarme aquí.

—Pasa, mujer. Solo quiero invitarte a algo.

—Vamos, entra —protestó Jaramillo tomándome por el codo.

Mathías me guiñó un ojo cuando avancé hacia ese almacén que tan malos recuerdos me causaba. Jaramillo me dio un último empujón para meterme dentro y luego me quitó el bolso para registrarlo.

—Apágalo —me dijo ofreciéndome el móvil.

Mientras tanto, Camilo tomó asiento en un par de cajas de cerveza y se encendió un cigarrillo.

Aquel cochambroso cuartucho seguía provocándome escalofríos. Miré a un lado y a otro y me crucé de brazos cohibida.

—¿Es ella la que me ha metido en este lío? —insistí tragándome el nudo enorme que se había instalado en mi garganta.

—Pues mira, voy a ser sincero. Fue ella la que vino aquí contándonos que le habías robado la cartera a Emi.

—Pero yo no robé nada. Lo del robo fue idea suya.

—Eso ya da igual. Lo importante es que nos dijo que estabas a punto de cobrar un dinero considerable que te debía tu exnovio y que si te intimidábamos un poco colaborarías con nosotros. Llegamos a un acuerdo con ella y le dimos una parte de los mil euricos para que se fuera al bingo con mi tía. A partir de ahí se ofreció a trabajar para nosotros. Ya sabes, en el bingo hay una buena clientela y lo cierto es que ella y Mariana forman un buen tándem. Sí, señor. Así que, desde entonces, la viejita es parte de nuestra empresa.

—Así que es vuestra camella.

—No nos gustan esos términos, Gabriela. Dejémoslo en que es una de nuestras distribuidoras. Mariana y ella hacen una buena labor en el bingo y por algunas peñas. Pero supongo que lo que nos vas a contar sobre el Egipcio compensará la información que te estoy brindando, ¿no?

Durante unos segundos guardé silencio asumiendo que Asunción me la había jugado. La inquina corría por mis venas, pero en realidad se trataba de un vacío apabullante. Si lograba salir ilesa de esa situación, me encargaría de ella más adelante.

Decidí que había llegado el momento de mover las fichas. El movimiento podría ser mortal, pero ya no había vuelta atrás.

—El Egipcio está muerto y yo sé quién lo mató.

Camilo y Jaramillo se miraron el uno al otro.

—¿Qué estás diciendo, *güevona*? ¿De qué conoces tú al Egipcio?

—Al Egipcio, de nada. Pero sí conozco muy bien a la persona que lo mató.

Camilo se incorporó y con una tranquilidad alarmante abrió el cajón de la mesa que estaba a su derecha y sacó un arma. Suspiró de manera sonora mientras examinaba el cargador y tomó asiento de nuevo.

Un martilleo sordo me perforó los oídos.

—Oigan, solo he venido a ayudarlos. No pretendo crearles más problemas. Yo solo quiero que me dejen en paz.

—Para eso deberías haber traído mejor el librito de la *youtuber*, ¿no crees? Ahora dinos qué carajo es eso de que conoces a la persona que mató al Egipcio. Y espero que seas clara, muchacha.

—Verán, el hombre que lo mató se llama Rey. Hace unos días salí con un chico que es sobrino del conserje de mi edificio. Yo no tenía ni idea de que esa noche presenciaría un asesinato. Pero este chico me dijo que iríamos a un lugar a entregar un paquete y cuando quise darme cuenta me encontré en ese edificio derruido de la Casa Cuna con el cadáver de ese muchacho a mis pies.

Continué hablando sin parar, histérica, narrándoles el modo en que los secuaces de Rey me habían empujado hasta el interior de ese lugar. Les conté lo sucedido con Cristian. La paliza, las amenazas, el miedo que había experimentado entre esas paredes derruidas, la cantidad desorbitada de dinero que había visto esa noche, y también les relaté que en mi afligido intento de salvar a Cristian había tratado de distraer a Rey hablándole de mis novelas.

Los puse al día de todo lo sucedido mientras ellos me despedazaban con la mirada.

—Entonces ¿fue Rey? —comentó Camilo mirando a Jaramillo.

—Lo sabía —bramó este dando un puñetazo a una de las cajas.

—Al parecer, el Egipcio estaba haciendo negocios a su espalda y Rey lo descubrió —musité intentando esclarecer mis argumentos.

—Así es.

Me detuve tomando aire y armándome de valor.

—Dijo que mataría a cualquiera que intentara quedar por encima de él y que acabaría por completo con la banda de los Wan. —Esto último, por supuesto, acababa de inventármelo. Formaba parte de mi

plan.

El plan.

Ellos me contemplaron en silencio.

—No sé quiénes son los Wan —añadí tratando de ser convincente —, pero desde luego creo que ese tipo es capaz de cualquier cosa por defender su imperio. Es imposible acabar con él. Tiene un ejército de yonquis sin escrúpulos. El otro día, cuando estuve aquí, ustedes mencionaron el nombre del Egipcio y fue entonces cuando decidí que querrían saber toda esta información.

—¿Le has contado esto a alguien más?

—Claro que no. Ese tipo me ha amenazado. Me matará si no le entrego mis novelas.

Recé para que no descubrieran que Raquel era policía. Ellos, al contrario que Rey, no parecían haber indagado demasiado en mi vida. Y deduje que Asunción tampoco había mencionado mi parentesco con ella.

—¿Cuándo has quedado con él? —preguntó Camilo sujetando el arma a un lado de su cadera. No me estaba apuntando con ella, pero la había sacado para intimidarme.

—Se lo diré si me prometen que luego me dejarán en paz. Para siempre.

—Pues claro, *güevona*. Palabrita del niño Jesús.

—Habla de una vez, niña.

—El jueves a las ocho. Quiere que cene con él en su casa y que hablemos de mis novelas. Me recogerá uno de sus hombres.

—¿En su casa? Nadie sabe dónde vive ese tipo. ¿Cómo sabemos que no es una trampa?

—¿Tengo pinta de ser muy estratega? Solo tienen que seguirme y los llevaré hasta él.

29

Tic, tac

«Tic, tac.»

Esas dos palabras aparecieron en la pantalla de mi móvil el miércoles por la noche. Solo eso.

«Tic, tac.»

—Gabi, ¿qué pasa? —me preguntó mi hermana María cuando entró en la habitación y me vio contemplando el móvil con horror.

—Nada. Es solo uno de esos mensajes de la compañía de teléfono. Se han equivocado con la factura. Mañana lo arreglaré.

—Ya sé cómo debes autopublicar tu novela en las plataformas digitales. He hecho una lista con las más importantes —dijo ella sujetando su ordenador y tomando asiento en la cama muy cerca de mi escritorio—. Y también me he tomado la libertad de diseñar una cubierta. Mira.

El malestar de ese odioso mensaje se diluyó poco a poco y toda mi atención se centró en la imagen que tenía ante mis ojos. El perfil de una mujer en blanco y negro sujetando un arma al más puro estilo detectivesco me robó dos latidos. En el centro, escrito con una tipografía sugerente, atrevida y con cierto aire valeroso, solo una palabra: «MILLER».

Se trataba sin duda de una cubierta sencilla, pero era la idea que siempre me había rondado por la cabeza. Todo lo que yo deseaba dejar entrever al lector antes de sumergirse en la novela estaba allí, delante de mí. Sentí que esa imagen transmitía el punto justo y necesario de intriga que anhelaba para mi historia. Para su historia, la de Miller.

—¿Te gusta? —inquirió ella dubitativa.

—Me encanta —declaré perpleja y con una mezcla de ilusión sorprendente.

—El título creo que deberías dejarlo solo así. Su apellido. Es corto, tiene fuerza y será fácil de encontrar en los buscadores. Si quieres, en la segunda y tercera parte, añades alguna frase. Pero eso ya lo iremos viendo. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Genial. Pues ya solo debes pasarme un *pen* con la novela y yo me ocuparé del resto en estos días.

De pronto me asaltó aquel temor persistente. Ese que era diferente del miedo que sentía por Jaramillo o por Rey, pero no por ello menos abrumador.

—¿Y si a la gente no le gusta? Si empieza a acumular críticas negativas… No sé si estoy preparada para eso.

Su sonrisa dulce me tranquilizó.

—Es una posibilidad —dijo ella con una caída de ojos—. En ese caso debes asumir que no la escribiste para ese tipo de personas, Gabi. Una vez que la lances ahí fuera debes centrarte en esos lectores que sí sentirán esta historia con la misma pasión que tú la has escrito. Todo lo demás no debe ser más que aprendizaje.

Asentí estupefacta. Su carácter afable se asemejaba mucho al de mi padre.

—A veces creo que eres el dalái lama atrapado en el cuerpo de una surfista. ¿Estás segura de que tienes veinte años?

Ella soltó una carcajada fresca.

—Cumplo veintiuno dentro de dos meses. Y nada de esto es gratis. Creo que voy a merecerme un buen regalo.

*

Observé los manuscritos impresos mientras decidía mi indumentaria. Estaban encima de la cama. Había pagado casi quince euros en la copistería por la impresión y la encuadernación de ambos volúmenes. Pero allí estaban. La historia de Miller había finalizado. Ella había ganado. Sí, aquella jugada, cómo no, había dado el resultado deseado. Había salido ilesa, pero en cambio su romance con Anderson quedaba en el aire. Así lo había requerido el argumento. Él mantenía una relación complicada con su exmujer y Miller poseía muchas virtudes, pero la desconfianza y el orgullo a veces se anteponían a todo lo demás. Por eso consideré más justo dejar esa parte a la interpretación del lector.

Eran las siete y media de la tarde y a las ocho vendría Cristian a recogerme. Ojeé el armario y escogí la ropa de manera meticulosa, como si se tratara de un ritual funerario. Quizá estaba siendo muy pesimista, pero había una posibilidad de que esa noche fuese mi

última noche en el mundo de los vivos. Me vestí como lo habría hecho para la presentación de mi libro. Con un pantalón ocre de tiro ancho y pernera recta y un cuerpo de popelín negro sin mangas con un lazo en la cintura que era de María. El pelo decidí llevarlo recogido en un moño bajo. Y, para concretar, me maquillé de un modo tan imperceptible que parecía que iba con la cara lavada.

Luego me contemplé en el espejo y le repetí a la Gabi que veía frente a mí que dejara a un lado sus miedos y se enfrentara a sus peores temores. Lo había hecho en la ficción y ahora lo haría en la vida real.

En eso pensaba cuándo oí mi teléfono sonar. Me apresuré a descolgar arrastrando el peor de los presentimientos, pero en cambio me tranquilicé un poco al leer el nombre.

—Dime, Lidia.

—Gabi, ¿puedes hablar?

Ojeé el reloj. Dentro de quince minutos debía bajar.

—Sí, claro, ¿qué ocurre? —titubeé.

—Tengo que contarte algo. Es acerca de Aníbal y de Violeta.

Guardé silencio, y supongo que ella interpretó esa ausencia de palabras como lo que era: un profundo desasosiego.

—Violeta no está embarazada.

—¿Ah, no? —proferí con un poco más de énfasis de lo deseado.

—No, pero el médico le ha dicho que tiene un embarazo psicológico.

Me llevé los dedos al puente de la nariz y los dejé allí quietos.

—Por lo visto, hace unos días, se hizo la prueba del Predictor y le dio negativo, pero ella pensó que podía tratarse de un falso resultado porque vomitaba, tenía náuseas y esas historias de las embarazadas. Lo que tiene esa tía en realidad es un problema mental por su obsesión enfermiza de ser madre.

«Virgen santa.»

—Pero ¿eso no es algo más común en los animales? Tenía entendido que los embarazos psicológicos se dan más en los perros que en las personas.

—Así es, su perro también lo está. Es un pomerania rojo con muy mala leche —recitó mi buena amiga con tonito guasón.

—¿Te estás quedando conmigo?

Lidia se carcajeó a través del teléfono y su risa me contagió. No me

alegraba del trastorno desencadenado por Violeta, pero saber que Aníbal no iba a ser padre —al menos entonces— me quitó un enorme peso de encima.

—Gabi, te juro que es verdad. Pobre Aníbal. Está loco por romper con ella, pero teme que haga una tontería. Dice que, desde que el médico le ha dicho lo que le ocurre, anda un poco desequilibrada.

—Madre mía.

—Sí, yo he dicho lo mismo. Madre mía.

La oí suspirar.

—Tengo que dejarte. Hay gente en el estudio. Pero mañana te lo contaré todo con más detalle.

—Vale.

—Aníbal solo piensa en ti, Gabi —dijo antes de colgar.

*

Ni siquiera tuve tiempo de asimilar la información de Lidia. El reloj marcaba las ocho en punto y Cristian estaría esperándome. Apagué el teléfono y lo dejé junto a mi portátil. Luego alcancé mi bolso y los dos manuscritos y me encaminé hacia la cita más surrealista de mi vida.

Cristian había aparcado el taxi un poco más adelante de mi portal, siguiendo mis indicaciones. No podíamos arriesgarnos a que Vargas nos entretuviese con sus comentarios incongruentes. Mi madre había salido esa tarde con mis sobrinos, con lo cual fue mucho más fácil escabullirme sin tener que dar explicaciones.

Ahora solo debía asegurarme de que los colombianos nos seguían. Yo les había proporcionado la matrícula del taxi de Cristian como me habían exigido, y ellos me garantizaron que se encargarían de acecharnos hasta casa de Rey. Cristian, por supuesto, no podía imaginar que la furgoneta blanca que se ocultaba dos coches más atrás por la autovía en dirección al municipio de Barbate, adonde Cristian debía llevarme, era la de unos tipos que deseaban ajustar cuentas con Rey.

Me mantuve silenciosa contemplando el paisaje por la ventanilla y pensando en embarazos psicológicos. No me apetecía en absoluto charlar con Cristian, pero al parecer él decidió interrumpir mi concentración.

—Te sienta bien esa ropa —musitó con una de sus impúdicas ojeadas.

—Gracias.

—Oye, sé que *la* cosas entre *nosotro* no han ido como esperabas. Quizá me he pasado diciéndote que no eras mi tipo y esas *cosa*, pero a medida que te voy conociendo creo que eres una tía muy guay. Y, joder, en *realidá* sí que eres guapa. Igual nos *podríamo* dar otra oportunidad, ¿no *cree*?

—No, Cristian. No lo creo. Si Rey descubre que realmente hay algo entre nosotros puede utilizarlo para hacernos daño. Y no querrás que ahora que tus heridas están cicatrizando te vuelvan a destrozar el careto.

Él me lanzó una mirada escamada y luego movió la cabeza con avenencia.

—*Lleva* razón. *Eso* cabrones casi me matan.

—Además, lo último que quiero es enemistarme con él tras saber que le interesas.

Se removió en su asiento azorado.

—No me lo *recuerde*. Cuando ese tío me mira me entran *gana* de *vomitá*. El otro día me insinuó que se masturbaba pensando en mí. A *vece*, *jodé*, desearía estrellarme con el coche y *acabá* con esta pesadilla —gruñó acelerando de una manera temeraria.

Miré el cuentakilómetros y me aferré al asidero de la puerta hasta que los nudillos se me quedaron blancos.

—Te entiendo, Cristian. Pero ¿podrías hacerlo mejor a la vuelta, cuando vayas solo?

—Vaya, lo siento —murmuró disminuyendo la velocidad.

—¿Sabes dónde vive? —pregunté tras unos segundos silenciosos.

Me había dicho cuando me recogió que nos dirigíamos hacia Barbate, pero no especificó nada más.

—No, solo tengo *órdene* de dejarte en la primera gasolinera que hay entrando en *er* pueblo. Y que alguien te recogerá allí y te llevará hasta su casa.

—¿Vas a dejarme sola en casa de ese tío? ¿Y si me mata?

—Pues te llevaré *flore ar* cementerio —y empezó a reírse como si no hubiese un mañana.

Moví la cabeza, negando su comentario.

—No te rayes, *Gafita*. No puedo hacer *na' ma*. Pero ¿por qué iba a

matarte? Quiere *tu* libros y vas a llevárselos. Ese tío *e* un friki. Seguro que lo único que pretende *e* hablar contigo de libros y *esa* cosas aburridas. No te rayes, tía.

Me quedé en silencio rezando para que Cristian llevara razón.

Al cabo de media hora, como bien le habían indicado, me dejó en la primera gasolinera de Barbate. Un par de camioneros me gritaron algunas obscenidades cuando me vieron allí sola esperando. Temí que aquello no fuera más que una encerrona y alguien me pegara un tiro desde la distancia.

La furgoneta de los colombianos se había detenido en el arcén varios metros atrás, lo que me causó, curiosamente, una extraña tranquilidad.

Abracé los dos manuscritos y miré al cielo. Había oscurecido y un millón de estrellas rodeaban una grandiosa luna blanquecina. Me pareció una noche demasiado hermosa para una cita como la que iba a tener.

Me distrajo un ruido tras unos matorrales, a mi izquierda. Cuando miré de nuevo al frente divisé un vehículo detenerse a tan solo unos metros de donde me encontraba. Un Seat Ibiza negro que había tenido épocas mejores me hizo ráfagas con las luces.

—Eh, *Gafa*, sube —vociferó ese tipo flacucho de los tatuajes en el cuello.

«Nico», murmuré para mí.

En el interior, una patética música reguetón hizo aún más desagradable el trayecto.

Él sujetaba el volante con una mano y con la otra, un cigarro de marihuana.

Condujo de un modo temerario por el centro del pueblo, sorteando callejuelas hasta llegar a una urbanización más alejada y menos iluminada.

—Es ahí. La de la cancela verde —dijo señalando una casa unifamiliar que a priori aparentaba ser bastante humilde.

Me quedé quieta pensando si preguntarle lo que me rondaba por la mente desde que me había subido a ese coche.

—Te llamas Nico, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Pero facilita, ¿eh?

—El Egipcio y tú destrozasteis el coche de Aníbal Lafuentes en la avenida Andalucía hace unas semanas. Me gustaría saber por qué.

Él afiló la mirada escrutándome. Le dio una calada al porro con chulería.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque os vi. Era yo la que os increpó esa noche.

—Es verdad, tía. Te refieres al Mustang, ¿no? Por eso me sonaba tanto tu cara cuando te vi en la Casa Cuna.

Ni siquiera gesticulé esperando su respuesta.

—¿Y por qué quieres saberlo?

—Es importante para mí. El dueño de ese vehículo…, cómo decírtelo, no merecía eso.

—Y a mí qué me cuentas.

No iba a ser fácil que ese niñato cantara, por lo que tuve que tomar un atajo más intrépido.

—Entenderás que si estoy aquí esta noche —dije muy despacio señalando la verja verde— es porque soy amiga de Rey. Muy amiga —recalqué sosteniéndole la mirada.

—¿En serio? —bufó él.

—¿Quieres entrar conmigo y lo compruebas tú mismo? Y ya de paso me cuentas lo que quiero saber delante de él. Le encantará saber que el Egipcio y tú hacíais trabajos por vuestra cuenta.

Un silencio espeso y con olor a hierba se asentó entre los dos. Luego carraspeó un tanto intranquilo.

—Nos pagó una tía.

—¿Qué tía? —lo interrogué con los cinco sentidos alerta.

—No sé. Una tía rubia con las tetas de plástico. El Egipcio y yo estábamos tomándonos una litrona en un parque cerca de ese colegio donde se estaba celebrando el centenario y esa tía vino y nos contó un rollo sobre su amor del instituto. Nos dijo que ahora él le estaba llevando el divorcio y que esa noche debíamos destrozarle el coche para que así ella pudiera acompañarlo a su casa. Una puta loca. Yo tuve una novia así, que se obsesionó conmigo. La Naiara. Me quemó el Suzuki jr, la muy zorra.

—¿Os dijo su nombre? —pregunté con una evidente sospecha.

—Sí, pero no me acuerdo, carajo. El Egipcio conocía a su padre. Había trabajado con él en alguna ocasión. Es ese tío empresario que tiene las pistas de pádel en la Zona Franca… Tengo su nombre en la

punta de la lengua.

—Elisabeth Troncoso —mascullé sujetando los manuscritos con tanta fuerza que casi me hice daño en las uñas.

—¡Sí, esa, esa! Rubia y con las tetas muy gordas.

Me bajé del coche sin añadir nada más y me dirigí con paso firme hacia la casa de Rey.

La noche no había hecho más que empezar.

*

Pulsé el timbre sintiendo que las manos me sudaban. Aquella zona estaba estremecedoramente tranquila. Las viviendas colindantes tenían las luces apagadas. Enderecé los hombros mientras esperaba a que alguien me abriera y reflexioné sobre la reciente información que acababa de recibir. Elisabeth Troncoso era una inconsciente. Siempre lo había sido. O, más bien, como la había calificado Nico, una puta loca.

Absorta en mis reflexiones, la cancela se abrió y me recibió una anciana con un vestido negro.

—Pasa, muchacha —me dijo aquella señora regordeta de unos ochenta años que supuse que sería la madre de Rey, pues el parecido era notable.

A pesar de que había poca luz, cuando entré me encontré con una casa unifamiliar de dos plantas y un pequeño jardín delantero muy bien cuidado repleto de claveles y geranios. Intenté captar todos los detalles a medida que avanzaba. El olor a dama de noche mezclado con hierbabuena, un par de maceteros de fibrocemento custodiando la puerta, ventanas enrejadas…

Avancé hacia un salón tradicional, sin lujo ni ostentaciones. Un sofá marrón con sillones a juego, una mesa camilla en el centro y lámparas de forja negra. La tele permanecía encendida mostrando los informativos. Sabía que aquella no podía ser la casa de Rey. Todo resultaba demasiado convencional.

—Rey me ha dicho que te llamas Gabriela. ¿Sois muy amigos?

—Sí —murmuré quieta tras el sofá.

—Yo soy su tía. Me llamo Marga. Rey bajará enseguida —comentó con amabilidad.

La mujer se dirigió hacia la cocina situada a un lado del salón y

continuó con sus quehaceres.

Esperé unos segundos contemplando mi alrededor. Una decoración propia de los años setenta captó mi curiosidad, aunque el escrutinio de aquellos objetos decorativos se vio interrumpido.

—Querida Gabriela —dijo Rey bajando por la estrecha escalera vestido con un impecable traje de chaqueta gris y una camisa blanca sin corbata. Se detuvo a mitad del tramo—. Sube, por favor, cenaremos en la terraza. Hace una noche muy agradable.

Me moví angustiada y lo seguí hacia el piso superior. En esa planta se encontraban los dormitorios. No tuve tiempo de explorar nada, pues Rey comenzó a hablar y me perdí en sus palabras mientras me conducía hacia una terracita que daba a la parte trasera y que estaba decorada con luces de verbena y una variedad generosa de plantas de exterior.

En el centro había una mesa redonda de madera de teca más bien pequeña y dos sillas. Vistiendo la mesa, un mantel de flores con algunos deliciosos aperitivos: una tabla de quesos, canapés y aceitunas. Por supuesto, no pensaba comer nada. Mi estómago no admitía alimento alguno.

—Me he tomado la libertad de preparar unos entrantes y he abierto una botella de vino. Un ribera del Duero de Vega Sicilia. Has traído los manuscritos. Eres maravillosa, Gabriela. Siéntate, por favor. No te quedes ahí quieta.

Acaté su orden y tomé asiento colocando los manuscritos y el bolso sobre mi regazo.

—¿Quieres dejar eso dentro? —preguntó al verme tan rígida.

—No, gracias. Así estoy bien.

—Como prefieras. Toma —dijo ofreciéndome una copa de vino y, a continuación, sirviéndose él otra—. ¿Brindamos?

Lo miré a los ojos, preguntándole sin palabras el motivo de ese brindis.

—Por ti, querida. Tienes mucho talento —recitó aún de pie delante de mí.

Vestido de esa manera me recordó a un asesor inmobiliario.

—Gracias —respondí mojándome los labios y soltando la copa.

—Bueno, ¿y qué tal estás? ¿Te gusta la velada que he preparado?

—Sí, el entorno es muy agradable.

—¿Verdad que sí? Esta casa era de mi abuela. Crecí jugando en ese

jardín. Al morir ella, se quedó mi tía Marga, que la mantiene en muy buen estado a pesar de que la pobre mujer ya está muy mayor.

Miré a un lado y a otro dejándole entrever que me importaba una mierda la historia de su familia.

—¿No vas a comer nada? —preguntó tras unos segundos.

Alcancé una aceituna y me la metí en la boca sin ganas.

—Y dime, ¿qué se siente al ponerle el punto final a tu obra?

—Liberación —musité apoyada en el respaldo—. O eso quiero sentir.

Él alargó el brazo para coger un canapé y se lo comió de un bocado ojeando la planta que quedaba a su izquierda.

Luego me contó algunas anécdotas más de su infancia, anécdotas que al principio no parecían tener relevancia alguna. Poco a poco fui descubriendo que Rey se había criado con su abuela, pues su madre había muerto siendo él muy pequeño, y que jamás había conocido a su padre.

A medida que avanzaba en su discurso, pensé en el dictador alemán Adolf Hitler y en un documental que había visto sobre su figura en el que contaban que el canciller imperial solía organizar cenas en su casa que se alargaban hasta la madrugada y que en ellas torturaba a sus ministros e invitados con unos discursos extremadamente largos y aburridos. Empecé a sentirme como uno de esos invitados.

Comprendí que me hallaba ante una persona narcisista y con un serio trastorno antisocial. Sin embargo, traté de fingir interés por su pasado e hice todo lo posible por reconducir la conversación hacia un terreno en el que me encontrara más cómoda.

El sonido de los grillos y de algunos aspersores lejanos fue la única melodía que nos acompañó.

Rey volvió a repetir lo mucho que había disfrutado leyendo mi novela e insistió en que lo había sorprendido encontrarse ante una historia tan bien construida e hilvanada. Aun así, remarcó que, en su opinión, el personaje del mafioso ruso carecía de suficiente realismo.

Después de hablar largo y tendido sobre Miller, Anderson y el resto de los personajes, se tomó unos segundos para recapacitar.

—Tengo una proposición que hacerte —dijo acariciándose su barba roja.

De repente, contemplando aquel extraño manojo de pelos, pensé

en el pomerania de Violeta, que me llevó a visualizar el rostro de Aníbal. Ya no iba a ser padre, qué bien.

«Céntrate, Gabi.»

—Una proposición —repetí.

—Pero antes necesito que me digas algo. ¿Cuál es tu sueño, Gabi?

Fruncí el entrecejo sin entender a qué venía esa pregunta.

—Sí, es fácil. ¿A qué aspiras en la vida? Y no vayas a decirme algo como que quieres ser feliz y tonterías de esas.

—¿Es una tontería ser feliz? —objeté perpleja.

—Ya entiendes lo que quiero decir. Me refiero a profesionalmente. ¿Qué logros te gustaría alcanzar como escritora? Porque supongo que habrás pensado en ello. ¿Qué es lo que quieres?

Hice una pausa.

—Quiero que me lea mucha gente. Y a ser posible, que me paguen por ello. Eso estaría bien para empezar.

Él asintió sonriendo.

—Y si te dijera que yo puedo hacer realidad tu sueño.

«Oh, oh…»

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo colocando los codos en la mesa. La tela de su chaqueta se tensó y mis ojos se centraron en sus dedos. Me resultaron demasiado largos en comparación con sus extremidades—. Te propongo ser yo el autor de tus novelas. Tú serías escritora en la sombra. Cobrarías un sueldo por ello, claro. Pero tu nombre no aparecería por ningún lado. Yo me aseguraría de que pudieses escribir en un lugar bonito, quizá cerca del mar, o tal vez en una de esas cabañas con encanto en la sierra, ¿te gustaría?

No fui capaz de articular palabra. Me miré las manos y las cerré en dos puños. Respiré hondo.

—Quiere robarme mis obras. Es eso lo que me está diciendo, ¿verdad?

Esbozó una sonrisita maquiavélica.

—¿Robar? No, querida Gabi. Siento que lo veas de esa manera. Yo solo te estoy ofreciendo un trabajo. Uno que te guste. Me comprometo a pagarte bien. Eso sí, deberás cumplir los plazos. Hay muchos escritores que trabajan de esa manera.

—¿Qué pasa si digo que no?

El rostro de Raquel lo ocupó todo en mi mente.

—¿Por qué ibas a decir que no, querida?

—Porque lo considero deshonesto, vergonzoso…, ¿miserable?

Él bebió de su copa sin apartar sus ojos de mí.

—Yo no lo veo así, Gabriela. Verás, es que yo tengo otra manera de ver el mundo muy diferente de la tuya. Yo, cuando quiero algo, primero intento negociar, pero si se me resiste directamente me lo quedo.

—Si además de narcotraficante y asesino quiere ser usted escritor, ¿por qué no escribe sus propios libros? Estoy convencida de que lo haría bien. Lee mucho y es una persona muy culta. ¿No le parece más honesto? —dije aquello en un tono sereno, pero él manifestó una expresión confusa.

Ladeó la cabeza y volvió a mostrarme sus dientes en ese conato de sonrisa comatosa.

—Lo haré, querida. Trastocaré la historia hasta hacerla mía. Cambiaré algunos pasajes y Miller no se llamará Anna Miller, sino Nieves Fermizo.

—Nieves Fermizo —repetí pensando en que era el nombre más insípido que había oído en mi vida.

—Sí, y la trama se desarrollará en España. Tú me ayudarás si algo no encaja, claro. Y el título será algo así como *El cartero del norte*.

—¿Qué? ¿Y por qué *El cartero del norte*? En esta historia no aparece ningún cartero. Es absurdo. ¿Y el norte? ¿Qué norte?

—Estás muy negativa, ¿no? No te preocupes. Nos inventaremos algo para que el título tenga relación con la historia.

—*El cartero del norte*. Si parece el título de una novela de Federico Moccia.

—Exacto. Eso es justo lo que quiero. Quiero ser una especie de Federico Moccia a lo español. Me fascina ese romance que ella tiene con Anderson. Creo que puede venderse muy bien dentro del género romántico.

Me humedecí los labios. Sentía la boca seca y los músculos del cuello tensos como las cuerdas de un violonchelo.

—Para empezar, debería leerse las dos partes que quedan y entender la trilogía. No está ante una novela de amor, y que conste que no tengo nada en contra de ese género. Pero esta es una historia que habla de supervivencia, de justicia y de códigos éticos que, por supuesto, usted no conoce. ¿Para qué, si no, me ha obligado a que

termine la historia en una semana?

—Bueno, digamos que quería ver si eras capaz de cumplir con el plazo, y ya he comprobado que sí.

—Dios, esto es…

—Te veo muy nerviosa, Gabriela. Bebe un poco, anda. Mira, voy a traer el contrato que debes firmar cediéndome los derechos de tu obra, y de paso subiré una botella de champán para brindar por nuestro éxito. Porque será de los dos. Aunque los ejemplares solo los firmaré yo —dijo regalándome una carcajada deforme.

Cuando alcé la vista y lo oteé alejarse con aquellos andares de obispo, sentí el ansia incontrolable de partirle la botella de vino en la cabeza. Debería haber cogido mis manuscritos y saltar por ese balcón. Lo sé, podría haber aprovechado para hacerlo, pero yo no era capaz de hacer algo parecido. Miller, sí.

En vez de eso, me quité las gafas y me froté los ojos tratando de aliviar esa reciente jaqueca.

Sin embargo, el ruido de un clic me obligó a dirigir la mirada hacia Rey. Cuando alcé la cabeza comprendí que se trataba de un arma amartillándose.

Rey se quedó quieto como un maniquí de sastre. Delante de él se encontraba Camilo, apuntándole a la cabeza. Jaramillo estaba a su lado tapándole la boca a su tía Marga y amenazándola con un cuchillo en el cuello. La mujer temblaba de la cabeza a los pies y un hilo de sangre le recorría la mejilla. Mathías apareció más atrás, sujetando otra pistola, y se situó a la derecha de Camilo.

—¿Cómo va eso? Volvemos a vernos de nuevo, viejo —dijo Camilo sonriendo.

Percibí que Rey apretaba los puños y transformaba su encantado rictus.

—¿Cómo que no nos has invitado a cenar? Menos mal que nuestra amiguita Gabriela está en todo y ella sí que tiene modales. ¡Qué mesa tan bacana!

—Así que los has invitado tú —recitó Rey metiéndose las manos en los bolsillos de su traje y saboreando en su propio paladar el gusto más cruento de la traición.

Asentí alzando la barbilla. Tenía miedo. Mucho. No sabía cómo acabaría todo aquello, pero una parte de mí se alegraba de que los colombianos estuviesen allí.

—Buena jugada, Gabriela. Pero estos señores llevan razón, deberían sentarse con nosotros. ¿Por qué no os tranquilizáis y me dejáis que os invite a un buen vino?

—Te crees muy listo, ¿no? —comentó Camilo ignorando que Rey quisiera llevárselos a su terreno—. Creías que podías matar al Egipcio y escapar como si nada, ¿eh, *güevón*? —escupió esta vez clavando el cañón de su arma en la frente de Rey.

—El Egipcio era un traidor. Tarde o temprano también os habría traicionado a vosotros. Si me dejáis vivir, os haré ricos. Tengo mucha mercancía.

—¿Ah, sí? Ahora quieres hacer pactos. ¿Y dónde ha quedado eso de que vas a acabar con la banda de los Wan?

—Yo no he dicho eso.

«Oh, oh…»

—Mírate, Rey. Aquí, sin tus hombres, ya no eres nadie.

—Os puedo llevar hasta mi almacén. No encontraréis nada si me matáis. Solo yo sé dónde está.

—Te equivocas. Tu mamacita nos ha hablado de un garaje al final de esta calle. Hemos descubierto que allí guardas parte de tu mercancía. Mathías se ha encargado de meterlo todo en la furgoneta: cogollos de marihuana, armas, munición, maquinaria para el procesamiento y envasado de la droga. Has hecho bien los deberes, mamón.

—Eso es solo una parte. Tengo mucho más.

—Nos bastará con eso de momento. ¿Sabes qué pasa, Rey? Que la gente como nosotros no nos dejamos manipular por gente como tú. Nosotros no hacemos tratos con maricones. Nosotros nos los cargamos —dijo apretando el gatillo y volándole la tapa de los sesos a Rey.

Todo sucedió con la celeridad de un suspiro. Por un momento creí que no era real. No, claro que no. No podía serlo. Pero la sangre salpicó el rostro de Camilo y también el de Marga. Sí, era cierto.

El cuerpo de Rey se desplomó a los pies de Camilo y este volvió a disparar dos veces más en su abdomen para rematarlo.

Ahogué un grito y me llevé las manos a la cara aterrorizada.

La tía de Rey forcejeó con Jaramillo para que la soltase y se lanzó hacia el cadáver de su sobrino llorando y gritando. Sin embargo, no pudo lamentar por mucho tiempo su muerte, pues Mathías disparó sobre la espalda de ella, acallándola al instante.

El horror en su versión más infame se presentaba ante mí.

—Pero ¿qué haces? ¿Por qué has matado a su mamá?

—¿Pensabas dejarla vivir? ¿Quieres que vayamos dejando pruebas por ahí? No pienso pudrirme en una cochina cárcel por culpa de la mamacita de este *güevón*.

Mientras ellos deliberaban si debían haber matado o no a la tía de Rey, yo no podía apartar los ojos de aquellos dos cadáveres. Los sesos de Rey, su rostro deformado, el olor a hueso cortado y a pólvora horadaron ese lugar siniestro y espeluznante de mi cerebro. La pena, el miedo y un sentimiento de culpa desgarrador me sacudieron por completo. De repente, una arcada me obligó a retorcerme y a vaciar los escasos líquidos de mi estómago en la terraza. Me incorporé para limpiarme la boca con una servilleta y me di cuenta de que Camilo se había sentado en el asiento que antes había ocupado Rey.

—¿Qué hacemos contigo, Gabriela? —dijo entonces observándome con una expresión cercana a la compasión.

—He cumplido el trato. Les dije que los traería hasta Rey.

Estaba tiritando de miedo.

—Así es. Pero si te dejamos vivir correríamos demasiado riesgo.

—Ustedes me lo prometieron —sollocé.

—Ay, muchacha, qué chepa hemos tenido contigo. Mi tía Mariana llevaba razón. Ella es un poco bruja, ¿sabes? Dijo que tú atraías abundancia, que no te perdiéramos de vista. Parece que no se equivocaba, la muy condenada.

Camilo se puso en pie y alcanzó mi copa de vino para beberse lo que quedaba en ella.

—Ahora tenemos que despedirnos. Ha sido un placer, Gabriela.

—Me aseguraron que eran gente de fiar.

—Te mentimos, *güevona* —añadió Jaramillo riendo.

—No pueden matarme —grité incorporándome.

Camilo se acercó a Mathías y lo agarró por el codo.

—Hazlo tú. Parece que hoy tienes ganas de fiesta. Ocúpate de ella y luego asegúrate de quemarlo todo. Mientras tanto, nosotros terminaremos de llenar la furgoneta.

Mathías avanzó hacia mí despacio.

Los otros dos desaparecieron escaleras abajo.

Me apuntó con el arma exhibiendo su mueca de maníaco y comprendí que moriría esa noche.

Todo se había acabado.

—¿Qué te parece si antes de que te mate nos divertimos un ratito?

—No tienes que hacer esto —gemí.

—Ya lo sé, niña. Pero voy a hacerlo.

—Por favor, no —lloré dando varios pasos hacia atrás.

Miré a mi espalda, pero me di cuenta de que, de haberme tirado por ese balcón, me habría partido las dos piernas. No se oía nada a mi alrededor salvo mi agitada respiración.

—Ven aquí —masculló moviendo la pistola—. Ven aquí y arrodíllate, puta.

Con el corazón desbocado y aterrada por lo que pretendía obligarme a hacerle, alcancé la botella de vino de la mesa y lo amenacé con ella.

—¡Aléjate de mí! —grité convencida de que se la partiría en el cráneo si me tocaba.

Él se carcajeó echando la cabeza hacia atrás.

—Me habría gustado hacértelo viva, pero bueno, tampoco estará mal si no respiras. Tú lo has querido, *güevona*.

Cerré los ojos asumiendo mi muerte.

Lo siguiente que oí fue el sonido de un disparo.

O dos.

La risa de Carmen. Mario y sus amigos. Nuestras clases de literatura. Sus comentarios ingeniosos. David. Sus consejos. Raquel. Mi talón de Aquiles. Mamá. Mi mamá. La dulce María. Mi buena amiga Lidia. Aníbal. Mi amor.

Siempre había oído que unos segundos antes de morir ves la vida pasar ante tus ojos. Pero yo solo aprecié una secuencia muy corta en la que los rostros de las personas que más me importaban en el mundo aparecían como si se tratase de un *collage*. Luego, extrañamente, antes de volver al presente, me contemplé paseando por la orilla de la playa. Y a lo lejos, una figura distorsionada. No pude asegurarlo, pero sé que era mi padre. Mi papá.

Abrí los ojos y oí un lamento. Mi propio lamento. Caí de rodillas al suelo. La botella se rompió en pedazos a mi lado y, cuando enfoqué de nuevo la visión, solo necesité un vistazo para comprender que alguien le había disparado a Mathías por la espalda y que la bala le había atravesado el pecho destrozándole la caja torácica. Un esputo de sangre brotó de su asquerosa boca antes de desplomarse al suelo y

estampar su cabeza en el pavimento.

Oí mi nombre, pero mi atención se hallaba en ese enorme charco de sangre que avanzaba lento hacia mí.

—¡Gabi!

Parpadeé un par de veces y entonces, como si se tratase de una reverberación, la distinguí allí, delante de mí. Era ella. Miller. Entró empuñando su arma reglamentaria y avanzó corriendo hasta mí ataviada con su chaleco antibalas. Su cabello se meció al son de esa brisa de verano. La escena se ralentizó de un modo parsimonioso. Su cuerpo atlético, propio de una heroína de cuento, aterrizó a mi lado para infundirme protección. Contemplé sus facciones, celestiales, como Hera, la diosa del Olimpo, y, tras ella, aquellas luces divinas avivando su belleza.

Me sentía cansada. Muy cansada.

Los brazos me pesaban demasiado y no pude sostenerme. Tenía sueño. Mucho sueño. Y frío.

Ella me ayudó a tumbarme en el suelo, apartándome de la sangre de Mathías.

—Eres tú —susurré acariciando su mejilla.

—Gabi, no me hagas esto —dijo rasgando mi ropa.

La contemplé incorporándose para arrancar el mantel de la mesa y presionarme el hombro con aquella bola de tela.

—Has venido.

—Pues claro que he venido. Eres tú la que no debería estar aquí. ¿Qué te dije?

Mis párpados también pesaban. Y de nuevo, frío.

—Abre los ojos. Maldita sea —bramó llorando.

—Eres tú. Eres ella. Siempre has sido tú.

Ella no me oía. Sacó su *walkie* con una mano y comenzó a hablar por él. Sus dedos estaban manchados de sangre.

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Es mi hermana, joder!

30

Liberación

Durante mucho tiempo me pregunté si tal vez mi obsesión por escribir historias basadas en crímenes atrajo hasta mí una tragedia de semejantes dimensiones.

No sé si fue así, quién sabe, pero sin duda eso me ayudó a comprender de dónde había nacido mi inspiración para crear a un personaje como el de Anna Miller. Alguien con tanto valor, con ese sentido de la justicia tan acentuado y con la firme convicción de que ella podía hacer del mundo un lugar un poco más seguro.

Incluso mucho después de terminar su historia, en aquellas ocasiones en las que escribir me resultaba tan agotador, ella solía aparecer para zarandearme y recordarme que había sobrevivido a cosas mucho peores que un desesperado bloqueo. A veces me asustaba que un personaje de ficción viviera con tanta autenticidad dentro de mi cabeza. Yo conocía sus gustos, sus manías, sus miedos y también sus anhelos casi mejor que los míos.

Miller solía susurrarme que todos tenemos una misión en la vida y que no me distrajera de la mía.

*

Cuando abrí los ojos, el escenario era muy distinto del de esa fatídica noche. Una claridad cegadora me envolvió y sentí que flotaba sobre nubes de algodón. Aún me pesaban los párpados. Es más, necesitaba volver a cerrarlos y regresar a ese plácido sueño.

Descansar.

Dormir.

Evadirme.

Pero esa voz se acercó ahora más suave. Una mano me acarició el cabello y la sensación fue agradable.

—Gabi, ¿cómo estás? —oí que me decía.

Miré a mi derecha y me esforcé por mantener los ojos abiertos. Aunque la luz que entraba por la ventana me cegó un poco. Ella se situó justo delante mí, formando un eclipse, y sostuvo mi mano.

—Nos has ayudado mucho. Se podría decir que tú solita has resuelto el caso —bromeó—. Hablo en serio. Los hemos cogido a todos —añadió más seria y preocupada.

Enfoqué la visión para reconocer su rostro y de nuevo la vi allí.

Miller.

Esta vez, vestida de paisana. Ya no había sangre en sus manos y su expresión agónica se había transformado en una dulce y tranquilizadora sonrisa. Estaba preciosa.

Ella me había salvado.

—Gabi —repitió enterrando los dedos en mi cabello.

—Eres Miller —articulé ronca.

—¿Qué? —preguntó ella agachándose un poco para oírme.

—Eres tú. Siempre has sido tú.

Miller chasqueó la lengua.

—No sé bien lo que dice. Lleva repitiendo lo mismo desde anoche. Creo que aún delira —dijo hablándole a la persona situada a mi izquierda.

—Pobrecita, déjala. Deben de ser los medicamentos.

Giré la cabeza muy despacio e identifiqué otro rostro.

El de mi madre.

Así fue como regresé al presente.

De pronto, todo lo sucedido inundó mi mente de un estacazo.

¡¡¡Pommmm!!!

Hice el intento de incorporarme, pero una punzada intensa en el hombro me arrancó un gemido. Y mareo, mucho mareo. Un vendaje me cubría la zona del omoplato y, en el brazo izquierdo, a la altura del codo, tenía también algunos apósitos. En el otro brazo me habían puesto el gotero.

Me hallaba en una habitación de hospital. Y las tres estaban allí conmigo.

—No te muevas, hija. ¿Adónde vas?

—Gabi —murmuró María acariciándome la pierna con su sonrisita bondadosa—, esta vez sí que la has liado.

—¿Casi muero? —pregunté con ganas de llorar.

Mi madre miró a Raquel. Miller se había marchado. Su lugar lo ocupaba mi hermana mayor.

—¿Podéis dejarme un momento a solas con ella? —dijo Raquel, que aún tenía mi mano entre las suyas.

Mamá se agachó a besarme la mejilla. Luego, ella y María salieron sin añadir nada más.

—Sí, Gabi. Casi mueres. Pero estás bien, tranquila. La bala solo te rozó el hombro. Te arrancó un pedazo considerable de carne y tendrás una bonita marca de por vida, pero podría haber sido mucho peor. Una cuarta más abajo o al lado y…

Le temblaba la barbilla.

—Joder, hermanita, he pasado mucho miedo —dijo echándose a llorar y abrazando mi cintura.

Jamás en toda mi vida había visto a mi hermana desmoronarse de esa manera.

—Raquel, lo siento —gemí llorando yo también. Había matado a un hombre para salvarme.

Se quedó unos segundos en esa posición. Por un momento miró mis manos y, acto seguido, se incorporó y se limpió las lágrimas con el antebrazo.

—No, no. Tranquila. Tú no tienes la culpa. Lo sé. Debería haber estado más pendiente de ti. Pero ya todo se ha acabado. Rey está muerto y hemos cogido a todos sus hombres. Y también a los colombianos. Esos hijos de puta se van a pudrir en la cárcel.

—¿Cómo supiste que estaba allí? ¿Cómo lo has hecho para encontrarme?

—Mamá me dijo que habías quedado otra vez con el sobrino de Vargas y que te habías dejado el móvil en casa. Por cierto, ese Thor de pacotilla está detenido también y pienso encargarme de él personalmente.

Esa noticia me provocó sentimientos encontrados. Ella se sentó en la cama y continuó hablando.

—El caso es que, cuando mamá me llamó para decírmelo, supe que las cosas no iban bien. Interceptamos el taxi e interrogamos a ese payaso. Pero gracias a dos de mis compañeros, que se encontraban de guardia siguiendo a ese pandillero, Nicolás Torres, pudimos llegar hasta la casa. Lo que no esperábamos era que los colombianos aparecieran por allí. No sé cómo no se me ocurrió registrar tu ordenador antes. Gracias a María, esta mañana he leído la carta. Sé lo del Egipcio y también lo que te han estado haciendo todo este tiempo esa panda de cabrones de los colombianos. Conseguiré que te devuelvan tu dinero. Anoche entendí muchas cosas que no me

encajaban. No me puedo creer que te hayas visto envuelta en un asunto de esta envergadura. ¿Por qué tú, joder? ¿Hay algo que se me está escapando?

Esta vez cogí yo su mano.

—Ha sido culpa de tu suegra, Raquel.

Su expresión se transformó en espanto.

—¿Cómooooo?

—La noche que me pediste que la llevara al bingo, al salir, fuimos al asador de pollos.

Raquel me escuchó con mucha atención mientras le narraba la parte en la que Aníbal me pidió que averiguara quiénes eran los tipos que habían destrozado su coche a cambio de no cobrarme por demandar a Josema. Se lo conté todo desde el principio, y cuando acabé, se agarró la cabeza con las dos manos y se mantuvo quieta mirando al suelo un buen rato.

—Voy a matarla —masculló contrayendo la mandíbula.

—Me conformo con que la internes en un psiquiátrico de por vida.

—No te quepa la menor duda.

—¡Ah, y una última cosa! —dije sin apenas dejarla asimilar la información.

—¿Hay más?

—Elisabeth Troncoso.

—¿Qué pasa con esa gilipollas?

—Dile a Aníbal que fue ella la que pagó a esos dos golfos para que destrozaran su coche el día del centenario.

—¿Bromeas?

Tras informarla sobre lo que me había confesado aquel niñato, puso los brazos en jarras.

—Además —añadí mirando hacia la ventana—, intuyo que las otras veces también fue ella, pero estoy segura de que él hará las comprobaciones pertinentes.

—Aníbal la va a arruinar, lo sabes, ¿no? —aseguró mi hermana riendo—. Con lo que va a sacarle cuando la demande, va a poder comprarse tres coches como el suyo.

—Eso espero —murmuré pensando en él.

Raquel paseó su dedo índice por el dorso de mi mano mientras me estudiaba.

—Violeta no está embarazada —soltó con una sonrisa pícara.

—Lo sé. Me lo dijo Lidia.

—Está enamorado de ti, Gabi.

No dije nada. Solo sentí de nuevo ese nudo en la garganta. Lo echaba de menos, y la sensación era más dolorosa incluso que aquella herida. Ella me apartó una lágrima que se deslizó por mi mejilla.

—Todo ha terminado.

—Sí. Todo ha terminado.

—Duerme un poco más, anda. Les diré a mamá y a María que te dejen descansar. Ahora tengo que irme.

Se aproximó para besarme la frente y luego se alejó hacia la puerta.

—Raquel —dije antes de que saliera de la habitación.

Ella se giró y ladeó la cabeza.

—Eres tú. Tú eres mi inspiración. Sois vosotras. Os quiero.

Su mirada me transmitió que habría hecho cualquier cosa por salvarme. Siempre había sido así, desde que éramos unas niñas.

—Yo también te quiero, tonta. Descansa.

Y lo hice.

Cerré los ojos con la mejilla pegada a la almohada y abracé la paz que tanto había anhelado.

*

Pero, claro, esa calma no duró mucho tiempo. Al menos, no durante mi estancia en el hospital. Mi madre no se separó de mi cama ni un segundo. Y aunque le agradecía sus cuidados, a veces me descubría rogándoles a los médicos que me dieran el alta.

Me pasé ingresada tres días más. La herida, al fin y al cabo, no fue tan dramática. Bueno, un poco sí. Más adelante necesitaría cirugía reconstructiva para arreglar ese destrozo, pero lo cierto era que me daba igual.

Estaba viva y eso era lo importante.

David entró al segundo día, cuando estaba a punto de ahorcarme con el cable del cargador. Mi madre no había cerrado el pico durante la hora y media en la que traté de ver una película que emitían en la tele de la habitación. Ella, como si fuese Manolo Lama con el Real Madrid, retransmitía todas las escenas. Una por una.

—¿Se puede? —dijo mi cuñado con un ramo de flores en una mano

y mis dos manuscritos en la otra.

—¡Davidddd!

—Iba a venir ayer, pero Raquel me dijo que nada de visitas hasta que estuvieses mejor.

—Me alegro mucho de verte, *cuñaaaaaaooooo* —solté de manera inesperada, imitando a ese personaje peculiar surgido del programa de Jesús Quintero.

—Buenoooo, me parece que la enferma está ya mucho mejor —dijo mientras se erguía para besarme la frente.

—Ya me han quitado el gotero.

—Voy a salir a tomarme un café ahora que David está aquí, ¿vale, cariño? —recitó mi madre tocándome el pelo.

—Sí, mamá, no te preocupes.

Cuando ella salió de la habitación, dejé escapar un profundo suspiro.

—Madres —murmuró David con una mueca resignada y un tanto triste.

Ambos sabíamos perfectamente de lo que hablábamos.

—Lo siento mucho, David —musité sin saber qué más añadir.

—Eso debería decírtelo yo. Pero bueno, no he venido aquí a hablar de mi madre. Ya me he ocupado de ese asunto. Hace mucho que debería haber tomado la decisión de internarla.

Se giró y acercó una silla a mi cama para sentarse a mi lado.

—He venido a hablar sobre esto —declaró mostrándome los dos manuscritos.

Me fijé en que uno de ellos tenía algunas manchas en la cubierta que no supe si eran de vino o de sangre.

—Gabi, los he leído.

—¿Los dos?

Él asintió con un movimiento divertido de cejas.

—No pude resistirme. Raquel los trajo a casa y no me lo podía creer. Ni siquiera he dormido.

—¿Y?

—¡Son magníficos! Es lo único que puedo decirte. María me ha dicho que has decidido autopublicarlos.

—Así es.

—Pues vas a tener mucho éxito.

—Siempre dices lo mismo —reí—. Ojalá algún día se cumpla.

—Soy fan incondicional tuyo. Y de Miller —dijo mirándome a los ojos. En cierto modo, era lógico que él estuviese tan enamorado de ella como yo. Tenía sentido.

—Lo sé.

—Vas a ser muy famosa, Gabi. Aunque tú aún no lo sabes.

—Espero que la fama sea por los libros y no por mi relación con narcotraficantes.

Él soltó una carcajada.

—Siempre puedes decir que estabas documentándote.

—Buena excusa.

Durante los siguientes veinte minutos hablamos sobre las novelas. Él había anotado comentarios al margen y me hizo algunas sugerencias que más adelante tendría muy en cuenta para embellecer los textos. Cuando finalizamos con el pulimentado, le dije que me moría de ganas de ver a Carmen y a Mario. Deseaba abrazarlos.

David me comentó que Mario estaba mucho mejor del tobillo y que Carmen había dejado de lado su costumbre de ponerles el chupete a sus compañeros de clase, pero que había empezado a morderlos a todos.

—Se pasa todo el día de un lado para otro con el cuento que le regalaste. Creo que será una gran lectora. De aquí a unos años hará lo mismo con tus libros. Pero ahora mismo está hecha una petarda.

Insistí en que necesitaba verla. Él me aseguró que en cuanto me dieran el alta organizaría una cena en casa para brindar por la vida.

Eso dijo.

Brindar por la vida.

Me besó de nuevo la frente antes de marcharse. Tras incorporarse, me espetó:

—Aníbal me ha preguntado si puede venir a verte.

—Claro —titubeé nerviosa.

—Entonces le diré que suba.

—¡¿Ahora?!

—Sí, he venido con él. Está abajo.

—Pero no puede verme así. ¡Mira qué pintas tengo! ¡Si parezco una indigente! —parloteé peinándome con los dedos.

—No digas tonterías. Tú siempre estás guapa.

*

Cuando David salió por la puerta, mi madre entró de nuevo sujetando una revista del corazón y una bolsa con bebidas y algunos comestibles. Lo dejó todo en un mueble cercano a la ventana. Yo permanecía con la mirada fija en la puerta. De un momento a otro vería aparecer a Aníbal.

Ella, cómo no, aderezó la espera.

—¿Sabes qué? Cuando he bajado, he llamado a Paco. Le he dejado las cosas claras —dijo ocupando el sillón de mi izquierda.

—Explícate, mamá.

—Ya no me gusta. Te diría que incluso le he cogido un poco de asquito.

—¿Y eso? Parecíais muy enamorados.

—Lo dirás por él, ¿no? Yo siempre le recalqué que éramos amigos.

—¿Amigos? Bueno, dormiste en su casa.

—Tú lo has dicho. Dormimos. No me gustaba tanto como para… eso. Quita, quita —chapurreó agitando las manos—. Además, creo que ha tenido algo con Milagros, la del quinto. Y eso de ir todas las noches a casa de la señora Astor… Qué va, no me fío de él ni un pelo.

—Joder, Vargas no ha perdido el tiempo…

—Niña, esa boca.

—Vaaaaaleeeeee.

—Como este año me toca a mí ser la presidenta de la comunidad, se le va a acabar el chollo. Y si te digo la verdad, ese asunto del sobrino me ha terminado de rematar. ¡Mira que no decirme que ese niñato vendía pastillas de esas para los gimnasios! No me creo que él no supiera nada. Thor será muy guapo y todo lo que tú quieras, pero desde luego es un sinvergüenza.

—Mamá, espero no tener que repetírtelo de nuevo. Ese tío ni se parece a Thor ni es guapo. Si vuelves a mencionarlo, te juro que abro esa ventana y me tiro de cabeza.

Me pasé las manos por la cara, exasperada, y cuando las dejé sobre mi regazo ella se inclinó ligeramente sobre mí.

—¿A que ese sí que te parece guapo? —susurró indicándome que mirara hacia la puerta.

Aníbal permanecía quieto, observándome.

—¿Es esta la habitación de la famosa escritora? —preguntó con su sonrisa de medio lado y sujetando un libro en la mano.

—Pasa, hijo. No te quedes ahí —dijo mi madre sin darme la oportunidad de responder.

Esperaba que mi adorable progenitora nos concediera intimidad, pero parecía dispuesta a quedarse.

Aníbal avanzó tranquilamente y yo aproveché para repasarlo de la cabeza a los pies. Lo había visto atractivo desde el primer día que lo conocí, pero ese día, Dios, se presentó soberbio. Y yo sabía que lo había hecho a propósito, porque era imposible que se hubiese vestido de ese modo un sábado por la mañana. Salvo que luego fuese a un bautizo o a algún evento similar.

Llevaba un pantalón de traje negro y una camisa de lino color menta. Se había afeitado, e inevitablemente recordé el olor de su loción.

—Hola, Carmen —dijo él saludando a mi madre y situándose a los pies de mi cama.

—¡Qué guapo estás!

—Muchas gracias. Tú también —respondió él frunciendo los labios.

—Te he traído esto —recitó mostrándome la última publicación de Stephen King—. No sabía si te gustarían más unas flores.

—¿Tú qué crees?

Nos miramos unos segundos sin saber qué decir.

Mi madre, mientras tanto, movía la cabeza de uno al otro.

—Mamá, ¿no te apetece salir a tomarte un café?

—Pero, hija, si acabo de salir hace nada a tomarme uno. ¿Qué quieres?, ¿que me ponga como una moto?

—¿Y una tila? ¿O una cerveza? ¿O un tequila?

Ella achicó los ojillos como si lo hubiese comprendido y se levantó de su asiento con sigilo.

—Vale, bajaré a tomarme una tila. Porque ni la cerveza ni el tequila me gustan, graciosilla. Aníbal, si quieres puedes sentarte aquí —dijo señalando su asiento.

—No hace falta, Carmen. Prefiero quedarme de pie. De hecho, creo que estaré más cómodo en este lado —aclaró colocándose junto a mis piernas.

Cuando mi madre salió por fin de la habitación, alargué el brazo que podía mover y él me dio el libro. Acaricié la cubierta sintiéndome por momentos más aturdida. Su cercanía me desbordaba.

—¿Estás muy elegante? ¿Vas después a algún sitio importante?

—La verdad es que no. ¿Me ves muy elegante? —dijo tocándose los botones de la camisa y mirándolos.

—Mucho.

—¿Esta es tu manera de decirme que te parezco guapo? Puedes ser sincera, no te va a pasar nada por admitirlo.

—Cierto, estás muy guapo —declaré con una sinceridad descomunal.

Él agachó la cabeza sonrojado. Recorrí sus facciones consciente de que había estado muy cerca de no volver a verlo nunca. Supongo que por eso no me importó mirarlo con aquella intensidad.

—Tú también estás muy guapa —murmuró él tras unos segundos.

Obviamente era mentira. Mi aspecto debía de ser horrible.

—Sí, claro.

Su sonrisa aceleró un poco más mi corazón.

—¿Y qué tal va todo por el bufete?

—Muy bien. Todo en orden. Un poco más ocupado de lo habitual, tratando de arruinar a Elisabeth, pero por lo demás todo bien —suspiró.

El rostro de esa mujer apareció en mi mente y me transformó el semblante.

—¿Crees que siempre fue ella la autora de los destrozos?

—No lo sé. Pero me da igual. De cara al juez, va a pagar de manera triple.

—Parece ser que está obsesionada contigo.

—Lo sé. Es algo con lo que ya me he acostumbrado a vivir. Suele pasarles a todas las mujeres con las que estoy —bromeó intentando restarle dramatismo al momento.

—Con todas no —aseguré insolente.

—Yo creo que sí.

—Eres un imbécil. ¿No piensas cambiar nunca? —dije riendo.

—¿Para qué? Me funciona este rollo.

Otro silencio. Su mirada sobre la mía.

—¿Te duele? —preguntó refiriéndose al vendaje.

—Solo un poco.

—David me lo ha contado todo. Debiste de pasar mucho miedo. De haberlo sabido, te habría ayudado.

—Nadie podía ayudarme, Aníbal. Todo ha sido muy surrealista.

Pero no quiero volver a hablar de eso.

Él respiró hondo y se removió un poco.

—Está bien. Supongo que tampoco querrás hablar del asunto de Josema. Pero ¿me crees si te digo que ya ha ingresado los seis mil euros en la cuenta que le facilité?

—¿En serio?

—Muy en serio.

—¿Se los ha dado Cecilia?

—Exacto. La pobre se ha tragado ese rollo del padre enfermo. Parece que Josema es bastante convincente.

—Es un cerdo y un caradura.

—Bueno, al menos firmó el reconocimiento de deuda. Te aseguro que tarde o temprano lo pillaré.

—Da igual, Aníbal. Ya ese dinero ni siquiera me importa.

Él guardó silencio mientras su semblante se oscurecía.

—Quiero que se lo devuelvas a Cecilia. No es justo para ella.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Aníbal no insistió. Tan solo me observó en silencio.

—Que sepas que tengo muchos celos de David —dijo recuperando la sonrisa.

Al principio fruncí el cejo sin entender a qué se refería, pero de inmediato caí en la cuenta de que hablaba de las novelas.

Giré la cabeza y le señalé el armario. David las había dejado allí antes de marcharse.

—Puedes llevártelas.

—¿En serio? —inquirió incorporándose para buscarlas.

Las cogió y me mostró el volumen que tenía manchada la cubierta.

—¿Esto es para acrecentar el dramatismo?

Reí, y él se contagió de mi risa.

Conversamos unos minutos más acerca de la novela y de sus sospechas sobre cómo acabaría. Pero cuando otro de esos silencios embarazosos se asentó entre él y yo, me miró a los ojos y lo dijo:

—He roto con Violeta.

Enderecé los hombros tratando de disimular mis sentimientos ante esa noticia.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está? Lidia me contó…, ya sabes, todo eso del… —Le hice un gesto tocándome el vientre, del cual me arrepentí

al instante.

—Está bien. Pero lo nuestro no funcionaba.

—Ya, claro.

—Vuelvo a estar soltero de nuevo —dijo con una expresión muy sexy.

—Pues bienvenido al club.

—La semana que viene, Penélope y Augusto me han invitado a una fiesta de verano en el hostal. Me han comentado si te apetecería venir. No sé, si quieres podemos ir juntos, en mi coche. Como amigos, claro.

—Como amigos —repetí sonriendo.

—¿Sabes? A partir de ahora quiero viajar mucho más. Estoy seguro de que con lo que voy a ganar con la demanda que le he puesto a Elisabeth me va a dar para unos cuantos destinos caros. Quizá me vaya a China o a Tailandia. ¿Te gustaría venir conmigo? Al fin y al cabo, has sido tú la que ha destapado el pastel. Tendré que compensarte de algún modo, ¿no? Podemos viajar como amigos también. No tienes que dormir conmigo si no quieres.

Continué sonriendo, pero no abrí la boca.

—Piénsalo.

—¿Qué es lo que tiene que pensar esta campeona? —irrumpió Lidia sujetando otro ramo de amapolas precioso.

Tras Lidia entró también mi hermana María. Llevaba bajo el brazo un iPad.

Aníbal no tardó mucho más en irse. Con los dos manuscritos, claro.

Sentí un vacío enorme cuando él salió de la habitación. Pero Lidia y María se encargaron de animarme durante el resto de la tarde.

Se sentaron en cada uno de los lados de mi cama y nos reímos hasta que nos dolió la barriga. Pero justo cuando menos lo esperaba, María desbloqueó el iPad y me confesó que se había tomado la libertad de publicar la novela en Amazon.

—La podemos retirar en el momento que tú quieras —dijo mirando a Lidia al ver que me había quedado sin palabras—. Pero como me dijiste que ya estabas decidida… Además, no te lo vas a creer, pero la subí ayer y hace un rato he visto que ya tienes tu primera valoración.

Un extraño desasosiego me recorrió la piel.

—¿De verdad?

—Sí, mira. Es muy buena, quizá hasta un pelín efusiva —rio.

Cuando alcancé el iPad, me quedé sin aire.

La Revoltosa

Magistral.

Compré esta novela porque me llamó la atención su cubierta, a pesar de que nunca he oído hablar de esta autora. Y he de confesar que ha sido mi mejor lectura en lo que llevo de año. Me ha durado horas. Miller es extraordinaria. Sé de lo que hablo.

Soy una gran lectora. Además, también escribo. Solo que lo mío son los cuentos.

Eso sí, espero que la autora nos deleite pronto con la segunda parte. Odio a los autores que escriben trilogías o sagas y tardan una eternidad entre un libro y otro. Los quemaría vivos a todos. O a sus editores, porque seguro que eso es cosa de las editoriales. En fin, no me enrollo más.

Solari, no tengo ni idea de quién eres, pero te auguro mucho éxito. Ojalá algún día nos veamos en alguna feria del libro firmando ejemplares.

Mucha suerte, querida.

*

El día que me marchaba del hospital, por casualidad, me crucé con el padre de Aníbal en la puerta de entrada.

—Gonzalo.

Él volvió la cabeza.

—¿Se acuerda de mí? Soy Gabi, la amiga de Aníbal. Nos conocimos en su bufete.

—Claro que te recuerdo. Eres la escritora.

—Mamá, él es el padre de Aníbal —le aclaré a mi madre, que me acompañaba.

—Encantado, señora.

—Igualmente. Ahora ya sé de quién ha heredado Aníbal la elegancia.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—Gabi, voy metiendo las bolsas en el coche —anunció mi madre señalando el vehículo de David, que se hallaba unos metros más

adelante.

—De acuerdo. Ahora iré.

Mi madre se despidió de Gonzalo y se alejó, concediéndonos privacidad.

—Y dime, Gabriela, ¿qué te ha pasado?

Me fijé en que el hombre había perdido mucho peso; a pesar de todo, se lo notaba saludable. Iba vestido de un modo impecable y olía a colonia de baño.

—Esto. No es nada. Un pequeño accidente. ¿Y usted cómo está? ¿Viene a alguna revisión?

—Pues mira, no te voy a mentir. Lo cierto es que hoy empiezo con la quimio.

—Vaya. ¿Y estará solo? —dije mirando a ambos lados con la esperanza de que Aníbal apareciese.

—En principio, sí. Se lo comenté hace algunos días a Aníbal por si le apetecía hacerme compañía, pero no dijo nada. Ya lo conoces.

—¿Quiere que me quede con usted hasta que él llegue?

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Lo que sí me gustaría es leer esa trilogía que me comentaste que estabas acabando. Las sesiones de quimioterapia suelen ser muy largas, y no me vendría mal un poco de lectura.

—Cuente con ello para la próxima vez —aseguré sonriendo.

*

Una vez en el asiento trasero del coche de David, me embargó un profundo sentimiento de tristeza. El rostro de mi padre apareció en mi mente.

Aníbal no dejaría solo a su padre. Yo lo conocía. Volví la cabeza mientras el vehículo se ponía en marcha y entonces lo distinguí entre la multitud.

Iba apresurado, tras los pasos de su padre.

*

Aníbal

Unos días después de que Gabi saliera del hospital, viajé a Madrid.

Me urgía cerrar el asunto de una venta inmobiliaria, aunque en realidad el principal motivo de mi visita a la capital fue citarme con Cecilia en una cafetería de Gran Vía.

Me senté a una mesa cercana a una cristalera de cristal y la vi aparecer moviéndose con soltura. Con un enorme bolso al hombro y unos tacones destartalados.

Le hice un gesto con la mano y ella me localizó de inmediato.

—Hola, ¿eres Aníbal?

—Sí, encantado. Siéntate, por favor. ¿Te apetece un café?

—No, gracias —dijo a la defensiva.

No había sido fácil convencerla para que acudiera a esa cita a escondidas de Josema.

—Pues tú dirás. ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme?

—Antes de nada necesito que oigas esta conversación —dije ofreciéndole unos auriculares.

Ella se los puso con una expresión desconfiada. De inmediato entendió que se trataba de una llamada telefónica entre su novio y yo.

—Un momento, pero ¿esto es legal? —protestó a los pocos segundos quitándose uno de los auriculares.

—Es totalmente legal grabar conversaciones de las que se es partícipe —respondí tajante—. Y, aunque no lo fuera, créeme que te alegrarás de oírla.

Ella asintió de un modo imperceptible y continuó escuchando.

Desde que empecé con aquella demanda y estudié el perfil de Josema, supe que lo pillaría de un modo u otro, así que me propuse grabar todas nuestras conversaciones.

Lo que Cecilia estaba oyendo era la charla en la que el necio de Josema —presionado y temiendo que llevara a cabo mi amenaza de meterlo entre rejas— accedía a pagarle a Gabi el dinero que le debía. Pero, claro, eso solo podía hacerlo si ese dinero se lo estafaba a Cecilia. Así que el muy gilipollas me contó con detalles que convencería a la *influencer* con su arte de seducción para que le diera la pasta metiéndole la trola de que necesitaba el dinero para su padre enfermo.

No me hizo falta añadir mucho más cuando la grabación finalizó.

El rostro de Cecilia se fue deformando y exhibiendo un batiburrillo de emociones contradictorias.

—Josema es un caradura, Cecilia. Les hace lo mismo a todas las chicas con las que sale. A Gabi le debe quince mil euros.

—¡¿Cuánto?! ¡¿Quince mil?! Me dijo que solo eran dos mil euros.

—Ese tío miente más que habla. Eran quince mil, pero como me aseguró que tú le darías la pasta, llegué con él a un acuerdo de rebajar la cantidad siempre y cuando firmara un reconocimiento de deuda.

—¿Me estás diciendo que los seis mil euros que le he dado no son para ningún tratamiento de su padre sino para pagarle a su exnovia?

—Exacto. Justo ahí es donde quería llegar.

Un tic nervioso hizo que le parpadeara el ojo izquierdo.

—¿Le he dado seis mil euros a Gabi?

—Sí, señora.

Ella me apartó la mirada claramente disgustada.

—No me lo puedo creer —parloteó tocándose la frente. Me fijé en sus uñas largas hasta rozar lo ridículo—. Ese hijo de puta me las va a pagar.

Llamé al camarero y le pedí una botella de agua para ella. Luego esperé a que se tranquilizara.

—Pero he venido a proponerte un trato —dije sacando la carta de compromiso y apoyando las manos en ella.

—¿Qué trato?

—Gabi no quiere tu dinero. De hecho, sus palabras exactas han sido que no puede permitir que Josema siga estafando a la gente. Dice que no mereces que te haga esto. No se quedará con un dinero que no es suyo. Me ha pedido que te lo devuelva. Según ella, las mujeres deben ayudarse unas a otras.

—¿De verdad?

—Claro. Y yo te lo voy a devolver. Pero creo que, puestos a ser justos, tú debes hacer algo por ella. Es algo insignificante y, por supuesto, ella no sabe nada de esto. Debe quedar entre tú y yo. De momento.

—Sí, claro. ¿Qué quieres que haga?

—Bueno, sé que tienes muchos seguidores en tus redes sociales y que tu canal de YouTube va viento en popa. Así que he pensado que, como Gabi acaba de autopublicar su primera novela, le vendría muy bien un poco de promoción. Solo tendrías que mostrar la cubierta y recomendar a tus seguidores que se animaran a leer a una autora novel. Y, si fuera posible, que convencieras a algunas de tus amigas

instagrammers para que hicieran lo mismo. Algo sencillo.

Epílogo

Tengo en mis manos el diario que escribí cuando era adolescente. María lo encontró el día que empaquetamos mis cosas para venirme a vivir con Aníbal. A ella le encantó descubrir que Aníbal fue el primer chico al que besé. Dice que, para no gustarme las historias románticas, la nuestra lo es mucho. Aunque, claro, ese punto tragicómico no podía faltar.

Cuando abro el cuadernillo me traslado a aquella fiesta de carnavales en el instituto. El dichoso día en que se ganó el apodo de Aníbal *el Carnival*. Odia que se lo recuerde. Pero María se troncha de la risa, y Mario también.

En mi cabeza, la escena recobra la viveza con que la experimenté a mis trece años. La decoración del patio, los farolillos con motivos carnavalescos, aquel escenario al fondo con una enorme pancarta en la que colaboraron los alumnos con más destreza artística… La barra del bar la han situado junto a la fuente, y los padres del AMPA, junto a algunos profesores, se mueven de un lado a otro vendiendo bocadillos y latas sin tener ni pajolera idea de hostelería, pero con el honorable pretexto de recaudar fondos y reparar las goteras del gimnasio de una vez por todas.

Lidia me está esperando en la puerta vestida de animadora. Lleva una falda azul con vuelo y un jersey blanco de manga larga con una letra grande cosida al pecho de cartulina azul. Yo llevo lo mismo. Nos saludamos con dos besos y ella me comenta que los pompones me han quedado muy bien, aunque yo sé que son una mierda. Parecen dos fregonas. Ni de lejos me asemejo a una animadora. De hecho, me parece el disfraz más absurdo del mundo. Yo quería disfrazarme de la princesa Leia Organa de Alderaan, pero habría desentonado demasiado con el resto de mi grupo de amigas.

Nos mezclamos en el patio con los demás compañeros y en principio parece que la tarde va a ser muy divertida. Raquel está por allí con sus amigas de clase. Ellas han decidido disfrazarse de jugadores de fútbol americano. Se supone que nosotras somos sus animadoras, pero, a diferencia de nuestros ridículos disfraces, el suyo está bastante conseguido. Llevan unos cascos enormes y hombreras exageradas y han pintado en sus rostros unas líneas gruesas negras

que, en el caso de mi hermana, le quedan genial. Aunque en realidad a ella todo le sienta bien.

—Allí está Aníbal —dice Lidia señalando a su primo.

El corazón me palpita muy rápido cuando lo veo con su disfraz del Zorro. Cómo no, de bandido.

El resto de sus amigos, incluido David, no se han preocupado tanto por la caracterización. La mayoría van disfrazados de soldados, y se rumorea que han rellenado las cantimploras con calimocho. Los más cutres se han puesto las batas y las zapatillas de estar por casa.

—¿A que no sabes qué? No te lo vas a creer —comenta Lidia al cabo de una hora, sujetando un bocadillo de tortilla con un color muy extraño.

Yo sigo allí, con mis pompones en las manos, en el mismo banco de siempre, sin poder apartar los ojos de Aníbal. Elisabeth Troncoso no para de merodear a su alrededor vestida de conejita de *Playboy*. En febrero…

—¿Qué pasa?

—Sanabria y Aníbal llevan el mismo disfraz, y cuando he llegado a la barra le he dado una colleja en la nuca al Loncha creyéndome que era mi primo.

—No jodas. ¿Le has pegado al Loncha? —digo refiriéndome a nuestro profe de literatura, que es un tipo de unos treinta años, delgaducho y calvo, y que para colmo no es muy simpático, aunque conmigo se lleva bastante bien por eso de que me encanta leer y escribir.

Ella se tapa la boca para reírse.

—Me va a quedar la literatura de por vida.

—Ya lo creo.

*

El concurso de cuplés que han organizado los alumnos termina y por el altavoz suena la discografía al completo de los Backstreet Boys. Mis amigas se vuelven locas bailando los temas de la banda estadounidense de moda. Y en el instante en el que una de ellas tira de mi brazo para que me suba al escenario a bailar, le digo que necesito ir al baño. Me lo estoy pasando muy bien, pero no tanto como para hacer el ridículo de esa manera.

Los aseos del patio están que dan asco, así que decido entrar en el edificio principal, donde se encuentran las aulas, para usar el baño que está junto a la sala de audiovisuales. Los profesores se hallan todos ocupados en la barra del bar fantaseando con ser camareros de la talla de Tom Cruise en *Cóctel*, por lo que aprovecho ahora que sé que nadie me va a ver.

Cuando salgo del baño me asomo a la sala de audiovisuales. De pronto diviso ese tablón enorme en el que aún permanece la redacción que escribí el año pasado y con la que gané el concurso de redacciones con motivo del Día de Andalucía. Abro la puerta y entro a curiosear el resto de los trabajos que cuelgan en el tablón. Hay poesías y también dibujos espectaculares. Estoy absorta mirando una de esas pinturas cuando oigo un ruido.

—¿Qué haces aquí, Gabi Gafitas?

Me giro sobresaltada y lo veo allí, sonriendo e imitando la pose de Antonio Banderas en la película. O eso me parece a mí, que soy muy peliculera.

—Nada. Solo estaba mirando una cosa —titubeo dirigiéndome a la puerta para escapar de él.

Aníbal me pone muy nerviosa. Nunca se lo he dicho a Lidia, pero me encanta su primo. El problema es que es un gallito y un creído. Y estoy segura de que solo me atrae de él su físico. Aunque sé que para él soy invisible.

—¿Adónde vas con tanta prisa? ¿Te doy miedo? —me dice agarrándome de la muñeca cuando estoy a punto de salir del aula.

Y lo cierto es que un poco sí. Pero no es un miedo aterrador, sino una combinación de peligro e interés.

Suelto un bufido como si lo que hubiese dicho me resultara muy gracioso y a la vez absurdo. Pero en realidad lo que ocurre es que estoy tan excitada al sentir su cuerpo cerca del mío que apenas puedo articular palabra.

—¿Por qué eres siempre tan antipática conmigo?

—No soy antipática contigo. Yo soy así —digo temiendo que note que las piernas me tiemblan.

Sus dedos aún rodean mi muñeca. Y no hago nada para que me suelte. Todavía sostengo esos estúpidos pompones.

—Pues yo creo que no. Siempre hablas con todo el mundo menos conmigo. En el fondo tengo la impresión de que es porque te gusto

mucho.

—Sí, claro.

—Si te besara ahora, ¿qué harías?

Enmudezco. Y abro los ojos muchísimo. Nadie me ha besado jamás. Pero sin duda sé que me gustaría que él fuese el primero. Quizá es un poco gilipollas, pero un gilipollas muy guapo.

—No lo harás. Sé que no soy tu tipo. Como tú tampoco eres el mío.

Él sonríe mostrándome su dentadura perfecta. Su mirada bajo aquel antifaz negro recorre mis facciones. Y al segundo siguiente levanta la otra mano y me agarra de la nuca para estamparme contra su boca.

Mi primer beso no es torpe ni me resulta raro. Lo sé porque me dejo llevar. Los labios de Aníbal son suaves y carnosos y, a medida que bailan sobre los míos, siento que mi cuerpo se eleva. Nuestras bocas encajan a la perfección, y durante unos dos o tres minutos nos besamos como si el mundo se hubiese olvidado de nosotros y nuestro único entretenimiento fuese ese.

No puedo dejar de pensar que besar a alguien es muy diferente de lo que había imaginado.

Los Backstreet Boys siguen sonando de fondo y la luz que nos alumbra es un fluorescente en un pasillo más lejano.

Cuando se aparta de mí me doy cuenta de que mis manos se han aferrado a su cintura. Y de que los pompones están en el suelo.

Ahora ya no me besa, solo me mira con su sonrisa de medio lado, y pinzándome la barbilla con dos dedos musita:

—Sí que soy tu tipo, Gabi Gafitas. Aunque tú aún no lo sabes.

A continuación se da media vuelta y lo veo alejarse.

Hasta ahí todo fue muy idílico. Jamás le contaría a nadie que Aníbal y yo nos habíamos dado el lote en la puerta del aula de audiovisuales. Pensé que a partir de ese momento comenzaríamos uno de esos romances secretos de instituto californiano.

Pero no fue así. Porque, tras regresar al patio, Aníbal se puso a beber con sus colegas el calimocho de las cantimploras y se morreó con unas nueve o diez chicas más. Entre ellas, Elisabeth Troncoso.

La decepción fue colosal. Y él percibió que nunca le perdonaría esa traición.

Raquel me preguntó muy seria al día siguiente si me había comido la boca con el profesor Sanabria, pues sus amigas le habían ido con el

cuento de que me habían visto en la puerta de esa aula abrazada al docente. Mi hermana sabía que me apasionaba la literatura, así que consideró normal que yo me hubiese ocultado en los pasillos del instituto con Sanabria antes que con Aníbal. Por supuesto, le confesé la verdad. Que había sido Aníbal quien me había besado a mí. Pero él, en vez de corroborarlo, lo desmintió.

A partir de entonces, sus amigos se limitaron a extender el rumor de que la amiga de Lidia, esa friki de gafas que se pasaba los recreos leyendo, es decir, yo, se había morreado con el Loncha en la fiesta de carnavales.

Resultaba más fácil creerlo a él, que por entonces era el líder en el equipo de fútbol y el guaperas de su grupo, que a mí, que pasaba completamente desapercibida para todos.

Así fue cómo decidí odiar a Aníbal Lafuentes hasta que el destino quiso que volviéramos a encontrarnos.

*

Cuando termino de leer el diario sonrío y lo coloco en la misma estantería donde permanece la trilogía y esa foto que tanto le gustaba a mi padre.

Ese cuadernillo me servirá de ayuda si algún día decido escribir mi autobiografía.

Luego cojo la primera parte de Miller y ojeo la cubierta. La editorial admitió publicarla con la misma que diseñó María, pero mejorada. A veces no me puedo creer que lo haya logrado.

Aníbal se acerca sobresaltándome y me abraza por la espalda. Me planta un beso en la cicatriz que tengo en el hombro y luego me da otro en el cuello. Me gira entre sus brazos y acuna mi rostro entre las manos. No creo que me canse nunca de besar esos labios. Sé que si sigue besándome de esa manera no podré parar y pasaré toda la mañana del sábado haciendo el amor con él. Y no escribiré.

—Qué demonios, ya escribiré luego —susurro enterrando las manos en su cabello extraordinario y atrayéndolo hacia mí.

—Creo que hoy te lo haré aquí —me dice sentándome en mi escritorio cuando la cosa empieza a caldearse.

Aparto de un golpe las anotaciones de la nueva historia que tengo entre manos y también el teclado. De pronto suena mi móvil y ambos

miramos la pantalla.

—¿Por qué te llama Clara un sábado? Dile que no puedes hablar ahora. Que estás a punto de copular con tu futuro marido.

Le tapo la boca riendo y descuelgo. Él me besa la palma de la mano.

—Gabi, ¿estás sentada? —me dice Clara Montesinos, mi agente literaria. Ni «hola» ni nada.

—¿Qué ocurre? —digo sin apartar los ojos de los de Aníbal.

—Ve pensando qué actriz te gustaría que interpretara el papel de Miller. La trilogía llega a la gran pantalla. Lo has conseguido, Solari.

Agradecimientos

Esta historia surgió cuando me encontraba en el proceso creativo de otra novela. Gabi asomó su cabecita a mi rinconcito de escritura, me miró con su mirada ingenua y me pidió encarecidamente que la escuchara. Y yo, inexperta, traté de ignorarla y continuar con lo que tenía entre manos, pero enseguida comprendí que era mejor escuchar lo que quería contarme. A ella y también a Miller, cómo no.

Sin embargo, cuando la trama empezaba a fluir, nuestro Gobierno decretó el estado de alarma y Gabi y Miller decidieron marcharse por la misma puerta por la que habían entrado. Desde entonces he perseguido a los personajes de esta historia sin descanso. Me he enfadado y reconciliado con ellos muchísimas veces, pero lo cierto es que me pusieron tanto al límite que han logrado que conociera una versión desconocida de mí. Y eso es bueno. Al menos, así lo siento ahora.

Ojalá que cuando *Elemental, querida Gabi* llegue a tus manos quede lejos la locura que se desató en 2020. Me daré por satisfecha si al leer esta novela te olvidas un poco de lo que pasa ahí fuera.

Dicho esto, tengo que dar las gracias a las personas que me han ayudado a sacar este proyecto adelante.

A Daniel Heredia, por vivir esta historia con la misma pasión que yo, por apoyarme y enseñarme a ser mejor escritora. No sabes cómo te lo agradezco. Llevas mucha razón, querido Dani. Escribir es muy difícil. Pero qué bonito resulta con gente como tú cerquita.

A Esther Escoriza, mi editora, por su paciencia, su profesionalidad, y por confiar en mí una vez más.

A mi familia. Y con «familia» también me refiero a los amigos. Ellos saben quiénes son. Para mí no hay nada más importante en este mundo que la familia y la amistad. No hay nada más inspirador.

A mi sobrina, que mientras escribo estas palabras aún no ha nacido. Pero quiero que sepas, pequeña Irene, que te vamos a querer muchísimo. Que cuando creé al personaje de Carmen, la sobrina de Gabi, lo hice pensando en ti. Tú pusiste luz a un momento oscuro. Ni te imaginas la que te espera. Vas a alucinar cuando conozcas a tu familia. La nuestra.

A mis dos amores, Laurita y José. Los que le dan sentido a todo lo que hago.

Y gracias a ti, lector, por leerme por primera vez o por repetir

conmigo. Sea como sea, anhelo conocer tu opinión con toda mi alma. Por favor, escríbeme y cuéntame tus impresiones. Te espero con ilusión.

Blog: https://rosariotey.com/
Facebook: https://es-es.facebook.com/rosarioteyescritora/
Twitter: https://twitter.com/rosario_tey?lang=es
Instagram: https://www.instagram.com/rosario_tey/

Referencias a las canciones

Vitamina, ℗ 2017 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Maluma y Arcángel.

Tu enemigo, ℗ © 2016 Universal Music Spain, S. L., interpretada por Pablo López y Juanes.

Lía, ℗ 2008 Sony BMG Music Entertainment España, S. L., interpretada por Ana Belén.

Con la frente marchita, ℗ 2014 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Joaquín Sabina.

Contigo, ℗ 2014 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Joaquín Sabina.

I'm So Tired, ℗ © Fonot Records, interpretada por Troye Sivan y Lauv.

Wonderful Tonight, © Warner Music, interpretada por Eric Clapton.

Good Years, ℗ 2017 RCA Records, de Sony Music Entertainment, interpretada por ZAYN.

Stuck with U, ℗ © 2020 Silent Records Ventures, LLC, Def Jam Recordings, de UMG Recordings, Inc., y Republic Records, de UMG Recordings, Inc., interpretada por Justin Bieber y Ariana Grande.

Hard Time, ℗ 2015 Saraba AB, Universal Music AB, © 2015 Seinabo Sey, interpretada por Seinabo Sey.

Rosario Tey (Cádiz, 1980) estudió Relaciones Laborales en la Universidad de Cádiz y luego cursó un máster en Prevención de Riesgos Laborales. Casada y con una hija, reconoce que su pasión son las letras y se considera una escritora en permanente proceso de aprendizaje.

Enamorada de la lectura, la playa, las carcajadas y el arte en todas sus vertientes, Rosario continúa inmersa en otros proyectos que pronto verán la luz.

Puedes seguir a la autora a través de sus redes sociales,
en las que mantiene contacto diario con sus lectores.

Blog: https://rosariotey.com/
Facebook: https://es-es.facebook.com/rosarioteyescritora/
Twitter: https://twitter.com/rosario_tey?lang=es
Instagram: https://www.instagram.com/rosario_tey/

Elemental, querida Gabi

Rosario Tey

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Diseño e ilustración de la cubierta: Sophie Güet a partir de la tipografía de © Gleb_guralnyk / Freepik y las imágenes de © Macrovector / Freepik
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Rosario Tey, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2021

ISBN: 978-84-0824485-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!